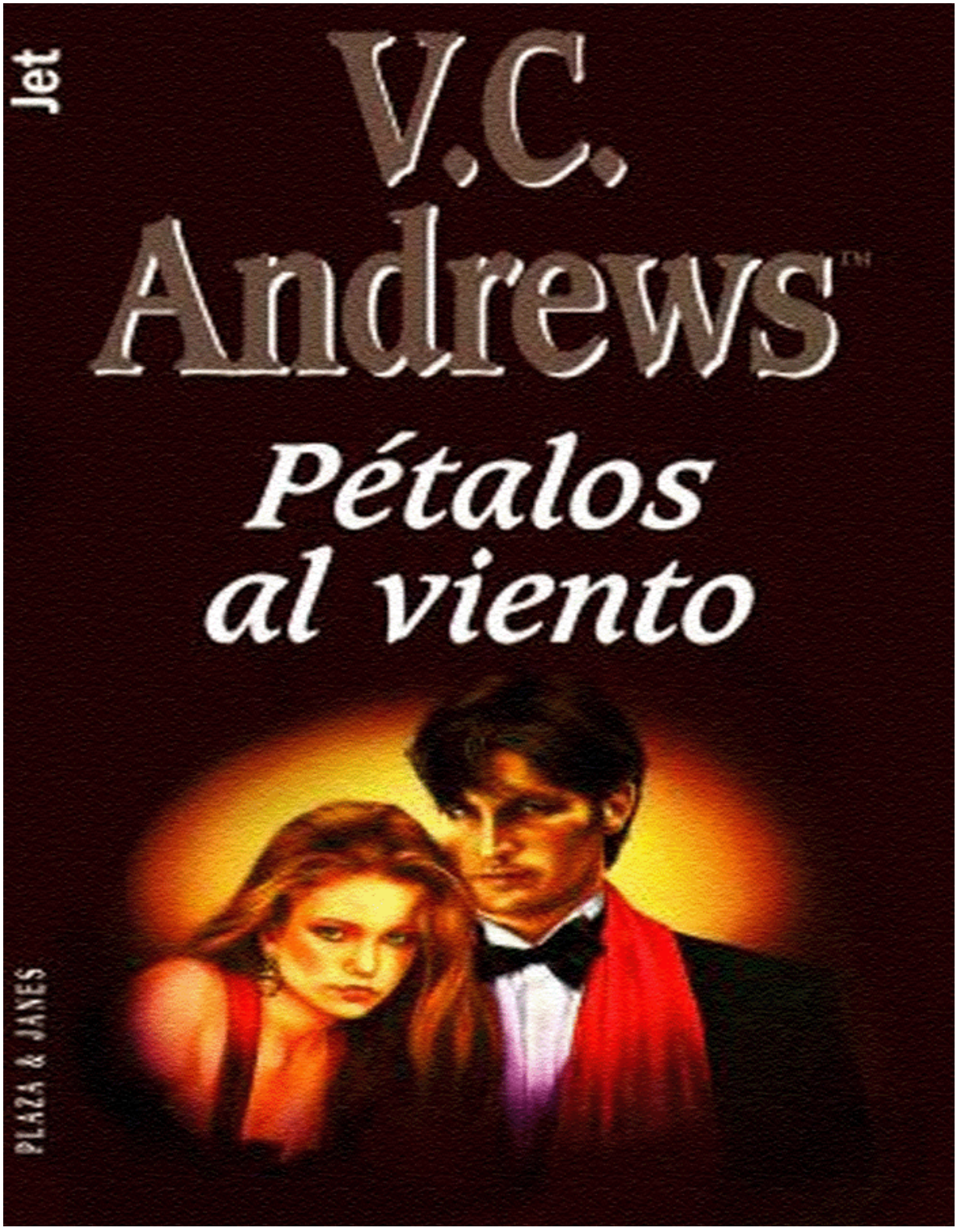
PÉTALOS AL VIENTO

V. C. ANDREWS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Algo florece sobre la tierra; Luz de sol en vez de triste sombra; Perfume tibio en vez de vapor -frío... Entre el olor a moho, ¡huele la rosa!

THOMAS HOOD

PRIMERA PARTE

LIBRES, AL FIN!

¡Qué jóvenes éramos el día en que escapamos! Hubiésemos debido sentirnos intensamente vivos al vernos libres, al fin, de aquel triste y solitario y sofocante lugar. Hubiésemos debido estar entusiasmados de viajar en un autobús que rodaba lentamente, bamboleándose, hacia el Sur. Pero si estábamos alegres, no lo demostrábamos. Permanecíamos sentados los tres, pálidos, callados, mirando por las ventanillas, muy asustados por todo lo que veíamos.

Libres. ¿Había alguna palabra más maravillosa que ésta? No; aunque las frías y huesudas manos de la muerte nos agarrasen para retenernos si Dios no estaba allá en lo alto, o quizás aquí, en el autobús, viajando con nosotros y velando por nosotros. En ciertos momentos de la vida había que creer en alguien.

Transcurrían las horas con las millas. Teníamos los nervios de punta, porque el autobús se paraba a menudo para que subiesen o bajasen pasajeros. Se detuvo también varias veces para que descansara el conductor; una, para el desayuno, y otra, para recoger a una negra enorme que esperaba de pie en la encrucijada de un camino vecinal con la carretera. Tardó una eternidad en subir al autobús y meter en él los muchos bultos que llevaba. Cuando, al fin, se hubo sentado, cruzamos la línea divisoria entre los Estados de Virginia y Carolina del Norte.

¡Oh! ¡Qué alivio al salir del Estado donde habíamos permanecido encarcelados! Por primera vez desde hacía años, empecé a tranquilizarme... un poco.

Nosotros tres éramos los más jóvenes del autobús. Chris tenía diecisiete años y era sumamente guapo, con unos cabellos largos y ondulados que le rozaban los hombros y se rizaban hacia arriba. Sus ojos azules, orlados de oscuro, rivalizaban en color con el cielo del verano, y toda su persona era como un día cálido y soleado: ponía buena cara, a pesar de nuestra triste situación. Su nariz recta y bien formada acababa de adquirir la fuerza y la madurez que prometían hacer de él todo lo que había sido nuestro padre: el tipo de hombre que hacía palpitar el corazón de las mujeres cuando las miraba, e incluso sin mirarlas. Su expresión era confiada; casi parecía feliz. Si no hubiese mirado a Carrie, quizás habría *sido* realmente feliz. Pero cuando veía su carita enfermiza y pálida, fruncía el ceño y sus ojos se nublaban. Empezó a pulsar las cuerdas de la guitarra colgada de su hombro. Tocó *¡Oh, Susana!,* cantando en voz baja, con una voz suave y melancólica que me conmovió. Nos miramos y sentimos la tristeza de los recuerdos evocados por aquella tonada. Él y yo éramos como una sola persona. No podía mirarle demasiado rato, por miedo a romper en llanto.

Mi hermana pequeña estaba acurrucada en mi falda. Tenía ocho años, pero era tan menuda, tan lastimosamente menuda, y tan débil, que no parecía tener más de tres. Sus ojos grandes, azules y sombríos, albergaban más negros secretos y sufrimientos de los que una niña de su edad hubiese debido conocer. Los ojos de Carrie eran viejos, muy viejos. Ya no esperaba nada: ni dicha, ni amor; nada... Porque todo lo que había sido maravilloso en su vida le había sido quitado. Debilitada por la apatía, parecía pasar de buen grado de la vida a la muerte. Dolía verla tan sola, tan terriblemente sola, ahora que Cory se había ido.

Yo tenía quince años aquel mes de noviembre de 1960. Lo quería todo, lo necesitaba todo, y tenía un miedo terrible a no encontrar en toda mi vida lo bastante para compensar todo lo que había ya perdido. Estaba tensa en mi asiento, presta a gritar si sucedía alguna otra cosa mala. Como una espoleta sujeta a una bomba de relojería, sabía que, más pronto o más tarde, ¡estallaría y destruiría conmigo a todos los que vivían en Foxworth Hall!

Chris apoyó una mano sobre la mía, como si pudiese leer en mi mente y supiese que estaba ya pensando en la manera de hacer la vida imposible a los que habían tratado de aniquilarnos.

-No pongas esa cara, Cathy -murmuró-. Todo irá bien. Saldremos adelante.

Seguía siendo el eterno optimista incauto, convencido de que, ¡cuanto sucedía era para bien! ¡ Señor! ¿Cómo podía pensar así, después de la muerte de Cory? ¿Cómo podía haber sido ésta para bien?

--Cathy -murmuró-, tenemos que sacar el mejor partido de lo que nos queda, nuestra mutua compañía. Tenemos que aceptar lo sucedido y empezar de nuevo. Tenemos que creer en nosotros

mismos, en nuestras facultades, y, si lo hacemos, tendremos lo que queramos. Las cosas son así, Cathy. ¡ Tienen que serlo!

Él quería ser un médico serio y juicioso, de esos que se pasan toda la vida en pequeños consultorios, rodeados de miserias humanas. Yo quería algo mucho más fantástico... ¡y en *grandes* cantidades! Quería que todos mis brillantes sueños de amor y de aventura se cumpliesen..., en el escenario, donde sería la bailarina *más* famosa del mundo. No pasaba por menos. *¡Ya vería mamá!*

¡Maldita seas, mamá! ¡Espero que Foxworth Hall sea arrasado por el fuego! ¡Espero que nunca vuelvas a dormir en paz en tu enorme y mullido lecho! ¡Espero que tu joven marido encuentre una amante más joven y más hermosa que tú! ¡Espero que te dé la vida de perros que mereces!

Carrie se volvió y murmuró:

-Cathy, no me encuentro bien. Siento una cosa rara en el estómago...

Me acometió el miedo. Su carita estaba extraordinariamente pálida; sus cabellos, antaño sedosos y brillantes, pendían en mechones mates y lacios. Su voz era sólo un débil murmullo.

-Querida, querida -la consolé, besándola-, aguanta un poco. Pronto te llevaremos a un médico. No tardaremos en llegar a Florida, donde nunca estaremos encerrados.

Carrie se acurrucó en mis brazos y yo contemplé, afligida, las plantas parásitas y filamentosas que indicaban que estábamos ahora en Carolina del Sur. Todavía teníamos que cruzar Georgia. Aún tardaríamos mucho en llegar a Sarasota. Carrie se irguió violentamente y empezó a atragantarse y vomitar.

Yo había tenido la precaución de llenarme los bolsillos de servilletas de papel en la última parada, y esto me permitió limpiar a Carrie. Después, la pasé a Chris para poderme arrodillar y enjugar el suelo. Chris se acercó a la ventanilla y trató de abrirla, para tirar las servilletas sucias. El cristal no se movió, a pesar de sus esfuerzos. Carrie empezó a llorar.

-Mete las servilletas en el hueco entre el asiento y el costado del autobús -murmuró Chris.

Pero el conductor del autobús debía estar observándonos, ojo avizor, por el espejo, pues nos gritó:

-¡Eh! ¡Esos muchachos de atrás! ¡Meted esa porquería en otro sitio!

No había más sitio donde meterla que el bolsillo exterior de la funda de la «Polaroid» de Chris, que yo empleaba como bolsa, y allí introduje las apestosas servilletas de papel.

-Lo siento -sollozó Carrie, aferrándose desesperadamente a Chris-. No quería hacerlo. ¿Nos meterán ahora en la cárcel?

-No, claro que no -contestó Chris, en su tono paternal-. Antes de dos horas estaremos en Florida. Procura aguantar hasta entonces. Si nos apeásemos ahora, perderíamos lo que hemos pagado por los billetes, y no podemos tirar el dinero.

Carrie empezó a gemir y a temblar. Le toqué la frente y la tenía sudorosa, y ahora su cara no estaba pálida, ¡sino blanca! Como la de Cory antes de morir.

Recé para que Dios se apiadase, al fin, de nosotros. ¿No habíamos padecido ya bastante? ¿Teníamos que continuar sufriendo? Mientras yo luchaba contra las náuseas que sentía a mi vez, Carrie vomitó de nuevo. No podía creer que aún le quedase algo por devolver. Me apoyé en Chris, mientras Carrie permanecía inerte en sus brazos, en una casi inconsciencia que partía el corazón.

-Creo que va a desmayarse -murmuró Chris, casi tan pálido como Carrie.

Entonces, un ruin y despiadado pasajero empezó a quejarse a voces, y los más compasivos parecieron confusos e indecisos sobre lo que tenían que hacer para ayudarnos. Chris *y yo* intercambiamos una mirada. ¿Qué íbamos a hacer ahora?

Empecé a sentir pánico. Entonces, aquella negra gorda avanzó por el pasillo, bamboleándose y sonriendo para animarnos. Llevaba unas bolsas de papel y me las ofreció para que echase en ellas las malolientes servilletas. Sin decir palabra, me dio unas palmadas en un hombro, acarició el mentón de Carrie y me dio un puñado de trapos que había sacado de uno de sus bultos.

-Gracias -murmuré, sonriendo débilmente, mientras procuraba limpiarme y limpiar lo mejor posible a Carrie y a Chris.

Ella tomó los trapos, los metió en la bolsa y se quedó allí, como para protegernos.

Llena de gratitud, sonreí a la gorda, gordísima mujer, que llenaba el pasillo con su cuerpo envuelto en ropa abigarrada. Ella me guiñó un ojo y sonrió a su vez.

-Cathy -dijo Chris, con expresión cada vez más preocupada-, tenemos que llevar a Carrie a un médico, ¡ y pronto!

-¡Hemos pagado el viaje hasta Sarasota!

-Lo sé, pero esto es urgente.

Nuestra bienhechora volvió a sonreír, para tranquilizarnos, y se inclinó para mirar la cara de Carrie. Apoyó su negra manaza sobre la frente sudorosa de Carrie y, después, le tomó el pulso. Hizo unos signos con las manos, que me intrigaron, y Chris dijo:

-Sin duda no puede hablar, Cathy. Estos signos corresponden al lenguaje de los sordos.

Encogí los hombros para indicar a la mujer que no la comprendíamos. Ella frunció el ceño y sacó de un bolsillo de su vestido, debajo del grueso suéter rojo, un bloc de hojas de varios colores, y escribió rápidamente una nota y me la tendió.

Me llamo Henrietta Beech -había escrito-. *Puedo oír, pero no hablar. La niña está muy, muy enferma, y necesita un buen médico.*

Leí esto y miré a la mujer, esperando que pudiese darme más información.

-¿Conoce usted un buen médico? -le pregunté.

Ella asintió enérgicamente con la cabeza y, después, escribió rápidamente otra nota. *Han tenido suerte de que yo viaje en su autobús. Puedo llevarlos a mi propio médico, que es el mejor de todos.*

-¡Caramba! -murmuró Chris, al tenderle yo la nota-. Debemos de estar bajo una buena estrella, ya que alguien puede dirigirnos a un médico tan bueno.

-¡Escuche, conductor! -gritó el pasajero ruin-. ¡Lleve a esa niña enferma a un hospital! ¡Yo no he pagado mis buenos dineros para viajar en un autobús que apesta!

Los otros pasajeros le miraron con desaprobación y pude ver, por el espejo retrovisor, que la cara del conductor enrojecía de ira, o quizá de vergüenza. ¡Nuestros ojos se encontraron en el espejo. Él me gritó, débilmente:

-Lo siento, pero tengo esposa y cinco hijos, y, si no me atengo al horario fijado, me despedirán y ellos no podrán comer.

Le supliqué con la mirada, y él murmuró, hablando consigo mismo:

-¡Malditos domingos! Los días de la semana pasan como una seda, y entonces llega el domingo, ¡el maldito domingo!

Entonces pareció que Henrietta Beech perdía la paciencia. Levantó de nuevo el lápiz y el bloc y escribió. Me enseñó la nota.

Está bien, señor conductor. Odie cuanto quiera los domingos, pero si abandona a esa niña enferma, sus padres pondrán pleito a los jefazos de la Compañía y les pedirán dos millones.

Casi sin dar tiempo a Chris de mirar la nota, la mujer echó a andar por el pasillo y la puso ante las narices del chófer. Éste la apartó con impaciencia, pero la mujer volvió a mostrársela y, esta vez, él procuró leerla sin perder de vista el tráfico.

-¡ Oh, Dios mío! -murmuró el conductor, cuya cara podía ver yo en el espejo-. El hospital más próximo está a treinta kilómetros de mi ruta.

Chris y yo observamos fascinados los signos de aquel mamut negro, tan incomprensible para el chófer como lo habían sido para nosotros. Una vez más, ella tuvo que escribir una nota, y el caso fue que el conductor desvió el autobús hacia una carretera secundaria que llevaba a una población llamada Clairmont. Henrietta Beech permaneció junto al chófer, dándole instrucciones; pero, de vez en cuando, se volvía hacia nosotros y sonreía ampliamente, asegurándonos que todo marchaba bien.

Pronto rodamos por unas calles anchas y tranquilas, flanqueadas por árboles que formaban graciosas bóvedas sobre ellas. Las casas eran grandes, aristocráticas, con galerías y altas cúpulas. Aunque había nevado ya un par de veces en las montañas de Virginia, el otoño no había puesto aún su mano helada aquí. Los arces, las hayas, los robles y las magnolias conservaban todavía casi todas

sus hojas del verano, y aún se veían algunas flores.

El conductor del autobús pensaba que Henrietta Beech le dirigía mal, y debo decir, a fuerza de sincera, que yo pensaba lo mismo. No se montaban hospitales en barrios residenciales como éste. Pero, precisamente cuando empezaba a preocuparme, el autobús se detuvo en seco delante de una casa grande y blanca, en lo alto de una pequeña y suave colina, y rodeada de amplios campos de césped y de macizos de flores.

-¡Chicos! -nos gritó el conductor del autobús-. Coged los bártulos y guardad los billetes para que os devuelvan parte del importe, si no los utilizáis antes de que expire el plazo.

Después se apeó rápidamente, abrió el depósito de los equipajes y sacó quizá cuarenta maletas antes de que apareciesen las dos nuestras. Yo me colgué del hombro la guitarra y el banjo de Cory, mientras Chris, delicadamente y con mucho cariño, sostenía a Carrie en sus brazos.

Henrietta Beech, como una gallina gorda, nos condujo por el largo camino enladrillado hasta el pórtico, y yo vacilé, contemplando la casa y la negra puerta de doble hoja. A la derecha había un rótulo pequeño que decía: SÓLO PARA PACIENTES. Por lo visto se trataba de un médico que tenía el consultorio en su propia casa. Dejamos las dos maletas a la sombra, cerca de la acera de hormigón, y, al mirar yo la terraza, vi a un hombre que dormía en un sillón de mimbre pintado de blanco. Nuestra buena samaritana se acercó a él, sonriendo ampliamente, le tocó delicadamente un brazo y, como él siguiese durmiendo, nos hizo ademán de que nos acercásemos y le hablásemos. Después señaló la casa y nos indicó, con señas, que iría a prepararnos algo de comer. Yo hubiese preferido que se quedara para presentarnos, para explicar el motivo de que estuviésemos allí en domingo. Al acercarnos Chris y yo cautelosamente al hombre, y a pesar del miedo que sentía, olí el perfume de rosas que llenaba el aire y tuve la impresión de que había estado allí anteriormente y de que conocía el lugar. Este aire fresco y perfumado de rosas no era la clase de aire que había aprendido a respirar como digno de una persona como yo.

-Es domingo, un maldito domingo -murmuré a Chris-, y puede que al médico no le guste nuestra presencia.

-Es médico -repuso Chris- y estará acostumbrado a que le roben horas de descanso... *Tú* puedes despertarle.

Me acerqué despacio. Era un hombre corpulento y llevaba un traje gris claro con un clavel rojo en el ojal. Tenía las largas piernas estiradas y apoyadas encima de la baranda. Parecía bastante elegante, incluso tumbado así, con los brazos colgando a ambos lados del sillón. Estaba al parecer tan cómodo, que era una lástima despertarle y llamarle al cumplimiento del deber.

-¿Es usted el doctor Paul Sheffield? -preguntó Chris, que había leído la placa con el nombre del médico.

Tenía a Carrie en sus brazos, con el cuello doblado hacia atrás, cerrados los ojos y con los largos y dorados cabellos ondeando bajo la brisa suave y tibia. El médico se despertó, contrariado. Nos miró largamente, como si no diese crédito a sus ojos. Yo sabía que teníamos un aspecto raro, con los varios vestidos que llevábamos puestos. Él sacudió la cabeza, como tratando de enfocar la mirada, y sus ojos eran hermosos y de color de avellana, con motitas azules y verdes y doradas salpicando el iris castaño claro. Estos ojos extraños me atrajeron e intrigaron. El hombre parecía aturdido, ligeramente borracho y demasiado adormilado para adoptar su acostumbrada máscara profesional, que le hubiese impedido reseguir con la mirada mi cara, mi busto y mis piernas, antes de alzarla de nuevo lentamente. Y una vez más pareció hipnotizado por mi rostro, por mis cabellos. Unos cabellos que yo sabía que eran demasiado largos, mal cortados sobre la frente y demasiado frágiles y pálidos en las puntas.

-Es usted el médico, ¿verdad? -preguntó Chris.

-Sí, claro. Soy el doctor Sheffield -contestó al fin el hombre, volviendo ahora su atención a Chris y Carrie.

Con una gracia y una rapidez sorprendentes, bajó las piernas de la baranda, se puso en pie, dominándonos con su estatura, se pasó los largos dedos por la mata de sus negros cabellos y se acercó para observar la carita blanca de Carrie. Le abrió los cerrados párpados con el índice y el

pulgar, y miró un momento el ojo azul, en busca de lo que éste pudiese revelarle.

-¿Cuánto tiempo hace que está inconsciente?

-Unos minutos -respondió Chris, que casi se consideraba médico, por lo mucho que había estudiado mientras habíamos estado encerrados en el ático-. Carrie vomitó tres veces en el autobús; después empezó a temblar y a sudar. Una señora llamada Henrietta Beech iba en el autobús; ella nos trajo aquí.

El médico asintió con la cabeza y dijo que Mrs. Beech era su ama de llaves y cocinera. Después nos condujo a la puerta reservada a los pacientes y a una parte de la casa donde había dos salitas de reconocimiento y un despacho, y se excusó por la ausencia de su enfermera.

-Quítale a Carrie toda la ropa, menos las bragas -me ordenó.

Mientras yo obedecía, Chris salió rápidamente en busca de nuestras maletas.

Llenos de ansiedad, Chris y yo nos apoyamos en la pared y observamos al médico, mientras éste tomaba la presión sanguínea, el pulso y la temperatura de Carrie, y la auscultaba el corazón, el pecho y la espalda. Carrie había vuelto en sí y tosió cuando se lo indicó el doctor. Yo sólo podía preguntarme por qué tenían que ocurrirnos todas las desgracias. ¿Por qué se empeñaba el destino en perseguirnos? ¿Éramos tan malvados como decía la abuela? ¿Tendría Carrie que morir también?

-Carrie -dijo amablemente el doctor Sheffield, cuando yo la hube vestido-, vamos a dejarte un rato en esta habitación, para que puedas descansar. -La cubrió con una fina manta-. No tengas miedo. Estaremos en mi despacho, en este mismo pasillo. Sé que esta mesa no es muy blanda, pero procura dormir un poco mientras hablo con tus hermanos.

Ella le miró con los ojos muy abiertos, empañados, sin importarle mucho que la mesa fuese dura o blanda.

Pocos minutos después, el doctor Sheffield estaba sentado detrás de una mesa imponente, apoyando los codos sobre la carpeta con papel secante, y empezó a hablar gravemente y en tono un poco preocupado.

-Los dos parecéis confusos y algo aturrullados. No temáis haberme privado de las diversiones del domingo, pues no suelo tenerlas. Soy viudo y, para mí, el domingo es un día como otro cualquiera...

¡Oh, sí! Podía decir esto, pero parecía cansado, como si trabajase demasiadas horas. Yo estaba sentada incómodamente en el borde del blando sofá de cuero castaño, muy cerca de Chris. La luz que entraba por las ventanas nos daba directamente en la cara, mientras que el médico estaba en la penumbra. Mi ropa estaba mojada y sucia, y, de pronto, recordé la causa. Me levanté rápidamente y me quité la falda, satisfecha al observar la sorpresa del doctor. Como éste había salido de la habitación al desnudar yo a Carrie, no se había dado cuenta de que llevaba dos vestidos superpuestos. Cuando volví a sentarme junto a Chris, llevaba solamente un traje azul, estilo princesa, muy bonito y limpio...

-¿Siempre te pones más de un vestido los domingos? -me preguntó.

-Sólo los domingos en que me escapo de casa -dije-. No tenemos más que dos maletas y necesitamos sitio para guardar las cosas de valor que empeñaremos cuando tengamos necesidad de hacerlo.

Chris me dio un codazo, para indicarme que hablaba demasiado. Pero yo sabía bastante de los médicos, principalmente gracias a *él.* Y el doctor que estaba detrás de la mesa era digno de confianza; se le veía en los ojos. Podíamos decírselo todo, todo.

-Comprendo. Os habéis escapado los tres -dijo, arrastrando las palabras-. ¿Y de qué huís, exactamente? ¿De unos padres que os han ofendido, al negaros algún privilegio?

¡Oh, si él supiera!

-Es una historia larga, doctor -dijo Chris-. De momento quisiéramos saber algo de Carrie.

-Sí -convino el médico-, tienes razón. Hablemos de Carrie. -Su tono se volvió profesional, al proseguir-: No sé quiénes sois, ni de dónde venís, ni por qué pensasteis en que debíais escaparos. Pero esa niña está muy, muy enferma. Si no fuese domingo, la ingresaría hoy mismo en un hospital, para practicar análisis que no puedo hacer. Os aconsejo que llaméis inmediatamente a vuestros

padres.

¡ Precisamente las palabras que más podía yo temer!

-Somos huérfanos -explicó Chris-. Pero no tema que no le paguemos. Podemos hacerlo.

-Me alegro de que tengáis dinero -dijo el médico-, pues vais a necesitarlo. -Nos miró largamente a los dos, con ojos calculadores, como sopesándonos-. Dos semanas en un hospital bastarían para descubrir el factor que no acabo de determinar en la enfermedad de vuestra hermana.

Y, mientras nos quedábamos boquiabiertos y pasmados de que Carrie estuviese *tan* enferma, hizo un cálculo aproximado de lo que aquello costaría. Nuestro pasmo fue en aumento. ¡Dios mío! Con el dinero que habíamos hurtado, no podríamos pagar *una* semana. ¡Y eran dos!

Chris y yo intercambiamos una mirada de espanto. ¿Qué haríamos ahora? No podíamos pagar tanto dinero.

El doctor captó fácilmente nuestra situación.

-¿Todavía sois huérfanos? -preguntó, suavemente.

-Sí, *todavía* somos huérfanos -declaró Chris, en tono desafiador, y después me miró duramente, para decirme que mantuviese cerrado el pico-. Cuando uno se queda huérfano, se queda para siempre. Y ahora, díganos lo que piensa que tiene nuestra hermana y lo que puede hacer para curarla.

-¡Alto ahí, jovencito! Primero tendréis que contestarme a unas preguntas. -Su voz era suave, pero lo bastante firme para hacernos saber que *él* mandaba allí-. En primer lugar, ¿cuál es vuestro nombre completo?

-Yo me llamo Christopher Dollanganger, y ésta es mi hermana, Catherine Leigh Dollanganger, y Carrie tiene ocho años, tanto si usted lo cree como si no.

-¿Por qué no había de creerlo? -preguntó suavemente el médico, aunque pocos minutos antes, en la pequeña sala de reconocimiento, se había sorprendido al enterarse de su edad.

-Sabemos que Carrie está muy poco desarrollada, para la edad que tiene -dijo Chris, a la defensiva.

-Así es. -Me miró al decir esto; después miró a mi hermano y se inclinó hacia delante, sobre sus brazos cruzados, con un aire confidencial que hizo que me pusiese tensa, en previsión de lo que vendría-. Mira. Dejemos de recelar los unos de los otros. Yo soy médico, y todo lo que me digáis permanecerá secreto. Si de veras queréis ayudar a vuestra hermana, no podéis permanecer aquí sentados, inventando mentiras. Tenéis que decirme la verdad, si no queréis hacerme perder el tiempo y poner en peligro la vida de Carrie.

Ambos guardamos silencio, asidos de la mano y tocándonos nuestros hombros. Sentí que Chris se estremecía, y yo me estremecí también. Estábamos asustados, teníamos muchísimo miedo de decir la verdad, porque, ¿quién iba a creernos? Si habíamos confiado antes en personas al parecer honradas, ¿cómo podíamos volver a confiar? Y sin embargo, aquel hombre de detrás de la mesa... me parecía familiar, como si no fuese la primera vez que le veía.

-Está bien -dijo el médico-. Si tan difícil os resulta tendré que haceros más preguntas. Decidme qué fue lo último que comisteis los tres.

Chris suspiró, aliviado.

-Nuestra última comida fue para el desayuno de esta mañana. Todos comimos lo mismo: salchichas de Frankfurt con patatas fritas y salsa de tomate, y después, batidos de chocolate. Carrie sólo comió un poco. Es muy remilgada en la cuestión de la comida, aun en las mejores circunstancias. Yo diría que nunca ha tenido un apetito normal.

El médico frunció el ceño y anotó esto.

-Así, pues, todos comisteis lo mismo para *desayunar*. ¿Y sólo se mareó Carrie?

-Sí. Sólo Carrie.

-¿Se marea a menudo?

-A veces. No muy a menudo.

-¿Con qué frecuencia?

-Bueno... -dijo Chris, hablando despacio-. Carrie vomitó dos veces la semana pasada, y unas

cinco veces el mes pasado. Esto me ha preocupado mucho; sus ataques parecen más violentos al aumentar su frecuencia.

¡ Oh! La manera evasiva en que Chris hablaba de Carrie me ponía furiosa. Incluso ahora quería proteger a nuestra madre, después de todo lo que ésta nos había hecho. Quizá mi expresión delató a Chris e hizo que el médico se inclinase en mi dirección, como pensando que yo podía ofrecerle un relato más completo. -Escuchad. Habéis acudido a mí para que os ayude, y estoy dispuesto a hacer cuanto pueda por vosotros, pero temo que será muy poco si no me explicáis todos los hechos. Si a Carrie le duele algo, no puedo mirar dentro de ella para saber lo que es. O tiene que decírmelo ella, o tenéis que decírmelo vosotros. Necesito información para trabajar; una información completa. Sé que Carrie está desnutrida, débil y poco desarrollada para su edad. Veo que los tres tenéis las pupilas dilatadas. Veo que todos estáis pálidos, delgados, y que tenéis un aspecto débil. No comprendo que os preocupéis por el dinero cuando lleváis unos relojes que parecen muy caros y alguien os ha provisto de ropas elegantes y, sin duda, muy costosas..., aunque no puedo imaginar por qué se ajustan tan mal a vuestros cuerpos. Lleváis relojes de oro y brillantes, prendas lujosas y zapatos deportivos de los más vulgares, y sólo me decís medias verdades. Pues yo os voy a decir unas cuantas *verdades enteras.* -Su voz se hizo más firme, más enérgica-. Sospecho que vuestra hermanita está peligrosamente anémica. Y, por culpa de esta anemia, es propensa a sufrir muchas infecciones. Su presión sanguínea es alarmantemente baja. Y hay un factor evasivo, que no puedo descubrir. Por consiguiente, Carrie ingresará mañana en un hospital, tanto si avisáis a vuestros padres como si no, y podéis empeñar vuestros relojes para pagar el precio de su vida. Ahora bien..., si la ingresásemos esta tarde, los análisis podrían empezar a primera hora de la mañana.

-Haga lo que considere necesario -dijo torpemente Chris.

-¡Un momento! -grité, levantándome de un salto y acercándome rápidamente a la mesa del doctor-. ¡Mi hermano no se lo ha contado todo!

Miré duramente a Chris por encima del hombro, mientras él me conminaba con los ojos a no revelar toda la verdad.

Pensé, amargamente: *¡No temas! ¡Protegeré a nuestra madre lo más que pueda!*

Creo que Chris me comprendió, pues sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Oh! Con todo lo que había hecho aquella mujer para dañarle, para dañarnos a todos, ¡y todavía podía llorar por ella! Sus lágrimas pusieron llanto en mi corazón; no por ella, sino por él, que tanto la amaba, por mí, que-tanto le amaba *a él, y* por todo lo que habíamos pasado y sufrido juntos...

Él asintió con la cabeza, como diciéndome que estaba bien, que podía seguir adelante, y entonces empecé a contar lo que debió de parecerle al médico una historia inverosímil. Al principio, estuve segura de que pensaba que mentía o, al menos, que exageraba. ¿Por qué, si todos los días referían los periódicos historias horribles de lo que los padres amantes y cuidadosos hacían con los hijos?

-...Y así, cuando papá sufrió aquel accidente fatal, mamá nos dijo que estaba cargada de deudas y que no tenía posibilidad de mantener a los cinco. Empezó a escribir cartas a sus padres, que estaban en Virginia. Al principio no le contestaron, pero un día llegó una carta. Ella nos dijo que sus padres vivían en una hermosa casa, en Virginia, y que eran fabulosamente ricos; pero que, al casarse ella con un medio hermano de su padre, la habían desheredado. Ahora perderíamos todo lo que teníamos. Tuvimos que dejar las bicicletas en el garaje; ella no nos dio siquiera tiempo para despedirnos de nuestros amigos, y, aquella tarde, tomamos el tren en dirección a las Blue Ridge Mountains.

Nos alegraba ir a vivir en una casa hermosa y rica, pero nos alegraba menos tener que hacerlo con un abuelo que parecía muy cruel. Nuestra madre nos dijo que tendríamos que permanecer escondidos hasta que ella pudiese reconquistar su afecto. Dijo que sólo sería cuestión de *una noche,* o quizá dos o tres noches; pero que, después, podríamos bajar y conocer a su padre. Éste se estaba muriendo de una enfermedad del corazón y no podía subir escaleras, con lo que estaríamos seguros arriba, con tal de que no hiciésemos mucho ruido. La abuela nos destinó al ático para jugar en él.

Era muy grande..., sucio y lleno de arañas, ratones e insectos. Y allí era donde jugábamos y tratábamos de pasarlo lo mejor posible, en espera de que mamá recobrase el cariño de su padre y nosotros pudiésemos bajar y empezar a gozar de la vida de los niños ricos. Pero pronto comprendimos que el abuelo no perdonaría nunca a nuestra madre el haberse casado con su medio hermano y que nosotros seguiríamos siendo «hijos del diablo». ¡Tendríamos que vivir allá arriba hasta que él se muriese!

Los ojos del médico revelaban una dolida incredulidad. Sin embargo, proseguí:

-Por si hubiese sido poco el vernos encerrados en una habitación y en nuestro campo de juego en el desván, ¡pronto descubrimos que nuestra abuela nos odiaba también! Ésta nos dio una larga lista de lo que podíamos hacer y de lo que nos estaba prohibido. No debíamos asomarnos nunca a las ventanas de delante, ni siquiera descorrer las pesadas cortinas para que entrase un poco la luz.

"Al principio, la comida que nos subía por la mañana nuestra abuela en una cesta era bastante buena; pero poco a poco fue empeorando, hasta quedar reducida a bocadillos, ensalada de patatas y pollo frito. No podíamos comer postre, porque éste dañaría nuestros dientes y no podíamos ir al dentista. Desde luego, cuando llegaban los días de nuestros cumpleaños, mamá nos traía, a escondidas, helado, un pastel y muchos regalos. ¡Oh! Sin duda nos compraba todo aquello para compensar lo que nos estaba haciendo..., como si los libros, los juegos y los juguetes pudiesen reparar todo lo que perdíamos: nuestra salud, nuestra fe en nosotros mismos. Y, lo que es aún peor, ¡empezamos a perder nuestra fe en *ella!*

«Llegó otro año y, aquel verano, ¡mamá no vino siquiera a visitarnos! Después, en octubre, compareció y nos dijo que había contraído segundo matrimonio y que había pasado el verano recorriendo Europa, ¡en su luna de miel! ¡Tuve ganas de matarla! Podía habérnoslo dicho, pero se había marchado sin darnos la menor explicación. Nos trajo regalos caros, vestidos que no nos caían bien, pensando que con aquello lo compensaba todo, ¡cuando en realidad no compensaba nada! Por último, pude convencer a Chris de que teníamos que encontrar la manera de huir de aquella casa y no pensar más en heredar una fortuna. Él no quería hacerlo, porque pensaba que el abuelo no podía tardar en morir, y quería ir a la Universidad, a la Facultad de Medicina, y hacerse médico..., como usted.

-Médico, como yo... -repitió el doctor Sheffield, con una extraña sonrisa. Sus ojos revelaban compasión y también algo más sombrío-. Es una historia extraña, Cathy, y difícil de creer.

-¡Espere un poco! -grité-. Todavía no he terminado. ¡ No le he contado lo peor! El abuelo murió, y había puesto a nuestra madre en el testamento, de modo que ésta heredaría su inmensa fortuna; pero había añadido un codicilo, poniendo por condición que ella no debía tener hijos. Si se descubría un día que los había tenido de su primer marido, ¡tendría que devolver todo lo heredado y todo lo que hubiese comprado con el dinero de la herencia!

Hice una pausa. Eché una mirada a Chris, que permanecía pálido e inseguro, mirándome con ojos dolidos y suplicantes. Pero no debía preocuparse; yo no hablaría de Cory. Me volví de nuevo al médico.

-Pasemos ahora al factor evasivo que se le escapa a usted..., lo que hace que Carrie vomite, y también nosotros algunas veces. En realidad, es muy sencillo. Cuando nuestra madre supo que no podía tenernos con ella y conservar su fortuna, decidió librarse de nosotros. La abuela empezó a poner buñuelos azucarados en la cesta. Nosotros los comíamos de buen grado, porque no sabíamos que contenían arsénico.

Bueno, ya lo había dicho.

Buñuelos envenenados, para endulzar nuestros días de cárcel, mientras nosotros salíamos en secreto de nuestra habitación, gracias a una llave de madera que había confeccionado Chris. Así fuimos empeorando día tras día, nueve meses, mientras nos deslizábamos a hurtadillas hasta el gran dormitorio de nuestra madre y hurtábamos los billetes de uno y de cinco dólares que podíamos encontrar. Casi durante un año estuvimos recorriendo los largos y oscuros corredores, y hurtando-en su habitación para hacernos con todo el dinero que nos fuese posible.

-En aquella única habitación, doctor, vivimos tres años, cuatro meses y dieciséis días.

Cuando hube terminado mi largo relato, el doctor permaneció sentado inmóvil, mirándome con compasión, horror y preocupación.

-Ya ve usted, doctor -concluí-, que no puede obligarnos a ir a la Policía y contarles nuestra historia. Meterían a la abuela y a nuestra madre en la cárcel, ¡pero nosotros sufriríamos también! No sólo por el escándalo, sino también porque nos separarían. Nos ingresarían en orfelinatos, o nos pondrían bajo cautela judicial, ¡y nosotros nos hemos jurado estar siempre, siempre juntos!

Chris miraba fijamente el suelo. Habló sin levantar la vista.

-Cuide de nuestra hermana. Haga todo lo necesario para que se cure. Cathy y yo encontraremos la manera de cumplir nuestras obligaciones.

-Espera, Chris -dijo el médico, con su voz lenta y paciente-. Tú y Cathy habéis absorbido también arsénico y tendréis que someteros a las mismas pruebas que Carrie. Miraos. Estáis delgados, pálidos, débiles. Necesitáis buenos alimentos, descanso, mucho aire puro y mucho sol. Quizá pueda hacer algo por vosotros.

-Usted no nos conoce, señor -dijo respetuosamente Chris-, y nosotros no esperamos ni necesitamos caridad ni compasión de nadie. Cathy y yo no estamos tan débiles y enfermos. Carrie es la única que se halla en mal estado.

Me volví en redondo, indignada, y miré a Chris echando chispas por los ojos. Seríamos unos estúpidos si rechazábamos la ayuda de aquel hombre bueno, sólo para salvar algo de un orgullo que había sido ya pisoteado muchas veces. ¿Qué importaba doblegarlo una vez más?

-...Sí -siguió diciendo el médico, como si Chris y yo hubiésemos aceptado ya su generoso ofrecimiento de ayuda-. Los gastos son menos elevados para los pacientes de «fuera» que para los de «dentro», ya que no tienen que pagar la habitación ni la manutención. Ahora, escuchad: esto no es más que una sugerencia; sois libres de rechazarla y seguir vuestro viaje... A propósito, ¿adonde ibais?

-A Sarasota, Florida -contestó débilmente Chris-. Cathy y yo solíamos columpiarnos en cuerdas que colgábamos de las vigas del ático; por esto pensamos que, con un poco de práctica, podríamos hacernos trapecistas.

Cuando le oí decir esto, me pareció una tontería. Pensé que el doctor se echaría a reír; pero no lo hizo. Sólo pareció un poco más triste.

-Sinceramente, Chris, no me gustaría que Cathy y tú os jugaseis la vida de esta manera, y, como médico, creo que no debo permitir que os marchéis en ese estado. Toda mi ética personal y profesional me impide dejaros marchar sin tratamiento médico. En cambio, el sentido común me dice que debería mantenerme apartado y desentenderme de lo que pueda ocurrirles a tres muchachos que se han escapado de casa. Por todo lo que sé, esa espeluznante historia podría no ser más que un montón de mentiras para ganaros mi compasión. -Sonrió amablemente, para quitar veneno a sus palabras-. Sin embargo, mi intuición me inclina a creer vuestro relato. Vuestras ropas caras, vuestros relojes y esos zapatones que lleváis, la palidez de vuestra piel y la mirada atribulada de vuestros ojos, confirman su verdad.

¡ Qué voz la suya! Sugestiva, suave y melancólica, con un ligerísimo acento del Sur.

-Vamos -dijo, y me sentí atraída por él, aunque ignoraba si le ocurría lo mismo a Chris-, olvidad el orgullo y la caridad. Quedaos en mi casa, donde hay doce habitaciones solitarias. Dios debió de poner a Henrietta Beech en aquel autobús para que os condujese aquí. Henny es una trabajadora formidable y tiene la casa limpia como un espejo, pero siempre se está quejando de que doce habitaciones y cuatro cuartos de baño son demasiado para una sola mujer. Detrás de la casa tengo dos hectáreas de jardín. Contrato a jardineros para que me ayuden, ya que no puedo dedicar al jardín todo el tiempo que éste requiere. -Llegado a este punto, fijó sus brillantes ojos en los de Chris-. Podrías ganarte el sustento segando el césped, recortando los setos y preparando los macizos para el invierno. Cathy podría ayudar en la casa. -Me dirigió una mirada interrogadora, incitante, y pestañeó-. ¿Sabes cocinar?

¿Cocinar? ¿Quería tomarme el pelo? Habíamos estado encerrados más de tres años en el desván. Y no habíamos tenido un simple hornillo para tostar el pan por la mañana, ni mantequilla,

¡ni siquiera margarina!

-¡No! -salté-. No sé cocinar. Soy bailarina. Cuando sea una primera bailarina famosa, tendré cocinera, como la tiene usted. No me quedaré encerrada en la cocina de un hombre, lavando los platos, preparando comida para él y dándole hijos. Esta vida no se ha hecho para mí.

-Comprendo -dijo él, con rostro inexpresivo.

-No quisiera parecerle ingrata -expliqué-. Haré todo lo que pueda para ayudar a Mrs. Beech. Incluso aprenderé a cocinar para ella... y para usted.

-Bien -dijo el médico, con ojos reidores y llenos de destellos, mientras cruzaba las manos debajo del mentón y sonreía-. Serás primera bailarina y Chris un médico famoso. ¿Creéis que podréis conseguirlo huyendo a Florida para trabajar en el circo? Desde luego, yo soy de otra generación y no puedo imaginar vuestros razonamientos. Pero ¿de veras os parece lógico?

: No; ahora que habíamos salido del cuarto cerrado y del desván, y nos enfrentábamos con la luminosa realidad, no parecía lógico. Parecía una fantasía tonta e infantil.

,; -¿Os dais cuenta de que tendríais que competir con trapecistas profesionales? -preguntó el doctor-. Tendríais que rivalizar con personas adiestradas desde su primera infancia, con vástagos de largas estirpes de artistas circenses. No sería fácil. Sin embargo, debo confesar que hay algo en vuestros ojos azules que me dice que sois unos jóvenes muy resueltos, y sin duda conseguiréis vuestros propósitos, si os empeñáis en ello. Pero ¿y los estudios? ¿Y qué será de Carrie? ¿Qué hará ella, mientras vosotros dos os columpiáis en los trapecios? No, no me contestes -dijo rápidamente, al ver que yo entreabría los labios-. Estoy seguro de que se te ocurriría algo para convencerme, pero debo disuadirte de ello. Ante todo, tenéis que cuidar de vuestra salud y de la de Carrie. El día menos pensado podríais derrumbaros como Carrie y poneros tan malos como ella. A fin de cuentas, ¿no estuvisteis los tres en las mismas terribles condiciones?

Los cuatro, no los tres, murmuró algo en mi oído. Pero no hablé de Cory.

-Si quiere usted decir que nos tendrá aquí hasta que Carrie se cure -dijo Chris, con mirada recelosa-, le estaremos sumamente agradecidos. Trabajaremos de firme y, cuando podamos, nos marcharemos! y le pagaremos hasta el último céntimo que haya gastado en nosotros.

-Eso quise decir. Pero no tendréis que pagarme nada, porque lo habréis hecho cuidando de la casa y del jardín. Ya veis que no se trata de compasión ni de caridad, sino de un contrato en beneficio de todos.

UN NUEVO HOGAR

Así empezó la cosa. Entramos sin ruido en la casa del doctor y en su vida. Nos apoderamos de él, ahora lo sé. *Nos* hicimos importantes para él, como si no hubiese vivido realmente antes de nuestra llegada. Ahora sé también esto. Hizo que pareciese que le hacíamos un favor, alegrando su vida triste y solitaria con nuestra presencia juvenil. Hizo que *nos* sintiésemos generosos por compartir *su* vida, y nosotros, ¡ay!, queríamos creer en alguien.

Nos dio, a Carrie y a mí, un gran dormitorio con dos camas gemelas y cuatro ventanales que daban al Sur y dos ventanas que daban al Este. Chris y yo nos mirábamos, terriblemente afligidos. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, dormiríamos en habitaciones separadas. Yo no quería separarme de él y hacer frente a la noche con sólo Carrie, que nunca podría protegerme como me había protegido él. Creo que nuestro médico debió de percibir algo que le impulsó a escurrir el bulto, pues se excusó y se dirigió al fondo del pasillo. Sólo entonces habló Chris:

-Tenemos que andarnos con cuidado, Cathy. No quisiera que sospechase.

-No hay nada que sospechar. Esto terminó -le respondí, pero no le miré a los ojos, pensando, incluso entonces, que esto nunca terminaría.

¡Oh, mamá! Mira lo que hiciste al meternos a los cuatro en una habitación cerrada, y dejar que creciéramos allí, sabiendo lo que pasaría. Porque tú, más que nadie, ¡tenías que saberlo!

-Calla -murmuró Chris-. Dame las buenas noches. Aquí no habrá chinches en la cama.

Me besó y le besé, nos dimos las buenas noches, y eso fue todo. Con lágrimas en los ojos, vi que mi hermano se alejaba por el pasillo, sin apartar de mí la mirada.

En nuestra habitación, Carrie lanzó un fuerte gemido.

-¡ No puedo dormir sola en una cama tan pequeña! -lloriqueó-. ¡Me caeré! Cathy, ¿por qué es tan estrecha esta cama?

En definitiva, el médico y Chris tuvieron que volver para quitar la mesita de noche que separaba las dos camas gemelas. Después, las arrimaron de manera que pareciesen una sola cama grande. Esto gustó muchísimo a Carrie, pero, al transcurrir la noche, se fue ensanchando el hueco entre las dos camas hasta que, como durmiente inquieta que era, me desperté con una pierna y un brazo en la hendedura, arrastrando a Carrie conmigo al suelo.

Me gustaba la habitación que nos había destinado Paul. Era muy bonita, el papel azul pálido de las paredes y las cortinas haciendo juego. La alfombra era azul. Cada una tenía un sillón con cojines de color amarillo limón, y todos los muebles eran de un blanco viejo. La habitación adecuada para una chica. Alegre. Sin pinturas del infierno en las paredes. El único infierno estaba en mi cabeza, puesto allí por pensar demasiado en el pasado. Si mamá hubiese querido, ¡habría podido encontrar otra solución! ¡No tenía que encerrarnos!

Fue la codicia, la avaricia, aquella maldita fortuna... ¡y Cory estaba enterrado a causa de la flaqueza de ella!

-Olvídalo, Cathy -dijo Chris, al darnos de nuevo las buenas noches.

Yo temía horriblemente contarle lo que sospechaba. Apoyé la cabeza sobre su pecho.

-Chris, lo que hicimos fue un pecado, ¿no?

-No volverá a ocurrir -replicó secamente él, y se apartó y echó a andar rápidamente por el pasillo, como si yo le persiguiese.

Yo quería vivir bien y no hacer daño a nadie, y menos aún a Chris. Sin embargo, tuve que levantarme a medianoche e ir a su habitación. *"Él* dormía y me introduje en su cama. Se despertó al oír el crujido del somier.

-Cathy, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

-Está lloviendo -murmuré-. Déjame estar un momento a tu lado, y me marcharé.

No nos movíamos, ni siquiera respirábamos. De pronto, sin darnos cuenta, nos abrazamos y él me besó. Con un fervor tan ardiente, que no pude dejar de corresponderle, a pesar de que no quería hacerlo. ¡Esto era malo, perverso! Y, sin embargo, no quería que él se detuviese. La mujer que dormía dentro de mí se despertó, queriendo lo que él creía que debía tener, y yo, la parte reflexiva y calculadora, le aparté.

-¿Qué estás haciendo? Pensé que habías dicho que esto no volvería a ocurrir.

-Tú has venido... -dijo roncamente él.

-¡ Pero no para esto!

-¿De qué te imaginas que estoy hecho? ¿De acero? Cathy, no vuelvas a hacerlo.

Le dejé y me fui a mi cama y lloré, porque él estaba al final del pasillo y no a mi lado para despertarme si tenía una pesadilla. No tenía a nadie que me consolase. A nadie que me diese fuerza. Entonces, las palabras de mi madre vinieron a acosarme con un terrible pensamiento: ¿Me parecía tanto a ella? ¿Iba a ser una mujer del tipo enredadera, que siempre necesitaba que un hombre la protegiese? ¡ No! ¡ Yo me bastaría a mí misma!

Creo que fue el día siguiente cuando el doctor Paul me trajo cuatro cuadros para que los colgase en la pared. Bailarinas, en cuatro actitudes diferentes. A Carrie le trajo un jarro de cristal opaco con delicadas violetas de plástico. Se había enterado ya de la afición de Carrie a las cosas rojas o purpúreas.

-Haced lo que podáis para encontraros bien en esta habitación -nos dijo-. Si no os gusta el color de las paredes, lo cambiaremos en la primavera próxima.

Le miré fijamente. En primavera ya no estaríamos allí.

Carrie siguió sentada, sosteniendo su jarro de violetas artificiales, mientras yo hacía un esfuerzo para decirle al médico lo que tenía que decir.

-Doctor Paul, no estaremos aquí en la primavera; por consiguiente, no podemos apegarnos demasiado a las habitaciones que usted nos ha destinado.

Él estaba en la puerta, a punto de salir, pero se detuvo y se volvió a mirarme. Era alto, quizás un metro noventa, y sus hombros eran tan anchos, que casi llenaban toda la puerta.

-Creía que esto te gustaba -dijo, en tono pensativo, fría la mirada de sus negros ojos.

-¡Claro que me gusta! -me apresuré a responder-. Nos gusta a todos, pero no podemos abusar de su bondad.

Asintió con la cabeza, sin decir palabra, y se marchó, y yo me volví y vi que Carrie me miraba fijamente y con gran hostilidad.

El doctor llevaba cada día a Carrie al hospital.

Al principio, ésta había llorado y se había negado a ir si yo no la acompañaba. Urdía fantásticos cuentos sobre lo que le hacían en el hospital y se quejaba de las muchas preguntas que le hacían.

-Nosotros nunca mentimos, Carrie; tú lo sabes. Los tres nos decimos siempre la verdad, pero no hemos de contar a *todo el mundo* lo que pasamos allá arriba..., ¿sabes?

Ella me miró fijamente, con sus ojos grandes y asustados.

-Yo no le he dicho a nadie que Cory se fue al cielo y me dejó. Sólo lo he dicho al doctor Paul.

-¿Se lo dijiste *a él?*

-Tuve que hacerlo, Cathy.

Carrie hundió la cabeza en la almohada y se echó a llorar.

Por tanto, el doctor sabía ahora lo de Cory, y que se suponía que había muerto de pulmonía en un hospital. ¡Qué tristes estaban sus ojos cuando nos interrogó a Chris y a mí, pidiéndonos detalles de la enfermedad y la muerte de Cory!

Chris y yo estábamos sentados muy juntos en el sofá del cuarto de estar, cuando Paul nos dijo:

-Me alegro de deciros que el arsénico no produjo ningún daño irreparable en los órganos de Carrie, como habíamos temido. No me miréis así. No revelé vuestro secreto, pero tuve que decir a los técnicos del laboratorio lo que habían de buscar. Inventé un cuento, diciendo que habíais tomado el arsénico por accidente, que yo fui un buen amigo de vuestros padres y estoy pensando en adoptaros legalmente a los tres.

-Carrie... ¿vivirá? -murmuré, suspirando con alivio.

-Sí, vivirá... si no le da por columpiarse en el trapecio. -Sonrió de nuevo-. Lo he dispuesto todo para que vosotros dos seáis reconocidos mañana... por mí, si no tenéis inconveniente.

¡Oh! ¡Yo sí que tenía inconveniente! No estaba dispuesta a quitarme la ropa y que él me viese así, aunque fuese en presencia de una enfermera. Chris me dijo que era muy tonta si pensaba que un médico de cuarenta años podía sentir un placer erótico al ver a una chica de mi edad. Pero lo dijo mirando a otra parte, por lo que no pude saber lo que pensaba en realidad. Tal vez Chris tenía razón, porque, cuando estuve sobre aquella mesa de reconocimiento, desnuda y cubierta con una bata de papel, el doctor Paul no pareció el mismo que me seguía con la mirada cuando estaba en el sector «hogareño» de su casa. Me hizo lo mismo que le había hecho a Carrie, aunque me formuló más preguntas. Preguntas un poco embarazosas, ciertamente.

-¿No has menstruado desde hace más de dos meses?

-Nunca he sido muy regular, Empecé cuando tenía doce años, y dos veces se me atrasó de tres a seis meses. Esto me preocupaba, pero Chris leyó algo sobre el tema, en uno de los libros de Medicina que le trajo mamá, y me dijo que la ansiedad y un exceso de tensión podían ser causa de las faltas. No creerá usted..., quiero decir..., no pensará que me ocurra nada malo, ¿verdad?

-Creo que no. Parece bastante normal. Demasiado delgada, demasiado pálida, y ligeramente anémica. Chris también lo está, aunque menos que tú, debido a su sexo. Voy a recetaros unas vitaminas especiales a los tres.

Me alegré cuando terminó aquello y pude vestirme y huir de aquel consultorio donde las mujeres que trabajaban para el doctor Paul me miraban de una manera extraña.

Volví corriendo a la cocina, Mrs. Beech estaba preparando la comida. Cuando entré, una sonrisa amplia y franca iluminó su cara de luna llena, de piel resbaladiza como el caucho. Los dientes que mostraba eran los más blancos y perfectos que había visto en mi vida.

-¡Uf! Me alegro de que esto haya terminado -dije, dejándome caer en una silla y cogiendo un cuchillo para mondar patatas-. No me gusta que los médicos me palpen. Prefiero al doctor Paul cuando es un hombre como otro cualquiera. Cuando se pone su larga bata blanca, se pone también una pantalla sobre los ojos. Entonces no puedo ver lo que está pensando. Y yo sé leer en los ojos, Mrs. Beech.

Ella me sonrió con malicia, y después sacó un bloc color de rosa del gran bolsillo cuadrado de su almidonado y blanco delantal. Con éste ceñido a su cintura parecía -nada más y nada menos- un colchón enrollado que anduviese de un lado para otro sin hablar. Ahora yo sabía que su mudez era de nacimiento. Aunque trataba de enseñarnos su lenguaje de signos, ninguno de nosotros lo había aprendido aún lo suficiente como para conversar con ella. Creo que a mí me gustaban demasiado sus notas, unas notas que escribía con extraordinaria rapidez y en un estilo muy abreviado. *Doctor dice* -había escrito que *jóvenes necesitáis mucha -fruta y verdura -fresca, mucha carne magra, pero poca fécula y postres. Quiere músculos, no grasa.*

Habíamos aumentado ya un poco de peso, en las dos semanas que llevábamos disfrutando de la deliciosa cocina de Mrs. Beech. Incluso Carrie, que era tan melindrosa, comía ahora con entusiasmo, cosa notable en ella. Un día, mientras yo mondaba las patatas rojas, Mrs. Beech escribió otra nota, al ver que no comprendía sus signos. *Encantadora niña, de ahora en adelante me llamarás sólo Henny. No Mrs. Beech.*

Era la primera persona negra con quien yo tenía trato, y, aunque al principio me había sentido un poco incómoda y atemorizada en su compañía, dos semanas de intimidad me habían enseñado muchas cosas.

Ella no era más que un ser humano, de otra raza y de otro color, pero con los mismos sentimientos, esperanzas y temores que teníamos todos.

Me gustaba Henny y su amplia sonrisa, sus batas holgadas y con flores de colores chillones, y, sobre todo, la sabiduría que imprimía en sus hojitas de papel coloreado. En definitiva, llegué a comprender su lenguaje de signos, aunque nunca tan bien como lo comprendía su «doctor».

Paul Scott Sheffield era un hombre extraño. Con frecuencia, parecía triste cuando no tenía motivo para estarlo. Después, sonreía y decía: «Sí, Dios nos favoreció, a Henny y a mí, cuando os puso a los tres en aquel autobús. Yo perdí una familia y lloré por ella, y el destino quiso enviarme otra, ya confeccionada.»

-Chris -dije aquella tarde en que tuvimos que separarnos de mala gana-, cuando vivíamos allá arriba, en aquella habitación, tú eras el hombre, el cabeza de familia... A veces me parece extraño tener aquí al doctor Paul, observando lo que hacemos y escuchando lo que decimos.

Él enrojeció.

-Lo sé. Está ocupando mi sitio. Si he de ser sincero -y aquí hizo una pausa y enrojeció aún más-, no me gusta que me sustituya en tu vida, pero le agradezco mucho lo que ha hecho por Carrie.

En cierta manera, todo lo que nuestro médico hacía por nosotros tenía por efecto el que mamá pareciese mil veces peor, en comparación con él. ¡*Diez* mil veces peor!

Al día siguiente cumplió Chris dieciocho años, y, si *yo* no olvidaba nunca su aniversario, me sorprendió que el doctor hubiese organizado una fiesta, con muchos bellos regalos que alegraron los ojos de Chris, aunque después se entristecieron por el remordimiento que él y yo sentíamos. Habíamos aceptado demasiado. Habíamos hecho planes para marcharnos pronto. No podíamos continuar allí, aprovechándonos de la bondad del doctor Paul, ahora que Carrie se había repuesto lo bastante para poder continuar el viaje.

Después de la fiesta, Chris y yo nos sentamos en la galería de atrás para tratar de este asunto. Me bastaba mirarle a la cara para saber que Chris no quería dejar al único hombre que podía y quería ayudarle a alcanzar su propósito de hacerse médico.

-En realidad, no me gusta su manera de mirarte, Cathy. Te sigue continuamente con los ojos. Tú estás aquí, a su alcance, y los hombres de su edad encuentran irresistibles a las chicas de la tuya.

¿De veras? Esto era fascinante.

-Pero los médicos tienen muchas enfermeras guapas a su disposición -dije, débilmente,

sabiendo que, menos matar, era *capaz* de todo para que Chris alcanzase su meta-. ¿Recuerdas el día en que llegamos? Él habló de la competencia que encontraríamos en el circo. Y tenía razón, Chris. No podemos trabajar en circos; no era más que un sueño tonto.

Miró al espacio, frunciendo el ceño.

-Ya lo sé.

-Él está solo, Chris. Quizá me mira sólo porque no tiene algo más interesante en que fijarse.

Pero, ¡qué fascinante era saber que los hombres de cuarenta años se interesaban por las chicas de quince! ¡Qué estupendo debía ser ejercer sobre ellos el poder que tenía mi madre!

--Chris, si el doctor Paul habla en serio..., quiero decir, si quiere realmente que nos quedemos, ¿querrás quedarte tú?

Volvió a fruncir el ceño y observó los setos que recientemente había recortado. Después de pensarlo mucho, dijo, pausadamente:

-Sometámosle a una prueba. Si le decimos que nos marchamos y él no hace nada para impedirlo, será una manera cortés de decirnos que, en realidad, no le importa que nos vayamos.

-¿Te parece justo hacerle una cosa así?

-Sí. Es una buena manera de darle ocasión de librarse de nosotros sin remordimiento. Mira, la gente como él hace a menudo cosas porque cree que debe hacerlas, no porque lo desee realmente.

-¡Ah!

Cuando decidíamos algo, nos gustaba hacerlo pronto. La tarde siguiente, después de la comida, Paul se reunió con nosotros en la galería de atrás. *Paul.* Yo le llamaba así en mi pensamiento; familiarizándome con él, simpatizando más y más con él, porque siempre aparecía naturalmente elegante, pulcro, amable, sentado en su sillón de mimbre predilecto, con un suéter rojo de punto y unos pantalones grises, chupando su cigarrillo con expresión soñadora. Nosotros tres llevábamos también suéter aquel día, porque la tarde era muy fresca. Chris estaba sentado detrás de mí en la baranda, y Carrie estaba acurrucada en el peldaño superior de la escalinata. Los jardines de Paul eran fabulosos. Unos bajos y largos escalones de mármol llevaban a otros peldaños que volvían a elevarse. Había un pequeño puente japonés, revestido de laca roja, sobre un diminuto riachuelo. Había estatuas de hombres y mujeres desnudos, colocadas al azar y que daban a los jardines un ambiente seductor, de sensualidad mundana. Eran desnudos clásicos, graciosos y en elegantes actitudes. Y, sin embargo, sin embargo... Yo sabía lo que era este jardín. Porque antes lo había visto en sueños.

El viento se hizo más frío y empezó a agitar las hojas muertas. El doctor nos dijo que cada dos años hacía un viaje al extranjero en busca de bellas estatuas de mármol, que traía a casa para aumentar la colección. La última vez había tenido suerte y encontrado una copia de tamaño natural de *El beso,* de Rodin.

Yo suspiré con el viento. No quería marcharme. Me gustaba estar aquí con él, con Henny, con los jardines que me esclavizaban y hacían que me sintiese como hechizada, hermosa, deseable.

-Pero todas mis rosas están chapadas a la antigua y no tienen el embriagador perfume que debieran tener -dijo el doctor Paul-. ¿De qué sirven las rosas, si no exhalan perfume?

A la luz purpúrea y menguante del crepúsculo, sus ojos brillantes se encontraron con los míos. Mi pulso se aceleró y me obligó a suspirar de nuevo. Me pregunté cómo habría sido su esposa y qué habría sentido al ser amada por un hombre como él. Desvié avergonzada mi mirada de la suya, larga y escrutadora, temiendo que él pudiese leer lo que estaba pensando.

-Pareces inquieta, Cathy. ¿Por qué?

Su pregunta me molestó, al darme la impresión de que él conocía mis secretos. Chris volvió la cabeza y me lanzó una dura mirada de advertencia.

-Es su suéter rojo -contesté, tontamente-. ¿Lo hizo Henny para usted?

Rió, entre dientes y, después, bajó la cabeza para mirar su hermoso suéter.

-No, no fue Henny. Lo hizo mi hermana mayor y me lo envió, por paquete postal, el día de mi cumpleaños. Vive en el otro lado de la población.

-¿Por qué le envía su hermana los regalos por correo y no los trae personalmente? -le

pregunté-. ¿Y por qué no nos dijo usted que era su cumpleaños? También le habríamos regalado algo.

-Pues verás -respondió él, retrepándose cómodamente en su sillón y cruzando las piernas-, mi cumpleaños fue muy poco antes de llegar vosotros. Tengo cuarenta años, por si Henny no os lo ha dicho. Hace trece que enviudé, y mi hermana, Amanda, no me ha dirigido la palabra desde el día en que mi esposa y mi hijito murieron en un accidente.

Su voz se extinguió, y él se quedó mirando el espacio, triste, solemne, distante.

Unas hojas muertas revolotearon sobre el césped, saltaron a la galería y vinieron a caer cerca de mis pies, como pardos y secos patitos. Todo esto trajo a mi memoria cierta noche prohibida en que Chris y yo habíamos rezado desesperadamente, abrazados en el frío tejado de pizarra, bajo una luna que parecía el ojo irritado de Dios. ¿Habría que pagar un precio por un solo pecado horrible cometido? ¿Habría que pagarlo? La abuela habría dicho rápidamente: *¡Sí! ¡Te mereces el peor de los castigos! ¡Eres un engendro del diablo! ¡Ya lo decía yo!*

Y mientras permanecía sentada allí, vacilante, Chris -tomó la palabra:

-Doctor, Cathy y yo hemos estado reflexionando y creemos que, ahora que Carrie está ya bien, deberíamos marcharnos. Le estamos profundamente agradecidos por todo lo que ha hecho por nosotros, y le pagaremos hasta el último centavo, aunque tardemos años en hacerlo...

Apretó mis dedos con los suyos, advirtiéndome que no debía contradecirle.

-Un momento, Chris -le interrumpió el doctor, irguiéndose en su sillón y poniendo ambos pies firmemente en el suelo. Era evidente que no quería andarse por las ramas-. No creáis que no veía venir esto. Lo he temido cada mañana, pensando que quizás, al despertarme, me encontraría con que os habíais ido. He estado pensando en los trámites legales para poneros a los tres bajo mi tutela. Y he descubierto que no son tan complicados como pensaba. Parece que la mayoría de los chicos que se escapan dicen que son huérfanos; por consiguiente, tendréis que demostrarme que vuestro padre está realmente muerto. Si no fuese así, necesitaría su consentimiento y el de vuestra madre.

Contuve el aliento. ¿El consentimiento de mi madre? Esto significaba que tendría que volver a verla. Y no quería verla. ¡Jamás!

Él prosiguió, mirándome compasivamente.

-El tribunal citaría a vuestra madre para que compareciese. Si ella viviese en este Estado, tendría que hacerlo en el término de tres días, pero, hallándose en Virginia, le darían tres semanas. Si no compareciese, me otorgarían una custodia permanente, en vez de temporal, pero sólo si vosotros declaraseis que me he portado bien como curador.

-'¡Se ha portado maravillosamente! -exclamé-. ¡Pero ella no vendrá! ¡Quiere mantenernos en secreto! Si se supiese nuestra existencia, perdería todo aquel dinero. Y quizá su marido se volvería también contra ella, si supiese que nos había ocultado. Puede apostar lo que quiera a que, si pide la custodia permanente, se la darán... ¡aunque quizá tenga que arrepentirse en definitiva!

Chris me apretó la mano con más fuerza, y Carrie me miró con sus ojos grandes y asustados.

-Dentro de pocas semanas estaremos en Navidad. ¿Vais a dejar que pase otras fiestas en soledad? Hace casi tres semanas que estáis aquí, y, a todos aquellos que me han preguntado, les he dicho que sois hijos de un pariente mío recientemente fallecido. No creáis que actúo a ciegas. Henny y yo hemos reflexionado mucho sobre esto. Ella cree, igual que yo, que los tres nos convenís. Ambos queremos que os quedéis. La presencia de unos jóvenes hará que esta casa parezca más un hogar. Ahora, yo me siento mejor que en muchos años, y también más feliz. Desde la muerte de mi esposa y de mi hijo, he echado en falta la familia. No me he acostumbrado a una segunda vida de soltero. -Su tono persuasivo se hizo anhelante-. Siento que el destino *quiere* que me encargue de vosotros. Siento que Dios *hizo* que Henny tomase aquel autobús, para que os trajese hasta mí. Y, si el destino toma una decisión, ¿quién soy yo para oponerme? Reconozco que Dios os ha enviado para ayudarme a reparar las faltas que cometí en el pasado.

¡Huy! ¡Enviados por Dios! Yo estaba casi resuelta a aceptar. Sabía que la gente siempre puede encontrar un motivo para justificar sus intenciones, ¡vaya si lo sabía! Pero, aun así, las lágrimas acudieron a mis ojos al mirar interrogadoramente a Chris. Éste recogió mi mirada y meneó

la cabeza, confuso, sin saber lo que *yo* quería. Su mano pareció de hierro al apretar la mía, cuando habló, mirándome a mí y no al doctor Paul.

-Lamentamos que perdiese a su esposa y a su hijo, doctor. Pero nosotros no podríamos remplazarles, señor, y no sé si estaría bien que le cargásemos con los gastos de tres chicos que no son suyos. -Después añadió, mirando al médico a los ojos-: Además, debería usted pensar que le costaría mucho encontrar otra esposa, si se hiciese cargo de nosotros.

-No pienso volver a casarme -respondió el doctor, con voz extraña. Después añadió, con aire abstraído-: Mi esposa se llamaba Julia, y mi hijo, Scotty. Sólo tenía tres años cuando murió.

-¡Oh! -suspiré-. Debe de ser terrible perder un hijo tan pequeño, y también la esposa. -Su visible dolor y su compunción me conmovieron; yo era muy sensible al sufrimiento ajeno-. ¿Murieron en un accidente de automóvil, como nuestro padre?

-En un accidente -explicó vivamente él-, pero no de automóvil.

-Nuestro padre tenía sólo treinta y seis años cuando se mató. Nosotros estábamos celebrando una fiesta de cumpleaños, con pastel y regalos..., y él no volvió. Sólo vinieron dos policías del Estado...

-Sí, Cathy -dijo suavemente él-, ya me lo habías dicho. Los años de la adolescencia no son fáciles para nadie, y hallarse sólo en la primera juventud, sin una educación adecuada, con poco dinero, sin familia, sin amigos...

-¡Estamos juntos los tres! -exclamó firmemente Chris, para probarle aún más-. Por tanto, nunca estaremos realmente solos.

Paul prosiguió:

-Si no me queréis, si lo que puedo daros os parece poco, marchaos a Florida en buena hora. Manda al diablo tus largas horas de estudios, Chris, cuando estás acercándote a la meta. Y tú, Cathy, olvida tus sueños de ser primera bailarina. Y no creáis que vaya a ser una vida sana y feliz para Carrie. No os estoy forzando a quedaros, porque, en definitiva, haréis lo que queráis. A vosotros toca decidir: o yo y la oportunidad de alcanzar vuestras aspiraciones, o lanzaros a un mundo duro y desconocido.

Yo estaba sentada en la baranda, lo más cerca posible de Chris, con mi mano en la de él. Deseaba quedarme. Lo deseaba por lo que el doctor podía dar a Chris, y también a Carrie y a mí misma.

La brisa del Sur seguía soplando, acariciando mis mejillas y murmurándome, convincentemente, que todo saldría bien. Yo podía oír a Henny en la cocina, amasando la pasta para los panecillos calientes que comeríamos por la mañana, untándolos con mantequilla. La mantequilla era una de las cosas que nos habían sido negadas, y lo que Chris echaba más en falta.

Aquí, todo me hechizaba: el ambiente, el suave y cálido fulgor de los ojos del médico. Incluso el ruido de las ollas y cacerolas de Henny surtían un efecto mágico, y mi corazón, tan abrumado durante tanto tiempo, empezaba a sentirse más ligero. Tal vez existía la perfección fuera de los cuentos de hadas. Quizás éramos lo bastante buenos para caminar erguidos y orgullosos bajo el cielo azul de Dios; quizá no éramos retoños contaminados de malas semillas sembradas en un mal suelo.

Y, más que todo lo que había dicho el doctor, o lo que habían dado a entender sus ojos chispeantes, creo que me impresionaban aquellas rosas que todavía florecían en invierno y que me embriagaban con su olor dulce y penetrante.

Pero no fuimos Chris ni yo quienes decidimos. Fue Carrie. Se levantó de un salto del peldaño en que estaba sentada y se arrojó en los brazos tendidos del doctor. Se lanzó sobre él y se abrazó a su cuello.

--¡Yo no quiero irme! ¡Yo le quiero, doctor Paul! -gritó, casi con frenesí-. ¡No quiero ir a Florida, ni al circo! ¡No quiero ir a ninguna parte!

Después se echó a llorar, dando rienda suelta a su dolor por Cory, retenido durante tanto tiempo. Él la levantó y la sentó en sus rodillas, y le besó las mojadas mejillas, antes de secárselas con un pañuelo.

-Yo también te quiero, Carrie. Siempre quise tener una niña de rizos rubios y ojos azules como los tuyos.

Pero no miraba a Carrie. Me miraba a mí.

-Y quiero estar aquí en Navidad -sollozó Carrie-. Nunca vi a Papá Noel. ¡Nunca le vi!

Desde luego, le había visto, hacía años, cuando nuestros padres llevaron a los mellizos a unos grandes almacenes y papá los fotografió sentados en el regazo de Papá Noel; pero quizá lo había olvidado.

¿Cómo podía un extraño entrar tan fácilmente en nuestras vidas y darnos amor, cuando los de nuestra propia sangre habían tratado de darnos la muerte?

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Carrie decidió. Nos quedamos. Pero aunque ella no lo hubiese decidido, nos habríamos quedado igualmente. ¿Cómo podíamos no hacerlo?

Quisimos dar al doctor Paul el dinero que nos quedaba. El no lo aceptó.

-Guardaos vuestro dinero. Os costó mucho conseguirlo, ¿no es verdad? También os diré que he visto a mi abogado y que éste cuidará de que vuestra madre sea citada para su comparecencia en Clairmont. Sé que creéis que no vendrá, pero nunca se sabe. Si tengo la suerte de que me confíen la custodia permanente, os daré una asignación semanal a cada uno. Nadie puede sentirse libre y dichoso sin un poco de dinero en el bolsillo. La mayoría de mis colegas dan cinco dólares a la semana a sus hijos adolescentes. Supongo que tres serán bastante para una niña de ocho años como Carrie.

También pensaba comprarnos ropa y todo lo demás que necesitásemos para ir al colegio. Nosotros le mirábamos fijamente, asombrados de que pudiese ser, una vez más, tan generoso.

Pocos días antes de Navidad, nos llevó a unos almacenes alfombrados de rojo; el techo era una cúpula de cristal. Había allí muchísima gente, y sonaba una música pop navideña. ¡ Era como un país encantado! Yo estaba entusiasmada, y también lo estaban Carrie y Chris... y nuestro doctor. Éste asía con su manaza la manita de Carrie, y Chris y yo andábamos también asidos de la mano. Vi que el médico nos observaba, disfrutando con nuestras miradas de asombro. Todo nos encantaba. Estábamos pasmados, impresionados, deseosos, pero temerosos de que él adivinase nuestros deseos y quisiera satisfacerlos.

Cuando llegamos al departamento de trajes para jovencitas, empecé a dar vueltas, deslumbrada y aturdida al ver tantas cosas, y miraba a un lado y a otro, sin saber lo que quería, ya que era todo tan bonito y nunca había tenido ocasión, antes de ahora, de comprar algo por mi cuenta. Chris se rió de mi indecisión.

-Vamos -me apremió-, ahora que puedes probarte los vestidos, elige el que más te guste.

Sabía lo que él estaba pensando, porque yo me quejaba siempre de que mamá no me compraba nada que me estuviese a la medida.

Con gran cuidado y parsimonia, elegí las prendas que creía más adecuadas para el colegio, que empezaría para nosotros en enero. Y necesitaba un abrigo, unos zapatos de verdad, un impermeable, un sombrero y un paraguas. Pero todo lo que aquel hombre amable y generoso me permitía comprar hacía que me sintiese culpable, como si nos aprovechásemos indebidamente de él.

Para recompensar mi lentitud y mi miedo a comprar demasiado, Paul me dijo, en tono impaciente.

-¡ Por el amor de Dios, Cathy, no te imagines que vamos a comprar así cada semana! Quiero que compres hoy lo necesario para pasar todo el invierno. Chris, mientras nosotros arreglamos esto, ve a la sección de hombres y empieza a escoger lo que necesites. Entretanto, Cathy y yo veremos la ropa que necesita Carrie.

Advertí que todas las muchachas que estaban en el almacén se volvían a mirar a mi hermano al dirigirse a la sección de hombres jóvenes.

Al fin íbamos a ser chicos normales. Pero entonces, cuando empezaba a sentirme relativamente segura, Carrie lanzó un aullido capaz de hacer añicos un palacio de cristal de

Londres. Sus gritos sobresaltaron a la dependencia y asustaron a los parroquianos, y una dama empujó inadvertidamente el cochecito de niño que llevaba y derribó un maniquí con gran estruendo. El niño que iba en el cochecito sumó sus chillidos a los de Carrie.

Chris llegó corriendo, para ver quién estaba matando a su hermana pequeña. Ésta permanecía en pie, con las piernas separadas y la cabeza echada atrás, mientras lágrimas de frustración resbalaban por sus mejillas.

-Dios mío, ¿qué pasa ahora? -preguntó Chris, mientras nuestro doctor parecía totalmente desorientado.

Los hombres..., ¿qué saben ellos? Era evidente que Carrie se sentía ofendida por los lindos vestidos de colores suaves que le mostraban para que escogiese. Vestidos de niña..., aquí estaba la cuestión. A pesar de esto, todos eran demasiado grandes para ella, y no había ninguno rojo o granate, ¡que eran los colores que gustaban a Carrie!

-Prueben en el departamento de ropa infantil -sugirió la cruel y altiva rubia, de peinado en forma de colmena, sonriendo al mismo tiempo a nuestro doctor, que parecía confuso.

Carrie tenía *ocho* años. ¡La simple mención de «ropa infantil» era un insulto! Frunció la cara como una ciruela pasa.

-¡No puedo llevar ropa infantil al colegio! -gimió. Apoyó la carita en mi muslo y se abrazó a mis piernas-. Cathy, no me hagas llevar vestidos de niña *pequeña,* de color de rosa o azul celeste. ¡Todos se reirían de mí! ¡Lo sé! Quiero rojo, granate..., ¡no colores de niña pequeña!

El doctor Paul procuró calmarla.

-Yo adoro las niñas rubias y de ojos azules con vestidos de colores suaves. ¿Por qué no esperas a ser mayor para ponerte colores brillantes?

Pero Carrie, con lo terca que era, no iba a dejarse convencer por frases almibaradas. Echó chispas por los ojos, apretó los puños y se estaba apercibiendo para patalear y chillar de nuevo, cuando una mujer rolliza y madura, que debía de tener alguna nieta como Carrie, sugirió tranquilamente que lo mejor era hacerle la ropa a la medida. Carrie vaciló indecisa, mirándome primero a mí y después al doctor, y después a Chris y a la vendedora.

-¡Una solución magnífica! -exclamó con entusiasmo el doctor Paul, visiblemente aliviado-. Compraré una máquina de coser; Cathy podrá hacerte vestidos de color granate, o rojo, o azul eléctrico, y tú darás el golpe.

-No quiero dar el golpe..., sólo quiero colores brillantes -gimoteó Carrie, mientras yo me quedaba boquiabierta. Yo era *bailarina,* ¡no modista! (Algo que tampoco escapó a Carrie)-. Cathy no sabe hacer buenos vestidos -dijo-. Cathy sólo sabe bailar.

Esto era fidelidad hacia mí, que les había enseñado a leer, a ella y a Cory, con un poco de ayuda de Chris.

-¿Qué te pasa, Carrie? -saltó Chris-. Te estás portando como una chiquilla. Cathy puede hacer todo lo que se proponga, ¡no lo olvides!

El doctor le dio en seguida la razón. Yo no dije nada, y compramos la máquina de coser eléctrica.

-Pero, mientras tanto, compraremos unos cuantos vestidos amarillos, azules y de color de rosa, ¿verdad, Carrie? -El doctor Paul hizo un guiño burlón-. Y Cathy puede ahorrarme montones de dinero si cose también sus propios vestidos.

A pesar de que tendría que aprender a coser, el cielo nos sonrió aquel día. Volvimos a casa cargados de paquetes, y nos embellecieron en la peluquería; todos teníamos zapatos nuevos, de suela de cuero.

Yo tuve mis primeros zapatos con tacón alto... ¡y doce pares de medias de nilón! Mis primeras medias de nilón, mi primer sujetador y, para colmo, una bolsa llena de artículos de tocador. Había tardado una eternidad en elegir los afeites, mientras el doctor permanecía alejado, mirándome con una expresión extraña. Chris había gruñido un poco, diciendo que yo no necesitaba colorete ni lápiz de labios, ni sombreado de ojos, ni pomadas.

-Tú no sabes nada de las chicas -le respondí, con aire de superioridad.

Era mi primera salida de compras, ¡y a fe que la aprovechaba! Tenía que tener todo lo que había visto en el fabuloso tocador de mamá. Incluso su crema para las arrugas y pasta para el cutis.

En cuanto nos hubimos apeado y descargado el coche, Chris, Carrie y yo corrimos escaleras arriba para probarnos nuestros nuevos vestidos. Era curioso pensar que todos los vestidos nuevos que habíamos tenido antes, con tanta facilidad, no nos habían hecho felices como éstos. Y es que antes no podíamos lucirlos delante de nadie. Sin embargo, como yo era así, pensé en mamá al ponerme el traje de terciopelo azul con pequeños botones en la parte delantera.

No dejaba de ser irónico que sintiese ganas de llorar por una madre a la que habíamos perdido y a la que estaba resuelta a odiar eternamente. Me senté en el borde de la cama, reflexionando sobre esto. Mamá nos había dado ropa nueva y juegos y juguetes, porque se sentía culpable de lo que hacía, de privarnos de una infancia normal. Una infancia que no habíamos tenido oportunidad de recobrar. Habíamos perdido años, los años mejores, y Cory estaba en una tumba y no habría trajes nuevos para él.

Su guitarra estaba en un rincón donde Carrie podía verla, como el banjo, al despertar. ¿Por qué habíamos de ser siempre nosotros, y no ella, los que teníamos que sufrir? Entonces, de pronto, ¡me di cuenta de algo! ¡Bart Winslow era de Carolina del Sur! Bajé corriendo al estudio de nuestro doctor, cogí su gran atlas, volví a subir a toda prisa y, ya en mi habitación, busqué el mapa de Carolina del Sur.

Encontré Clairmont..., pero no podía dar crédito a mis ojos cuando vi que era una ciudad gemela de Greenglenna. Era demasiada coincidencia..., pero, ¿era realmente coincidencia? Levanté la cabeza y miré al espacio. Dios había querido que viniésemos aquí y estuviésemos cerca de mamá... si ésta visitaba alguna vez la ciudad natal de su segundo marido. Dios quería darme la oportunidad de infligir un poco de dolor por mi cuenta. En cuanto pudiese, iría a Greenglenna y recogería toda la información posible sobre aquel hombre y su familia. Tenía cinco dólares a la semana, y podría suscribirme al periódico local que contaba todas las actividades sociales de las personas ricas que vivían cerca de Foxworth Hall.

Sí; yo había huido de Foxworth Hall, pero iba a enterarme de todos los movimientos de ella, y, cuando viniese por aquí, ¡sabría lo que tenía que hacer! . Más pronto o más tarde, mamá sabría de mí, y sabría que nunca, nunca, olvidaría yo ni perdonaría. Algún : día, de alguna manera, ¡tendría que sufrir diez veces más de lo que habíamos sufrido nosotros! ;

Una vez decidido esto, pude reunirme con Chris y Carrie en el cuarto de estar, para desfilar con todos nuestros vestidos nuevos ante nuestro doctor y Henny. La sonrisa de Henny resplandecía como un sol deslumbrante. En cambio, al observar los bellos ojos de nuestro bienhechor, sólo vi en ellos una sombra, al fruncir él el ceño, reflexivamente. No vi admiración ni aprobación en su semblante. De pronto, se levantó y salió de la estancia, murmurando la frágil excusa de que tenía que despachar unos papeles.

Henny se convirtió muy pronto en mi maestra en todas las tareas domésticas. Me enseñó a hacer bizcochos y panecillos ligeros y esponjosos.

¡Chas!, hizo la mano de Henny al caer sobre la mesa. Henny se quitó la harina de las manos y me tendió una nota. *Henny tiene mala vista para ver cosas pequeñas como el ojo de una aguja. Tú tienes buena vista para coser botones en la camisa del doctor, ¿verdad que sí?*

-Desde luego -convine, sin entusiasmo-. Puedo ver el ojo de una aguja, y también hacer labor de punto y de ganchillo y de bolillos. Mi madre me enseñó a hacer todas estas cosas, para tenerme ocupada.

De pronto no pude seguir hablando. Tenía ganas de llorar. Veía el rostro adorable de mi madre. Veía a papá. Veía a Chris y a mí misma, de pequeños, corriendo a casa al salir de la escuela y entrando en aquella con nieve en los hombros, y encontrando a mamá que hacía pequeñas prendas de punto para los mellizos. Y hundí la cabeza en la falda de Henny y me eché a llorar, sollozando ruidosamente. Henny no podía hablar, pero su mano dulce sobre mi hombro me dijo que me comprendía. Cuando la miré, estaba llorando también. Unas lágrimas grandes, redondas, resbalaban por sus mejillas y caían sobre su vestido rojo.

-No llores, Henny. Coseré con gusto los botones al doctor Paul. Él nos salvó la vida, y yo lo haría todo por él.

Me miró de un modo extraño; después, se levantó y fue a buscar cosas que necesitaban un remiendo desde hacía años y quizás una docena de camisas a las que faltaban botones.

Chris pasaba todo el tiempo posible con el doctor Paul, el cual le instruía para que pudiese ingresar en una escuela preparatoria a mitad de curso. Carrie era nuestro mayor problema. Sabía leer y escribir, pero, ¡era tan menuda! ¿Cómo se las apañaría en un colegio público, donde los niños no se mostraban siempre amables?

-Estoy pensando en un colegio particular para Carrie -explicó nuestro doctor-. Un buen colegio para jovencitas, dotado de excelente personal. Como yo pertenezco a la junta directiva, creo que Carrie recibiría una atención especial y estaría libre de tensiones -aclaró, mirándome significativamente.

Lo que más temía yo era que se burlasen de Carrie e hiciesen que se avergonzase de su cabeza demasiado grande y de su cuerpo demasiado chico. Hubo un tiempo en que Carrie estaba muy bien proporcionada; era perfecta. La culpa de que después se hubiese quedado tan pequeña era de los años en que se nos había negado el sol. ¡Estaba segura de ello!

Tenía un miedo horrible de que mamá se presentase el día de su comparecencia ante el tribunal. Pero estaba segura de que no vendría. ¿Cómo podía hacerlo? Tenía demasiado que perder y nada que ganar. ¿Qué éramos nosotros, sino cargas para ella? Y se expondría a la cárcel, a una acusación de asesinato...

Estábamos sentados en silencio junto a Paul, luciendo nuestros mejores vestidos para comparecer en la sala de la audiencia del juez, y esperamos, esperamos. Yo me sentía tensa como un alambre en mi interior, un alambre tan tirante, que amenazaba con romperse. Ella no quería saber nada de nosotros. Al no presentarse, ¡nos decía una vez más lo poco que le importábamos! El juez nos miró con demasiada compasión, y sentí piedad por todos nosotros... ¡y odio por ella! ¡Oh, merecía el infierno! ¡Nos había Puesto en el mundo, y decía que había amado a nues*tro* padre! ¿Cómo podía hacer esto a sus hijos, a sus propios hijos? ¿Qué clase de madre era? Yo no quería que el juez, ni Paul, me compadeciesen. Mantuve erguida la cabeza y me mordí la lengua para no chillar. Me atreví a mirar a Chris y vi sus ojos inexpresivos, aunque sabía que su corazón sangraba igual que el mío. Carrie estaba acurrucada sobre la falda del doctor, el cual la acariciaba para tranquilizarla y le murmuraba algo al oído. Creo que le decía: «No temas; todo irá bien. Me tendrás a mí por padre y a Henny por madre. Mientras yo viva, no te faltará nada.»

Aquella noche lloré. Empapé la almohada con lágrimas vertidas por una madre a la que había amado tanto, que me dolía recordar los días en que papá vivía y nuestra vida de hogar era perfecta. Lloré por todas las cosas buenas que había hecho entonces por nosotros y, sobre todo, por el amor que nos había prodigado entonces. Y lloré aún más por Cory, que era como mi propio hijo. Entonces dejé de llorar y volví a los amargos y duros proyectos de venganza. Cuando una se proponía derrotar a alguien, lo mejor era pensar como pensaba éste. ¿Qué era lo que más la heriría a ella? No querría pensar en nosotros. Trataría de olvidar que hubiésemos existido. Pues bien, no lo olvidaría. ¡Yo cuidaría de que no lo olvidase! Esta misma Navidad le enviaría una postal con esta firma: «Los cuatro muñecos de Dresde a los que no quisiste.» Aunque sería mejor poner: «Los tres muñecos vivos de Dresde, a los que no quisiste, más el muñeco muerto que te llevaste y nunca volvió.» Podía imaginármela mirando la tarjeta y pensando: *Sólo hice lo que tenía que hacer.*

Habíamos soltado nuestros escudos y podíamos ser de nuevo vulnerables. Dejábamos que la fe, la esperanza y la confianza bailasen dulcemente en nuestras cabezas.

Los cuentos de hadas podían hacerse reales.

Al menos, para nosotros. La reina malvada había salido de nuestras vidas, y Blancanieves reinaría un día. No sería ésta quien comiese la roja manzana envenenada. Pero en todos los cuentos de hadas había que matar un dragón, vencer a una bruja o derribar algún obstáculo que dificultaba las cosas. Yo procuraba ver el futuro e imaginar quién sería el dragón y cuáles serían los obstáculos. Siempre había sabido quién era la bruja. Y, lo más triste, es que era yo misma.

Me levanté *y* salí a la galería superior para contemplar la luna. Vi a Chris de pie junto a la baranda, mirando también la luna. Por sus hombros encorvados, cuando siempre los llevaba erguidos, comprendí que estaba sangrando por dentro, lo mismo que yo. Avancé de puntillas para sorprenderle. Pero él se volvió, al acercarme yo, y abrió los brazos. Sin pensarlo, me eché en ellos y rodeé su cuello con los míos. Chris llevaba la bata de abrigo que le había regalado mamá la Navidad pasada, aunque le estaba muy estrecha. Encontraría otra, regalada por mí, cuando mirase debajo del árbol en la mañana del día de Navidad; con sus iniciales, CFS, porque ya no quería que le llamasen Foxworth, sino Sheffield.

Sus ojos azules se fijaron en los míos. Los dos los teníamos iguales. Yo le amaba a él como amaba a la mejor parte de mí misma, la parte más brillante y más feliz.

-Cathy -murmuró, dándome palmadas en la espalda y brillándole los ojos-, si tienes ganas de llorar, puedes hacerlo; lo comprenderé. Llora también por mí. Esperaba, rezaba para que mamá viniese y nos diese una explicación razonable de sus actos.

-¿Una excusa razonable, para un asesinato? -pregunté, amargamente-. ¿Cómo podía inventar una que fuese lo bastante lógica? Ella no es tan lista.

Él parecía tan afligido, que estreché su cuello con más fuerza. Deslicé una mano hasta sus cabellos y le acaricié la mejilla con la otra. Amor: he aquí una palabra de amplísimo sentido, distinta de la sexualidad y diez veces más coercitiva. Cuando bajó la cabeza lloró sobre mis cabellos, me sentí llena de amor por él. Murmuró mi nombre una y otra vez, como si yo fuese la única persona en el mundo que tuviese realidad y solidez y fuese digna de confianza.

De alguna manera, nuestros labios se encontraron y nos besamos, con tanta pasión, que él trató de llevarme a su dormitorio.

-Sólo quiero tenerte entre mis brazos. Nada más, Cuando me marche, para seguir mis estudios, necesitaré algo que me sostenga. Cede un poco, Cathy, por favor.

Antes de que pudiese responderle, me estrechó de nuevo en sus brazos y me besó con una furia que me dio espanto.

-¡Basta! ¡ No hagas esto! -grité. Pero él continuó y quiso abrirme la bata para besarme en el pecho-. ¡Chris! -silbé entre dientes, ahora irritada de veras-. Tú no me quieres, Chris. Cuando te hayas marchado, lo que sientes por mí se desvanecerá como si nunca lo hubiese sentido. Nos esforzaremos en amar a otros, para sentirnos limpios. No podemos ser una copia de nuestros padres. No podemos cometer el mismo error.

Él me estrechó con más fuerza, sin decir nada; pero yo sabía lo que estaba pensando. No habría otras. Él no lo permitiría. Una mujer le había herido tan profundamente, le había traicionado de un modo tan monstruoso, cuando él era más joven y más vulnerable, que sólo en mí podría confiar.

Se echó atrás; dos lágrimas brillaban en las comisuras de sus párpados. Era yo quien debía romper el lazo, aquí y ahora. Y por su propio bien. Todo el mundo lo hacía siempre todo por el bien de alguien.

No podía dormir. Oía que él me llamaba una y otra vez. Me levanté, recorrí el pasillo y me metí en su cama, donde yacía él, esperándome.

-¡Nunca te librarás de mí, Cathy. Mientras vivas, estarás conmigo.

-¡No!

.-¡Sí!

-¡ No!

Pero le besé, y salté de su cama y volví corriendo a mi habitación, cerrando la puerta y echando el cerrojo. ¿Qué me pasaba? No debía haber ido a su habitación y a su cama. ¿Acaso era tan malvada como decía la abuela?

No, no lo era.

¡No podía serlo!

SEGUNDA PARTE

DULCES VISIONES

Era Navidad. El árbol tocaba el alto techo y, al pie de aquél, ¡había regalos suficientes para diez muchachos! Y eso que Chris y yo habíamos dejado la niñez atrás. Carrie estaba emocionada por todo lo que le había traído Papá Noel. Chris y yo habíamos gastado lo que nos quedaba de nuestro dinero hurtado, para comprar una lujosa bata roja para Paul y un brillante vestido de terciopelo rubí para Henny..., ¡de la talla cuarenta y ocho! Henny lo sostuvo delante de su cuerpo, deslumbrada y complacida. Después, escribió una nota para darnos las gracias: *Muy bonito para ir a la iglesia. Todas las amigas se morirán de envidia.*

Paul se probó su magnífica bata nueva. Le sentaba muy bien aquel color y la prenda le estaba a la medida.

Después llegó la mayor sorpresa. Paul se acercó a mí y se sentó sobre los talones. Sacó cinco grandes boletos amarillos de la cartera. Si hubiese estado pensando durante un año la manera de complacerme más, no habría podido hacerlo mejor. Su mano grande y bien formada agitaba cinco entradas para *Cascanueces,* representado por la Rosencoff School of Ballet.

-Tengo entendido que es una compañía muy buena -explicó Paul-. Yo no entiendo mucho de ballet, Pero he preguntado, y dicen que es una de las mejores. También dan lecciones para principiantes, grado medio y alumnos adelantados. ¿A qué categoría perteneces tú?

-¡A la de los adelantados! -declaró Chris, mientras yo miraba a Paul, demasiado feliz para poder hablar-. Cathy era principiante cuando subió a vivir en el ático. Pero allí le ocurrió algo maravilloso: el fantasma de Ana Pavlova se metió en su cuerpo. Y Cathy aprendió sola a bailar en *pointe.*

Aquella noche, todos, incluida Henny, permanecimos absortos en la tercera fila, sector central, del teatro. Los que danzaban en el escenario no eran buenos, ¡eran soberbios! En particular un hombre guapísimo, llamado Julián Marquet, que hacía el primer papel. Después, durante el entreacto, seguí a Paul como en sueños hasta los bastidores, ¡pues iba a conocer a los artistas!

Me condujo hacia una pareja que estaba de pie en uno de los lados.

-Madame Georges -dijo a una mujer menuda y lisa como una foca, y a su acompañante, no mucho más alta que ella-, ésta es mi pupila, Catherine Doll, de quien les hablé. Éste es su hermano, Christopher, y esta joven belleza es Carrie. A Henrietta Beech ya la conocen...

-Sí, claro -dijo la dama, que parecía una bailarina, hablaba como una bailarina y llevaba los negros cabellos como una bailarina, peinados hacia atrás y recogidos en un enorme moño.

Sobre los leotardos negros llevaba un holgado vestido negro de *chiffon* y, sobre éste, un bolero de piel de leopardo. Su marido, Georges, era un hombre tranquilo, nervudo, de semblante pálido, cabellos sorprendentemente negros y labios tan rojos que parecían hechos de sangre coagulada. Formaban una buena pareja, porque ella tenía también los labios escarlata y sus ojos eran como tiznajos de carbón sobre una masa pálida harinosa. Dos pares de ojos negros se fijaron en mí y, después, en Chris.

-¿También tú eres bailarín? -preguntaron a mi hermano.

¡Oh! ¿Hablarían siempre al mismo tiempo?

-No, yo no sé bailar -dijo Chris, un poco confuso.

-¡Qué lástima! -suspiró Madame-. Haríais una magnífica pareja en el escenario. La gente acudiría en tropel para ver dos bellezas como vosotros.

Entonces miró a la pequeña Carrie, que me asía la mano, temerosa, y no le prestó más atención.

-Chris quiere ser médico -explicó el doctor Paul.

-¡Bah! -se mofó Madame Rosencoff, como si Chris fuese un insensato.

Después, ella y su marido fijaron en mí sus ojos de ébano con tal intensidad que sentí calor y empecé a sudar.

-¿Has estudiado baile?

-Sí -respondí, débilmente.

-¿A qué edad empezaste?

-A los cuatro años.

-¿Y ahora tienes...?

-En abril cumpliré dieciséis.

-Bien. Muy, muy bien. -Madame se frotó las largas y huesudas *manos*-. Más de once años de práctica. ¿A qué edad empezaste a bailar en *pointe?*

-A los doce años.

-¡ Maravilloso! -exclamó-. Yo no pongo a las chicas en *pointe* hasta los trece, a menos que sean excelentes. -Entonces frunció el ceño, con recelo-. ¿Eres excelente, o sólo mediana?

-No lo sé.

-¿Quieres decir que nadie te lo ha dicho?

-Nadie.

-Entonces, debes ser sólo mediana.

Con expresión casi desdeñosa, se volvió a su marido y agitó la mano con arrogancia a modo de despedida.

-¡Espere un momento! -saltó Chris, rojo el semblante por la irritación que sentía-. ¡No hay esta noche, en este escenario, una sola bailarina tan buena como Cathy! ¡Ni una! Esa chica que hace el importante papel de Clara, hay momentos en que no sigue la música... Cathy no pierde *nunca* el compás. Se ajusta perfectamente; su *oído* es perfecto. Incluso cuando baila la misma melodía, varía cada vez un poco los movimientos, de modo que nunca es igual, que siempre improvisa para mejorar su interpretación, para hacerla más bella, más conmovedora. Para usted, ¡sería una suerte tener a una bailarina como Cathy en su compañía!

Los sosegados ojos de azabache se volvieron a él, saboreando la intensidad de su alegato.

-¿Eres *tú* autoridad en ballet? -preguntó, en tono un poco burlón-. ¿Sabes *tú* cómo distinguir los buenos bailarines de la masa?

Chris tenía un aire soñador, pero sus pies parecían arraigados en el suelo y hablaba con una voz ronca que delataba sus sentimientos.

-Sólo sé lo que veo y las emociones que Cathy me hace sentir cuando baila. Sé que, cuando empieza la música y ella la sigue, se me para el corazón, y que, cuando termina la danza, siento mucha tristeza, porque se ha acabado una cosa tan bella. No sólo representa un papel al bailar, sino que *es* el personaje, y no hay una chica en su compañía que se adueñe como ella del corazón de quien la mira. Puede usted despedirla; otra compañía de ballet saldrá ganando con su necedad.

Los ojos de azabache de Madame lanzaron sobre Chris una mirada larga, penetrante, y los de nuestro doctor hicieron lo propio. Después, Madame Rosencoff se volvió lentamente a mí y me miró de los pies a la cabeza, juzgándome, midiéndome.

-Mañana, a la una en punto. Bailarás para mí en mi estudio.

No era una invitación, sino una orden que no admitía réplica, y, por alguna razón, sentí enojo en vez de entusiasmo.

-Mañana es demasiado pronto -dije-. No tengo trajes, ni leotardos, ni *pointes.*

Todas estas cosas se habían quedado en el ático de Foxworth Hall.

-Tonterías -replicó ella, moviendo con arrogancia la bien formada mano-. Te daremos todo lo que necesitas. Limítate a presentarte allí, y no te retrases, pues lo que *más* exigimos a nuestros bailarines es disciplina, ¡incluida la puntualidad!

Nos despidió con un majestuoso ademán y se alejó graciosamente, seguida de su marido y dejándome pasmada. Boquiabierta y sin poder hablar, capté la mirada del bailarín Julián Marquet, que debía de haberlo oído todo y me observaba fijamente. En sus ojos negros había un destello de interés y admiración.

-Puedes estar satisfecha, Catherine -me dijo-. Generalmente, ella y Georges no reciben a nadie antes de varios meses, y a veces años, de espera.

Aquella noche lloré, mientras Chris me abrazaba.

-Estoy desentrenada -sollocé-. Sé que mañana voy a hacer el ridículo. ¡No es justo que no me dé más tiempo para prepararme! Necesito recobrar mi flexibilidad. Estaré envarada, torpe, y no me

querrán. ¡Sé que no me querrán!

-¡Oh! Vamos, Cathy -dijo él, abrazándome más fuerte-. Te he visto agarrada al poste de la cama, haciendo *pliés* y *tendus.* No estás desentrenada, ni envarada, ni torpe... Sólo estás asustada. Es el miedo que sienten todos los artistas; nada más. Y no debes preocuparte, porque eres formidable. Yo lo sé, y *tú* también lo sabes.

Me dio un beso ligero de buenas noches, dejó caer los brazos y se dirigió *a* la puerta.

-Esta noche me hincaré de rodillas y rezaré por ti. Pediré a Dios que haga que mañana les dejes pasmados. Y yo estaré allí para regocijarme con sus expresiones de asombro, pues no podrán creer que seas una bailarina tan maravillosa.

Dicho lo cual, se marchó. Y me quedé sola, temerosa y anhelante. Me acosté, pero permanecí despierta, trepidante.

Mañana sería mi gran día, la ocasión de demostrar lo que era y que tenía ese algo especial que hay que poseer para llegar a la cima. Tenía que ser *la* mejor; no podía pasar por menos. Tenía que demostrarlo a mamá, a la abuela, a Paul, a Chris, ¡ a todo el mundo! Yo no era malvada, ni corrompida, ni un engendro del diablo. Sólo era yo, ¡la mejor bailarina del mundo!

Rebullía y daba vueltas en la cama; si me dormía, tenía pesadillas y volvía a despertarme, mientras Carrie dormía tranquilamente. En mis sueños, todo me salía mal durante la prueba, y, lo que era peor, ¡durante toda mi vida! Acababa por ser una vieja arrugada que pedía limosna en las calles de una enorme ciudad. En la oscuridad, pasaba junto a mi madre y tendía la mano. Ella seguía siendo joven y hermosa, ricamente vestida, enjoyada y envuelta en pieles, y acompañada del eternamente joven y fiel Bart Winslow.

Me desperté. Todavía era de noche. ¡Qué noche más larga! Me levanté y deslicé por la escalera. Las luces del árbol de Navidad estaban encendidas, y Chris estaba tendido en el suelo, contemplando las ramas del árbol. Los dos solíamos hacer esto cuando éramos pequeños. Aunque era una imprudencia, me sentí irresistiblemente atraída por él y me tendí a su lado. Contemplé los destellos del árbol, que parecían de otro mundo.

-Pensé que lo habías olvidado -murmuró Chris, sin mirarme-. ¿Recuerdas cuando estábamos en Foxworth Hall? El árbol era tan pequeño que tenían que ponerlo sobre una mesa, y no podíamos tumbarnos debajo de él... y ver lo que pasaba. No debemos olvidarlo nunca. Aunque... en el futuro, nuestros árboles tengan solamente dos palmos de altura, los colgaremos altos para poder tendernos debajo de ellos.

Me preocupó el tono en que lo dijo. Poco a poco, volví la *cabeza* y observé su perfil. Era muy bello, con sus cabellos rubios cambiando de colores. Cada mechón parecía captar un color diferente del arco iris, y, cuando volvió la cabeza para mirarme a los ojos, los suyos resplandecían también.

-Pareces... divino -dije, con voz tensa-. Veo caramelos en tus ojos, y también las joyas de la corona de Inglaterra.

--*No;* eso lo veo yo en los tuyos, Cathy. Estás muy hermosa con esa bata blanca. Me gustas en bata blanca, con cintas de seda azul. Me gusta la manera en que tus cabellos se despliegan como un abanico y vuelves la cara y tu mejilla parece descansar en una almohada de seda.

Se acercó más, para reclinar también su cabeza sobre mis cabellos. Y acercó la cabeza, hasta que nuestras frentes se tocaron. Sentí en mi cara su cálido aliento. Aparté la cabeza hacia atrás, torciendo el cuello. Y no me pareció real, cuando sus tibios labios se apoyaron en el hoyo de mi cuello y permanecieron allí. Contuve la respiración. Durante un largo, larguísimo momento, esperé que se apartase. Yo quería apartarme a mi vez, pero, por alguna razón, no podía hacerlo. Me invadió una dulce paz, que imprimía un ligero temblor a mi cuerpo.

-No vuelvas a besarme -murmuré, apretando su cabeza sobre mi cuello.

-Te quiero -murmuró-. Para mí, nunca habrá nadie más que tú. Cuando sea viejo, muy viejo, recordaré esta noche contigo al pie del árbol de Navidad, y lo buena que fuiste al dejar que te abrazase así.

-Chris, ¿es preciso que te marches y que te hagas médico? ¿No podrías quedarte aquí y dedicarte a otra cosa?

Él levantó la cabeza y me miró a los ojos.

-¿Por qué lo preguntas, Cathy? Es lo único que he deseado en toda mi vida, pero tú...

Lloré de nuevo. ¡No quería que él se fuese! Le hice cosquillas en la cara con un mechón de mis cabellos, hasta que él lanzó un grito y me besó en los labios. Un beso suave, que él no se atrevía a hacer más audaz por miedo a que le rechazase. Después, empezó a decir tonterías, como que yo parecía un ángel.

-¡Mírame, Cathy! ¡No vuelvas la cabeza, fingiendo que no sabes lo que hago ni lo que digo! ¡Mira y comprende el tormento que me aflige! ¿A quién más podría encontrar, si te llevo en mis huesos, si eres parte de mi carne? ¡Tu sangre fluye más de prisa cuando lo hace la mía! ¡ Tus ojos arden cuando arden los míos..., no lo niegues!

Con dedos temblorosos, buscó los pequeños botones forrados de seda de mi bata. Cerré los ojos y me vi de nuevo en el ático, cuando él me había pinchado accidentalmente con unas tijeras en el costado, y me dolía la herida y sangraba, y él tuvo que aplicar los labios a ella para aliviar mi dolor.

-¡Tienes un hermoso busto! -dijo, con un suspiro casi inaudible-. Recuerdo cuando eras lisa como una tabla y tus senos empezaron a crecer. Te avergonzabas por ello y siempre querías llevar suéteres anchos para disimularlos. ¿Por qué sentías vergüenza?

Yo parecía estar ahora en otra parte, viendo lo que él hacía, y me eché a temblar. ¿Por qué se lo permitía? Le estreché con fuerza entre mis brazos y, cuando nos besamos de nuevo, no sé si fui yo misma quien le desabrochó la chaqueta del pijama para apretar su pecho contra el mío. Nos fundimos en un abrazo de afán insatisfecho, hasta que, de pronto, exclamé:

-¡No! ¡Sería pecado!

-Entonces, ¡pequemos!

-Entonces, ¡no me dejes nunca! ¡ Olvídate de la Medicina! ¡Quédate conmigo! ¡No me abandones! ¡Temo por mí, si tú te vas! A veces hago tonterías. Por favor, Chris, no me dejes sola. Nunca lo estuve. ¡Quédate, por favor!

-*Tengo* que ser médico -dijo él. Después, gruñó-: Pídeme que renuncie a cualquier otra cosa, y lo haré. Pero no me pidas que renuncie a lo único que me ha mantenido en pie. Tú no renunciarías a la *danza,* ¿verdad?

No supe qué contestarle, mientras él redoblaba sus besos, alentando el fuego que ardía entre los dos, que nos embargaba y nos llevaba a las puertas del infierno.

-Te quiero tanto que a veces no sé qué hacer -exclamó él-. Si pudiese hacerte mía sólo una vez... Y tú no sentirías dolor; sólo alegría.

Me quedé boquiabierta por la inesperada declaración y me sacudió con fuerza una especie de corriente eléctrica.

-Te quiero, ¡te quiero tanto! -dijo él-. Sueño en ti, pienso en ti durante todo el día.

Y su respiración se hizo anhelante y rápida, y yo me sentí dominada por mi propio cuerpo, que exigía satisfacción. Mi mente quería rechazarle, ¡pero yo le deseaba! ¡Lancé un gemido de vergüenza!

-Aquí no -dijo él, sin dejar de besarme-. Arriba, en mi habitación.

-¡No! Soy tu hermana..., y tu habitación está muy cerca de la de Paul. Nos oiría.

-Entonces, iremos a la tuya. Carrie no se despertaría aunque estallase una guerra.

Antes de que me diese cuenta de lo que pasaba, él me cogió en brazos, subió corriendo la escalera de atrás, entró en mi habitación y me dejó sobre la cama. Me quitó la ropa y se despojó de la suya, y se tendió a mi lado, dispuesto a terminar lo que había empezado. ¡Yo no quería esto! ¡No quería que volviese a suceder!

-¡Basta! -grité, rodando hacia un lado para librarme de él.

Caí al suelo. Al cabo de un instante, él estuvo también en el suelo, luchando conmigo. Nuestros cuerpos desnudos rodaron sobre la alfombra, hasta que chocamos con algo duro.

Ésta fue la causa de que se detuviese. Contempló la caja, que contenía caramelos «Oreo», una hogaza de pan, manzanas, naranjas, medio kilo de queso de Cheddar, un bote de mantequilla, varias

latas de atún, alubias y zumo de tomate. Un abrelatas y varios platos, vasos y cubiertos, cayeron de la caja.

-¡Cathy! ¿Por qué hurtas comida a Paul y la escondes debajo de la cama?

Sacudí la cabeza, preguntándome a mi vez por qué había hurtado y escondido la comida. Después, me senté en el suelo, cogí la bata que él me había quitado y me cubrí pudorosamente con ella.

-¡Vete! ¡Déjame sola! ¡Sólo te quiero como hermano, Christopher!

Él se acercó, me rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

-Lo siento. ¡ Oh, querida! Sé por qué cogiste la comida. Sientes que debes tener comida a mano..., temes que vuelvan a castigarnos. ¿No sabes que yo soy el único que *te* comprende? Deja que te ame sólo una vez más, Cathy; sólo una vez para toda la vida. Deja que te dé la satisfacción que entonces no te di. Sólo una vez, que habrá de durarnos hasta el fin de nuestras vidas.

Le di una bofetada.

-¡No! -repliqué con rabia-. ¡Nunca más! Tú lo prometiste, y yo pensaba que cumplirías tu promesa. Si tienes que ser médico y marcharte y dejarme... , ¡siempre será no! -Me detuve en seco. No quería decir esto-. Chris... no me mires así, ¡por favor!

Él se puso despacio su pijama. Me lanzó una mirada dolida.

-La vida se habrá acabado para mí, si no soy médico, Cathy.

Me tapé la boca con las dos manos para no chillar. ¿Qué me pasaba? No podía pedirle que renunciase a su sueño. Yo no era como mi madre, que hacía sufrir a todo el mundo con tal de salirse con la suya. Sollocé en sus brazos. Había encontrado en mi hermano un amor eterno, siempre verde, primaveral, que nunca, nunca, podría florecer. Más tarde, yaciendo en mi cama con los ojos abiertos, comprendí, desde mi impotencia, que incluso en un valle sin montañas podía soplar el viento.

LA PRUEBA

Era el día después de Navidad. A la una tenía que estar ya en Greenglenna, ciudad natal de Bart Winslow y sede de la Rosencoff School of Ballet.

Nos apretujamos todos en el coche del doctor Paul y llegamos con cinco minutos de antelación.

Madame Rosencoff me dijo que, si me aceptaba, debería llamarla Madame Marisha. Si fracasaba, no debía volver a dirigirme a ella, bajo ningún apelativo. Sólo llevaba unos leotardos negros que revelaban todos los entrantes y salientes de su soberbio cuerpo, delgado y esbelto, a pesar de que debía de tener casi cincuenta años. Sus senos, ceñidos por el negro tejido de punto, parecían rematados por dos puntas de metal. Su marido, Georges, vestía también de negro y mostraba un cuerpo vigoroso, en el que sólo una ligera comba del vientre empezaba a delatar su edad. Veinte chicas y tres chicos estaban también allí para hacer pruebas.

-¿Qué música has elegido? -me preguntó ella. {Por lo visto, su marido no hablaría nunca, aunque sus chispeantes ojos de pájaro no dejaban de mirarme.)

-*La bella durmiente* -respondí débilmente, pensando que el papel de la princesa Aurora era la prueba más difícil entre todas las piezas del repertorio clásico. ¿Por qué había de elegir otro más sencillo?-. Puedo bailar sola el *Adagio de la rosa* -añadí jactanciosamente.

-Magnífico -dijo sarcásticamente ella, y añadió, con una nueva dosis de ironía-: Había adivinado, por tu aspecto, que escogerías *La bella durmiente.*

Lamenté no haber elegido algo más fácil.

-¿Qué color prefieres para los leotardos?

-El rosa.

-Me lo había figurado.

Me arrojó unos leotardos de un rosa desvaído y, con la misma indiferencia, tomó un par de zapatillas *pointe* de una triple hilera de docenas de ellas. Me las arrojó y, aunque parezca imposible, era exactamente de mi medida. Cuando me hube desnudado y puesto los leotardos y las zapatillas,

me senté ante un largo tocador, con un espejo de la misma longitud, y empecé a recogerme los cabellos. No tenía que decirme que Madame querría ver los tendones de mi cuello y que le disgustaría cualquier *épaulement* que realizase. Eso lo sabía ya.

Apenas había acabado de vestirme y de peinarme, entre las risitas de las chicas que me rodeaban, cuando Madame Marisha asomó la cabeza en la puerta entreabierta, para ver si estaba lista. Sus negros ojos me escrutaron con mirada crítica.

-No está mal. Sígueme -ordenó, y echó a andar, con sus fuertes y musculosas piernas.

¿Cómo había dejado que se le pusiesen así? Yo nunca estaría en *pointe* tanto tiempo como para que mis piernas se pusiesen tan gordas como las suyas... ¡Nunca!

Me condujo a un gran recinto de suelo pulimentado, que, en realidad, no era tan resbaladizo como parecía. Había sillas para los espectadores junto a las paredes, y allí vi a Chris, a Carrie, a Henny y al doctor Paul. Me arrepentí de haberles pedido que viniesen. Si fracasaba, serían testigos de mi derrota. Había otras ocho o diez personas, aunque no les presté mucha atención. Los chicos y chicas de la compañía se habían colocado entre bastidores, para observarme. Yo tenía más miedo de lo que antes me había imaginado. Desde luego, había practicado un poco desde mi fuga de Foxworth Hall, pero con menos entusiasmo que cuando estaba en el ático. Hubiese tenido que hacer ejercicios durante toda la noche, hasta el amanecer, y quizá no habría sentido este nerviosismo, que me ponía al borde del mareo.

Hubiese deseado ser la última, para observar a las demás y ver las faltas que cometían y aprender también de ello. De esta manera, habría podido saber lo que *tenía* que hacer.

El propio Georges se sentó al piano. Tragué saliva, para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Tenía la boca seca, y mariposas aleteaban aterrorizadas en mi pecho, mientras buscaba, entre los espectadores, la piedra imán que necesitaba, en los ojos azules de Chris. Como siempre, él estaba allí, sonriendo, telegrafiándome su orgullo y su confianza y su eterna admiración. Mi querido, mi amado muñeco Christopher, siempre en el sitio donde le necesitaba, siempre dándose a mí y haciéndome mejor de lo que habría sido sin él. «Dios mío -recé-, haz que lo haga bien. ¡Haz que responda a sus esperanzas!»

No podía mirar a Paul. Él quería ser mi padre, no mi piedra de toque. Si fracasaba y le defraudaba, sin duda me vería de un modo diferente. Perdería el encanto que tenía para él. No sería nadie especial.

Alguien me tocó en el brazo, y me sobresalté. Giré en redondo y me enfrenté a Julián Marquet.

-Suerte -murmuró, y sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos.

Sus ojos negros tenían un brillo malicioso. Era más alto que la mayoría de los bailarines, casi seis pies, y, según sabría yo muy pronto, tenía diecinueve años. Su piel era tan blanca como la mía, aunque, en contraste con sus negros cabellos, parecía más pálida. Tenía partida la barbilla, y un hoyuelo en la mejilla derecha que hacía aparecer y desaparecer a voluntad. Le di las gracias por sus deseos de buena suerte, muy impresionada por su asombrosa belleza.

-¡Huy! -exclamó él, con voz ronca, al sonreírle yo-. Desde luego, eres muy hermosa. Lástima que seas aún una chiquilla.

-¡ No soy una chiquilla!

-Entonces, ¿qué eres? ¿Una anciana de dieciocho años?

Sonreí, complacida de parecer *tan* mayor.

-Tal vez sí, tal vez no.

Él rió entre dientes, como si estuviese de vuelta de todo. Y, por su manera de jactarse de ser uno de los primeros bailarines de una compañía de Nueva York, quizá lo *estaba.*

-Sólo he venido aquí en mis vacaciones, para hacerle un favor a Madame. Pronto volveré a Nueva York, que es donde debo estar.

Miró a su alrededor, como si las «provincias» le aburriesen terriblemente, mientras yo sentía palpitar un poco mi corazón. Después deseé que fuese uno de los bailarines con quienes debería actuar.

Cambiamos unas pocas frases más, hasta que empezó a sonar mi música. De pronto, me encontré sola en el ático, con flores de papeles de colores colgando de largos cordeles; sola con mi amante secreto que bailaba siempre delante de mí, pero sin dejar que me acercase lo bastante para verle la cara. Bailé, al principio con miedo, haciendo todo lo que debía: *entrechats*, movimientos de brazos, *pirouettes*. Estaba segura de tener los ojos abiertos y vuelta siempre la cara a unos espectadores a los que no veía. Entonces, la magia se apoderó de mí. No tenía que contar ni pensar lo que iba a hacer; la música me decía lo que tenía que hacer y cómo debía hacerlo, pues yo era su voz y no podía equivocarme. Y, como siempre, aquel hombre parecía bailar conmigo..., ¡sólo que ahora le veía la cara! Su bella cara pálida, muy pálida, de ojos negros y brillantes, de cabellos como el carbón y labios de rubí. ¡Julián!

Le veía como en sueños, estirando sus largos brazos al caer sobre una rodilla, doblada la otra pierna graciosamente hacia atrás. Me indicaba con los ojos cuándo tenía que correr o saltar hacia sus brazos que me esperaban. Encantada de bailar con un profesional, me acercaba a él cuando sentí un dolor terrible en el abdomen. ¡Me doblé y lancé un grito! A mis pies, había un charquito de sangre. Y corría sangre por mis piernas, manchando los leotardos y las zapatillas de color de rosa. Resbalé y caí al suelo, y estaba tan débil que me quedé inmóvil, escuchando los gritos. No mis gritos, sino los de Carrie. Cerré los ojos, y alguien se acercó a levantarme. Oí, a lo lejos, las voces de Paul y de Chris. Después, la cara de Chris se inclinó sobre la mía, y en ella se pintaba claramente el amor que sentía por mí. Esto me consoló y me espantó al mismo tiempo, porque yo no quería que Paul lo viese. Chris dijo algo para tranquilizarme, en el momento en que me invadía una oscuridad que me llevaba lejos, a un lugar remoto donde nadie me quería.

Mi carrera de bailarina había terminado, terminado, antes de empezar.

Desperté de un sueño de brujas y vi a Chris, sentado en la cama del hospital, asiendo mi mano inerte y mirándome con sus ojos azules... Dios mío, ¡aquellos ojos...!

-Hola -dijo en voz baja, apretándome los dedos-. Estaba esperando a que despertases.

-Hola.

Me sonrió y me besó en la mejilla.

-Te diré una cosa, muñeca Catherine: sabes terminar dramáticamente un baile.

-Sí, y esto requiere talento. Verdadero talento. Quizá debería hacerme actriz.

Él se encogió de hombros, con indiferencia.

-Creo que podrías hacerlo -dijo-, aunque dudo de que lo hagas.

-¡Oh, Chris! -gemí, débilmente-. ¡Perdí mi gran ocasión! ¿Por qué sangré de esa manera?

Sentí que el miedo se pintaba en mis ojos. Miedo de que él viese y conociese la causa. Se inclinó para abrazarme y me estrechó sobre su pecho.

-La vida ofrece siempre más de una oportunidad, Cathy, y tú lo sabes. Necesitabas un legrado. Mañana estarás bien y podrás levantarte.

-¿*Qué* es un legrado?

Sonrió y me dio unas palmadas cariñosas en la mejilla, olvidando, como siempre, que yo no estaba tan adelantada, médicamente, como él.

-Es un procedimiento consistente en raspar las paredes del útero con un instrumento para eliminar materias sobrantes. Tus períodos interrumpidos debieron acumularse y brotar de golpe.

Nuestras miradas se encontraron.

-Eso fue todo, Cathy... *Todo.* No tienes nada más.

-¿Quién hizo el raspado? -murmuré, temerosa de que hubiese sido Paul.

-Un ginecólogo llamado doctor Jarvis, amigo de nuestro médico. Paul dice que es el mejor ginecólogo de esta región.

Recliné de nuevo la cabeza en la almohada, sin saber qué pensar. Que una cosa así me hubiese ocurrido precisamente entonces..., delante de todos aquellos a quienes pretendía impresionar. Dios mío, ¿por qué era tan cruel la vida para mí?

-Abre los ojos, mi Mrs. Catherine -dijo Chris-. Das demasiada importancia a una cosa que no la tiene. Echa una mirada al tocador y verás todas las flores que te han enviado; Flores naturales, no

de papel. Confío en que no te enfadarás si te digo que he echado un vistazo a las tarjetas.

Desde luego, no me disgustó que *él* lo hubiese hecho. Chris se acercó al tocador y volvió y puso un sobrecito blanco en mi fláccida mano. Contemplé el espléndido ramo de flores, pensando que sería de Paul, y sólo entonces miré el sobre que tenía en la mano. Con dedos temblorosos, extraje de él una notita que decía:

Te deseo una pronta recuperación. Espero verte el próximo lunes, a las tres en punto.

Madame MARISHA

-¡Marisha!

¡Me había aprobado!

-¡Chris! ¡Los Rosencoff me llaman!

-Claro que sí -dijo débilmente él-. Estarían ciegos si no lo hiciesen.

-¡Pero esa mujer me da miedo! A pesar de lo pequeña que es, no le confiaría yo mi vida.

-Pero creo que tú podrás manejarla bien; siempre te cabrá el recurso de desangrarte a sus pies.

Me incorporé y lo abracé.

-¿Saldrá esto bien, Chris? ¿Lo crees realmente? ¿Es posible que tengamos tanta suerte?

Él asintió con la cabeza, sonrió y señaló otro ramo. Era de Julián Marquet e iba acompañado de otra nota.

Nos veremos cuando vuelva de Nueva York, muñeca Catherine. No me olvides.

Por encima del hombro de Chris, que me abrazaba con fuerza, vi llegar al doctor Paul, que vaciló en el umbral y frunció el ceño al mirarnos, y después sonrió y avanzó. Chris y yo nos separamos rápidamente.

VUELTA A LOS TIEMPOS ESCOLARES

Llegó un día de enero en que tuvimos que separarnos. Nos examinamos para graduar nuestras capacidades y, para sorpresa de Chris y mía, los resultados fueron excelentes. Yo me califiqué para el décimo grado; Carrie, para el tercero, y Chris, para la escuela preparatoria universitaria. Pero Carrie puso cara triste, mientras gritaba:

. -¡No! ¡No! -Había cerrado los puños y preparado los pies para luchar contra quienes trataran de obligarla-. ¡ No quiero ir a un colegio particular para niñas pequeñas! ¡No puedes hacerme ir, Cathy! ¡Se lo diré al doctor Paul!

Tenía el rostro enrojecido por la ira y su voz llorosa era como un gemido de sirena.

A mí tampoco me entusiasmaba la idea de meter a Carrie en un colegio particular, a diez millas de la ciudad. Chris se marcharía un día después que ella. Yo me quedaría sola, para asistir al instituto..., y nos habíamos jurado solemnemente que nunca nos separaríamos. (Yo había restituido de mala gana los alimentos que tenía escondidos, y nadie se había enterado de esto, salvo Chris.) Subí a Carrie sobre mi falda y le expliqué que el doctor Paul había elegido aquel colegio, que era muy distinguido, y había pagado una cantidad enorme para matricularla en él. Ella cerró fuertemente los ojos y trató de no escucharme.

-*No* es un colegio para niñas pequeñas, Carrie -le dije, en tono apaciguador, y la besé en la frente-. Es un colegio para niñas *ricas,* cuyos padres pueden darles lo mejor. Deberías sentirte orgullosa y feliz de que el doctor Paul sea nuestro tutor legal.

¿Podría convencerla? ¿La había convencido alguna vez de algo?

-Pues yo no quiero ir -gimió, obstinadamente-. ¿Por qué no puedo ir a *tu* colegio, Cathy? ¿Por qué tengo que ir sola, sin tener a nadie conmigo?

-¿A nadie? -Me eché a reír para disimular lo que sentía, fiel reflejo de su propio miedo-. No estarás sola, querida. Habrá cientos de otras niñas, aproximadamente de tu edad. Es un colegio elemental; yo tengo que ir al superior. -*La* mecí en mis brazos, acaricié sus largos y brillantes cabellos, y acerqué su carita de muñeca a la mía. ¡ Qué linda era! Habría sido una belleza, si su cuerpo hubiese crecido en proporción a su cabeza-. Carrie, tienes cuatro personas que te queremos muchísimo: el doctor Paul, Henny, Chris y yo. Todos queremos lo mejor para ti, y, aunque nos separen unas cuantas millas, estarás en nuestros corazones, en nuestros pensamientos; y podrás

venir a casa todos los fines de semana. Y, lo creas o no, el colegio no es un sitio tan terrible; en realidad, es divertido. Compartirás una bonita habitación con una niña de tu edad. Tendrás buenas maestras y, mejor aún, estarás con niñas que pensarán que eres la más bonita que vieran jamás. Y tú debes querer estar con otras chicas. Yo sé que estar con muchas niñas resulta muy divertido. Podéis jugar, tener sociedades secretas y celebrar fiestas, y hablar en voz baja y reír por la noche. Te encantará. Sí. Seguro. Le encantaría.

Carrie sólo accedió después de verter un gran caudal de lágrimas, diciéndome con sus ojos suplicantes que sólo iría para complacernos, a mí y a nuestro bienhechor al que tanto quería. Dormiría sobre clavos, con tal de que estuviese él contento. Y, para ella, ir a un colegio de niñas era como acostarse en un lecho de clavos.

Paul y Chris entraron en el cuarto de estar con el tiempo justo de oírle decir:

-¿Y voy a estar allí mucho, mucho tiempo?

Los dos habían estado encerrados durante horas en el estudio de Paul, explicando éste a Chris ciertas cuestiones de química que él no había estudiado durante su encierro. Paul echó una mirada a Carrie, vio su aflicción, se dirigió al armario del vestíbulo y volvió con una enorme caja envuelta en papel granate y atada con una cinta de seda de diez centímetros de anchura.

-Esto es para mi rubia favorita -dijo, cariñosamente.

Carrie le miró con sus ojos grandes y asustados y, después, sonrió débilmente.

-¡Oh! -exclamó, entusiasmada, al abrir el paquete y ver una espléndida maleta roja de cuero y, dentro de ella, un neceser con un peine dorado, un cepillo, un espejo y varios frasquitos y botellitas de plástico, y una carpeta de cuero para que pudiese escribirnos-. ¡Es es-tu-pen-do! -exclamó, vencida al momento por unas cosas tan rojas y tan bellas-. No sabía que hiciesen maletas rojas y pusieran espejos y cosas en ellas.

Miré a Paul, que ciertamente no podía pensar que una niña necesitase afeites.

Como si leyese mi pensamiento, explicó:

-Sé que esto es más bien para una chica mayor, pero quería regalarle algo que pudiese usar durante muchos, muchos años. Cuando lo vea, dentro de mucho tiempo, pensará en mí.

-Es la maleta más bonita que he visto en mi vida -dije, alegremente-. Puedes poner los cepillos de dientes, la pasta dentífrica, el jabón en polvo y el agua de colonia, en el neceser.

-¡'No voy a poner esa sucia agua de colonia en mis maletas!

Todos nos echamos a reír. Entonces, corrí a la escalera y subí a mi habitación, a buscar una cajita que tenía guardada, y volví junto a Carrie a toda prisa. Melindrosamente, levanté la caja, preguntándome si hacía bien en dársela y despertar viejos recuerdos.

-Dentro de esta caja están algunos viejos amigos tuyos, Carrie. Cuando estés en el Colegio de Jóvenes Distinguidas de Miss Emily Dean Calhoun y te sientas sola, abre esta caja y contempla lo que hay dentro de ella. No le muestres el contenido a todo el mundo, sino sólo a amigas muy particulares.

Sus grandes ojos se abrieron todavía más al ver los pequeños personajes de porcelana a los que tanto había querido en su primera infancia, todos ellos hurtados por mí de aquella grande y fabulosa casa de muñecas con la que ella había jugado tantas horas en el ático. Incluso me había llevado la cuna.

-Mr. y Mrs. Parkins -jadeó Carrie, con lágrimas de dicha en sus grandes ojos azules-, ¡y la pequeña Clara! ¿De dónde han venido, Cathy?

-Sabes muy bien de dónde vinieron.

Me miró, agarrando la caja llena de algodón para proteger las frágiles figuritas y la cunita de madera, todas ellas componentes de una herencia inestimable.

-Cathy, ¿dónde está mamá?

¡Señor! Precisamente lo que no quería que me preguntase.

-Ya sabes, Carrie, que tenemos que decir a todo el mundo que nuestros padres murieron.

-¿*Está* muerta mamá?

-No..., pero tenemos que decirlo.

-¿Por qué?

Una vez más, tuve que explicarle a Carrie por qué no debíamos decir a nadie quiénes éramos en realidad y que nuestra madre vivía aún, so pena de que nos encerrasen de nuevo en aquel horrible ático. Ella estaba sentada en el suelo, junto a su nueva y brillante maleta roja, con la caja de los muñecos sobre el regazo, y me miraba con ojos inquietos y sin comprender nada en absoluto.

-¡Lo digo en serio, Carrie! No debes mencionar *nunca* a parientes que no seamos Chris y yo, el doctor Paul y Henny. ¿Lo has entendido?

Ella asintió con la cabeza, pero siguió sin comprender. Sus labios temblorosos y su expresión ansiosa me decían... ¡que todavía añoraba a mamá!

Después llegó el día terrible en que llevamos a Carrie a diez millas de los límites urbanos de Clairmont, para ingresar en aquel distinguido colegio particular para hijas de potentados. El edificio era grande, pintado de blanco, con un porche en la entrada y las columnas blancas de ritual. En una placa de bronce, junto a la puerta principal, se leía:

FUNDADO EN 1824.

Fuimos recibidos, en un caliente y acogedor despacho, por una descendiente de la fundadora del colegio, Miss Emily Dean Dewhurst. Era ésta una mujer majestuosa, bella, de magnífica cabellera blanca y sin una sola arruga que delatase su edad.

-Es una niña adorable, doctor Sheffield. Desde luego, haremos todo lo posible para que se sienta cómoda y dichosa, mientras aprende.

Yo me incliné para besar a Carrie, que estaba temblando, y le murmuré:

-Anímate y procura pasarlo bien. No te sientas abandonada. Vendremos todos los fines de semana para llevarte a casa con nosotros. No está mal, ¿verdad?

Se animó y se esforzó en sonreír.

-Sí. podré aguantarlo -murmuró, débilmente.

No me resultó fácil marcharme y dejar a Carrie en aquella hermosa y blanca mansión.

El día siguiente debía partir Chris para la escuela preparatoria, ¡y cómo me dolía verle empaquetar sus cosas! Le observaba, pero no podía hablar. Ni siquiera podíamos mirarnos, Chris y yo.

Su escuela estaba aún más lejos que el colegio de Carrie. Paul tuvo que conducir treinta millas para llegar al campus, con sus edificios de ladrillos de color de rosa y, una vez más, con las imprescindibles columnas blancas. Percibiendo que necesitábamos quedarnos solos, Paul dio la frágil excusa de que quería echar un vistazo a los jardines. Pero Chris y yo no nos quedamos realmente solos, pues estábamos en una galería con grandes ventanales, por la que pasaban continuamente jóvenes que no dejaban de mirarnos. Yo quería estar en sus brazos, con mi mejilla *pegada* a la suya. Quería que fuese una despedida al amor, tan completa que supiésemos que éste había acabado para siempre, al menos en lo que tuviese de malo.

-Chris -balbuceé, a punto de llorar-, ¿qué voy a hacer sin ti?

Sus ojos azules cambiaban de color, reflejando sus calidoscópicas emociones.

-Nada cambiará, Cathy -murmuró roncamente, apretándome las manos-. Cuando volvamos a vernos, sentiremos lo mismo. Yo te amo. Y siempre te amaré, para bien o para mal; no puedo evitarlo. Estudiaré con tanto empeño que no tendré tiempo de pensar en ti, de echarte en falta y de preguntarme qué va a ser de tu vida.

-Y tú serás el graduado en Medicina más joven de todos los tiempos -bromeé, aunque mi voz estaba tan ronca como la suya-. Guarda un poco de tu cariño para mí y consérvalo en lo más hondo de tu corazón, como conservaré yo el mío por ti. No podemos cometer el mismo error de nuestros padres.

Él suspiró profundamente y agachó la cabeza, observando el suelo, o quizás observando mis pies calzados con zapatos de tacones altos, que me sentaban tan bien.

-Cuídate -me dijo.

-Desde luego, y cuídate tú también. No estudies demasiado. Diviértete un poco y escríbeme al menos una vez al día; no creo que debamos abusar del teléfono, pues sería muy caro.

-Eres muy hermosa, Cathy. Quizá demasiado. Cuando te miro, me parece ver a nuestra madre, en tu manera de mover las manos, en tu manera de inclinar a un lado la cabeza. No hechices demasiado a nuestro doctor. Quiero decir que, a fin de cuentas, es un hombre. No tiene esposa... y tú vivirás en la misma casa que él. -Levantó la cabeza, endurecida de pronto la mirada-. No hagas nada precipitadamente, por librarte de lo que sientes por mí. Te hablo en serio, Cathy.

-Te prometo que me portaré bien.

Era una promesa muy débil, dado que él había despertado en mí aquel afán primitivo que hubiese debido contener hasta ser lo bastante mayor para dominarlo. Ahora, lo único que quería era ser complacida y amada por alguien con quien pudiese sentirme buena.

-Paul es un gran tipo -prosiguió Chris, tanteando el terreno-. Yo le quiero. Carrie le quiere. ¿Qué sientes tú por él?

-Cariño, lo mismo que tú y Carrie. Gratitud. No hay nada malo en ello.

-¿No ha intentado pasarse de la raya?

-No. Es honrado, decente.

-Ya veo cómo te mira, Cathy. Eres tan joven, tan hermosa y estás tan... necesitada de cariño. -Hizo una pausa, enrojeció y desvió la mirada, como sintiéndose culpable, antes de proseguir-: Quizá sea una ruindad preguntártelo, después de todo lo que ha hecho por nosotros; pero a pesar de todo siento, algunas veces, que si nos adoptó fue solamente..., bueno..., fue solamente por tu causa. ¡Porque te desea!

-Tiene veinticinco años más que yo, Chris. ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

Chris pareció aliviado.

-Tienes razón -admitió-. Tú eres su pupila, y demasiado joven. Debe de haber muchas chicas guapas en los hospitales que se sentirían dichosas de estar con él. Creo que estás bastante a salvo.

Sonriendo ahora, me atrajo suavemente y me besó. Un beso suave, afectuoso, de despedida por un tiempo.

-Perdóname por lo de la víspera de Navidad -dijo, después de besarme.

Mi corazón estaba dolorido y destrozado al separarnos. ¿Cómo iba yo a vivir, tan lejos de él? Otra cosa que le debíamos a *ella.* Había hecho que tuviésemos que preocuparnos el uno del otro de una manera que no hubiésemos debido hacer jamás. Su culpa, ¡ siempre su culpa! ¡ Todo lo que había ido mal en nuestras vidas podíamos achacárselo a ella!

-No trabajes demasiado, Chris, o pronto tendrás que llevar gafas.

Él sonrió, prometió, hizo un remiso ademán de despedida. Ninguno de los dos' podía pronunciar la palabra «adiós». Giré sobre mis talones y, con lágrimas en los ojos, corrí por los pasillos y salí a la luz del sol. Ya en el coche blanco de Paul, me hundí en el asiento y sollocé, como solía hacer Carrie cuando le daba un berrinche.

Paul surgió súbitamente de la nada y se sentó en silencio frente al volante. Puso el motor en marcha, arrancó hacia atrás, y giró y se dirigió a la carretera principal. No mencionó mis ojos enrojecidos, ni el empapado pañuelo que tenía yo en la mano para enjugar las lágrimas que seguían fluyendo. No me preguntó por qué estaba tan callada, en vez de pincharle y bromear y decir tonterías como solía hacer para no oír el silencio. *Silencio, quietud. Oye caer las plumas, escucha el gemido de la casa. Como en la oscuridad del ático.*

Las manos fuertes y cuidadas de Paul, retrepado en su asiento, conducían el automóvil con facilidad y natural habilidad. Yo estudié sus manos, porque lo primero que observaba en los hombres, después de los ojos, eran las manos. Luego miré sus piernas. Muslos vigorosos, bien formados, perfectamente dibujados por los ceñidos pantalones azules de punto; quizá demasiado, porque, de pronto, se desvaneció mi tristeza, mi melancolía, y sentí como una oleada de sensualidad.

Árboles gigantescos flanqueaban la ancha y negra carretera; unos árboles nudosos y oscuros, gruesos y antiguos.

-Magnolias de Bull Bay -indicó Paul-. Es una lástima que no estén floridas, aunque no tardarán mucho. Nuestros inviernos son cortos. Una cosa debes recordar: no huelas ni toques nunca

una flor de magnolia; si lo haces, te marchitarás y morirás.

Me dirigió una mirada ambigua, que no me permitió adivinar si estaba hablando en serio.

-Antes de que llegaseis tú, tu hermano y tu hermana, me daba miedo entrar en mi calle. ¡Estaba siempre tan solo! Ahora vuelvo a casa satisfecho. Y esto me place. Gracias, Cathy, por haberos dirigido al Sur, en vez de hacerlo al Norte o al Oeste.

Cuando hubimos llegado a casa, Paul se dirigió a su consultorio y yo subí al piso alto, para tratar de olvidar mi soledad haciendo ejercicios en la barra. Paul no vino a cenar, y esto empeoró aún más las cosas. Tampoco compareció después de la cena, por lo que me acosté temprano. Sola. Estaba completamente sola. Carrie se había ido. Mi fiel Christopher se había ido también. Por primera vez, los tres dormiríamos bajo un techo distinto. Añoraba a Carrie. Me sentía muy mal, espantada. Necesitaba a alguien. El silencio de la casa y la profunda oscuridad de la noche gritaban a mi alrededor: Sola, *sola; estás sola, y a nadie le importas, a nadie le importas.* Pensé en la comida. Lamenté no haber conservado una buena provisión al alcance de la mano. Entonces recordé que lo mejor era un poco de leche caliente. Decían que la leche caliente ayudaba a conciliar el sueño..., y lo que yo necesitaba era dormir.

HECHICERA...

El fuego de la chimenea brillaba débilmente. Los grises leños se habían convertido ya en ceniza en el hogar, y Paul, envuelto en su gruesa bata roja, estaba sentado en un sillón, fumando despacio su pipa.

Contemplé su cabeza nimbada de humo, y vi una persona cálida, necesitada, deseosa y anhelante, como lo era yo a mi vez. Y, como a menudo me portaba cual una tonta, me acerqué a él sin el menor ruido, porque iba descalza. Me alegraba que él hubiese estrenado tan pronto nuestro obsequio. Yo llevaba también un regalo suyo, un delicado salto de cama de color turquesa, de fina tela y que flotaba sobre un camisón del mismo color.

Él me vio allí, junto a su sillón, en mitad de la noche; pero no dijo nada, para no romper el encanto que en cierto modo nos unía en una mutua necesidad.

Yo ignoraba muchas cosas sobre mi misma, y no supe qué impulso me indujo a levantar la mano y acariciar su mejilla. Su piel era áspera, como si necesitase un afeitado. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y volvió la cara en dirección a mí.

-¿Por qué me has tocado, Catherine?

Lo preguntó en un tono seco y frío que, normalmente, habría hecho que me sintiese rechazada y dolida; pero sus ojos eran como lagos claros y límpidos en deseo, un deseo que había visto yo otras veces, aunque no en unos ojos como los suyos.

-¿No le gusta que le toquen?

-No, si lo hace una joven envuelta en cendales y que tiene veinticinco años menos que yo.

-Veinticuatro años y siete meses -le corregí-. Mi abuela materna se casó con un hombre de cincuenta y cinco años, cuando ella tenía sólo dieciséis.

-Tan tonta fue ella como él.

-Según decía mi madre, ella fue una buena esposa -repliqué, débilmente.

-¿Por qué no estás durmiendo? -preguntó bruscamente.

-No tenía sueño. Creo que estoy demasiado excitada porque mañana marcharé al colegio.

-Razón de más para que vayas a acostarte; así estarás en mejores condiciones.

Iba a hacerlo, vaya que sí, pues había bajado para tomar un vaso de leche caliente; pero otras cosas, más seductoras, bullían también en mi cabeza.

-Doctor Paul...

-¡Me fastidia que me llames así! -me interrumpió-. Prescinde del tratamiento, o no me hables.

-Pensé que debía mostrarle el respeto que usted se merece.

-¡Al diablo con el respeto! Soy un hombre como otro cualquiera. Los médicos no somos infalibles, Catherine.

-¿Por qué me llama Catherine?

-¿Y por qué no he de hacerlo? Es tu nombre, ¿no? Y parece más propio que Cathy para una

chica mayor.

-Hace un momento, cuando le toqué la mejilla, me miró echando chispas por los ojos, como si no le gustase que fuese una chica mayor.

-Eres una bruja. En un segundo, te transformas, de niña ingenua, en mujer seductora y provocativa, una mujer que parece saber exactamente lo que hace cuando me toca la cara con la mano.

Desvié la mirada ante esta arremetida. Me sentí sofocada, inquieta, y lamenté no haber ido directamente a la cocina. Contemplé los hermosos libros de los estantes y los pequeños objetos de arte que tanto parecían gustarle. Dondequiera que mirase, había algo que me decía que lo que más necesitaba él era belleza.

-Catherine, voy a preguntarte algo que no es de mi incumbencia; pero debo hacerlo. ¿Qué hay exactamente entre tú y tu hermano?

Empezaron a temblarme nerviosamente las rodillas. *¡Oh, Dios mío! ¿Se nos veía en la cara?* ¿Por qué tenía que preguntarme esto? No le importaba nada; no tenía derecho a preguntarlo. El sentido común y el buen criterio hubiesen debido pegar mi lengua al paladar e impedido que dijese lo que dije, con voz débil y avergonzada:

-¿Le chocaría saber que, cuando estábamos encerrados los cuatro en una misma habitación, siempre juntos, y los días eran una eternidad, Chris y yo no nos veíamos siempre como hermanos? Él fijó una barra en el desván, para que yo pudiese conservar ágiles los músculos, y con ello, la esperanza de llegar un día a ser bailarina. Y, mientras yo bailaba sobre la blanda y podrida madera, él estudiaba en el aula del ático, hojeando viejas enciclopedias durante horas. Oía mi música de baile y venía, y se quedaba mirando en la sombra...

-Prosigue -dijo, al hacer yo una pausa e inclinar la cabeza, recordando, olvidándome de él. Entonces, se inclinó de pronto hacia delante, me agarró y me sentó en sus rodillas-. Dime todo lo demás.

Yo no quería decírselo; pero su mirada era dura, exigente, y hacía que pareciese un hombre distinto.

Tragué saliva y proseguí, de mala gana:

-*La* música me causó siempre un efecto especial, incluso cuando era muy pequeña. Se apodera de mí y me eleva, y me obliga a bailar. Y cuando estoy allá arriba, no puedo bajar, si no es por amor a alguien. Si uno baja y siente que toca de pies en el suelo, y no hay nadie allí a quien amar, se siente vacío y perdido. Y yo no quiero sentirme vacía y perdida.

-Así, pues, bailabas en el ático, te dejabas llevar por tu exaltada imaginación y, cuando volvías a tocar el suelo, te encontrabas con que la única persona a quien podías amar era tu hermano -dijo él, con voz helada, pero fulminándome con los ojos-. Era esto, ¿eh? Reservabas otra clase de amor para tus hermanitos gemelos, ¿verdad? Eras una madre para ellos. Lo sé. Lo veo cada vez que miras a Carrie o pronuncias el nombre de Cory. Pero, ¿qué clase de amor sientes por Christopher? ¿Es también *maternal?* ¿Fraternal? O bien... -Se interrumpió, enrojeció, y me asusté-. ¿Qué hacías con tu hermano cuando estabais solos, encerrados allí arriba?

Presa de pánico, sacudí la cabeza y aparté sus manos de mis hombros.

-¡Chris y yo éramos decentes! ¡Nos portábamos lo mejor que podíamos!

-¿Lo mejor que podíais? -saltó, mirándome dura y agresivamente, como si la gentileza y la amabilidad que siempre mostraba no hubiesen sido más que un disfraz-. ¿Qué diablos me dices con esto?

-¡Todo lo que necesita saber! -salté a mi vez, con ojos furiosos y enrojecidos como los suyos-. Usted me acusa de seducirle. Y es usted quien lo hace, sentado ahí y observando todos mis movimientos. Me desnuda con la mirada. Me lleva a la cama en su imaginación. Habla de clases de ballet y de enviar a mi hermano a la Universidad y la Facultad de Medicina, y, mientras tanto, piensa que más pronto o más tarde va a exigir el pago. ¡ Y yo sé cuál es el pago que quiere! -Abrí mi salto de cama con las manos y mostré el tenue corpiño del camisón azul-. Mire el regalo que me hizo. ¿Es éste un camisón adecuado para una niña de quince años? ¡No! ¡Es el camisón que se

pondría una novia en su noche de bodas! Y usted me lo regaló, y vio que Chris fruncía el ceño, ¡y no tuvo ni siquiera el decoro de ruborizarse!

Lanzó una carcajada burlona. Olí el fuerte vino tinto que él solía beber antes de retirarse a descansar. Su aliento llegaba cálido a mi rostro; su cara estaba muy cerca de la mía, y yo podía ver los gruesos pelos de la barba mal afeitada. «Era el vino lo que le hacía obrar así», pensé. Sólo el vino. Cualquier mujer sentada en sus rodillas le habría servido..., *¡cualquier mujer!* Rozó mis senos con los dedos y se atrevió a introducir la mano debajo del corpiño para tocarlos, contagiándoles el calor de su inesperada caricia, y acelerando también mi respiración.

-¿Querrías desnudarte para mí, Catherine? -murmuró, en tono zumbón-. ¿Te sentarías desnuda en mis rodillas, dejándome hacer lo que quisiera? ¿O cogerías aquel cenicero de cristal veneciano y lo harías añicos en mi cabeza?

Entonces me miró fijamente, súbitamente asqueado al ver su mano sobre mi seno izquierdo, y la retiró como si mi carne le quemase. Después me envolvió con el fino salto de cama, cubriendo lo que sus ojos hambrientos habían devorado momentos antes. Miró mis labios entreabiertos y pensé que pretendería besarme antes de recobrar el dominio sobre sí mismo y echarme de allí. En aquel momento, retumbó un trueno en lo alto y se oyó el chasquido de un rayo al caer sobre el cable telefónico del exterior. ¡Pegué un salto! ¡Lancé un grito!

Con la misma rapidez con que había retirado la mano, salió de su perplejidad y volvió a ser el de siempre: un hombre separado, solitario, resuelto a mantener su aislamiento. Yo era tan sabia en mi inocencia, que lo comprendí antes de que él exclamase: -¿Qué diablos estás haciendo aquí, sentada medio desnuda en mis rodillas? ¿Por qué me dejaste hacer esto?

No le respondí. Estaba avergonzado; podía verlo a la luz del fuego moribundo y de los relámpagos intermitentes. Toda clase de ideas autocondenatorias bullían en su mente, y él se reprendía, se maldecía, se azotaba... y yo sabía que la culpa era mía. Como siempre, yo había tenido la culpa.

-Lo siento, Catherine, Algo se apoderó de mí y me obligó a hacer lo que hice.

-Está perdonado.

-¿Por qué me perdonas?

-Porque le quiero.

Volvió de nuevo la cabeza y no pude leer en sus ojos lo que estaba pensando.

-Tú no me quieres -dijo, pausadamente-. Sólo sientes agradecimiento por lo que he hecho por vosotros.

-Le quiero... y, si lo desea, seré suya cuando quiera. Es inútil que diga que no me ama, porque , lo leo en sus ojos cada vez que me mira. -Me acerqué a él y le obligué a volver la cara-. Cuando mamá me encerró, juré que, si llegaba el amor cuando fuese libre, le abriría las puertas de par en par. El día que llegué aquí, vi amor en sus ojos. No hace falta que se case conmigo; ámeme solamente, cuando me necesite.

Él me rodeó con un brazo y ambos contemplamos la tormenta. El invierno había luchado contra la primavera y había ganado. Ahora sólo granizaba; el rayo y el trueno se habían alejado, y yo me sentía muy... muy en lo justo. Él y yo nos parecíamos mucho.

-¿Por qué no te doy miedo? -preguntó, dulcemente, acariciando mi espalda y mis cabellos con sus manazas-. Sabes que no deberías estar aquí, que no deberías dejar que te abrazase, que te tocase.

-Paul... -empecé a decir, tanteando el terreno-, yo no soy mala, y tampoco lo es Chris. Cuando estábamos encerrados allí, procuramos portarnos bien, ¡ palabra! Pero estábamos encerrados en la misma habitación y nos hacíamos mayores. La abuela nos había dado una larga lista de prohibiciones, incluso la de mirarnos, y ahora creo saber por qué. Nuestros ojos se encontraban tan a menudo que él podía consolarme sin decir palabra, y lo propio podía hacer yo con sólo mirarle. Esto no era malo, ¿verdad?

-Yo no os lo habría prohibido; desde luego, teníais que miraros. Para esto tenemos los ojos.

-Por haber vivido tanto tiempo de aquella manera, sé muy poco de las otras chicas de mi edad; pero, desde que alcancé a mirar por encima de una mesa, todas las cosas bellas me entusiasmaron.

Ver caer el sol sobre los Pétalos de una rosa, o brillar la luz a través de las hojas de los árboles mostrando sus nervaduras, o la manera en que la lluvia vuelve iridiscente el aceite derramado en la carretera; todo esto hace que me sienta dichosa. Y sobre todo, cuando oigo música, en particular mi música, la de ballet. Entonces no necesito el sol, ni las flores, ni el aire fresco. Se inflama mi interior y, dondequiera que esté, todo se convierte mágicamente en palacios de mármol, o bien me siento libre y salvaje en los bosques. Esto solía ocurrirme en el ático, y siempre bailaba un hombre de cabellos negros delante de mí. Nunca nos tocamos, aunque tratábamos de hacerlo. Nunca vi su cara, aunque quería verla. Una vez pronuncié su nombre, pero no pude recordarlo al despertar. Por consiguiente, creo que estoy realmente enamorada de *él*, sea quien fuere. Cada vez que veo un hombre de cabellos negros y que se mueve con gracia, me imagino que *es* él.

Él rió entre dientes e introdujo sus largos dedos entre mis sueltos cabellos.

-¡Oh! ¡Qué romántica eres!

-Se está burlando de mí. Cree que no soy más que una chiquilla. Piensa que, si me besara, no sería excitante.

Él hizo un guiño, aceptando el desafío, y bajó poco a poco la cabeza hasta que sus labios se encontraron con los míos. ¡Oh! Conque así eran los besos de un extraño... Una corriente eléctrica pasó por mis brazos, y todos los nervios que no debiera tener una «chiquilla» de mi edad parecieron arder. Me aparté vivamente, espantada. Era malvada, estaba maldita, ¡seguía siendo un engendro del diablo!

¡Y qué asco le habría causado a Chris!

-¿Qué diablos estamos haciendo? -ladró él, saliendo del hechizo provocado por mí-. ¿Qué clase de diablillo eres, que me permites estas intimidades y que te bese? Eres muy hermosa, Catherine, pero eres sólo una «niña». -Sus ojos se ensombrecieron al adivinar mis motivos-. Ahora, métete esto en tu linda cabecita: no me debes nada, ¡absolutamente nada! Lo que hago por ti, por tu hermano y por tu hermanita, lo hago de buen grado, me satisface, y no espero ninguna recompensa. De ninguna clase..., ¿lo entiendes?

-Pero..., pero... -balbuceé-. Siempre tenía miedo cuando la lluvia caía con fuerza y soplaba el viento durante la noche. Ésta es la primera vez que me he sentido tranquila y segura, aquí, con usted, delante del fuego.

-¿Segura? -inquirió, con ligera ironía-. ¿Crees que estás segura conmigo, sentándote en mis rodillas y besándome así? ¿De qué piensas que estoy hecho?

-De lo mismo que los demás hombres, pero mejor.

-Catherine -dijo Paul, ahora con voz más suave y amable-, he cometido muchos errores en mi vida, y vosotros tres me dais la oportunidad de redimirme. Si vuelvo a tocarte, quiero que grites pidiendo socorro. Y si no hay nadie aquí, corre a encerrarte en tu habitación o coge algo duro y ábreme la cabeza.

-¡Oh! -murmuré-. ¡Yo creía que me amaba!

Resbalaron lágrimas por mis mejillas. Me sentí de nuevo como una niña, castigada por ser demasiado presuntuosa. ¡Qué estúpida había sido al pensar que el amor llamaba ya a mi puerta! Él me apartó y fruncí el ceño. Después, me puso delicadamente en pie, sin apartar las manos de mi cintura, y me miró a la cara.

-Sí; eres hermosa y deseable -admitió, suspirando-. No me tientes demasiado, Catherine... Lo digo por tu propio bien.

-No hace falta que me ame. -Incliné la cabeza para ocultar la cara al caer los cabellos sobre ella, y dije, desvergonzadamente-: Sírvase de mí cuando me necesite; eso bastará.

Él se retrepó en su sillón y apartó las manos de mi cintura.

-Catherine, no quiero oír de tus labios esta clase de ofrecimientos. Vives en un país encantado, no en el mundo real. Las niñas salen malparadas cuando quieren jugar a personas mayores. Resérvate para el hombre que se case contigo, pero, por el amor de Dios, espera a crecer primero. No te eches en brazos del primer hombre que te desee.

Retrocedí, asustada, ahora, al levantarse él y acercarse a mí.

-Hermosa niña -dijo-, los ojos de Clairmont están fijos en ti y en mí, curiosos, inquisidores. Yo no tengo fama acrisolada. Por consiguiente, en bien de mi trabajo médico, y para tranquilidad de mi alma y de mi conciencia, mantente apartada de mí. Soy sólo un hombre, no un santo.

Retrocedí de nuevo, espantada, y eché a correr escaleras arriba, como si me persiguiesen. Pero, a fin de cuentas, él no era la clase de hombre que yo quería. Era médico, quizá mujeriego..., no un hombre capaz de satisfacer mis sueños de fiel, abnegado, eterno y romántico amor.

El colegio al que me envió Paul era grande y moderno, con piscina cubierta. Mis condiscípulas pensaban que tenía buen aspecto y una curiosa manera de hablar, como una yanqui. Se reían al oírme pronunciar ciertas palabras. Y no me gustaba que se burlasen de mí. Quería ser igual que las demás, pero, al intentarlo, descubrí que *era* diferente. ¿Cómo podía ser de otra manera? *Ella* me había hecho diferente. Yo sabía que Chris se sentía solo en su escuela, porque también él era un extraño en un mundo que hasta ahora había rodado sin nosotros. Temía por Carrie, sola en su colegio, porque también era diferente. Y maldecía a mamá por su empeño en mantenernos apartados, de modo que no podíamos confundirnos con los demás y hablar como ellos y creer lo que ellos creían. Yo era una extraña, y mis condiscípulos hacían todo lo posible para que me sintiese como tal.

Sólo en un sitio me sentía a gusto. Al salir de las clases del instituto, tomaba el autobús y me dirigía a la clase de ballet, cargando con la bolsa donde llevaba los leotardos, las *pointes y* un pequeño monedero. En el vestuario, las chicas compartían todos sus secretos. Contaban historias ridículas y chistes verdes, algunos muy obscenos. La sexualidad estaba en el aire, nos envolvía, cálida y exigente. Tontamente, infantilmente, discutían ellas si debían guardar sus cuerpos para sus maridos. ¿Se limitarían a unas carantoñas o irían «hasta el fin»? ¿Y cómo detener a un hombre, después de incitarle «inocentemente»?

Precisamente porque me sentía más conocedora que ellas, no les decía nada. Me imaginaba los ojos que habrían puesto, si me hubiese atrevido a hablar de mi pasado, de los años en que viví «en ninguna parte» y del amor que habría brotado de un erial. Ellas no tenían la culpa. No; nadie tenía la culpa, ¡salvo aquella que lo había originado todo! ¡Mamá!

Un día corrí a casa desde la parada del autobús y escribí una carta larga y venenosa a mi madre... y no supe adonde enviarla. La guardé, hasta que averiguase su dirección en Greenglenna. De una cosa estaba segura: no quería que ella supiese dónde vivíamos. Aunque habría recibido la citación, no figuraba en ella el nombre de Paul ni nuestra dirección, sino tan sólo la dirección del juez. Sin embargo, más pronto o más tarde tendría noticias mías, y lamentaría recibirlas.

Siempre empezábamos abrigándonos las piernas con gruesas medias de lana, y hacíamos ejercicios en la barra hasta que la sangre fluía cálida y veloz en nuestras venas y sudábamos y tirábamos aquellas prendas de abrigo. Nuestros cabellos, recogidos sobre la cabeza, a la manera de las viejas que fregaban los suelos, pronto quedaban también empapados, y los domingos, en que trabajábamos ocho o diez horas, teníamos que ducharnos dos o tres veces. La barra no estaba allí para que nos agarrásemos fuertemente a ella, sino sólo para ayudarnos a conservar el equilibrio, a dominar nuestros movimientos y hacerlos más graciosos. Hacíamos *pliés, tendus, glissés, fondus, roñas de jambe á terre...,* y nada de esto era sencillo. A veces, el dolor de la rotación de las caderas en un giro me hacía chillar. Después venían las *frappes* en tres cuartos de *pointe,* los *roñas de jambe en l'air,* las *petite* y *grande battlemenís,* las *developpes* y todos los ejercicios de calentamiento para hacer que nuestros músculos fuesen largos, vigorosos y ágiles. Y después, soltábamos la barra y repetíamos todos los movimientos en el centro de la pista.

Ésta fue la parte fácil. Después, el trabajo se hizo cada vez más difícil, pues exigía una habilidad técnica que sólo podía lograrse a costa de horribles dolores.

Pero cuando me decía que mi trabajo era bueno, incluso excelente, mi entusiasmo no tenía límites... Por lo visto, algo había ganado bailando en el ático, aunque entonces me hubiese sentido morir, pensaba mientras *plied un, deux,* etc., y Georges seguía aporreando el viejo piano vertical. Además, estaba Julián.

Algo le hacía volver una y otra vez a Clairmont. Yo creía que sus visitas eran sólo egoístas,

para vernos sentadas en círculo en el suelo, observando su actuación en el centro, su exhibición de excelso virtuoso, sus rápidos giros que confundían la mirada. Sus saltos increíbles desafiaban la fuerza de la gravedad y, después de estos *grand jetes,* caía al suelo con la suavidad de un cisne. Una vez me llevó aparte para decirme que «su» estilo de baile era lo que daba tanta emoción a sus representaciones.

-Realmente, Cathy, no habrás visto ballet hasta que lo veas en Nueva York.

Bostezó, con aire aburrido, y volvió la mirada a Norma Belle, con sus breves y transparentes leotardos blancos. Rápidamente le pregunté por qué, si tan bien se estaba en Nueva York, volvía tan a menudo a Clairmont.

-Vengo a visitar a mis padres -dijo, con cierta indiferencia-. Madame es mi madre, ¿sabes?

-¡Oh! No lo sabía.

-Claro que no. No me gusta alardear de esto. -Después sonrió, con malignidad devastadora-. ¿Eres todavía virgen?

Le respondí que eso no era de su incumbencia, y él se echó a reír de nuevo.

-Eres demasiado buena para este lugar provinciano, Cathy. Eres diferente. No sé por qué, pero haces que todas las otras chicas parezcan torpes, desmañadas. ¿Cuál es tu secreto?

-¿Cuál es el tuyo?

Sonrió y apoyó una mano en mi pecho.

-Soy grande; eso es todo. El mejor. Pronto lo sabrá todo el mundo.

Irritada, aparté con brusquedad su mano. Le pisé y me eché atrás.

-¡ No vuelvas a hacerlo!

Súbitamente, con la misma rapidez con que me había acorralado, perdió todo interés por mí y me dejó plantada.

La mayor parte de los días iba directamente a casa al salir de la clase y pasaba la velada con Paul. Era muy divertido estar con él, cuando no estaba cansado. Me hablaba de sus pacientes, sin nombrarlos, y me contaba cosas de su infancia y decía que siempre había querido ser médico, como Chris. Poco después de comer, salía para hacer la visita en tres hospitales locales, incluido uno de Greenglenna. Yo procuraba ayudar a Henny, mientras esperaba el regreso de Paul. A veces, veíamos la televisión. Otras, me llevaba al cine.

-Antes de que llegaseis vosotros, nunca iba al cine.

-¿Nunca? -le pregunté.

-Bueno, casi nunca -rectificó-. Tuve algunos pasatiempos antes de que vinieseis, pero, desde que estáis aquí, parece que no tenga tiempo para nada. No sé cómo lo empleo.

-Hablando conmigo -le dije, pasando un dedo por su mejilla bien afeitada-. Creo que le conozco mejor que a nadie en el mundo, salvo a Chris y a Carrie.

-No -dijo él, con voz tensa-. No te lo he contado todo.

-¿Por qué?

-No necesitas saber todos mis negros secretos.

-Yo le conté todos mis negros secretos, ¡y no se ha apartado de mí!

-¡ Vete a la cama, Catherine!

Me levanté de un salto, corrí hacia él y le besé en la mejilla, que estaba muy roja. Después, corrí escaleras arriba. Al llegar a lo alto, me volví y le vi de pie junto al poste de la baranda, mirando hacia arriba, como si la vista de mis piernas bajo el corto camisón de color de rosa, propio de una muñeca, le fascinase.

-¡Y no andes por la casa de esa manera! -me gritó--. Debes ponerte una bata.

-Usted me compró esta prenda, doctor. Pensaba que quería verme con ella.

-Piensas demasiado.

Todas las mañanas me levantaba temprano, antes de las seis, para poder desayunar con él. A él le gustaba que estuviese allí, aunque no lo decía. Sin embargo, yo lo sabía. Le tenía encantado, hechizado, cada día aprendía más a ser como mamá.

Él trataba de evitarme, pero yo no le dejaba. Era el único que podía enseñarme lo que

necesitaba saber.

Su habitación estaba al final del pasillo donde se hallaba la mía, pero nunca me atreví a entrar en ella de noche, como había hecho en la de Chris. Añoraba a Chris y a Carrie. Cuando me despertaba, me dolía no verles en la habitación, a mi lado. Aún me dolía más no verles en la mesa del desayuno, y, si Paul no hubiese estado allí, creo que habría empezado todos los días llorando, en vez de sonreír forzadamente.

-Sonríe, mi Catherine -dijo una mañana Paul, mientras yo contemplaba mi plato de sémola, huevos revueltos y tocino.

Levanté la cabeza, sorprendida por algo que percibí en su voz; algo anhelante, como si me necesitase.

-No vuelvas a llamarme así -repliqué ásperamente-. Chris solía llamarme su Lady Cath-er-ine, y no quiero que nadie más me llame *su* Catherine.

Él no replicó; dejó el periódico a un lado, se levantó y se dirigió al garaje. Desde allí iría a los hospitales, volvería a su consultorio, y yo no le vería hasta la hora de comer. No le veía lo bastante; nunca veía lo bastante a aquellos a quienes apreciaba.

Sólo en los fines de semana, cuando Chris y Carrie estaban en casa, parecía estar Paul a sus anchas conmigo. Y, sin embargo, cuando Chris y Carrie volvían a sus lugares de estudio, algo parecía surgir entre nosotros dos, una chispa sutil que revelaba que él sentía por mí la misma atracción que yo por él. Yo me preguntaba si la verdadera causa era también la misma para los dos. ¿Trataba él de escapar al recuerdo de su Julia, dándome entrada en su corazón, de la misma manera que yo trataba de escapar de Chris?

Pero mi vergüenza era peor que la suya, o, al menos, así lo pensaba yo entonces. Creía que yo era la única con un pasado negro y feo. Nunca soñé que un hombre tan bueno y noble como Paul pudiese tener también algo feo en su vida.

Transcurrieron dos semanas y Julián volvió de Nueva York. Esta vez dejó bien claro que sólo había venido para verme. Me sentí halagada y un poco confusa, pues él había triunfado ya, mientras que yo sólo tenía esperanzas de hacerlo. Tenía un viejo automóvil destartalado, el cual decía que no le había costado nada, salvo tiempo, pues todas sus piezas eran de desecho.

-Después de la danza, lo que más me gusta es chapucear con coches -me explicó, llevándome a casa después de la clase de baile-. Cuando sea rico, voy a tener automóviles de lujo; tres o cuatro, o quizá siete, uno para cada día de la semana.

Me eché a reír; aquello me parecía descabellado y jactancioso.

-¿Crees que el baile da para tanto?

-Lo dará, cuando lleguen para mí las vacas gordas -respondió confiadamente.

Volví la cabeza y miré fijamente su bello perfil. Si se observaba por separado sus facciones, había defectos en ellas, pues la nariz no era perfecta y faltaba color en la piel, y quizá los labios eran demasiado llenos y rojos, demasiado sensuales. Pero el conjunto era sensacional.

-Cathy -dijo, mirándome largamente, mientras el cochecito saltaba y resoplaba-, te encantaría Nueva York. Allí hay mucho que hacer, que ver y que aprender. Ese médico en cuya casa vives no es tu padre; no debes seguir pegada a él, sólo por complacerle. Deberías pensar en trasladarte a Nueva York lo antes posible. -Pasó un brazo sobre mis hombros, para acercarme más a él-. ¡Menuda pareja haríamos tú y yo! -exclamó suavemente, con zalamería.

; Después describió con vivos colores lo que sería nuestra vida en Nueva York. Claramente me dio a entender que yo estaría bajo su protección y compartiría su lecho.

-Yo no te conozco -le respondí, alejándome de él lo más posible-. No conozco tu pasado, y tú no conoces el mío. No nos parecemos en nada, y, aunque me halagas con tus atenciones, también me asustas un poco.

-¿Por qué? No voy a violarte.

Le odié por decir esto. No me espantaba la violación. En realidad, no sabía por qué le tenía miedo; a no ser que tuviese más miedo de mí misma cuando estaba con él.

-Dime quién eres, Julián Marquet. Háblame de tu infancia, de tus padres. Dime por qué te

imaginas que eres un don divino para el mundo de la danza y para todas las mujeres que conoces.

Encendió distraídamente un cigarrillo, cosa desacostumbrada en él.

-Sal conmigo esta noche y te contaré lo que quieras. Llegamos a la gran mansión de Bellefair Drive. Él detuvo el coche delante de la casa, mientras yo contemplaba las ventanas débilmente iluminadas al rosado resplandor del crepúsculo. Distinguí a duras penas la negra sombra de Henny, que se asomaba a ver quién aparcaba delante de su casa. Pensé en Paul, pero sobre todo en Chris, que era mi mejor mitad. ¿Aprobaría Chris a Julián? Me parecía que no; y sin embargo, le dije que sí, que saldría con él aquella noche. Una noche que había de ser soñada.

MI PRIMERA CITA

Vacilaba en plantearle a Paul el tema de Julián. Era una noche de sábado; Chris y Carrie estaban en casa, y, en realidad, habría preferido ir al cine con ellos y Paul. Sin embargo, y con mucha renuencia, acabé por decirle que me había citado con Julián Marquet aquella noche.

-No le importa, ¿verdad, Paul?

Él me dirigió una mirada cansada y una débil sonrisa.

-Creo que ya estás en edad de empezar a salir con chicos -dijo-. No es mucho mayor que tú, ¿verdad?

-No -murmuré, sintiéndome un poco contrariada al no poner él ninguna objeción.

Julián se presentó a las ocho en punto. Llevaba traje nuevo y zapatos relucientes, había alisado sus revueltos cabellos y mostraba unos modales tan perfectos que no parecía él. Estrechó la mano de Paul y se inclinó para besar a Carrie en la mejilla. Chris pareció fulminarle con la mirada. Mis hermanos habían salido a pasear en bicicleta cuando le hablé a Paul de mi primera cita, y ahora, cuando Julián me ayudó a ponerme mi abrigo nuevo de entretiempo, percibí claramente la desaprobación de Chris.

Julián me llevó a un restaurante muy elegante, donde tocaban música rock a la luz de focos giratorios de colores. Con sorprendente aplomo, Julián leyó la lista de vinos, pidió una botella, probó el vino que le sirvió el camarero, asintió con la cabeza y dijo que estaba bien. Todo esto era tan nuevo para mí, que me sentí inquieta, temerosa de cometer algún error. Julián me tendió un menú, pero me temblaban tanto las manos que se lo devolví y le pedí que eligiese él. Yo no sabía francés; él sí debía de saber, a juzgar por la rapidez con que escogió los platos. Cuando nos sirvieron la ensalada y el plato fuerte, vi que todo era tan sabroso como él había dicho.

Yo llevaba vestido nuevo, escotado y demasiado clásico para una chica de mi edad. Quería aparecer refinada, aunque sabía que no lo era.

-Eres hermosa -dijo Julián, mientras yo pensaba lo mismo de él. Sentía una cosa rara en el corazón, como si estuviese traicionando a alguien-. Demasiado hermosa para pasarte la vida por estos andurriales, dejando que mi madre explote tu talento. .,. Yo no soy primer bailarín como te había dicho, Cathy; estoy en segunda línea del *corps.* Quería impresionarte; pero sé que, si tú bailases conmigo, haríamos una pareja formidable. Percibo cierta magia entre nosotros que nunca había sentido con otras bailarinas. Desde luego, tendrías que empezar en el *corps.* Pero pronto vería Madame Zolta que tu talento es muy superior al de tu edad y tu experiencia. Es una vieja urraca, pero no es tonta. Yo he tenido que esforzarme mucho para llegar a lo que soy, pero a ti te sería mucho más fácil. Con mi ayuda, avanzarías más de prisa que yo. Juntos, haríamos una pareja sensacional. Tú eres rubia, y yo, moreno; nos complementamos perfectamente.

Y siguió hablando sin parar, convenciéndome a medias de que yo era ya mayor, aunque sabía en lo más profundo de mi mente que no era tan sensacional y que no estaba ni remotamente en condiciones de actuar en Nueva York. Además, estaban Chris, al que no podría ver si me marchaba a Nueva York, y Carrie, que me necesitaba los fines de semana. Y Paul, que de algún modo ocupaba un puesto en mi vida. El problema era..., ¿cuál?

Julián me dio de comer y de beber y, después, me sacó a bailar en la pista. Pronto estuvimos bailando el rock, mejor que cualquier otra pareja del lugar.

Todos se echaron atrás, para mirarnos, y aplaudieron. Yo estaba un poco mareada por la

proximidad de Julián y por la cantidad de vino trasegado. Al volver a casa, Julián se metió en un callejón apartado, donde los amantes aparcaban sus coches para hacerse el amor. Esto era nuevo para mí, y no estaba dispuesta a ceder ante un hombre tan dominante como Julián.

-Cathy, Cathy, Cathy -murmuró, besándome en el cuello y detrás de las orejas, mientras me daba palmadas en el muslo.

-¡Basta! -le grité-. ¡No sigas! ¡Apenas te conozco! ¡Vas demasiado aprisa!

-Te portas como una niña -repuso él, contrariado-. He venido en avión de Nueva York, sólo para estar contigo, y ni siquiera dejas que te bese.

-¡Julián! -exclamé, con enojo-. ¡Llévame a casa!

-Una chiquilla -murmuró, irritado, poniendo el motor en marcha-. Una chiquilla endiabladamente bella, que incita pero no se entrega. Piénsalo bien, Cathy. No voy a estar siempre zangoloteando por aquí.

Él estaba en mi mundo, en mi baile, en mi deslumbrante universo, y, de pronto, tuve miedo de perderle.

-¿Por qué te haces llamar Marquet, si el apellido de tu padre es Rosencoff? -le pregunté, alargando una mano para hacer girar la llave y parar el motor.

Él sonrió se echó atrás y se volvió hacia mí.

-Está bien. Si tienes ganas de hablar, hablaremos. Creo que tú y yo nos parecemos mucho, aunque no quieras reconocerlo. Madame y Georges son mis padres, pero nunca me han considerado como un hijo; en particular, mi padre. Éste me ve como una prolongación de él mismo. Si llegase a ser un gran bailarín, no lo sería por méritos propios, sino porque soy *su* hijo y llevo *su* nombre. Por eso, para destruir esta idea cambié de apellido. Inventé uno, como hacen muchísimos artistas.

»¿ Sabes cuántos partidos de béisbol he jugado? ¡Ninguno! No me dejaban. En cuanto al rugby, ¡ni hablar de ello! Además, me tenían tan ocupado practicando posiciones de ballet, que quedaba demasiado cansado para hacer otras cosas. Georges no me dejó que le llamase padre cuando era pequeño. Al cabo de un tiempo no lo habría hecho aunque me lo hubiese pedido de rodillas. Hice todo lo posible por complacerle, y nunca lo conseguí. Él encontraba siempre algún defecto, alguna pequeña falta que hacía que ninguna de mis actuaciones fuese perfecta. Así, cuando triunfe, me llevaré la gloria, ¡y nadie sabrá que él es mi padre! Ni que Madame es mi madre. Por consiguiente, no les vayas con la historia a los demás de la clase. Ellos no lo saben. ¿No es gracioso? Si él se atreve a mencionar alguna vez que tiene un hijo, me da un berrinche y me niego a bailar. Esto le saca de quicio. Por eso me dejó marchar a Nueva York, pensando que no haría nada sin su nombre. Pero lo he hecho, y sin su ayuda. Creo que esto le vuelve loco. Ahora háblame de ti. ¿Por qué vives con ese médico y no con tus padres?

-Mis padres murieron -le dije, molesta, por la pregunta-. El doctor Paul era amigo de mi padre y nos tomó bajo su tutela. Se compadeció de nosotros; no quiso que fuésemos a parar a un orfelinato.

-Dichosa tú -dijo, con cierta acritud-. Yo *no* tuve tanta suerte. -Después, se inclinó hasta que su frente tocó la mía y pude sentir su cálido aliento en mi cara-. No quiero decir ni hacer nada malo contigo, Cathy. Quiero que seas lo mejor que pase por mi vida. Soy el decimotercero en una larga línea de bailarines, la mayoría de los cuales se casaron con bailarinas. ¿Qué crees que me hace sentir esto? No satisfacción, puedes creerlo. Estoy en Nueva York desde los dieciocho años, y en febrero pasado cumplí veinte. Han pasado dos años, y todavía no soy un astro. Contigo podría serlo. Tengo que demostrar a Georges que soy el mejor, y mejor de lo que él fue en toda su vida. Hay una cosa que nunca dije a nadie: cuando era un chiquillo, me lesioné la espalda tratando de levantar un motor demasiado pesado para mí. Esto me produce continuas molestias, pero sigo bailando. Y no se trata solamente de que eres bajita y pesas poco, sino de que hay algo en tus proporciones que parece dar el equilibrio exacto cuando te levanto. O quizás es que tú adaptas a mis manos el movimiento de tu cuerpo... Sea lo que fuere, lo cierto es que nos complementamos perfectamente. Ven conmigo a Nueva York, Cathy... Por favor.

-¿No te aprovecharías de mí si lo hiciese?

-Sería tu ángel guardián.

-Nueva York es tan grande...

-La conozco como la palma de mi mano. Tú la conocerías pronto igual que yo.

-Además, están mi hermano y mi hermana. No quiero separarme de ellos todavía.

-Pero tendrás que hacerlo. Cuanto más tiempo tardes, más duro será romper el lazo. Tienes que crecer, y ser tú misma, Cathy. Y no lo serás mientras estés en casa y dejes que otros te dominen.

Desvió la mirada, sonriendo amargamente. Sentí pena por él, y también me sentí conmovida.

-Quizá. Deja que lo piense un poco más.

Cuando entré en mi habitación, Chris estaba en la galería. Al verle allí en pijama, con los hombros encorvados, me acerqué a él.

-¿Cómo te ha ido? -me preguntó, sin mirarme.

Agité nerviosamente las manos.

-Muy bien, creo yo. Bebimos vino con la cena. Me parece que Julián se excitó un poco. Y quizá yo también.

Él se volvió y me miró a los ojos.

-¡No me gusta ese tipo, Cathy! ¡Ojalá se quedase en Nueva York y te dejase en paz! Por lo que oigo decir a los chicos y chicas de tu compañía de baile, Julián te acapara de tal modo que ningún otro bailarín te invitará a salir. Él vive en Nueva York, Cathy. Allí, los hombres van directamente al bulto. ¡ y tú sólo tienes quince años! -exclamó acercándose para acunarme en sus brazos.

-Y tú, ¿con quién sales? -le pregunté, con un nudo en la garganta-. No me digas que no vas con alguna chica.

Tenía su mejilla apoyada en la mía, cuando respondió despacio:

-No he conocido a ninguna chica que pueda compararse contigo.

-¿Cómo van tus estudios? -le pregunté, con la esperanza de que dejase de pensar en mí.

-Muy bien. Cuando no pienso en todo lo que tengo que hacer en el primer año de Medicina; anatomía general, microanatomía y neuroanatomía, me preparo para el *college.*

-¿Qué haces en tus ratos libres?

-¿Qué ratos libres? No me queda ninguno, pues no dejo de preocuparme por lo que será de ti. Me gusta el estudio, Cathy. Disfrutaría con él, si no te tuviese constantemente en mi pensamiento. Espero los fines de semana, para veros de nuevo a ti y a Carrie.

-¡Oh, Chris! Tienes que tratar de olvidarme y de encontrar a alguien más.

Pero una simple mirada a sus torturados ojos me reveló que lo que había empezado tanto tiempo atrás no se detendría fácilmente.

Era yo quien tenía que encontrar a alguien. Entonces, él sabría que todo había terminado, para siempre jamás. De pronto pensé en Julián, que se afanaba por demostrar que era mejor bailarín que su padre. En esto se parecía a mí, que tenía que ser mejor que mi madre en todos los aspectos.

La próxima vez que vino Julián de Nueva York, yo estaba resuelta. Esta vez, cuando me invitó a salir, no vacilé. ¿Por qué no podía ser él? Ambos perseguíamos los mismos fines. Después del cine y de tomar yo un refresco y él una cerveza en un club, me llevó de nuevo a ese callejón de los enamorados que no parece faltar en ninguna población. Esta vez me mostré menos renuente que la primera, con el resultado de que él empezó a respirar fuerte y a tocarme con tal experiencia, que reaccioné más de lo que hubiese querido. De pronto, me di cuenta de lo que él pretendía y, agarrando mi bolso, empecé a golpearle con él en la cara.

-¡Basta! ¡Ya te dije la otra vez que ibas demasiado de prisa!

-¡Tú te lo has buscado! -gritó, furioso-. Me incitas, y después me rechazas. Me repugna este juego.

Pensé en Chris y me eché a llorar.

-Por favor, Julián. Me gustas, te lo digo sinceramente. Pero no me das ocasión de enamorarme de ti. No vayas tan de prisa, te lo ruego.

Él me agarró un brazo y lo retorció detrás de mi espalda, hasta que lancé un gemido de dolor.

Pensé que iba a rompérmelo. Pero lo soltó cuando yo estaba a punto de chillar.

-Escucha, Cathy. Me estoy enamorando de ti. Pero ninguna chica me ha hecho bailar aún como una marioneta. Hay muchas que se me entregarían de buen grado. No te necesito tanto como pensaba... ¡Ni para esto, ni para nada!

Claro que no me necesitaba. En realidad, nadie me necesitaba, salvo Chris y Carrie, e incluso para mal, en lo tocante a Chris. Mamá le había torcido, desviado y empujado hacia mí, y ahora, él no podía volver atrás. No podía perdonarla. Tenía que pagar todo el mal que nos había causado. Si él y yo habíamos pecado, *la culpa había sido de ella.*

Aquella noche, pensé y pensé en la manera de hacer pagar su culpa a mamá, y descubrí exactamente el precio que más le pesaría. No un precio en dinero, pues éste le sobraba. Tenía que ser algo que apreciase más que el dinero. Había dos cosas: su buena reputación, un poco empañada por haberse casado con un medio hermano de su padre, y su joven marido. Nada de esto existiría cuando yo hubiese acabado con ella.

Después empecé a llorar. Por Chris; por Carrie, que no crecía, y por Cory, que ahora sólo debía ser un puñado de huesos en su tumba.

Me volví para agarrar a Carrie y estrecharla entre mis brazos. Pero Carrie estaba en un colegio particular de niñas, a diez millas del límite de la ciudad. Y Chris estaba a treinta millas.

Empezó a llover con fuerza. El repiqueteo de la lluvia en el tejado era como un redoble de tambores militares que me llevaba, en sueños, precisamente adonde no quería ir. Una habitación cerrada, llena de juegos, juguetes, pesados muebles oscuros y cuadros del infierno en las paredes. Yo estaba sentada en una vieja y desvencijada mecedora, y tenía sobre el regazo un hermanito que parecía de otro mundo y me llamaba mamá, y le mecía sin parar, mientras crujía el suelo, zumbaba el viento, caía la lluvia y, debajo de nosotros, alrededor de nosotros, encima de nosotros, el enorme caserón de innumerables habitaciones esperaba, presto a devorarnos.

Odiaba la lluvia cayendo tan cerca de mi cabeza, como la había odiado en el ático. Nuestra vida era mucho peor cuando llovía, pues la habitación estaba húmeda y helada, y sólo había en el ático una triste penumbra y las caras muertas que cubrían las paredes. Una cinta de hierro, dura como la plancha de la abuela, parecía ceñirme la cabeza, estrujando mis ideas, confundiéndome y llenándome de terror.

Incapaz de dormir, salté de la cama y salí de mi habitación, envuelta en una bata fina. Por alguna misteriosa razón, me dirigí de puntillas al dormitorio de Paul y abrí cuidadosamente la puerta cerrada. El despertador de su mesita de noche marcaba las dos... ¡ y él no había vuelto aún a casa! No había nadie más en ella, salvo Henny, que estaba lejos, muy lejos, en el otro extremo de la casa, en su cuarto contiguo a la cocina.

Meneé la cabeza, mirando de nuevo la pulida cama de Paul. ¡Oh! ¡Chris estaba loco, si quería ser médico! Nunca tendría toda una noche de descanso. En las noches de lluvia, ocurrían muchos accidentes. ¿Qué pasaría si Paul se matase? ¿Qué sería de nosotros? *¡Paul, Paul!,* grité para mí, mientras bajaba corriendo la escalera para ir a mirar al exterior desde los balcones del cuarto de estar.

«Dios mío -pensé-, ¡no permitas que sufra un accidente! Por favor, por favor, ¡no te lo lleves como te llevaste a papá!»

-Cathy, ¿por qué no estás en la cama?

Giré en redondo sobre mis pies. Allí estaba Paul, sentado cómodamente en su sillón predilecto, fumando un cigarrillo en la oscuridad. Pero había luz suficiente para que pudiese ver que llevaba la bata roja que yo le había regalado por Navidad. Sentí un alivio enorme al verle sano y salvo, y no tendido en una mesa del depósito de cadáveres. Morbosas ideas. *Papá, apenas sí puedo recordar tu aspecto o el sonido de tu voz, o aquel olor tuyo especial que se desvaneció para siempre.*

-¿Algo malo, Catherine?

¿Malo? ¿Y por qué me llamaba Catherine por la noche, cuando estábamos solos, y Cathy durante el día? ¡*Todo* andaba mal! Los periódicos de Greenglenna y uno de Virginia al que estaba

yo suscrita, y que me enviaban a la escuela de ballet, decían que la señora de Bartholomew Winslow iba a instalar su segunda casa «de invierno» en Greenglenna. Se estaban haciendo grandes reparaciones, a fin de que la casa de su marido volviese a quedar como nueva. ¡Mi madre sólo quería lo mejor! Por alguna razón que no acerté a descubrir, la emprendí con Paul como una arpía.

-¿Cuánto tiempo hace que está en casa? -le pregunté, secamente-. Estaba tan preocupada por usted que no podía dormir. Y mientras tanto, ¡usted estaba aquí, tranquilamente! Hoy no ha venido a cenar; tampoco ayer, y la noche pasada, tenía que llevarme al cine y se olvidó. Terminé temprano el trabajo de la casa, me puse mi mejor vestido y me senté a esperar que viniese a buscarme, ¡pero se olvidó! ¿Por qué deja que sus pacientes acaparen todo su tiempo, sin dejarle un momento para usted?

Guardó silencio durante largo rato. Después, cuando me disponía a hablar de nuevo, dijo, suavemente:

-Pareces realmente disgustada. Creo que la única excusa que puedo darte es que soy médico, y el médico nunca es dueño de su tiempo. Siento haberme olvidado del cine. Te pido perdón por no haberte telefoneado, para decirte que tenía una urgencia y no podía dejarlo.

-*¡Olvidarlo! ¿Cómo pudo olvidarse?* Ayer se olvidó de traer las cosas que puse en mi lista, y estuve esperando horas y más horas a que volviese a casa. Estuve sentada, pensando en que *podía* venir y traerme el champú que necesitaba, *¡pero fue en vano!*

-De nuevo te pido perdón. A veces tengo tantas cosas en la cabeza, que no puedo pensar en el cine y en los artículos de tocador que te hacen falta.

-¿Lo dice con ironía?

-Estoy tratando de dominar mi genio. Te agradecería que hicieses tú lo mismo con el tuyo.

-¡No estoy loca! -grité.

¡Cuánto se parecía a mamá! Siempre dueño de sí, equilibrado, ¡como yo nunca podría ser! Nada le importaba. Por eso podía estarse sentado ahí, ¡mirándome de esta manera! En realidad, le tenía sin cuidado hacer promesas y dejarlas incumplidas..., ¡como ella! Corrí hacia él, como para agredirle, pero me asió los puños y me miró con verdadero asombro.

-¿Serías capaz de pegarme, Catherine? ¿Tanto significa el cine para ti, que no puedes comprender que lo olvidase? Bueno, di ahora que sientes haberme gritado, como yo digo que siento haberte dado este disgusto.

¡ No era sólo un disgusto lo que me torturaba! Era más bien el hecho de que no tenía a nadie en quien confiar..., a excepción de Chris, que me estaba prohibido. Sólo Chris, que nunca olvidaba nada que yo necesitase o desease.

Me estremecí. ¿Qué clase de persona era yo? ¿Tanto me parecía a mamá, que tenía que conseguir todo lo que quería, cuando quería, y por mucho que costase a los demás? ¿Iba a hacer pagar a Paul lo que había hecho ella? Él no tenía la culpa.

-Siento haberle gritado, Paul. Comprendo que hice mal.

-Debes de estar muy cansada. Quizá te tomas demasiado en serio tus clases de ballet. Tal vez deberías aflojar un poco.

¿Cómo decirle que no podía hacerlo? Tenía que ser la mejor, y para ser la mejor, en cualquier cosa, se necesitaban horas y horas de trabajo. Estaba resuelta a renunciar a todos los pasatiempos de los que disfrutaban las chicas de mi edad. No quería tener un amigo que no fuese bailarín. No quería tener amigas que no bailasen. No quería que nada se interpusiese entre mi objetivo y yo..., y, sin embargo, allí sentado, mirándome, estaba un hombre que decía que me necesitaba, y que se sentía dolido por mi odioso comportamiento.

-Hoy he leído algo acerca de mi madre -dije, débilmente- y de una casa que pretende restaurar y decorar. Ella consigue siempre lo que quiere. Yo me quedo con las ganas. Por eso me porto mal y olvido todo lo que ha hecho usted por nosotros. -Retrocedí unos pasos, avergonzada y dolorida-. ¿Cuánto tiempo hace que está en casa?

-Desde las once y media -respondió-. Comí la ensalada y el bisté que me dejó Henny en el calentador. Pero, cuando estoy muy cansado, duermo mal. Y no me gusta el ruido de la lluvia en el

tejado.

-¿Porque la lluvia le aísla y le hace sentirse solo?

Sonrió a medias.

-Sí, algo así. ¿Cómo lo has adivinado?

Lo que sentía se pintaba en su semblante, tan oscuro como la oscura estancia. Estaba pensando en ella, en su Julia, en su esposa muerta. Siempre aparecía triste cuando Julia estaba en su pensamiento. Me acerqué a su sillón y toqué impulsivamente su mejilla.

-¿Por qué tiene que fumar? ¿Cómo puede decirles a los pacientes que dejen de hacerlo, si usted sigue fumando?

-¿Cómo sabes lo que les digo a mis pacientes? -preguntó, con su voz suave, que me hizo dar un respingo.

Reí nerviosamente y le dije que él no cerraba siempre del todo la puerta de su consultorio, y que, si yo pasaba casualmente por el corredor de atrás, no podía dejar de oír algunas cosas, aun contra mi voluntad. Él me dijo que me fuese a la cama y que dejase de rondar por el pasillo de atrás, donde nada tenía que hacer, y que fumaría cuando le diese la gana.

-A veces te comportas como una esposa, haciéndome estas preguntas, enfadándote conmigo porque me he olvidado de pasar por la tienda a comprarte algo. ¿Estás segura de que necesitas tanto ese champú?

Como ahora hacía que me sintiese como una tonta, me enfadé de nuevo.

-Si le pedí que me comprase estas cosas, fue porque pasa por delante de una tienda en que hacen rebajas y donde todo resulta más barato. ¡Sólo traté de ahorrarle dinero! Pero, de ahora en adelante, ¡no volveré a pedirle nada que me haga falta! Y, cuando me invite a cenar en un restaurante o a ir al cine, pensaré que no va a hacerlo, y así *no* me sentiré contrariada. Tengo que acostumbrarme a esperar lo peor de todo el mundo.

-¡Catherine! Puedes odiarme si quieres, hacerme pagar por todo lo que has sufrido, y quizás entonces podrás dormir por la noche y dejar de dar vueltas en la cama y de llorar cuando duermas, llamando a tu madre como una niña de tres años.

Me quedé pasmada y le miré fijamente.

-¿Que la llamo?

-Sí -dijo él-. Muchas, muchas veces te he oído llamar a tu madre. -Vi piedad en sus ojos-. No te avergüences de ser humana, Catherine. Todos esperamos lo mejor de nuestras madres.

Yo no quería hablar de ella. Me acerqué más a Paul.

-Julián ha vuelto. Esta noche he salido con él, ya que usted me dejó plantada la pasada. Julián piensa que estoy en condiciones de ir a Nueva York. Cree que su profesora de baile, Madame Zolta, perfeccionaría mi estilo más de prisa que su madre. Dice que haríamos una magnífica pareja.

-¿Y qué piensas *tú?*

-Pienso que todavía no puedo ir a Nueva York -murmuré-, pero él habla con tal firmeza, que a veces me hace dudar, porque parece convencido.

-No te apresures, Catherine. Julián es un guapo mozo, con la arrogancia de diez. Emplea tu sentido común y no te dejes influir por alguien que quizá sólo quiere utilizarte para sus propósitos.

-Todas las noches sueño que estoy en Nueva York, en un escenario. Veo a mi madre entre el público, mirándome con incredulidad. Ella quiso matarme. Yo quiero que me vea bailar y se dé cuenta de que puedo dar al mundo más que ella.

Él se echó atrás.

-¿Por qué tienes tantos deseos de venganza? Yo pensé que, si os tenía aquí a los tres y hacía todo lo posible por vosotros, encontraríais paz y perdón. ¿Es que no puedes perdonar y olvidar? Si los pobres humanos tenemos alguna posibilidad de ser buenos, es aprendiendo a perdonar y olvidar.

-*Usted y* Chris... -dije, amargamente-. Les resulta fácil hablar de perdón y de olvido, porque no han sido víctimas como yo. Yo perdí a mi hermano pequeño, que era como un hijo para mí. Quería a Cory, y ella le quitó la vida. *¡La odio por eso!* Y la odio por diez millones de razones más; por consiguiente, no me hable de perdonar y de olvidar, ¡porque ella tiene que pagar todo lo que

hizo! Nos mintió, nos traicionó de la peor manera. Nos ocultó que nuestro abuelo había muerto, y seguimos encerrados allá arriba durante nueve meses, nueve largos meses..., ¡comiendo buñuelos envenenados! No me hable, pues, de olvido y de perdón. ¡Yo no sé perdonar y olvidar! ¡Sólo sé odiar! ¡Y usted no sabe lo que es odiar de esta manera!

-¿No? -preguntó, a media voz.

-*¡No!* ¡¡No lo sabe!

Me sentó sobre sus rodillas, al ver correr las lágrimas por mi cara. Me consoló como lo habría hecho un padre, besándome ligeramente y acariciándome sin malicia.

-Yo también tengo una historia que contar, Catherine. Tal vez, en cierto modo, es tan horrible como la tuya. Quizá, si te la cuento, podrás aprender algo de mi experiencia.

Le miré a la cara. Sus brazos me sostuvieron delicadamente al echarme yo hacia atrás.

-¿Es algo sobre Julia y Scotty?

-Sí. -Su voz se había endurecido. Fijó la mirada en la ventana mojada por la lluvia y me estrechó la mano fuertemente-. Tú piensas que sólo tu madre comete crímenes contra aquellos a quienes ama. Pues bien, te equivocas. Son cosas que ocurren todos los días. A veces se hacen por dinero; pero hay otras razones. -Hizo una pausa, suspiró y prosiguió-: Confío en que, cuando hayas oído mi historia, podrás irte a la cama y olvidarte de la venganza. Si no la olvidas, tú serás la más perjudicada.

Yo no lo creí, porque no quería creerlo. Pero sentía mucha curiosidad por saber cómo habían muerto Julia y Scotty el mismo día.

Cuando Paul empezó a hablar de Julia, temí el final. Cerré los ojos con fuerza, lamentando ahora tener que oír la historia, pues con ello aumentaría la angustia que ya sentía por un niño muerto. Pero él lo hacía por mi bien, para salvarme, si aún era posible.

-Julia y yo fuimos novios desde la infancia. Ella nunca tuvo otro amiguito, ni yo otra amiguita. Julia me pertenecía, y así lo daba yo a entender a todos los demás chicos. Nunca le di, ni me di, ocasión de saber cómo eran los demás..., y eso fue un tremendo «error. Éramos lo bastante tontos como para creer que nuestro amor duraría eternamente.

«Tan fuerte era la cosa que nos escribíamos cartas de amor, a pesar de que ella vivía a pocas manzanas de mi casa. Al crecer en edad, Julia crecía también en belleza. Yo me consideraba el hombre más afortunado del mundo, y ella me creía perfecto. Ambos nos poníamos sobre pedestales. Ella sería la esposa perfecta de un médico, y yo sería el marido perfecto, y tendríamos tres hijos. Julia era hija única, y sus padres la amaban en exceso. Ella adoraba a su padre; solía decir que yo era como él.

Su voz se hizo más grave, como si lo que iba a decir fuese sumamente doloroso. ,

-Puse un anillo de noviazgo en el dedo de Julia el día en que cumplió los dieciocho años. Yo tenía entonces diecinueve. Cuando estaba en la Universidad, pensaba en ella y me preguntaba si algún hombre habría puesto en ella la mirada. Temía perderla si no nos casábamos pronto. Julia se casó conmigo a los diecinueve años. Yo tenía veinte.

Su voz era ahora amarga, y sus ojos, inexpresivos. Sus brazos me asieron con más fuerza.

-Julia y yo nos habíamos besado muchas veces y andábamos siempre cogidos de la mano, pero no había permitido nunca que la cosa pasara de aquí; lo demás tenía que esperar a cuando llevase la sortija de casada. Yo había tenido algunos encuentros sexuales, no muchos. Ella era virgen y creía que yo lo era también.,,No me tomé a la ligera los votos matrimoniales, y estaba resuelto a hacerla feliz. La quería muchísimo. Y entonces, en la noche de bodas, tardó dos horas en desnudarse en el cuarto de baño. Salió de éste cubierta con un largo camisón blanco, y su cara estaba tan pálida como el camisón. Advertí que estaba aterrorizada. Y me dije que tenía que mostrarme tan tierno, tan amante, que ella se alegrase de ser mi mujer.

«Pero aquello no le gustó, Cathy. Yo hice todo lo posible para atraerla, mientras ella se echaba atrás, desorbitados y llenos de pánico los ojos. Cuando traté de quitarle el camisón, empezó a chillar. Me detuve y, al pedirme ella que le diese un poco más de tiempo, pensé que volvería a probar la noche siguiente. Pero la noche siguiente se repitió la escena, aunque peor. «¿Por qué no

puedes estar simplemente a mi lado y tenerme abrazada -me preguntó, llorosa-. ¿Por qué es tan feo esto?»

»Yo era también un chiquillo, y no sabía cómo resolver una situación como aquélla. Amaba a mi esposa, la deseaba y, al fin, la tomé por la fuerza... o al menos así me lo dijo ella una y otra vez. Sin embargo, yo la quería, la quería más que a nada en el mundo, y no podía creer que me hubiese equivocado en mi elección. Por ello empecé a leer todos los libros sobre sexualidad que pude encontrar y ensayé todas las técnicas para conseguir que ella me desease; pero sólo logré aumentar su repugnancia. Cuando me hube graduado en la Facultad de Medicina, empecé a beber, y, cuando me apetecía, buscaba otra mujer que me recibiese gustosa en su lecho. Pasaban los años, y ella se mantenía a distancia, limpiando la casa, lavando mi ropa, planchando mis camisas y cosiendo los botones que se me caían. Pero era tan adorable, tan deseable, que a veces la forzaba, aunque ella lloraba después. Un día descubrió que estaba encinta. Esto me llenó de gozo, y creo que también a ella. Nunca hubo un niño tan querido y tan mimado como mi hijo; afortunadamente, era uno de esos niños que no se tuercen por exceso de amor.

Su voz se hizo aún más grave, y yo me encogí, temiendo lo que iba a venir, pues sabía que sería terrible.

-Después del nacimiento de Scotty, Julia me dijo, lisa y llanamente, que había cumplido su deber de darme un hijo y que, en lo sucesivo, tenía que dejarla en paz. Así lo hice, pero me sentí profundamente herido. Hablé con su madre de nuestro problema, y ella insinuó un oscuro secreto en el pasado de Julia: un primo de ésta le había hecho algo cuando Julia tenía sólo cuatro años. Nunca supe exactamente qué le había hecho, pero, fuese lo que fuere, había estropeado para siempre la vida sexual de mi esposa. Sugerí a Julia que visitásemos los dos a un consejero matrimonial o a un psicólogo, pero ella se negó rotundamente; sería muy desagradable, adujo, ¿por qué no podía dejarla tranquila?

«Después de aquello, la dejé tranquila -prosiguió Paul-. Siempre hay mujeres dispuestas a complacer a un hombre, y, en mi despacho, había una linda recepcionista que me dio a entender que podía disponer de ella, donde y cuando quisiera. Tuvimos una relación que duró varios años. Yo pensaba que los dos éramos muy discretos y que nadie lo sabía. Entonces, un día, ella me dijo que estaba embarazada por mi causa. No podía creerla, porque me había dicho que tomaba la píldora. Además, sabía que tenía otros amantes. Por consiguiente, le dije que no, que no me divorciaría de mi esposa, exponiéndome a perder a Scotty, para reconocer a un hijo que podía no ser mío. Ella se puso furiosa.

«Aquella tarde, al volver a casa, encontré a mi mujer completamente cambiada. Me reprochó el haberla sido infiel, cuando ella había hecho todo lo posible por mí y me había dado el hijo que tanto deseaba. Y ahora la había traicionado, había quebrantado mi juramento y la había convertido en el hazmerreír de toda la población. Amenazó con matarse. Dijo que *me lo haría pagar, y* la compadecí.

«Otras veces había amenazado con suicidarse y nunca lo había intentado siquiera.

«Pensé que esta explosión despejaría el ambiente entre nosotros. Julia no volvió a hablarme nunca de mi aventura. En realidad, dejó de hablarme también de otras cosas, salvo cuando Scotty estaba presente, pues quería para él un hogar normal, con padres aparentemente felices. Yo le había dado un hijo al que ella amaba con locura.

«Entonces llegó el mes de junio y el tercer cumpleaños de Scotty. Julia organizó una fiesta e invitó a seis pequeñuelos que, naturalmente, vendrían acompañados de sus madres. Era un sábado. Yo estaba en casa y, para apaciguar a Scotty, que estaba muy excitado con su fiesta, le regalé un barquito de vela que haría juego con el vestido de marinero que llevaría él. Julia bajó la escalera con el niño. Llevaba un fino vestido azul y sujetos los adorables cabellos negros con una cinta de seda también azul. Scotty iba de la mano de su madre, y sostenía el barquito en su mano libre. Julia me dijo que temía no haber comprado bastantes caramelos para la fiesta, y que, como hacía un día tan hermoso, irían dando un paseo hasta el *drugstore* más próximo, para comprar más. Le ofrecí llevarla en el coche. Rehusó. Le ofrecí acompañarles a pie. Dijo que no, que prefería que me

quedase en casa, por si alguno de los invitados llegaba temprano. Así, pues, me senté en la galería de delante y esperé. Dentro, la mesa del comedor estaba preparada para la fiesta; globos, trompetas, sombreros de papel y otros regalos pendían de la lámpara, y Henny había preparado un pastel monumental.

«Los invitados empezaron a llegar a eso de las dos. Y Julia y Scotty no habían regresado. Empecé a preocuparme, por lo que cogí mi coche y me dirigí al *drugstore*, pensando que los encontraría en la calle, de vuelta a casa. No les vi. Pregunté en el establecimiento si habían estado allí; ningún dependiente les había visto. Entonces empecé a alarmarme de veras. Recorrí las calles, buscándoles, y me detuve varias veces para preguntar a los transeúntes si habían visto a una señora vestida de azul, con un niño en traje de marinero. Creo que pregunté a cuatro o cinco, hasta que un chico montado en una bicicleta me dijo que sí, que había visto una dama vestida de azul, con un niño que llevaba un barquito en la mano, y me señaló la dirección que habían tomado.

»¡Era la dirección del río! Conduje el coche lo más de prisa que pude; después, salté de él y corrí por el camino de tierra, temiendo llegar demasiado tarde. No podía creer que ella hubiese hecho realmente una cosa así. Procuré tranquilizarme, pensando que Scotty habría querido hacer navegar el barquito, como había hecho yo a menudo. Corrí tan veloz que me dolía el corazón cuando llegué a la herbosa orilla del río. Y allí estaban ellos, los dos, flotando boca arriba en el agua. Julia estaba fuertemente abrazada a Scotty, que visiblemente había tratado de librarse de su apretón, y el barquito oscilaba a impulso de las pequeñas ondas. La cinta azul se había desprendido de los cabellos de Julia y flotaba también, y los negros cabellos se extendían alrededor de ella, enganchándose como cintas oscuras en las plantas del río. En aquel lugar, el agua llegaba sólo a la altura de la rodilla.

Emití un débil sonido que se quebró en mi garganta, al percibir su angustia; pero él no lo oyó.

-En menos que canta un gallo -siguió diciendo-, los levanté en mis manos y los llevé a la orilla. Julia conservaba aún un aliento de vida; pero Scotty parecía muerto, y por eso intenté primero, en un fútil esfuerzo, hacerle revivir. Hice todo lo posible para expulsar el agua de sus pulmones; pero estaba muerto. Entonces, me volví hacia Julia e hice lo mismo con ella. Tosió y escupió agua. No abrió los ojos, pero al menos respiraba. Metí a los dos en mi coche y los llevé al hospital más próximo, donde se esforzaron en reanimarla. Pero fracasaron, como había fracasado yo con Scotty.

Paul hizo una pausa y me miró *a* los ojos.

-Ésta es mi historia, para una niña que piensa que es la única que ha sufrido, la única que ha perdido, la única que se siente abrumada por el dolor. ¡Oh! Yo sufro tanto como tú, pero tengo también un sentimiento de culpa. Debía haber sabido lo inestable que era Julia. Pocas noches antes del cumpleaños de Scotty, habíamos visto *Medea* en la televisión, y ella mostró un interés desacostumbrado, ya que la televisión solía tenerle sin cuidado. Fui un estúpido al no adivinar lo que pensaba y proyectaba. Sin embargo, ni siquiera ahora puedo comprender cómo pudo matar a un hijo al que amaba tanto. Podía haberse divorciado de mí y quedarse con él. Yo no se lo habría quitado. Pero esto no habría sido una venganza suficiente para Julia. Tenía que matar lo que yo más amaba: mi hijo.

Yo me había quedado sin habla. ¿Qué clase de mujer había sido Julia? ¿Como mi propia madre? Mi madre mató para ganar una fortuna. Julia mató por venganza. ¿Iba a hacer yo lo mismo? No; desde luego que no. Yo lo haría mejor, mucho mejor; porque ella seguiría viviendo... para sufrir hasta el fin.

-Lo siento -dije, con voz entrecortada, y le besé en la mejilla-. Pero usted puede tener otros hijos. Puede volver a casarse.

Él sacudió la cabeza, y le abracé.

-¡Olvídese de Julia! -le grité, estrechándole con más fuerza-. ¿No me está diciendo siempre que hay que perdonar y olvidar? Pues perdone usted también, y olvide lo que le ocurrió a Julia. Yo recuerdo a mi madre y a mi padre; siempre se hacían carantoñas y se besaban. Desde que era pequeña, sé que los hombres necesitan muestras de cariño. Yo espiaba a mi madre, para ver cómo

apaciguaba a papá cuando éste se enfadaba. Lo hacía con besos, miradas tiernas y caricias. -Eché la cabeza atrás y le sonreí, como había visto que sonreía mi madre a mi padre-. Dígame cómo debe portarse una esposa en la noche de bodas. No quisiera defraudar al novio cuando llegue mi día.

-¡No te diré tal cosa!

-Entonces, me imaginaré que usted es el novio y que yo acabo de salir del cuarto de baño en camisón. O quizá debería desnudarme en su presencia. ¿Qué le parece?

Carraspeó y trató de apartarme, pero yo me agarré a él como una lapa.

-Me parece que deberías irte a la cama y dejarte de juegos y comedias.

No me moví. Le besé una y otra vez y vi que esto producía efecto, pues su cara enrojeció. Sin embargo, apretó los labios y pasó los brazos por debajo de mis hombros y de mis rodillas. Se levantó y, llevándome en brazos, se dirigió a la escalera. Pensé que iba a llevarme a su habitación y me sentí espantada, avergonzada... y excitada al mismo tiempo. Pero anduvo directamente hacia mi dormitorio y, al llegar junto a mi estrecha cama, vaciló. Me estrechó sobre su corazón durante un rato terriblemente largo, mientras la lluvia repicaba en los cristales de las ventanas. Parecía haber olvidado quién era yo y frotaba su áspera mejilla contra la mía; me acariciaba, pero sólo con la mejilla. Y una vez más, como siempre, yo tuve que hablar y echarlo todo a perder.

-Paul... -Mi tímida voz le sacó de aquel profundo ensueño que, si yo hubiese guardado silencio, me habría llevado quizás a ver satisfechas unas ansias siempre reprimidas-. Cuando estábamos encerrados allá arriba, nuestra abuela nos llamaba siempre engendros del diablo. Nos decía que éramos mala simiente plantada en suelo malo, y que nunca saldría algo bueno de nosotros. Nos hacía dudar de lo que éramos y de nuestro derecho a la vida. ¿Fue tan terrible lo que hizo nuestra madre, al casarse con un medio hermano de su padre, que sólo tenía tres años más que ella? Ninguna mujer que tuviese corazón se le habría resistido. Sé que yo no habría podido. Él era como usted. Nuestros abuelos creían que nuestros padres habían cometido un pecado nefando, y por esto nos despreciaban, incluso a los mellizos, tan pequeños y adorables. Decían que éramos perniciosos. ¿Tenían razón? ¿Tenían derecho a intentar matarnos?

Había dicho exactamente las palabras precisas para que recobrase el buen sentido. Me soltó rápidamente. Volvió la cabeza, para que no pudiese leer en sus ojos. Yo odiaba a las personas que me ocultaban sus ojos para que no pudiese ver en ellos la verdad.

-Creo que tus padres estaban muy enamorados y eran jóvenes -dijo, con voz extraña y tensa-; tan enamorados que no se pararon a considerar el futuro y las consecuencias.

-¡Oh! -exclamé, indignada-. Cree que los abuelos tenían razón..., ¡y que somos unos malvados!

Se volvió de cara a mí, entreabiertos los gruesos y sensuales labios, furiosa la expresión.

-No retuerzas lo que digo para hallar un motivo a tu venganza. No hay razón que justifique el asesinato, si no es en defensa propia. Tú no eres mala. Tus abuelos eran unos fanáticos estúpidos, que hubiesen debido aceptar las cosas como eran y sacar de ellas el mejor partido. Habrían debido enorgullecerse de los cuatro nietos que les dieron tus padres. Y, si tus padres se jugaron deliberadamente el todo por el todo al decidir que tendrían hijos, debo decir que ganaron la apuesta. Dios y la suerte estuvieron de vuestro lado, y os dieron belleza y conciencia de ella y, quizá, demasiado talento. Por lo menos, aquí hay una chica muy joven, rebosante de emociones adultas demasiado intensas para su edad.

-¿Paul...?

-No me mires así, Catherine.

-No sé cómo le miro.

-Vete a dormir, Catherine Sheffield. ¡Al instante!

-¿Cómo me ha llamado? -pregunté, al retroceder él hasta la puerta.

Paul me sonrió.

-No ha sido un desliz freudiano, si es esto lo que piensas. Dollanganger es un apellido demasiado largo. Sheffield sería mucho más práctico. Legalmente, podríamos hacer que cambiases de apellido.

-¡Oh!

Me sentía mareada y chasqueada.

-Escucha, Catherine -dijo, desde el umbral, y era tan corpulento que impedía que entrase la luz del pasillo-. Estás jugando a algo peligroso. Estás tratando de seducirme, y eres adorable y difícil de resistir. Pero ocupas en mi vida el lugar de una hija... y nada más.

-¿Llovía el día en que enterró a Julia y a Scotty?

-¿Qué importa eso? *Siempre* que se entierra a alguien está lloviendo...

Se apartó del umbral, echó a andar rápidamente por el pasillo, entró en su habitación y cerró de golpe la puerta.

Bueno, yo lo había intentado dos veces y él me había rechazado otras tantas. Ahora podía seguir mi alegre y destructor camino hacia la danza, y danzar hasta que llegase a la cima. Esto enseñaría a mamá, que sólo sabía bordar y hacer labor de punto, quién era la más inteligente de las dos. Ahora vería quién era capaz de hacer fortuna por su propio esfuerzo, sin vender su cuerpo... ¡y sin tener que matar para heredarla!

¡Todo el mundo la conocería! Me compararían con Ana Pavlova y dirían que yo era mejor. Ella vendría a una fiesta dada en mi honor, y la acompañaría su marido. Parecería vieja, ajada, cansada, mientras yo aparecería joven y lozana, y su querido Bart vendría directamente a mi encuentro, con ojos pasmados, y me besaría la mano. «Jamás había visto una mujer tan hermosa y con tanto talento», me diría. Y su mirada me daría a entender que me amaba, que me amaba diez veces más de lo que la había amado a ella. Después, cuando fuese mío y ella se hubiese quedado sola, le diría quién era, y, al principio, él no lo creería. Pero sí después. ¡Y entonces la odiaría! Le quitaría todo su dinero. ¿Adonde iría a parar? Interrumpí mi pensamiento, sintiéndome confusa. ¿Adonde iría a parar el dinero, si se lo quitaba a mamá? ¿Volvería a la abuela? No a nosotros, a Chris, o a Carrie, o a mí, porque habíamos dejado de existir como Foxworth. Entonces sonreí, recordando los cuatro certificados de nacimiento que había encontrado cosidos bajo el forro de una de nuestras viejas maletas. ¡Oh, mamá, qué estupideces haces! ¡Mira que esconder los certificados de nacimiento...! Con ellos podía yo probar que Cory había existido, mientras que, sin ellos, habría sido su palabra contra la mía; a menos que la Policía volviese a Gladstone y encontrase al médico que había asistido al parto de los gemelos. Además, estaba nuestra antigua niñera, Mrs. Simpson..., y Jim Johnston. ¡Ojalá siguiesen todavía allí y se acordasen de los cuatro muñequitos de porcelana de Dresde!

Sabía que yo era mala, tal como había dicho la abuela desde el principio; nacida para el mal. Me habían castigado antes de hacer nada malo; entonces, ¿por qué no había de aplicar el castigo *a* un crimen a cometer en el futuro? No tenía por qué verme acosada y arruinada, sólo porque, en un momento de suma aflicción, había buscado amparo en los brazos de mi hermano. Iría al hombre que me necesitaba más. Si era malo darle lo que rehusaba con sus palabras y pedía con sus ojos, entonces, ¡sería mala!

Mientras me adormecía, empecé a pensar cómo sería la cosa. Él no me rechazaría y echaría de su casa, porque yo se lo impediría. No querría hacerme daño. Me tomaría y, después, pensaría que había tenido que hacerlo, y no se sentiría culpable, no se sentiría culpable en absoluto.

Toda la culpa sería mía, y Chris me odiaría por ello, y se volvería a otra, como tenía que ser.

MÁS FRAGANTE QUE LAS ROSAS

Cumplí dieciséis años en abril de 1961. La hermosa y floreciente edad en que jóvenes y viejos, y sobre todo los de más de cuarenta años, se volvían a mirarme cuando se cruzaban conmigo en la calle. Cuando esperaba en la parada del autobús, había automóviles que reducían la marcha, porque sus conductores no podían dejar de mirarme, boquiabiertos.

Y si ellos se encantaban, más encantada estaba yo. Me miraba a los muchos espejos de la casa de Paul; veía, a veces con sorpresa, una muchacha adorable y espléndidamente bella, y entonces -¡oh, gloriosa revelación!- me daba cuenta de que era *yo*. Era deslumbradora, y lo sabía. Julián venía a menudo para mirarme con sus ojos llenos de deseo, que me decían que *él* sabía lo que quería,

aunque yo no lo supiese. A Chris le veía sólo los fines de semana, pero sabía que seguía queriéndome más de lo que jamás querría a alguien.

Chris y Carrie vinieron el fin de semana de mi cumpleaños, y nos reímos mucho y hablamos de prisa, como si temiésemos no tener tiempo de decirlo todo, en especial Chris y yo. Yo quería decirle a Chris que mamá viviría pronto en Greenglenna, pero tuve miedo de que tratase de no dejarme hacer lo que tenía proyectado, y por eso no se lo dije. Al cabo de un rato, Carrie nos dejó y fue a sentarse delante de nuestro bienhechor, mirándole con sus grandes y tristes ojos. Él me había ordenado que me pusiese mi ropa mejor:

-¿Por qué no te pones aquel vestido que tienes reservado para alguna ocasión especial? Para celebrar tu cumpleaños, os voy a invitar a todos a un banquete en mi restaurante predilecto: *The Plantation House.*

Oído lo cual, subí corriendo la escalera y empecé a vestirme. Tenía que aprovechar bien mi cumpleaños. En realidad, mi cara no necesitaba afeites, pero me los puse, incluido un tinte negro como el carbón para las pestañas, las cuales ricé con unas tenacillas. Mis uñas tenían el brillo suave de las perlas, y el vestido era de color rosa pálido. Sí; me sentí satisfecha al mirarme al espejo de cuerpo entero, comprado en homenaje a mi vanidad.

-Mi señora Catherine -dijo Chris, desde el umbral-, estás deslumbrante, pero es de muy mal gusto que te admires hasta el punto de besar tu propia imagen. Espera los cumplidos de los otros, Cathy; no te los hagas tú misma.

-Temo que nadie me los haga -repuse, a la defensiva-; por eso me lo hago yo, para infundirme confianza. ¿De veras parezco hermosa, y no sólo bonita?

-Sí -confirmó él, con voz curiosamente tensa-. Dudo de que vuelva a ver una chica tan hermosa como tú en este momento.

-¿Crees que mejoro con la edad?

-¡No voy a lisonjearte más! No me extraña que la abuela rompiese todos los espejos. Me dan ganas de hacerlo yo también. ¡Demasiado orgullo!

Fruncí el ceño, porque me disgustó que recordase a la anciana.

-*Tú* estás magnífico, Chris -dije, sonriendo ampliamente-. A mí no me da vergüenza hacer un cumplido, si es merecido. Eres tan guapo como era papá.

Cada vez que venía a casa parecía más maduro y más apuesto. Aunque, si le miraba de cerca, sus mayores conocimientos parecían poner algo extraño en sus ojos, algo que le hacía parecer muchísimo mayor que yo. También parecía más triste que yo, más vulnerable; pero aumentaba su atractivo.

-¿Por qué no eres feliz, Chris? -le pregunté-. ¿Te desilusiona la vida? ¿Es ésta menos buena de lo que te imaginabas cuando estábamos encerrados allí y soñábamos tanto en el futuro? ¿Te arrepientes, quizá, de haber querido hacerte médico? ¿Quisieras, más bien, dedicarte a la danza como yo?

Me había acercado para observar sus ojos, tan reveladores; pero él los bajó para ocultarlos, y trató de abarcar mi cintura con las manos; pero, o mi cintura no era tan estrecha, o sus manos no eran lo bastante grandes. ¿Trataba de convertir en juego lo que era un asunto serio? Yo no lo sabía. Me agaché para mirarle a la cara, y vi en ella el amor que esperaba, pero que habría preferido ignorar.

-No me has contestado, Chris.

-¿Qué me preguntaste?

-Si tu vida, tus estudios de Medicina, responden a lo que esperabas.

-¿Hay algo que responda a lo que se espera? -Esto me parece cínico. Más propio de mí que de ti.

Él levantó la cabeza, y una brillante sonrisa se pintó en sus labios.

-Sí -dijo-; la vida, por fuera, es como esperé que fuese. Fui práctico, a diferencia de ti. Me gusta la Universidad y he hecho buenas amistades. Pero te echo en falta; es duro estar lejos de ti preguntándome siempre qué estarás haciendo. -Desvió de nuevo la mirada y sus ojos se nublaron

por efecto de un sueño imposible-. Feliz cumpleaños, mi señora Cather-ine -dijo, suavemente, besándome con la delicadeza de una pluma, sin pretender más-. Vámonos ya ¡ -dijo, resueltamente, asiéndome de la mano-. Todos están listos, menos tú.

Bajamos la escalera cogidos de la mano. Paul y Carrie estaban ya vestidos, esperándonos, lo mismo que Henny.

La casa parecía extraña, silenciosa y expectante, con todas las luces apagadas, menos las del vestíbulo. ¡Qué curioso!

De pronto, brotó un grito de la oscuridad. *Surprise! Sur-prise!,* pronunciado por un coro de voces, mientras se encendían las luces y todos los miembros de mi clase de ballet nos rodeaban, a Chris y a mí.

Henny trajo un pastel de cumpleaños de tres pisos de tamaño decreciente, y dijo, con orgullo, que lo había hecho y adornado ella misma. *Que siempre consiga lo que me proponga hacer* -deseé, cerrando los ojos y soplando las velas-. *Te estoy alcanzando, mamá; crezco en edad y en experiencia; así, cuando llegue el momento, estaré dispuesta a enfrentarme contigo.*

Soplé tan fuerte, que la cera fundida salpicó las rosas de azúcar colocadas delicadamente sobre unas hojas de un verde pálido. Julián tenía fijos en mí sus ojos de azabache, que formulaban la pregunta de siempre.

Siempre que trataba de captar la mirada de Chris, éste tenía los ojos vueltos a otro lado o mirando fijamente el suelo. Carrie se había refugiado junto a Paul, que estaba sentado a cierta distancia de los ruidosos invitados, tratando de no parecer severo.

En cuanto hube abierto todos los regalos, Paul se levantó, cogió a Carrie en brazos y empezó a subir las escaleras.

-Buenas noches, Cathy -gritó Carrie, con cara satisfecha y enrojecida por el sueño-. Ha sido la mejor fiesta de cumpleaños que he visto en mi vida.

Sentí ganas de llorar al oír esto, porque ella tenía casi nueve años y todas las fiestas de cumpleaños que podía recordar, salvo la de Chris en noviembre pasado, habían sido lamentables intentos de hacer mucho de muy poco.

-¿Por qué estás triste? -preguntó Julián, acercándose a mí y levantándome en brazos-. Alégrate, pues me tienes a tus pies, dispuesto a inflamar tu corazón.

Yo le odiaba de veras cuando actuaba de este modo. Trataba de demostrar, por todos los medios, que le pertenecía sólo a él. Su regalo había sido una bolsa de cuero para llevar mis leotardos de ballet, mis zapatillas, etc. Me alejé de él bailando, pues no quería verme separada esta noche. Todas las chicas que no estaban chifladas por Julián empezaron inmediatamente a camelar a Chris, cosa que en modo alguno contribuyó a aumentar la simpatía de Julián por mi hermano. No sé qué fue lo que hizo saltar la chispa, pero, de pronto, vi a Julián y a Chris en un rincón, discutiendo acaloradamente y a punto de pegarse.

-¡Me importa un bledo lo que pienses! -exclamó Chris, en un tono tranquilo que anunciaba tormenta-. ¡ Mi hermana es demasiado joven para tener un amante, y no está en condiciones de ir a Nueva York!

-¡Eh! ¡Eh...! -replicó Julián-. ¿Qué sabes *tú* de baile? ¡Nada! ¡Ni siquiera puedes mover un pie sin tropezar con el otro!

-Eso puede ser verdad -admitió Chris, con voz glacial-, pero sé hacer otras cosas. Y ahora estábamos hablando de mi hermana, y sabes muy bien que es aún muy joven. ¡No dejaré que te acompañe a Nueva York, cuando aún no ha terminado sus estudios secundarios!

Les miré alternativamente, y no habría podido decir cuál de los dos era más guapo. Me disgustó que mostrasen su hostilidad en presencia de todos, y más aún porque deseaba ardientemente que fuesen amigos.

Me eché a temblar y estuve a punto de gritarles: *¡Basta! ¡No hagáis eso!* Pero no dije nada.

-¡Cathy! -me gritó Chris, sin perder de vista a Julián, que parecía dispuesto a largarle un puñetazo o una patada-, ¿crees sinceramente que estás en condiciones de debutar en Nueva York?

-No... -respondí débilmente.

Julián me fulminó con la mirada, pues me quería a su lado todos los momentos que estuviésemos juntos, y se había empeñado en que le acompañase a Nueva York, para ser su amante y su pareja de baile. Yo sabía que quería esto último porque mi peso, mi estatura y mi equilibrio se adaptaban perfectamente a sus condiciones. Una pareja perfecta era lo más importante cuando se quería impresionar al público en un *pas á deux.*

-¡Ojalá sean un infierno todos tus cumpleaños! -exclamó Julián, dirigiéndose a la puerta.

Salió dando un portazo, y así terminó mi fiesta. Todos los demás se marcharon con aire confuso. Chris subió a su habitación, sin darme las buenas noches. Con lágrimas en los ojos, empecé a recoger los desperdicios de encima de la alfombra del cuarto de estar. Descubrí en el verde felpudo un agujero producido por un cigarrillo sostenido sin cuidado. Alguien había roto una de las preciadas piezas de cristal de Paul: una rosa transparente y de un brillo exquisito. La cogí, pensando en comprar cola para pegar los trozos, y pensando también la manera, pues tenía que haber alguna, de reparar el agujero de la alfombra y de quitar los círculos blancos dejados en las mesas por los vasos.

-No te preocupes por la rosa -dijo, detrás de mí, la voz de Paul-. Es una chuchería. Siempre podré comprar otra.

Me volví a mirarle. Estaba tranquilamente plantado bajo el arco del vestíbulo, mirando mi cara lacrimosa con sus ojos dulces y amables.

-Era una rosa bellísima -dije, con voz entrecortada-, *y* sí que era cara. Si encuentro otra igual, la compraré, y, si no la encuentro, le compraré algo aún mejor..., cuando pueda.

-Olvídalo.

-Gracias de nuevo por la bella caja de música. -Llevé nerviosamente las manos al atrevido escote, tratando de cerrarlo un poco-. Mi padre me regaló una vez una caja de música de plata, con una bailarina en ella; pero tuve que dejarla...

Se extinguió mi voz y no pude seguir hablando, porque el recuerdo de mi padre me llevaba siempre al escenario infantil de un vacío sin esperanza.

-Chris me habló de la caja de música que te había regalado tu padre y traté de encontrar una que se le pareciese. ¿Lo conseguí?

-Sí -le dije, aunque la caja era diferente.

-Bien. Ahora, vete a dormir. Olvídate de todo esto; Henny lo limpiará mañana. Tienes cara de sueño.

Subí la escalera y entré en mi habitación, donde, para sorpresa mía, me estaba esperando Chris.

-¿Qué hay entre tú y Julián? -me preguntó, furioso.

-¡Nada!

-¡No me mientas, Cathy! ¡Él no vendría aquí tan a menudo para *nada!*

-¡Cuídate de tus asuntos, Christopher! -exclamé, malhumorada-. Yo no pretendo decirte lo que tienes que hacer, ¡y exijo que tú hagas lo mismo! Tú no eres un santo, y yo no soy un ángel. Lo malo es que te imaginas que *tú* puedes hacer lo que te plazca, mientras que yo debo quedarme sentada, muy modosita, ¡esperando que llegue alguien dispuesto a casarse conmigo! Bueno, ¡yo no soy una mujer de esta clase! Nadie va a llevarme de la rienda, obligándome a hacer lo que no quiera. ¡Nadie! Ni Paul, ni mamá, ni Julián..., ¡ni tú! -Su cara palideció, mientras me escuchaba y se esforzaba en no interrumpirme-. Quiero que no te entremetas en mi vida, Christopher. Haré lo que tenga que hacer, todo lo que tenga que hacer, ¡para llegar a la cima!

Él me miró con sus celestes ojos azules lanzando diabólicas chispas eléctricas.

-¿Quieres decir que te acostarías con cualquiera, si lo crees necesario?

-¡Haré lo que tenga que hacer! -repliqué, furiosa, aunque nunca había pensado en esto.

Él pareció a punto de abofetearme, y el esfuerzo que tuvo que hacer para mantener las manos en sus costados hizo que las cerrase con fuerza. Una línea blanca se pintó en sus apretados labios.

-Cathy -empezó a decir, con voz doliente-, ¿qué te ha pasado? Nunca pensé que pudieses convertirte en una oportunista.

Le miré severamente a los ojos. ¿Qué pensaba que estaba haciendo *él?* Habíamos tenido la suerte de tropezar con un hombre desgraciado y solitario, y nos aprovechábamos de él y, más pronto o más tarde, tendríamos que pagar un precio. Nuestra abuela nos había dicho siempre que nadie hacía nada por nada. Pero, por alguna razón, yo no podía herirle más y no podía pronunciar una sola palabra contra Paul, que nos había recogido y hacía todo lo que podía por nosotros. En honor a la verdad, mi buen criterio me indicaba que él no esperaba ninguna recompensa.

-Cathy -se lamentó Chris-. Aborrezco todas las palabras que acabas de decir. ¿Cómo puedes hablarme así, sabiendo lo mucho que te quiero y respeto? No hay un solo día en que no piense en ti. Vivo para los fines de semana, en que puedo veros a ti y a Carrie. No te apartes de mí, Cathy, pues te necesito. Te necesitaré siempre. Y me aterroriza pensar que yo soy mucho menos necesario en *tu* vida.

Me había asido por los brazos y me había atraído sobre su pecho; pero yo me desprendí y le volví la espalda. ¿Cómo podía yo decirle lo que era malo y lo que era bueno, si a nadie parecía ya importante?

-Chris -empecé a decir, con voz quebrada-, siento haberte hablado así. Me importa mucho lo que tú pienses. Pero siento un desgarramiento en mi interior. Creo que debo hacer, inmediatamente, todo lo posible para compensar todo lo que he perdido y sufrido. Julián quiere que vaya con él a Nueva York. Yo creo que aún no estoy preparada y que no tengo la necesaria disciplina; Madame me lo dice continuamente, y tiene razón. Julián dice que me ama y que cuidará de mí. Pero yo no sé lo que es el amor, y no sé si me ama o sólo me necesita para alcanzar su meta. Pero su meta es también la mía. Y ahora dime: ¿cómo puedo yo saber si me ama o sólo me necesita para valerse de mí?

-¿Te has acostado con él? -preguntó Chris, con ojos amenazadores.

-*¡No!* Claro que no!

Me rodeó con sus brazos y me sujetó con fuerza.

-Espera al menos un año más, Cathy. Confía en Madame Marisha, no en Julián. Ella sabe más que él.

Se interrumpió y me obligó a levantar la cabeza. Observé su bello rostro y me pregunté por qué vacilaba.

Yo era un instrumento de deseo, llevada de un furioso afán de realización romántica. También me espantaba lo que llevaba dentro. Tan espantada estaba, que era como mamá. Cuando me miraba al espejo, veía la cara de mi madre, empezaba a surgir de un modo más definido. Me entusiasmaba parecerme a ella y, paradójicamente, me odiaba por ser su reflejo. No, no; yo no era como ella en mi interior; sólo lo era por fuera. Mi belleza no era tan superficial como mi piel.

Todavía me decía esto cuando hice una excursión especial a Greenglenna. En el Ayuntamiento empleé el fútil pretexto de que deseaba ver la inscripción de nacimiento de mi madre, para poder echar una ojeada a la de Bart Winslow. Así me enteré de que él tenía ocho años menos que mi madre y descubrí también exactamente el sitio en que vivía. Caminé quince manzanas hasta llegar a una calle tranquila y flanqueada de olmos, cuyas mansiones antiguas se hallaban en un estado de lamentable abandono. Todas, ¡menos la de Bart Winslow! Ésta tenía andamios a todo su alrededor. Docenas de obreros colocaban contraventanas en la casa de ladrillo recién pintada, con ribetes blancos en los marcos de las ventanas y un pórtico también blanco.

Otro día fui a la biblioteca de Greenglenna y busqué cosas sobre la familia Winslow. Con gran satisfacción encontré, al repasar viejos periódicos, una crónica de sociedad que dedicaba casi toda su columna a Bart Winslow y su fabulosa riqueza y su aristocrática esposa. «Heredera de una de las mayores fortunas del país.»

Recorté furtivamente aquella columna y me la llevé para mostrarla a Chris. No quería que éste supiese que mamá vivía en Greenglenna. Él pareció un tanto disgustado al leer la crónica.

-¿Dónde has encontrado este artículo, Cathy?

-¡Oh! Lo vi en un periódico de Virginia que estaba en un quiosco.

-De nuevo está en Europa -dijo, con voz extraña-. No sé por qué tiene que ir tanto a Europa. -

Volvió hacia mí sus ojos azules, y una expresión soñadora suavizó sus facciones-. ¿Recuerdas el verano en que fue a pasar allí su luna de miel?

¿Recordarlo? ¡Como si hubiese podido olvidarlo! ¡Como si pudiese *permitirme* olvidarlo! Algún día..., algún día, cuando yo fuese también rica y famosa, mamá sabría de mí, y entonces haría bien en hallarse preparada, porque yo estaba urdiendo mi estrategia.

Me encogí de hombros.

Julián no venía ahora a Greenglenna con tanta frecuencia como antes de mi decimosexto cumpleaños. Me imaginé que le tenía miedo a Chris. No sabía si esto me complacía o no. Cuando venía a visitar a sus padres, prescindía completamente de mí. Empezó a interesarse por Lorraine DuVal, que era mi mejor amiga. Por alguna razón sentí resentimiento, no sólo contra él, sino también contra Lorraine. Un día, medio oculta entre bastidores, les vi bailar un apasionado *pas á deux.* Entonces resolví estudiar el doble que antes, ¡para mostrarle también a Julián de lo que era capaz! ¡ Iba a mostrarles a todos de qué estaba hecha!

De acero, ¡cubierto de ingenuos volantes de gasa!

EL BUHO EN EL TEJADO

Ahora voy a contar un suceso de la vida de Carrie, porque ésta no es sólo mi historia, sino también la de ella y la de Chris. Cuando miro ahora hacia atrás y reflexiono sobre el rumbo que tomó la vida de Carrie, creo sinceramente que lo que le ocurrió a ésta en el colegio de Miss Emily Dean Calhoun para Señoritas Distinguidas tuvo mucho que ver en su manera de considerar el futuro.

¡Ay! Dejad que dé rienda suelta a mi llanto antes de empezar, pues la quería mucho e incluso hoy me aflige el dolor que tuvo ella que soportar.

Juntando piezas sueltas que me dieron la propia Carrie y Miss Dewhurst, así como varias condiscípulas de aquélla, reconstituí la pesadilla que tuvo que vivir Carrie y la referiré aquí con la mayor exactitud posible.

Carrie pasaba los fines de semana con nosotros, pero volvía a ser la niña silenciosa y apática que tanto había sufrido cuando murió su hermano gemelo. Todo lo referente a Carrie me preocupaba, a pesar de que, cuando la interrogaba, me decía siempre que todo iba bien y se negaba a hablar mal del colegio o de sus condiscípulos o del cuerpo docente. Dijo una cosa, sólo una cosa, para expresar sus sentimientos, y en realidad era una clave: «Me gusta la alfombra; tiene el color de la hierba.» Eso fue todo. Me dejó desorientada, preocupada, tratando de adivinar lo que la afligía. Yo sabía que algo andaba mal, pero ella no quería decirme lo que era.

Cada viernes, a eso de las cuatro, Paul salía en su coche para ir a buscar a Carrie y a Chris y traerlos a casa. Hacía cuanto podía para que todos nuestros fines de semana fuesen memorables. Aunque Carrie parecía bastante feliz en nuestra compañía, reía muy raras veces. Por mucho que nos esforzásemos, lo único que podíamos sacarle era una débil sonrisa.

-¿Qué le pasa a Carrie? -murmuró Chris.

Yo sólo podía encoger los hombros. En algún trecho del camino había perdido la confianza de Carrie. Ésta fijaba en Paul sus grandes ojos azules, en muda súplica. Pero él me miraba a mí, no a Carrie.

Cuando se acercaba el momento de volver al colegio, Carrie enmudecía, y sus ojos adoptaban una expresión vacía y resignada. Nosotros la besábamos al despedirla y le decíamos que fuese buena e hiciese amistades, y que «si necesitas algo, no tienes más que llamar por teléfono».

«Sí», decía ella débilmente, bajando los ojos. Yo la abrazaba de nuevo y le decía que la quería mucho y que, si no era feliz, tenía que decírmelo. «No soy desgraciada», respondía ella, mirando tristemente a Paul.

El colegio era realmente magnífico. ¡Ojalá hubiese podido yo ir a él! Cada niña podía decorar de la manera que creyese mejor su mitad de la habitación que ocupaba con una compañera. Miss Dewhurst sólo imponía una norma. Las niñas debían portarse siempre «dignamente, como señoritas». La feminidad dulce y pasiva era muy apreciada en el Sur. Ropas finas, voces dulzainas,

ojos tímidos y bajos, manos delicadas y móviles para expresar impotencia, y, sobre todo, no formular opiniones contrarias *a* las de los varones, y nunca mostrarle a un hombre que una tenía un cerebro que podía ser mejor que el suyo. Pensándolo bien, siento decir que, en definitiva, quizás era el colegio que me habría convenido.

La cama de Carrie era doble y estaba cubierta con una colcha de color de púrpura, violeta y verde. Junto a la cama había una mesita de noche con un vaso lleno de violetas de plástico que le había dado Paul. Éste, cuando podía, le compraba flores naturales. Pero, aunque parezca extraño, ella prefería aquel ramito de violetas a las flores naturales, que pronto se marchitaban y morían.

Como Carrie era la niña más bajita en un colegio de cien alumnas, le dieron como compañera de habitación a la niña que le seguía en orden de pequeñez. Se llamaba Sissy Towers. Sissy era pelirroja, tenía los ojos de un verde esmeralda, largos y estrechos, piel fina y blanca como el papel, y un carácter rencoroso y ruin, que nunca mostraba ante los adultos, sino que reservaba para las niñas a quienes quería intimidar. Lo peor de todo era que, a pesar de ser la niña más baja después de Carrie, ¡todavía le pasaba a ésta quince centímetros!

Carrie había celebrado su noveno cumpleaños con una fiesta, la semana antes de que empezase su ordalía. Era en mayo, y empezaba en jueves.

La jornada escolar terminaba a las tres. Las niñas tenían dos horas de recreo al aire libre antes de la cena, que era a las cinco y media. Todas las alumnas llevaban uniforme, y el color de éste venía determinado por el curso que estudiaban. Carrie estaba en el tercer curso; su uniforme era de grueso paño amarillo, con un delicado delantalito blanco de organdí. Carrie aborrecía el color amarillo. Éste representaba para ella, como para Chris y para mí, el color de todas las cosas buenas que no habíamos podido tener cuando estábamos encerrados y nos sentíamos abandonados, repudiados y faltos de amor. El amarillo era también el color del sol que nos era negado. El sol era lo que Cory había siempre ansiado ver, y ahora que todas las cosas amarillas estaban a nuestro alcance, y Cory se había ido, el amarillo nos resultaba odioso.

Sissy Towers adoraba el amarillo. Envidiaba los largos bucles dorados de Carrie y aborrecía sus propios cabellos rizosos de color de herrumbre. Quizás envidiaba también la belleza de la cara de muñeca de Carrie, y los grandes ojos azules de largas y negras y rizadas pestañas, y sus labios rojos como las fresas. ¡Oh, sí! Nuestra Carrie era una muñeca de cara exquisita y sensacionales bucles de oro; lo malo era que esta belleza se sostenía sobre un cuerpo demasiado delgado, demasiado pequeño, y sobre un cuello demasiado delicado para aguantar una cabeza más propia de una persona alta y desarrollada.

El amarillo dominaba en el lado de la habitación correspondiente a Sissy: colcha amarilla, sillas tapizadas de amarillo, muñecas rubias vestidas de amarillo, cubiertas de libros amarillas y de confección casera. Sissy llevaba incluso falda y suéter amarillos cuando se iba a casa. El hecho de que el amarillo la hiciese parecer más pálida no quebrantaba la decisión de Sissy de fastidiar a Carrie con este color, pasara lo que pasara. Y aquel día, por alguna razón baladí que nunca llegué a saber, empezó a burlarse de Carrie de una manera odiosa y ruin.

-Carrie es una enana... una enana... una enana -canturreó, y añadió-: Debería estar en un circo... en un circo... en un circo...

Después saltó sobre su pupitre y, con la voz fuerte y estridente de un pregonero anunciando un gran espectáculo raro en carnaval, empezó a gritar:

-¡Pasen, señores, pasen! Por sólo veinticinco centavos, ¡podrán ver la hermana viviente de Pulgarcito! ¡Pasen a ver la mujer más pequeña del mundo! ¡La enana de ojos enormes, enormes como los de un buho! ¡Pasen y verán la enorme cabezota sobre el cuello más flaco del mundo! Por sólo veinticinco centavos, ¡podrán ver a nuestro pequeño monstruo desnudo!

Docenas de niñas llenaron la habitación para contemplar a Carrie, que se había acurrucado en el suelo, en un rincón, gacha la cabeza y ocultando con sus cabellos el rostro avergonzado y aterrorizado.

Sissy abrió su pequeño bolso para recibir las piezas de veinticinco centavos que las niñas ricas dejaban caer en él de buena gana.

-Ahora, quítate la ropa, enana -ordenó Sissy-. ¡El público ha pagado y tiene derecho a verte!

Temblando y echándose a llorar, Carrie se encogió aún más, como una bola, y levantó las rodillas y pidió a Dios que se la tragase el suelo. Pero los suelos nunca se abren cuando debieran hacerlo. Siguió duro y firme debajo de ella, mientras la voz burlona de Sissy proseguía:

-Miren cómo tiembla... Miren cómo se estremece... Va a producir... ¡un terremoto!

Todas las chicas rieron, a excepción de una niña de diez años y estatura normal, que miró a Carrie con piedad y simpatía.

-Yo creo que es muy mona -dijo Lacy St. John-. Déjala en paz, Sissy. No está bien lo que estás haciendo.

-¡Claro que no está bien! -exclamó Sissy, lanzando una carcajada-. ¡Pero es muy divertido!

¡Es un ratoncito tan tímido! *Nunca* dice nada, ¿lo sabíais? ¡Yo creo que no *sabe* hablar! -Saltó del pupitre a la silla y al suelo, corrió hacia donde estaba Carrie y la tocó con la punta del pie-. ¿Tienes lengua, pequeño monstruo? Vamos, ojazos, dinos por qué eres tan rara. ¿Te comió la lengua el gato? Si tienes lengua, ¡ sácala!

Carrie agachó aún más la cabeza.

-¡Mirad, no tiene lengua! -declaró Sissy, dando saltos. Después, dio media vuelta y abrió los brazos-. Ved lo que me dieron por compañera: ¡un buho sin lengua! ¿Qué puedo hacer para que hable? Lacy se acercó a Carrie, para protegerla. -Vamos, Sissy, ya está bien. Déjala en paz. Sissy giró sobre sus talones y pisó con fuerza el pie de Lacy.

-*¡Cállate!* ¡Ésta es mi habitación! Cuando estés en mi habitación, ¡tienes que hacer lo que yo diga! Soy tan alta como tú, Lacy St. John, ¡y mi papá tiene más dinero que el tuyo!

-Creo que eres una niña mala, fea y ruin, por atormentar de esta manera a Carrie -replicó Lacy.

Sissy levantó los puños a la manera de un boxeador profesional y bailó a su alrededor, amagando golpes contra Lacy.

-¿Quieres pelea? Vamos, levanta tus puños. ¡Veremos si puedes alcanzarme antes de que te ponga morados los ojos!

Y, sin dar tiempo a Lacy de protegerse con las manos, Sissy le largó un derechazo que le dio de lleno en el ojo izquierdo. Después, un gancho de izquierda alcanzó la fina y recta nariz de Lacy. ¡Y empezó a manar la sangre!

Entonces, Carrie levantó la cabeza, vio que la única niña que se había mostrado amable con ella era terriblemente golpeada, y resolvió usar su arma más formidable: la voz. Se puso a chillar. Llenó los pulmones, echó la cabeza atrás y lanzó un alarido con todas sus fuerzas.

Abajo, en su estudio de la primera planta, Miss Emily Dean Dewhurst se levantó de un salto, derramando tinta sobre la alfombra. Corrió a dar la alarma en el vestíbulo, para que todas las maestras acudiesen a toda prisa.

Eran las ocho de la tarde. La mayoría de las profesoras se habían retirado a sus habitaciones. Envueltas en albornoces o saltos de cama, y una con un traje de noche escarlata, por lo visto dispuesta a irse de parranda, las profesoras corrieron hacia el lugar del que venía el estruendo. Irrumpieron en la habitación que Carrie compartía con Sissy y se hallaron ante una escena espantosa. Doce niñas se peleaban furiosamente, mientras otras permanecían apartadas, observándolas. Una niña gritaba como Carrie, pero las otras aullaban, daban patadas, rodaban por el suelo, se tiraban de los pelos, se mordían y arrancaban los vestidos... y sobre todo aquel tumulto, resonaba la estridente trompeta de un pequeño ser humano aterrorizado.

-¿Dónde está ese hombre... ese hombre? -gritó Miss Longhurst, que era la del vestido de noche escarlata, con los senos asomando peligrosamente en el pronunciado escote.

-¡Domínese, Miss Longhurst! -ordenó Miss Dew«urst, que había captado en seguida la situación y decidió su *estrategia*--. Aquí no hay ningún hombre. *¡Niñas!* -gritó-. *¡O esto se acaba inmediatamente, o todas se quedarán en el colegio este fin de semana!* -Después, dijo en voz baja a la sexy Longhurst-: Preséntese *usted* en mi despacho, cuando hayamos dominado la situación.

Todas las niñas que luchaban en la habitación, con peligro de ver arrancados sus cabellos y

arañadas sus caras, callaron y se quedaron inmóviles de pronto. Miraron a su alrededor, con ojos espantados, y vieron la habitación llena de profesoras, y lo peor era que estaba también Miss Dewhurst, que no tenía fama de compasiva cuando se producía un alboroto, cosa bastante frecuente. Todas guardaron silencio. Todas, menos Carrie, que siguió chillando con los ojos cerrados y apretando sus pequeños y pálidos puños.

-¿Por qué grita esa niña? -preguntó Miss Dewhurst, mientras Miss Longhurst se alejaba disimuladamente, con aire culpable, para eliminar la prueba de que, en alguna parte, un hombre *estaba* oculto y esperando.

Naturalmente, fue Sissy Towers quien se recobró primero.

-Ella empezó esto, Miss Dewhurst. *Toda* la culpa es de Carrie. Es como una niña pequeña. Tendrá usted que darme otra habitación, pues no puedo vivir junto a un bebé.

-Repita lo que acaba de decir, Miss Towers. Dígame otra vez lo que *tengo* que hacer.

Sissy, intimidada, sonrió, inquieta.

-Quiero decir que me gustaría tener otra compañera de habitación; no me siento a gusto con una niña tan menuda que se sale de lo normal.

Miss Dewhurst miró fríamente a Sissy.

-Lo que no es normal es *su* crueldad, Miss Towers. En lo sucesivo, dormirá en la primera planta, en la habitación contigua a la mía, para que yo pueda vigilarla. -Paseó su firme mirada por la habitación-. En cuanto a las demás, notificaré a sus padres que han quedado cancelados sus permisos para el fin de semana. Ahora se presentarán una a una a Miss Littleton, para que ponga una mala nota en sus expedientes.

Las niñas gimieron un poco y salieron una a una para recibir la mala nota. Sólo entonces se acercó Miss Dewhurst a Carrie, que seguía en el suelo, lloriqueando ahora débilmente y moviendo la cabeza de un lado a otro.

-Miss Dollanganger, ¿está ya lo bastante calmada para decirme lo que ha pasado?

Carrie no podía hablar. El terror y la vista de la sangre la había llevado de nuevo a aquella habitación cerrada, a un día en que se había visto obligada a beber sangre o morirse de hambre. Miss Dewhurst estaba conmovida y asombrada. Cuarenta años de trato con niñas le habían enseñado que éstas podían ser tan malas y crueles como los chicos.

-Miss Dollanganger, si no me contesta, no podrá visitar a su familia este fin de semana. Sé que ha pasado un rato muy malo y quisiera mostrarme amable con usted. Por favor, ¿quiere explicarme lo que ha pasado?

Caída .ahora de bruces en el suelo, Carrie levantó la cabeza. Vio aquella mujer mayor, dominándola con su estatura, y que llevaba una falda azul que era casi gris. Su abuela vestía siempre de gris. Y su abuela hacía cosas terribles. Ella había sido la causante de la muerte de Cory... ¡y ahora venía a llevarse también a Carrie!

-¡ La odio, la odio! -gritó Carrie, una y otra vez, hasta que Miss Dewhurst salió de la habitación y envió a la enfermera del colegio para que administrase un sedante a Carrie.

Aquel viernes me puse al teléfono cuando llamó Miss Dewhurst para decir que doce alumnas habían quebrantado las normas y desobedecido sus órdenes, y que Carrie era una de ellas.

-Lo siento, lo siento de veras. Pero no puedo castigar a las otras y perdonar a su hermana. Estaba en la habitación y no quiso callar cuando se lo ordené.

Esperé hasta que nos sentamos a la mesa, para discutir el asunto con Paul.

-Es un grave error que retengan a Carrie durante el fin de semana, Paul. Nosotros le prometimos que vendría a casa *todos* los fines de semana. Es demasiado menuda para haber provocado el jaleo; por consiguiente, ¡no es justo que la castiguen igual que a las otras!

-Lo cierto es, Cathy -dijo él, dejando el tenedor sobre la mesa-, que Miss Dewhurst me llamó inmediatamente después de haber hablado contigo. Existen unas reglas y, si Carrie se ha portado mal, tiene que ser castigada como las demás. Miss Dewhurst merece mi absoluta confianza.

Chris, que había venido para el fin de semana, estuvo de acuerdo con Paul.

-Tú sabes igual que yo, Cathy, que Carrie también sabe armar jaleo cuando quiere. Aunque no

haga más que chillar, puede dejarte sordo con sus gritos.

Aquel fin de semana fue muy triste sin Carrie. No podía quitármela de la cabeza. Me tenía inquieta, preocupada. Me parecía oír que me llamaba. Si cerraba los ojos, veía su carita pálida y sus grandes ojos desorbitados por el miedo. Pero ella *estaba* bien. Tenía que estarlo, ¿no? ¿Qué podía ocurrirle a una niñita en un colegio tan caro, regido por una mujer tan responsable y respetable como Miss Emily Dean Dewhurst?

Cuando Carrie estaba afligida y a la greña consigo misma y con todo el mundo, y no tenía cerca de ella a alguien que la amase, se recluía en el pasado y en la tranquilizadora compañía de las figuritas de porcelana que había escondido cuidadosamente debajo de toda su ropa. Ahora era la única niña del colegio que tenía una habitación para ella sola. Nunca había estado sola antes de ahora. En sus nueve años de existencia, ni una sola vez había pasado Carrie una noche a solas en su habitación. Y ahora estaba sola, y lo sabía. Todas las niñas del colegio se habían vuelto contra ella, incluso la linda Lacy St. John.

Carrie sacaba sus muñecos de su escondite secreto: Mr. y Mrs. Parkins, y la pequeñita Clara, y les hablaba, como solía hacer cuando estaba encerrada en el ático.

-Cathy -me dijo más tarde-, yo pensaba que mamá estaba quizás en el cielo, en el paraíso, con Cory y papá, y me sentía enojada contigo y con Chris, porque habíais dejado que el doctor Paul me metiese en aquel lugar, cuando sabíais lo mucho que me gustaba estar con todos vosotros. ¡Te odiaba, Cathy! ¡Odiaba a todo el mundo! ¡Y odiaba a Dios, porque me había hecho tan pequeña que todos se burlaban de mi cuerpo menudo y de mi cabeza grande!

Carrie oía que las chicas murmuraban en los pasillos alfombrados de verde, y advertía que miraban furtivamente de reojo cuando ella miraba en su dirección.

-Yo me decía que no me importaba -me confió Carrie, con voz ronca-, pero sí que me importaba. Me decía que podía ser valiente, como queríais tú, Chris y el doctor Paul. Me esforzaba en serlo, pero sabía que no lo era. Me asusta la oscuridad. Y me decía que Dios escucharía mis oraciones y haría que creciese, porque todo el mundo crece cuando se hace mayor, y yo no había de ser menos.

«¡Aquello era tan oscuro, Cathy! ¡Y la habitación era tan grande y desolada! Ya sabes que no me gustan la noche y la oscuridad, con las luces apagadas y nadie cerca de mí. Incluso llegué a desear que volviese Sissy; la soledad me parecía aún peor que ella. Algo se movió en las sombras y me espanté, y, aunque estaba prohibido, encendí la luz. Quería llevar todos mis muñequitos a mi cama, para que me hiciesen compañía. Tendría cuidado de no volverme ni moverme demasiado, para no romperles la cabeza.

«Siempre guardaba mis muñecos en el último cajón de mi tocador, con Mr. y Mrs. Parkins a la izquierda y a la derecha, y la pequeña Clara entre los dos. Cogí primero el envoltorio de algodón de en medio y noté algo duro. Pero cuando miré, Cathy, no estaba allí la muñequita, ¡ sino un pequeño trozo de madera! Desenvolví a Mr. y a Mrs. Parkins, y también eran trozos de madera..., ¡aunque mayores! Aquello me dolió tanto, que me eché a llorar. Todas mis figuritas habían desaparecido, se habían convertido en trozos de madera, y entonces supe que Dios no me dejaría crecer, ya que había convertido en palos a mis lindos muñecos.

«Entonces sentí algo raro, como si yo también me hubiese vuelto de madera. Estaba rígida y no veía bien. Me acurruqué en un rincón y esperé a que ocurriese alguna desgracia. La abuela decía que me ocurriría algo terrible si rompía una muñeca, ¿no? No quiso añadir más, pero yo supe por otros lo que había sucedido después.

En la oscuridad, mucho después de medianoche, las doce niñas castigadas por Miss Dewhurst aquel fin de semana entraron furtivamente en la habitación de Carrie. Fue Lucy St. John quien tuvo la entereza de contármelo, pero sólo cuando no pudo oírla Miss Dewhurst.

Doce niñas, envueltas todas ellas en los largos camisones blancos reglamentarios del colegio, entraron en la habitación de Carrie, sosteniendo cada una de ellas una vela encendida y colocada de manera que iluminase la cara desde abajo. Esto hacía que sus ojos pareciesen cuencas negras y vacías, y daba a los jóvenes rostros un aspecto irreal y fantástico..., lo suficiente para aterrorizar a la

niña que seguía acurrucada en el rincón, presa ya de un miedo intenso. Formaron semicírculo alrededor de Carrie y la miraron desde arriba, mientras cada una se ponía en la cabeza una funda de almohada con agujeros por ojos. Después dieron comienzo al ritual de agitar las velas, trazando dibujos complicados, mientras canturreaban a la manera de las brujas. Querían curar a Carrie de su pequeñez. Querían «liberarla» y «librarse» ellas mismas de todo mal que se viesen impulsadas a hacer para protegerse de un ser tan «antinatural, menudo y extraño».

Una voz chillona dominaba todas las demás, y Carrie supo que era la de Sissy Towers. Para Carrie, todas aquellas niñas ensabanadas en largos camisones, con sus capuchas blancas y negros agujeros por ojos, ¡eran diablos salidos del infierno! Empezó a temblar y a estremecerse, tan espantada como si la abuela hubiese vuelto a su habitación..., ¡sólo que ahora se había multiplicado por doce!

-No llores, no tengas miedo -dijo una voz de pesadilla debajo de una capucha sin boca-. Si sobrevives a esta noche, a esta iniciación, tú, Carrie Dollanganger, te convertirás en miembro de nuestra exclusiva y secreta sociedad. Si triunfas esta noche compartirás en adelante nuestros ritos secretos, nuestras reuniones secretas, nuestros tesoros secretos.

-¡Ohhh! -gimió Carrie-. Marchaos, dejadme en paz; marchaos, dejadme en paz.

-*¡Silencio!* -ordenó la voz estridente de la oradora encapuchada-. Para ser una de las nuestras, tendrás que sacrificar tus bienes *más* preciados. O esto, o sufrir nuestra ordalía.

Acurrucada en el rincón, Carrie miraba las sombras móviles proyectadas por las brujas blancas que la amenazaban. El resplandor de las velas fue creciendo, creciendo, convirtiendo su mundo en una hoguera escarlata y amarilla.

-Danos lo que más aprecias, o tendrás que sufrir, sufrir, sufrir...

-No tengo nada -murmuró sinceramente Carrie.

-Danos los muñecos, las lindas figuritas de porcelana -canturreó la austera voz de la oradora-. Tus vestidos no nos sirven; no cabríamos en ellos. Danos tus muñecos: el lindo caballero, la mujer y la niña.

-Se han ido -gimió Carrie, temerosa de que le prendiesen fuego-. Se han convertido en trozos de madera.

-¡Ja, ja! ¡Vaya una historia! ¡Mientes! Por consiguiente, tendrás que sufrir, pequeño buho, para ser una de las nuestras. Sufrir, o morir. Elige.

La elección era fácil. Carrie asintió con la cabeza, tratando de no sorberse los mocos.

-Muy bien. A partir de esta noche, Carrie Dollanganger, la del extraño nombre, la del extraño rostro, serás como *nosotras.*

Me aflige tener que describir cómo cogieron a Carrie, le vendaron los ojos, la ataron las manitas a la espalda, la empujaron por el pasillo y la obligaron a subir un empinado tramo de escalones. De pronto se hallaron a cielo descubierto. ¡Carrie sintió el fresco aire nocturno, percibió el suelo inclinado bajo sus pies y presumió, acertadamente, ¡que las niñas la habían llevado al tejado! Sólo una cosa le daba más miedo que su abuela, y era el tejado..., cualquier tejado. Previendo sus desaforados gritos, las chicas la habían amordazado.

-Ahora, tiéndete en el suelo, o, en otro caso, estate sentada y quieta como un buho -dijo aquella voz dura-. Permanece posada en el tejado, junto a la chimenea y bajo la luz de la luna, y, por la mañana, serás como *nosotras.*

Agitándose ahora frenéticamente, Carrie trató de resistir la fuerza de muchas manos que la obligaban a sentarse. Después, para empeorar la cosa, retiraron de pronto las manos y la dejaron sola, en la oscuridad del tejado. Carrie oyó, a lo lejos, el sonido decreciente de sus pisadas y el ligero chasquido de un escotillón al cerrarse.

Cathy, Cathy -gritó para sus adentros-, *Chris, ¡venid a salvarme! ¿Por qué me trajo aquí, doctor Paul? ¿Es que nadie me quiere?* Sollozando, emitiendo pequeños sonidos como maullidos ahogados, con los ojos vendados, atada y amordazada, Carrie desafió la pronunciada pendiente del vasto y desconocido tejado, y empezó a moverse en dirección al lugar donde había sonado el escotillón al cerrarse. Pulgada a pulgada, incorporándose y deslizándose sobre el culito... siguió

avanzando, mientras rezaba por no caerse. A juzgar por el entrecortado relato que me hizo mucho, mucho tiempo después, no la había guiado solamente su instinto, sino que había oído, entre los truenos de la tormenta de primavera que se acercaba, la dulce y lejana voz de Cory, cantando aquella melancólica canción sobre volver al hogar y ver de nuevo el sol.

-¡Oh, Cathy! ¡Era tan extraño estar allá arriba! Y el viento empezó a soplar, la lluvia empezó a caer, y retumbaban los truenos, y los relámpagos eran tan fuertes, que podía ver su resplandor a través de la venda que cubría mis ojos....Y, durante todo el tiempo, Cory estuvo cantando y guiándome hacia la puerta del suelo, que pude levantar con los pies y pasar por la abertura, no sé cómo. ¡Entonces caí por la escalera! Oí que se me rompía un hueso. Y el dolor fue tan fuerte, que ya no vi ni sentí nada, ni oí siquiera la lluvia. Y Cory se marchó.

El domingo por la mañana, Paul, Chris y yo nos sentamos a desayunar bastante tarde.

Chris tenía en la mano un panecillo caliente, cocido en casa con abundante mantequilla, y había abierto los labios para darle un gran bocado, cuando sonó el teléfono en el vestíbulo. Paul gruñó y dejó el tenedor sobre la mesa. Yo gruñí también, porque había hecho mi primer *soufflé* de queso y había que comerlo en seguida.

-¿Quieres contestar tú, Cathy? -pidió Paul-. Estoy realmente ansioso de probar tu *soufflé.* Tiene un aspecto delicioso y huele a gloria.

-Siga sentado y coma -dije, poniéndome en pie de un salto-. Procuraré librarle de la cargante Mrs. Williamson...

Él rió por lo bajo y me dirigió una mirada divertida, mientras cogía de nuevo el tenedor.

-Puede que no sea mi viuda solitaria, con otra de sus leves indisposiciones.

Chris siguió comiendo.

Descolgué el teléfono y dije, en mi tono más amable de persona mayor.

-Aquí, la residencia del doctor Paul Sheffield.

-Soy Emily Dean Dewhurst -dijo una voz muy grave-. Haga el favor de decirle al doctor Sheffield que se ponga inmediatamente al aparato.

-¡Miss Dewhurst! -exclamé alarmada-. Soy Cathy, la hermana de Carrie. ¿Está Carrie bien?

-Usted y el doctor Sheffield tienen que venir en seguida.

-Miss Dewhurst... Pero no me dejó seguir.

-Parece que su hermana pequeña ha desaparecido de- un modo bastante misterioso. Los domingos, las niñas que han sido castigadas a quedarse aquí el fin de semana tienen que asistir al oficio religioso. Yo misma pasé lista, y Carrie no respondió al ser llamada.

Mi corazón empezó a latir más de prisa, pues temía lo que vendría después, pero apreté un botón que conectaba con un micrófono suplementario y a través del cual podrían oír Chris y Paul el mensaje de Miss Dewhurst, sin necesidad de levantarse.

-¿Dónde estaba? -pregunté, con voz débil, pues ahora estaba realmente asustada. Ella respondió con calma:

-Esta mañana, cuando pronuncié el nombre de su hermana y pregunté dónde estaba, se hizo un extraño silencio. Envié una profesora a la habitación de Carrie, y ésta no estaba allí. Entonces ordené un registro de todo el colegio, desde los sótanos hasta el desván, y su hermana siguió sin aparecer. Si tuviese otro carácter, presumiría que se ha escapado y está en camino de su casa. Pero algo que flota en el ambiente me dice que al menos doce niñas saben lo que le ha ocurrido a Carrie y se niegan a hablar para no comprometerse.

Abrí mucho los ojos.

-¿Quiere usted decir que aún no sabe dónde está Carrie?

Paul y Chris habían dejado de comer. Ambos me miraban ahora con creciente inquietud.

-Lamento decirle que no lo sé. Carrie no ha sido vista desde las nueve de la noche. Si se hubiese dirigido a pie a su casa, tendría que estar ahora ahí. Es casi mediodía. Si no está aquí ni ahí, tiene que haberse perdido o sufrido un accidente.

Estuve a punto de gritar. ¿Cómo podía hablar tan desapasionadamente? ¿Por qué, cuando ocurría algo terrible en nuestras vidas, tenía que darnos la noticia una voz tranquila e indiferente?

El automóvil blanco de Paul corrió a toda velocidad por la carretera de Overland en dirección al colegio de Carrie. Yo iba embutida en el asiento delantero, entre Paul y Chris. Mi hermano llevaba su saquito de mano, para poder tomar el autobús y dirigirse a la Universidad en cuanto supiésemos lo que había sido de Carrie. Me estrechaba la mano, como para asegurarme que nada malo le había ocurrido a *nuestra* pequeña.

-No pongas esa cara, Cathy -me dijo, pasando un brazo sobre mis hombros y reclinando mi cabeza sobre el suyo-. Ya sabes cómo es Carrie. Probablemente se ha escondido y no quiere responder. ¿Recuerdas cuando estaba en el ático? No quería estarse quieta, ni siquiera cuando se lo pedía Cory. Ella iba a lo suyo. No puede haberse escapado. La habría espantado la oscuridad. Estará oculta en alguna parte. Alguien debió de herir sus sentimientos y quiere hacérselo pagar dándole motivos de preocupación. No se habría atrevido a andar por el mundo en plena noche.

¡En plena noche! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué había mencionado Chris el ático, donde Cory había estado a punto de morir en un baúl antes de ir a reunirse con papá en el cielo? Chris me besó en la mejilla y enjugó mis lágrimas.

-Vamos, no llores. No debí decir esto. Ella está bien, ya lo verás.

-¿Cómo puede usted decir que no sabe dónde está mi pupila? -inquirió Paul, con voz dura y mirando fríamente a Miss Dewhurst-. Tenía entendido que las niñas de este colegio eran debidamente vigiladas durante todo el día.

Estábamos en el elegante despacho de Miss Emily Dean Dewhurst. Ésta no se había sentado detrás de su imponente mesa, sino que paseaba nerviosamente arriba y abajo.

-Créame, doctor Sheffield, si le digo que nunca nos había ocurrido una cosa semejante. Jamás *perdimos* una alumna. Todas las noches revisamos las habitaciones para asegurarnos de que las niñas están en la cama y han apagado las luces, y, ayer, Carrie *estaba* en su habitación. Yo personalmente fui a verla, porque quería consolarla, pero ella no quiso mirarme ni hablarme. Desde luego, todo empezó con aquella pelea en el cuarto de su pupila y con las malas notas que dieron lugar a que varias niñas fuesen castigadas a no salir este fin de semana. Todas las profesoras me han ayudado a buscarla, y hemos interrogado a las alumnas, que dicen no saber nada. Yo creo que saben algo, pero si se niegan a hablar, confieso que no sé qué hacer.

-¿Por qué no avisó inmediatamente después de echarla en falta? -preguntó Paul.

Entonces hablé yo y pedí que me llevasen a la habitación de Carrie. Miss Dewhurst aprovechó en seguida la ocasión, deseosa de escapar a la ira del doctor. Mientras la seguíamos escaleras arriba, no paró de excusarse y de decir que debíamos comprender lo difícil que era manejar a tantas niñas traviesas. Cuando entramos al fin en la habitación de Carrie, varias alumnas nos siguieron, comentando en voz baja lo mucho que Chris y yo nos parecíamos a Carrie, aunque no éramos «tan bajitos como ella». Chris se volvió para reñirlas. -¡No es extraño que ella odie este lugar, donde pueden decirse estas cosas! Pero la encontraremos -afirmó-. Aunque tengamos que quedarnos aquí toda la semana y apretarles los tornillos a todas esas pequeñas brujas para que nos digan dónde está.

-¡Joven! -gritó Miss Dewhurst-, ¡sólo yo puedo apretarles los tornillos a mis alumnas!

Yo conocía mejor que nadie a Carrie y traté de ponerme en su lugar. Si hubiese tenido la edad de Carrie, ¿habría tratado de huir de un colegio donde me privaban injustamente de ir a casa? ¡Sí! *Habría* hecho exactamente esto. Pero yo no era Carrie; yo no me habría escapado en camisa de dormir. Todos sus pequeños uniformes, confeccionados por Henny, estaban allí, y también sus suéteres, faldas y blusas, y sus lindos vestidos; todo en absoluto. Todo lo que había traído al colegio estaba en su sitio. Sólo faltaban las figuritas de porcelana.

Todavía arrodillada ante el tocador de Carrie, me senté sobre los talones, miré a Paul y le mostré la caja que sólo contenía unos palitos y unos envoltorios de algodón.

-Sus muñequitos no están aquí -dije tristemente, sin comprender lo que significaban los trozos de madera- y, que yo sepa, la única prenda que falta es una camisa de dormir. Carrie no habría salido a la calle en camisón. Tiene que estar aquí..., en algún lugar que no ha sido registrado.

-¡ Hemos mirado en *todas partes!*

Miss Dewhurst dijo esto con impaciencia, como si yo no tuviese voz en el asunto y éste fuese

de la única incumbencia del doctor, del tutor, con el que trataba de congraciarse, aunque Paul seguía mirándola fría y severamente.

Por alguna razón que no podía explicar, volví la cabeza y sorprendí una mirada culpable en la cara pálida y enfermiza de una niña flacucha y pelirroja, a la que detestaba desde que Carrie me había hablado de su compañera de habitación. Quizá fueron sus ojos, o su manera de hurgar en el grande y cuadrado bolsillo de su delantal de organdí; pero lo cierto *es* que fijé mi mirada en la de ella, tratando de *escudriñar* en lo más hondo de sus ojos. Ella palideció aún más y desvió la mirada hacia la ventana, balanceándose, inquieta, sobre los pies y sacando rápidamente la mano del bolsillo, en el cual vi un abultamiento sospechoso.

-Tú -señalé-. Tú eres la compañera de habitación de Carrie, ¿no es cierto?

-Lo era -murmuró ella.

-¿Qué llevas en el bolsillo?

Volvió bruscamente la cabeza en mi dirección. Sus ojos echaron chispas verdes, mientras se contraían los músculos próximos a sus labios.

-¡ Eso no le importa!

-¡Miss Towers! -gritó Miss Dewhurst-. ¡Conteste la pregunta de Miss Dollanganger!

-¡Es mi bolsillo! -replicó Sissy Towers, mirándome desafiadoramente.

-Un bolsillo muy abultado -dije. Avancé súbitamente y sujeté a Sissy Towers por las rodillas. Con mi mano libre, mientras ella aullaba y se agitaba, saqué un pañuelo azul de su bolsillo. Y Mr. y Mrs. Parkins, y la pequeña Clara, salieron del pañuelo. Sostuve las tres figuritas de porcelana en la mano y pregunté:

-¿Por qué tienes los muñequitos de mi hermana?

-¡Son míos! -exclamó la niña, con sus malévolos ojos fruncidos en dos rendijas.

Las otras niñas que estaban allí empezaron a reír y a hacer comentarios en voz baja.

-¿Tuyos? Pertenecen a mi hermana.

-*¡Mientes!* -saltó ella-. Esto es un robo, ¡y mi padre te meterá en la cárcel! -Después, aquel pequeño demonio alargó la mano hacia las figuritas y ordenó-: Miss Dewhurst, ¡diga a esa persona que me deje en paz! ¡Es tan desagradable como la *enano* de su hermana!

Yo me incorporé y me erguí sobre ella con aire amenazador. Por si acaso, oculté las figuritas detrás de mi espalda. Si quería cogerlas, ¡tendría que matarme!

-¡Miss Dewhurst! -gritó la pequeña arpía, atacándome a su vez-. *¡Mamá y papá me regalaron estos muñecos por Navidad!*

-¡Mientes, diablejo! -exclamé haciendo un gran esfuerzo para no abofetear su desafiante rostro-. Robaste estos muñecos a mi hermana. Y, por culpa de lo que hiciste, ¡Carrie está en gran peligro en este momento! -Lo sabía. Lo sentía. Carrie necesitaba ayuda, y de prisa-. ¿Dónde está mi hermana? -grité, furiosa.

Miré duramente a la pelirroja Sissy, convencida de que ella sabía dónde estaba Carrie, pero no me lo diría nunca. Lo leía en sus ojos, en sus ojos rencorosos y ruines. Entonces, Lacy St. John se decidió a hablar y nos dijo lo que le habían hecho a Carrie la noche anterior.

¡Oh, Dios mío! No había en el mundo un lugar más terrible para Carrie que un tejado..., ¡cualquier tejado! Recordé un tiempo pasado, cuando Chris y yo habíamos tratado de sacar a los mellizos al tejado de Foxworth Hall, para que pudiesen tomar el sol y respirar aire fresco, y creciesen como era debido. Pero ellos habían chillado y pataleado, como enloquecidos por el miedo.

Apreté los párpados, concentrando mi pensamiento en Carrie. ¿Dónde, dónde, dónde? Y, en el fondo de mis ojos, la vi acurrucada en un rincón oscuro, en lo que parecía el fondo de una garganta de altas paredes a ambos lados.

-Quisiera registrar yo misma el desván -dije a Miss Dewhurst.

Ésta respondió rápidamente que habían registrado todos sus rincones, llamando a Carrie repetidas veces. Pero ellas no conocían a Carrie como yo. Ellas no sabían que mi hermanita era capaz de irse a una tierra ignota donde no existía el lenguaje, al menos cuando estaba bajo una fuerte impresión.

Todas las profesoras, Chris, Paul y yo, subimos la escalera del desván. Éste era como cabía esperar: un lugar vasto, oscuro y polvoriento. Pero no lleno de viejos muebles cubiertos de paños grises u otros restos del pasado. Sólo había montones y montones de pesadas cajas de madera.

Pero Carrie estaba aquí. Yo lo sabía. Sentía su presencia, como si ella alargase la mano para tocarme, aunque, al mirar a mi alrededor, sólo veía aquellas cajas.

-¡Carrie! -grité, lo más fuerte que pude-. Soy Cathy. No te escondas y estés callada porque tienes miedo. Tengo tus muñecos, y el doctor Paul y Chris están conmigo. Venimos a buscarte para llevarte a casa. ¡No volveremos a enviarte al colegio! -Le di un codazo a Paul-. Dígaselo usted también.

-¡Carrie! -gritó él, desdeñando el acostumbrado tono suave de su voz-. Si puedes oírme, debes saber que tu hermana ha dicho la verdad. Queremos que vengas a casa con nosotros y te quedes en ella. Lo siento, Carrie. Yo me imaginaba que esto te gustaría. Ahora sé que no podrás ser feliz aquí. Sal, Carrie, por favor. Te necesitamos.

Entonces me pareció oír un ligero gemido. Corrí en aquella dirección, con Chris pisándome los talones. Yo sabía mucho de desvanes, de sus escondrijos y de los sitios donde había que buscar.

Me detuve con tanta brusquedad, que Chris chocó conmigo. Delante de mí, en la sombra proyectada por las torres de pesadas cajas de madera, descubrí a Carrie, todavía en su camisa de noche desgarrada, sucia y ensangrentada, con una mordaza y con los ojos vendados. Su mata de cabellos rubios resplandecían bajo la débil luz. Y, debajo de su cuerpo, una de sus piernas estaba torcida de un modo grotesco.

-¡Dios mío! -murmuraron Chris y Paul al mismo tiempo-. Parece que tiene una pierna rota.

Y, cuando yo iba a correr para rescatar a Carrie, Paul me sujetó de los hombros y me advirtió en voz baja.

-Espera un momento. Mira esas cajas, Cathy. Un movimiento descuidado por tu parte, y podrían derrumbarse encima de Carrie y de ti.

Detrás de mí, una de las profesoras gimió y empezó a *rezar*. Parecía increíble que Carrie hubiese podido arrastrarse por el angosto pasadizo, con las manos atadas y los ojos vendados. Una persona adulta no habría podido hacerlo; pero yo sí que podría... Todavía era bastante menuda.

Empecé a hablar mientras trazaba mi plan.

-Carrie, vas a hacer exactamente lo que yo te diga. No te inclines a la derecha ni a la izquierda. Tiéndete boca abajo en la dirección de mi voz. Me arrastraré hasta ti y te asiré por debajo de los brazos. Levanta la cabeza, para no rozar con ella el suelo. El doctor Paul me agarrará de los tobillos y tirará de las dos.

-Dile que le dolerá la pierna.

-¿Has oído lo que ha dicho el doctor Paul, Carrie? La pierna te va a doler, pero no te agites si sientes dolor. Será cuestión de unos segundos, y después, el doctor Paul te curará la pierna.

Me pareció que tardaba horas en deslizarme por aquel túnel, mientras las cajas oscilaban amenazadoras, y, cuando agarré a Carrie por las axilas, oí gritar a Paul:

-¡Aguanta, Cathy!

Tiró de mí, con fuerza y de prisa. ¡Y las cajas de madera se derrumbaron, levantando nubes de polvo! En medio de aquella confusión, me hallé al lado de Carrie y le quité la venda y la mordaza, mientras el doctor le desataba las manos.

Entonces Carrie se agarró a mí, pestañeando a causa de la luz, llorando de dolor, aterrorizada al ver a las profesoras y contemplar su pierna tan torcida.

Chris y yo viajamos en la ambulancia que vino a buscar a Carrie para llevarla al hospital. Ocupábamos los dos la misma banqueta, asiendo cada uno una mano de Carrie. Paul nos seguía en su automóvil blanco, porque quería estar presente cuando el traumatólogo compusiera la pierna rota de mi hermanita. Yaciendo boca arriba sobre la almohada de Carrie, junto a su cabeza, estaban los tres muñecos, con sus finas sonrisas y sus rígidos cuerpos. Entonces recordé una cosa. Ahora faltaba la camita, como había desaparecido la cuna, años atrás.

La fractura de la pierna de Carrie dio al traste con las largas vacaciones de verano que nuestro

doctor había proyectado para todos nosotros. Una vez más, maldije interiormente a mamá. Ella tenía la culpa. Y siempre teníamos que pagar nosotros lo que ella causaba. No era justo que Carrie tuviese que yacer en la cama y que no pudiésemos viajar al Norte, mientras nuestra madre pindongueaba de un lado para otro, asistía a fiestas y alternaba con la alta sociedad y las estrellas del cine, ¡como si nosotros no existiésemos! Ahora estaba en la Costa Azul. Recordé la noticia de la columna de sociedad del periódico de Greenglenna y la pegué en mi álbum de venganza. Este recorte lo mostré a Chris antes de pegarlo. Porque no se los mostraba todos. No quería que supiese que me había suscrito al diario de Virginia, que explicaba todo lo que hacían los Foxworth.

-¿De dónde has sacado esto? -me preguntó, al devolverme el recorte.

-Del diario de Greenglenna. Habla de la alta sociedad mucho más que el *Daily News* de Clairmont. Nuestra madre es muy popular, ¿no lo sabías?

-A diferencia de ti, ¡procuro olvidarme de ella! -exclamó vivamente-. No lo pasamos tan mal, ¿verdad? Tenemos la suerte de estar con- Paul, y la pierna de Carrie sanará y quedará como era antes. Ya llegará otro verano en que podamos ir a Nueva Inglaterra ...

¿Cómo lo sabía? Las oportunidades no se repetían nunca. Quizás, otros veranos, estaríamos demasiado ocupados, o lo estaría Paul.

-¿No crees, ya que «casi» eres médico, que su pierna puede no crecer mientras esté escayolada? Él pareció extrañamente inquieto.

-Si Carrie se desarrollase como es normal, pienso que existiría este riesgo. Pero ella crece poco, Cathy, y por eso no es probable que le quede una pierna más corta que la otra.

-¡Oh! ¡Empápate bien la *Anatomía de Grayl* -le dije, furiosa, porque siempre tomaba a la ligera lo que le decía para echarle a mamá la culpa de algo.

Él sabía tan bien como yo por qué Carrie no había crecido. Privada de amor, de sol y de libertad, ¡era una maravilla que hubiese sobrevivido! ¡Y además, con el arsénico! ¡Mamá se merecía el infierno!

Día tras día, con el mayor empeño, añadí, a mi colección de noticias, recortes y fotografías borrosas arrancados de muchos periódicos. Gastaba en ello la mayor parte de mi «dinero de bolsillo». Pero si contemplaba las fotos de mamá con odio y desprecio, miraba a su marido con admiración. Éste era joven, apuesto, robusto, alto, esbelto y de piel bronceada. Observé una fotografía en la que aparecía levantando una copa de champaña al brindar por su esposa en el segundo aniversario de su boda.

Aquella noche resolví enviar una breve nota a mamá. Certificada, para estar segura de que la recibiría.

Querida Mrs. Winslow.

¡Qué bien recuerdo el verano de su luna de miel! Fue un verano maravilloso, agradable y refrescante en la montaña, en una habitación cerrada y con ventanas que no se abrían nunca.

Reciba mi felicitación y mis mejores deseos, Mrs. Winslow; confío en que sus futuros veranos, inviernos, primaveras y otoños se vean colmados por el recuerdo de los veranos, inviernos, primaveras y otoños que pasaron sus muñequitos de Dresde. Sin el menor afecto, El muñeco médico, La muñeca bailarina, La muñequita que no creció, Y el muñequito muerto (1).

(1) Aquí, como en otros pasajes de la novela, se ha traducido por «muñequito» o «muñeca» la palabra «Dolí», •Que es también abreviatura del apellido «Dollanganger», de los chicos. - *(N. del T.).*

Corrí a echar la carta al correo y, en cuanto la hube depositado en el buzón, lamenté no poder recuperarla. Chris me odiaría por esto.

Aquella noche llovió y yo me levanté para ver la tormenta. Las lágrimas surcaban mis mejillas, lo mismo que la lluvia surcaba los cristales. Como era sábado, Chris estaba en casa. Había salido a la galería, dejando que la lluvia impulsada por el viento mojase su pijama y lo pegase a su piel.

Me vio en el mismo instante en que yo le vi, y, sin decir palabra, entró en mi habitación. Nos abrazamos; yo llorando, y él, esforzándose por no hacerlo. Quería que se marchase, pero seguía

abrazada a él y llorando sobre su hombro.

-Bueno, Cathy, ¿a qué vienen esas lágrimas? -me preguntó, mientras yo seguía sollozando.

-Chris -le pregunté, cuando pude-, tú sigues *queriéndola*, ¿verdad?

Él vaciló. Y esto hizo que mi sangre ardiese de ira.

-*¡La quieres!* -grité-. ¿Cómo puedes quererla, después de lo que les hizo a Cory y a Carrie? ¿Qué te pasa, Chris, que sigues amando cuando deberías odiar como yo?

Tampoco me respondió esta vez. Y su silencio me dio la respuesta. Tenía que amarla, para seguir amándome. Cada vez que miraba mi cara, la veía a ella tal como había sido en su primera juventud. Chris era como papá, tan vulnerable como él a esta clase de belleza. Pero nuestro parecido era sólo superficial. ¡Yo no era débil! ¡Yo no era una inútil! Habría podido encontrar mil maneras de ganarme la vida, antes que encerrar a mis cuatro hijos en una mísera habitación y dejarlos al cuidado de una vieja malvada que quería verles sufrir por unos pecados que no habían cometido.

Mientras pensaba en la venganza y hacía planes para arruinar su vida cuando se me presentase la ocasión, Chris me besaba tiernamente. Yo no me había dado siquiera cuenta de ello.

-¡Basta! -grité, al sentir sus labios sobre los míos-. ¡Déjame en paz! Tú no me quieres por lo que soy. ¡Me quieres porque mi cara se parece a la suya! A veces, ¡odio mi cara!

Él pareció terriblemente afligido y retrocedió hacia la puerta.

-Sólo pretendía consolarte -dijo, con voz entrecortada-. No veas en esto nada malo.

Mis temores de que la pierna de Carrie saliese de la escayola más corta que la otra resultaron infundados. Muy poco después de que le quitasen el yeso, Carrie andaba tan campante como antes.

Al acercarse el otoño, Chris, Paul y yo discutimos el asunto y resolvimos que lo mejor para Carrie sería un colegio público que le permitiese volver a casa todas las tardes. Lo único que tenía que hacer era tomar un autobús a tres manzanas de nuestra casa; el mismo autobús la traería de regreso a las tres de la tarde. Después, estaría con Henny en la grande y acogedora cocina de Paul, mientras yo daba mi clase de ballet.

Pronto estuvimos en setiembre, y pasó noviembre sin que Carrie hubiese hecho una sola amistad. Ella quería desesperadamente integrarse en algún sitio, pero siempre se sentía extraña adonde quiera que estuviese. Necesitaba tener a alguien que fuese para ella como una hermana, pero sólo encontraba recelo, hostilidad y burla. Cabía presumir que Carrie pasaría por toda la escuela elemental sin encontrar una sola amiga.

-Cathy -me decía-, nadie me quiere.

-Ya te querrán. Más pronto o más tarde, descubrirán lo buena y maravillosa que eres. Y todos nosotros te queremos y te admiramos; por consiguiente, no deben preocuparte los demás. ¡No te importe lo que digan!

Y ella se sorbía los mocos, porque le importaba, ¡vaya si le importaba!

Carrie dormía en su cama, arrimada a la mía, y todas las noches veía yo que se arrodillaba en el suelo, cruzaba las manos bajo el mentón, bajaba la cabeza y rezaba: «Te pido, Señor, que pueda encontrar a mi madre. A mi verdadera madre. Y sobre todo, Señor, haz que crezca un poco más. No tienes que hacer que sea tan alta como mamá, pero sí como Cathy. Te lo ruego, Dios mío, te lo ruego.»

Al oír esto, tumbada en mi cama, miraba ciegamente el techo y odiaba a mamá, ¡la despreciaba y la aborrecía de veras! ¿Cómo podía Carrie querer a una madre que había sido cruel? ¿Habíamos hecho bien, Chris y yo, en ocultarle la triste verdad de que nuestra madre había tratado de matarnos, y de que por su culpa se había quedado ella tan bajita?

Si Carrie se sentía desdichada y sola, ello se debía únicamente a su pequeñez. Sabía que su cara era bonita y que sus cabellos eran espléndidos, pero, ¿qué importaba esto, si su cabeza era enorme para un cuerpo tan delgado y tan menudo? La belleza de Carrie no le conquistaba amigos ni despertaba admiración, sino todo lo contrario. «Cara de muñeca, cabellos de ángel, ¿eres un gnomo o una enanita? ¿Vas a ingresar en un circo, para ser su fenómeno más Pequeño?» Y ella corría hasta casa desde la parada del autobús, asustada y llorosa, atormentada una vez más por unas criaturas insensibles.

-¡No sirvo para nada, Cathy! -gemía, hundiendo la cara en mi falda-. Nadie me quiere. No les gusta mi cuerpo, porque es demasiado pequeño, y no les gusta mi cabeza, porque es demasiado grande, y ni siquiera les gusta lo que hay de bonito en mí, ¡porque piensan que es una lástima que lo tenga una niña tan menuda como yo!

Yo procuraba consolarla, pero no acertaba a hacerlo. Sabía que ella observaba todos mis movimientos y comparaba mis proporciones con las suyas. Se daba cuenta de mi buena complexión y de lo grotesco de la suya.

Si yo hubiese podido cederle una parte de mi estatura, lo habría hecho de buena gana. Pero, como no podía, rezaba por ella. Noche tras noche, me arrodillaba también e imploraba a Dios: «Te ruego, Señor, que hagas crecer a Carrie. Sufre mucho. Señor, y ha pasado mucho. Sé bueno. Míranos, Señor. ¡Míranos! ¡Escúchanos!»

Una tarde, Carrie acudió a la única persona que podía darle casi todo. ¿Por qué no aprovechar la ocasión?

Paul estaba en la galería de atrás, bebiendo vino y comiendo queso y galletas. Yo estaba en la clase de ballet, y me enteré de lo ocurrido por la versión que me dio Paul.

-Vino a mí, Cathy, y me preguntó si no tendría una máquina para estirar su cuerpo.

Yo suspiré, al oírlo.

-«Si tuviese una máquina capaz de hacerlo -le dije (y yo estuve segura de que se lo había dicho con amor y dulzura y comprensión, no en son de burla)-, sería una operación muy dolorosa. Ten paciencia, querida. Desde que llegaste, has crecido un poco, y, con el tiempo, crecerás más. Yo he visto a niños muy bajitos crecer de pronto al llegar a la pubertad.» Ella me miró con sus grandes ojos azules y asustados, y vi su desilusión. La había defraudado. Lo comprendí al verla alejarse, con los hombros caídos y gacha la cabeza. Sin duda había concebido alguna esperanza, al decirle las crueles criaturas de la escuela que tenía que buscar una «máquina de estirar».

-¿No hay algún medicamento moderno que pueda hacerla crecer? -pregunté, a Paul.

-Lo estoy buscando -respondió él, con voz tensa-. Daría cualquier cosa para que Carrie alcanzase la estatura que desea. Le daría varios centímetros de la mía... ¡si pudiese!

LA SOMBRA DE MAMÁ

Llevábamos un año y medio con nuestro doctor, y habían sido días de entusiasmo y de desencanto. Yo era como un topo que saliese de la oscuridad y se encontrase con que los brillantes días no eran en absoluto como había presumido que serían.

Había pensado, al escapar de Foxworth Hall, siendo casi una mujer adulta, que la vida me conduciría, por un camino de rosas, a la fama, a la fortuna y a la felicidad. Tenía talento: lo veía en los ojos admirados de Madame y de Georges. Madame, sobre todo, me reñía por cada pequeño defecto de técnica o de dominio. Pero sus críticas me decían que merecía todos sus esfuerzos por convertirme, no sólo en una buena bailarina, sino en una danzarina excepcional.

Durante las vacaciones de verano, Chris consiguió un empleo de camarero en un café, desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. En agosto, iría de nuevo a la Duke University, donde empezaría su segundo curso. Carrie mataba las horas columpiándose y jugando con sus juguetes de niña pequeña, aunque tenía ya diez años y hubiese debido dejar atrás la edad de las muñecas. Yo iba a la clase de ballet cinco días a la semana y, además, medio día del sábado. Cuando estaba en casa, mi hermana menor me seguía como mi sombra. Cuando no estaba, era la sombra de Henny. Necesitaba una compañera de juego de su edad, pero no podía encontrarla. Como se sentía demasiado mayor para hacer el papel de niña pequeña con Chris y conmigo, sólo podía confiarse a sus muñecos de porcelana, y, de pronto, dejó de lamentarse de su estatura. Pero sus ojos, aquellos ojos tristes y anhelantes, expresaban lo mucho que deseaba ser tan alta como las niñas que veía caminar por las calles comerciales.

La soledad de Carrie me dolía tanto que volví a pensar en mamá y a condenarla a los tormentos del infierno. Confiaba en que la colgasen de los pies sobre el fuego eterno y la pinchasen los diablos con sus lanzas.

Cada vez con más frecuencia, escribía breves notas a mi madre para atormentar su regalada vida, dondequiera que estuviese. Pero sin duda no paraba en cada sitio el tiempo suficiente para recibir mis cartas, o, si las recibía, no las contestaba. Y esperaba que llegase alguna carta devuelta, con la indicación de SE AUSENTÓ, pero no llegó ninguna.

Yo leía cuidadosamente todas las noches el periódico de Greenglenna, tratando de descubrir lo que hacía mi madre y dónde estaba. A veces, hallaba noticias.

Mrs. Bartholomew Winslow salió de París y viajó a Roma en avión para visitar al nuevo chic couturier *de Italia.*

Recorté la noticia y la pegué en mi álbum. ¡Ya vería ella, cuando nos hallásemos frente a frente! Más pronto o más tarde, tendría que venir a Greenglenna, a vivir en la casa de Bart Winslow, recién restaurada, decorada y amueblada. También recorté otro artículo de actualidad y contemplé una fotografía muy poco halagadora. Esto era muy raro. De ordinario, ella sonreía ampliamente, para mostrar al mundo lo feliz y satisfecha que se sentía en la vida.

Chris marchó a la Universidad en agosto, dos semanas antes de que volviese yo a la escuela superior. A finales de enero, pasaría el examen para el título. Estaba harta de la escuela superior, y estudié furiosamente para conseguirlo.

Los días de otoño transcurrieron de prisa, en contraste con otros otoños en que el tiempo había pasado lentamente, mientras crecíamos y nos era robada nuestra juventud. El seguimiento de las actividades de mi madre me tuvo bastante ocupada; pero cuando empecé a interesarme en la historia de la familia de Bart, tuve que emplear en ello muchas más horas de mi precioso tiempo.

Pasé muchas de ellas en Greenglenna, leyendo viejos libros sobre las familias fundadoras de la ciudad. Los antepasados de Bart habían llegado aproximadamente al mismo tiempo que los míos, en el siglo XVIII, y también ellos procedían de Inglaterra y se habían establecido en Virginia, en la parte que era ahora Carolina del Norte. Al enterarme de esto, levanté la cabeza y me quedé mirando al espacio. ¿Era simple coincidencia el que sus antepasados y los míos hubiesen formado parte de aquella «Colonia Perdida»? Algunos cabezas de familia habían vuelto a Inglaterra en busca de suministros, para encontrarse, al regresar mucho más tarde, con la colonia abandonada y sin un solo superviviente que pudiese contarles el motivo. Después de la Revolución, los Winslow se habían trasladado a Carolina del Sur. ¡Qué raro! Ahora, los Foxworth estaban también en Carolina del Sur.

Cuando iba de compras y pasaba por las bulliciosas calles de Greenglenna, no había día en que no esperase ver a mi madre. Miraba fijamente a todas las rubias que veía. Entraba en las tiendas caras, buscándola con los ojos. Fachendosas dependientas me seguían sin ruido y me preguntaban en qué podían servirme. Desde luego, en nada. Yo buscaba a mi madre, y ésta no podía estar colgando de una percha. ¡Pero estaba en la ciudad! La columna de Sociedad me había dado la información. El día menos pensado, ¡la vería!

Un sábado en que brillaba el sol, dirigíame a toda prisa a hacer un recado de Madame Marisha cuando, de pronto, vi en la acera, delante de mí, un hombre y una mujer que me resultaron tan familiares que casi se me paró el corazón. ¡Eran ellos! El mero hecho de verla paseando al lado de él, tranquila y satisfecha, ¡hizo que me acometiese el pánico! Sentí que la bilis subía a mi garganta. Anduve un poco más de prisa, hasta situarme detrás de ellos. Si ella se volvía, no podría dejar de verme... ¿Y qué haría yo entonces? ¿Escupirle a la cara? Sí, me habría gustado hacerlo. También podía ponerle una zancadilla, hacerla caer y ponerla en ridículo. No habría estado mal. Pero lo único que hacía era temblar y sentir mareo, oyéndoles hablar.

La voz de ella era dulce y suave, culta y distinguida. Y me maravillaba ver lo esbelta que era aún mi madre, y la belleza de sus claros y brillantes cabellos, que flotaban en delicadas ondas detrás de su cara. Cuando volvió la cabeza para decirle algo a su acompañante, la vi de perfil. Y suspiré. ¡Dios mío! Aquella mujer, envuelta en un caro vestido de color de rosa, era mi madre. La madre hermosa a quien tanto había amado. Mi madre asesina, que todavía podía agarrar y estrujar mi corazón, porque la había amado mucho y confiado mucho en ella; y porque, en el fondo de mi ser, seguía siendo como la pequeña Carrie, que todavía quería una madre a quien amar. ¿Por qué, mamá? ¿Por qué tuviste que querer al dinero más que a tus hijos?

Ahogué un sollozo, para que ella no lo oyese. Mis emociones se desbocaron. Quería lanzarme sobre ella y acusarla delante de su marido, dejándole perplejo a él y aterrorizada a ella. También quería correr y echarle los brazos al cuello, gritar su nombre y suplicarle que volviese a quererme. Pero todas las tempestuosas emociones que sentía quedaron sumergidas en la ola de venganza y de rencor que me invadía. No la abordé porque todavía no estaba en condiciones de hacerle frente. No era rica ni famosa. No era nadie especial, mientras que ella seguía siendo una gran belleza, una de las mujeres más ricas de la zona y una de las más afortunadas.

Bastante hice con acercarme tanto, pero ella no se volvió. Mi madre no solía mirar atrás, ni contemplar a los transeúntes. Estaba acostumbrada a ser ella quien atraía todas las miradas de admiración. Como una reina entre unos lugareños, caminaba como si la calle fuese únicamente para ella y para su joven marido.

Cuando la hube contemplado bien, miré a su marido y capté su belleza varonil, semejante a la de un felino. Ya no llevaba su grueso bigote. Sus negros y ondulados cabellos aparecían peinados hacia atrás y cortados a la última moda. Me recordó un poco a Julián.

La conversación entre mi madre y su marido no era muy reveladora. Estaban discutiendo a qué restaurante irían a comer, y ella preguntó después si no creía él que en Nueva York podrían encontrar muebles mejores que los que habían visto aquella tarde.

-Me encanta el armario para libros que hemos elegido -dijo ella, con una voz que me volvió a mi infancia-. Me recuerda mucho la que compré poco antes de la muerte de Chris.

¡Oh, sí! Aquel mueble había costado dos mil quinientos dólares y había sido necesario para llenar un extremo del cuarto de estar. Después, papá había muerto en la carretera, y mamá devolvió todo lo que no había aún pagado, incluido aquel armario.

Les seguí, exponiéndome a que me viesen, si así lo quería el destino. Ellos estaban aquí, viviendo en la casa de Bart Winslow. Y mientras les seguía, rebosante de planes de venganza, despreciándola a ella y admirándole a él, reflexionaba sobre la manera en que podría causar más daño a mi madre. ¿Y qué hice? ¡Me rajé! No hice nada, ¡absolutamente nada! Furiosa conmigo misma, me dirigí a casa y me miré al espejo, odiando mi imagen, porque era reproducción de la suya. ¡Al infierno con ella! Agarré un pesado pisapapeles de encima del pequeño escritorio de estilo provincial francés que me había regalado Paul, ¡y lo arrojé contra el espejo! *¡Toma, mamá! ¡Te he roto en pedazos! Ya no estás, no estás, ¡no estás!* Después me eché a llorar, y, más tarde, vino un operario y colocó otro espejo en el marco. Era una estúpida. Había gastado parte del dinero que guardaba para hacerle un espléndido regalo a Paul el día de su cuadragésimo segundo aniversario.

Pero algún día ajustaríamos cuentas, y de una manera en que yo no saldría perjudicada. Sería más que un espejo roto. Más, mucho más.

REGALO DE CUMPLEAÑOS

Los congresos médicos, además de los pacientes, daban al traste con muchos de mis planes. Aquel día único me había saltado la clase de ballet para ir directamente a casa al salir de la escuela superior. Encontré a Henny en la cocina, afanándose en un menú de *gourmet* proyectado por mí y compuesto de todos los platos predilectos de Paul. Una *jambalaya* criolla, con gambas, carne de cangrejo, arroz, pepinillos, cebollas, ajos, champiñones y otras muchas cosas; tantas, que pensé que nunca acabaría de medir medias cucharadas de esto y de lo de más allá. Después, había que saltear todos los champiñones y las hortalizas. Era un plato que requería mucho trabajo y que sin duda no volvería a hacer en mi vida.

En cuanto hubimos metido esto en el horno, empecé a confeccionar otro pastel. El primero se había hundido por el centro y había quedado demasiado blando. Tapé el hueco con merengue y lo di a los niños del vecindario. Henny iba de un lado para otro, meneando la cabeza y lanzándome críticas miradas.

Acababa de poner la última rosa de adorno, con el tubo de pastelero, cuando entró Chris por la puerta de atrás, trayendo su regalo.

-¿Llego tarde? -preguntó, sofocado-. Solo podré quedarme hasta las nueve; tengo que estar de

regreso en Duke a la hora de pasar lista.

-Llegas a tiempo -le respondí aturullada y pensando solamente en subir a bañarme y cambiarme de ropa-. Pon la mesa, mientras Henny acaba de preparar la ensalada.

Desde luego, eso de poner la mesa era en mengua de su dignidad; pero, por una vez, obedeció sin quejarse.

Me lavé los cabellos *con* champú, los enrollé en grandes rulos y me pinté las uñas con barniz rosado y plateado, incluidas las de los pies. También me pinté la cara, con experiencia nacida de largas horas de práctica y consulta con Madame Marisha y con las empleadas de los establecimientos de belleza. Cuando hube terminado, nadie habría dicho que sólo tenía diecisiete años. Bajé la escalera y me sentí halagada por la mirada de mi hermano y los ojos envidiosos de Carrie, y por la amplia sonrisa que partía la cara de Henny por la mitad, de oreja a oreja.

Di los últimos toques a la mesa, cambiando de sitio los silbatos, las castañuelas y los abigarrados y ridículos sombreros de papel. Chris hinchó unos cuantos globos y los colgó de la lámpara. Después, nos sentamos todos a esperar a Paul, para dar comienzo a la «fiesta sorpresa».

Pero pasaba el tiempo y él no aparecía, y empecé a pasear arriba y abajo, como había hecho mamá el día en que papá cumplía los treinta y seis y no volvió a casa... jamás.

Por último, Chris tuvo que marcharse. Después, Carrie empezó a bostezar y a lamentarse. Le dimos de comer y dejamos que se fuese a la cama. Ahora dormía sola en una habitación decorada especialmente para ella con colores rojo y granate. Henny y yo nos quedamos solas, viendo la televisión, mientras la cacerola criolla seguía secándose en el horno y se marchitaba la ensalada. Al rato, Henny bostezó también y fue a acostarse. Y me quedé sola y preocupada por el fracaso de mi fiesta.

A las diez, oí llegar el coche de Paul y éste entró por la puerta de atrás, cargado con las dos maletas que había llevado a Chicago. Me saludó casualmente, antes de advertir mi elegante indumento.

-'¡Eh...! -dijo, echando una mirada recelosa al comedor y viendo los festivos adornos-. ¿Acaso he echado a perder algo que habías preparado?

Estaba tan tranquilo después de sus tres horas de retraso, que, si no le hubiese querido tanto, habría sentido ganas de matarle. Como aquellos que siempre tratan de ocultar la verdad, me lancé al ataque.

-En primer lugar, ¿por qué tenía que ir a ese congreso médico? Hubiese debido adivinar que prepararíamos algo especial para su cumpleaños. Y, por si esto fuese poco, nos telefonea para decirnos cuándo va a llegar... ¡y se retrasa tres horas!

-Se retrasó el vuelo... -empezó a explicar.

-Trabajé como una esclava -le interrumpí-, para hacer un pastel tan bueno como los de su madre. *Y usted, ¡sin aparecer!*

Pasé por delante de él y saqué la cacerola del horno.

-Estoy hambriento -dijo humildemente Paul, con aire de disculpa-. Si no has comido, podríamos aprovechar en lo que podamos lo que parece que habría sido un suculento y alegre banquete. Ten compasión de mí, Cathy. Yo no puedo controlar el tiempo.

Asentí seriamente con la cabeza, para indicarle que lo comprendía en parte. Él sonrió y me acarició ligeramente la mejilla con el dorso de la mano.

-Estás preciosa -dijo, suavemente-. Conque borra las arrugas de tu frente y prepara las cosas. Bajaré dentro de diez minutos.

Le bastaron diez minutos para ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa. Nos sentamos los dos a la larga mesa del comedor, yo a la izquierda de él, a la luz de cuatro velas. Había preparado el banquete de manera que no tuviese que levantarme una y otra vez para servirle. Había puesto todo lo necesario en un carrito. Los platos a servir calientes estaban sobre calentadores eléctricos, y el champán se enfriaba en un cubo con hielo.

-El champán es obsequio de Chris -expliqué-. Le está tomando afición.

Paul levantó la botella de champán y examinó el marbete.

-Es de un buen año y le habrá costado caro; tu hermano está adquiriendo gustos de *gourmet.*

Comimos despacio, y, siempre que yo levantaba la mirada, me tropezaba con la suya. Cuando había llegado, parecía cansado y caviloso; ahora parecía completamente a sus anchas. Había estado ausente dos semanas, dos largas semanas. Unas semanas monótonas, durante las cuales había yo añorado su presencia en el umbral cuando practicaba en la barra, haciendo mis ejercicios de precalentamiento antes del desayuno, al son de una bella música que me elevaba a las alturas.

Cuando hubimos despachado la cena, corrí a la cocina y volví al comedor trayendo un espléndido pastel de coco, con velitas verdes clavadas en unas rosas rojas de azúcar batido con clara de huevo. Sobre el pastel, había escrito con el tubo de pastelero: *Feliz cumpleaños, Paul.*

-¿Qué te parece? -preguntó Paul, después de soplar las velas.

-¿Qué me parece qué? -pregunté a mi vez, mientras dejaba cuidadosamente el pastel sobre la mesa, con sus veintiséis velitas, pues ésta era la edad que él aparentaba y que yo hubiese querido que tuviera.

Me sentía como una adolescente, vagando en un mundo adulto de arenas movedizas. Mi corto y elegante vestido era de *chiffon y* color rojo de fuego, con escote pronunciado y tirantes sobre los hombros. Pero si mis intentos de parecer refinada habían tenido éxito, estaba interiormente muy confusa, al tratar de representar un papel de seductora.

-Mi bigote... Creo que te has dado cuenta. Hace media hora que no dejas de mirarlo.

-Es bonito -balbuceé, poniéndome colorada como mi vestido-. Le sienta muy bien.

-Bueno; desde que llegaste aquí, no has parado de insinuar que estaría mucho más guapo y atractivo con bigote. Y ahora que me he tomado el trabajo de dejarlo crecer, sólo se te ocurre decir que es *bonito.* Un calificativo baladí, Catherine.

-Es porque... porque le está tan bien... -tartamudeé-, que no he encontrado las palabras adecuadas. Supongo que Thelma Murkel habrá encontrado otras mejores para halagar su vanidad.

-¿Qué diablos sabes de ella? -inquirió bruscamente él, frunciendo los párpados.

¡Caray! Él debía de saber... lo que se decía... Por consiguiente, le dije esto:

-Fui al hospital del que Thelma Murkel es enfermera jefe. Me senté junto al cuarto de enfermeras, en el tercer piso, y la estuve observando durante dos horas. En mi opinión, no es realmente hermosa, pero sí guapa, y me pareció muy autoritaria. Además, por si usted no lo sabía, coquetea con todos los médicos.

Soltó una carcajada y se le alegraron los ojos. Thelma Murkel era enfermera jefe del Clairmont Memorial Hospital, y allí, todo el mundo parecía convencido de que se había propuesto convertirse en la segunda Mrs. Paul Scott Sheffield. Pero sólo era una enfermera, en su blanco uniforme esterilizado, a millas de distancia; mientras que yo estaba delante de él, haciéndole cosquillas en la nariz con mi penetrante y nuevo perfume (un perfume, según el anuncio, mágico y seductor, al que ningún hombre podía resistirse). ¿Qué probabilidades tenía Thelma Murkel, a sus veintinueve años, contra chicas como yo?

Las tres copas de champán de importación de Chris, me habían aturdido un poco, y apenas me di cuenta de que Paul empezaba a abrir los regalos de Carrie, Chris y mío, comprados con nuestros ahorros. Yo había bordado para él un cuadro de su casa blanca, con árboles asomando por encima del tejado y parte del muro de ladrillo a ambos lados y unas cuantas flores en primer término. Chris había hecho el dibujo y yo había trabajado muchas horas para que el cuadro fuese perfecto.

-¡Es una magnífica obra de arte! -exclamó con asombro, y yo no pude dejar de pensar en la abuela y en cómo había ésta rechazado cruelmente todos nuestros tediosos y esperanzados esfuerzos por ganarnos *su* amistad-. Muchísimas gracias, Catherine, por haberte tomado tanto trabajo por mí. Lo colgaré en mi consultorio, para que puedan verlo todos mis pacientes.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y éstas estropearon mi maquillaje, al tratar yo de enjugarlas con un pañuelo que saqué de mi corpiño, antes de que él se diese cuenta de que no era la luz de las velas lo que daba al traste con mis tres horas de acicalamiento. Pero él no advirtió las lágrimas ni el pañuelo. Seguía admirando las pequeñas puntadas hechas por mí con tanto cuidado. Después, dejó a un lado el regalo, captó mi mirada con sus brillantes y bellos ojos, y se levantó.

-Hace una noche demasiado hermosa para ir a dormir -dijo, mirando su reloj-. Tengo el antojo de pasear por el jardín a la luz de la luna. ¿Tienes tú alguna vez antojos como éste?

¿Antojos? Tenía muchísimos, la mitad de ellos demasiado juveniles y estrafalarios como para que llegasen un día a ser verdad. Sin embargo, al cruzar junto a él el mágico jardín japonés y el puentecito revestido de laca roja, y subir los peldaños de mármol, cogidos de la mano, tuve la impresión de que ambos entrábamos en un país embrujado. En ello influían, desde luego, las estatuas de mármol de tamaño natural, erguidas en su fría y perfecta desnudez.

La brisa agitaba las plantas parásitas de las ramas, y Paul tenía que agachar la *cabeza para* librarse de ellas, mientras que yo podía permanecer tiesa y sonriente, porque el ser alto creaba a veces problemas que yo no tenía.

-Te ríes de mí, Ca-the-rine -dijo, separando mi nombre en sílabas aisladas, como solía hacer Chris para pincharme, cuando me decía: *Mi señora Ca-therine.*

Subí y bajé corriendo los escalones de mármol, hasta el sitio donde *El beso,* de Rodin, dominaba el jardín. Todo parecía azulado, plateado y fantástico, y la luna era grande y brillante, llena y sonriente, con largas nubes negras surcando su cara y haciendo que pareciese siniestra unos momentos, y alegre después. Suspiré, porque era como aquella extraña noche en que Chris y yo subimos al tejado de Foxworth Hall, ambos temerosos de condenarnos al fuego eterno del infierno.

-Es una lástima que estés aquí conmigo y no con ese guapo mozo con el que bailas -dijo Paul, arrancándome a los recuerdos del pasado.

-¿Julián? -pregunté, sorprendida-. Esta semana está en Nueva York, pero supongo que vendrá la próxima.

-Ya -dijo él-. Entonces, la semana próxima le pertenecerás a él, no a mí.

-Eso depende...

-¿De qué?

-A veces le quiero, y a veces, no. A veces me parece sólo un muchacho, y yo necesito un hombre. En cambio, otras veces se muestra refinado y eso me impresiona. Y cuando bailo con él, creo haberme enamorado locamente del príncipe que finge ser. Está magnífico, con aquel vestuario.

-Sí -admitió-. También yo lo he advertido.

-Sus cabellos son negros como el azabache, mientras que los suyos son de un negro pardusco, como de humo.

-Supongo que el negro de azabache es más romántico que el negro de humo, ¿no? -pinchó.

-Eso depende.

-Eres muy femenina, Catherine, muy femenina... Deja de darme respuestas enigmáticas.

-No soy enigmática; sólo le estoy diciendo que el amor no es bastante, y tampoco la aventura. Quiero tener capacidad para abrirme camino en la vida sin necesidad de encerrar a mis hijos para heredar una fortuna que no me haya ganado. Quiero aprender a ganar dinero para seguir los tres adelante, aunque no tengamos un hombre en el que apoyarnos.

-Catherine, Catherine -dijo suavemente, asiéndome las manos y estrechándolas con fuerza-.

¡Cuánto daño debió de hacerte tu madre! Pareces demasiado adulta, demasiado dura. No dejes que unos recuerdos amargos te priven de uno de tus mayores dones: tu carácter dulce y cariñoso. Al hombre le gusta velar por la mujer a quien ama y por sus hijos. Al hombre le gusta que se apoyen en él, que le cuiden y le respeten. La mujer agresiva y dominante es una de las más temibles criaturas de Dios.

Solté su mano, corrí al columpio y me subí a él. Cobré impulso y me elevé, cada vez más arriba, cada vez más de prisa, volando tan alto que me hallé de nuevo en el ático y en las mecedoras que allí había, cuando las noches largas y sofocantes. Ahora que estaba aquí, en libertad y al aire libre, ¡me mecía locamente para *volver* al ático! Volvía a ver a mamá y a su marido, y esto me desesperaba, me hacía desear lo que sólo debía tener cuando fuese mayor.

Volé tan alto, tan furiosamente y con tal abandono, que mi falda se alzó sobre mi cara y me cegó. Mareada, ¡caí al suelo! Paul acudió corriendo y se arrodilló para cogerme en brazos.

-¿Te has hecho daño? -me preguntó, besándome antes de que pudiese contestarle.

No, no me había hecho daño. Era bailarina y sabía cómo tenía que caer. Él murmuraba las palabras de amor que yo necesitaba oír, entre sus besos cada vez más largos y más lentos, y la mirada de sus ojos me producía una embriaguez mucho más fuerte y chispeante que la que pudiese ocasionar cualquier champán francés de importación.

Mis labios respondieron a sus prolongados besos. Y sus besos se hicieron más ardientes, más suaves, más húmedos sobre mis párpados, mis mejillas, mi barbilla, mi cuello y mis hombros, mientras sus manos me estrechaban ávidamente.

-Catherine -jadeó, apartándose y mirándome con ojos inflamados-, eres sólo una niña. No podemos dejar que esto ocurra. Juré que nunca permitiría que ocurriese; no contigo.

Palabras inútiles que borré rodeándole el cuello con mis brazos. Hundí los dedos en la espesura de sus cabellos y murmuré con voz ronca:

-Quería regalarle un resplandeciente «Cadillac» plateado por su cumpleaños, pero no tenía bastante dinero. Por eso pensé regalarle algo no tan bueno: yo.

Él murmuró dulcemente:

-No puedo dejarte hacer esto, *no te pertenezco.*

Me eché a reír y le besé, le besé larga y fuertemente, sin avergonzarme.

-Pero yo le pertenezco a *usted*, Paul. Y hace demasiado tiempo que me dirige largas miradas anhelantes, para que me diga ahora que no me desea. Si lo dice, miente. Me considera una niña. Pero hace tiempo que soy mayor. No hace falta que me ame. Yo le amo, y con eso basta. Pero sé que me amará como quiero ser amada, porque, aunque no lo confiese, me quiere y me desea.

La luna iluminó sus ojos y los hizo brillar. Incluso cuando dijo: «No, eres tonta si crees que daría resultado», sus ojos hablaban de un modo diferente.

A mi modo de ver, su propia resistencia demostraba claramente lo mucho que me quería. Si me hubiese amado menos, habría tomado mucho antes lo que yo no le habría negado. Por consiguiente, cuando fue a levantarse, para dejarme y apartar la tentación, le así una mano y la llevé a la parte más sensible de mi cuerpo y le toqué a él de la misma manera. Sabía que era una impudicia. Borré de mi mente lo que pensaría Chris y lo que diría mi abuela, considerándome una vulgar ramera. ¿Era una suerte o todo lo contrario que aquel libro del cajón de la mesita de noche de mamá me hubiera enseñado lo que había que hacer para complacer a un hombre y responderle?

Pensé que me tomaría allí, sobre la hierba y bajo las estrellas, pero él me cogió en brazos y me llevó a la casa. Subió la escalera de atrás sin hacer ruido. No hablamos, aunque seguí besándole en el cuello y en la cara. Lejos, en la habitación de detrás de la cocina, se oía la televisión de Henny que daba las noticias de última hora.

Él me tendió en la cama y me dijo con los ojos todo el amor que sentía, y yo me sumí en sus ojos y todas las cosas se me hicieron confusas al crecer mis emociones como una marea que nos arrebataba a los dos. Piel contra piel, nos estrechamos, sólo manteniéndonos juntos al principio y temblando de entusiasmo en espera de la mutua entrega. El menor contacto de sus labios o de sus manos provocaba en mí como una corriente eléctrica, hasta que al fin deseé ardientemente entregarme por entero, no con ternura, sino con la misma furia que mostraba él, en su afán de encontrar el mismo paroxismo que yo buscaba.

-¡Catherine! ¡Ven a mí, *ven a mi!*

¿De qué me estaba hablando? Yo estaba allí, debajo de él, haciendo lo que podía. ¿Adonde quería que fuese? Su cuerpo estaba resbaladizo y podía sentir su enorme esfuerzo de contención, mientras seguía llamándome. Después lanzó un gruñido y no resistió más.

Sentí su espasmo repetido, y terminó todo; y él se retiró. Y yo no había alcanzado ninguna cima, ni oía repique de campanas, ni me sentía estallar, como había estallado él. Todo se traslucía en su semblante, ahora relajado y tranquilo, vagamente matizado de alegría. «¡Qué fácil era para los hombres!», pensé, insatisfecha. Allí estaba yo, esperando los fuegos artificiales del Cuatro de Julio, y todo había terminado. Todo, menos sus manos soñolientas, que todavía exploraban promontorios y barrancos antes de quedarse dormido. Ahora, una de sus pesadas piernas estaba sobre las mías. Y yo contemplaba el techo, con lágrimas en los ojos. *Adiós Christopher Doll, ya estás en libertad.*

La luz que entraba por la ventana me despertó temprano. Paul, incorporado y apoyándose en un codo, me estaba mirando.

-Eres tan hermosa, tan joven, tan deseable. No lo lamentas, ¿verdad? Espero que no estés arrepentida de lo que has hecho.

Me acerqué más a él.

-Explícame una cosa, por favor. ¿Por qué no parabas de decirme que viniese a ti?

Él estalló en carcajadas.

-Catherine, amor mío -consiguió decir al fin-. Casi me maté tratando de contenerme hasta que tú alcanzases también el climax. Y hete ahí, con tus inocentes ojos azules, preguntándome qué quería decir. Pensaba que tus alegres compañeras de baile te lo habían explicado todo. ¡No me digas que no has leído nada de esto en algún libro!

-Bueno, encontré un libro en el cajón de la mesita de noche de mamá... Pero sólo miré las fotografías. Nunca leí el texto; Chris sí que lo leyó, pero él se introducía con más frecuencia que yo en la habitación de mi madre.

Él carraspeó.

-Podría explicarte lo que quise decir, pero una demostración sería más divertida. ¿De veras no tienes la menor idea?

-Sí -dije, a la defensiva-, claro que la tengo. Se presume que debería sentirme como herida por un rayo y quedarme rígida y desmayarme, y después deshacerme en átomos que flotarían en el espacio y volverían a juntarse, produciéndome unos escalofríos que me devolverían a la realidad, poniendo estrellas de ensueño en mis ojos..., como las que había en los tuyos.

-Catherine, no hagas que te quiera demasiado.

Parecía decirlo en serio, como si pudiera dañarle si lo hacía.

-Procuraré amarte de la manera que tú quieras.

-Me afeitaré primero -dijo él, apartando la sábana y disponiéndose a levantarse.

Yo le retuve.

-Me gusta el aspecto que tienes ahora, negro y amenazador.

Me sometí ansiosamente a todos los deseos de Paul. Inventamos sutiles maneras de mantener nuestras citas en secreto para Henny. El día que Henny tenía libre, yo lavaba las sábanas con las que había sustituido las sucias que tenía escondidas hasta que pudiese lavarlas. En cuanto a Carrie, igual habría podido estar en otro mundo, con lo poco observadora que era. Pero cuando Chris estaba en casa, teníamos que ser más discretos y procurábamos no mirarnos siquiera, por miedo a delatarnos. Ahora me sentía extraña con Chris, como si le hubiese traicionado.

Yo no sabía lo que duraría el hechizo entre Paul y yo. Ansiaba una pasión inmortal, un éxtasis eterno. Pero mi recelosa persona no podía imaginar que pudiese durar indefinidamente algo tan glorioso como lo que Paul y yo teníamos ahora. Él se cansaría de mí, de la niña cuyas facultades mentales no podían competir con las suyas, y volvería a sus viejas andanzas... quizá con Thelma Murkel. Tal vez Thelma Murkel había ido con él a aquel congreso médico, aunque yo era lo bastante prudente como para no preguntarle lo que hacía cuando no estaba conmigo. Quería darle todo lo que Julia le había negado, y dárselo de buen grado, sin recriminaciones cuando nos separásemos.

Pero en el momento de nuestra ardiente y mutua obsesión, me sentía desprendida, generosa, y me regocijaba en nuestro abandono carente de egoísmo, yo creo que la abuela, con todo lo que había dicho sobre el mal y el pecado, lo hacía diez veces más excitante, porque era algo tan y tan malvado.

Pero entonces me turbaba de nuevo, porque no quería que Chris pensase que era mala. ¡Y me importaba tanto lo que pensara Chris! *Por favor, Dios mío, haz que Chris comprenda por qué estoy haciendo esto. Y yo amo a Paul, ¡le amo!*

Después del Día de Acción de Gracias, quedábanle todavía a Chris unos días de vacaciones, y una tarde en la que estábamos sentados a la mesa, con Henny rondando por allí, Paul nos preguntó a todos qué queríamos por Navidad. Sería nuestra tercera Navidad con Paul. A finales de enero, yo

me graduaría en la escuela superior. No me quedaba mucho tiempo, pues mi próximo paso, si se cumplían mis esperanzas, sería Nueva York.

Hablé, pues, y le expliqué a Paul lo que yo deseaba por Navidad. Deseaba ir a Foxworth Hall. Chris abrió mucho los ojos y Carrie se echó a llorar.

-¡No! -exclamó, con firmeza, Chris-. ¡No abriremos heridas cicatrizadas!

-*¡Mis heridas no han cicatrizado!* -declaré, con igual firmeza-. *¡Y no cicatrizarán hasta que se haga justicia!*

FOXWORTH HALL, DESDE FUERA

En cuanto hube dicho esto, él gritó:

-*¡No!* ¿Por qué no podemos olvidar lo pasado?

-*¡Porque yo no soy como tú, Christopher!* Tú quieres creer que Cory no murió envenenado con arsénico, sino de pulmonía, porque así te sientes más cómodo. ¡Pero fuiste tú quien me convenció de que *ella* lo había hecho! Así, ¿por qué no podemos ir allí y ver con nuestros propios ojos si en algún hospital figuran los datos de la muerte de Cory?

-Cory pudo morir de pulmonía. Tenía todos los síntomas.

¡Con qué poco convencimiento dijo esto, sabiendo muy bien que la estaba protegiendo!

-Un momento -intervino Paul, que había guardado silencio y sólo habló cuando vio el fuego que ardía en mis ojos-. Si Cathy cree que tiene que hacer esto, ¿por qué impedírselo? Aunque si vuestra madre ingresó a Cory en un hospital con nombre falso, no será fácil identificarlo.

-También hizo poner un nombre falso en su lápida -indicó Chris, lanzándome una larga y rencorosa mirada. ,

Paul reflexionó un poco sobre esto, preguntándose cómo podríamos encontrar una tumba sin saber el nombre grabado en ella. Yo creía tener la solución. Si ella había ingresado a Cory en un hospital para su tratamiento, con un nombre supuesto, tuvo naturalmente que emplear el mismo nombre al enterrarle.

-Y usted, Paul, en su calidad de médico, puede consultar todos los archivos de los hospitales, ¿no es cierto?

-¿Quieres realmente que haga esto? -preguntó él-. Seguro que despertará recuerdos amargos y, como ha dicho Chris, volverá a abrir heridas cicatrizadas.

-Mis heridas *no* están cicatrizadas, ¡ni lo estarán jamás! Quiero llevar flores a la tumba de Cory. Creo que a Carrie la consolará saber dónde está él enterrado, para que podamos ir a visitarle de vez en cuando. Tú, Chris, no *tienes que venir*, si tan mal te parece.

Paul quiso complacerme, a pesar de la oposición de Chris. Éste viajó con nosotros a Charlottesville, ocupando el asiento de atrás con Carrie. Paul entró en varios hospitales y cameló a las enfermeras para que le mostrasen las fichas que nos interesaban. Las miró, y yo las miré también, mientras Carrie y Chris esperaban en el exterior. ¡Ningún niño de ocho años había muerto, dos años atrás, a finales de octubre! Y no sólo esto, sino que no figuraba registrado el entierro de un niño de esta edad en ninguno de los cementerios. Sin embargo, impulsada por mi terquedad, me empeñé en recorrer todos los cementerios, creyendo que mamá podía haber mentido y puesto a fin de cuentas Dollanganger en la lápida. Carrie lloró, ¡porque le habían dicho que Cory estaba en el cielo, frío en una tierra ligeramente helada después de la reciente nevada!.

¡Inútil, larga e infructuosa pérdida de tiempo! A juzgar por todos los datos, ¡ningún niño varón de ocho años había muerto en los meses de octubre o noviembre de 1960! Chris insistió en que regresáramos a la casa de Paul. Trató de persuadirme de que yo no podía desear realmente ver de nuevo Foxworth Hall.

Me volví a Chris, echando chispas por los ojos.

-*¡Quiero ir allí! ¡Tenemos tiempo!* ¿Por qué venir de tan lejos y volver sin haber visto la casa? Al menos una vez a la luz del día, desde fuera... ¿Por qué no?

Paul quiso hacer entrar en razón a Chris, diciéndole que yo necesitaba ver la casa.

-Y si he de serte sincero, Chris, también yo deseo verla.

Enfurruñado, en el asiento de atrás junto a Carrie, Chris acabó por ceder. Carrie lloró mientras Paul conducía el automóvil hacia las empinadas carreteras de montaña que mamá y su marido debieron de haber recorrido miles de veces. Paul se detuvo en una estación de gasolina para preguntar por dónde se iba a Foxworth Hall. Yo habría podido guiarle con facilidad, si hubiésemos sabido dónde estaban las vías del ferrocarril y hubiésemos podido encontrar el apeadero que era estafeta de Correos.

-Hermoso país -dijo Paul, mientras conducía.

Al fin vimos la gran mansión que se alzaba solitaria en la falda de un monte.

-¡Ésa es! -grité, terriblemente excitada.

Era enorme como un hotel, con dos alas adosadas al largo cuerpo principal, construido con ladrillos rojos y con postigos negros en todas las ventanas. El negro tejado de pizarra era tan inclinado que daba miedo. ¿Cómo nos habíamos atrevido a subir allí? Conté las ocho chimeneas, y las cuatro series de buhardillas del ático.

-¡Mire allí, Paul! -exclamé señalando las dos ventanas del ala norte en la que habíamos estado tanto tiempo presos, esperando día tras día que nuestro abuelo se muriese.

Mientras Paul contemplaba aquellas dos ventanas, yo miré las buhardas del ático y vi que la tablilla que se había desprendido de uno de los negros postigos había sido colocada de nuevo. No había chamuscadura ni señal de fuego en parte alguna. ¡La casa no había ardido! Dios no había querido enviar unas ráfagas de brisa que agitase la llama de la vela hasta que prendiese en una flor colgante de papel. ¡Dios no iba a castigar a nuestra madre ni a la abuela!

De pronto, Carrie lanzó un fuerte aullido.

-¡Quiero a mi mamá! -gritó-. Cathy, Chris, ¡allí es donde vivíamos con Cory! ¡Entremos! Quiero a mi mamá, ¡dejadme ver a mi verdadera mamá!

Era espantosa su manera de gritar y suplicar. ¿Cómo podía recordar la casa? Habíamos llegado una noche oscura, y los gemelos estaban tan dormidos que no podían haber visto nada. La mañana en que huimos, aún no había amanecido y habíamos salido por la puerta de atrás. ¿Qué le decía a Carrie que aquélla era nuestra antigua cárcel? Entonces lo comprendí. Eran las casas más bajas de la calle. Nos hallábamos en el extremo del callejón y en posición elevada. Con frecuencia habíamos mirado aquellas lindas casas desde las ventanas de nuestra habitación cerrada. Estaba prohibido mirar por las ventanas, pero nos atrevíamos... a veces.

¿Qué habíamos conseguido con nuestro largo viaje? Nada, nada en absoluto, salvo más pruebas de que nuestra madre era una embustera redomada. Yo rumiaba esto, día tras día, incluso cuando estaba sentada en uno de los asientos de la ducha y Paul me enjabonaba los cabellos y empezaba a lavarlos cuidadosamente. Su longitud impedía recogerlos sobre la cabeza y enroscarlos, pues después me habría sido imposible deshacer la maraña. Él lo hacía como yo le había enseñado, enjabonándolos desde el cuero cabelludo hasta las puntas y, terminado el lavado, secándolo, pasando el cepillo para deshacer los enredos y dejándolo caer como un manto de seda para cubrir mi desnudez, como debió cubrirse Eva con los suyos.

-Paul -pregunté, bajando los ojos-, ¿verdad que lo que hacemos no es pecado? No dejo de pensar en lo que decía la abuela- sobre el mal. Dime que el amor purifica todo esto.

-Abre los ojos, Cathy -dijo suavemente él, empleando una toalla para enjugar la espuma del jabón antes de que yo los abriese-. Dime qué ves: un hombre desnudo, tal como lo hizo Dios.

Le miré y él me levantó la cara y después hizo que me pusiese en pie para poder estrecharme en sus brazos. Mientras me abrazaba con fuerza, empezó a hablar, y todas sus palabras me dijeron que nuestro amor era hermoso y legítimo.

Yo no podía hablar. Lloraba en silencio en mi interior, por la facilidad con que había terminado con la mojigata que mi abuela había querido hacer de mí.

Como una niña pequeña, dejaba que me secase y me cepillase el cabello, y dejaba que me besase y acariciase, hasta que las ascuas que llevábamos dentro los dos se inflamaban y él me levantaba en brazos y me llevaba a su lecho.

Cuando nuestra pasión quedaba saciada, yacía yo en el círculo de sus brazos y pensaba en lo

que podía hacer. Cosas que me habrían dado asco cuando era pequeña. Cosas que tiempo atrás habría considerado obscenas, feas, porque entonces veía en ellas sólo actos y no sentimientos de entrega. Era extraño que la gente naciese sensual y hubiese sido reprimida durante tantos años. Recordaba la primera vez que había sentido el contacto de su lengua y la impresión electrizante que había experimentado.

¡Oh, podía besar a Paul en todas partes y no sentir vergüenza, pues amarle era mejor que oler rosas en un día soleado de verano, mejor que bailar al son de una música bella con la pareja mejor!

Así era mi amor por Paul cuando yo tenía diecisiete años, y él, cuarenta y dos.

Él me había recobrado y dado mi plenitud, y yo enterraba en lo más hondo el remordimiento que sentía por Cory.

Había esperanza para Chris, pues estaba vivo. Y para Carrie, pues podría crecer y encontrar el amor.

Y quizá, si todo salía bien, habría también esperanza para mí.

HACIA LA CUMBRE

Julián no bajaba tan a menudo como antes, y su madre y su padre se quejaban de ello. Cuando venía, bailaba mejor que nunca, pero ni una vez le vi mirar en mi dirección. Sin embargo, sospechaba que me miraba mucho cuando yo no podía verle. Yo iba mejorando, tenía más disciplina, me dominaba más... y trabajaba. ¡Oh, cómo trabajaba!

Desde el principio me había incluido en el grupo profesional de la Rosencoff Ballet Company, pero sólo como miembro del *corps de ballet.* Esta Navidad íbamos a presentar, alternativamente, *Cascanueces y La Cenicienta.*

Un viernes por la tarde, cuando hacía rato que los otros se habían marchado, tenía toda la sala de baile para mí y me había sumido en el mundo del Hada Madrina, pretendiendo dar algo diferente a este papel, cuando me encontré de pronto con que Julián bailaba conmigo. Parecía mi sombra, haciendo lo mismo que yo, incluso las piruetas, como imitando lo que yo hacía.

Frunció el ceño y agarró una toalla para enjugarse la cara y los cabellos. Yo giré sobre las puntas de los pies y me dirigí al vestuario. Aquella tarde tenía que comer con Paul.

-¡Espera, Cathy! -me gritó-. Sé que no me aprecias...

-No.

Sonrió maliciosamente, inclinándose para mirarme a los ojos. Sus labios rozaron mi mejilla al apartarme, y después me aprisionó entre sus brazos, apoyando las palmas de las manos en la pared para impedir que huyese.

-¿Sabes una cosa? Creo que deberías representar el papel de Clara o el de Cenicienta. -Me hizo cosquillas debajo del mentón y me besó cerca de la oreja-. Si fueses amable conmigo, podría hacer que te confiasen ambos papeles.

Me agaché y eché a correr.

-¡No pienses más en esto, Julián! -grité-. Tus favores tendrían un precio... y tú no me interesas.

Diez minutos más tarde, me había duchado y vestido y me disponía a salir del edificio cuando apareció Julián, en traje de calle.

-En serio, Cathy, creo que estás preparada para actuar en Nueva York. Marisha piensa igual que yo. -Su sonrisa era torcida, como si la opinión de su madre valiese menos que la suya-. Sin compromiso. A menos que algún día decidas que haya compromiso.

Ahora no supe qué decir; por consiguiente, no dije nada. Me eligieron para los dos papeles en las representaciones de Rosencoff. Pensé que las otras chicas me tendrían envidia y se mostrarían rencorosas, pero, en vez de esto, aplaudieron cuando se anunció la decisión. Todas trabajábamos bien y pasamos unos ratos alegres y excitantes. ¡Entonces llegó el día de mi debut como Cenicienta!

Julián ni siquiera llamó a la puerta antes de entrar en el vestuario de las chicas para observar mi vestido de harapos.

-No estés tan nerviosa. Allí sólo hay gente. No creerás que volví para bailar con una chica que

no fuese sensacional, ¿verdad?

Ya entre bastidores, su brazo se apoyaba en mi hombro, dándome confianza mientras ambos contábamos los segundos que me faltaban para entrar en escena. Él debía intervenir mucho después. Yo no podía ver a Paul, a Chris, a Carrie ni a Henny, en la sala oscurecida. Mi temblor aumentó al menguar la luz de las candilejas e iniciarse la obertura. Después se alzó el telón. Mi creciente ansiedad desapareció instantáneamente, como por efecto de un asombroso recuerdo dinámico, y me dejé llevar y dirigir por la música. No era Cathy, ni Catherine, ni nadie, ¡sólo era Cenicienta! Barría las cenizas del hogar y observaba con envidia los preparativos de dos odiosas hermanastras para ir al baile, sintiendo que el amor y la aventura no entrarían nunca en mi vida.

Si cometí errores, si mi técnica no fue perfecta, no me di cuenta de ello. Estaba enamorada de la danza, me encantaba bailar delante de un público numeroso, ser joven y hermosa, y, sobre todo, amaba la vida y todo lo que tenía que ofrecerme ésta fuera de Foxworth Hall.

Mis brazos se llenaron de rosas rojas, amarillas y rosadas. Me estremecí cuando el público se puso en pie para brindarnos una estruendosa ovación. Tres veces tendí a Julián una rosa de diferente color, y cada vez se cruzaron y quedaron prendidas nuestras miradas. «Mira -me decía en silencio la suya-, *¡estamos* creando magia los dos juntos! ¡Somos la perfecta pareja de baile!»

Me llevó aparte durante la fiesta que siguió.

-Ahora sabes lo que es esto -dijo suavemente, en tono persuasivo y con ojos suplicantes-. ¿Puedes renunciar al aplauso? ¿Puedes continuar aquí, en una población provinciana, cuando Nueva York te está esperando? Emparejados, Cathy, ¡seremos sensacionales! Nos adaptamos perfectamente. Contigo bailo mejor que con cualquier otra bailarina. ¡Oh, Cathy! Tú y yo, juntos, podríamos llegar mucho antes a la cima. Te juro que cuidaré de ti. Velaré por ti y nunca dejaré que te sientas sola.

-¡No sé -repuse tristemente, aunque sentía entusiasmo en mi interior-. Primero tengo que terminar mis estudios en la escuela superior... Pero ¿de veras crees que soy lo bastante buena? Allí esperan lo mejor.

-¡Tú *eres* lo mejor! Confía en mí, cree en mí. La compañía de Madame Zolta no es la más importante de todas, ni la mejor, pero ella tiene las dotes necesarias para que nuestra compañía suba al nivel de las más grandes y las más antiguas, ¡cuando tenga una pareja fantástica como nosotros!

Le pregunté cómo era Madame Zolta. Esto le hizo pensar que había accedido ya, y, después de reír un poco, consiguió poner un beso en mis labios.

-¡Te encantará Madame Zolta! Es rusa, y es la viejecita más dulce, más amable y más gentil que hayas conocido nunca. Será como una madre para ti. (¡Santo Dios!) Sabe todo lo que hay que saber sobre la danza. A veces es nuestro médico, nuestro psicólogo; es todo lo que necesitamos. Comparado con esto, vivir en Nueva York es como vivir en Marte; es otro mundo, un mundo mejor. Te gustará en seguida. Te llevaré a restaurantes famosos donde comerás cosas que no probaste nunca. Te presentaré a estrellas de cine, a celebridades de la Televisión, a actores, actrices y autores.

Traté de resistirle fijando la mirada en Chris, en Carrie y en Paul, pero Julián se movía de manera que me quitaba la vista. Sólo podía verle a él.

-Tú naciste para esta vida, Cathy -y ahora parecía sincero y absolutamente serio-. ¿Por qué has estudiado y sacrificado tanto, si no es para triunfar? ¿Puedes conseguir aquí la fama que deseas?

No. No podía.

Pero Paul estaba aquí. Chris y Carrie estaban aquí. ¿Cómo podía dejarles?

-Cathy, ven conmigo al lugar que te corresponde, detrás de las candilejas, en el escenario, con rosas en tus brazos. Ven conmigo, Cathy, y haz que mis sueños se vuelvan también realidad.

¡Oh! Esta noche estaba ganando él la partida, y yo estaba aturdida con mi primer triunfo, y, aunque quería decirle en realidad que no, asentí con la cabeza y dije:

-Sí... Iré, pero sólo si tú vienes a buscarme. Nunca he subido a un avión, y, cuando aterrizase, no sabría adonde ir.

Entonces me abrazó cariñosamente, me retuvo y rozó mis cabellos con sus labios. Por encima

de su hombro pude ver a Chris y a Paul que miraban en mi dirección, y ambos parecían asombrados y más que un poco dolidos.

En enero de 1963, me gradué en la escuela superior. No con notas brillantes, como Chris, pero aprobando los exámenes.

Chris era tan inteligente que era más que probable que terminara el *college* en tres años, en vez de cuatro. Había logrado ya varias becas para descargar a Paul de parte de los gastos de su educación, aunque éste nunca habló de que tuviésemos que devolverle nada. Lo único que se daba por entendido era que Chris colaboraría con Paul en cuanto obtuviese su título de doctor en Medicina. Yo me maravillaba de que Paul siguiese gastando en nosotros sin quejarse nunca, y, cuando le pregunté, me explicó:

-Me gusta saber que estoy contribuyendo a dar al mundo un médico maravilloso, como lo será Chris, y una superbailarina, como lo serás tú un día. -Al decir esto, pareció triste, terriblemente triste-. En cuanto a Carrie, espero que decida quedarse conmigo y casarse con algún chico de aquí, de modo que pueda verla a menudo.

-Cuando yo me marche, volverás con Thelma Murkel, ¿no es verdad? -pregunté con cierta amargura, pues hubiese querido que siguiese siéndome fiel a pesar de los muchos kilómetros que nos separarían.

-Quizá -respondió él.

-Pero no amarás a nadie tanto como a mí; dilo.

Él sonrió.

-No. ¿Cómo podría amar a nadie como te amo a ti? Nadie podría bailar en mi corazón como tú lo hiciste, ¿eh?

-No te burles de mí, Paul. Di una sola palabra y no me iré. Me quedaré.

-¿Cómo podría pedirte que te quedaras, si tienes un destino que cumplir? Tú naciste para bailar, no para ser esposa de un tosco médico de pueblo.

¡Matrimonio! ¡Había dicho esposa! Era la primera vez que se refería al matrimonio. Mucho más terrible fue decirle a Carrie que me iba. Sus gritos fueron ensordecedores y-lastimeros.

-*¡No puedes marcharte!* -vociferó, llorando a moco tendido-. *Prometisteis que siempre estaríamos juntos, ¡y ahora Chris y tú os marcháis y me dejáis! ¡Llévame también! ¡Llévame contigo!*

Me pegaba con sus puños menudos, me daba patadas en las piernas, resuelta a hacerme sufrir por lo que Chris y yo le estábamos haciendo..., como si no sufriera ya bastante por dejarla.

-Trata de comprenderlo, Carrie. Yo volveré, y también Chris; no te olvidaremos.

-*¡Os odio!* -gritó-. ¡Os odio a Chris y a ti! ¡Ojalá os muráis en Nueva York! ¡Espero que os caigáis muertos los dos!

Paul vino en mi auxilio.

-Me tendrás a mí todos los días, y también a Henny -dijo, levantando en brazos el ligero cuerpecito de Carrie-. Nosotros no vamos a ninguna parte. Y tú serás la única hija de la casa cuando Cathy esté fuera. Vamos, sécate las lágrimas, sonríe y alégrate por tu hermana. Recuerda que luchó por esto durante años, cuando estabais encerrados allá arriba.

Yo sentí un dolor intenso en mi interior al preguntarme si realmente la carrera de bailarina me importaba tanto como siempre había pensado. Chris me dirigió una larga y triste mirada, y después se agachó para asir mis nuevas maletas azules. Salió apresuradamente por la puerta principal, tratando de que yo no viese las lágrimas en sus ojos. Cuando salimos todos los demás, él estaba plantado junto al coche blanco de Paul, erguidos los hombros, sereno el semblante, resuelto a no mostrar la menor emoción.

Tuvimos que cargar también con Henny, que no quiso quedarse sola en casa, llorando. Sus elocuentes ojos castaños me hablaban, deseándome suerte, mientras sus manos enjugaban las lágrimas de las mejillas de Carrie.

En el aeropuerto, Julián paseaba arriba y abajo, mirando continuamente su reloj. Tenía miedo de que me hubiese echado atrás y no compareciese. Estaba muy guapo con su traje nuevo, y sus

ojos se iluminaron cuando me vio.

-Gracias a Dios. Empezaba a pensar que había venido aquí para nada, y que no volvería a repetir mi intento.

La noche última me había despedido ya en privado de Paul. Sus palabras seguían sonando en mis oídos cuando subí al avión:

-Los dos sabíamos que esto no podía durar, Catherine. Desde el primer momento te lo advertí. Abril no puede casarse con setiembre.

Chris y Paul nos siguieron en la rampa para ayudarme a transportar los muchos bultos de mano que no había querido facturar, y una vez tuve que abrazar a Paul.

-Gracias por todo, Catherine -murmuró, de manera que ni Chris ni Julián pudiesen oírle-. No mires atrás con añoranza. Olvídate de mí. Olvida el pasado. Concéntrate en la danza y espera un poco antes de enamorarte de alguien..., y entonces procura que sea alguien de tu edad.

Con voz ahogada, le pregunté:

-¿Y qué será de ti?

Él esbozó una sonrisa forzada y después una risita.

-No te preocupes por mí. Me quedará el recuerdo de una hermosa bailarina, y me bastará con esto.

Rompí a llorar. ¡Recuerdos! ¿Qué eran los recuerdos? Un instrumento de tortura, ¡nada más! Me volví, ciegamente, y me encontré en los brazos de Chris. Mi Christopher Doll tenía ahora 1,80 m de estatura, y era mi caballero galante, noble y sensible. Por fin pude desprenderme de su abrazo y él asió mis manos, las dos, mientras nuestras miradas se encontraban y ligaban. También había compartido yo muchas cosas con él, más que con Paul. *Adiós, viva, alegre, habladora y regañadora enciclopedia ambulante, compañero en la prisión de la esperanza... No tienes que llorar por mí... Llora por ti... o no llores. Esto ha terminado. Acéptalo, Chris, como lo acepto yo, como tienes que aceptarlo. Sólo eres mi hermano. Yo soy sólo tu hermana, y el mundo está lleno de mujeres hermosas que te amarán mejor de lo que yo puedo o podría amarte.* .

Yo sabía que él oía todas estas palabras no pronunciadas, y, sin embargo, seguía mirándome con el corazón en los ojos, causándome un dolor intenso.

-Cathy -dijo con voz ronca y lo bastante fuerte para que Julián lo oyese-, no es que tenga miedo de que no triunfes; ¡sé que lo conseguirás, si dominas tus malditos impulsos! Por favor, no hagas nada impremeditado de lo que puedas arrepentirte más tarde. Prométeme que reflexionarás sobre todas las consecuencias, antes de lanzarte. Guárdate del sexo y del amor. Espera a ser lo bastante mayor para saber lo que quieres de un hombre, antes de elegirlo.

Estoy segura de que mi sonrisa era maliciosa, porque yo había elegido ya a Paul. Miré a Paul, que parecía serio, y después a Julián, que tenía el ceño fruncido y echaba chispas por los ojos, observando a Chris y después a Paul.

-Guárdate tú también del sexo y del amor -dije en son de chanza a Chris, esforzándome en que mi tono fuese ligero. Le abracé con fuerza una vez más, y le solté-. Escríbeme a menudo, y ven a Nueva York con Paul, Carrie y Henny siempre que podáis... O ven solo, pero ven... ¿Prometido?

Él lo prometió solemnemente. Nuestros labios se rozaron brevemente, y después me volví para ocupar mi asiento junto a la ventanilla. Como era mi primer viaje en avión, Julián me había otorgado amablemente este privilegio. Agité locamente la mano, despidiéndome de mi familia, aunque ni siquiera podía verla desde la ventanilla del avión.

Julián, tan diestro y hábil en el escenario, estaba perdido cuando se trataba de manejar a una chica que lloraba sobre su hombro, temblorosa, añorando la casa y arrepintiéndose de marcharse cuando el avión no había alcanzado aún los mil quinientos metros.

-Me tienes a mí -dijo, suavemente-. ¿No te juré que cuidaría de ti? Y lo haré, palabra de honor; haré todo lo que pueda para que seas feliz. -Sonrió y me besó ligeramente-. Y, querida mía, temo que exageré un poco al contarte las virtudes de Madame Zolta; un poquitín, como no tardarás en descubrir.

Le miré fijamente.

-¿Qué quieres decir?

Carraspeó y, sin la menor turbación, me refirió su primer encuentro con la un día famosa bailarina rusa.

-No quiero privarte de la sorpresa que tendrás cuando conozcas a esa gran belleza; por consiguiente, callaré y dejaré que lo veas por ti misma. Sólo te advertiré una cosa: Madame Zolta lo toca todo. Le gusta palpar, tocar los músculos, comprobar su dureza y su elasticidad. ¿Creerás que incluso quiso saber por el tacto el tamaño de lo que ocultaba debajo de mi pantalón?

-¡No! ¡ No lo creo!

Se echó a reír alegremente y echó un brazo sobre mis hombros.

-¡Oh, Cathy! ¡Qué vida nos espera a los dos! Viviremos en la gloria cuando descubra que tienes derecho exclusivo de propiedad sobre el *danceur* más bello, dotado y arrogante que haya existido jamás.

-Me atrajo más hacia él y me murmuró al oído-. Y todavía no te he dicho nada de mis cualidades de amante.

Yo también reí... y le aparté.

-Eres la persona más vanidosa y orgullosa a quien jamás haya conocido. Y sospecho que puedes ser despiadado cuando tratas de conseguir lo que quieres.

-¡Exacto! -admitió él, soltando otra carcajada-. Soy todo esto y mucho más, y no tardarás en saberlo. A fin de cuentas, ¿no he mostrado una decisión despiadada al traerte donde quiero tenerte?

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Estaba nevando copiosamente cuando nuestro avión aterrizó en Nueva York. El frío que sentía en la nariz me dejó pasmada. Había olvidado otros inviernos tan crudos como éste. El viento que zumbaba en unas calles como angostos cañones parecía querer arrancar la piel de mi cara. Tenía la impresión de que entraba hielo en mis pulmones, haciendo que se encogiesen con un dolor insoportable. Jadeé, reí, me volví a mirar a Julián, que estaba pagando al chófer del taxi, y después saqué del bolsillo de mi abrigo una bufanda de punto roja que había hecho Henny para mí. Julián la tomó y me ayudó a envolver con ella mi cabeza y mi cuello, dejando sólo media cara al descubierto. Entonces le di una gran sorpresa sacando del otro bolsillo una bufanda roja que yo había confeccionado para él.

-¡Caray! Gracias. No pensé que te ocupases tanto de mí.

Pareció muy satisfecho, mientras se cubría el cuello y las orejas.

Este día singular, el frío había puesto sus mejillas tan coloradas como sus labios, y ello, unido a los cabellos de un negro azulado que llegaban hasta el cuello de su abrigo, y a aquellos ojos negros y chispeantes, le daba una belleza capaz de dejar sin aliento a cualquiera.

-Muy bien -dijo-, ahora serénate y prepárate a conocer al ballet personificado, a mi dulce, delicada y deliciosa maestra de baile, a la que sin duda adorarás.

El mero hecho de estar allí me tenía en vilo, y por esto me mantenía lo más cerca posible de Julián, mirando a la gente que se atrevía a desafiar un tiempo tan terrible.

Dejamos el equipaje que habíamos traído con nosotros en una sala de espera del enorme edificio, y, en mi apresuramiento por seguir a Julián, observé muy pocas cosas antes de entrar en el despacho de la señora del ballet, Madame Zolta Kprovenskov. Por su actitud y su arrogancia, me recordó inmediatamente a Madame Marisha. Pero esta mujer era mucho más vieja, a juzgar por el número de sus arrugas.

Majestuosamente tiesa, se levantó detrás de una mesa de tamaño imponente. Fríamente, con aire de mujer de negocios, se acercó a nosotros y nos miró con sus ojillos negros, pequeños como los de un ratón. Los pocos cabellos que tenía llevábalos peinados hacia atrás, como hebras de lana floja, sobre una cara seca y frágil. No tendría más de 1,80 m de estatura, pero irradiaba más de autoridad. Sus gafas en media luna mantenían un equilibrio precario sobre la punta de una nariz asombrosamente larga y delgada. Nos miró por encima de aquellos medios discos, frunciendo los párpados, de modo que los ojos diminutos casi desaparecieron en las patas de gallo. Julián tuvo la

mala suerte de que ella se fijase primero en él.

Su pequeña boca de ciruela se frunció como una de aquellas bolsas que se cerraban tirando de un cordón. Yo la observé y esperé que una sonrisa se dibujase y rompiese aquella máscara de pergamino.

Esperé que su voz cloquease y restallase como la de una bruja.

-¡Bien! -escupió a Julián-. Te marchas *cuando* quieres, vuelves *cuando* quieres y aún esperas que te diga que me alegro de verte. ¡Bah! Vuelve a hacerlo, ¡y te verás de patitas en la calle! ¿Quién es la chica que te acompaña?

Julián dirigió una sonrisa encantadora a la vieja arpía y le rodeó el talle con un brazo.

-Madame Zolta Korovenskov, permita que le presente a Miss Catherine Doll, la maravillosa bailarina de quien le estoy hablando desde hace muchos meses... y que es la razón de que me ausentase sin su permiso.

Ella me miró con ojos penetrantes y muy interesados.

-¿Viene usted también de algún lugar ignoto? -me lanzó-. Por su aspecto, parece de otro país, como este diablo negro. Él es buen bailarín, aunque no tanto como se imagina. ¿Puedo creer lo que dice de usted?

-Creo, Madame, que es mejor que me vea bailar y juzgue usted misma.

-¿Sabe bailar?

-Como acabo de decirle, Madame, véalo y juzgue.

-Mire, Madame -terció ansiosamente Julián-, Cathy tiene alma, ¡fuego! Debería ver cómo mueve la pierna cuando hace *fouettés.* ¡Su rapidez confunde!

-¡Ah! -bufó.

Dio una vuelta a mi alrededor y me miró la cara con tanta fijeza, que me puse colorada. Después me tocó los brazos, el pecho, incluso los senos, y sus huesudas manos resiguieron mi cuello y palparon los tendones. Estas manos audaces recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, dándome ganas de gritar que yo no era una esclava a la que iba a vender en un mercado. Sólo le agradecí que no me tocase entre las piernas como había hecho con Julián. Permanecí inmóvil, soportando la inspección y sintiendo constantemente aquel intenso rubor. Ella se dio cuenta y sonrió sarcásticamente.

Cuando hubo acabado de examinarme y valorarme físicamente, inquirió en lo más hondo de mis ojos, como si quisiera beber mi esencia. Tuve la impresión de que trataba de absorber mi juventud con sus ojos, despojándome de ella. Después, me tocó los cabellos.

-¿Cuándo piensa casarse? -me disparó.

-Quizá cuando esté cerca de los treinta, o quizá nunca -le respondí, inquieta-. Pero, con toda seguridad, no antes de ser rica y famosa y la mejor bailarina del mundo.

-¡Ah! Veo que se hace muchas ilusiones. Las caras hermosas no suelen hacer buenas bailarinas. La belleza cree que no necesita talento y que puede triunfar por sí sola, y por esto se gasta pronto. Míreme. Hubo un tiempo en que fui joven y muy bella,. ¿Qué ve usted ahora?

¡Era horrible! Y no podía haber sido hermosa, pues le habría quedado alguna huella.

Como si advirtiese mis dudas sobre su afirmación, señaló con arrogante ademán todas las fotografías de las paredes, de encima de su mesa y de las mesitas y los estantes. En todas ellas se veía la misma joven y adorable bailarina.

-Yo -declaró, con orgullo.

No podía creerlo. Eran fotos antiguas, desvaídas, y los trajes eran pasados de moda; sin embargo, había sido una mujer adorable. Me dirigió una sonrisa franca y divertida, me dio unas palmadas en el hombro y dijo:

-Bueno. Los años vienen para todos y nos igualan a todos. -Después me preguntó-: ¿Con quién estudió, antes de Marisha Rosencoff?

-Con Miss Denise Danielle.

Vacilé, temerosa de hablarle de los años en que había bailado sola y sido mi propia profesora.

-¡Ah! -suspiró, y pareció muy triste-. Vi bailar muchas veces a Denise Danielle; era una artista

brillante, pero cometió el viejo error de enamorarse. Con esto terminó una carrera muy prometedora. Ahora, lo único que hace es enseñar. -Su voz subía y bajaba, temblona, ganaba fuerza y la perdía. Pronunciaba «enamorados» alargando la «o», haciendo que sonase como una palabra extranjera y tonta-. El cabezota de Julián dice que es usted una gran bailarina, pero tengo que verla bailar para creerlo, y entonces decidiré si la belleza puede existir por sí sola.

-Suspiró una vez más-. ¿Bebe usted?

-No.

-¿Por qué tiene tan pálida la piel? ¿Nunca toma el sol?

-Demasiado sol produce quemaduras.

-¡Ah...! Usted y su joven amante... le tienen miedo al sol.

-¡Julián *no* es mi amante! -repliqué apretando los dientes y lanzándole a él una mirada asesina, porque debió de decirle que lo éramos.

Ni un solo elemento de nuestra expresión pasó inadvertido a la observación de aquellos ojillos como cuentas de ébano.

-Julián, ¿no me dijiste que esa chica y tú estabais enamorados?

Él se puso colorado y bajó los ojos, y tuvo, por una vez, el decoro de parecer avergonzado.

-Madame, el amor es sólo por mi parte, me duele tener que confesarlo. Cathy no siente nada por mí..., pero lo sentirá, más pronto o más tarde.

-Bien -dijo la vieja bruja, moviendo la cabeza como un pájaro-. Tú sientes una gran pasión por ella, y ella no siente nada por ti..., esto hará que tu baile sea más aplaudido, más sensacional. Y el dinero afluirá a nuestra taquilla. *¡Lo estoy viendo!*

Ésta fue, desde luego, la razón de que me aceptase; conociendo la pasión insatisfecha de Julián y sabiendo que yo tenía un deseo latente de encontrar a alguien fuera del escenario. En el escenario, él era todo lo que podía haber de hermoso, de romántico y de sensual; mi amante soñado. Si hubiésemos podido estar bailando todos los días y todas las noches, habríamos incendiado el mundo. Pero, en la realidad, cuando él no era más que él mismo, con su lengua voluble y a menudo obscena, yo huía de estar rondando por su jardín solitario, y me negaba a soñar con Chris.

Pronto me vi alojada en un pequeño apartamento, a doce manzanas del estudio de danza. Otras dos bailarinas compartían conmigo las tres pequeñas habitaciones y el diminuto cuarto de baño. Dos pisos más arriba, Julián compartía un apartamento con otros dos bailarines, y sus habitaciones no eran mayores que las nuestras. Sus compañeros eran Alexis Tarrell y Michael Michelle, ambos de poco más de veinte años y ambos resueltos, como Julián, a convertirse en el mejor *bailarín* de su generación. Me asombré cuando supe que Madame Zolta consideraba a Alexis el mejor, a Michael el segundo y a Julián el tercero. Pero pronto descubrí el motivo de que le tuviese relegado: no respetaba su autoridad. Quería hacerlo todo a su manera, y ella le castigaba por esto.

Mis compañeras de apartamento eran tan diferentes como la noche y el día. Yolanda Lange era medio británica y medio árabe, y esta extraña combinación hacía de ella una de las bellezas más exóticas de cabellos negros y ojos endrinos que yo hubiese visto jamás. Era alta para ser bailarina, un metro sesenta y cinco, la misma estatura que mi madre. Vi que sus senos eran unos bultos pequeños y duros, con grandes pezones oscuros, pero no se avergonzaba de su tamaño. Le encantaba pasear desnuda por la casa, exhibiéndose, y pronto descubrí que sus senos eran reflejo de su personalidad: pequeña, dura y ruin. Yolanda quería lo que quería y cuando quería, y era capaz de todo por conseguirlo. Me hizo mil preguntas en menos de una hora, y en la misma hora me contó la historia de su vida. Su padre era un diplomático británico que se había casado con una mujer que bailaba la danza del vientre. Yolanda había vivido en todas partes y hecho de todo. Me fue antipática desde el primer momento.

April Summers era de Kansas City, Missouri. Tenía los cabellos de un castaño claro, y los ojos, verdeazules; ambas teníamos la misma estatura, un metro sesenta y cinco. Era muy tímida y raras veces levantaba la voz por encima de un murmullo. Cuando la vocinglera y ronca Yolanda andaba por allí, April parecía haber perdido del todo la voz. A Yolanda le gustaba el ruido: el

tocadiscos o la televisión tenían que funcionar continuamente. April hablaba de su familia con amor, respeto y orgullo, mientras que Yolanda odiaba a unos padres, que la habían encerrado en internados y dejado sola los días de fiesta.

April y yo nos hicimos buenas amigas antes de que terminase nuestro primer día juntas. April tenía dieciocho años y era lo bastante bonita como para gustar a cualquier hombre, pero, por alguna extraña razón, los chicos de la academia no le prestaban la menor atención. Era Yolanda quien se los llevaba de calle, y pronto comprendí el motivo: no escatimaba sus favores.

En cuanto a mí, los chicos me miraban y me pedían citas, pero Julián dejó bien claro que no estaba disponible: le pertenecía *a él.* Decía a todo el mundo que éramos amantes. Aunque yo lo negaba rotundamente, él les decía en privado que yo era anticuada y me daba vergüenza confesar que «vivíamos en pecado». E incluso en presencia mía explicaba que era cosa de «esa vieja tradición de las bellas del Sur. Las chicas de allá abajo quieren que los hombres piensen que son dulces, tímidas, modestas; pero, bajo este frío exterior de magnolia, ¡qué ardientes son todas ellas!». Desde luego, la gente le creía a él y no a mí. ¿Por qué habían de creer la verdad, si la mentira era mucho más excitante?

Sin embargo, me sentía bastante feliz. Me adapté a Nueva York como una indígena, con el dinamismo necesario a todos los neoyorquinos, ansiosa por llegar, por no perder un segundo, pues tenía que hacer muchas cosas antes de que apareciese otra cara bonita y con más talento dispuesta a quitarme el sitio. Pero, aunque me mantenía en cabeza en la carrera, el trabajo era terrible, agotador y exigente. Paul seguía enviándome un cheque todas las semanas, y yo lo agradecía mucho, pues, con lo que ganaba en la compañía de baile, no habría tenido ni para colorete.

Las tres que compartíamos habitaciones en el 416 necesitábamos al menos diez horas de sueño. Nos levantábamos al amanecer para hacer ejercicios en la barra de nuestra casa antes del desayuno. El desayuno tenía que ser muy ligero, lo mismo que el almuerzo. Sólo en la última comida del día, después de una representación, podíamos satisfacer nuestro voraz apetito. Yo parecía estar siempre hambrienta, no tener nunca comida suficiente. En una sola actuación en el *corps de ballet,* perdía hasta tres kilos.

Julián estaba constantemente a mi lado, vigilándome demasiado, impidiendo que me citase con otros. Según mi estado de ánimo y mi cansancio, aquello me molestaba; pero otras veces me alegraba de tener cerca de mí a alguien que no fuese un desconocido.

Un día de junio, Madame Zolta me dijo:

-Tu nombre es muy feo. ¡Cámbiatelo! Catherine Doll, ¡vaya un nombre para una bailarina! Vulgar, nada atractivo..., ¡no te conviene en absoluto!

-¡Un momento, Madame! -salté, abandonando mi actitud sumisa-. Escogí este nombre cuando tenía siete años, y a mi padre le gustó. *Él* pensaba que me caía bien; por consiguiente, voy a usarlo, ¡tanto si es estúpido como si no lo es!

Tuve que hacer un esfuerzo para no decirle que Madame Naverena Zolta Korovenskov tampoco era exactamente un nombre demasiado lírico.

-No discutas conmigo, niña, ¡y cámbialo!

Y, al decir esto, golpeaba el suelo con su bastón de marfil. Pero si me cambiaba el nombre, ¿cómo se enteraría mi madre, cuando yo llegase a la cima? ¡Y tenía que saberlo! Sin embargo, aquella maldita y pequeña bruja, con su ridículo y anticuado traje, tenía una mirada tan fiera en sus ojillos entornados y blandía con tanta energía su bastón, que me vi obligada a ceder. Julián, que andaba por allí, sonrió burlonamente.

Accedí a cambiar el Doll por Dahl.

-Así está mejor -afirmó ella, agriamente-, aunque no mucho.

Madame Z. me dominaba. Me incordiaba. Me criticaba. Me reprochaba mis innovaciones y se quejaba cuando no las hacía. No le gustaba mi peinado y decía que tenía demasiado cabello. «¡Córtatelo!», me ordenó, pero yo me negué a cortar un solo centímetro, porque pensaba que los cabellos largos eran muy convenientes para el papel de Bella Durmiente. Ella resopló al decirle yo esto. (Los resoplidos eran uno de sus medios de expresión predilectos.) Si no hubiese sido una

maestra tan maravillosa, todas la habríamos odiado. Sin embargo, la propia acritud de su carácter nos obligaba a mostrar nuestros buenos sentimientos, porque deseábamos verla sonreír. También era coreógrafo, aunque teníamos otro, que iba, venía y supervisaba cuando no estaba en Hollywood o en Europa o en cualquier otro lugar remoto, inventando nuevas combinaciones.

Una tarde, después de la clase, cuando estábamos todas jugando tontamente, me puse a bailar alocadamente una canción popular. Madame entró y me sorprendió, y explotó:

-¡Aquí se baila *clásico!* ¡No quiero bailes modernos! -Su cara seca y arrugada se contrajo debajo de una cinta que parecía de un indio cazador de cabelleras-. Tú, Dahl, explica la diferencia entre *danza* clásica y moderna.

Julián me hizo un guiño, se echó atrás y se apoyó en los codos, cruzando elegantemente un tobillo sobre la rodilla contraria y disfrutando con mi apuro.

-Dicho en pocas palabras, Madame -empecé, con el aplomo de mi madre-, la forma moderna de ballet consiste principalmente en arrastrarse sobre el suelo y adoptar posturas, mientras que el ballet clásico se realiza sobre las puntas de los pies, con giros y vueltas, y nunca es demasiado seductor ni torpe. Y relata una historia.

-Tienes toda la razón -admitió, con voz glacial-. Ahora, vete a casa y adopta posturas y arrástrate por el suelo, si sientes la necesidad de expresarte de este modo. ¡Pero procura que no vuelva a sorprenderte haciendo esto!

Lo clásico y lo moderno podían combinarse y dar un bello resultado. La rigidez de aquella pequeña arpía me enfureció, y chillé:

-¡La odio, Madame! ¡ Aborrezco sus viejos y apelillados trajes grises, que hubiese debido tirar hace treinta años! ¡Odio su cara, su voz, su manera de andar y de hablar! Búsquese otra bailarina. *¡Me voy a casa!*

Y corrí hacia el vestuario, dejando a todos los alumnos boquiabiertos y mirándome asustados.

Me quité el traje de ejercicios y me puse mi ropa interior. Entonces, la bruja entró en el vestuario, malignos los ojos y apretados los labios, y dijo:

-Si te marchas, *¡no volverás jamás!*

-¡ No quiero volver!

-¡Te marchitarás y morirás!

-Es usted tonta, si se imagina eso -grité, sin respetar su edad y su talento-. Puedo vivir sin bailar, y ser feliz... Por consiguiente, *¡váyase al infierno, Madame Zolta!*

Como si acabase de romperse un hechizo, la arrugada vieja sonrió, incluso con dulzura.

-Bueno..., tienes brío. A veces me preguntaba si lo tendrías. Me ha gustado que me mandases al infierno. Más que si me hubieses enviado al cielo. Y ahora en serio, Catherine -prosiguió en un tono amable, completamente nuevo en ella-, tienes unas dotes magníficas de bailarina, eres mi mejor alumna, pero eres tan impulsiva que olvidas lo clásico para hacer lo primero que te pasa por la cabeza. Yo sólo trato de enseñarte. Inventa todo lo que quieras, pero siempre dentro de lo clásico, lo elegante, lo bello. -Sus ojos se humedecieron-. Tú eres mi consuelo, ¿no lo sabías? Te considero como la hija que nunca tuve; haces que evoque mi juventud, cuando pensaba que la vida era una gran aventura romántica. Y temo que la vida te quite tu expresión encantada, de asombro infantil. Si puedes conservar esta expresión, pronto tendrás el mundo a tus pies.

Estaba hablando de mi cara del ático, de aquella expresión hechizada que solía conmover a Chris.

-Perdóneme, Madame -dije, humildemente-. He sido insolente. Hice mal en gritar, pero usted me está pinchando continuamente y estoy cansada, y también siento añoranza.

-Lo sé, lo sé -murmuró, y se acercó para abrazarme y mecerme entre sus brazos-. Cuando se es joven, una ciudad extraña excita los nervios y mina la confianza. Pero recuerda que yo sólo quería saber lo que llevabas dentro. Una bailarina sin fuego interior, no es tal bailarina.

Yo llevaba ya siete meses viviendo en Nueva York, trabajando incluso los fines de semana y acostándome siempre terriblemente fatigada, cuando Madame Zolta pensó que podía darme la oportunidad de representar un papel principal, con Julián como pareja. Madame tenía por norma

alternar los papeles principales, de modo que no hubiese estrellas en su compañía, y, aunque había insinuado varias veces que quería que representase a Clara en *Cascanueces,* yo pensaba que sólo lo decía para ilusionarme, como mostrándome una fruta deliciosa que nunca habría de comer. Entonces, el sueño se hizo realidad. Nuestra compañía tenía que competir con otras más importantes y conocidas, por lo que fue sencillamente genial que Madame lograse convencer a un productor de Televisión de la conveniencia de que la gente que no podía permitirse pagar las localidades de un teatro de ballet pudiese ver el espectáculo por televisión.

Telefoneé a Paul para comunicarle la gran noticia.

-Paul, voy a aparecer en la Televisión, en *Cascanueces.* ¡En el papel de Clara!

Él se echó a reír y me felicitó. Después dijo, con cierta tristeza:

-Supongo que esto quiere decir que no vendrás a casa este verano. Carrie te añora mucho, Cathy. Sólo nos has hecho una corta visita desde que te marchaste.

-Lo siento; quisiera ir, pero tengo que aprovechar esta oportunidad de un papel estelar, Paul. Por favor, explícaselo a Carrie, para que no se sienta herida en sus sentimientos. ¿Está ahí?

-No; por fin tiene una amiga, y hoy «duerme fuera de casa». Pero vuelve a llamar mañana, a cobro revertido, y díselo tú misma.

-Y Chris, ¿cómo está? -pregunté.

-Muy bien, muy bien. Sólo saca sobresalientes y, si continúa así, le admitirán en un programa acelerado y podrá terminar su cuarto curso en el *college y* seguir el primero en la Facultad de Medicina.

-¿Al mismo tiempo? -pregunté, asombrada de que alguien, incluso Chris, pudiese ser tan inteligente.

-Sí, puede hacerlo.

-¿Y tú, Paul? ¿Estás bien? ¿No trabajas demasiado, demasiadas horas?

-Mi salud es buena, pero sí, trabajo muchas horas, como todos los médicos. Y, ya que tú no puedes venir a visitarnos, creo que no estaría mal pensado que fuésemos Carrie y yo a verte.

¡Oh! Era la mejor noticia que oía desde hacía meses.

-Trae también a Chris -le dije-. Le gustará conocer a todas las lindas bailarinas que voy a presentarle. Pero tú, Paul, será mejor que sólo tengas ojos para mí.

Emitió un extraño ruido gutural, antes de soltar una risita.

-Estate tranquila, Catherine; no pasa un solo día que no vea tu cara delante de mí.

A primeros de agosto se grabó la producción televisiva de *Cascanueces* para los programas navideños. Julián y yo asistimos juntos a la exhibición privada de las grabaciones, y, cuando ésta terminó, él me abrazó y, por primera vez, me dijo, en un tono que creí sincero:

-Te amo, Cathy. Por favor, ¡deja de tomarme con tanta ligereza!

Casi no habíamos tenido tiempo de descansar de *Cascanueces* cuando Yolly se cayó y se torció un tobillo, y April fue a visitar a sus padres. ¡Esto me daba la oportunidad de ser la Bella Durmiente! Como Julián había representado dos papeles en la producción de Televisión, Alexis y Michael pensaron que era su turno de actuar conmigo. Madame Zolta frunció el ceño y miró a Julián, y después a mí.

-Alexis, Michael, os prometo los próximos papeles, pero dejad que ahora baile Julián con Catherine. Hay entre ellos una especie de extraña magia que resulta cautivadora. Quiero ver cómo se desenvuelven en una producción tan espectacular como *La bella durmiente.*

¡Oh, cuántas ideas bullían en mi cabeza, mientras yacía inmóvil en mi lecho de terciopelo purpúreo, esperando que mi enamorado se acercase para depositar en mis labios el beso que me haría revivir! La gloriosa música hacía que me sintiese más real en aquel lecho que cuando era sólo yo sin una gota de sangre noble en mis venas. Me sentía hechizada, rodeada de una aureola de belleza, yaciendo delicadamente allí, con los brazos cruzados sobre el pecho y latiendo mi corazón al ritmo de aquella música divina. En la sala a oscuras, Paul, Chris, Carrie y Henny, presenciaban por vez primera una representación en Nueva York. Ciertamente, yo sentía en mis huesos que era aquella mística princesa medieval.

Veía a mi príncipe entre los párpados entornados. Bailó a mi alrededor, y después hincó una rodilla en el suelo y contempló fijamente mi rostro, antes de atreverse a poner un beso vacilante en mis labios cerrados. Me desperté, tímida, desorientada, parpadeando con fuerza. Fingí amor a primera vista, pero estaba tan asustada y era tan virtuosa en mi doncellez, que él tuvo que embrujarme con más danza e incitarme a bailar también, hasta que sucumbí a su encanto en el más apasionante *pas de deux y* él me alzó triunfalmente sobre la palma de una mano, colocada en el punto exacto que convenía a mi equilibrio, y me llevó fuera del escenario.

Terminó el último acto; los aplausos fueron ensordecedores al alzarse una y otra vez el telón. ¡Julián y yo tuvimos que salir ocho veces a saludar! Los ramos de rosas rojas no cabían en mis brazos, y el público arrojaba flores al escenario. Al bajar la mirada, vi un ranúnculo amarillo prendido en un papel doblado. Me incliné para cogerlo y supe que era de Chris, incluso antes de leer su nota. Los cuatro ranúnculos amarillos de papá... y aquí estaba uno, que había estado guardado en un recipiente frigorífico, para que se mantuviese fresco hasta que él pudiese arrojármelo como tributo a lo que habíamos sido los dos.

Miré ciegamente hacia aquel público de caras confusas, tratando de ver a aquellos a quienes amaba. Pero lo único que pude ver fue el ático, el triste, vasto y terrible ático, con su papel floreado en las paredes, y allí, cerca del hueco de la escalera, estaba Chris, de pie en la sombra, junto al enfundado sofá y el enorme baúl, con su rostro anhelante, mientras yo bailaba y bailaba.

Empecé a llorar, y esto gustó al público. Me tributaron una ovación cerrada. Me volví para ofrecer una rosa roja a Julián, y redoblaron los aplausos. ¡Y él me besó! Se atrevió a besarme, delante de millares de personas, y no fue un beso respetuoso, sino posesivo.

-¡Maldito seas por hacer esto! -susurré, sintiéndome humillada.

-¡Maldita seas tú por no querer que lo hiciese! -susurró él, a la vez.

-¡No soy tuya!

-¡Lo serás!

Mi familia subió a prodigarme sus elogios, entre bastidores. Chris estaba más alto; en cambio, Carrie seguía más o menos como antes, quizás había crecido un poco, pero muy poco. Besé la mejilla firme y redonda de Henny. Sólo me atreví a mirar a Paul. Nuestras miradas se encontraron y se enlazaron. ¿Me amaba, me quería, me necesitaba aún? No había contestado mi última carta. Sintiéndome dolida, había escrito únicamente a Carrie para informarle de mis próximas actuaciones, y sólo entonces me había telefoneado Paul para decirme que traería a mi familia a Nueva York.

Después de la representación se celebró la fiesta ofrecida por los ricos mecenas que Madame Zolta cuidaba bien de cultivar.

-No te cambies de ropa -me dijo ella-. A los aficionados les entusiasma ver de cerca a las bailarinas en sus trajes de danza. Pero quítate el maquillaje que has llevado en escena y ponte el que usas todos los días para parecer despampanante. ¡Ni un solo instante debe dejar de pensar el público que eres deslumbradora!

Estaban tocando música y Chris me tomó en sus brazos para bailar un vals, tal como yo le había enseñado hacía muchos años.

-¿Todavía bailas así? -inquirí, en son de chanza.

Él esbozó una sonrisa de disculpa.

-Nada puedo hacerle, si tú acaparaste todo el talento para el baile, y yo la inteligencia.

-Observaciones como ésta podrían hacerme pensar que no la tienes.

Volvió a reír y me acercó más a él.

-Además, no necesito bailar y hacer monadas para conquistar a las chicas. Fíjate en tu amiga Yolanda. Es toda una belleza, y no ha dejado de mirarme en toda la noche.

-Ella mira a todos los chicos guapos; por consiguiente, no te envanezcas tanto. Si quieres, esta noche se acostará contigo, y mañana lo hará con otro cualquiera.

-¿Eres tú como ella? -me lanzó, frunciendo los párpados.

Le sonreí maliciosamente, pensando que no, que yo era como mamá, dulce y fría y capaz de manejar a los hombres... Al menos, estaba aprendiendo. Para demostrarlo, le hice un guiño a Paul,

preguntándome si acudiría. Él se levantó en seguida y cruzó ágilmente la pista de baile para arrebatarme a Chris. Mi hermano apretó los labios y fue inmediatamente en busca de Yolanda. Al cabo de un par de minutos, habían desaparecido.

-Supongo que me encontrarás muy torpe, después de bailar con Julián -dijo Paul, que bailaba mejor que Chris.

Incluso cuando cambió la música a un ritmo más veloz y un tanto selvático, la siguió y me asombró que dejase a un lado su seriedad y se contorsionase casi como un estudiante.

-Paul, ¡eres maravilloso!

Él se echó a reír y dijo que yo le hacía sentirse joven de nuevo. Era tan divertido verle así, relajado, que empecé a bailar un poco locamente.

Carrie y Henny parecían cansadas e incómodas.

-Tengo sueño -gimió Carrie, frotándose los ojos-. ¿No podemos ir a acostarnos?

Eran las doce cuando dejamos a Henny y a Carrie a la puerta de su hotel. Después, Paul y *yo* nos sentamos en un tranquilo café italiano y nos miramos. Él llevaba aún bigote; no un bigote recortado, a lo dandy, sino un cepillo tupido encima de los labios sensuales. Había aumentado como un kilo en su peso, pero esto no menguaba su apostura y su atractivo. Alargó una mano sobre la mesa, para asir las dos mías, y se las llevó a la cara para frotar con ellas su mejilla. Y, mientras hacía esto, sus ojos me formularon una pregunta ardiente, que me obligó a preguntar a mi vez:

-¿Has encontrado otra, Paul?

-¿Y tú?

-Yo he preguntado primero.

-No he buscado a nadie más.

Esta respuesta hizo latir más de prisa mi corazón, porque había pasado mucho tiempo y yo le amaba demasiado. Pagó la cuenta, cogió mi abrigo y lo sostuvo para que me lo pusiese, y después me dio el suyo para que yo lo sostuviera. Nuestras miradas se encontraron... y casi echamos a correr para ir del restaurante al hotel más próximo, donde él pidió una habitación a nombre de Mr. Paul Sheffield y señora. La habitación estaba pintada de rojo oscuro, y él me desnudó con seductora lentitud y yo me sentí arrebatada incluso antes de que empezase a prodigarme sus besos. Me estrechó y me acarició y siguió besándome, hasta que, una vez más, nos fundimos los dos en un solo ser.

Después, pasó un dedo por mis labios, mirándome con ternura.

-Catherine, lo que escribí en el registro del hotel fue precisamente lo que estaba pensando -dijo, besándome cariñosamente.

Le miré, con incredulidad.

-No te burles, Paul.

-No me burlo, Catherine. Te he echado tanto en falta desde que te marchaste... Me he dado cuenta de lo tonto que fui al negarnos, a ti y a mí, la oportunidad de ser felices. La vida es demasiado corta para tener tantas dudas. Ahora, tú triunfas en Nueva York; yo quiero compartir tu triunfo. No quiero que tengamos que vernos a espaldas de Chris, no quiero tener que preocuparme por los chismes de una ciudad provinciana. Quiero estar contigo, siempre; quiero que seas mi esposa.

-¡Oh, Paul! -grité, echándole los brazos al cuello-. Te amaré siempre, ¡lo prometo! -Mis ojos se llenaron de lágrimas, tan contenta estaba de que al fin me pidiese que me casara con él-. Seré la esposa mejor que un hombre pueda imaginarse.

Y lo decía en serio.

Aquella noche no dormimos. Permanecimos despiertos, proyectando lo que haríamos cuando estuviésemos casados. Yo seguiría con la compañía; ya buscaríamos la manera. La única sombra que enturbiaba nuestro gozo era Chris. ¿Cómo se lo diríamos a Chris? Resolvimos esperar hasta Navidad. Hasta entonces, tendría que mantener mi dicha en secreto, disimularla ante todos, de modo que nadie supiese que iba a convertirme en la señora de Paul Sheffield.

LA GRAN OPORTUNIDAD

Era un otoño feliz, el otoño de mi primer éxito, de mi amor por Paul. Pensé que el destino estaba a mi disposición; me atrevía a desafiarlo, porque me sentía libre de seguir mi verdadero camino. Casi había llegado a la cima. No tenía nada que temer; nada en absoluto. Estaba ansiosa por anunciar a todos mi compromiso con Paul. Pero seguía guardando mi secreto. No lo dije a nadie; ni a Julián, ni a Madame Zolta, porque me jugaba demasiado, y necesitaba tiempo, para asegurarme de que todo estuviese a mi favor. Todavía necesitaba a Julián por pareja, tanto como él me necesitaba a mí. Y necesitaba que Madame Zolta siguiese confiando en mí completamente. Si ella supiese que iba a casarme, cosa que le disgustaría en gran manera, tal vez no me daría papeles principales, tal vez pensaría que yo era un caso perdido y que no valía la pena emplear su tiempo conmigo. Y yo tenía aún que hacerme famosa. Debía demostrarle a mamá que era mucho mejor que ella.

Ahora que Julián y yo empezamos a adquirir cierto renombre Madame Zolta aumentó un poco nuestro salario. Un domingo por la mañana, Julián vino a verme, terriblemente excitado, me levantó del suelo y me hizo describir un círculo en el aire:

-¿Sabes una cosa? ¡La vieja bruja ha ofrecido venderme su «Cadillac» a plazos! Sólo tiene dos años y medio, Cathy. -Pareció reflexionar-. Desde luego, yo había confiado en que mi primer «Cadillac» sería de primera mano; pero cuando la jefa de una compañía de ballet tiene miedo de que cierto *danseur* sensacional pueda pasarse a otra compañía, llevándose consigo a su mejor bailarina, ¿cómo puede negarse a renunciar a su propio «Cadillac»?

-¡Es un chantaje! -grité.

Él se echó a reír, me asió de la mano y me arrastró hasta su nuevo coche, aparcado delante de nuestra casa de apartamentos. Me quedé sin aliento. ¡Parecía tan nuevo!

-¡Oh, Julián, es estupendo! Tú no habrías podido coaccionarla; ha sido ella quien ha querido ofrecerte uno de sus juguetes predilectos, porque sabe que lo cuidarás con esmero, que nunca, nunca, te desprenderás de él.

-¡Oh, Cathy! -Sus ojos brillaron con lágrimas contenidas-. ¿Ves ahora por qué te quiero tanto? ¿Por qué no puedes quererme un poco?

Abrió con orgullo la portezuela, brindándome el raro privilegio de ser la primera chica que subiese a su primer «Cadillac».

Fue un día de locura. Atravesamos Central Park, subimos a Harlem y lo cruzamos hasta el George Washington Bridge, y volvimos atrás. Estaba lloviendo, pero no me importaba. Se estaba caliente y cómodo en el coche.

Entonces Julián empezó de nuevo.

-Cathy..., no vas a quererme nunca, ¿verdad?

Era una pregunta que me hacía al menos un par de veces cada día, de una u otra manera. Yo ardía en deseos de anunciarle mi compromiso con Paul, para poner fin a sus preguntas, de una vez para siempre. Pero me mantuve firme en mi reserva.

-Es que todavía eres virgen, ¿verdad? Pero yo seré dulce, cariñoso, Cathy... Dame una oportunidad, por favor.

-Por el amor de Dios, Julián, ¿es que no puedes pensar en otra cosa?

-¡No! -gruñó él-. Tienes toda la razón. ¡Y estoy cansado y harto de la manera en que juegas conmigo! -Metió el coche en la intensa corriente de tráfico-. Eres una coqueta. Me incitas mientras bailamos, ¡y después me das la gran patada!

-¡Llévame a casa, Julián! ¡Tu manera de hablar me parece repugnante!

-¡Está bien! ¡Vas a ver cómo te llevo a casa! -gritó, mientras yo me acurrucaba cerca de la portezuela que él había cerrado con llave.

Me dirigió una mirada furiosa, angustiada, ¡y pisó el acelerador a fondo! Rodamos a toda velocidad por las calles mojadas por la lluvia y, de vez en cuando, me miraba de reojo para ver si me gustaba aquella desenfrenada carrera. Reía como un loco y, de pronto, frenó tan bruscamente que mi frente chocó con el parabrisas. Manó un poco de sangre de la herida. Después, agarró el bolso que tenía yo sobre la falda, abrió la portezuela y me echó del coche, ¡dejándome bajo la fuerte

lluvia!

-¡Vete al infierno, Catherine Dahl! -gritó, mientras yo me quedaba plantada allí, negándome a suplicarle. Los bolsillos de mi abrigo estaban vacíos. No tenía una sola moneda-. Has viajado por primera y última vez en mi coche. ¡Confío en que sabrás encontrar el camino! -Se despidió con una malévola sonrisa-. Llega a tu casa como puedas, santurrona -me escupió.

Arrancó, dejándome plantada en la esquina de la calle, bajo aquel diluvio, en Brooklyn, donde no había estado nunca. No tenía ni cinco centavos en el bolsillo. No podía llamar por teléfono, ni tomar el Metro, y la lluvia no menguaba. Mi abrigo ligero estaba empapado. Sabía que me encontraba en un distrito peligroso, donde podía ocurrir cualquier cosa... y él me había abandonado allí, ¡después de jurar que cuidaría de mí!

Eché a andar, sin saber si me dirigía al Norte o al Sur, al Este o al Oeste, y entonces vi un taxi libre y lo paré. Nerviosamente, me incliné hacia delante, observando el taxímetro que contaba kilómetros... y los dólares. *¡Maldito seas, Julián, por llevarme tan lejos!* Por fin llegamos a mi casa, ¡al precio de quince dólares!

-¿Me está diciendo que no lleva dinero? -gritó el taxista-. Entonces, ¡tendrá que venir conmigo a la Comisaría!

Estuvimos discutiendo un rato, tratando yo de convencerle de que no podría pagarle si no me dejaba ir en busca del dinero, y, mientras tanto, el taxímetro seguía corriendo. Por fin, el hombre accedió.

-Pero tendrá que darse prisa, pollita; cinco minutos... o si no...

Un zorro inglés perseguido por cien galgos no habría corrido más de prisa que yo. Subí en el ascensor, que no dejó de crujir en todo el trayecto. Nunca subía en aquel armatoste, por miedo de que se parase entre dos pisos y me quedase atrapada. Por fin se abrió la puerta, y corrí por el pasillo y llamé al apartamento, pidiendo al cielo que April o Yolanda estuviesen en casa para abrir. ¡El loco de Julián se había quedado con mi bolso y con la llave!

-¡Menos ruido! -gritó Yolanda-. ¡Ya voy! ¿Quién es?

-¡Soy Cathy! ¡Ábreme en seguida! Tengo un taxi esperando abajo, ¡y el taxímetro corre!

-Si es un cebo para hacerme picar, ¡olvídalo! -dijo Yolanda, abriendo la puerta. Sólo llevaba unas bragas de nylón, y una toalla roja envolviendo sus recién lavados cabellos-. Pareces un náufrago -dijo, amablemente.

Yo no estaba dispuesta a prestarle mucha atención. La aparté a un lado, corrí al sitio donde guardaba dinero para un caso de urgencia, y me flaquearon las piernas. La llavecita del cajón del tesoro estaba en el bolso que había quedado en poder de Julián, si no lo había tirado.

-Por favor, Yolly, préstame quince dólares y otro para la propina.

Ella me miró astutamente, mientras se quitaba la toalla y empezaba a cepillarse los largos cabellos negros.

-¿Qué das a cambio de pequeños favores como éste?

-Te daré lo que quieras. Pero préstame el dinero.

-Está bien, cuento con tu promesa de devolvérmelo. -Sacó lentamente veinte dólares de su abultado billetero-. Dale cinco de propina al taxista, para que se calme, y recuerda que tienes que darme lo que yo te pida, ¿eh?

Le dije que sí y eché a correr. En cuanto le di al taxista los veinte dólares, éste sonrió y saludó tocándose la gorra.

-Espero volver a verla, pollita.

¡Deseé verle caer muerto!

Estaba tan helada, que lo primero que hice fue llenar la bañera de agua caliente, no sin antes limpiar el borde de suciedad que había dejado Yolly.

Todavía tenía mojados los cabellos y me estaba vistiendo, con intención de ir a ver a Julián para exigirle la devolución de mi bolso, cuando Yolly se plantó delante de mí.

-Vamos, Cathy..., tienes que cumplir tu promesa. Dijiste que lo que yo quisiera, ¿no?

-Sí -respondí, de mala gana-. ¿Qué quieres?

Sonrió y se apoyó en la pared, en actitud provocativa.

-Tu hermano... Quiero que le invites el próximo fin de semana.

-¡No seas ridícula! Chris está estudiando. No puede venir siempre que quiera.

-Tú puedes hacer que venga. Dile que estás enferma, que lo necesitas desesperadamente, ¡pero tráelo aquí! Ni siquiera tendrás que devolverme los veinte pavos.

Me volví y la miré con hostilidad.

-¡No! Puedo devolverte tu dinero... ¡No voy a dejar que Chris se líe con una mujer como tú!

Todavía en bragas, empezó a pintarse los labios sin mirarse al espejo.

-Cathy, cariño, tu querido y precioso hermano está liado con mujeres como yo.

-*¡No te creo! ¡No eres su tipo!*

-¿Nooo? -murmuró, frunciendo los párpados y mirando cómo acababa de vestirme-. Deja que te diga una cosa, carita de ángel: no hay un solo hombre que desdeñe *mi* tipo. Incluido tu querido hermano y tu amante, ¡Julián!

-¡Mientes! -grité-. Chris no te tocaría ni con la punta de una pértiga de tres metros... y, en lo que atañe a Julián, ¡me importa un bledo que se acueste con diez rameras como tú!

De pronto, su rostro se congestionó, se irguió y se acercó a mí, con las manos levantadas y los dedos encorvados como garras de largas y rojas uñas.

-¡Perra! -ladró-. ¡No te atrevas a llamarme ramera! Yo no cobro por lo que doy, y a tu hermano le gusta lo que doy, si no lo crees puedes preguntarle...

-¡Cállate! -grité, sin dejarla terminar-. ¡No creo nada de lo que dices! Es demasiado inteligente y sólo puede quererte para satisfacer una necesidad física... Aparte de esto, ¡no puedes significar nada para él!

Ella me agarró y yo la rechacé, con fuerza. Con tanta fuerza, que cayó al suelo.

-¡No eres más que una cualquiera, tonta y ruin, Yolanda Lange! -grité, furiosa-. Ni siquiera eres digna de que mi hermano se limpie las suelas de los zapatos con tu cuerpo. Te has acostado con todos los bailarines de la compañía. A mí me importa un bledo lo que hagas..., pero déjame en paz, ¡y deja a *mi hermano* en paz!

Le sangraba la nariz... No creía haberle pegado tan fuerte, y su nariz empezaba también a hincharse. Se puso rápidamente en pie, pero por alguna razón, se mantuvo apartada de mí.

-Nadie puede hablarme así impunemente... ¡Te acordarás de este día, Catherine Dahl! Tendré a tu hermano. Y, lo que es más, ¡te quitaré a Julián! Cuando sea mío, verás que tú, sin él, ¡no eres nada! Sólo una bailarina de tres al cuarto, a quien Madame Z. habría puesto ya de patitas en la calle si Julián no estuviese empeñado en conservarte, porque piensa que eres virgen.

Lo que gritaba Yolly podía ser verdad. Quizá tenía razón al decir que, sin Julián, yo no sería nada especial. Sentí asco y odio; la odié por ensuciar a Chris y la imagen que yo me había forjado de él. Empecé a meter mi ropa en las maletas, dispuesta a volver a Clairmont, ¡antes que pasar una hora más junto a Yolanda!

-¡Vete! -silbó ella, apretando los dientes-. Huye, mojigata, ¡estúpida! ¡Yo no soy una ramera! Pero tampoco soy una coqueta como tú... y, entre las dos, ¡prefiero ser como soy!

Sin parar mientes en lo que ella decía, acabé de hacer mis bártulos, até las anillas de las tres maletas con una correa, para poder sacarlas a rastras, y me puse bajo el brazo una bolsa de cuero suave llena a rebosar. Al llegar a la puerta, me volví a mirar a Yolanda, que se había tumbado en la cama como un gato escurridizo.

-Realmente, me asustas Yolanda. Estoy tan espantada que me dan ganas de reír. Me he enfrentado con mujeres más altas y fuertes que tú, y aún estoy viva... Te aconsejo que no vuelvas a acercarte a mí, ¡o serás *tú* quien tendrá que lamentar este día!

Cerré la puerta de golpe y subí al piso de Julián. Arrastrando mi atado equipaje, llegué a la puerta del apartamento y la golpeé con ambos puños.

-¡Julián! -grité-. Si estás ahí, abre la puerta y devuélveme mi bolso. ¡Abre la puerta, o no volverás a tenerme como pareja de baile!

Él abrió la puerta con bastante rapidez, llevando solamente una toalla alrededor de sus

estrechas caderas. Antes de que me diese cuenta de lo que pasaba, tiró de mí, haciéndome entrar en la habitación y arrojándome sobre la cama. Miré frenéticamente a mi alrededor, esperando ver a Alexis o a Michael, pero, por mi mala suerte, Julián tenía el apartamento para él solo.

-¡Claro! -ladró-. Te devolveré tu maldito bolso... ¡Cuando me hayas contestado a unas preguntas!

Salté de la cama, pero él volvió a derribarme sobre ella y se puso a horcajadas encima de mí, de manera que me era imposible escapar.

-¡Suéltame, bestia! -chillé-. Por tu culpa he tenido que andar seis manzanas bajo la lluvia y me he helado de frío. ¡Suéltame y devuélveme el bolso!

-¿Por qué no puedes amarme? -gritó él, sujetándome con ambas manos, mientras yo pugnaba por soltarme-. ¿Es que estás enamorada de otro? ¿Quién es él? Es ese médico grandote que te acogió en su casa, ¿no?

Sacudí la cabeza, terriblemente asustada. No podía decirle la verdad. Parecía casi loco de celos. Sus cabellos estaban tan mojados después de la reciente ducha, que goteaba sobre mí.

-Cathy, casi nada he podido obtener de ti. Hace casi tres años que nos conocemos, y no he llegado a ninguna parte. No puede ser por mi culpa..., por consiguiente, ¡ha de ser tuya! ¿Quién es él?

-¡Nadie! -mentí-. ¡Y te equivocas en todo lo que a mí respecta! Lo único que me gusta en ti, Julián Marquet, ¡es tu manera de bailar!

Su rostro se congestionó.

-Crees que estoy ciego y que soy un imbécil, ¿eh? -preguntó, tan furioso que parecía a punto de explotar-. Pues no estoy ciego, ni soy un imbécil, y he visto cómo miras a ese médico, ¡y que Dios me asista si no te he visto mirar a tu propio hermano de la misma manera! Conque no te las des de moralista, Catherine Dahl, ¡pues nunca había visto un hermano y una hermana tan fascinado el uno por el otro!

Entonces le di una bofetada. Él me la devolvió, ¡dos veces más fuerte! Traté de librarme de él, pero Julián era como una anguila y me derribó en el suelo, de modo que temía que no tardaría en arrancarme la ropa y violarme...

Pero no lo hizo. Sólo me tuvo sujeta debajo de él y respiró pesadamente hasta que logró dominar un poco sus furiosas emociones. Entonces dijo:

-Eres mía, Cathy, tanto si lo sabes como si no... Me perteneces. Y, si algún hombre se interpone entre los dos, le mataré, y también a ti. Recuerda esto antes de fijarte en alguien que no sea yo.

Entonces me dio mi bolso y me dijo que contase el dinero y viese si me había quitado algo. Yo tenía cuarenta y dos dólares y sesenta y dos centavos, y todo estaba allí.

Me levanté tambaleándome, cuando él me lo permitió, y me dirigí temblando a la puerta, la abrí y salí al rellano, apretando mi bolso con fuerza. Sólo entonces me atreví a decir lo que pensaba.

-Hay instituciones para los locos como tú, Julián. No eres quién para decirme a los que debo amar, ni puedes obligarme a quererte. Si hubieses tenido el propósito deliberado de hacerte aborrecible para mí, no habrías podido hacerlo mejor. Ahora, ni siquiera puedo tenerte simpatía, y, en lo tocante a volver a bailar juntos, ¡olvídalo!

Cerré la puerta de golpe y me alejé precipitadamente.

Pero cuando llegué al ascensor, él había abierto de nuevo la puerta y me lanzó una maldición tan espantosa que no puedo repetirla. Sólo diré que terminó así:

-¡Vete al infierno, Cathy...! ¡Te lo dije antes, y te lo repito...! ¡Desearás hallarte en el infierno, antes de que yo haya terminado contigo!

Después de la terrible escena con Yolanda, y luego con Julián, fui a ver a Madame Zolta y le dije que no podía seguir viviendo en un apartamento con una chica que estaba dispuesta a arruinar mi carrera.

-Te tiene miedo, Catherine, eso es todo. Yolanda era la máxima estrella de mi pequeña compañía antes de que llegases tú. Ahora se siente amenazada. Haz las paces con ella... Sé buena

chica y pídele perdón por lo que fuese.

-No, Madame. No me gusta esa chica, y me niego a vivir en el mismo apartamento que ella. Por consiguiente, si no me da usted más dinero, tendré que ir a otra compañía y ver si quieren dármelo, y, si no me lo dan, volveré a Clairmont.

Ella gimió, apoyó su cabeza de calavera en sus huesudas manos y gimió un poco más. ¡Oh, no hay como los rusos para expresar sus emociones!

-Está bien..., me violentas, y tengo que ceder. Te aumentaré un poco el salario y te diré dónde puedes encontrar un apartamento barato, aunque no será tan bonito como el que abandonas.

¡Ajá! Eso está bien. Pero Madame tenía razón. El único apartamento que pude encontrar habría cabido en el dormitorio más pequeño de la casa de Paul, a pesar de que tenía dos habitaciones. Pero era mío, el primer lugar que tenía para mí sola, y los primeros días, disfruté arreglándolo lo mejor que pude. Después empecé a dormir mal, despertándome continuamente para escuchar todos los crujidos y chirridos del viejo edificio. Añoraba a Paul. Añoraba a Chris. Oía soplar el viento, y no había nadie cerca de mí que me consolase con dulces palabras y con ojos brillantes y azules.

Me pareció ver los ojos de Chris delante de mí, cuando me levanté de la cama y me senté a la mesa de la cocina para escribir una nota a «Mrs. Winslow». Le enviaba mi primera y magnífica crítica, con una foto sensacional de Julián y yo en *La bella durmiente.* Y escribí al final de mi carta:

Ahora ya falta poco, Mrs. Winslow. Piense en esto todas las noches antes de dormirse. Recuerde que sigo viva en alguna parte, y que pienso en usted, y hago planes.

Incluso eché esta carta al correo en plena noche, para no tener posibilidad de arrepentirme y romperla. Volví corriendo a casa, me arrojé sobre la cama y lloré. ¡Oh, Dios mío, nunca podría ser libre! ¡Nunca! Y, a pesar de mi llanto, me despabilé de nuevo, pensando en cómo podría herirla de manera que nunca volviese a ser la misma. *Sé feliz ahora, mamá, ¡porque ya falta poco!*

Compré seis ejemplares de todos los periódicos que decían algo acerca de mí. Desgraciadamente, la mayor parte de las veces, mi nombre aparecía junto al de Julián. Envié ejemplares de estas críticas a Paul y a Chris; los otros los guardé para mí... o para mamá. Me imaginaba la cara que ésta pondría al abrir el sobre, aunque temía que lo rasgase y lo echase al cesto de los papeles sin leer su contenido. Ni una sola vez la llamaba madre o mamá, sino que mis saludos eran siempre formales y fríos. Ya llegaría el día en que me vería cara a cara, y entonces la llamaría madre y la vería palidecer y temblar.

Una mañana, me despertó alguien que aporreaba mi puerta.

-¡Déjame entrar, Cathy! ¡Traigo noticias fantásticas!

Era la voz de Julián.

-¡Vete! -dije, adormilada, levantándome y poniéndome una bata antes de acercarme a la puerta para que dejase de golpearla-: ¡Basta! -grité-. No te he perdonado, ni te perdonaré jamás... ¡Conque, mantente alejado de mi vida!

-Déjame entrar, ¡o derribaré la puerta a patadas! -vociferó.

Descorrí los cerrojos y entreabrí la puerta. Julián la empujó, entró, me levantó en sus brazos y puso en mis labios un beso largo y ardiente, mientras yo estaba bostezando a medias.

-Madame Zolta..., ayer, después de que tú te marchases, ¡me dio la noticia! ¡Vamos a ir a Londres! ¡Estaremos dos semanas allí! Yo nunca he estado en Londres, Cathy, ¡y Madame está entusiasmada al ver que nuestra fama ha llegado hasta allí!

-¿De veras? -pregunté, contagiada de su excitación.

Entonces me dirigí, tambaleándome, a la diminuta cocina... Café, tenía que tomar café para poder pensar con claridad.

-¿Estás siempre tan desorientada por la mañana? -preguntó él, siguiéndome a la cocina, donde se sentó a horcajadas en una silla y apoyó los codos en el respaldo, para observar mis movimientos-. ¡Despierta, Cathy! Perdóname, bésame, volvamos a ser amigos. Ódiame mañana cuanto quieras, pero ámame hoy, porque yo nací para este día, y tú también. ¡Vamos a triunfar, Cathy! ¡Lo sé! La compañía de Madame Zolta no llamó nunca la atención, hasta que tú y yo formamos pareja. El

triunfo no es suyo, ¡es nuestro!

Su modestia merecía una medalla.

-¿Has desayunado? -le pregunté, esperando que así fuese, pues sólo tenía dos lonchas de tocino y las quería para mí.

-Desde luego; tomé un bocado antes de venir. Pero puedo volver *a* comer.

¡Claro que podía! Siempre estaba dispuesto a comer... Y fue entonces cuando comprendí... ¡Londres! ¡Nuestra compañía iría a Londres! Giré sobre mis talones y grité:

-Lo que acabas de decir, Julián, ¿no es una broma? ¿Vamos a ir allá... todos nosotros?

Él se levantó de un salto.

-Sí, ¡todos nosotros! Es un gran paso adelante, ¡nuestra oportunidad de hacer algo grande! Haremos que el mundo se ponga en pie y se fije en nosotros. ¡Y tú y yo seremos las estrellas! Porque trabajando juntos somos los mejores, y tú lo sabes tan bien como yo.

Compartí con él mi desayuno y le oí contar la larga y fantástica carrera que se nos ofrecía. Seríamos ricos, y, cuando fuésemos mayores, nos retiraríamos y tendríamos dos hijos, y después montaríamos una escuela de ballet. Me gustaba, ¿no? Lamentaba echar por tierra sus planes, pero tenía que decírselo.

-Yo no te amo, Julián, y no puedo casarme contigo. Iremos a Londres y bailaremos juntos, y lo haré lo mejor que pueda..., pero pienso casarme con otra persona. Estoy prometida en matrimonio. Desde hace tiempo.

Su larga y chispeante mirada de incredulidad y de puro odio me propinó una serie de bofetadas visuales.

-¡Mientes! -chilló, y yo negué con la cabeza-. ¡Maldita seas por llevarme por donde has querido! -rugió, y salió corriendo de mi apartamento.

Yo nunca le había llevado a ninguna parte, salvo cuando bailábamos, y entonces lo hacía representando mi papel... Eso era todo, todo lo que había entre nosotros.

SUEÑOS DE INVIERNO

Yo pasaría la Navidad en casa. El desagradable incidente con Julián fue borrado de mi memoria por la feliz expectación de ver a Paul y de comunicarle la buena noticia. Gracias a Dios, podía refugiarme en Paul. Y no dejaría que Julián me estropease esta Navidad. Pues era el momento en que Paul y yo habíamos decidido anunciar nuestro noviazgo, y la única persona que podía ahora destruir mi felicidad era Chris.

A las dos de la madrugada, Chris y Paul me recibieron en el aeropuerto. Hacía mucho frío, incluso en Carolina del Sur. Chris fue quien me levantó primero en sus robustos brazos, y trató de besarme en los labios, pero yo volví la cabeza y recibí el beso en la mejilla.

-¡Viva la gran bailarina! -gritó, abrazándome con fuerza y mirándome con orgullo-. ¡Qué hermosa eres, Cathy! Cada vez que te veo, me duele el corazón.

También a mí me dolía el corazón, al verle tan apuesto, incluso más de lo que había sido papá. Miré rápidamente en otra dirección. Me desprendí del abrazo de mi hermano y corrí hacia Paul, que estaba esperando. Alargó las manos, para tomar las mías. *Cuidado, cuidado* -me advirtió con la mirada-, *no debemos dar demasiado pronto la noticia.*

Aquélla fue nuestra mejor Navidad, desde el principio hasta el fin... o casi hasta el fin. Carrie había crecido un centímetro, y era estupendo verla sentada allí, en el suelo, en la mañana del día de Navidad, pintándose la dicha en sus grandes ojos azules, mientras lanzaba gritos de entusiasmo ante el vestido de terciopelo rojo que yo le había comprado, después de muchas horas de búsqueda en las tiendas de Nueva York. Cuando se lo probó, parecía una radiante princesita. Yo trataba de imaginarme a Cory, sentado sobre sus piernas cruzadas y mirando también sus regalos. Me era imposible borrar su recuerdo en todas las ocasiones felices. Muchas, muchas veces, al ver un niño de rizos rubios y ojos azules en las calles de Nueva York, había corrido detrás de él, esperando, por un milagro, fuese Cory..., y nunca, nunca lo había sido.

Chris puso una cajita en mis manos. Había en ella una fina cadenita de oro con un dije en

forma de corazón y, en el centro del cierre, un brillante auténtico, muy pequeño, pero brillante al fin.

-Pagado con un dinero ganado a duras penas -me dijo, al abrochar la cadena alrededor de mi cuello-. Servir las mesas da buen rendimiento, si se hace bien y sonriendo.

Después, disimuladamente, deslizó en mi mano una nota doblada. Una hora más tarde, a la primera oportunidad, leía aquella nota, que me hizo llorar.

A mi señora Catherine:

Te doy oro con un brillante que casi no se ve, pero que sería grande como un castillo, si expresase todo lo que siento por ti.

Te doy oro porque es duradero, y amor eterno como el mar.

Tu hermano, Christopher.

Yo no había leído aún esta nota cuando Paul me entregó su regalo, envuelto en papel dorado y con un enorme lazo de seda roja. Deshice el envoltorio con manos temblorosas, mientras él observaba, expectante. ¡Un abrigo de *zorro gris*!.

-Es el abrigo que necesitas para los inviernos de Nueva York -indicó él, brillando en sus ojos todo el cariño y el amor que sentía por mí.

-Es demasiado -dije, con voz ahogada-, pero me encanta, ¡me encanta!

Él sonrió, satisfecho.

-Cada vez que te lo pongas, debes pensar en mí. Te abrigará en los fríos y brumosos días de Londres.

Le dije que era el abrigo más hermoso que había visto en mi vida, aunque me sentía inquieta. Me traía recuerdos de mamá y su armario lleno de pieles, fruto de su despiadada crueldad al tenernos encerrados, con lo que pudo obtener una fortuna, y pieles y joyas, y todo lo que podía comprarse con dinero.

Chris volvió la cabeza, y debió de ver algo en mi semblante que revelaba mi amor por Paul. Antes de mirar a éste, frunció las cejas, enfurruñado. Después, se levantó y salió de la estancia. Una puerta se cerró con violencia en el piso de arriba. Paul fingió no darse cuenta.

-Mira en el rincón, Catherine; ése es un regalo para todos.

Miré el enorme aparato de televisión, que Carrie se apresuró a encender.

-Cathy, lo compró para que pudiésemos verte en color bailar *Cascanueces.* Pero no deja que lo toque.

-Sólo porque cuesta mucho ajustarlo correctamente -se disculpó Paul.

Durante el resto del día de Navidad vi muy poco a Chris, salvo a las horas de comer. Llevaba el brillante suéter azul que yo había confeccionado para él -y que le caía perfectamente-, y una camisa y una corbata que también le había regalado yo. Pero ninguno de mis regalos podía compararse con el dije de oro y el brillante que él me había dado, junto con aquella breve poesía que había llegado a lo más hondo de mi corazón. Me disgustaba que siguiese queriéndome tanto, y, sin embargo -según comprendí más tarde-, me habría disgustado más si no hubiese sido así.

Aquella noche nos acomodamos todos delante del nuevo televisor en color. Yo me acurruqué en el suelo, cerca de una pierna de Paul, sentado en un sillón, y con Carrie pegada a mí. Chris se sentó lejos de nosotros, presa de un enfurruñamiento que le separaba aún más que la distancia material. Por esto me sentí menos dichosa de lo que cabía esperar, mientras observaba la lista del reparto en la pantalla coloreada. La grabación se había hecho en agosto y hoy la estarían viendo en cientos de ciudades de todo el país. ¡Qué bello aparecía el decorado en color! Más etéreo que en la realidad. Me vi en el papel de Clara... ¿Era yo realmente así? Me olvidé de todo y me apoyé inconscientemente en el muslo de Paul, y sentí sus dedos enredándose en mis cabellos... y entonces ya no supe dónde estaba, si no era en el escenario, con Julián, transformado ahora de feo cascanueces en hermoso príncipe, por arte de magia.

Cuando terminó la transmisión, volví en mí, y la primera idea que acudió a mi mente fue la de mi madre. *Señor, haz que esté en su casa esta noche, y que me haya visto. ¡Que sepa lo que trató de matar! Que sufra, que llore, que se desespere..., por favor, ¡por favor!*

-Sólo puedo decirte una cosa, Cathy -dijo Paul, con aire pasmado-. Ninguna otra bailarina podría haber representado ese papel mejor que tú. Y Julián también estuvo soberbio.

-Sí -admitió fríamente Chris, acercándose para tomar a Carrie en brazos-. Los dos estuvisteis sensacionales, pero no es la clase de baile ingenuo que *yo* recordaba de cuando era un chiquillo. Ambos hicisteis que pareciese una danza de una pareja de amantes. En serio, Cathy, deshazte de ese tipo, ¡y pronto!

Dicho lo cual, salió de la estancia y subió la escalera, para acostar a Carrie.

-Creo que tu hermano sospecha -dijo Paul, a media voz- no sólo de Julián, sino también de mí. Todo el día me ha tratado como a un rival. No se sentirá dichoso, cuando le demos la noticia.

Ansiosa, como todo el mundo, de dejar para mañana las cosas desagradables, sugerí que no se lo dijésemos hasta el día siguiente. Después, me acurruqué en el regazo, nos abrazamos e intercambiamos los besos apasionados que habíamos retenido hasta ahora. ¡Le añoraba tanto! Después de apagar todas las luces, subimos a hurtadillas por la escalera de atrás y nos amamos en su lecho, con un entusiasmo fruto de la larga abstinencia. Después dormimos un rato y volvimos a amarnos. Al amanecer le besé una vez más y me puse una bata para deslizarme hasta mi propio dormitorio. Pero, para desdicha mía, en el momento en que salía de la habitación de Paul al pasillo, ¡Chris abrió la puerta de su dormitorio y salió también! Se detuvo en seco y me miró con ojos asombrados, doloridos. Yo retrocedí, ¡tan avergonzada que a punto estuve de echarme a llorar! No dijimos nada. Él fue el primero en romper el lazo de nuestras miradas que nos mantenía paralizados. Corrió hacia la escalera, pero se volvió a la mitad del camino para lanzarme una mirada de ira y asco. ¡Yo hubiese querido morir! Fui a echar una mirada a Carrie que dormía profundamente, abrazada a su vestido de terciopelo rojo. Después me acosté en mi cama, pensando en lo que le diría a Chris para que todo volviese a estar bien entre nosotros. ¿Por qué sentí en mi corazón, que le estaba traicionando?

El día siguiente al de Navidad había que devolver los regalos que no habían gustado, que no se querían o sentaban mal. Haciendo un esfuerzo, me acerqué a Chris, que estaba en el jardín, podando los rosales con unas tijeras de jardinero.

-Chris, tengo que hablar contigo y explicarte algunas cosas.

Él explotó:

-¡ Paul no tenía derecho a regalarte un abrigo de pieles! ¡Estos regalos se hacen a las queridas! ¡Devuélvele ese abrigo, Cathy! Y, sobre todo, ¡deja de hacer lo que haces con él!

Ante todo, le quité las tijeras para que no destrozase los rosales tan queridos por Paul.

-La cosa no es tan mala como te imaginas, Chris. Mira... Paul y yo..., bueno, pensamos casarnos en primavera. Nos queremos; por consiguiente, no hacemos nada malo. No es una aventura de ésas que se olvidan; él me necesita y yo le necesito. -Me acerqué más, al volverse él de espaldas para ocultar la expresión de su cara-. Es lo mejor para mí, y también para ti -dije, suavemente.

Le así de la cintura y le obligué a dar la vuelta para mirarle a la cara. Parecía abrumado, como el hombre sano que se entera de pronto de que padece una enfermedad mortal..., sin esperanza.

-¡Es demasiado viejo para ti!

-Le amo.

-Conque le amas, ¿eh? ¿Y tu carrera? ¿Vas a echar por la borda todos estos años de sueños, de trabajo? ¿Vas a faltar a tu palabra? Sabes que los dos juramos perseguir nuestros fines y no dejarnos influir por los años perdidos.

-Paul y yo hemos discutido esto. Él lo comprende. Creo que podremos solucionarlo...

-¿*Él* lo cree? ¿Qué sabe un médico de la vida de una bailarina? Tú nunca estarás con él. Él estará aquí; y tú estarás Dios sabe dónde, con hombres de tu edad. No le debes nada; Cathy, ¡nada! Le devolveremos hasta el último centavo que haya gastado en nosotros. Le daremos todo el respeto y el amor, que se merece. . Pero no le debes la vida.

-¿No? -pregunté, en un murmullo, sufriendo por Chris-. Yo creo que se la debo. Sabes muy bien lo que sentía cuando vine aquí. Pensaba que no podía confiar en nadie. Esperaba que nos

sucediese lo peor, y así habría sido, de no haber sido por él. Y no le amo solamente por lo que ha hecho. Le amo por ser quien es y como es. Tú le ves de otra manera, Chris.

Él se volvió y arrancó las tijeras de mis manos.

-¿Y qué me dices de Julián? ¿Vas a casarte con Paul y seguir bailando con Julián? Sabes que Julián está loco por ti. Lo lleva escrito en la manera de mirarte, de tocarte.

Retrocedí, impresionada. Chris no hablaba *sólo* de Julián.

-Siento que esto haya estropeado tus vacaciones -dije-, pero tú encontrarás también a alguien. Sé que quieres a Paul. Y, cuando lo pienses mejor, verás que estamos hechos el uno para el otro, a pesar de la diferencia de edad, a pesar de todo.

Me alejé, dejando a Chris en el jardín con las tijeras.

Paul me llevó en su coche a Greenglenna, y Carrie se quedó en casa, viendo la televisión en color y disfrutando con sus nuevos vestidos y juegos. Paul me habló, entusiasmado, del banquete que pensaba ofrecernos a todos por la noche, en su restaurante predilecto.

-Quisiera ser lo bastante egoísta para dejar a Chris y a Carrie en casa. Pero quiero que estén presentes cuando ponga el anillo en tu dedo.

Yo contemplé fijamente el paisaje invernal, los árboles desnudos, la hierba amarilla, las lindas casas adornadas y con las luces de los portales encendidas después de anochecer. Ahora, yo era parte del espectáculo, no una simple espectadora recluida, y, sin embargo, me sentía desgarrada, afligida.

-Cathy, ¡estás sentada al lado del hombre más feliz del mundo!

En cambio, en su jardín, yo había dejado a un hombre tan afligido como yo misma.

Yo llevaba en mi bolso un anillo que había comprado para Carrie en Nueva York. Un pequeño rubí para un dedo muy pequeño; pero, aun así, el anillo era demasiado grande para cualquiera de sus dedos, salvo el pulgar. Ahora estaba en la mejor sección de joyería de los mejores almacenes de la ciudad, discutiendo la manera en que podría reducirse el tamaño del anillo sin estropear la montura, ¡cuando oí de pronto una voz conocida! Una voz suave, un poco ronca, dulzona. Despacio y precavidamente, volví la cabeza.

¡Mamá! ¡Plantada a mi lado! Si hubiese ido sola, quizá me habría visto; pero estaba charlando animadamente con una acompañante que vestía con tanta elegancia como ella. Yo había cambiado mucho desde la última vez que ella me había visto; sin embargo, si me hubiese mirado no habría podido dejar de reconocerme. Las dos mujeres comentaban una fiesta a la que habían asistido la noche anterior

-Realmente, Corine, Elsie lleva su jocosidad a un extremo inadmisible..., ¡qué barbaridad!

¡Fiestas! Era todo lo que hacía, ¡ir a fiestas! Mi corazón empezó a latir a ritmo de fox-trot. Mi ánimo decayó, fruto de la contrariedad que sentía. Una fiesta..., ¡tenía que suponerlo! Ella nunca se quedaba en casa, viendo la televisión. ¡No me había visto! ¡ Pero, al mismo tiempo, ¡me puse furiosa! Me volví, ¡para *hacer* que me viese! Un espejito colocado sobre el mostrador de las joyas reflejó su perfil y me demostró que ella seguía siendo adorable. Un poco más vieja, pero espléndida a pesar de todo. Llevaba los rubios cabellos peinados hacia atrás, para hacer resaltar la perfección de su pequeña y deliciosa nariz, los labios rojos y gordezuelos, las pestañas largas y oscuras, acentuadas por el negro de ojos. Sus orejas resplandecían de oro y brillantes, auténticos.

-¿Puede mostrarme algo adecuado para una jovencita adorable? -preguntó a la dependiente-. Algo de buen gusto, no llamativo, ni demasiado grande; algo que una jovencita pueda guardar toda la vida y sentirse orgullosa de ello.

¿Quién sería? ¿A qué jovencita tenía que hacer ella regalos? Sentí celos y observé cómo elegía un lindo dije de oro, ¡muy parecido al que me había regalado Chris! ¡Trescientos dólares! Ahora, nuestra querida madre gastaba dinero para una chica que no era suya, sin acordarse de nosotros. ¿Acaso no pensaba nunca en nosotros, ni se preguntaba lo que sería de nuestra vida? ¿Cómo podía dormir por las noches, sabiendo que el mundo era frío, feo y cruel para los hijos abandonados?

Por lo que yo sabía, desconocía completamente el sentimiento de culpa y el arrepentimiento.

Quizá los millones tenían esta virtud: estampar una sonrisa satisfactoria en la cara, con independencia de lo que se ocultase detrás de ésta. Yo quería hablar y ver tambalearse su aplomo. Quería arrancar la sonrisa de su cara, como la corteza de un tronco de árbol, y hacerla aparecer ante su amiga como lo que realmente era: ¡un monstruo sin corazón! ¡Una asesina! ¡Una estafadora! Pero no dije nada.

-Cathy -dijo Paul, plantándose detrás de mí y apoyando las manos en mis hombros-, yo he devuelto ya todo lo que tenía que devolver. ¿Has terminado tú? ¿Podemos irnos?

Yo quería desesperadamente que mi madre me viese con Paul, un hombre tan guapo como pudiese serlo su querido «Bart». Tenía ganas de gritarle: *¡Mira! ¡También yo puedo atraer a hombres inteligentes, amables, educados y bellos!* Eché una rápida mirada, para ver si mamá había oído a Paul pronunciar mi nombre, y esperé poder regocijarme con su pasmada sorpresa, su expresión de culpa, su vergüenza. Pero ella se había apartado a otro lugar del mostrador y, si había oído el nombre, Cathy, esto no la incitó a volver la cabeza.

Por alguna razón que no entendí, empecé a llorar.

-¿Te encuentras bien, querida? -preguntó Paul, y vio algo en mi cara que le confundió y le hizo adoptar una expresión preocupada-. No estarás pensando en desdecirte de lo nuestro, ¿verdad?

-¡No, claro que no! -negué.

Estaba pensando *en mí.* ¿Por qué no había hecho algo? ¿Por qué no había alargado un pie, en el momento oportuno, poniéndole una zancadilla? Entonces habría podido verla despatarrada en el suelo, desvanecido todo su aplomo... Tal vez. Porque era muy capaz de caerse graciosamente, haciendo que todos los hombres del establecimiento corriesen a ayudarla a levantarse... Incluso Paul.

Me estaba vistiendo para el gran acontecimiento de «The Plantation House», cuando Chris entró en mi habitación y despidió a Carrie.

-Ve a ver la televisión -le dijo, con una acritud que nunca empleaba con ella-. Tengo que hablar con tu hermana.

Carrie le miró de un modo extraño, y después, a mí, antes de salir del dormitorio.

En cuanto Carrie hubo cerrado la puerta, Chris se plantó a mi lado, me asió de los hombros y me sacudió violentamente.

-¿Vas a continuar con esta farsa? ¡Tú no le amas! ¡Sigues queriéndome a mí! Lo sé, Cathy, por favor, ¡no me hagas esto! Sé que estás tratando de liberarme casándote con Paul, pero ésta no es una buena razón para casarse con un hombre. -Bajó la cabeza, soltó mis hombros y pareció terriblemente avergonzado. Su voz se hizo tan baja, que tuve que agudizar los oídos para entender sus palabras-. Sé que está mal lo que siento por ti. Sé que debería tratar de encontrar otra persona, tal como tú estás tratando de hacer..., pero no puedo dejar de quererte y de necesitarte. Pienso en ti cada día, durante todo el día. Por la noche, sueño contigo. Quisiera despertarme y verte conmigo en la habitación. Quisiera acostarme y saber que tú estás allí, muy cerca, donde pudiese verte, tocarte. -Un sollozo brotó de su garganta, antes de que pudiese proseguir-: ¡No puedo soportar la idea de que estés con otro hombre! ¡Maldita sea, Cathy! Te quiero. Si no piensas tener hijos, *¿por qué no he de ser yo?*

Yo me había apartado al soltar él mis hombros. Cuando dejó de hablar, volví a acercarme y le rodeé con mis brazos, mientras él me estrechaba, como si fuese la única mujer que pudiese salvarle de ahogarse. Y ambos nos ahogaríamos, si hacía yo lo que él quería.

-¿Qué puedo decirte, Chris? Mamá y papá cometieron un error al casarse, y nosotros tuvimos que pagar las consecuencias. ¡No podemos arriesgarnos a repetir su error!

-¡Sí que podemos! -gritó fervientemente él-. ¡No hemos de tener una relación sexual! Basta con que vivamos juntos, con que estemos juntos, y también con Carrie. Por favor, por favor, *¡te suplico que no te cases con Paul!*

-*¡Cállate!* -chillé-. ¡Déjame en paz! -le grité, queriendo hacerle daño, como me lo hacía a mí cada una de sus palabras-. ¡Haces que me sienta culpable, que me avergüence! Chris, yo hice cuanto pude por ti cuando estábamos presos. Quizá nos aferramos el uno al otro, porque no teníamos a

nadie más. Si lo hubiésemos tenido, tú no me habrías deseado nunca, y yo no me habría vuelto nunca a mirarte. Tú eres sólo un *hermano* para mí, Chris, y quiero que estés siempre en tu sitio... ¡que no es mi cama!

Entonces me abrazó, y yo no tuve más remedio que apretar mi mejilla sobre su palpitante corazón. Le costaba dominar las lágrimas. Y yo quería que olvidase..., pero cada segundo que me tenía en sus brazos aumentaba su esperanza y su excitación. ¡Y decía que podíamos vivir platónicamente juntos!

-¡Suéltame, Chris! Si has de amarme para el resto de tu vida, guárdalo en secreto. ¡No quiero volver a oírte hablar de esto! Quiero a Paul, ¡y nada de lo que puedas decirme impedirá que me case con él!

-Te engañas a ti misma -farfulló, estrechándome más fuerte-. He observado que me miras antes de mirarle a él. Me quieres, y le quieres. Quieres a todos, ¡y lo quieres todo! No arruines la vida de Paul, ¡ya ha sufrido bastante! Es demasiado viejo para ti, y la edad *tiene* importancia. Él será viejo y estará sexualmente agotado cuando tú estés en tu cénit. ¡Incluso Julián te convendría más!

-¡Eres un estúpido si piensas eso!

-Entonces, ¡soy un estúpido! Siempre lo he sido, ¿no? Cuando puse mi amor y mi confianza en ti, fue la mayor estupidez de mi vida, ¿verdad? A tu manera, ¡eres tan despiadada como nuestra madre! Quieres adueñarte de todos los hombres que te gustan, sin pensar en las consecuencias... Pero yo dejaría que tuvieses a todos los que se te antojasen, con tal de que volvieses siempre a mí.

-Christopher, sientes envidia, ¡porque he encontrado a alguien a quien amar, antes que tú! Y no te quedes plantado ahí, fulminándome con tus fríos ojos azules, ¡porque no te han faltado aventuras! Sé que te has acostado con Yolanda Lange, y sabe Dios con cuántas más. ¿Y qué les dijiste? ¡También les dijiste que las amabas! Pues bien, ¡yo no te amo! Amo a Paul, ¡y nada impedirá que nos casemos!

Se quedó inmóvil, pálido el semblante y temblando de los pies a la cabeza, y después dijo, en un ronco murmullo:

-Hay algo que puede impedirlo. Puedo contarle lo nuestro... Entonces no te querrá.

-No podrías hacerlo. Eres demasiado honrado para eso. Además, él ya lo sabe.

Durante largo rato, nos miramos echando chispas por los ojos... Después, salió corriendo de la habitación y cerró la puerta con tanta fuerza que se abrió una larga grieta en el yeso del techo.

Sólo Carrie fue con Paul y conmigo a «The Plantation House».

-Es una lástima que Chris no se encuentre bien. Confío en que no habrá pillado la gripe... Parece que es un mal generalizado.

No le respondí; seguí sentada, escuchando la cháchara de Carrie sobre lo mucho que le gustaba la Navidad, que hacía que todo lo corriente pareciese extraordinario.

Paul puso en mi dedo un anillo con un brillante de dos quilates, mientras el leño de Navidad crepitaba en la chimenea y sonaba una música suave. Yo hice cuanto pude para alegrar la fiesta, riendo, sonriendo, intercambiando largas y románticas miradas con Paul, mientras sorbíamos champaña y brindábamos por los dos y por un feliz futuro en común. Bailé con él debajo de las enormes lámparas de cristal, y cerré los ojos, pensando en Chris, que estaba solo en su casa, en su habitación, enfurruñado y odiándome.

-Vamos a ser muy felices, Paul -murmuré, poniéndome de puntillas en mis zapatos plateados y de altos tacones.

Sí; así sería nuestra vida. Fácil. Dulce. Tranquila. Como el cadencioso y anticuado vals que estábamos bailando. Porque, cuando se ama de verdad, no hay problema que no pueda superarse. Así pensaba yo...

DÍA DE INOCENTES

Dominio. Dedicación, Deseo. Determinación. Las cuatro «D» del mundo del ballet que regían nuestra vida. Si Madame Z. había sido dura con nosotros antes de Navidad, ahora nos había

impuesto unos ejercicios tan severos que no hacíamos más que trabajar. Nos explicó lo perfecto que era The Royal Ballet, estrictamente clásico... Pero nosotros debíamos hacerlo todo a nuestra manera norteamericana; clásica... pero más bella e innovadora.

Julián se mostraba implacable, casi demoníaco. ¡Empecé a despreciarle de veras! Ambos estábamos empapados en sudor, y nuestros cabellos pendían en mojados mechones. El leotardo se pegaba a mi piel. Julián sólo llevaba un taparrabo. Me gritaba, como si estuviese sorda:

-A ver si lo haces bien ahora, ¡maldita sea! ¡No voy a pasarme aquí toda la noche!

-¡Basta de gritos, Julián! ¡Puedo oír perfectamente!

-Entonces, *¡hazlo bien!* Da primero tres pasos; después, levanta la pierna y salta, para que yo te agarre, y, por el amor de Dios, ¡déjate caer inmediatamente hacia atrás; No permanezcas erguida y envarada; en cuanto te coja, échate atrás y quédate inerte..., si es que hoy puedes hacer algo a derechas.

Lo malo era que ahora no confiaba en él. Tenía miedo de que tratase de hacerme daño.

-Julián, ¡me gritas como si tratase deliberadamente de hacerlo mal!

-¡Es lo que parece! Si lo quieres de veras, podrías hacerlo bien. Lo único que tienes que hacer es dar tres pasos, levantar la pierna, saltar y dejarte caer de espalda. Bueno, veamos si te sale bien una vez, ¡después de cincuenta pruebas!

-¿Crees que me gusta esto? Mira mis axilas -dije, levantando los brazos para que las viese-. Están irritadas, me has arrancado la piel. Y mañana, estaré llena de moraduras por tu brusquedad al agarrarme.

-Entonces, *¡hazlo bien!*

No sólo su voz era furiosa, sino también sus ojos de azabache, y yo tenía un miedo horrible a que sólo estuviese esperando una oportunidad para dejarme caer, adrede, por venganza. Pero me levanté y volví a probar. Y tampoco esta vez pude confiar en él y dejarme caer atrás. Él me tiró al suelo, y allí me quedé, jadeando y sofocada, preguntándome por qué diablos no lo dejaba de una vez.

-¿Te has quedado sin aliento? -preguntó, sarcásticamente, erguido sobre mí, con los pies separados a los lados de mis piernas y rociándome con las gotas de sudor que caían de su pecho desnudo-. Yo hago el trabajo más pesado, y tú te quedas ahí, despatarrada y sin respiración. ¿Qué te ha pasado? ¿Has gastado todas tus energías con tu médico?

-¡Cállate! Estoy cansada después de doce horas de ejercicio, ¡eso es todo!

-Si estás cansada, yo lo estoy diez veces más. Conque levántate y probemos otra vez. Y a ver si ahora lo haces bien, ¡maldita seas!

-¡No me maldigas! ¡Búscate otra pareja! Una vez me levantaste y me dejaste caer de una manera que me estuvo doliendo la rodilla durante tres días. ¿Cómo quieres que salte a tus brazos? ¡Eres lo bastante ruin para dejarme inválida para siempre!

-Aunque te odiase, no te dejaría caer. Y no te odio, Cathy. *Todavía.*

Después de practicar una y otra vez, al son del piano, contando, calculando el tiempo, repitiendo los mismos pasos, conseguí al fin que me saliese bien, e incluso Julián sonrió y me felicitó. Después, llegaron el ensayo general y la representación de *Romeo y Julieta.*

Los sorprendentes decorados y los deslumbrantes trajes, combinados con la nutrida orquesta, hacían que cada uno de nosotros diese de sí cuanto podía. Yo habría podido dar al papel de Julieta todos los pequeños matices que harían de ella un personaje real, y no el rígido muñeco que parecía Yolanda esta noche, mientras hacía sus *pliés,* con los ojos turbios y, al parecer, desenfocados. Madame Z. se acercó a ella, escrutó su cara y le olió el aliento.

-¡Dios mío...! ¡Has estado fumando hierba! Ninguna de mis bailarinas saldrá al escenario para estafar al público. ¡Vete a casa y acuéstate! Catherine, ¡prepárate para hacer el papel de Julieta!

Yolanda pasó junto a mí tambaleándose y trató de darme una furiosa patada, mientras murmuraba: . -¿Por qué tuviste que volver? ¿Por qué no te quedaste con los tuyos?

Yo no pensé en Yolanda ni en sus amenazas, cuando salí al endeble balcón y contemplé, con ojos soñadores, el pálido rostro de Julián levantado hacia mí. Parecía muy bello, bajo las luces

azuladas, con sus calzas ceñidas, sus negros cabellos y sus ojos de azabache brillando como las joyas falsas de su traje medieval. Parecía mi amante del ático, siempre alejado de mí, nunca lo bastante cerca para que pudiese ver claramente sus facciones.

Los aplausos atronaron el aire al caer el telón. Y, detrás de éste, Julián, casi sin aliento, saltó hacia mí y me estrechó con fuerza.

-¡Esta noche has estado sensacional! ¿Cómo te las arreglas para tenerme engañado hasta el momento de la representación?

El telón se alzó cuatro veces, y, a la cuarta, él me besó en los labios. El público gritó: «¡Bravo!», porque los aficionados al ballet gustan del drama y de la pasión.

Fue nuestra noche, la mejor hasta entonces, y, embriagada por el triunfo, corrí a mi camerino, perseguida por los fotógrafos y los cazadores de autógrafos, porque después había una fiesta por todo lo alto, una celebración antes de que nuestra compañía partiese hacia Londres. Me embadurné la cara con *coldcream,* para quitarme el colorete, y después cambié mi traje del último acto por un vestido corto y serio de color azul. Madame Zolta llamó a mi puerta y dijo:

-Catherine, aquí hay una señora que dice que ha venido de tu tierra para verte bailar. Abre; esperaremos a que vengas para empezar la fiesta.

Entró una mujer alta y atractiva. Tenía los cabellos y los ojos negros, y su caro vestido se adaptaba bien a su figura. Por alguna extraña razón, me pareció que no era la primera vez que la veía, o que me recordaba a alguien. Me miró de los pies a la cabeza y sólo entonces se volvió a observar el pequeño camerino, lleno de bolsas de plástico con los trajes que iba a llevarme a Inglaterra, todas ellas con marbetes indicadores de mi nombre y del ballet al que iba destinado cada traje. Esperé con impaciencia a que dijese lo que tuviese que decir y se marchase, para poder ponerme mi abrigo.

-Creo que no la conozco -dije, para apremiarla.

Ella sonrió maliciosamente, se sentó, sin previa invitación, y cruzó las bien formadas piernas. Empezó a balancear un pie, calzado con un zapato negro de alto tacón.

-Claro que no me conoce, mi querida niña... En cambio, yo sé mucho de usted.

Algo en su suave y demasiado dulce lenguaje me puso sobre aviso, y me erguí, dispuesta a hacer frente a lo que fuese, que sin duda sería malo. Así me lo decía su mirada taimada, disfrazada de dulzura.

-Es usted muy bonita, quizás incluso hermosa.

-Gracias.

-Baila extraordinariamente, lo cual me sorprendió. Aunque, desde luego, tiene que bailar bien para estar en una compañía que, según tengo entendido, está adquiriendo gran importancia.

-Gracias de nuevo -dije, preguntándome cuándo se decidiría a ir al grano.

Esperó largo rato antes de volver a hablar, manteniéndome en suspenso, en vilo. Entonces cogí mi abrigo, para indicarle que tenía que marcharme.

-Hermoso abrigo de pieles -comentó ella-. Supongo que se lo habrá regalado mi hermano. Tengo entendido que está derrochando su dinero como un marinero borracho. Dando todo lo que ahorró en su vida a tres vagabundos que llegaron en un autobús y se adueñaron de su-vida. -Lanzó una risa grave y sarcástica, propia de las mujeres cultas-. Ahora, al verla, comprendo la razón; aunque había oído ya decir que era lo bastante linda como para enloquecer a cualquier hombre. Sin embargo, no pensaba que una chiquilla como usted pudiese parecer tan voluptuosa, tan sensual, a pesar de su delgadez. Es usted de una marca especial, Miss Dahl. Inocente y refinada al mismo tiempo. Esta mezcla debe de ser embriagadora para un hombre del tipo de mi hermano. -Rió-. No hay nada como la combinación de la juventud con unos cabellos largos y rubios, una cara hermosa y unos senos llenos, para hacer perder la chaveta al mejor de los hombres. -Suspiró, como si me compadeciese-. Sí; esto es lo malo de ser demasiado joven y bella. Los hombres sacan a relucir lo peor que llevan dentro. Paul hizo otras tonterías antes de ahora, ¿sabe? No es usted su primera compañera de juego, aunque nunca había regalado abrigos de pieles ni anillos con brillantes. Como *si* pudiese casarse con usted.

Conque era la hermana de Paul, Amanda, la hermana que le confeccionaba suéteres y se los enviaba por correo, pero se negaba a hablar con él en la calle.

Amanda se levantó y empezó a dar vueltas a mi alrededor. Como un gato al acecho, presto a saltar. Llevaba un perfume oriental, almizcleño, penetrante, y se movía como si me considerase una presa fácil.

-Tiene un cutis inmaculado -dijo, alargando una mano para acariciarme la mejilla-, liso, como de porcelana. Pero no conservará esa piel ni esos cabellos cuando tenga treinta y cinco años, mucho después de que él se haya hartado de usted. Le gustan las mujeres jóvenes, muy jóvenes. Inteligentes, bonitas y con buenas cualidades. Tengo que confesar que es hombre de gusto, aunque carece de sentido común. Bueno -y esbozó otra odiosa sonrisa-, en realidad, me importa un bledo lo que haga, mientras no traspase los límites de la decencia y no repercuta en *mi* vida.

-Márchese -conseguí decir-. Usted no conoce en absoluto a su hermano. Es un hombre honrado y generoso, que en modo alguno sería capaz de perjudicarla a *usted.*

Ella sonrió compasivamente.

-Mi querida niña, ¿no se da cuenta de que está arruinando su carrera? ¿Es lo bastante tonta para pensar que este asunto ha pasado inadvertido? En una ciudad de las dimensiones de Clairmont, todo el mundo se entera de todo. Aunque Henny no pueda hablar, los vecinos tienen ojos y oídos. Y no paro de oír rumores sobre la forma en que malgasta su dinero con unos delincuentes juveniles que se aprovechan de su buen carácter. No tardará en arruinarse, ¡e incluso perderá su clientela como médico!

Se iba acalorando cada vez más, y temí que, en el momento menos pensado, me arañase la cara con sus largas uñas rojas.

-¡Salga de aquí! -le ordené, furiosa-. Lo sé todo acerca de usted, Amanda, ¡porque las habladurías han llegado también a mis oídos! Lo malo es que se imagina que su hermano debe consagrarle el resto de su vida, porque usted trabajó para ayudarle a cursar los estudios superiores y la carrera de médico. Pero hubo un tiempo en que yo llevé sus libros, y sé que la ha rembolsado de cuanto pagó por él, más el diez por ciento de intereses; por consiguiente, ¡no le debe nada! Es usted una embustera, al tratar de rebajarle a mis ojos..., ¡pero no le servirá de nada! Él me ama, yo le amo, ¡y nada de lo que usted diga impedirá que nos casemos!

Volvió a reír, duramente y sin alegría, y después, su cara adoptó una expresión dura y resuelta.

-¡No admito que *me* dé órdenes! Me iré cuando me plazca, y será cuando haya dicho todo lo que tengo que decir. He venido aquí para ver a su última manceba, a su muñeca danzante..., y le aseguro que no será la última. Por algo me decía Julia que... La interrumpí vivamente.

-*¡Váyase! ¡No se atreva a decir una palabra más acerca de él!* Sé todo lo de Julia. Él me lo contó. Si ella le empujó hacia otras, no se le puede culpar *a* él. No era una verdadera esposa; era un ama de llaves, una cocinera, ¡no una esposa!

Ahora rió divertida. ¡Dios mío, y cuánto le gustaba reír! Estaba disfrutando; tenía que habérselas con alguien que le plantaba cara, con alguien a quien poder clavar las uñas.

-¡Tontuela! Ése es el viejo cuento que todos los hombres cuentan a sus últimas conquistas. Julia era la mujer más cariñosa, dulce, amable y maravillosa que haya existido jamás. Hacía cuanto podía por complacerle. Su único defecto era que no podía darle toda la sexualidad que él quería, o la clase de sexualidad que él exigía; por esto, sí, tuvo él, en cierto modo, que valerse de otras... como usted. Confieso que la mayoría de los hombres casados hacen tonterías, ¡pero no lo que hizo él!

Ahora odié, detesté de veras a aquella maldita bruja.

-¿Qué fue eso tan terrible? Julia ahogó a su hijo de tres años... Yo no habría matado a un hijo *mío* por nada del mundo. ¡El afán de venganza no puede llegar a tanto!

-En eso estoy de acuerdo -admitió ella, volviendo a su tono suave-. Lo que hizo Julia fue una locura. Scotty era un chico muy hermoso, adorable..., pero Paul la impulsó a hacerlo. Comprendo el razonamiento de ella. Scotty era lo que Paul amaba más en el mundo. Y, cuando se quiere destruir emocionalmente a alguien, se mata a su ser más querido.

-¡Oh! ¡Mujer espantosa!

-Él lleva un cilicio, ¿no? -preguntó, como deleitándose con el daño ajeno, con sus ojos negros brillando de satisfacción-. Se tortura, se condena, añora a su hijo, y entonces llega usted y él la deja embarazada. ¡Toda la población sabe lo de su aborto! ¡Lo sabemos! ¡Lo sabemos todo!

-¡Miente! -chillé-. ¡No fue un aborto! Me hicieron un legrado porque mis períodos no eran regulares.

-Figura en los archivos del hospital -repuso taimadamente ella-. Abortó un feto con dos cabezas y tres piernas, unos gemelos que no se separaron debidamente. ¡Pobrecilla! ¿No sabía usted que el legrado sirve para abortar?

Me ahogaba, me ahogaba, envuelta en remolinos de agua negra... ¿Dos cabezas? ¿Tres piernas? ¡Oh,

Dios mío! ¡El hijo monstruoso que había temido tanto! Pero, entonces, Paul no me había tocado aún.

-No llore -dijo, en tono apaciguador, y yo me aparté de su larga mano cuajada de brillantes-. Todos los hombres son unos bestias, y supongo que él no le dijo nada. Pero ahora ya sabe que no puede casarse con él. Se lo he dicho por su propio bien. Es usted hermosa, joven, agraciada, y se echaría a perder viviendo en pecado con un hombre casado. Sálvese, mientras esté a tiempo.

Las lágrimas borraban mi visión. Me froté los ojos como una chiquilla, sintiéndome como una chiquilla en un mundo oculto y loco, mientras miraba, alelada, su cara blanda y suave.

-Paul no está casado. Es viudo. Julia murió. Se suicidó cuando ahogó a Scotty.

Ella dio unas palmadas maternales en mi hombro.

-No, hija mía, Julia *no* murió. Vive en una institución donde la encerró mi hermano cuando ella mató a Scotty. Sigue siendo su esposa legal, aunque esté loca.

Puso varias instantáneas en mis flojas manos, fotos de una mujer delgada y de lastimoso aspecto, en una cama de hospital, con la cara de perfil. Una mujer agotada por el sufrimiento. Muy abiertos los ojos, mirando sin ver, y con sus negros cabellos extendidos como cordeles sobre la almohada. Aunque estaba muy cambiada, yo había visto demasiadas fotografías de Julia para no reconocerla.

-A propósito -dijo la hermana de Paul, dejándome las fotos-, me ha gustado mucho la función. Es usted una bailarina maravillosa. Y ese joven..., es espectacular. Quédese *con él.* Salta a la vista que está enamorado de usted.

Entonces se marchó, dejándome sumida en un mar de sueños rotos y hundida en la desesperación. ¿Cómo podría aprender a nadar en un océano de engaños?

Julián me llevó a la magnífica fiesta que se celebraba en nuestro honor. La gente nos rodeaba, felicitándonos, colmándonos de frases halagadoras. Nada significaban para mí. Sólo podía pensar en que Paul me había mentido, había abusado de mí, estando casado... *Mentiras,* ¡yo odiaba las mentiras!

Julián no se había mostrado nunca tan amable ni más considerado. Se juntó a mí en uno de aquellos bailes lentos y anticuados, tanto que podía sentir cada uno de los duros músculos de su cuerpo apretando el mío fuerte, muy fuerte.

-Te amo, Cathy -murmuró-. Te deseo tanto que no puedo dormir por la noche. Quiero estrecharte en mis brazos, amarte. Si no me lo permites, y pronto, me volveré loco. -Hundió la cara en mis cabellos recogidos sobre la cabeza-. Nunca he tenido una mujer como tú, por estrenar. Por favor, Cathy, quiéreme, quiéreme.

Su cara flotaba delante de mí. Parecía un dios pagano de ensueño, perfecto; y sin embargo...

-Julián, ¿y si te dijese que no estoy *por estrenar!*

-¡Lo estás! ¡Lo sé!

-¿Cómo puedes saberlo? -reí entre dientes, como ebria-. ¿Llevo algo escrito en la cara que diga que soy virgen?

-Sí -respondió él, con firmeza-. Tus ojos. Tus ojos me dicen que no sabes lo que es ser amada.

-Temo, Julián, que *tú* sabes muy poco.

-Me menosprecias, Cathy. Me tratas como a un niño, y al minuto siguiente, como a un lobo que fuese a devorarte. Deja que te ame, y entonces sabrás que ningún hombre te había tocado antes.

Me eché a reír.

-Está bien..., pero sólo una noche.

-Si eres mía una noche, nunca, nunca me dejarás marchar -me advirtió, bollándole los ojos, negros como el carbón.

-Julián..., yo no te amo.

-Pero me amarás, después de esta noche.

-¡Oh, Julián! -dije bostezando-. Estoy cansada, y un poco embriagada... Vete, déjame en paz.

-Ni lo pienses, pequeña. Has dicho que sí, y te tomo la palabra. Serás mía esta noche... y todas las noches de tu vida, o de la mía.

Una lluviosa mañana de domingo, con todo nuestro equipaje cargado ya en los taxis que habían de llevar a nuestra compañía al aeropuerto, Julián y yo nos hallábamos en el Ayuntamiento de la ciudad, acompañados de nuestros mejores amigos, que actuarían de testigos, y un juez pronunció las palabras que nos unirían hasta que la muerte os separe». Cuando llegó el momento de formular mi promesa, vacilé, deseando salir corriendo y volar hacia Paul. Éste se sentiría aplastado cuando se enterase. Y también estaba Chris. Pero Chris preferiría verme casada con Julián que con Paul; así me lo había dicho.

Julián asía mi mano con fuerza y sus ojos negros me miraban dulcemente y resplandecían de amor *y* de orgullo. Imposible escapar. Sólo pude decir lo que se suponía que diría, y me encontré casada con el único hombre que yo había jurado que nunca me tocaría íntimamente. Julián no era el único que se sentía feliz y orgulloso; lo propio ocurría a Madame Zolta, que estaba entusiasmada y nos colmó de bendiciones, nos besó en la mejilla y vertió lágrimas maternales.

-Has hecho lo que debías, Catherine. Juntos seréis felices; formáis una pareja estupenda... Pero, recordarlo bien, ¡nada de niños!

-Cariño, corazón mío, amor mío -murmuró Julián, cuando estuvimos en el avión, volando sobre el Atlántico-, no pongas cara triste. ¡Es un día de gozo para nosotros! Te juro que nunca te arrepentirás. Seré un marido fantástico para ti. Eres la única mujer a quien he amado en mi vida.

Recliné la cabeza en su hombro, ¡y me eché a llorar! A llorar por todo lo que habría podido tener en el día de mi boda. ¿Dónde estaba el canto de los pájaros y el tañido de las campanas? ¿Dónde estaba la hierba verde, y dónde estaba mi amor? ¿Y dónde estaba mi madre, la causante de que todo hubiese ido mal? *¿Dónde?* ¿Lloraba cuando pensaba en nosotros? ¿O, como era más probable, rasgaba mis notas y los recortes de periódicos que las acompañaban? Sí, esto sería más propio de ella: no enfrentarse nunca con lo que había hecho. ¡Con qué facilidad se había marchado, para su segunda luna de miel, dejándonos al cuidado de una abuela despiadada! ¡Y cómo había vuelto, sonriente y feliz, para contarnos lo bien que lo había pasado! Mientras nosotros, encerrados allá arriba, habíamos sido maltratados y pasado hambre. Ni siquiera se había fijado en Cory y en Carrie, que no crecían. No se había dado cuenta de sus profundas ojeras, ni de la delgadez de sus brazos y sus piernas. Nunca advertía lo que no quería ver.

La lluvia seguía cayendo, cayendo, pronosticando lo que me esperaba. El frío y copioso torrente de agua formó hielo en las alas del avión que me llevaba lejos de aquellos a quienes amaba. Yo sentía el mismo hielo en mi corazón. Y aquella noche tenía que dormir con un hombre que ni siquiera me gustaba cuando estaba en el escenario, disfrazado, representando un papel de príncipe.

Pero, en honor a la verdad, debo decir que Julián justificó su jactancia en el lecho. Me olvidé de quién era y me imaginé que era otro, mientras él recorría todo mi cuerpo con sus besos y sus caricias. Antes de que terminase, le deseé. Me sometí de buen grado a su posesión... y traté de borrar de mi mente la persistente idea de que acababa de cometer el peor error de mi vida.

Y eso que había cometido muchos.

LABERINTO DE MENTIRAS

Antes de que nuestros cuerpos se hubiesen adaptado a las nuevas condiciones, realizamos

ensayos con The Royal Ballet, observando a éste y comparando nuestro estilo con el suyo. Madame Z. nos había dicho ya que su estilo era estrictamente clásico, pero que nosotros teníamos que hacer las cosas a nuestra manera, sin dejarnos intimidar.

-Manteneos en lo vuestro; haced que la danza sea pura, pero imprimiéndole vuestro sello personal. Julián, Catherine, como recién casados que sois, todos los ojos se fijarán en vosotros; por consiguiente, dad el mayor romanticismo posible a cada escena. Me conmovéis, bailando juntos, hasta darme ganas de llorar... Si continuáis así, podréis hacer historia en el ballet.

Sonrió, y las lágrimas llenaron las profundas arrugas alrededor de sus ojillos.

-¡Demostremos que América puede también producir lo mejor de lo mejor! -Tuvo que interrumpirse y se volvió de espaldas, para que no viésemos la ruina de su cara-. ¡Os quiero tanto a todos...! -sollozó-. Ahora, marchaos... Dejadme... y haced que me enorgullezca de vosotros.

Estábamos dispuestos a hacer todo lo posible para que el nombre de Madame Zolta volviera a ser famoso, no como bailarina, pero sí como maestra. Ensayábamos hasta que caíamos rendidos en la cama.

«The Royal Opera House», «Covent Carden», compartía su espacio con la compañía de ballet, y, cuando la vi por primera vez, me quedé sin respiración y apreté con fuerza la mano de Julián. En la sala de púrpura y oro cabían más de dos mil personas sentadas. Sus resplandecientes hileras de palcos, que se elevaban hasta una alta cúpula con un sol radiante en el centro, me pasmaron con su esplendor a la antigua usanza. Pronto habíamos de descubrir que, detrás del escenario, todo era mucho menos opulento, con unos atestados vestuarios carentes de encanto y unas pequeñas oficinas y cuartos de trabajo que parecían conejeras; y, peor aún, ¡no había estudios para ensayar! Si me empeñé en encontrar algo admirable en los sistemas de fontanería y de calefacción británicos, fracasé completamente. Siempre sentía frío, salvo cuando bailaba. Llegué a odiar el escaso suministro de agua caliente en los cuartos de baño, que me obligaba a bañarme con la mayor rapidez posible para no quedarme helada.

Y Julián permanecía constantemente pegado a mí. No tenía noción de la intimidad y, por ende, no la respetaba en absoluto. Incluso cuando estaba yo en el cuarto de baño, quería entrar, y tenía que apresurarme a echar el pestillo y dejarle aporreando la puerta.

-¡Déjame entrar! Sé lo que estás haciendo. ¿A qué viene tanto secreto?

No sólo esto, sino que quería introducirse en mi mente y conocer todo mi pasado, todos mis pensamientos, todo lo que yo había hecho.

-Tu madre y tu padre murieron en un accidente de automóvil, pero, ¿qué pasó después? -me preguntó sujetándome en un férreo abrazo.

¿Por qué tenía que decírselo otra vez? Tragué saliva. Había urdido un cuento verosímil, según el cual nos habíamos escapado Chris, Carrie y yo, para no tener que ingresar en un orfelinato.

-Teníamos un poco de dinero ahorrado, ¿sabes? De los regalos de cumpleaños, de Navidad y de otras ocasiones parecidas. Tomamos un autobús para ir a Florida, pero Carrie se mareó y vomitó, y aquella negra gorda nos llevó a casa de «su doctor». Creo que él se compadeció de nosotros; se convirtió en nuestro tutor... y eso fue todo.

-Conque eso fue todo -repitió él, pausadamente-. ¡Hay muchas cosas que no me cuentas! Aunque puedo adivinar el resto. "Él vio una chica joven y prometedora, y por eso se mostró tan generoso, Cathy..., ¿hasta dónde llegó tu intimidad con él?

-Le quería, y pensaba casarme con él.

-Entonces, ¿por qué no lo hiciste? -gritó-. ¿Por qué te casaste conmigo?

El tacto y la sutileza no figuraban entre mis virtudes. Estaba enojada, porque me obligaba a darle explicaciones y yo no quería dárselas.

-¡Tú me acosabas continuamente! -grité-. Me hiciste creer que podría llegar a quererte, ¡pero no creo que pueda! ¡Cometimos un error, Julián! ¡Un terrible error!

-No vuelvas a decir eso, ¿oyes?

Julián gimió, como si le hubiese herido profundamente, y me recordó a Chris. Por lo visto no podía vivir sin dañar a todos los que se cruzaban conmigo. Esto hizo que se desvaneciese mi furor y

permitiese a Julián estrecharme en sus brazos. Él bajó la cabeza para besarme en el cuello.

-¡Te amo tanto, Cathy! Más de lo que nunca pensé que podría amar a una mujer. Y nunca tuve a nadie que me quisiera por lo que soy. Gracias por tratar de amarme, aunque digas que no lo has conseguido.

Me dolió escuchar el temblor de su voz. Parecía un niño suplicando lo imposible, y pensé que quizás era injusta con él. Me volví y le eché los brazos al cuello.

-Quiero amarte, Jule. Me casé contigo, y me comprometí a hacerlo; lo intentaré, y seré para ti la mejor esposa que pueda ser. ¡Pero no me empujes! No me obligues... Espera a que venga el amor cuando sepa algo más de ti. Eres casi un extraño para mí, aunque hace tres años que nos conocemos.

Él retrocedió, como si pensara que yo le conocía perfectamente y que, por ello, el amor sería imposible. ¡Tan poco seguro estaba de sí mismo! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué había hecho yo? ¿Qué clase de mujer era, que podía apartarme de un hombre bueno, sincero y honrado, y arrojarme en brazos de alguien que sospechaba que era un bruto?

Mamá solía obrar impulsivamente, para lamentarlo cuando era demasiado tarde. Yo *no era* como ella en mi interior, ¡no podía serlo! Tenía demasiado talento para parecerme a alguien que no tenía ninguno..., salvo el de hacer que los hombres se enamorasen de ella, cosa que no tenía que ver con la inteligencia. No; yo quería ser como Chris..., y entonces vacilé de nuevo, apresada, como siempre, en aquellas arenas movedizas que eran hechuras de *ella.* Todo había sido por su culpa, ¡incluso mi boda con Julián!

-Cathy, tendrás que aprender a hacer la vista gorda con muchos defectos míos -dijo Julián-. No me pongas sobre un pedestal, no esperes que sea perfecto. Tengo los pies de barro, como sabes muy bien, y, si tratas de convertirme en el Príncipe Encantador, como creo que deseas..., no lo conseguirás. También pusiste a ese médico tuyo sobre un pedestal; pienso que te empeñas en elevar tanto a los hombres a quienes aprecias, que por fuerza tienen que caerse. Limítate a quererme, y procura no ver lo que no te guste.

Yo no sabía pasar por alto los defectos. Siempre había visto los de mamá, cosa que nunca había hecho Chris. Siempre, agarraban la moneda más brillante y buscaba lo defectuoso en ella. Era curioso. Los defectos de Paul me habían parecido obra de Julia, hasta que había venido Amanda con su horrible historia. Otro motivo para odiar a mamá: ¡hacerme dudar de mi instinto!

Mucho después de que Julián se hubiese acostado, seguía yo detrás de la ventana, contemplándome, fijos los ojos en los largos hilos de hielo que surcaban el cristal. El tiempo era anuncio de lo que me esperaba. La primavera estaba allí, en el jardín de Paul... y yo la había rechazado. No tenía que haber creído a Amanda. ¡Pobre de mí si me volvía como mamá por dentro, como me parecía a ella por fuera!

Nuestras semanas en Londres fueron de mucho trabajo, excitantes y agotadoras, pero yo temía el día en que volviéramos a Nueva York. ¿Cuánto tiempo podría tardar en decírselo a Paul? No podría esperar eternamente. Más pronto o más tarde, él tendría que saberlo.

Poco antes del primer día de primavera, volamos a Clairmont y tomamos un taxi para ir a casa de Paul. Era éste el lugar de nuestra liberación, y parecía que nada había cambiado. Sólo yo había cambiado, porque iba a destrozar a un hombre que no merecía verse arruinado por segunda vez.

Contemplé los setos de boj recortados en conos y esferas, y las wisterias floridas; las azaleas lucían sus brillantes colores en todas partes, y las grandes magnolias estaban a punto de florecer, y sobre todo aquel verdor pendían los hilos grises del musgo español, confusos y nebulosos, creando una ilusión de blondas vivas. Suspiré. Si había, a la luz del crepúsculo, algo más bello y en cierto modo romántico y tristemente místico, que un roble vivo envuelto en musgo español que acabaría matándolo, yo no lo había visto nunca. Era como un amor que se aferraba y mataba.

Pensé que debía entrar con Julián y darle la noticia a Paul, pero no pude hacerlo.

-¿Te importa esperar en la galería hasta que se lo diga a Paul? -le pregunté.

Por alguna razón, se limitó a asentir con la cabeza. Yo había esperado una discusión. Sumisamente, para cambiar, Julián se sentó en la blanca mecedora de mimbre, la misma en la que

dormitaba Paul aquella tarde de domingo, cuando llegamos allí después de dejar el autobús. Él tenía entonces cuarenta años. Ahora tenía cuarenta y tres.

Temblando un poco, me dirigí a la puerta principal y la abrí con mi llave. Podía haber telefoneado o enviado un cablegrama. Pero tenía que ver su cara y observar sus ojos, y tratar de leer sus pensamientos. Necesitaba saber si le había asestado una puñalada en el corazón o si sólo había herido su orgullo y su amor propio.

Nadie me oyó abrir la puerta. Nadie oyó mis pasos sobre el duro parqué del vestíbulo. Paul estaba arrellanado en su sillón predilecto, delante del televisor en color y de la chimenea, dormitando. Tenía las largas piernas apoyadas en la otomana, cruzados y descalzos los pies. Carrie estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, junto al sillón de Paul, como siempre que necesitaba estar cerca de alguien a quien quería. Estaba absorta, jugando con sus figuritas de porcelana. Llevaba un suéter blanco, con franjas rojas en el cuello y en los puños, y encima de él, una chaqueta roja de pana. Parecía también una linda muñeca.

Volví a mirar a Paul. En su ligero sueño, tenía la expresión de alguien que estuviese esperando ansiosamente. Incluso movía a menudo los pies, cruzándolos y descruzándolos, mientras cerraba y abría los puños. Su cabeza estaba apoyada en el alto respaldo del sillón, pero también la movía, de un lado a otro..., soñando. «¿Quizá conmigo?», pensé. Entonces volvió la cara en mi dirección. ¿Habría percibido en sueños mi presencia?

Abrió lentamente los párpados, pestañeando. Bostezó y se tapó la boca con la mano... Después me miró, con ojos confusos. Como si fuese yo una aparición.

-Catherine -murmuró-, ¿eres tú?

Carrie oyó su pregunta, se levantó de un salto y corrió hacia mí, gritando mi nombre al tomarla yo en brazos y levantarla muy alto. Llené su carita de besos y la apreté tan fuerte que gritó:

-¡Huy! ¡Me haces daño! -Estaba muy linda, fresca y bien alimentada-. ¡Oh, Cathy! ¿Por qué has estado *tanto tiempo* fuera? Cada día esperábamos que volvieses, y tú no volvías. Hacíamos planes para la boda, pero, como no escribías, el doctor Paul decía que teníamos que esperar. ¿Por qué nos enviabas solamente postales? ¿No tenías tiempo de escribir cartas largas? Chris decía que debías de tener muchísimo trabajo. -Se había desprendido de mis brazos y sentado de nuevo en el suelo, junto al sillón de Paul, y me miraba con reproche-. Te olvidaste de nosotros, ¿verdad, Cathy? Lo único que te interesa es el baile. Cuando bailas, no te hace falta una familia.

-Sí que necesito una familia, Carrie -dije, distraídamente, fija la mirada en Paul, tratando de leer lo que él pensaba.

Paul se levantó y vino a mi encuentro, sin apartar su mirada de la mía. Nos abrazamos, y Carrie siguió sentada en el suelo, en silencio, mirándonos, como estudiando la manera en que debía actuar una mujer con el hombre a quien amaba. Paul sólo rozó mis labios con los suyos. Sin embargo, su contacto me hizo estremecer como nunca me había estremecido el de Julián.

-Has adelgazado. También pareces cansada. ¿Por qué no telefoneaste o telegrafiaste para anunciarnos tu llegada? Habría ido a buscarte al aeropuerto.

-También tú pareces más delgado -dije, en un ronco murmullo.

Pero la pérdida de peso le sentaba mejor que a mí. Y su bigote parecía más negro, más espeso. Lo toqué ligeramente, con añoranza, sabiendo que ahora ya no podía hacerlo... y que él lo había dejado crecer para agradarme.

-Me dolió cuando dejaste de escribirme cada día. ¿Lo hiciste porque el trabajo te absorbió demasiado?

-Algo así. Es fatigoso bailar todos los días y tratar, al mismo tiempo, de ver todo lo posible... Tenía tanto que hacer, que no me quedaba tiempo para nada.

-Ahora estoy suscrito a *Variety.*

-¡Oh...! -fue cuanto pude decir, esperando que no hubiesen publicado mi boda con Julián.

-Me he nombrado archivero de noticias, aunque Chris lleva también un álbum de recortes de periódicos. Cuando viene, comparamos lo que hemos recogido, y si uno de los dos tiene algo que le falta al otro, sacamos una fotocopia. -Hizo una pausa, como intrigado por mi expresión, por mi

comportamiento, por algo-. Las críticas son formidables, Catherine. ¿Por qué pareces tan... tan indiferente?

-Como dijiste, estoy cansada. -Agaché la cabeza, sin saber qué decir, ni cómo responder a su mirada-. ¿Y cómo lo habéis pasado vosotros?

-Catherine, ¿te ocurre algo? Te portas de una manera extraña.

Carrie me miraba fijamente..., como si Paul hubiese expresado también lo que pensaba ella. Paseé la mirada por la espaciosa estancia, con todas las cosas bellas que Paul había coleccionado. El sol que se filtraba a través de las cortinas de color de marfil se reflejaba en las miniaturas de la alta estantería, protegidas por cristales, y, detrás de ellas, estaba el espejo negro y con yetas de oro, iluminado desde arriba y desde abajo. Cuan fácil era escabullirse mirando alrededor, fingiendo que todo estaba bien, cuando todo estaba mal.

-¡Habla, Catherine! -exclamó Paul-. ¡Algo malo ocurre!

Me senté; me flaqueaban las rodillas y tenía seca la garganta. ¿Por qué no podía hacer nada a derechas? ¿Cómo podía él haberme mentido, haberme engañado, si sabía que estaba harta de mentiras y de engaños? ¿Y cómo podía parecer aún tan digno de confianza?

-¿Cuándo vendrá Chris?

-El viernes, para las vacaciones de Pascua.

Su larga mirada pareció reflexiva, como si encontrase extraño que yo no lo supiese, dada la constante comunicación que mantenía con Chris. Entonces tuve que saludar y abrazar y besar a Henny... y no pude seguir callando... y conseguí decir:

-Paul, he traído a Julián conmigo. Está en la galería, esperando. ¿Te parece bien?

Él me miró de un modo extraño y, después, asintió con la cabeza.

-Desde luego. Dile que pase. -Después se volvió a Henny-. Pon dos cubiertos más, Henny.

Julián entró y, tal como yo le había pedido, no dijo una palabra sobre nuestra boda. Ambos nos habíamos quitado y guardado en un bolsillo nuestros anillos de casados. Fue una comida extraña y silenciosa, e incluso cuando Julián y yo entregamos los regalos que traíamos, pareció aumentar la tensión, y Carrie sólo echó una mirada a su brazalete de rubíes y amatistas, mientras Henny sonreía ampliamente al ponerse su gruesa ajorca de oro.

-Gracias por la adorable figurita con tu efigie, Cathy -dijo Paul, dejándola cuidadosamente sobre la mesa más próxima-. Y usted, Julián, ¿podría excusarnos un momento a Cathy y a mí? Desearía hablar con ella en privado.

Dijo esto en el tono con que pediría un médico una conversación privada con el familiar responsable de un paciente en estado crítico. Julián asintió con la cabeza y sonrió a Carrie. Ésta le fulminó con la mirada.

-Me voy a la cama -declaró Carrie, con aire desafiador-. Buenas noches, Mr. Marquet. No sé por qué tuvo que ayudar a Cathy en la compra de mi brazalete, pero gracias de todos modos.

Julián se quedó en el cuarto de estar, viendo la televisión, mientras Paul y yo salíamos a dar un paseo por sus magníficos jardines. Los árboles estaban ya en flor, y rosas trepadoras rojas, blancas y rosadas, exhibían sus colores en los blancos enrejados.

-¿Qué pasa, Catherine? -preguntó Paul-. Vienes a casa y traes un hombre contigo. Quizá no tengas que explicarme nada. Puedo adivinarlo.

Alargué rápidamente una mano para asir la suya.

-¡Basta! ¡No digas nada!

Vacilando, y muy despacio, le conté la visita de su hermana. Le dije que ahora sabía que Julia estaba viva, y que, aunque comprendía sus motivos, él *tenía* que haberme dicho la verdad.

-¿Por qué me hiciste creer que estaba muerta, Paul? ¿Pensabas que era yo tan infantil que no podría soportar la verdad? Si tú me lo hubieses dicho, habría comprendido. Yo te amaba, ¡no lo dudes! No me entregué a ti por pensar que te debía algo. Me entregué porque quería darme, porque te necesitaba desesperadamente. La relación que sosteníamos bastaba para hacerme feliz, sin necesidad de llegar al matrimonio. Habría podido ser tu amante para siempre, ¡pero debiste contarme lo de Julia! Tenías que conocerme lo bastante para saber que soy impulsiva, que hago las

cosas sin pensar cuando me siento herida... ¡y aquella noche sufrí terriblemente, cuando Amanda me dijo que tu esposa aún vivía! -Hice una pausa y grité-: ¡Mentiras! ¡Oh! ¡Cuánto odio a los embusteros! ¡Y tenías que ser precisamente *tú* quien me mintiese! Aparte Chris, no confiaba en nadie como en ti.

Él se había detenido, igual que yo. Las desnudas estatuas de mármol que nos rodeaban se burlaban de nosotros. Se burlaban de un amor marchito. Porque, ahora, nosotros éramos como ellas, fríos y petrificados.

-Amanda -dijo él, pronunciando su nombre como si amargase su lengua y le diese ganas de escupir en él-, Amanda y sus medias verdades. Me preguntas por qué, y yo te digo: ¿por qué no me *lo* preguntaste antes de volar a Londres? ¿Por qué no me diste una oportunidad de defenderme?

-¡Como si pudiese excusarse la mentira! -repliqué, cruelmente, queriendo hacerle daño, como me lo había hecho Amanda aquella noche, antes de salir del teatro.

Él se apartó y fue a apoyarse en el roble más viejo, y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

-Lo siento, Paul. Dime cuál habría sido tu defensa.

Él chupó despacio el cigarrillo y exhaló una bocanada de humo. El humo flotó en mi dirección y envolvió mi cabeza, mi cuello y mi cuerpo, expulsando el aroma de las rosas.

-Recuerda cuando llegasteis -comenzó él, pausadamente-. Estabas afligida por la pérdida de Cory, y no hablemos de lo que sentías por su madre. ¿Cómo podía contarte mi sórdida historia, cuando habías sufrido ya tanto dolor? Entonces yo no podía saber que llegaríamos a ser amantes. Sólo me parecías una niña hermosa, y una niña perseguida, aunque me conmovías profundamente... Siempre me has conmovido. Incluso ahora, plantada ahí, mirándome acusadora. Pero tienes razón. *Hubiese* debido decírtelo. Suspiró profundamente.

-Te hablé del día en que Scotty cumplió tres años, y Julia lo llevó al río y lo sujetó debajo del agua hasta ahogarle. Pero no te dije que ella sobrevivió... Todo un equipo de médicos trabajó durante horas sin fin, para sacarla del coma; pero sin resultado.

-El coma -murmuré-. ¿Quieres decir que está viva, pero sigue en coma?

Él sonrió amargamente y levantó la cabeza para mirar a la luna, que también sonreía, pero sarcásticamente, según me pareció. Después volvió la cara hacia mí y me miró a los ojos.

-Julia sobrevivió, su corazón siguió latiendo, y, hasta que llegasteis tú y tus hermanos, yo iba cada día a visitarla en una institución privada. Me sentaba al lado de su cama, le asía la mano y me obligaba a mirar su cara escuálida y su cuerpo esquelético... Era la mejor manera que tenía de atormentarme y de tratar de borrar la culpa que sentía. Observaba su pérdida diaria de cabellos, unos cabellos que cubrían las almohadas, la colcha y todo lo demás, mientras ella se iba marchitando ante mis ojos. Le habían insertado unos tubos para ayudarla a respirar, y la alimentaban por otro tubo inserto en un brazo. Las ondas cerebrales se habían allanado, pero el corazón seguía latiendo. Mentalmente estaba muerta; físicamente estaba viva. Si llegaba a salir del coma, no podría hablar, ni moverse, ni siquiera pensar. Sería una muerta viva, desde sus veintiséis años. Ésta era la edad que tenía cuando llevó a mi hijo al río para ahogarle en aguas poco profundas. Me costaba creer que una mujer que amaba tanto a su hijo fuese capaz de ahogarle, sintiendo cómo luchaba él por la vida..., y que sólo lo hiciese para vengarse de mí. -Hizo una pausa, sacudió la ceniza del cigarrillo y volvió hacia mí sus ojos nublados-. Julia me recuerda a tu madre... Ambas eran capaces de todo, si pensaban que el fin lo justificaba.

Suspiré; él suspiró, y el viento y las flores también suspiraron. Pienso que las estatuas de mármol suspiraron igualmente, por su falta de comprensión de la condición humana.

-Paul, ¿cuándo viste a Julia por última vez? ¿No hay ninguna posibilidad de recuperación?

Empecé a llorar. Él me abrazó y me besó en la cabeza.

-No llores por ella, hermosa Catherine. Ahora todo ha terminado para Julia; por fin descansa en paz. El año en que tú y yo nos convertimos en amantes, ella murió, antes de un mes de empezar lo nuestro. Se extinguió suavemente. Recuerdo que, aquellos días, tú me mirabas como si advirtieses que algo iba mal. Pero, si yo me mantenía apartado y encerrado en mí mismo, no era

porque sintiese menos por ti. Era una mezcla de culpa dolorosa y de pena al ver que alguien tan dulce y adorable como Julia, la novia de mi infancia, tuviese que abandonar la vida sin haber experimentado plenamente las cosas bellas y maravillosas que ésta podía ofrecerle. -Aprisionó mi cara entre las palmas de sus manos y enjugó mis lágrimas con los labios-. Ahora sonríe y di las palabras que leo en tus ojos; di que me amas. Cuando vi que habías traído a Julián, pensé que todo había acabado entre nosotros; pero ahora sé que nunca acabará. Me has dado lo mejor de ti, y, cuando estés a muchos kilómetros de distancia, bailando con hombres más jóvenes y más apuestos que yo..., sabré que me serás fiel, tanto como yo lo seré para ti. Saldremos adelante, porque dos seres sinceramente enamorados son capaces de vencer todos los obstáculos, sean cuales fueren.

¡Oh...! ¿Cómo podía decírselo ahora?

-¿Julia está muerta? -pregunté, temblando, trastornada, odiando a Amanda y odiándome a mí misma-. Amanda me mintió... Ella sabía que Julia estaba muerta y, sin embargo, voló a Nueva York para contarme una mentira, ¿qué clase de mujer es, Paul?

Él me estrechó con tal fuerza que me dolieron las costillas, pero correspondí a su abrazo, sabiendo que era la última vez que podía hacerlo. Y le besé furiosa y apasionadamente, porque sabía que nuestros labios no volverían a encontrarse. Paul rió alegremente, percibiendo todo el amor y la pasión que yo sentía por él, y dijo, en tono feliz y más ligero:

-Sí, mi hermana se enteró de la muerte de Julia; estuvo en su entierro. Aunque no me habló. Y ahora, por favor, no llores más. Deja que seque tus lágrimas.

Empleó su pañuelo para enjugar mis mejillas y las comisuras de mis párpados, y después lo sostuvo de manera que pudiera sonarme.

Yo me había portado como una chiquilla, como la chiquilla impulsiva e impaciente que Chris había pronosticado que sería..., y había traicionado a Paul, que confiaba en mí.

-Todavía no comprendo a Amanda -dije, con voz plañidera, retrasando una vez más el momento de la verdad, incapaz de enfrentarme con ella.

Paul me dio unas palmadas en la espalda y en la cabeza, mientras yo seguía abrazada a su cintura, mirándole a la cara.

-Catherine, amor mío, ¿por qué tienes esta expresión y te portas de un modo tan extraño? -inquirió, con voz que volvía a ser normal-. Nada de lo que dijo mi hermana puede impedirnos disfrutar de la vida. Amanda quiere echarme de Clairmont, Quiere apoderarse de esta casa para poder dejarla a su hijo, y por eso hace cuanto puede para arruinar mi reputación. Lleva una vida social muy activa, y, llena la cabeza de sus amistades con mentiras acerca de mí. Y, si hubo mujeres antes de que Julia ahogase a mi hijo, esta lección fue bastante para hacerme cambiar de vida. ¡No hubo otra mujer hasta que llegaste *tú.* Incluso oí decir que Amanda había difundido el rumor de que te había dejado embarazada y de que el legrado fue en realidad un aborto. Ya ves cómo una mujer despechada es capaz... ¡de todo!

Ahora era demasiado tarde, demasiado tarde. Él volvió a pedirme que dejase de llorar.

-Amanda -farfullé, a punto de perder el control- dijo que legrado y aborto eran lo mismo. Dijo que tú habías guardado el feto, un feto con dos cabezas. Y yo había visto esa cosa en tu despacho, dentro de un frasco. ¿Cómo pudiste guardarlo, Paul? ¿Por qué no lo enterraste? ¡Un monstruo! No es justo..., no es... Pero, ¿por qué? ¿Por qué? :

Paul lanzó un gruñido y se frotó los ojos con una mano, resuelto a negarlo todo.

-¡ La mataría por haberte dicho esto! Es mentira, Catherine, ¡todo es mentira!

-¿Lo es? Sabes que aquello pudo ser mío. ¡Por el amor de Dios! Chris no lo sabe..., él no me mintió también, ¿verdad?

Parecía frenético al negarlo todo, y, una vez más, trató de abrazarme; pero yo me eché atrás y alargué los brazos para mantenerle apartado.

-Pero, en tu despacho, *hay* un frasco con un feto así dentro de él. ¡Yo lo he visto! ¿Cómo pudiste, Paul, precisamente *tú,* guardar una cosa como *ésa?*

-¡No! -saltó inmediatamente-. Esa cosa me la dieron hace años, cuando estaba en la Facultad de Medicina; en realidad, fue una broma; los estudiantes de Medicina gastan toda clase de bromas

que pueden parecer horribles. Te estoy diciendo la verdad, Catherine: tú *no* abortaste.

Entonces se interrumpió bruscamente, igual que yo, mientras las ideas giraban vertiginosamente. ¡Me había delatado!

Volví a llorar. *Chris, Chris, hubo un hijo, un monstruo, como temíamos.*

-*No* -dijo Paul, una y otra vez-, no es tuyo, y, aunque lo fuese, no significaría nada para mí. Sé que tú y Chris os queréis de un modo especial. Siempre lo he sabido, y lo comprendo.

-Sólo una vez -murmuré, entre sollozos-. Sólo una vez, en una noche terrible.

-Siento que fuese terrible.

Le observé fijamente, asombrada de que pudiese mirarme con tanta dulzura y con tanto respeto, incluso sabiendo toda la verdad.

-Paul -le pregunté con voz trémula, tímidamente-, ¿fue un pecado imperdonable?

-No... Yo lo llamaría un acto de amor comprensible.

Me abrazó, me besó, me acarició la espalda y empezó a contarme sus planes para nuestra boda:

-...y Chris será tu padrino, y Carrie será tu doncella de honor. Chris vaciló mucho y rehuyó mi mirada cuando hablé de esto con él. Dijo que pensaba que no estabas lo bastante madura para desenvolverte en un matrimonio complicado como habrá de ser el nuestro. Sé que no será fácil para ti, ni para mí. Viajarás por todo el mundo, bailando con hombres jóvenes y apuestos. Sin embargo, pienso acompañarte en algunos de estos viajes. Ser el marido de una *prima ballerina* debe de resultar interesante, emocionante. Bueno, incluso podría actuar de médico de vuestra compañía. Los bailarines deben necesitar un médico alguna vez, ¿no crees?

Me sentí morir.

-Paul -empecé a decir, con voz apagada-, no puedo casarme contigo. -Después, deshilvanadamente, proseguí-: ¿No te parece una estupidez que mamá escondiese nuestros certificados de nacimiento debajo del forro de nuestras dos maletas? Además, lo hizo mal; los forros se descosieron y yo encontré los certificados. Sin el mío, no habría podido pedir mi pasaporte, y también lo necesitaba para acreditar mi edad al solicitar la licencia de matrimonio. Mira, unos días antes de que nuestra compañía saliese para Londres, Julián y yo nos hicimos practicar un análisis de sangre y nos casamos. La ceremonia fue muy sencilla; sólo asistieron Madame Zolta y los miembros de la compañía, e incluso mientras pronunciaba mis promesas matrimoniales y juraba fidelidad a Julián... pensaba en ti y en Chris, y me reprochaba lo que hacía, porque sabía que estaba mal.

Paul no respondió. Se tambaleó hacia atrás, se irguió de nuevo y se dejó caer en un banco de mármol. Durante un rato, permaneció sentado allí; después, hundió la cabeza entre las manos, cubriéndose la cara.

Yo me quedé en pie. Él siguió sentado, perdido en sabe Dios qué pensamientos, mientras yo esperaba que volviese en sí y me llenase de improperios. Pero cuando habló, su voz era suave como un murmullo.

-Ven, siéntate a mi lado unos momentos. Cógeme la mano. Dame tiempo para comprender que todo ha terminado entre nosotros.

Obedecí y le así la mano, y los dos alzamos la cabeza para mirar al cielo, lleno de brillantes entre negras nubes.

-No volveré a oír tu música sin pensar en ti...

-¡Lo siento, Paul! Ojalá hubiese prestado oídos a mi instinto, que me decía que Amanda mentía. Pero también allí tocaba la música y tú estabas lejos, y Julián estaba allí, implorándome, diciéndome que me amaba y me necesitaba, y yo le creí, y quise convencerme de que tú no me querías de verdad. No puedo estar sin alguien que me ame.

-Me alegro mucho de que él te quiera -dijo, y, levantándose rápidamente, echó a andar hacia la casa, con unas zancadas tan largas que ni corriendo habría podido alcanzarle-. ¡No digas más! ¡Déjame solo, Catherine! ¡No me sigas! Hiciste lo que debías..., ¡no lo dudes! Yo fui un viejo estúpido, que quiso jugar a ser joven, y no tienes que decirme que hubiese debido pensarlo antes,

¡porque ya lo sé!

DEMASIADOS AMORES PERDIDOS

Sorda y petrificada como una de las estatuas de mármol de Paul, me senté en la galería y contemplé el cielo nocturno, que empezaba a ponerse tormentoso con la acumulación de nubes negras. Julián vino a sentarse a mi lado, y yo, entre sus brazos, empecé a llorar sin ruido.

-¿Por qué? -preguntó él-. Me amas un poco, ¿verdad? Tu médico no puede estar muy afligido; se ha mostrado muy amable conmigo y me ha dicho que venga a consolarte.

Entonces apareció Henny para indicarme, con sus rápidos signos, que su doctor iba a marcharse de viaje y que yo me quedaría en la casa.

-¿Qué te está diciendo? -preguntó Julián, incomodado-. ¡Maldición! Es como oír a alguien hablando en una lengua extranjera. Me siento excluido.

-¡Espérame aquí! -le ordené.

Después me puse en pie de un salto, corrí hacia la casa, subí por la escalera de atrás y entré en la habitación de Paul, donde estaba metiendo ropa en una maleta abierta sobre la cama.

-¡Oye! -grité, desolada-. ¡No hay razón para que te vayas! Ésta es tu casa. Me iré *yo.* Me llevaré a Carrie, ¡y así no tendrás que volver a verme!

Él se volvió, me dirigió una larga y triste mirada, y siguió metiendo camisas en la maleta.

-Me quitaste a la esposa que esperaba, Cathy, y ahora quieres quitarme a mi hija. Carrie parece carne de mi carne y sangre de mi sangre, y no se adaptaría a tu estilo de vida. Deja que se quede conmigo y con Henny. Déjame algo que pueda considerar mío. Volveré antes de que te vayas... y te diré, de paso, que el padre de Julián está enfermo, muy enfermo.

-¿Está enfermo Georges?

-Sí. Quizá no sepas que padece una dolencia renal desde hace años y que lleva varios meses sometido a un tratamiento de diálisis. No creo que viva mucho tiempo. No es paciente mío, pero he ido a verle a menudo, sobre todo para saber de ti y de Julián. Ahora vete, Cathy, por favor, y no me obligues a decir cosas que tal vez lamentaría después.

Lloré de bruces en mi cama, hasta que Henny entró en mi habitación.

Sus manos firmes, maternales, morenas, acariciaron mi espalda. Los ojos castaños, nublados y acuosos de Henny, decían lo que no podía pronunciar su boca. Me habló con ademanes y, después, sacó del bolsillo un recorte del periódico local. ¡La noticia de mi boda con Julián!

-Henny -gemí-, ¿qué voy a hacer? Estoy casada con Julián, y no puedo pedir el divorcio; él depende de mí, ¡cree en mí!

Henny encogió los anchos hombros, expresando que la gente era tan complicada para ella cómo para mí. Después, dijo con rápidos signos: «Hermana mayor, siempre provocar grandes disgustos. Un hombre perjudicado ya, no buena cosa perjudicar a dos. Doctor, bueno, fuerte, superará contratiempos; pero joven bailarín quizá no podría superarlo. Enjuga lágrimas, no llores más, ve abajo y toma de la mano a tu nuevo marido. Todo se arreglará. Ya verás.»

Hice lo que Henny me indicaba; me reuní con Julián en el cuarto de estar y le dije que su padre estaba en el hospital, sin esperanza de salvación. Su pálido semblante palideció aún más. Se mordió nerviosamente el labio inferior.

-¿Tan grave está?

Yo había pensado que Julián se preocupaba muy poco de su padre, y por eso me sorprendió su reacción. En aquel momento, Paul entró en el cuarto de estar, con su maleta, y nos ofreció llevarnos al hospital.

-Y recordad que sobran habitaciones en mi casa, por lo que sería una tontería que os alojaseis en un hotel. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis. Yo volveré dentro de unos días.

Sacó el coche del garaje y Julián y yo nos sentamos con él en el asiento de delante. Apenas pronunciamos una palabra antes de que nos dejara en la puerta del hospital, y yo vacilé tristemente en la escalinata, viendo cómo Paul se alejaba en la noche.

Georges estaba en una habitación particular, y Madame Marisha estaba con él. Cuando vi a

Georges en la cama, me quedé sin aliento. ¡Oh! ¡Llegar a esto! Estaba tan delgado que parecía muerto. Su cara tenía una palidez grisácea, y todos sus huesos sobresalían, formando melladas crestas bajo la fina piel. Madame M. estaba acurrucada a su lado, mirando fijamente aquel rostro macilento, suplicándole con los ojos, ¡ordenándole que se aferrase a la vida!

Amor mío, amor mío, amor mío -canturreaba, como si él fuese un chiquillo-, no te vayas, no me dejes sola. Todavía tenemos mucho que hacer... Nuestro hijo tiene que ser famoso antes de que te mueras... Aguanta, amor mío, ¡aguanta!

Sólo entonces levantó Madame Marisha la cabeza y nos vio, y dijo, con su antigua voz autoritaria:

-*Hola, Julián. ¡Por fin has venido!* ¡Después de enviarte tantos telegramas! ¿Qué hiciste con ellos? ¿Romperlos y seguir bailando, como si nada más tuviese importancia?

Yo palidecí, muy sorprendida, y les miré, a él y a Madame.

-Mi querida madre -dijo fríamente el-, sabes que estábamos de *tournée.* Teníamos compromisos y contratos; mi esposa y yo cumplimos nuestras obligaciones.

-¡Eres un bruto sin corazón! -gruñó ella, y le hizo seña de que se acercase-. Ahora dile algo amable y cariñoso a ese enfermo -silbó entre dientes-, ¡o te juro que *haré que lamentes haber nacido!*

A Julián le costó mucho acercarse a la cama; tanto, que tuve que darle un empujón, mientras su madre sollozaba cubriéndose la cara con un puñado de pañuelos de color de rosa.

-Hola, padre -fue cuanto consiguió decir-. Siento que estés tan enfermo.

Con la misma rapidez, retrocedió y se agarró a mí. Yo sentí que todo su cuerpo temblaba.

-¿Lo ves, mi amor, corazón mío? -canturreó de nuevo Madame Marisha, inclinándose sobre su marido y alisándole los negros y húmedos cabellos-. Abre los ojos y verás quién ha volado muchos kilómetros para estar a tu lado. Tu hijo Julián y su esposa. Vinieron de Londres en cuanto supieron que estabas tan enfermo. Abre los ojos, corazón mío, y mira a la hermosa pareja de recién casados... Por favor, abre los ojos, mira.

En la cama, aquel pálido y delgado despojo humano entreabrió los negros ojos y los movió despacio, tratando de enfocarnos a Julián y a mí. Estábamos a los pies de la cama, pero él no parecía vernos. Madame se levantó e hizo que nos acercásemos, y retuvo a Julián para que no pudiese echarse atrás. Georges abrió un poco más los ojos y sonrió débilmente.

-¡Oh, Julián! -suspiró-. Gracias por haber venido. Tengo tantas cosas que decirte..., cosas que hubiese debido decirte hace tiempo... -Vaciló, tartamudeó-. Hubiese debido...

Y calló. Yo esperé que continuase, esperé... Vi que sus ojos negros se empañaban y perdían toda expresión, y que su cabeza se quedaba inmóvil. ¡Madame chilló! Un médico y una enfermera entraron corriendo y nos echaron de la habitación, y empezaron a trabajar con Georges.

Formamos un grupito lastimero en el pasillo, delante de su puerta, pero por poco rato, pues el médico de cabellos grises salió y nos dijo que lo sentía mucho, que habían hecho todo lo posible, pero que el enfermo había fallecido.

-Es mejor así -añadió-. La muerte puede ser una buena amiga para los que sufren mucho. Me extrañó que resistiese tanto...

Yo miraba fijamente a Julián, porque habríamos podido venir antes. Pero Julián tenía el rostro inexpresivo y no quería hablar.

-¡Era tu padre! -chilló Madame, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas-. Estuvo dos semanas padeciendo, ¡esperando a verte antes de dejarse morir y librarse del infierno que era para él seguir viviendo!

Julián giró sobre sus talones, enrojecida su pálida piel por el furor, y le lanzó a su madre:

-Señora madre, ¿quiere decirme exactamente qué me *dio* mi padre? Yo sólo fui para él una prolongación de su persona. Y él sólo fue para mí un maestro de baile. El trabajo, la danza, ¡no sabía hablar de nada más! Nunca me habló de lo que yo necesitaba, aparte el baile. ¡Le importaba un bledo lo que necesitaba, o lo que quería! Y yo quería que él me amase por mí mismo; quería que me considerase como a un hijo, no como a un bailarín. Yo le amaba, y quería que él viese que le

amaba y me dijese que correspondía a mi amor..., ¡pero nunca lo hizo! Y por más que me esforzase en bailar perfectamente, él nunca me alabó..., ¡porque no podía llegar ni de lejos a lo que él había hecho cuando tenía mi edad! Por consiguiente, yo no era más que esto para él: alguien que se pondría en su lugar y continuaría su apellido. Pero, ¡al diablo con él, y contigo!, tengo un nombre legal..., Julián Marquet, no Georges Rosencoff, ¡y su apellido no sobrevivirá para robarme la fama que consiga!

Aquella noche abracé con fuerza a Julián, comprendiéndole como nunca le había comprendido. Y, cuando se derrumbó y se echó a llorar, lloré con él, por un padre al que decía despreciar, cuando en el fondo le amaba. Y pensé en Georges y en lo triste que era que hubiese tratado de decir, demasiado tarde, lo que tenía que haber dicho hacía muchos años.

Habíamos vuelto, pues, de una luna de miel en la que habíamos logrado cierta fama y cierta publicidad, y empleado muchas horas en un duro trabajo, para asistir al entierro de un padre que no había llegado a conocer los triunfos de su hijo. Ahora, toda la gloria de Londres parecía envuelta en nubes luctuosas.

Madame Marisha me tendió los brazos al terminar la ceremonia funeraria. Me acunó en sus flacos brazos, como debió de acunar antaño a Julián, en una especie de trance hipnótico, mientras llorábamos las dos.

-Sé buena con mi hijo, Catherine -me dijo, sollozando y sorbiendo-. Ten paciencia cuando se porte como un bruto. Su vida no ha sido fácil, porque mucho de lo que dice es verdad. Siempre se sintió en competencia con su padre, y nunca pudo superar las cualidades de éste. Ahora voy a decirte una cosa. Mi Julián siente por ti un amor casi sagrado. Piensa que eres lo mejor que ha tenido en su vida y, para él, careces de defectos. Por consiguiente, si tienes alguno, disimúlalo. Él no lo comprendería. Cien veces se enamoró y desenamoró, en el espacio de pocos meses. Durante años se sintió frustrado por tu causa. Ahora que es tu marido, dale generosamente todo el amor que le ha sido negado, pues yo no fui nunca una mujer expresiva. He pretendido serlo, pero, por alguna razón, nunca supe humillarme y tomar la iniciativa. Tócale a menudo, Catherine. Cógele la mano cuando quiere apartarse de ti y rumiar a solas. comprende los motivos de su mal genio, y quiérele más por ello. Así obtendrás lo mejor de él, porque tiene cualidades admirables. Debe tenerlas, ya que es hijo de Georges.

Me besó y se despidió por una temporada, haciéndome prometer que iría con Julián a visitarla a menudo.

-Guárdame un rinconcito en tu vida -me dijo con una tristeza que hizo que su cara pareciese más larga y sus ojos más hundidos.

Pero cuando se lo prometí y me volví, Julián nos estaba mirando duramente a las dos.

Chris vino a casa a pasar las vacaciones de Pascua, y saludó a Julián con poco entusiasmo. Advertí que Julián le miraba frunciendo los párpados y con ojos recelosos.

En cuanto se halló a solas conmigo, Chris vociferó:

-¡Te casaste *con él!* ¿Por qué no podías esperar? ¿Cómo pudiste ser tan intuitiva cuando estábamos encerrados allá arriba, y tan estúpida desde que salimos de allí? Me equivoqué al no querer que te casaras con Paul porque es mucho mayor que tú. Y lo confieso, estaba celoso y no quería que te casaras con nadie. Tuve un sueño en el que tú y yo... algún día... Bueno, ya sabes lo que soñé. Pero si tenías que elegir entre Paul y Julián, ¡hubieses tenido que preferir a Paul! Éste nos recibió en su casa, nos alimentó y nos vistió, y siempre nos dio lo mejor. Julián no me gusta. Te destruirá.

Vaciló y se volvió de espaldas, para que no pudiese verle la cara. Tenía veintiún años y empezaba a mostrar el vigor viril de un hombre adulto. En él podía ver yo muchas cosas de nuestro padre... y de nuestra madre. Y como, cuando quería, sabía retorcer las cosas de la manera que se adaptasen mejor a mis propósitos, pensé que, en ciertos aspectos, se parecía a mamá más que a papá. Iba a decirle esto, pero vacilé también y vi que no podía. ¡Él no se parecía en nada a nuestra madre!

Chris era fuerte..., ella era débil. Él era noble, ella carecía de toda honradez.

-Chris..., no hagas que todo sea aún más difícil para mí. Volvamos *a* ser amigos. Julián es irritable y orgulloso y otras muchas cosas superficiales que molestan; pero, en el fondo, es un chiquillo.

-Pero tú no le amas -replicó él, rehuyendo mi mirada.

Julián y yo nos marcharíamos dentro de pocas horas. Pregunté a Carrie si le gustaría vivir con nosotros en Nueva York; pero ya no confiaba en mí; la había traicionado demasiadas veces y así me lo dio a entender.

-Vuelve tú a Nueva York, donde nieva constantemente y los ladrones te roban en el parque y los asesinos te atacan en el Metro. *¡Yo me quedo aquí!* Antes quería estar contigo, *¡pero ahora no me importa!* Te casaste con ese chulo de ojos negros de Julián, cuando podrías haber sido la esposa del doctor Paul y una verdadera madre para mí. *¡Yo me casaré con él!* Piensas que él no me querrá porque soy demasiado pequeña, pero sí me querrá. Piensas que es demasiado viejo para mí, pero, como no podré encontrar a nadie más, me compadecerá y se casará conmigo, y tendremos seis hijos... *¡Espera y verás!*

-Carrie...

-¡Cállate! ¡Ya no te quiero! *¡Vete! ¡No vuelvas! ¡Baila hasta que te mueras! ¡Chris y yo no te queremos! ¡Nadie te quiere aquí!*

¡Cómo me herían estas palabras! Mi Carrie me gritaba que me marchase, cuando yo había sido una madre para ella. Entonces miré hacia donde estaba Chris, de pie ante el rosal de flores coloradas, caídos los hombros, y, en sus ojos azules, azules..., aquella mirada que me seguiría siempre. Su amor no me permitiría nunca, nunca, querer a otro sin reservas, mientras él siguiera amándome.

Exactamente una hora antes de nuestra salida hacia el aeropuerto, el coche de Paul se detuvo delante de la casa. Paul me sonrió como siempre, como si nada hubiese cambiado. Explicó a Julián que un congreso médico le había retenido, y le expresó su profundo sentimiento al enterarse de que su padre había muerto. Estrechó la mano a Chris y después le dio unas palmadas en la espalda, que es como los hombres suelen manifestarse su afecto. Saludó a Henny, besó a Carrie y le dio una cajita de caramelos, y sólo entonces se volvió a mí.

-Hola, Cathy.

Esto me dijo muchas cosas. Ya no era Catherine, la mujer a la que podía amar como a una igual, sino que había sido relegada de nuevo al papel de hija.

-Escucha, Cathy, no puedes llevarte a Carrie a Nueva York. Tiene que quedarse conmigo y con Henny; así podrá ver a su hermano de vez en cuando, y, además, no quisiera que cambiase de colegio.

-Yo no le dejaría por nada del mundo -repuso firmemente Carrie.

Julián subió a acabar de empaquetar sus cosas, y yo me atreví a seguir a Paul al jardín, a pesar de la mirada prohibitiva que me lanzó Chris. Aquél estaba arrodillado en el suelo, a pesar de llevar un traje bueno, arrancando unos hierbajos que habían pasado inadvertidos a alguien. Se levantó rápidamente al oír mis pasos, se sacudió unas briznas de hierba de los pantalones y se quedó mirando al espacio, como empeñado en no verme.

-Paul... Hoy habría sido el día de nuestra boda.

-¿Ah, sí? Lo había olvidado.

-No lo has olvidado -dije, acercándome más-. «El primer día de primavera, para empezar de nuevo», dijiste. No sabes cuánto siento haberlo echado todo a perder. Fui una estúpida al creer a Amanda. Y fui doblemente estúpida al no esperar a hablar contigo, antes de casarme con Julián.

-No hablemos más de eso -replicó él, suspirando profundamente-. Todo pasó y acabó. -Se acercó deliberadamente, para atraerme a sus brazos-. Me marché para estar solo, Cathy. Necesitaba tiempo para pensar. Cuando perdiste tu fe en mí, te volviste, impulsiva pero sinceramente, al hombre que te amaba desde hacía años. Esto podía verlo cualquier tonto que tuviese ojos. Y, si puedes ser sincera contigo misma, reconocerás que has estado enamorada de Julián casi desde el momento en que él se enamoró de ti. Creo que guardaste tu amor por él en un armario, porque te

creías en deuda conmigo...

-¡No digas eso! Te amo a ti, no a él. ¡Siempre te amaré!

-Estás confusa, Cathy... Me quieres a mí, le quieres a él, quieres seguridad y quieres aventura. Piensas que puedes tenerlo todo, y eso no puede ser. Te dije hace tiempo que Abril no estaba hecho para Setiembre. Dijimos e hicimos muchas cosas para convencernos de que la diferencia de años entre nosotros no importaba, pero sí que importa. Y no sólo los años, sino también el espacio, nos separarían. Tú estarías bailando en cualquier parte, y yo estaría aquí, arraigado y sujeto, salvo unas pocas semanas al año. No tardarías en descubrir que soy médico antes que marido, e indefectiblemente te volverías a Julián. -Sonrió, enjugó cariñosamente con sus labios las lágrimas que yo tenía siempre que verter, y me dijo que el destino jugaba siempre las cartas adecuadas-. Todavía nos veremos, no será como si nos hubiésemos perdido el uno al otro para siempre, y siempre me quedará el recuerdo de los dulces y maravillosos momentos que pasamos juntos.

-¡No me quieres! -grité, en tono acusador-. Nunca me has querido, ¡si aceptas esto con tanta complacencia!

Él rió entre dientes y me abrazó de nuevo, como lo habría hecho un padre.

-Querida Catherine, mi ardiente y fogosa bailarina, ¿qué hombre sería *capaz* de no quererte? ¿Y cómo aprendiste tanto sobre el amor, encerrada en una habitación fría y oscura, allá en el Norte?

-En los libros -dije-, aunque no todas las lecciones procedían de los libros.

Sus manos acariciaban mis cabellos y sus labios estaban muy cerca de los míos.

-Nunca olvidaré el mejor regalo de cumpleaños que tuve jamás. -Su aliento era cálido sobre mis mejillas-. Pero, ahora, deja que te muestre el camino para el futuro. Tú y Julián volveréis a Nueva York, y serás para él la magnífica esposa que eres capaz de ser. Los dos pondréis todo el empeño en entusiasmar al mundo con vuestra danza, y tú no mirarás atrás con añoranza, y te olvidarás de mí.

-Y tú..., ¿qué será de ti?

Él levantó una mano y se acarició el bigote.

-Te sorprenderá saber lo que ha hecho este bigote en pro de mi *sex appeal.* Nunca volveré a afeitármelo.

Reímos ambos; una risa verdadera, no fingida. Entonces me quité el brillante de dos quilates que él me había regalado y quise devolvérselo.

-¡No! Quiero que guardes ese anillo. Consérvalo para empeñarlo, si algún día te hace falta un poco de dinero. .

Julián y yo regresamos en avión a Nueva York y estuvimos buscando durante varias semanas, hasta encontrar el cómodo apartamento que nos convenía. Él quería algo que fuese mucho más elegante, pero no ganábamos lo bastante entre los dos para el ático lujoso que él pensaba que nos correspondía.

-Pero, más pronto o más tarde, conseguiré que vivamos en un sitio de ésos, cerca de Central Park, en habitaciones llenas de flores naturales.

-No tenemos tiempo de cuidar plantas y flores naturales -le dije, pues sabía por experiencia el tiempo y el trabajo que costaba mantener las plantas : vivas y sanas-. Cuando vayamos a visitar a Carrie, podremos gozar de los jardines de Paul. -

-No me gusta ese médico tuyo.

-¡No es *mi* médico! -Sentí una agitación y un miedo injustificados-. ¿Por qué no te gusta Paul? Todo el mundo le aprecia.

-Ya lo sé -respondió secamente, deteniendo el tenedor a medio camino entre el plato y la boca. Después, me dirigió una mirada dura y solemne-. Eso es lo malo, mi querida esposa; creo que, incluso ahora, le aprecias *demasiado.* Y, lo que es más, tampoco siento mucha simpatía por tu hermano. Aunque parece un buen chico. Puedes invitarle a visitarnos de vez en cuando; pero no olvides nunca, ni por un instante, que ahora yo soy lo primero en tu vida. Ni Carrie, ni Chris, ni, sobre todo, ese médico con el que estuviste prometida. No estoy ciego ni soy estúpido, Cathy. He visto cómo te mira, y, aunque no sé hasta dónde llegaron las cosas entre tú y él, ¡será mejor que las

des por terminadas para siempre!

Agaché la cabeza, presa de pánico. Mi hermano y mi hermana eran como prolongaciones de mí misma.

Les necesitaba en mi vida, no en los bordes de ella. ¿Qué había hecho yo? Tuve el cegador presentimiento de que él sería mi amante guardián, mi carcelero, ¡y que estaría tan prisionera con él como lo había estado en la habitación cerrada de Foxworth Hall! Sólo que, ahora, podría ir y venir hasta donde me permitiese su invisible cadena.

-Te amo con locura -dijo él, rebañando su plato-. Eres lo mejor que he tenido en mi vida. Quiero tenerte siempre a mi lado, *nunca* donde no pueda verte. Necesito que me lleves por el buen camino. A veces bebo demasiado, y entonces soy malo, realmente malo, Cathy. Quiero que tú me conviertas en lo que crees que soy cuando estoy en el escenario; no quiero hacerte sufrir.

Esto me conmovió, pues sabía que había sufrido terriblemente, como yo, y que su padre le había defraudado tanto como mi madre me había defraudado a mí. Tal vez Paul tenía razón. El destino había jugado las cartas de manera que Julián y yo ganásemos la partida. La juventud quería juventud, y él era joven, apuesto, buen bailarín, y encantador... cuando quería serlo. Tenía un lado cruel, oscuro, y yo lo sabía. Había experimentado algo de esto..., pero podría amansarle. No dejaría que se convirtiese en mi señor y mi juez, en mi superior o mi amo. Lo tendríamos todo a partes iguales y seríamos iguales, y llegaría un día, una brillante mañana de sol, en que yo despertaría y vería su rostro moreno sin afeitar, y comprendería que le amaba. Sabría que le amaba más que a nadie..., más que a nadie.

TERCERA PARTE

LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD

Mientras Julián y yo trabajábamos como esclavos para alcanzar la cima del mundo del ballet, Chris seguía velozmente su camino en el *college*, hasta el punto de que, al llegar al cuarto año, ingresó en un programa acelerado para estudiantes de Medicina que le permitió alcanzar, simultáneamente, el primer curso en la Facultad.

Voló a Nueva York y me explicó esto, mientras paseábamos, asidos de la mano, por Central Park. Era primavera, y los pájaros piaban y recogían alegremente las briznas que necesitaban para construir sus nidos.

-Chris, Julián no sabe que estás aquí, y yo preferiría que no se enterase. Tiene unos celos terribles de ti, y también de Paul. ¿Te enfadarás si no te invito a comer?

-Sí -respondió tercamente él-. He venido a visitar a mi hermana, y visitaré a mi hermana. Y no a hurtadillas. Puedes decirle que he venido a ver a Yolanda. Además, sólo pienso estar aquí el fin de semana.

Julián tenía un sentido obsesivo de posesión en lo que a mí se refería. Era como un hijo único que necesitaba ser mimado constantemente, y a mí no me importaba hacerlo, salvo cuando trataba de alejarme de mi familia.

-Está bien -dije-. Ahora está ensayando y se imagina que estoy en casa, haciendo las labores domésticas, hasta que vaya a buscarle esta tarde. Pero apártate de Yolanda, Chris. Sólo te traería disgustos, todo lo que hace con los hombres se sabe en la clase al día siguiente.

Él me miró de un modo extraño.

-Yolanda me importa un bledo, Cathy. Sólo la utilicé como pretexto para verte; sé que tu marido me odia.

-Yo no lo llamaría odio..., no exactamente.

-Está bien, llámalo celos; pero, sea lo que fuere, no me apartará de ti. -Su voz y su mirada eran ahora serias-. Mira, Cathy, Julián y tú parecéis estar siempre a punto de hacer algo grande, pero entonces ocurre alguna cosa, y nunca os convertís en las estrellas que deberíais ser. ¿Qué es ello?

Me encogí de hombros. No sabía qué era. Pensaba que Julián y yo nos entregábamos a la danza como cualesquiera otros, o aún más, y sin embargo, Chris tenía razón... Realizábamos una

interpretación espectacular que nos valía críticas entusiastas y, después, perdíamos terreno. Tal vez Madame Zolta no quería que nos convirtiésemos en superestrellas, para que no abandonásemos su compañía y pasáramos a otra.

-¿Cómo está Paul? -pregunté, al sentarnos en un banco entre sol y sombra.

Chris había asido mi mano y no la soltaba.

-Paul es Paul... Nunca cambia. Carrie le adora, y él la adora. A mí me trata como a un hermano menor del que está muy orgulloso. Y realmente, Cathy, no creo que las cosas me hubiesen ido tan bien sin las lecciones que él me dio.

-¿Ha encontrado a alguien a quien amar? -pregunté, con voz ahogada, pues no acababa de creer las cartas de Paul, que me decían que no le importaba ninguna mujer.

-Cathy -dijo Chris, poniendo cariñosamente los dedos debajo de mi barbilla para que levantase la cabeza-, ¿cómo puede encontrar Paul a alguien que te iguale?

La expresión de sus ojos me dio ganas de llorar. ¿Acaso no podría librarme del pasado?

En cuanto Julián vio a Chris, se armó la marimorena.

-¡No quiero que duermas bajo mi techo! -rugió Julián-. No me gustas, ni me has gustado nunca, ni me gustarás jamás... Conque, ¡lárgate y olvida que tienes una hermana!

Chris se fue a un hotel, y nos vimos a hurtadillas un par de veces, antes de que él volviese a sus estudios. Yo asistí sumisamente a las clases con Julián, y a los ensayos de tarde y a las funciones de noche. A veces representábamos los primeros papeles; otras, papeles secundarios, y algunas, como castigo por alguna impertinencia de Julián a Madame Zolta, teníamos que bailar en el *corps*. Chris estuvo tres años sin volver a Nueva York.

Cuando Carrie tuvo quince años, vino a pasar su primer verano con nosotros en Nueva York. Vacilando y con aire asustado, después del largo vuelo que había hecho sola, avanzó despacio entre la bulliciosa y ruidosa multitud de la terminal del aeropuerto. Julián fue el primero en verla, y la llamó a gritos y corrió hacia ella para levantarla en brazos.

-¡Hola, guapísima cuñada! -la saludó, plantando un fuerte beso en su mejilla-. ¡Dios mío! Has crecido tanto que te pareces a Cathy. Casi no puedo distinguiros; conque, ¡ándate con cuidado! ¿Estás segura de que la vida de la danza no se ha hecho para ti?

Carrie se sintió dichosa y segura por la satisfacción que mostraba él al volver a verla, y le correspondió en seguida, echándole los brazos al cuello. En los tres años que Julián y yo llevábamos casados, Carrie había aprendido a quererle por lo que él aparentaba ser.

-¡No te atrevas a llamarme Tinkerbelle! -exclamó riendo.

Era una broma sabida, porque Julián pensaba que Carrie tenía la estatura adecuada para representar el papel de una hada enanita... y no paraba de decirle que no era demasiado tarde para hacerse bailarina. Si otra persona hubiese sugerido una cosa así, se habría sentido profundamente ofendida; pero, tratándose de Julián, al que admiraba de veras, era capaz de hacer de enanita, dando vueltas y moviendo los brazos. Sabía que él le decía aquello como cumplido, y no como crítica de su pequeña estatura.

Entonces me tocó el turno de coger a Carrie en brazos. La quería tanto, que me sentía abrumada por una fuerza superior a mí y que me daba la impresión de que sostenía una criatura nacida de mi propia carne. Aunque no podía mirar nunca a Carrie sin añorar a Cory, que hubiese debido estar a su lado. Y me preguntaba: si él hubiese vivido, ¿habría medido también un metro cuarenta? Carrie y yo reímos y lloramos, e intercambiamos noticias, y entonces ella murmuró bajito, para que Julián no lo oyese: -Ya no llevo sujetadores postizos. Ahora son *de verdad*.

-Lo sé -murmuré a mi vez-. Lo primero que he advertido ha sido tu pecho.

-¿De veras? -Parecía entusiasmada-. ¿Puedes verlos? No creía que se me notase tanto.

-Pues claro que se nota -dijo Julián, que no hubiese debido acercarse a espiar las confidencias de las dos hermanas-. Es lo primero que advertí después de mirar tu fabulosa cara. ¿Te das cuenta de que tienes una cara fabulosa, Carrie? A lo mejor le doy la patada a mi esposa y me caso contigo.

No me gustó esta observación. Muchas de nuestras discusiones se debían a que le interesaban demasiado las chicas muy jóvenes. Sin embargo, estaba resuelta a que nada estropease las

vacaciones de Carrie en Nueva York; era la primera vez que venía sola, y Julián y yo habíamos trazado un programa para mostrárselo todo. Al menos había un miembro de mi familia que merecía la aceptación de Julián.

Los meses pasaron rápidamente, y llegó la primavera que tanto habíamos esperado.

Julián y yo estábamos en Barcelona, disfrutando de nuestras primeras vacaciones verdaderas desde que nos habíamos casado. Llevábamos cinco años y tres meses de matrimonio, y aún había veces en que Julián me parecía un extraño. Madame Zolta había sugerido estas vacaciones, pensando que nos convenía visitar España y estudiar el estilo del baile flamenco. En un coche alquilado, íbamos de una población a otra, admirando el hermoso paisaje. Nos gustaban las cenas a hora avanzada de la noche, y dormir la siesta por la tarde en las rocosas playas de la Costa Brava; pero, sobre todo, nos encantaban la música y el baile españoles.

Madame Z. había programado nuestro viaje por España, anotando los sitios donde la pensión era barata. Era muy ahorrativa y enseñaba sus trucos a todos sus bailarines. Había casitas, cerca de los hoteles, donde, si uno se hacía la comida, el precio era aún más reducido. Julián y yo estábamos en una de éstas, cuando llegó la invitación de Chris para la ceremonia de su graduación. La carta nos había seguido a través de toda España, antes de que la recibiésemos allí.

El corazón me dio un vuelco cuando vi el grueso sobre de color crema y adiviné que contenía el anuncio de la obtención, por Chris, de su título de médico. Era casi como si yo misma hubiese realizado los estudios en el *college y* en la Facultad de Medicina, en aquellos siete años.

Abrí cuidadosamente el sobre con una espátula para poder guardar aquel recuerdo en mi álbum de sueños, algunos de los cuales se estaban convirtiendo en realidad. El sobre contenía, no sólo el anuncio oficial, sino también una nota en la que Chris decía modestamente:

Me da vergüenza decirte esto, pero me he graduado con el número uno en una clase de doscientos. No te atrevas a excusar tu asistencia. Tienes que estar aquí para compartir mi emoción, y para que pueda bañarme en los rayos de tu admiración. No podría aceptar mi título de médico, si tú no estuvieses aquí para verlo. Puedes decírselo a Julián, cuando éste trate de impedir que vengas.

Lo malo era que Julián y yo habíamos firmado un contrato, hacía algún tiempo, para grabar *Giselle* para la Televisión. La emisión estaba programada para junio, pero ellos requerían ya nuestra presencia en mayo. Y estábamos seguros de que nuestra actuación en la Televisión nos daría la fama de estrellas por la que tanto habíamos luchado.

Parecía el momento oportuno para darle la noticia a Julián. Habíamos vuelto a nuestra casita después de visitar unos viejos castillos. En cuanto hubimos cenado, nos sentamos en la terraza a beber unos vasos de un vino tinto que volvía loco a Julián, pero que a mí me daba dolor de cabeza. Sólo entonces me atreví a pedir tímidamente que volviésemos a los Estados Unidos a tiempo de asistir a la graduación de Chris, en mayo.

-Podemos ir en avión y volver con tiempo sobrado para los ensayos de *Giselle.*

-¡Oh, vamos, Cathy! -exclamó él, con impaciencia-. Tu papel es muy difícil, y te vas a cansar cuando más descanso necesitas.

Insistí. Dos semanas eran mucho tiempo... Y una grabación para la Televisión no requería un tiempo largo.

-Te lo pido por favor, querido. Para mí sería terrible no poder ver cómo obtiene mi hermano su título de médico; tú sentirías lo mismo si un hermano tuyo fuese a conseguir un objetivo por el que hubiese luchado durante muchos años.

-¡Pues no! -gritó, frunciendo los párpados y echando chispas por sus ojos negros-. Ya estoy harto de oír que Chris esto o Chris aquello, y cuando no martillas mis oídos con su nombre, lo haces con el de Paul. *¡No irás!*

Le supliqué que fuese razonable.

-Es mi único hermano; el día de su graduación es tan importante para mí como para él. ¡No puedes saber lo que eso significa, no sólo para él, sino también para mí! Te imaginas que él y yo llevamos una vida de lujo, comparada con la tuya; pero puedes estar tranquilo, no fue ningún

camino de rosas.

-Tú no me hablas nunca de tu pasado -saltó él-. Es exactamente como si hubieses nacido el día en que encontraste a tu precioso doctor Paul. Pero ahora eres *mi* esposa, Cathy, y tu lugar está aquí, conmigo. Tu Paul tiene a Carrie, y los dos estarán allí, de modo que no le faltarán aplausos a tu hermano cuando le den su maldito título de médico.

-No puedes decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer. Soy tu esposa, ¡no tu esclava!

-No quiero hablar más de esto -dijo, poniéndose en pie y asiéndome de un brazo-. Bueno, vayamos a dormir. Estoy cansado.

Sin replicar, dejé que me llevase al dormitorio, donde empecé a desnudarme. Pero él vino a ayudarme, y así supe que me esperaba una noche de amor o, más bien, de sexo. Aparté sus manos. Él gruñó y las apoyó en mis hombros y se inclinó para besarme en el cuello; manipuló para soltar mi sujetador. Le golpeé las manos y grité, *¡no!* Pero él insistió. Con la misma facilidad con que se habría quitado una careta, trocó su expresión irritada por otra romántica y soñadora.

Había habido un tiempo en que Julián me había parecido un compendio de todo lo refinado, mundano y elegante, pero, desde la muerte de su padre, se manifestaba como un grosero patán. Había veces en que le detestaba de veras. Y ésta era una de ellas.

-Voy a *ir*, Julián. Puedes venir conmigo, o esperarme en Nueva York a mi regreso de la ceremonia de graduación. O puedes quedarte aquí, rumiando. Yo *iré* de todos modos. Quisiera que vinieses conmigo y compartieses la celebración familiar, pues nunca participas en nada e incluso impides que participe yo; pero esta vez, *¡no podrás detenerme!* ¡Es demasiado importante!

Él me escuchó en silencio y sonrió de un modo que me produjo escalofríos en la espina dorsal. ¡Qué perverso podía parecer!

-Escucha, querida esposa: cuando te casaste conmigo, me convertí en tu dueño, y estarás a mi lado hasta que te dé la patada. Cosa que todavía no estoy dispuesto a hacer. No vas a dejarme solo en España, sabiendo que no hablo español. Tal vez tú puedas aprender con discos; pero yo no puedo.

-No me amenaces, Julián -repliqué fríamente, aunque me eché atrás y sentí una terrible oleada de pánico-. Sin mí no tendrías a nadie que te cuidase, salvo tu madre; pero como a ésta no la quieres, ¿quién te quedaría?

Él alargó la mano y me abofeteó en ambas mejillas. Cerré los ojos, dispuesta a aceptar cuanto él hiciera, con tal de poder ir junto a Chris. Dejé que me desnudase y me hiciese lo que quisiera, aunque me agarró tan fuerte que me hizo daño en las nalgas. Yo podía retraerme hasta el punto de salir de mí misma, y aguantar, sin importarme en realidad cuanto él hiciese, pues me encontraba lejos..., a menos que el dolor fuese demasiado intenso, cosa que ocurría a veces.

-¡No trates de escaparte -me advirtió, con voz ahogada, pues me estaba besando y jugando conmigo, como hacen los gatos con los ratones, cuando no están hambrientos-. Dame tu palabra de honor de que te quedarás y no irás a la fiesta de graduación de tu querido hermano; de que permanecerás con el marido que te necesita, que te adora, que no puede vivir sin ti.

Lo decía en son de burla, aunque me necesitaba tanto como un chiquillo a su madre. Y en esto me había convertido: en su madre, salvo en lo tocante al sexo. Tenía que elegir sus trajes, sus calcetines y sus camisas, su ropa de baile y sus equipos de ejercicios, aunque él se negaba siempre a dejarme llevar las cuentas de la casa.

-No puedo jurártelo, porque sería injusto. Chris vino a verte actuar y tú te sentiste orgulloso de mostrarle tu mérito. Ahora le toca el turno a él. Le ha costado mucho conseguirlo.

Entonces me desprendí de él y fui a ponerme un salto de cama negro, de blonda, que a él le gustaba mucho. Yo odiaba las batas y las prendas interiores negras; me recordaba a las prostitutas... y a mi propia madre, que tenía gran afición a la ropa interior negra.

-Levántate, Julián. No seas ridículo. Si quiero ir, nada podrás hacerme para impedirlo. Una moradura se vería demasiado, y, además, estás tan acostumbrado a mi peso y a mi equilibrio, que no podrías levantar debidamente a otra bailarina.

Se acercó, furioso.

-Estás enloquecida porque no hemos llegado a la cima, ¿verdad? Me echas la culpa de que se cancelase nuestro contrato con Madame Zolta. Y ahora Madame Zolta nos ha dado unas vacaciones para que pueda serenarme y volver completamente repuesto, después de divertirme con mi esposa. El baile lo es todo para mí, Cathy; no me interesan los libros ni los museos, como a ti, y tengo muchas maneras de hacerte daño y de humillarte sin dejar moraduras, salvo en tu amor propio. Deberías saberlo.

Sonreí tontamente, sin pensar que no me convenía desafiarle cuando se sentía inseguro.

-¿Qué te pasa, Julián? ¿Acaso no te basto para satisfacer tus perversas aficiones? Tendrías que ir en busca de una colegiala, porque no voy a colaborar.

Nunca le había echado en cara sus devaneos con chicas muy jovencitas. Al principio, cuando lo descubrí, me había dolido mucho; pero ahora sabía que sólo empleaba aquellas muchachas como servilletas de papel, que se tiran una vez utilizadas, y que volvería a mí para decirme que me amaba, que me necesitaba, que yo era la *única* para él.

Se acercó despacio, con aquella marcha de pantera que me decía lo cruel que podía ser; pero mantuvo erguida la cabeza, sabiendo que podía escapar corriendo un velo ante mi mente, y que él no podía darse el lujo de pegarme. Se detuvo a un palmo de mí. Oí el tictac del reloj sobre la mesita de noche.

Aquella noche se mostró cruel, malvado y odioso. Me impuso cosas que sólo pueden hacerse por amor. Me desafió a que le mordiese. Y me dijo que esta vez acabaría no con un ojo amoratado, sino con los dos, o quizás algo peor.

-Y diré a todo el mundo que estás enferma, que el período te produce unos calambres tan fuertes, que no puedes bailar..., y no podrás escaparte ni llamar por teléfono, porque te ataré a la cama y esconderé tu pasaporte. -Hizo un guiño y me dio una ligera palmada en la mejilla-. Bueno, cariño, ¿qué vas a hacer ahora?

Sonriendo de nuevo, como si nada hubiese pasado, Julián se acercó, desnudo, a la mesa del desayuno, se sentó, estirando sus largas y bien formadas piernas, y preguntó con naturalidad:

-¿Qué hay para desayunar?

Me tendió los brazos, invitándome a besarle, y yo lo hice. Le sonreí, aparté un mechón de cabellos de su frente, le serví el café y le dije:

-Buenos días, querido. Para ti, lo de siempre: huevos fritos con jamón. Yo comeré una tortilla de queso.

-Lo siento, Cathy -murmuró-. ¿Por qué provocas lo peor que llevo en mí? Sólo empleo esas chicas para no abusar de ti.

-Si no te importan, tampoco me importan a mí... Pero no me obligues a hacer lo que hice la noche pasada. Yo sé odiar, Julián. Soy tan hábil en esto como tú en imponer tu voluntad. ¡Y soy experta en preparar la venganza!

Puse dos huevos fritos y dos lonchas de jamón en su plato. Sin tostadas ni mantequilla. Ambos comimos en silencio. Él estaba al otro lado de la mesa cubierta con un tapete a cuadros rojos y blancos, recién afeitado, pulcro y oliendo a jabón y a loción para la cara. A su manera un poco agitanada y ligeramente exótica, era el hombre más guapo que hubiese visto jamás.

-Cathy..., hoy no me has dicho que me amas.

-Te amo, Julián.

Una hora después del desayuno registraba yo furiosamente las habitaciones en busca de mi pasaporte, mientras Julián dormía en la cama. Yo le había arrastrado hasta allí desde la cocina, donde se había quedado dormido a causa de los sedantes que había echado en su café.

Julián era menos hábil en esconder cosas que yo en encontrarlas. Y, así, encontré mi pasaporte debajo de la alfombra azul, debajo de la cama. Rápidamente, eché mi ropa en las maletas. Después me vestí y, antes de salir, me incliné sobre Julián y le di un beso de despedida. Él respiraba profundamente, con regularidad, y sonreía un poco; quizá las drogas le producían sueños agradables. Vacilé, preguntándome si habría hecho bien en drogarle. Después, me encogí de hombros, para librarme de mi indecisión, y me dirigí al garaje. Sí, había hecho lo que debía. Si él

hubiese estado despierto, se habría pegado todo el día a mí, con mi pasaporte en su bolsillo. Le había dejado una nota, diciéndole adonde iba.

Paul y Carrie me esperaban en el aeropuerto de Carolina del Norte. Hacía tres años que no veía a Paul. Al bajar la rampa, nuestras miradas se encontraron. Él tenía la cabeza un poco levantada y el sol le daba en los ojos, provocando un fruncimiento de sus párpados.

-Me alegro de que hayas podido venir -dijo-, aunque siento que Julián no haya podido hacerlo.

-También él lo siente -dije, mirándole a la cara.

Era de esos hombres que mejoraban con la edad. Todavía llevaba el bigote que se había dejado crecer a sugerencia mía, y, cuando sonreía, se formaban unos hoyuelos en sus mejillas.

-¿Estás buscando algún cabello blanco? -bromeó, al ver que yo le miraba demasiado rato y quizá con demasiada admiración-. Si ves alguno, dímelo y lo haré teñir por mi peluquero. Todavía no los quiero. Me gusta tu nuevo estilo de peinado; te hace parecer aún más hermosa. Pero estás demasiado delgada. Necesitas unas buenas raciones de los platos caseros de Henny. Ella se encuentra ahora en una cocinita de un motel, preparando esos bollos que tanto gustan a tu hermano. Es su regalo al nuevo y joven doctor.

-¿Recibió Chris mi telegrama? ¿Está enterado de mi llegada?

-¡Claro que sí! Estaba nerviosísimo, temiendo que Julián no te dejase venir y sabiendo que éste no vendría. Sinceramente, Cathy, te diré que, si no hubieses venido, creo que Chris *habría* rechazado el título.

Sentada al lado de Paul, con Henny al otro lado de éste y Carrie junto a mí, vi a mi Christopher bajar por el pasillo y subir al estrado para recibir su diploma. Después se colocó detrás del atril y pronunció su discurso de despedida de la Universidad, y yo sentí lágrimas en los ojos y una enorme dicha en mi corazón. Lo hizo tan bien, que no pude contener el llanto. Paul, Henny y Carrie vertieron también algunas lágrimas. Ni mis triunfos en el escenario podían compararse con el orgullo que sentía ahora. Lástima que no estuviese también aquí Julián, para integrarse en mi familia, en vez de resistirse tercamente a ello.

También pensé en nuestra madre, que hubiese debido presenciar esto. Sabía que estaba en Londres, pues aún seguía sus andanzas por el mundo. Esperando, siempre esperando verla de nuevo. Pero ¿qué haría cuando la viese? ¿Volvería a rajarme y la dejaría marchar? De una cosa estaba segura: ella se enteraría de que su hijo mayor era ahora doctor en Medicina, pues yo cuidaría de hacérselo saber, de la misma manera que la tenía informada de lo que hacíamos Julián y yo.

Desde luego, ahora sabía por qué andaba siempre mi madre de un lado a otro: tenía miedo, ¡miedo de que yo diese con ella! Cuando Julián y yo llegamos a España, ella estaba allí. Varios diarios habían publicado la noticia, y, poco después, vi en un periódico español la adorable cara de Mrs. Bartholomew Winslow, que no había perdido el tiempo en volar a Londres.

Apartándola de mi pensamiento, miré a mi alrededor los miles de familiares que llenaban el inmenso salón. Cuando volví a mirar hacia el estrado, vi a Chris plantado allí, disponiéndose a colocarme detrás del atril. No sé cómo consiguió encontrarme, pero lo hizo. Nuestras miradas se cruzaron y se trabaron, y, sobre las cabezas de los que estaban sentados entre los dos, establecimos una comunicación silenciosa y compartimos un júbilo insuperable. ¡Lo habíamos conseguido! ¡Los dos! Habíamos alcanzado nuestros objetivos; éramos lo que nos habíamos propuesto en nuestra infancia. Los meses y años que habíamos perdido no habrían significado nada, si Cory no hubiese muerto, si nuestra madre no nos hubiese traicionado, si Carrie hubiese alcanzado la estatura que le correspondía y que habría tenido si mamá hubiese encontrado otra solución. Quizá yo no era aún una *prima ballerina,* pero algún día lo sería, y Chris sería el mejor médico del mundo.

Al observar a Chris, creí que éste compartía los mismos pensamientos. Le vi batear, cuando tenía diez años, y lanzar una pelota por encima de la valla, para correr después como un loco y tocar todas las bases en el menor tiempo posible, cuando habría podido conseguir el *home run* andando. Pero a él no le gustaban las cosas demasiado fáciles. Le vi pedaleando en su bicicleta, con muchos metros de ventaja sobre mí, y reduciendo la velocidad para que pudiese alcanzarle y llegar a casa al

mismo tiempo que él. Le vi en la habitación cerrada, en su cama a cuatro palmos de la mía, sonriendo para darme ánimo. Le vi de nuevo en las sombras del ático, casi oculto en el enorme espacio, con aire perdido y pasmado, al alejarse de la madre a quien amaba para volverse... a mí. A falta de algo mejor, habíamos compartido muchas novelas, tumbados en un sucio colchón en el ático, mientras la lluvia caía y nos separaba de toda la Humanidad. ¿Era ésta la causa? ¿Era ésta la causa de que él no pudiese pensar en otra chica, sino solamente en mí? ¡Qué triste para él... y para mí!

La Universidad ofreció un gran almuerzo de celebración; en nuestra mesa, Carrie hablaba por los codos; en cambio, Chris y yo sólo nos mirábamos, tratando de encontrar algo adecuado que decir.

-El doctor Paul ha trasladado su consultorio a una casa nueva, Cathy -jadeó Carrie-. No me gustó que se fuese tan lejos, ¡pero voy a ser su secretaria! ¡Tendrá una nueva máquina de escribir eléctrica, de color rojo! El doctor Paul creyó que una máquina de color granate sería demasiado chillona; yo no lo creía, pero me conformé con la roja. ¡Y nadie va a tener una secretaria mejor que la suya! Responderé al teléfono, daré las horas a los clientes, cuidaré del fichero y llevaré la contabilidad, ¡y todos los días almorzaremos juntos!

Dirigió una sonrisa resplandeciente a Paul. Parecía que éste le había devuelto la confianza en sí misma que había perdido. Pero más tarde habría de descubrir, para mi pesar, que esto no era más que una falsa fachada, para que la viésemos Paul, Chris y yo, y que, cuando estaba sola, la cosa era muy diferente.

Entonces, Chris frunció el ceño y me preguntó por qué no había venido Julián.

-Él quería venir, Chris -mentí-. Pero tiene Obligaciones que absorben todo su tiempo. Me pidió que te felicitase de su parte. Tenemos un programa muy apretado. En realidad, sólo podré quedarme un par de días. El mes próximo vamos a grabar *Giselle* para la Televisión.

Más tarde hicimos otra celebración en un elegante restaurante de hotel. Era el momento de dar a Chris nuestros regalos. Cuando éramos pequeños, teníamos la costumbre de sacudir los paquetes de los regalos antes de abrirlos, pero la caja que entregó Paul a Chris pesaba demasiado para sacudirla.

-¡Libros! -exclamó Chris, y acertó.

Eran seis gruesos volúmenes de consulta médica, parte de una colección que debió de costarle una fortuna a Paul.

-Sólo he podido traer seis -explicó éste-. El resto de la colección lo encontrarás en casa.

Le miré fijamente, pensando que su casa era nuestra única casa verdadera.

Chris guardó deliberadamente mi regalo para el final, pensando que sería el mejor y tratando así, como solíamos hacer antaño, de alargar lo más posible el regocijo. También era demasiado grande y pesado para sacudirlo, y, además, le advertí que era frágil; pero él se echó a reír, porque, cuando éramos chicos, tratábamos siempre de engañarnos.

-No; son más libros. Ninguna otra cosa podría pesar tanto.

Me dirigió una sonrisa divertida y curiosa, que hizo que de nuevo pareciese un chiquillo.

-Voy a darte una indicación: Christopher Doll. Dentro de esa caja hay una cosa que tú dijiste una vez que deseabas más que nada en el mundo... y que nuestro padre prometió regalarte el día en que tuvieses tu maletín negro de médico.

¿Por qué lo dije en una voz tan dulce, que hizo que Paul frunciese los párpados y que la sangre acudiese a las mejillas de mi hermano? *¿Acaso nunca olvidaríamos, y cambiaríamos? ¿Acaso sentiríamos siempre demasiado?* Chris deshizo las cintas con cuidado, para no romper el papel de fantasía. Y, cuando rasgó el papel, los recuerdos llenaron de lágrimas sus ojos. Sus manos temblaron al sacar del estuche almohadillado una caja de caoba con una brillante cerradura de bronce, una llave y un asa del mismo metal. Me dirigió una mirada emocionada, mientras sus labios temblaban y sus ojos parecían no creer que pudiese haberme acordado de esto después de tantos años.

-¡Caray, Cathy! -exclamó, con voz ahogada-. En realidad, nunca había esperado tener uno de

estos aparatos. Habrás gastado mucho..., te habrá costado una fortuna... ¡No tenías que haberlo hecho!

-Deseaba hacerlo, Chris, y, además, no es auténtico; sólo es una copia del John Cuff Side Pillar Microscope. Pero el hombre de la tienda dijo que era copia exacta del original, digna de un coleccionista. Y funciona.

Él sacudió la cabeza, mientras examinaba los accesorios de bronce y de marfil, y las lentes, las pinzas y el libro encuadernado en cuero y titulado *Microscopios antiguos, 1675-1840.*

Dije, débilmente:

-Si quieres jugar-un poco en tus ratos libres, podrás investigar los gérmenes y los virus por tu cuenta.

-¡Vaya un juguete! -exclamó él, con voz un poco ronca, mientras dos lágrimas resbalaban de las comisuras de sus párpados sobre sus mejillas-. Has recordado el día en que papá dijo que me regalaría esto cuando fuese médico.

-¿Cómo podía olvidarlo? Este pequeño catálogo fue lo único, aparte de la ropa, que te llevaste cuando fuimos a Foxworth Hall. Y, cada vez que mataba una mosca o una araña, Paul, Chris lamentaba no tener un microscopio de John Cuff. Y, una vez, dijo que quería ser el Hombre Ratón del Ático y descubrir por qué morían tan jóvenes los ratones.

-¿Mueren jóvenes los ratones? -preguntó, seriamente, Paul-. ¿Cómo sabíais que eran jóvenes? ¿Capturabais a los pequeñines y les poníais alguna señal?

Chris y yo nos miramos. Sí; cuando éramos jovencitos y estábamos encarcelados, podíamos observar los ratones que venían a mordisquear y robar nuestra comida, en particular uno que se llamaba *Mickey.*

Ahora tenía yo que regresar a Nueva York y enfrentarme a las iras de Julián. Pero antes tenía que estar un rato a solas con mi hermano. Paul llevó a Henny y a Carrie al cine, mientras Chris y yo dábamos un paseo por el campus de su Universidad.

-¿Ves aquella ventana del segundo piso, la quinta a partir de aquella esquina? Era mi habitación, que compartía con Hank. Teníamos un grupo de estudio de ocho muchachos, y siempre anduvimos juntos y estudiamos juntos en el *college* y en la Universidad, e incluso cuando nos citábamos con alguna chica, íbamos todos.

-¡Oh! -suspiré-. ¿Te citabas con muchas?

-Sólo los fines de semana. El plan de estudios era demasiado duro para poder hacer vida de sociedad durante la semana. No era fácil, Cathy. Demasiadas cosas que aprender: Física, Biología, Anatomía, Química, etc.

-No me dices lo que quiero saber. ¿Con quién salías? ¿Había, o hay, alguien en particular?

Me asió la mano e hizo que me acercase más.

-Bueno, ¿tengo que recitar la lista, una a una y por sus nombres? Tardaría varias horas. Si hubiese habido una en particular, sólo tendría que nombrar una... y eso no puedo hacerlo. Me gustaban todas..., pero ninguna lo bastante para amarla, si es eso lo que quieres saber.

Sí; esto era exactamente lo que quería saber.

-Estoy segura de que no llevaste una vida de celibato, aunque no te enamorases...

-Eso no es de tu incumbencia -replicó él, ligeramente.

-Sí que lo es. Estaría más tranquila si supiese que hubo una chica a la que amaste.

-Y la hay -respondió él-. La conozco desde siempre. Cuando me voy a dormir, por la noche, sueño con ella, sueño que baila sobre mi cabeza, que me llama, que me besa en la mejilla, que chilla cuando tiene alguna pesadilla, y me despierto para quitarle el alquitrán de los cabellos. A veces me despierto con todo el cuerpo dolorido, como lo está el cuerpo de ella, y sueño que beso las marcas dejadas por el látigo... y sueño en cierta noche en que ella y yo nos deslizamos sobre el frío tejado de pizarra y nos quedamos contemplando el cielo, y ella dijo que la luna era el ojo de Dios, que nos miraba y nos condenaba por lo que éramos. Ésta es, Cathy, la chica que me persigue, y que manda en mí, y que me llena de frustraciones, y que oscurece todas las horas que paso con otras muchachas, que nunca podrán alcanzar el nivel marcado por ella. Espero que hayas quedado

satisfecha.

Empecé a moverme como en un sueño y, en él, le eché los brazos al cuello y le miré a la cara, su hermosa cara, que también me perseguía.

-*No* me ames, Chris. Olvídame. Haz como yo; abre a la que llame a tu puerta, y déjala entrar.

Sonrió irónicamente y me apartó de él.

-Hice exactamente lo mismo que tú, Catherine Doll; *dejé* entrar a la primera que llamó a mi puerta... y ahora no puedo echarla. Pero éste es mi problema, no el tuyo.

-Yo no merezco estar allí. No soy un ángel, ni una santa..., deberías saberlo.

-Ángel, santa, engendro del diablo, buena o mala, lo cierto es que te apoderaste de mí y que seré tuyo hasta el día de mi muerte. Y, si tú mueres primero, no tardaré en seguirte.

NUBARRONES

Tanto Chris como Paul, por no hablar de Carrie, me persuadieron de que volviese a Clairmont para pasar unos días con mi familia. Cuando estuve allí, rodeada de tantas comodidades, el embrujo de la casa y de los jardines a punto estuvo de seducirme otra vez. Me dije que así habría estado si me hubiese casado con Paul. Sin problemas. Una vida dulce y fácil. Después, al preguntarme qué estaría haciendo Julián, pensé en la manera ruin y odiosa que tenía de fastidiarme abriendo las cartas que me escribían Paul o Chris, como si buscase alguna prueba para acusarme. Sin duda, al volver de España, dejaría que se muriesen las plantas de mi casa, como una forma de castigarme.

Algo extraño debe de haber en mí, pensaba, contemplando desde la galería los magníficos jardines de Paul. No era tan hermosa, ni tan inolvidable, ni tan indispensable para ningún hombre. Mientras estaba allí, Chris se acercó a mí desde atrás y echó un brazo sobre mis hombros. Yo recliné mi cabeza en él y suspiró, contemplando la luna. La misma vieja luna, testigo antaño de nuestra vergüenza, seguía allí dispuesta a presenciar más cosas. Yo no hice nada, salvo no apartar el brazo de él. Quizá me arrimé un poco más al apretar él su brazo.

-Cathy, Cathy -gimió, besándome los cabellos-, a veces pienso que, sin ti, la vida no tiene para mí ningún sentido. Tiraría mi título de médico y me iría al sur del Pacífico, si tú me acompañases...

-¿Y dejarías a Carrie?

-Podríamos llevarla con nosotros. -Pensé que estaba jugando al juego de los deseos, como cuando éramos pequeños-. Compraría una barca de vela y llevaría en ella a los turistas, y, si alguien se hacía daño, tendría los conocimientos suficientes para vendar sus heridas.

Me besó con el fervor del hombre enloquecido por la negativa. Yo no quise corresponderle, pero lo hice, y él jadeó y quiso llevarme a su habitación.

-¡Alto! -le grité-. ¡Sólo te quiero como hermano! ¡Déjame en paz! ¡Búscate otra!

Se echó atrás, confuso y dolido.

-¿Qué clase de mujer eres, Cathy? Respondiste a mis besos, demostraste que me correspondías, y de pronto te echas atrás, ¡y te haces la virtuosa!

-Entonces, ¡ódiame!

-No podría odiarte, Cathy. -Sonrió amargamente-. A veces quisiera hacerlo, a veces pienso que eres igual que nuestra madre; pero cuando he empezado a amar, ¡no puedo dejar de hacerlo!

Entró en su habitación y cerró la puerta de golpe, dejándome sin habla y mirando por dónde se había ido.

¡No! Yo no era como mamá ¡no lo era! Si había respondido era sólo porque buscaba mi identidad perdida. Julián había robado mi reflejo y lo había hecho suyo; quería que yo tomase todas las decisiones, para poder culparme cuando algo salía mal. Yo seguía tratando de demostrar mi valor, para poder, en definitiva, rechazar la condena de mi abuela. *Ya lo ves, abuela, no soy tan malvada como dices. Si lo fuese, nadie me querría tanto.* Seguía siendo el ratoncito del ático, egoísta, exaltado, exigente, que tenía que demostrar una y otra vez que merecía vivir bajo la luz del sol.

Un día estaba pensando en esto, en la galería de atrás, mientras Carrie trasplantaba unos

pensamientos que había sembrado ella misma. Había a su lado unas macetas con brotes de petunias. Chris salió de la casa y me arrojó un periódico de la tarde.

-Aquí hay una noticia que puede interesarte -dijo, en tono despreocupado-. Pensaba no mostrártelo, pero después pensé que debía hacerlo.

Parece que se ha disuelto la pareja de ballet formada por los consortes Julián Marquet y Catherine Dahl, nuestras celebridades locales. Por primera vez, Julián Marquet actuará con una bailarina que no es su esposa, en una importante representación televisada de Giselle. *Ha circulado el rumor de que Miss Dahl está enferma, pero también se dice que la pareja está a punto de separarse.*

Seguían otras cosas, entre ellas el detalle de que Yolanda Lange iba a sustituirme. Era nuestra gran oportunidad, única entre muchas, de convertirnos en estrellas, ¡y él ponía a Yolanda en mi lugar! ¡Maldición! ¿Por qué no podía obrar como una persona mayor? Desperdiciaba todas las ocasiones. Dado el mal estado de su espalda, no podría levantar fácilmente a Yolanda.

Chris me dirigió una mirada extraña antes de preguntarme :

-¿Qué vas a hacer?

-¡Nada! -grité.

Callamos los dos unos momentos.

-Él no quería que vinieses a la ceremonia de mi graduación, ¿verdad, Cathy? Por esto puso a Yolanda en tu lugar. Ya te advertí que no te dejases dirigir por él. Madame Zolta te habría tratado mejor.

Me levanté y empecé a pasear por el porche. Nuestro primitivo contrato con Madame Zolta había terminado hacía dos años, y ahora sólo estábamos obligados a actuar para ella doce veces al año. Aparte esto, Julián y yo actuábamos por nuestra cuenta y podíamos bailar para cualquier compañía.

Julián podía quedarse con Yolanda. ¡Ojalá la dejase caer y se pusiese en ridículo! Podía acostarse con todas las adolescentes que quisiera... A mí me tenía sin cuidado. Pero entré corriendo en la casa, subí a mi habitación, me eché de bruces en la cama y empecé a sollozar.

El hecho de que hubiese visitado en secreto a un ginecólogo el día anterior, empeoraba aún más las cosas. Dos faltas no significaban mucho en una mujer como yo, que menstruaba con tanta irregularidad. Podía no estar embarazada; podía ser otra falsa alarma... y, si no lo era, ojalá tuviese valor para abortar. No me convenía tener un pequeño. Sabía que, si llegaba a tener un hijo, éste se convertiría en el centro de mi mundo, y el *amor* volvería a estropear a una bailarina que podía haber sido la mejor.

Música de ballet sonaba en mi cabeza cuando tomé el coche de Chris y fui a visitar a Madame Marisha, un cálido día de primavera en que todo el mundo parecía adormilado y perezoso, salvo aquel grupo de jóvenes idiotas que hacían ejercicios bajo las órdenes del pequeño murciélago vestido de negro como siempre. Me senté a la sombra, junto a la pared del fondo del inmenso salón, y observé el baile de los numerosos alumnos de ambos sexos. Me asustaba pensar la rapidez con que crecerían aquellas chicas, para sustituir a las estrellas actuales. Entonces yo me convertiría en otra Madame Marisha, y los años pasarían como segundos, hasta que llegase a ser como Madame Zolta, y toda mí belleza quedase únicamente conservada en viejas y desvaídas fotografías.

-¡Catherine! -gritó alegremente Madame Marisha cuando me vio. Se acercó a mí, de prisa y con graciosos movimientos-. ¿Por qué te has sentado en la oscuridad? -preguntó-. ¡Cuánto me alegro de volver a ver tu linda cara! Y no creas que no sé por qué pareces tan triste. ¡Eres muy tonta, si dejas a Julián! Él es un niño grande; no se le puede dejar solo, pues entonces hace cosas que le perjudican, y, si él sufre, ¡hace sufrir a los demás! ¿Por qué dejaste que dirigiese vuestro negocio? ¿Por qué dejaste que tirase tu dinero con la misma rapidez con que éste entraba en tus bolsillos? Pero te diré una cosa: yo, en tu lugar, ¡nunca habría permitido que pusiera a otra en el papel de *Giselle!*

¡Señor, qué mujer tan parlanchina!

-No se preocupe por mí, Madame -dije, fríamente-. Si mi marido ya no me quiere como

pareja, estoy segura de que encontrará otras.

Ella frunció el ceño, avanzó. Puso sus huesudas manos sobre mis hombros y me sacudió, como para despertarme. Al verla tan de cerca, observé que había envejecido terriblemente desde la muerte de Georges. Sus cabellos negros eran ahora casi blancos, veteados de oscuro. Entonces hizo una mueca, descubriendo unos dientes más blancos y mucho más perfectos que antes.

-¿Dejarás que mi hijo te ponga en ridículo? ¿Dejarás que ponga otra bailarina en tu lugar? ¡Creía que tenías más carácter! Lo que tienes que hacer es volver a Nueva York y echar a esa Yolanda de su vida. El matrimonio es sagrado, ¡y hay que cumplir las promesas hechas en la boda!

Después, su voz se suavizó, y me dijo:

-Ven, Catherine. -Me condujo a su pequeño y atestado despacho-. ¡Vas a contarme qué son esas tonterías entre tú y tu marido!

-¡No creo que eso sea de su incumbencia!

Acercó otra silla y se sentó en ella a horcajadas. Apoyó los brazos en el respaldo y me dirigió una de sus miradas penetrantes.

-Todo, todo lo concerniente a mi hijo es de mi incumbencia -declaró, con fuerza-. Ahora, estate quietecita y deja que te cuente algo que no sabes de tu marido. -Su voz se hizo más amable-. Yo era mayor que Georges cuando nos casamos, pero, incluso así, no quise tener hijos hasta que pensé que lo mejor de mi carrera había quedado atrás. Entonces, quedé encinta. Georges no quiso nunca tener un hijo que le sirviese de estorbo, y así, desde el principio, Julián tuvo motivos de resentimiento contra él.

«Afirmo que nosotros no obligamos a nuestro hijo a bailar, pero le tuvimos con nosotros, y así el ballet se convirtió en parte de su mundo, en la parte más importante de su mundo. -Suspiró hondo y se pasó una mano huesuda por la nublada frente-. Confieso que. fuimos severos con él. Hicimos todo lo posible para hacer de él algo que respondiese a nuestro ideal de perfección, pero, cuanto más nos esforzábamos en ello, más se empeñaba él en ser todo lo contrario de lo que nosotros pretendíamos. Tratamos de enseñarle una dicción perfecta, y él acabó burlándose de nosotros con toda clase de expresiones callejeras; lenguaje de cloaca, lo llamaba Georges. Mira -siguió diciendo, con cierta ansiedad en su expresión-, sólo cuando mi marido estuvo muerto y enterrado, me di cuenta de que éste nunca había hablado a nuestro hijo, salvo para ordenarle hacer alguna cosa o mejorar su técnica de baile. Nunca pensé que Georges podía estar celoso de su hijo, viendo que era mejor y alcanzaría mayor fama que él. Para mí no era fácil convertirme en una simple profesora de ballet, como no lo era para Georges ser solamente un maestro. Muchas noches yacíamos en la cama, abrazados, añorando los aplausos, las lisonjas... Era un hambre que no quedaría satisfecha hasta que oyésemos los aplausos dedicados a nuestro hijo.

Hizo una nueva pausa y dobló el cuello como un pájaro para observarme y ver si le prestaba toda mi atención. ¡Y vaya si se la prestaba! Me estaba diciendo muchas cosas que yo necesitaba saber.

-Julián quería herir a Georges, y lo consiguió al poner en duda la fama de su padre. Un día le dijo que no era más que un artista de segunda clase. ¡Georges estuvo un mes entero sin hablarle! Nunca volvieron a acercarse después de esto. Padre e hijo se fueron apartando más y más..., hasta que, un hermoso día de Navidad, otro prodigio entró en nuestras vidas y se nos ofreció. *¡Tú!* Julián había venido a visitarnos, sólo porque yo le había suplicado que tratase de hacer las paces con su padre... y entonces él te vio. Nosotros tenemos el deber de comunicar nuestros conocimientos técnicos a la joven generación; pero, a pesar de esto, sentí cierta aprensión en aceptarte, principalmente porque creí que perjudicaría a mi hijo. No sé por qué lo pensé, aunque me pareció evidente, desde el primer momento, que amabas a aquel viejo doctor. Entonces pensé que había en ti algo muy raro, una pasión por la danza que se ve muy pocas veces. Eras, a tu manera, igual que Julián, y, cuando bailabais juntos, erais tan sensacionales que no podía dar crédito a mis ojos. Mi hijo sintió también que había una relación entre vosotros dos. Tú le miraste con tus grandes y dulces ojos llenos de admiración, y así me dijo él más tarde que eras una gatita encelada que caería fácilmente entre sus brazos. Él y yo manteníamos siempre una estrecha relación, y Julián me

confesaba cosas que otros chicos habrían mantenido secretas.

Se interrumpió, me miró con sus ojos acerados y siguió diciendo, con voz sofocada:

-Tú llegaste, le admiraste, le quisiste cuando bailabas con él; pero cuando no bailabais los dos, te mostrabas diferente. Cuanto más dura era tu resistencia, más se empeñaba él en conquistarte. Yo pensaba que eras muy lista, que jugabas hábilmente un juego femenino, cuando, en realidad, ¡eras una chiquilla! Y ahora, ahora... vas y lo dejas plantado en un país extranjero, sin conocer el idioma, cuando deberías saber que tiene muchos puntos flacos, ¡y que no puede estar solo!

Se puso en pie de un salto, como un gato negro y flaco, y me miró de arriba abajo.

-Sin Julián, que te inspiró y fomentó tu talento con el suyo, ¿dónde estarías ahora? A no ser por él, ¿estaríais en Nueva York, bailando en una compañía que se está convirtiendo rápidamente en una de las mejores? ¡No! Estaríais aquí, criando hijos para ese médico. Sabe Dios por qué le darías el sí a Julián, y por qué razón no puedes amarle. Porque él me dice que no le amas, ¡ni le has amado nunca! Y ahora vas y le administras una droga. Le abandonas. Huyes para asistir a la graduación de tu hermano, cuando sabes muy bien que tu sitio está al lado de tu marido, ¡haciéndole feliz y atendiendo sus necesidades!

»¡Sí, sí! -chilló-. ¡Me llamó desde larga distancia y me lo contó todo! ¡Ahora cree odiarte! Ahora quiere separarse de ti. Y si lo hace, no tendrá un corazón que mantenga su vida, porque te lo dio hace años, ¡muchos años!

Me levanté despacio; me flaqueaban y temblaban las piernas. Pasé una mano por mi dolorida frente y contuve unas lágrimas cansadas. De pronto lo vi claramente: ¡amaba a Julián! Ahora veía lo mucho que nos parecíamos; él, con su odio a un padre que lo había negado como hijo, y yo, con mi odio a mi madre, que me hacía cometer locuras, como enviarle cartas y postales de Navidad odiosas, para entristecer su vida y hacer que nunca, nunca, pudiese encontrar la paz. Julián, en competencia con su padre, sin saber que había ganado, que era mejor..., y yo, en competencia con mi madre, pero teniendo aún que demostrar que era mejor que ella.

-Madame, voy a decirle algo que Julián no debe saber y que, en realidad, yo no he sabido hasta hoy: amo a su hijo. Quizá le he amado siempre, y no quería aceptarlo.

Ella meneó la cabeza, y sus palabras fueron como proyectiles:

-Si le amas, ¿por qué le abandonaste? ¡Contesta! ¿Le dejaste porque descubriste que le gustan las jovencitas? ¡Tonta! A todos los hombres les gustan las chicas jóvenes, ¡y siguen viviendo con sus esposas! Si dejas que su deseo de carne joven te aparte de él, ¡estás loca! Pégale en la cara, dale patadas en el culo, dile que, si no deja en paz a esas chicas, ¡te divorciarás de él! Díselo, y verás cómo te hace caso. Pero si no dices nada y actúas como si no te importase, ¡es lo mismo que decirle que no le amas, ni le quieres, ni le necesitas!

-Yo no soy su madre, ni un cura, ni Dios -dije, cansadamente, fastidiada por la pasión que ponía ella en sus palabras. Retrocedí hacia la puerta, dispuesta a marcharme-. No sé si podré apartar a Julián de las jovencitas, pero estoy dispuesta a volver con él e intentarlo. Prometo hacerlo mejor. Seré más comprensiva, y le haré saber que le quiero tanto que no puedo tolerar la idea de que se acueste con alguien que no sea yo.

Ella se acercó y me estrechó en sus brazos.

-¡Pobre pequeña! -dijo, con voz mimosa-. Si he sido dura contigo, lo he hecho por tu propio bien. Tienes que impedir que mi hijo se destruya a sí mismo. Debes salvarle, porque te mentí cuando dije que no serías nada sin él. ¡Es *él* quien nada sería sin ti! Desea la muerte, siempre lo he sabido. Piensa que no merece seguir viviendo, porque su padre no le convenció de lo contrario, y yo soy tan culpable como Georges. Julián esperó años y años que su padre le considerase como a un hijo, digno de ser amado por lo que era. Y esperó también años y años a que Georges le dijese que sí, que era mejor bailarín que él, y que estaba orgulloso de que lo fuese. Pero Georges guardó siempre silencio. Tú debes ir y decir a Julián que Georges le quería. A mí me lo dijo muchas veces. Y dile que su padre estaba orgulloso de él. Díselo, Catherine. Vuelve con él y convéncele de que le necesitas y le amas. Dile que sientes haberle dejado solo. ¡Y ve en seguida, antes de que haga algo terrible!

Había llegado el momento de decir de nuevo adiós a Carrie, a Paul y a Henny. La única diferencia era que esta vez no tenía que despedirme de Chris. Éste había tomado una determinación.

-¡No! ¡Iré contigo! No dejaré que vuelvas sola junto a un loco. Cuando hayáis hecho las paces y sepa que todo marcha bien..., entonces me iré.

Carrie lloró, como siempre, y Paul se echó atrás y dejó que sus ojos hablasen y me dijesen que sí, que tendría de nuevo un lugar en su corazón.

Miré hacia abajo, al empezar a elevarse el avión, y vi que Paul tenía asida la manita de Carrie y que ésta ladeaba la cabeza para mirar hacia arriba y agitaba la otra mano hasta que la perdimos de vista. Me arrellené cómodamente en el asiento, apoyé la cabeza en el hombro de Chris y le dije que me despertase cuando llegásemos a Nueva York.

-¡Vaya una compañera de viaje! -gruñó.

Apoyó la mejilla en mis cabellos y tardó poco en dormirse a su vez.

-Chris -le dije, con voz soñolienta-, ¿recuerdas aquel libro sobre Raymond y Lily, que siempre estaban buscando el lugar encantado donde crecía la hierba purpúrea que había de hacer que se cumpliesen todos sus deseos? ¿No sería maravilloso mirar hacia abajo y ver la hierba púrpura?

-Sí -admitió él, tan soñoliento como yo-. También yo la estoy buscando.

El avión aterrizó en La Guardia a eso de las tres. Hacía un día cálido y bochornoso. El sol jugaba al escondite, asomándose de vez en cuando entre las nubes de tormenta. Chris y yo estábamos cansados.

-A esta hora, Julián estará ensayando en el teatro. Aprovechan los ensayos para rodar una película de propaganda. Tiene que haber muchos ensayos; yo no he bailado nunca en este teatro, y es importante tener sentido del espacio donde hay que moverse.

Chris acarreaba mis dos pesadas maletas, mientras yo llevaba su bolsa mucho más ligera. Reí para mis adentros y le sonreí, contenta de que estuviese conmigo, aunque Julián se pondría furioso.

-Permanece en la sombra -le dije- y, si ves que todo va bien, no dejes siquiera que él te vea. En realidad, Chris, estoy segura de que se alegrará de verme. No es peligroso.

-Claro -replicó él, frunciendo el ceño.

Entramos de puntillas en el teatro, a oscuras. Sólo el escenario estaba brillantemente iluminado. Las cámaras de Televisión estaban en su sitio, dispuestas a grabar los ejercicios. El director, el productor y algunos otros ocupaban butacas de la primera fila.

El calor del día era neutralizado por el ambiente frío del enorme espacio. Chris abrió una de mis maletas y me echó un suéter sobre los hombros; después nos sentamos los dos cerca del pasillo, aproximadamente a la mitad de la platea. Automáticamente levanté las dos piernas y las apoyé en el respaldo de la butaca de delante. Aunque yo temblaba, el *corps de ballet* estaba sudando a causa del calor de los focos. La cámara estaba preparada. Busqué a Julián con la mirada, pero no le vi.

Mas pareció que el mero hecho de pensar en él le hiciese salir de entre bastidores al escenario, en una serie de *jetes* vertiginosos. Estaba formidable, con sus ajustados leotardos blancos y unas brillantes fundas verdes en las piernas para darle calor.

-¡Huy! -murmuró Chris a mi oído-. A veces olvido lo sensacional que puede ser en el escenario. No es de extrañar que todos los críticos de ballet digan que será la estrella de esta década cuando aprenda un poco de disciplina. Ojalá sea pronto... y lo mismo te digo a ti, Cathy.

Le sonreí, porque también yo necesitaba disciplina.

-Sí -admití-. También yo, desde luego.

En cuanto hubo terminado Julián su solo, salió Yolanda Lange al escenario, vestida de rojo, haciendo unas piruetas. ¡Estaba más hermosa que nunca! Bailaba extraordinariamente, a pesar de su estatura. Bueno, bailó bien hasta que Julián se emparejó con ella; entonces, todo fue de mal en peor. Él alargó los brazos para asirla por la cintura y le agarró las nalgas; entonces, ella tuvo que desprenderse rápidamente del agarrón y resbaló y estuvo a punto de caerse, y él la sujetó de nuevo. Un bailarín que dejase caer a una bailarina se encontraría pronto sin pareja a la que levantar. Probaron otra vez el mismo salto, elevación y caída hacia atrás, y el resultado no fue mucho mejor, haciendo que Yolanda pareciese desgarbada, y Julián, poco hábil.

Incluso yo, sentada en mitad de la platea pude oír la voz ronca de Yolanda.

-¡Maldito seas! -gritó-. Has hecho que pareciese torpe. Si me dejas caer, *¡te juro que no volverás a bailar!*

-¡Corten! -gritó el director, poniéndose en pie y mirando con impaciencia a los otros.

El *corps de ballet* rebulló y gruñó, mirando con irritación a la pareja central que les hacía perder tanto tiempo. A juzgar por el sudor y por las miradas acaloradas de todos ellos, esto se había repetido varias veces, y siempre mal.

-¡Marquet! -gritó el director, famoso por su poca paciencia con aquellos que le obligaban a repetir las tomas-. ¿Qué le pasa? Creo que dijo usted que conocía bien este ballet. No ha dado una a derechas en los últimos tres días.

-¿Yo? -replicó Julián-. No soy *yo... Es ella,* que salta demasiado pronto.

-Muy bien -dijo sarcásticamente el director-, siempre es *ella,* y no usted, quien tiene la culpa.- Trató de dominar su impaciencia, sabiendo que Julián les dejaría plantados si se excedía en sus críticas-. ¿Cuándo estará su esposa en condiciones de volver a bailar?

-¡Eh, un momento! -chilló Yolanda-. Me hicieron venir de Los Ángeles, y ahora parece que quiere sustituirme por Catherine. ¡No lo consentiré! ¡Estoy aquí bajo contrato! ¡Acudiré a los tribunales!

-Miss Lange -dijo suavemente el director-, usted está aquí como *suplente,* pero, de todos modos, probaremos otra vez. Marquet, esté atento a la señal. Lange, prepárese y pídanle a Dios que su actuación pueda mostrarse a un público que tiene derecho a esperar lo mejor de los profesionales.

Yo sonreía al oír que ella sólo estaba allí como suplente; había creído que la habían contratado en firme.

Sentí una satisfacción maligna al ver cómo Julián y Yolanda se ponían en ridículo. Sin embargo, cuando los bailarines del escenario gruñeron, gruñí con ellos, percibiendo su fatiga, y, a pesar mío, empecé a compadecerme de Julián, que hacía todo lo posible para que Yolanda mantuviese su equilibrio. De un momento a otro, el director diría «toma diez», y entonces me pondría en movimiento.

Delante de mí, en la primera fila, Madame Zolta torció su flaco cuello de jirafa en mi dirección, y sus vivos ojillos, como abalorios, se fijaron en mí, sentada muy tiesa, acechando como un águila.

-¡Eh, Catherine! -me llamó, con gran entusiasmo.

Y añadió con señas: *Ven, siéntate a mi lado.*

-Discúlpame un momento, Chris -murmuré-. Tengo que subir allí y salvar a Julián antes de que arruine nuestras carreras. No temas. No puede hacerme gran cosa delante de tanto público.

Cuando me hube sentado al lado de Madame Zolta, ésta susurró:

-Bueno, ¡veo que no estás tan enferma como pensábamos! Demos gracias a Dios. Tu marido está arruinando mi reputación, junto con la suya y la tuya. No debí hacer que bailase siempre contigo, pues ahora no sabe hacerlo con las otras.

-Madame -le pregunté-, ¿quién hizo que Yolanda me sustituyese?

-Tu marido, querida -murmuró, agriamente-. Hiciste una tontería cuando dejaste en sus manos el control. ¡ Es un hombre *imposible! Es* tempestuoso, diabólico, incapaz de razonar. Si no te ve pronto, se volverá loco... y *nos* volverá locos a todos. Y ahora ve, ponte el traje de baile, ¡y sálvame de la ruina!

En cuestión de segundos me puse la ropa adecuada y me recogí el cabello; después, até las cintas de mis *pointes.* Hice unos breves ejercicios en la barra del vestuario, con *pliés* y *rond de jambes* para que afluyese la sangre a mis miembros. Pronto estuve a punto. Por algo hacía varias horas de ejercicios cada día.

En la oscuridad de los bastidores, vacilé. «Estaba preparada para todo», pensé; pero, ¿qué haría Julián cuando me viese? Mientras observaba a Julián en el escenario, alguien me empujó brutalmente a un lado, desde atrás.

-Has sido sustituida -silbó Yolanda-. Conque, ¡lárgate y no vuelvas a acercarte aquí! Tuviste

tu oportunidad y la desperdiciaste. ¡Ahora Julián es mío! ¿Lo oyes? *¡Mío!* He dormido en tu cama, he usado tus cremas y llevado tus joyas; te he sustituido en todo.

Me esforcé en prescindir de ella, en no creer nada de lo que decía. Cuando dieron la señal para la entrada de Giselle, Yolanda trató de detenerme; entonces la empujé furiosamente, con tanta fuerza que la hice caer. Su cara palideció de dolor, mientras yo salía en *pointe* al escenario, deslizándome ligeramente en lo que llamábamos un hilo de perlas... Si hubiesen medido cada pasito, se habría visto que las distancias eran exactas. Yo era la tímida muchacha aldeana, dulce y sinceramente enamorada de Loys. Algunos de los que estaban en el escenario se quedaron boquiabiertos al verme. Una expresión de alivio se pintó en los ojos negros de Julián..., por un momento.

-Hola -dijo, fríamente, al acercarme a él moviendo las negras pestañas para aumentar mi hechizo-. ¿Por qué has vuelto? ¿Te han echado tus médicos de casa? ¿Se han cansado ya de ti?

-Eres un bruto, Julián, desconsiderado y cruel, al sustituirme por Yolanda. ¡Sabes que la desprecio!

Estaba de espaldas a los espectadores y sonrió con malevolencia, sin dejar de mantener el ritmo.

-Sí; *sé* que la odias; por eso la llamé. -Torció los bellos labios rojos, de modo que parecieron feos-.Oye bien esto, muñeca danzante. *Nadie,* y menos mi esposa, me deja plantado y vuelve después, como si aún pudiese caber en mi vida. Ya no te quiero, amor mío, ya no te *necesito.* ¡Puedes ir a putear con quien te dé la gana! ¡Vete al diablo y sal para siempre de mi vida!

-No lo dices en serio -murmuré, mientras seguíamos bailando perfectamente.

Nadie cortó la escena. ¿Cómo podían hacerlo, si nuestra actuación era exquisita.

-No me amas -dijo, amargamente-. Nunca me has amado. Era inútil cuanto hiciese y cuanto te dijese. ¡Pero ya no me importa! Te di lo mejor que podía darte, y no fue bastante para ti. Por consiguiente, querida Cath-er-ine, *¡toma ahora esto!*

Y, dichas estas súbitas palabras, rompió la rutina del baile, dio un gran salto en el aire y se dejó caer con toda su fuerza sobre mis pies. Todo su peso, con el empuje de un ariete, ¡sobre los dedos de mis pies!

Lancé un débil grito de dolor, y Julián se volvió a mí para acariciarme la barbilla.

-Ahora, *amor,* veremos quién bailará *Giselle* conmigo. No serás tú, ¿verdad?

-¡Corten! -gritó el director, demasiado tarde para salvarme.

Julián me agarró de los hombros y me sacudió como a una muñeca de trapo. Miré sus ojos extraviados, esperando cualquier cosa. Entonces se alejó rápidamente, dejándome en el centro del escenario, sola, sobre unos pies que me dolían tanto que tenía ganas de chillar. Pero me contuve y me senté en el suelo, contemplando mis pies, que se hinchaban de prisa.

Desde la oscura platea, Chris vino corriendo en mi ayuda.

-¡Maldito sea por hacerte eso! -gritó, poniéndose de rodillas y quitándome las zapatillas para examinarme los pies.

Trató delicadamente de mover los dedos, pero lancé un grito de dolor. Entonces me levantó y me estrechó en sus brazos.

-Te pondrás bien, Cathy. Haré que sanen los dedos de tus pies. Temo que algunos estén rotos. Ahora necesitas un traumatólogo.

-Llevad a Catherine a nuestro traumatólogo -ordenó Madame Zolta, acercándose y mirando mis amoratados e hinchados pies. Después se fijó en Chris, al que había visto pocas veces-. Usted es el hermano de Catherine, causante de todo este jaleo, ¿no? -le preguntó-. Llévela rápidamente al médico. Está asegurada. En cuanto al imbécil de su marido, se acabó. ¡Queda *despedido.*

EL DECIMOTERCER BAILARÍN

Me examinaron los pies por rayos X; tenía tres dedos rotos en el pie izquierdo y uno, el pequeño, en el derecho. Afortunadamente, los dos dedos gordos estaban ilesos; de no haber sido así, ¡nunca habría *podido* volver a bailar! Una hora más tarde, Chris me sacó del consultorio del

médico, con un pie escayolado en un molde que me llegaba a la rodilla, mientras que el dedo pequeño había sido solamente protegido con esparadrapo para que sanase por sí solo. Cada uno de los dedos quedó fijado en su respectivo y pequeño compartimiento almohadillado del molde, de modo que no podía mover ninguno de ellos, y dejados al descubierto para que todos pudiesen admirar sus lindos tonos negruzcos, azules y purpúreos. Las últimas y ácidas palabras del doctor persistían en mi mente, sin contribuir en modo alguno a endulzar mis perspectivas. «Puede que vuelva a bailar, y puede que no. Depende.» Pero no había dicho de qué dependería.

Por consiguiente, pregunté a Chris.

-Claro que volverás a bailar -dijo confiadamente éste-. Algunos médicos se muestran excesivamente pesimistas, para darse tono cuando todo acaba bien... gracias a su habilidad especial.

Me sostuvo desmañadamente, mientras abría con mi llave la puerta del apartamento que yo compartía con Julián. Después me alzó de nuevo con todo cuidado, y me introdujo en el piso, cerrando la puerta de una patada. Trató de colocarme lo más cómodamente posible en uno de los blandos canapés. Yo cerraba con fuerza los ojos, tratando de vencer el dolor que sentía a cada movimiento.

Chris alzó delicadamente mis dos piernas, para poder introducir cojines debajo de ellas y mantenerlas levantadas para reducir la hinchazón. Después, puso una abultada almohada debajo de mi espalda y mi cabeza..., sin decir una palabra..., ni una sola palabra.

Extrañada por este silencio, abrí los ojos y estudié su cara, encima de mí. Se esforzaba por adoptar un aire profesional, indiferente, pero no lo conseguía. Miraba de un lado a otro, y parecía horrorizado. Temerosa, miré a mi alrededor. Mis ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. Me quedé boquiabierta. ¡La habitación! ¡Todo patas arriba! ¡Dios mío! ¡Era horrible!

¡Nuestro apartamento era una ruina!. Todos los cuadros que Julián y yo habíamos escogido con tanto cuidado habían sido arrancados de las paredes y hechos trizas en el suelo. Incluso las dos acuarelas pintadas por Chris y que eran retratos míos en traje de baile. Todos los caros objetos de adorno aparecían rotos en la chimenea. Las lámparas estaban caídas en el suelo, y las cortinas habían sido rasgadas. Los cojines de punto confeccionados por mí, durante los largos y tediosos vuelos, cuando íbamos de un lugar a otro, estaban desgarrados, ¡destruidos! Las plantas habían sido arrancadas de las macetas y dejadas con las raíces al aire, para que muriesen. Dos jarrones esmaltados, regalo de boda de Paul, habían sido también destrozados. Todos los objetos finos y costosos, que tanto apreciábamos, que Julián y yo habíamos pensado guardar toda la vida y dejarlos a nuestros hijos..., habían sido rotos sin posibilidad de arreglo.

-¡Vándalos! -murmuró Chris, a media voz-. ¡Son unos vándalos! -Sonrió y me besó en la frente y me estrechó la mano, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas-. Conserva la calma -dijo, y fue a echar un vistazo a las otras tres habitaciones.

Yo me dejé caer de nuevo sobre los cojines, reprimiendo los sollozos. ¡Oh, cómo debía de odiarme él, para hacer aquello! Al poco rato, Chris volvió, grave el semblante, con aquella expresión anunciadora de tormenta que había visto pocas veces en su rostro.

-Cathy -empezó a decir, sentándose cuidadosamente en el borde del sofá y asiéndome la mano-, no sé qué pensar de esto. Todos tus vestidos y zapatos han sido destrozados. Tus joyas están desparramadas en el suelo del dormitorio; los collares, rotos; los anillos, pisoteados; los brazaletes, deformados a martillazos. Parece como si alguien se hubiese empeñado en destruir todas tus cosas, dejando las de Julián en perfectas condiciones.

Me dirigió una mirada confusa, turbada, y quizá las lágrimas que yo trataba de contener pasaron de mis ojos a los suyos. Brillándole los ojos azules, mostró en la palma de su mano la montura del que había sido exquisito anillo de noviazgo y que Paul me había regalado. El aro de platino era ahora un óvalo retorcido. Las grapas ya no sostenían el claro y perfecto brillante de dos quilates.

Me habían inyectado sedantes para que no sintiese dolor en los dedos rotos. Me sentía aturdida y desorientada, y bastante desapegada de todo. Alguien gritaba y gritaba dentro de mí -el odio volvía a estar cerca-, y soplaba el viento, y, al cerrar los ojos, me vi rodeada de montañas

nimbadas de azul, que tapaban el sol..., como allá arriba, como en el ático.

-Julián... -dije, débilmente-. Debió de hacerlo él. Habrá venido y descargado su furor en todas mis cosas. Las únicas que ha dejado enteras son las que compró para él mismo.

-¡Que se vaya al infierno! -gritó Chris-. ¿Cuántas veces descargó su furia en ti? Un día vi que tenías un ojo amoratado. ¿Cuántas veces más lo hizo?

-Calla, por favor -dije, aturdida, soñolienta-. Si alguna vez me pegó, siempre lloró después y me pidió perdón.

Sí, cuánto lo siento, corazón mío, mi único amor... *¡no sé cómo puedo portarme así, queriéndote como te quiero!*

-Cathy -dijo Chris en tono vacilante, metiéndose el aro de platino en el bolsillo-, ¿estás bien? Parece como si fueses a desmayarte. Te arreglaré la cama para que puedas descansar. Pronto te dormirás y te olvidarás de todo esto, y, cuando te despiertes, te sacaré de aquí. No llores por la ropa y por las cosas que *él* te dio, pues yo te las compraré mejores. En cuanto a este anillo que te regaló Paul, registraré el dormitorio hasta que encuentre el brillante.

Buscó, pero no encontró el brillante, y, cuando me quedé dormida, debió de llevarme a la cama que él mismo había preparado con sábanas limpias. Estaba cubierta con una sábana y una manta delgada cuando abrí los ojos, y él estaba sentado en el borde del lecho, observando mi cara. Miré hacia la ventana y vi que estaba oscureciendo. Julián podía llegar en cualquier momento, y encontraría a Chris conmigo... ¡Y se armaría la de todos los diablos!

-Chris..., ¿me desnudaste y me pusiste esta bata? pregunté tontamente, viendo la manga de una bata azul que era una de mis preferidas.

-Sí. Pensé que estarías más cómoda que con aquellos pantalones descosidos. Y no olvides que soy médico. Estoy acostumbrado a verlo todo, y cuidé muy bien de no mirar.

La oscuridad del crepúsculo había invadido la habitación, suavizando y tiñendo de púrpura las sombras. Vagamente, volví a ver a Chris como era antaño, cuando la atmósfera del ático era parecida a ésta, púrpura, triste, amenazadora, y nosotros estábamos solos, enfrentándonos a algún futuro horror desconocido. Siempre hallaba yo consuelo en él, cuando no podía encontrarlo en parte alguna. Siempre estaba a mi lado, cuando yo necesitaba que hiciese y dijese lo adecuado.

-¿Recuerdas el día en que mamá recibió la carta de la abuela diciendo que podíamos quedarnos en su casa? Entonces pensamos que nos esperaban cosas maravillosas, y después pensamos que todo el gozo residía en el pasado. Nunca, nunca en el presente.

-Sí -confirmó él, en voz baja-. Lo recuerdo. Pensamos que seríamos tan ricos como el rey Midas, y que todo lo que tocásemos se convertiría en oro. Sólo tendríamos que dominarnos, para que aquellos a quienes amábamos siguiesen siendo de carne y hueso. Entonces éramos muy jóvenes y muy tontos, y demasiado confiados.

-¿Tontos? No creo que lo fuésemos; éramos normales. Tú conseguiste tu título de médico. Pero yo todavía no soy una *prima ballerina*.

Esto último lo dije con cierta amargura.

-No te achiques, Cathy. ¡Serás una *prima ballerina*. Lo serías desde hace tiempo, si Julián pudiese dominar ese mal genio que hace que todos los directores de compañía teman contrataros. Continúas atascada en una compañía modesta, porque te niegas a dejarle.

Suspiré, lamentando que hubiese dicho esto. Era verdad que los berrinches de Julián habían impedido más de una oferta que nos habría colocado en compañías más prestigiosas.

-Tienes que marcharte, Chris. No quiero que él te encuentre conmigo cuando vuelva a casa. No quiere que estés cerca de mí. Y yo no puedo dejarle. A su manera, me quiere y me necesita. Si yo no le contuviese, sería diez veces más violento, y, a fin de cuentas, le amo. Si a veces se pasó de la raya, fue para hacerme ver esto. Ahora lo veo.

-¿Lo *ves?* -gritó-. ¡Tú no ves nada! Dejas que la compasión te quite el sentido común. Mira a tu alrededor, Cathy. Sólo un chiflado ha podido hacer esto. ¡No voy a dejarte sola con un loco! Me quedaré para protegerte. Dime qué podrías hacer si él quisiera hacerte pagar por abandonarle en España. ¿Podrías levantarte y echar a correr? ¡No te dejaré aquí, indefensa, cuando él puede volver

borracho o drogado...!

-¡No toma drogas!

Con esto quería defender lo que había de bueno en Julián, y olvidar, por alguna razón, todo lo que tenía de malo.

-Te aplastó los dedos de los pies, sabiendo que los necesitas para seguir bailando... Por consiguiente, no me digas que está bien de la cabeza. Cuando te estabas vistiendo, oí que alguien decía que, desde que empezó a ir con Yolanda, Julián es un hombre completamente distinto. Todos sospechan que toma drogas; por eso lo he dicho. -Hizo una pausa-. Además, sé por experiencia que Yolanda toma todo lo que se pone a su alcance.

Estaba adormilada, dolorida y preocupada por Julián, que ya debería estar en casa. Además, había un hijo *incipiente,* cuyo destino debía yo decidir.

-Bueno, puedes quedarte, Chris. Pero cuando él llegue, déjame hablar a mí... y mantente escondido. ¿Me lo prometes?

Asintió con la cabeza, mientras me invadía de nuevo el sopor y tenía la impresión de que nada era real, salvo la cama en la que descansaba y el sueño que tanta falta me hacía. Perezosamente, sin pensarlo, traté de volverme, y mis piernas resbalaron de los almohadones, haciéndome lanzar un grito.

-Cathy..., no te muevas -dijo Chris, volviendo a colocar rápidamente mis piernas sobre los cojines-. Deja que me tienda a tu lado hasta que él llegue. Te prometo que no me dormiré y que, en cuanto él abra la puerta, me levantaré de un salto y desapareceré.

Y como en sueños sentí el suave contacto de sus labios en mi mejilla, en mis cabellos y después en mis párpados, y, por último, en mis labios. «Te quiero tanto, ¡oh, cuánto te quiero!», le oí decir, y, en un momento de confusión, pensé que era Julián que había llegado para pedirme perdón por haberme hecho daño y por haberme humillado..., porque él era así, me causaba dolor y se disculpaba después, y me nacía el amor apasionadamente. Por esto me volví un poco y correspondí a sus besos, y le abracé y hundí los dedos entre sus gruesos y negros cabellos. Entonces comprendí. Los cabellos que tocaba no eran gruesos y crespos, sino finos y sedosos, como los míos.

-¡Chris! -grité-. ¡Basta!

Pero él había perdido todo su dominio y besaba furiosamente mi cara, mi cuello y mi pecho.

-"No digas eso -murmuró, acariciándome-. Sólo he conocido frustraciones en mi vida. Trato de amar a otras, pero siempre eres tú..., tú, ¡que me estás vedada! Cathy... ¡deja a Julián! ¡Vente conmigo! Iremos a algún lugar lejano, donde nadie nos conozca, y podremos vivir juntos como marido y mujer. No tendremos hijos... Yo cuidaré de esto. Podremos adoptar algún niño... Sabes que seríamos unos buenos padres... y sabes que nos amamos y siempre nos amaremos. ¡Esto no lo cambiará nadie! Puedes huir de mí y casarte doce veces, pero tu corazón está en tus ojos cuando me miras, y es a mí a quien quieres, ¡como yo te quiero a ti!

Estaba exaltado con sus propios argumentos y no quería escuchar mis débiles palabras.

-Quiero abrazarte, Cathy, ¡ tenerte de nuevo! Te daré todas las satisfacciones que antes no supe darte... Por favor, si me amaste alguna vez, ¡apártate de Julián antes de que él nos destruya a los dos!

Sacudí la cabeza, tratando de ver bien lo que hacía y lo que decía. Sus cabellos estaban debajo de mi mentón; tenía la cabeza apoyada en mi pecho y no podía ver mi negativa, pero sí oír mi voz.

-Christopher, voy a tener un hijo de Julián. Consulté a un ginecólogo cuando estuve en Clairmont; por esto me quedé más tiempo de lo que había proyectado. Julián y yo vamos a tener un hijo.

Pareció que le había dado una bofetada, por su manera de echarse atrás y renunciar al dulce éxtasis de sus besos prohibidos. Se sentó en el borde de la cama y hundió la cabeza entre las manos. Después, gimió:

-¡Siempre consigues derrotarme, Cathy! Primero Paul, después Julián y ahora... un hijo.- Entonces se volvió de cara a mí-. Vente conmigo y deja que sea yo el padre de ese hijo. ¡Julián no sirve para eso! Aunque no dejes que te toque, te tendré cerca de mí y te veré y oiré tu voz todos los

días. A veces quisiera que todo volviese a ser como antes..., solos tú y yo, y nuestros mellizos.

Un silencio que ambos conocíamos bien nos envolvió y nos encerró en nuestro mundo secreto, donde vivía el pecado y moraban pensamientos infames, por los que tendríamos que pagar, pagar, pagar, si algún día..., pero no, no habría ningún «si algún día»...

-Chris, voy a tener el hijo con Julián -dije, con una firmeza que me sorprendió-. Quiero el hijo de Julián..., porque le amo, Chris... y le defraudé de muchas maneras. Le defraudé porque tú y Paul os metisteis por mis ojos y no supe ver lo que podía tener con él. Si hubiese sido una esposa mejor, él no habría necesitado a todas esas chicas. Yo te querré siempre, pero este amor no puede llevarnos a ninguna parte, y por esto renuncio a él. ¡Renuncia tú también! Despídete del ayer y de una Catherine Doll que ha dejado de existir.

-¿Le perdonas que te rompiese los dedos de los pies? -preguntó él, con asombro.

-Él no paraba de suplicarme que le dijese que le amaba, y yo nunca quise hacerlo. Mantenía una engañosa sombrilla abierta sobre mi cabeza, para guardar sombras oscuras en mi mente, y me negaba a ver en él cuanto pudiese tener de noble y bello aparte de la danza. No me daba cuenta de que su amor para mí, incluso cuando yo lo rechazaba, era algo noble y bello en sí mismo. Por consiguiente, déjame ir con él, Chris, aunque no vuelva a bailar jamás... Tendré su hijo... y él se hará famoso sin mí.

Chris cerró la puerta de golpe y me dejó sola, y pronto me quedé dormida y soñé con Bart Winslow, segundo marido de mi madre. Bailábamos en el gran salón de Foxworth Hall, y arriba, junto a la balaustrada de la galería, dos niños estaban escondidos dentro del arca maciza con la reja de alambre como fondo. El árbol de Navidad, colocado en un rincón, se elevaba hasta el cielo, y cientos de personas bailaban con nosotros, pero todas ellas eran de celofán transparente, no de carne y hueso como Bart y yo. De pronto, Bart dejaba de bailar y me llevaba arriba, por la ancha escalinata, y me depositaba sobre el suntuoso lecho. Mi hermoso vestido de terciopelo verde y de gasa de un verde más claro se fundía al contacto de sus manos ardientes..., y, al poseerme el vigoroso varón, yo empezaba a chillar y a gritar, y cada grito sonaba igual que el timbre de un teléfono.

Me desperté... ¿Por qué un teléfono sonando en mitad de la noche tiene siempre un tono amenazador? Todavía adormilada, levanté el auricular.

-¡Diga!

-¿La señora de Julián Marquet?

Me desperté un poco más y me froté los ojos.

-Sí, soy yo.

La voz femenina nombró un hospital al otro extremo de la ciudad.

-Tendría usted que venir lo antes posible, Mrs. Marquet. Y mejor que otra persona la traiga en su coche. Su marido ha sufrido un accidente de automóvil; ahora está todavía en el quirófano. Traiga la póliza de seguro de él, sus documentos de identidad y su historia clínica, si la tiene... Mrs. Marquet... ¿está usted ahí?

No. Yo no estaba allí. Estaba en Gladstone, Pensilvania, y tenía doce años. Dos agentes del Estado estaban en el paseo, con un automóvil blanco aparcado... y entraban rápidamente para interrumpir una fiesta de cumpleaños y decirnos que papá había muerto. En un accidente de automóvil en la carretera de Greenfield.

-¡Chris! ¡Chris! -grité, temiendo que se hubiese marchado.

-Sí. Ya voy. Sabía que me necesitarías.

En la hora triste y solitaria que precede al amanecer, Chris y yo llegamos al hospital. Nos sentamos en una de las salas de espera esterilizadas, para saber si Julián sobreviviría al accidente y a la operación quirúrgica. Por último, a eso del mediodía, le bajaron de la sala de recuperación, donde había pasado muchas horas.

Le instalaron en lo que llamaban una «cama de fractura», que, más que cama, parecía un instrumento de tortura que mantenía levantada y suspendida su pierna derecha, escayolada desde los dedos del pie hasta la cadera. El brazo derecho estaba también roto, escayolado y suspendido de una

manera extraña. La pálida cara estaba llena de cortes y de contusiones. Los labios, de ordinario llenos y rojos, estaban tan pálidos como la piel. Pero esto no era nada en comparación con su cabeza. ¡Me estremecí al mirarla! La habían afeitado y taladrado en ella unos agujeritos diminutos donde habían insertado unos sujetadores metálicos que mantenían la cabeza levantada e inclinada hacia atrás. Un collar de cuero, forrado de algodón, le ceñía el cuello. *¡El cuello roto!* Además de una pierna fracturada, una fractura conminuta del antebrazo..., por no hablar de las lesiones internas que le habían tenido tres horas en la mesa de operaciones.

-¿Vivirá? -exclamé.

-Su estado es crítico, Mrs. Marquet -me respondieron, tranquilamente-. Si tiene otros parientes próximos, le aconsejo que les avise.

Chris telefoneó a Madame Marisha, pues yo temía que Julián expirase en cualquier momento y no quería perder la última oportunidad de decirle que le amaba. En otro caso, me habría maldecido todo el resto de mi vida.

Pasaron días. Julián tenía ratos de lucidez y ratos de inconsciencia. Me miraba con ojos empañados, desenfocados. Hablaba, pero su voz era tan espesa y confusa que no podía entender lo que decía. Yo le perdonaba sus pequeños pecados, y también los grandes, cosa fácil cuando la muerte acecha en un rincón.

Alquilé una habitación del hospital contigua a la suya, para dormir a ratos; pero nunca pude descansar toda una noche. Tenía que estar al lado de él cuando recobrase el conocimiento, para que me viese y me conociese, para pedirle que luchase por su vida y, sobre todo, para pronunciar todas las palabras que siempre le había negado.

-Julián -murmuraba, con voz ronca a fuerza de repetir lo mismo-, ¡no te mueras, por favor!

Los compañeros de baile y los músicos acudieron al hospital para ofrecerme su consuelo. La habitación de Julián se llenó de flores de cientos de admiradores. Madame Marisha vino de Carolina del Sur y entró en la habitación llevando un horrible vestido negro. Contempló el rostro inconsciente de su único hijo sin la menor expresión de dolor.

-Es preferible que muera -dijo, lisa y llanamente- a que se despierte y se encuentre inválido para toda la vida.

-¿Cómo puede decir eso? -grité, sintiendo ganas de pegarle-. Está vivo, y no le han desahuciado. ¡La médula espinal no sufrió daño! Volverá a andar, ¡y también a bailar!

Ahora, sus ojos de azabache brillaron compasivos e incrédulos... y, un momento después, rompió a llorar. Ella, que se jactaba de no llorar jamás, de no lamentarse nunca, lloró entre mis brazos.

-Dilo otra vez; dime que volverá a bailar... ¡Oh, no mientas! ¡Tiene que volver a bailar!

Cinco horribles días transcurrieron antes de que Julián pudiese enfocar los ojos y ver en realidad. Incapaz de mover la cabeza, volvió los ojos en mi dirección.

-Hola.

-Hola, dormilón -le dije-. Pensé que no ibas a despertar nunca.

Él sonrió débilmente, con ironía.

-No he tenido tanta suerte, Cathy, amor mío. -Miró su pierna suspendida-. Preferiría estar muerto a verme así.

Me levanté y acerqué a la cama, que en realidad no era más que dos tiras de lona gruesa sujetas a fuertes barras, y debajo de las cuales se había extendido un colchón que podía bajarse lo bastante para introducir la silleta. Era un lecho duro e incómodo, pero conseguí tenderme en él, al lado de Julián con mucho cuidado, y acaricié la maraña de sus cabellos despeinados... o, mejor dicho, los que le habían dejado. Con la otra mano le di una palmadita en el pecho.

-No estás Paralizado, Jule. No tienes la médula espinal rota, ni aplastada, ni siquiera lesionada. Está sólo en *shock*, por decirlo de algún modo.

Tenía un brazo indemne, que habría podido estirar para abrazarme, pero lo mantuvo junto a su costado.

-Mientes -dijo amargamente-. No siento nada de la cintura para abajo. Y tampoco tu mano

sobre mi pecho. Ahora, ¡lárgate de aquí! ¡Tú no me quieres! ¡Has tenido que esperar a que esté dando las últimas boqueadas para decirme palabras dulces! No necesito ni quiero tu compasión... *Por consiguiente, ¡lárgate y no vuelvas!*

Bajé de la cama y busqué mi bolso. Llorando, mientras él lloraba también y contemplaba el techo.

-¡Maldito seas por arruinar nuestro apartamento! -grité, cuando fui *capaz* de hablar-. ¡Rasgaste todos mis vestidos! -gruñí, furiosa ahora, con ganas de abofetear su cara contusa e hinchada-. ¡Maldito seas por romper todas las cosas bellas que teníamos! Sabías con qué empeño escogimos las lámparas y aquellos objetos de adorno que costaron una fortuna.: Sabes que queríamos conservarlo para nuestros hijos. ¡Ahora no tenemos nada que dejar!

Él sonrió, satisfecho.

-Sí; nada para dejar a nadie. -Bostezó, como despidiéndome; pero yo no estaba dispuesta a marcharme-. Gracias a Dios, no tenemos hijos. Nunca los tendremos. Puedes obtener el divorcio. Casarte con algún hijo de perra, y hacer también su vida desdichada.

-Julián -repuse, con enorme tristeza-, ¿he hecho tu vida desdichada?

Él pestañeó, como no queriendo contestar a esto; pero yo repetí mi pregunta una y otra vez, hasta que le obligué a decir:

-No del todo... Tuvimos unos pocos momentos buenos.

-¿Sólo unos pocos?

-Bueno..., tal vez más de unos pocos. Pero no tienes por qué quedarte a cuidar de un inválido. Lárgate, mientras estás a tiempo. Sabes que no soy bueno. Te he sido infiel muchísimas veces.

-Si vuelves a serlo, ¡te arrancaré el corazón!

-Vete, Cathy. Estoy cansado. -Parecía soñoliento, a causa de los muchos sedantes que le administraban-. En todo caso, los hijos no se han hecho para gente como nosotros.

-¿Gente como nosotros...?

-Sí; gente como nosotros.

-¿En qué somos diferentes de los demás?

Adormilado, lanzó una risita burlona, pero también amarga.

-No somos reales. No pertenecemos a la raza humana.

-Entonces, ¿qué somos?

-Muñecos bailarines, nada más. Tontos que bailan, temerosos de las personas reales y de vivir en el mundo real. Por eso preferimos la fantasía. ¿No lo sabías?

-No, no lo sabía. Siempre pensé que éramos reales.

-Yo no rompí tus cosas; fue Yolanda. Sin embargo, vi cómo lo hacía.

Sentí vértigo, miedo de que él dijese la verdad. ¿Era yo, solamente, una muñeca que bailaba? ¿No podía caminar por el mundo real, fuera del teatro? ¿No era, a fin de cuentas, mejor que mamá?

-Julián... Yo te amo, palabra de honor. A veces pensaba que amaba a otro, porque me parecía antinatural cambiar el objeto de mi amor. Cuando era pequeña, creía que el amor sólo se presentaba una vez en la vida, y que no podía haber otro como él. Pensaba que, si se quería a una persona, nunca se podría querer a otra. Pero estaba equivocada.

-Vete y déjame solo. No quiero oír nada de lo que tienes que decirme, no ahora. Ahora me importa un bledo.

Unas lágrimas rodaron por mis mejillas y cayeron sobre él. Julián cerró los ojos, no queriendo ver ni oír. Me incliné para besar sus labios, pero éstos permanecieron apretados, duros, indiferentes. Después, él me lanzó:

-*¡Basta! ¡Me mareas!*

-Te amo, Julián -gemí-, y siento haberme dado cuenta demasiado tarde y haberlo dicho demasiado tarde... Pero hagamos que no sea tarde. Estoy esperando un hijo tuyo, el decimocuarto de una larga estirpe de bailarines..., y tienes que vivir para este hijo, aunque hayas dejado de quererme *a mí.* No cierres los ojos ni finjas que no me oyes, porque vas a ser padre, tanto si quieres como si no quieres.

"Él volvió hacia mí sus ojos negros y brillantes, y vi que brillaban porque estaban llenos de lágrimas. Lágrimas de compasión por él mismo, o lágrimas de frustración, no pude saberlo. Pero me habló más amablemente y creí percibir un poco de amor en su voz.

-Te aconsejo que te libres de él, Cathy. El catorce no es un número más afortunado que el trece.

En la habitación contigua, Chris me cobijó en sus brazos durante toda la noche.

Me desperté temprano por la mañana. Yolanda había salido despedida del coche en aquel accidente, y hoy iban a enterrarla. Con mucho cuidado, me desprendí de los brazos de Chris y coloqué más cómodamente su cabeza sobre la almohada, antes de ir a echar un vistazo a la habitación de Julián. Éste tenía una enfermera de noche para cuidarle, pero la enfermera dormía profundamente al lado de la cama. Me quedé plantada en el umbral y observé a Julián, a la pálida luz de la bombilla envuelta en una toalla verde. Él también dormía, profundamente. El tubo endovenoso se deslizaba debajo de la sábana para insertarse en la vena. Por alguna razón, fijé la mirada en el frasco de líquido ligeramente *amarillento* que parecía agua y que se estaba vaciando de prisa; Corrí y sacudí a Chris para despertarle.

-Chris -le dije, mientras él trataba de salir de su sopor-, ¿verdad que el suero debe penetrar gota a gota en el brazo? El frasco se está vaciando rápidamente, demasiado de prisa, creo yo.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando Chris corría ya hacia la habitación de Julián. Encendió la luz del techo al entrar y sacudió a la enfermera dormida.

-¡Maldita sea por quedarse dormida! ¡Está aquí para vigilarle!

Mientras decía esto, retiró la sábana, poniendo al descubierto el brazo escayolado de Julián, con una abertura en el yeso para la aguja. La aguja seguía allí clavada, en posición correcta..., ¡pero el tubo había sido cortado!

-¡Dios mío! -suspiró Chris-. Una burbuja de aire ha debido llegar a su corazón.

Contemplé fijamente las brillantes tijeras en la inerte mano derecha de Julián.

-Él mismo cortó el tubo -murmuré-, Cortó el tubo, y ahora está muerto, muerto, muerto...

-¿De dónde sacó esas tijeras? -preguntó Chris.

La enfermera empezó a temblar. Eran las tijeritas que ella empleaba para cortar el hilo de su labor.

-Debieron de caerse de mi bolsillo -dijo débilmente ella-. Juro que no recuerdo haberlas perdido... O quizás él las cogió al inclinarme yo sobre la cama...

-Está bien -dije, con voz apagada-. Si no lo hubiese hecho así, habría empleado otro medio. Debí sospecharlo y avisarla a usted. La vida no valía nada para él, si no podía volver a bailar. Nada en absoluto.

Julián fue enterrado al lado de su padre. Con autorización de Madame Marisha, hice poner en la lápida: *Julián Marquet Rosencoff, esposo amado de Catherine, y decimotercero en una larga estirpe de astros rusos del ballet.* Tal vez resultaba un poco ostentoso y delataba mi propio fracaso en amarle lo bastante mientras vivió, pero quise que todo se hiciese como él quería... o como yo pensaba que él quería.

Chris, Paul, Carrie y yo nos detuvimos también al pie de la tumba de Georges, e incliné la cabeza en señal de respeto por el padre de Julián. Un respeto que también hubiese debido mostrar por él. ¡Cómo odié aquellas tumbas, con sus santos o sus ángeles de mármol sonriendo dulcemente, tan piadosos o tan serios!

Protegían a los que vivíamos; a nosotros, hechos de tejido frágil y de sangre, que podíamos lamentarnos y llorar, mientras ellos permanecerían allí durante siglos, sonriendo compasivamente a todos. Y yo volvía a encontrarme donde había empezado.

-Catherine -dijo Paul, cuando nos hubimos sentado en el largo automóvil negro-, tu habitación está igual que antes, a tu entera disposición. Ven a casa y quédate con Carrie y conmigo hasta que nazca tu hijo. Chris estará también allí, haciendo su internado en el Clairmont Hospital.

Miré fijamente a Chris, sentado en el traspuntín, pues sabía que se había ganado un puesto mucho mejor en un hospital muy importante. ¿Por qué trabajar como interno en otro hospital,

pequeño y modesto?

-Duke está demasiado lejos, Cathy -dijo, eludiendo mi mirada-. Ya viajé demasiado cuando iba al *college* y a la Facultad de Medicina... Así, si no te importa, prefiero estar cerca cuando nazca mi sobrino o mi sobrina.

Madame Marisha dio un salto que hizo que su cabeza casi tocara el techo del automóvil.

-¿Vas a tener un hijo de Julián? -exclamó-. ¿Por qué no me lo dijiste antes? -Su entusiasmo fue tal, que su tristeza se desprendió de ella como una capa lúgubre cayendo al suelo-. Ahora, Julián no habrá muerto, porque va a tener un hijo... ¡que será exactamente igual que él!

-Puede ser una niña, Madame -repuso suavemente Paul, asiéndome una mano-. Sé que usted desea un varón como su hijo, y yo ansío una niña como Cathy o Carrie... Pero si es un muchacho, nada tendré que oponer.

-¿Oponer? -exclamó Madame-. Dios, en su infinita sabiduría y misericordia, ¡enviará a Catherine una copia exacta de Julián! Y el niño bailará y alcanzará la fama que esperaba al hijo de mi Georges.

La medianoche me sorprendió a solas en la galería de atrás, meciéndome en el sillón predilecto de Paul.

Mi cabeza estaba llena de ideas sobre el futuro. Pero recuerdos del pasado chocaban con ellas y a punto estaban de ahogarme. Las tablas del suelo crujían débilmente; eran viejas y sabían de dolores; gemían conmigo. Las estrellas y la luna brillaban en lo alto; incluso unas cuantas luciérnagas revoloteaban en la oscuridad del jardín.

Detrás de mí, la puerta se abrió y cerró sin ruido. No miré, porque sabía quién era. Yo era muy hábil en discernir la presencia de la gente, incluso en la oscuridad. Él se sentó en el sillón contiguo al mío y se meció en él, siguiendo mi ritmo.

-Cathy -dijo, duramente-. ¡No quiero verte sentada ahí, con esa expresión perdida y desolada. No pienses que todo lo bueno de tu vida se ha acabado. Todavía eres muy joven y muy hermosa, y, cuando tu hijo haya nacido, te recobrarás rápidamente y volverás a bailar, hasta que creas llegado el momento de retirarte y dedicarte a la enseñanza.

No volví la cabeza. ¿Bailar de nuevo? ¿Cómo podría hacerlo, con Julián yaciendo bajo tierra? Mi hijo era lo único que tenía. Haría de él el centro de mi vida. Enseñaría a mi hijo a bailar, y él, o ella, alcanzaría la fama que Julián y yo habíamos perseguido para nosotros. Yo daría a *mi* hijo todo lo que mamá no había dado a los suyos. Mi hijo no se sentiría nunca descuidado. Cuando me tendiese los brazos, allí estaría yo. Cuando llamase a mamá, no tendría que contentarse con una hermana mayor. No... Yo sería como mamá, cuando ésta tenía a papá. Esto había sido lo más doloroso, que, habiendo sido una persona amable y cariñosa, hubiese podido transformarse en lo que era ahora, en un monstruo. Nunca, ¡nunca trataría yo a mi hijo como ella había tratado a los suyos!

-Buenas noches, Paul -dije, levantándome-. No estés aquí demasiado rato. Tienes que levantarte temprano y, durante la cena, parecías cansado.

-Catherine...

-Ahora no. Más adelante. Necesito tiempo.

Subí por la escalera de atrás, pensando en el hijo que llevaba en mi seno, en el cuidado que debía tener y en el régimen que debía seguir; tenía que beber mucha leche; tomar vitaminas, pensar cosas agradables..., no tener ideas vengativas. A partir de ahora, tocaría diariamente música de ballet. La criatura la oiría desde mi seno, e incluso antes de nacer estaría predispuesta para la danza. Sonreí, pensando en las lindas faldas de bailarina que compraría a mi pequeña. Y sonreí aún más, pensando en que, si era chico, tendría los mismos rizos negros de su padre. Se llamaría Julián Jano Marquet. Jano, porque miraría en ambas direcciones, hacia delante y hacia atrás.

Me crucé con Chris, que iba a bajar por la escalera. Me tocó. Me estremecí, sabiendo lo que él quería. No hacía falta que pronunciase las palabras. Yo las sabía, dichas del derecho o del revés, articuladas o calladas. Las conocía... como le conocía a él.

Aunque me esforcé en pensar sólo en la inocente criatura que crecía en mi seno, mis

pensamientos volvieron a mi madre, llenándome de odio, de planes de venganza no deseados. Porque, de alguna manera, ella había sido también responsable de la muerte de Julián. En primer lugar, si sus hijos no hubiésemos estado encerrados y necesitado escapar y correr, yo no me habría enamorado de Chris ni de Paul, y tal vez Julián y yo nos habríamos encontrado inevitablemente en Nueva York. Entonces podría haberle querido como él necesitaba y quería ser amado. Podría haberme acercado a él como «virgen pura, intacta».

«¿Habría sido todo diferente?», me preguntaba, una y otra vez... ¡Sí! ¡Sí! ¡Me convencí de que *todo* habría sido muy distinto!

INTERLUDIO PARA TRES

Al crecer el hijo en mi seno, empecé a encontrar la identidad que había perdido, pues el ballet mantenía siempre mi verdadero yo en un estado embrionario, encerrado en mi deseo de bailar y triunfar. Ahora tocaba de pies en el suelo, y la fantasía de una vida esplendorosa quedaba relegada a segundo término. Y no era que no ansiara, de vez en cuando, el escenario y los aplausos. Sí; tenía momentos de aflicción..., pero también tenía una manera segura de vencerlos. Pensaba en mi madre, en lo que ella nos había hecho. ¡Otra muerte en tu historia, mamá!

Querida Mrs. Winslow:

¿Todavía huye usted de mí? ¡Todavía no sabe que no puede correr lo bastante de prisa, ni alejarse lo bastante? Algún día la alcanzaré y volveremos a encontrarnos. Quizás entonces sufrirá usted tanto como me hizo sufrir a mí, o tres veces más, si se cumple mi deseo.

Mi marido acaba de morir en un accidente de automóvil, como murió el suyo hace muchos años. Espero un hijo, pero no haré nada tan horrible como lo que hizo usted. Encontraré la manera de mantenerle, o de mantenerlos, aunque tenga trillizos... ¡o cuatrillizos!

Envié la carta, dirigida a su casa de Greenglenna; pero después supe por el periódico que mi madre estaba en el Japón. ¡En el Japón! ¡Uf! Siempre corriendo de un lado a otro.

Yo me estaba convirtiendo en una mujer distinta. Los espejos demostraban que había perdido mi esbeltez y mi agilidad. Y eso espantaba. Veía que mis senos se volvían más redondos, más llenos, de la misma manera que se hinchaba mi cintura. Me fastidiaba mi manera de andar nada graciosa, pero me gustaba acariciar la redondez producida por el cuerpecito de mi hijo.

Un día comprendí que era más afortunada que la mayoría de las viudas. Tenía dos hombres que me necesitaban. Hombres que me daban a entender, de manera sutil, que estaban dispuestos a ocupar el sitio de Julián. Y tenía a Carrie, que me consideraba como un modelo que podía servirle para orientar su propia vida. La dulce y pequeña Carrie, que tenía ahora dieciséis años y nunca había salido con un chico, ni tenido un amiguito, ni asistido a un baile de gala de estudiantes. Y no era que no hubiese podido hacerlo, si hubiese olvidado su pequeñez. Chris pedía a sus amigos que invitasen a una hermana menor que se estaba muriendo de tedio por falta de compañía. Pero ella se lamentaba, diciéndome:

-¡Chris no tiene que concertar citas para mí! A ese estudiante no le intereso. Sólo viene para estar cerca de ti.

Me eché a reír, porque eso era ridículo. Nadie podía quererme en el estado en que me hallaba, embarazada, viuda, demasiado mayor para un estudiante.

Así lo dije a Carrie, pero ésta puso cara hosca, junto a la ventana.

-Desde que has vuelto, el doctor Paul no me lleva al cine y a comer fuera de casa, como solía hacer. Entonces yo me imaginaba que no era mi tutor, sino mi novio, y esto me daba una satisfacción interior, porque todas las señoras le miraban, aunque sea viejo.

Suspiré; para mí, Paul nunca sería viejo. Parecía extraordinariamente joven, a pesar de sus cuarenta y ocho años. Abracé a Carrie y la consolé, diciéndole que el amor la estaba esperando a la vuelta de la esquina.

-Será un chico joven, Carrie, aproximadamente de tu edad. Y cuando te vea y sepa cómo eres, no hará falta que nadie le apremie, porque te querrá con entusiasmo.

Ella se levantó en silencio y se metió en su habitación, nada convencida por lo que acababa de

decirle.

Madame Marisha venía a menudo, para interesarse Por mi estado y prodigarme autoritarios consejos:

-Sigue practicando; toca música de ballet, para que el hijo de Julián aprenda a amar la belleza antes de nacer; dentro de tu seno, sabrá que la danza le está esperando. -Miraba mis pies, que al fin habían cicatrizado-. ¿Cómo están esos dedos?

-Bien -le respondía, en tono apagado, porque aún me dolían en los días de lluvia.

Henny se desvivía por cuidarme, cuando Carrie no andaba por allí. Estaba envejeciendo con rapidez asombrosa. Me tenía preocupada. Trataba de observar la severa dieta que le imponían sus dos «médicos», pero se dejaba vencer por el apetito y se olvidaba de las calorías y del colesterol.

Los largos días de duelo pasaron más de prisa, porque llevaba dentro de mí al hijo de Julián, que era como si fuese parte de él. Se acercaba la Navidad, y yo había aumentado tanto de volumen que no me atrevía a mostrarme en público. Pero Chris y Paul insistieron en que salir de compras sería bueno para mi salud.

Compré un broche antiguo de oro para enviarlo a Madame Zolta, y puse dentro de él dos pequeñas fotos, de Julián y mía, luciendo los trajes de Romeo y Julieta.

Poco después de Navidad llegó su carta dándome las gracias.

Querida Catherine:

Tu regalo ha sido el mejor de todos. El recuerdo de tu bello marido y pareja de baile me llena de pesadumbre. Y lloro también por ti, sobre todo si resuelves no volver a bailar porque vas a ser madre. Hace tiempo que habrías sido una prima ballerina, *si tu marido hubiese mostrado menos arrogancia y más respeto por nuestros superiores. Mantente en forma, haz ejercicio, trae a tu hijo contigo y viviremos juntos en mi casa hasta que encuentres un nuevo* danseur *a quien amar. La vida brinda muchas oportunidades, no una sola. Vuelve.*

Su nota puso una sonrisa pensativa en mi semblante.

-¿Por qué sonríes así? -me preguntó Paul, dejando *a* un lado la revista médica que sólo había retenido en parte su interés.

Me incliné con dificultad para alargar la carta. Él la leyó y después me tendió los brazos, invitándome a acurrucarme en sus rodillas. Me apresuré a aceptar la invitación, porque estaba sedienta de afecto. La vida me parecía desprovista de sentido sin un hombre.

-Puedes continuar tu carrera -dijo él, a media voz -. Aunque pido a Dios que no vuelvas a Nueva York y me abandones de nuevo.

-Érase una vez -empecé diciendo-, una bella pareja rubia que tuvo cuatro hijos que no hubiesen debido venir al mundo. Los padres los adoraban con locura. Un día, el padre murió, y la madre cambió y olvidó todo el amor, el afecto y los cuidados que los cuatro hijos necesitaban desesperadamente. Por tanto ahora que ha muerto otro soberbio marido, no quiero que mi hijo se sienta olvidado, huérfano de padre, o aborrecido e innecesario. Cuando mi hijo llore, estaré junto a él. Estaré siempre con él, para que se sienta seguro y muy querido, y leeré y cantaré para él, y nunca se sentirá abandonado o traicionado..., como se sintió traicionado Chris por el ser a quien más quería.

-¿Él? Hablas como si lo supieses. -Sus ojos iridiscentes parecieron tristes-. ¿Y vas a hacer de madre y de padre para ese hijo? ¿Vas a cerrar las puertas a todo hombre que desee compartir tu vida? Catherine, espero que no te conviertas en una de esas mujeres que se sienten amargadas porque la vida no satisface siempre sus deseos.

Eché la cabeza atrás para mirarle a los ojos.

-No vas a decirme que todavía me quieres, ¿verdad?

-¿Crees que no?

-Eso no es una respuesta.

-No creo que necesite responder. Pensaba que lo sabías. Y también pensaba, por tu manera de mirarme, que podrías volver a mí. Te amo, Catherine... Te amo desde el día en que subiste por primera vez a mi galería. Adoro tu manera de hablar, tu manera de sonreír, tu manera de andar..., es

decir, antes de que quedases encinta y empezases a echar el cuerpo atrás... ¿Tanto te duele la espalda?

-¡Oh! -exclamé, disgustada-. ¿Por qué tienes que dejar de decir palabras dulces, para preguntarme si me duele la espalda? Claro que me molesta. No estoy acostumbrada a cargar con este peso adicional en la barriga... Sigue con lo que estabas diciendo antes de acordarte que eres médico.

Él bajó despacio los labios para rozar los míos, ligeramente, hasta que la pasión le obligó a apretarlos con fuerza. Yo le rodeé el cuello con mis brazos y devolví ardientemente todos sus besos.

La puerta de la entrada se abrió y se cerró de golpe. Me separé rápidamente de Paul y traté de ponerme en pie antes de que Chris entrase en la estancia..., Pero me faltó rapidez. Él entró; se había puesto el gabán sobre su traje blanco de interno. Traía una bolsa con un helado de alfóncigo que yo había mostrado deseo de comer como postre de la cena.

-Pensaba que estabas de guardia -dije, demasiado aprisa, para disimular mi turbación y mi sorpresa.

Él puso el helado en mis manos y me miró fríamente.

-*Estoy* de guardia. Pero la noche es tranquila y pensé que podía tomarme unos minutos para traerte el postre que tanto parecías desear. -Miró a Paul-. Siento haber llegado en mal momento. Seguid con lo que estabais haciendo.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación; después, cerró la puerta de golpe por segunda vez.

-Cathy -dijo Paul, levantándose para tomar el helado de mis manos-. Tenemos que hacer algo por Chris. Lo que él quiere es imposible. He tratado de hablar de esto con él, pero no quiere escucharme. Cierra los oídos y se va. Tienes que hacerle comprender que está arruinando su vida al negarse a aceptar a otra mujer en su corazón.

Se dirigió a la cocina y volvió al cabo de unos minutos, trayendo dos platitos con aquel helado verde que ya no me apetecía.

Paul tenía razón. Había que hacer algo por Chris... Pero, ¿qué? Yo no podía herirle; tampoco podía herir a Paul. Era como una batalla en la que yo hubiese querido que ambos bandos saliesen vencedores.

-Catherine -dijo suavemente Paul, como si hubiese observado mi reacción-, nada me debes, si no me amas. Pero desengaña a Chris, hazle ver que tiene que encontrar a otra. A otra que no seas tú...

-Me resulta muy difícil decirle eso -respondí, en voz baja, avergonzándome de confesar que no deseaba que Chris encontrase a otra.

Quería que Chris estuviese siempre conmigo; sólo para tenerle cerca, por la confianza que me daba..., por nada más. Trataba de repartir mi tiempo entre Chris y Paul, dar bastante a cada uno de ellos, pero no demasiado. Veía crecer los celos entre ellos, y sentía que la culpa no era mía..., ¡sino sólo de mamá! Ella tenía la culpa, como la tenía de todo lo malo que ocurría en mi vida.

Era una fría noche de febrero cuando sentí la primera contracción. Jadeé a causa del vivo dolor. Sabía que sentiría dolor, ¡pero no tanto! Miré el reloj: las dos de la mañana del día de San Valentín. ¡Oh, qué maravilla! ¡Mi hijo nacería en el que habría sido sexto aniversario de mi boda!

-¡ Julián! -grité, como si él pudiese oírme-. ¡Vas a ser padre!

Me levanté, me vestí lo más rápidamente que pude y crucé el pasillo para llamar a la puerta de Paul. Él murmuró algo que sonó como una pregunta.

-¡Paul! -grité-. Creo que acabo de tener la primera contracción.

-¡Gracias a Dios! -gritó él desde el otro lado, inmediatamente despierto-. ¿Estás preparada para salir?

-Claro. Lo estoy desde hace un mes.

Llamaré a tu médico y, después, avisaré a Chris. Siéntate y tranquilízate.

-¿No puedo entrar?

Él abrió la puerta. Llevaba sólo el pantalón. Su pecho estaba descubierto.

Eres la futura madre más serena que he visto jamás -dijo, ayudándome a sentarme.

Entonces se pasó rápidamente por la cara la maquinilla eléctrica y se puso la camisa y la corbata.

-¿Has tenido más contracciones?

Iba a responderle que no, cuando tuve otra. Me encogí.

-Quince minutos desde la última -balbuceé.

Me pareció que él estaba pálido al ponerse la chaqueta. Después me ayudó a levantarme.

-Muy bien. Te llevaré primero al coche y después volveré a buscar tu maleta. Conserva la calma, no te preocupes; esa criatura tendrá tres médicos que harán cuanto puedan...

-Para estorbarse -concluí.

-Para que tengas los mejores cuidados médicos -me corrigió, y después gritó, en dirección a la cocina-: ¡Henny! ¡Voy a llevar a Catherine al hospital! Díselo a Carrie cuando se despierte. Después, llama por teléfono a Madame Marisha y haz que oiga la cinta que grabamos para ella.

Habíamos pensado en todo. Cuando Paul abrió la puerta de la entrada, después de haber sacado el coche, oí la cinta y mi propia voz hablando a Madame M. «Madame -había grabado, hacía semanas-, su nieto está en camino.»

El tiempo que tardamos en llegar al hospital me pareció una eternidad. Bajo el toldo protector de la entrada de Urgencias, un interno solitario paseaba inquieto arriba y abajo.

-¡Gracias a Dios que habéis llegado! -exclamó Chris-. Estaba imaginando toda suerte de calamidades.

Me ayudó a apearme del coche, mientras acudía rápidamente otra persona con una silla de ruedas, y, sin ninguno de los requisitos preliminares que tenían que soportar otros pacientes, me metieron en la cama en un santiamén..., en el momento en que otra contracción me hacía lanzar un grito.

Tres horas más tarde nació mi hijo. Chris y Paul estaban allí, ambos con lágrimas en los ojos, pero fue Chris quien levantó a mi hijo, todavía sujeto por el cordón umbilical, sucio y sanguinolento. Lo puso sobre mi vientre y lo sostuvo allí, mientras otro médico hacía lo que tenía que hacer.

-Cathy..., ¿puedes verle?

-Es hermoso -suspiré, pasmada, viendo los negros y rizados cabellos, y el cuerpecito rojo y perfecto.

Con furia parecida a la de su padre, agitó los puños diminutos y pataleó, protestando por los ultrajes que le infligían..., y sus ojos brillaron súbitamente, colocándole en el centro del escenario, por decirlo así.

-Su nombre es Julián Jano Marquet, pero yo voy a llamarle Jory.

Chris y Paul oyeron mi débil murmullo. Estaba cansada, soñolienta.

-¿Por qué quieres llamarle Jory? -preguntó Paul.

Me faltaron fuerzas para contestarle. Lo hizo Chris, que había comprendido la razón.

-Si hubiese sido rubio, le habría llamado Cory. Ahora, la «J» es de Julián, y el resto, de Cory.

Nuestras miradas se encontraron, y sonreí. Era maravilloso que la comprendieran a una, sin necesidad de dar explicaciones.

CUARTA PARTE

MI DULCE PRINCIPITO

Si hubo alguna vez un niño que nació en un palacio de fieles adoradores, éste fue mi Jory, con sus rizos azules de tan negros, su piel blanca y cremosa, y sus ojos de un azul oscuro, muy oscuro. Era la viva imagen de Julián, y yo podía prodigarle todo el cariño que había sido incapaz de darle a su padre.

Jory pareció saber, desde el primer momento, que yo era su madre. Parecía conocer mi voz, mi tacto, incluso el ruido de mis pisadas. Sin embargo, sentía un amor casi tan grande por Carrie, que todas las noches volvía directamente a casa desde el consultorio de Paul y le cogía en brazos y

jugaba con él durante horas.

-Tenemos que instalarnos en una casa propia -me dijo Chris, empeñado en erigirse en padre de Jory.

En la casa de Paul, eso era imposible.

Yo no supe qué responderle. Adoraba la casa grande de Paul, y me gustaba estar con él y con Henny. Quería que Jory tuviese el jardín por cuyos senderos podía yo pasearle en su cochecito, rodeado de cosas bellas. Y Chris nunca podría darle tanto. Además, Chris nada sabía de mis importantes deudas.

Paul había montado una *nursery* en el piso de arriba, con su cuna, un parque para jugar, una sillita alta y docenas de animales de felpa con los que un niño pequeño podía divertirse sin hacerse daño. A veces, Paul y Chris llegaban a casa trayendo el mismo juguete. Entonces se miraban y sonreían para disimular su contrariedad. Y yo tenía que adelantarme corriendo y exclamar:

-¡Dos hombres con la misma idea!

Naturalmente, había que devolver uno de los dos juguetes..., pero yo me las ingeniaba siempre para que ellos no supieran cuál era el que devolvía.

Carrie se graduó en la escuela superior en el mes de junio, en que cumplió sus diecisiete años. No quería ir a la Universidad; estaba más que contenta con su puesto de secretaria particular de Paul. Sus deditos volaban sobre el teclado de la máquina de escribir; escribía al dictado con notable rapidez y sin incurrir en faltas..., pero seguía deseando que alguien se enamorase de ella, a pesar de su pequeña estatura.

Al verla desgraciada, yo me enfurecía contra mi madre... ¡más y más! Empecé a reflexionar a fondo sobre lo que le haría cuando se presentase la ocasión. Ahora era libre, no tenía un marido que me contuviese... Tenía que hacerle pagar, ¡como estaba pagando Carrie!

Ésta veía diariamente cómo se disputaban Chris y Paul mi atención, deseándome los dos, empezando los dos a mirarse como enemigos. Yo tenía que encontrar la manera de poner fin a una situación que habría debido de terminar hace tiempo. Si Julián no se hubiese interpuesto en mi camino, yo sería la esposa de Paul, y Jory sería hijo de Paul..., y, sin embargo... Yo quería a Jory por ser quien era, pero, pensándolo bien, me alegraba de haber tenido a Julián algún tiempo. No era ya una virgen dulce e inocente: dos hombres me habían enseñado bien. Tendría el conocimiento necesario para salirme con la mía cuando llegase el momento de robarle el marido a mi madre. Sería como ella había sido con papá. Lanzaría a Bart Winslow miradas tímidas, significativamente largas. Alargaría la mano para acariciarle la mejilla... Y mi mayor ventaja era que me parecía a ella, ¡pero mucho más joven! ¿Cómo podría él resistirse. Me propuse aumentar un poco de peso para acentuar mis curvas..., como ella.

Llegó la Navidad, y Jory, que aún no tenía un año, estaba sentado entre sus regalos, pasmado y con los ojos muy abiertos, sin saber qué hacer ni qué juguete coger primero. Chas, chas, chas, hicieron los disparadores de las tres cámaras. Pero sólo Paul tenía una cámara de cine.

-Buenas noches, mi amor... -canturreó dulcemente Carrie a mi hijo, meciéndole para hacerle dormir en la Nochebuena-, que los ángeles del cielo te guarden en sus brazos.

Me dio mucha pena verla allí, como una niña, pero ansiando tener un hijo propio. Chris se plantó detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos, y yo me eché para atrás apoyándome en él.

-Tendría que correr en busca de una cámara -murmuró-; están deliciosos, los dos juntos; pero no quiero romper el encanto. Carrie se parece mucho a ti, Cathy, salvo en la estatura.

«Salvo.» Una breve palabra. Una breve palabra que hacía que nunca pudiese sentirse Carrie realmente feliz.

Sonaron pisadas en la escalera. Me desprendí rápidamente de los brazos de Chris y fui a llevar a mi hijito a la cuna. Cuando Chris se hubo ido a su habitación, sentí la presencia de Paul en el umbral.

-Cathy -murmuró Carrie, para no despertar a Jory-, ¿crees que algún día podré tener un hijo?

-Sí, claro que lo tendrás.

-*Yo* no lo creo -replicó, y salió y yo la seguí con la mirada.

Paul entró en la *nursery*, besó a Jory y se volvió a mí, como si fuese a tomarme en sus brazos.

-No -le dije, con voz débil-, no, mientras Chris esté en casa.

Él asintió con la cabeza, rígidamente; después me dio las buenas noches y yo me tumbé en la cama, donde permanecí despierta hasta poco antes del amanecer, preguntándome cómo podría resolver el dilema en que me hallaba.

Jory parecía completamente feliz en su situación; no era un niño mimado; no gemía ni lloraba, ni hacía innecesarias peticiones; se limitaba a aceptar. A veces permanecía largos minutos mirándonos, como si quisiera averiguar nuestra relación con él. Tenía la paciencia de Chris, la tranquila dulzura de Cory, y, sólo en ocasiones, la impetuosidad de su padre... y de su madre. Pero nada en Jory me recordaba a Carrie; sonreía mucho más que ella. Cuando Carrie paseaba por los jardines de Paul, con Jory en brazos, explicaba a éste las diferencias entre los varios árboles. No paraba de darle explicaciones. Y de este modo obligó a Jory a imitar las palabras con mayor rapidez de la que habría conseguido sin su ayuda.

-Mira esa hoja de roble -dijo un día Carrie, cuando Jory había aprendido ya a andar, y la brisa primaveral agitaba el aire-. Cada hoja tiene su forma, su consistencia y su olor propios. Todas las flores se abren para que entren las abejas; todas, menos las rosas. Pero las margaritas no huelen tan bien como las rosas, y por eso las abejas pasan de largo Y se dirigen a las rosas, que las atraen con su néctar y mantienen erguida la cabeza en la punta de sus altos tallos.

Señaló una rosa y me miró. Después mostró a Jory las margaritas y los pensamientos.

-Pero si yo fuese una abeja, iría directamente a las violetas, y también a los pensamientos, aunque estén a ras de tierra. -Levantó los ojos hacia mí y dijo, con voz extraña, tensa y débil-: Tú eres como una rosa, Cathy. Todas las abejas acuden a ti, mientras que yo soy tan bajita que ni siquiera me ven. Por favor, no vuelvas a casarte antes de que yo tenga una oportunidad. Por favor, apártate si algún hombre mira en mi dirección... No le sonrías, por favor.

¡Oh, cuan de prisa pasan los años, cuando se tiene un hijo que llena todas las horas! Todos nos volvíamos locos sacándole fotografías: la primera sonrisa de Jory; su primer diente; sus primeros pasos desde mí hacia Chris y, después, hacia Paul y hacia Carrie.

Paul empezó un galanteo que debía durar dos años; los dos años que Chris estuvo de interno en el Clairmont Hospital. No podían herirse el uno al otro, porque se querían y respetaban. Ni siquiera podían hablar de la barrera que les separaba, salvo por mi mediación.

-Es este pueblo -indicó Chris-. Creo que Carrie estaría mejor en otra ciudad. Todos estaríamos mejor.

La luz del crepúsculo envolvía los jardines; era nuestra hora predilecta en ellos. Paul había salido para hacer sus visitas en tres hospitales. Carrie distraía a Jory antes de acostarse. Henny lavaba las ollas y las cacerolas con mucho ruido, para que supiésemos que aún estaba levantada... y ocupada.

Chris había terminado sus dos años de internado y empezado su período de residencia, que duraría otros tres. Cuando me dijo que estaba pensando en otro hospital, mucho más famoso, para adiestrarse mejor, sentí una profunda impresión. ¡Iba a dejarme!

-Lo siento, Cathy, pero la Clínica Mayo me ha aceptado, y eso es un gran honor. Sólo estaré nueve meses allí, y después volveré para terminar mis prácticas. ¿Por qué no venís conmigo, tú y Jory? -Sus ojos brillaban ahora, lanzando chispas-. Carrie podría quedarse, para hacer compañía a Paul.

-¡Oh, Chris! ¡Sabes que no puedo hacerlo!

-¿Vas a quedarte aquí, cuando yo me haya ido? -preguntó con amargura.

-Si la compañía de seguros de Julián se aviniese a pagar, podría tener una casa propia, iniciar mi propia escuela de baile. Pero insisten en que la muerte fue por suicidio. Sé que hay una cláusula en la póliza por la que ésta sólo entra en vigor a los dos años en caso de suicidio, pero, como él la suscribió cuando nos casamos, la cláusula no surtía ya efecto cuando él murió. Sin embargo, se niegan a pagar.

-Necesitas un buen abogado.

El corazón me dio un salto.

-Sí. Es verdad. Ve tú solo a la Clínica Mayo, Chris. Yo me apañaré, y te juro que no me casaré con nadie hasta que tú regreses y des tu aprobación. Y procura buscarte alguien para ti. A fin de cuentas, no soy la única mujer que se parece a nuestra madre.

Él se puso furioso.

-¿Por qué diablos dices esto? Eres *tú,* ¡no *ella*! Precisamente es todo aquello que te diferencia de ella lo que hace que te necesite y te quiera tanto.

-Yo quiero un hombre, Chris, con el que pueda acostarme, que me estreche en sus brazos cuando esté asustada, que me bese y me haga creer que no soy mala o indigna. -Mi voz se quebró, al llenarse de lágrimas mis ojos-. Yo quería demostrar a mamá lo que era capaz de hacer, y llegar a ser la mejor primera bailarina del mundo; pero, ahora que no está Julián, la música de ballet sólo me da ganas de llorar. Le echo mucho en falta, Chris. -Apoyé la cabeza en su pecho y sollocé-. Hubiese debido ser más buena con él; entonces, él no se habría enfurecido. Me necesitaba, y le defraudé. Tú no me necesitas. Tú eres más fuerte de lo que era él. En realidad, Paul tampoco me necesita, o habría insistido en casarse conmigo en seguida...

-Podríamos vivir juntos y... y...

Titubeó y su rostro se puso colorado. Yo terminé por él:

-¡No! ¿No ves que no daría resultado?

-No, creo que no lo daría... para ti -replicó, secamente-. Soy un estúpido; siempre he sido un estúpido, por querer lo imposible. Incluso soy lo bastante imbécil para añorar los días en que estábamos encerrados allí, viviendo como vivíamos allí..., ¡donde yo era para ti el único varón!

-¡No puedes hablar en serio!

Me agarró con fuerza.

-¿Ah, no? ¡Lo he dicho completamente en serio! Entonces, tú me pertenecías y, aunque resulte extraño, nuestra vida juntos hizo que yo fuese mejor de lo que habría sido... ¡y que te necesitase, Cathy! Podrías haber hecho que te odiase; pero, en vez de eso, hiciste que te quisiera.

Sacudí la cabeza, para negarlo; yo sólo había hecho lo que era natural después de observar la actitud de mi madre con los hombres. Le miré fijamente, temblando, y él me soltó. Me tambaleé al volverme Para correr hacia la casa. ¡Y di de manos a boca con Paul! Sobresaltada, farfullé algo, con aire culpable, y me quedé mirándole al volverse él bruscamente y echar a andar en dirección contraria. ¡Oh! ¡Había estado observando y escuchando! Giré sobre mis talones y corrí de nuevo hacia Chris, que tenía la cabeza apoyada en el tronco del roble más viejo.

-¡Mira lo que has hecho! -le grité-. ¡Olvídame, Chris! ¡No soy la única mujer en este mundo!

Hubiérase dicho que estaba ciego cuando volvió la cabeza y me respondió:

-Para mí, eres la única mujer en este mundo.

Llegó octubre, la fecha de la partida de Chris. Verle hacer su equipaje, saber que se marchaba, despedirme como si no me importase el tiempo que estaría fuera, todo esto me ponía mortalmente enferma, aunque no dejaba de sonreír.

Lloré en la rosaleda. Ahora todo sería más fácil. No tendría que alejar a Paul para que Chris no se sintiese herido. No tendría que medir cada sonrisa, ni compensar las que dedicaba a cada uno de los dos. El camino que me conducía a Paul estaba ahora libre y despejado..., pero algo se metió en mis ojos. La imagen de mi madre al bajar del avión, con su marido pisándole los talones. ¡Volvía a Greenglenna! Recorté la foto y la noticia del periódico y las puse en mi álbum. Tal vez si ella hubiese permanecido lejos, me habría casado con Paul sin perder tiempo. Tal como se pusieron las cosas, hice algo completamente impremeditado.

Madame Marisha «iba tirando» y necesitaba una ayudante; por consiguiente, fui a verla y traté de convencerla de que yo era la persona adecuada para hacer que su escuela siguiese funcionando, en el caso de que..., bueno..., nunca podía saberse.

-No pienso morirme aún -saltó ella. Después, asintió con la cabeza, con expresión dolida y ojos recelosos-. Sí; supongo que *tú* me consideras vieja, aunque yo no me siento como tal. Pero no trates de mandar, ni de imponerte *a mí.* Sigo siendo el amo aquí, y lo seré hasta que me vaya a la

tumba!

Durante el mes de noviembre, me di cuenta de que era imposible trabajar con Madame M. Tenía ideas fijas sobre todo, y yo tenía algunas propias. Pero necesitaba dinero, necesitaba tener mi propia casa. No estaba dispuesta a casarme con Paul, y, si me quedaba con él, aquello ocurriría fatalmente. Había llegado el momento de empezar mi juego. El primer peón a mover sería el Señor Letrado. Pero de nada serviría si me quedaba con Paul, y cuando éste se opuso, diciendo que era un gasto innecesario, le expliqué que debía tener una oportunidad de afirmar mi propia persona y de hacerlo en mi casa, para descubrir lo Que en realidad quería. Él me dirigió una mirada confusa, que se hizo en seguida más perspicaz.

-Muy bien, Catherine. Haz lo que tengas que hacer. Lo harás, de todos modos...

Sólo lo hago porque Chris me pidió que no volviese a casarme antes de que Carrie tenga su oportunidad; además, Chris dice que no está bien que viva aquí contigo... hallándose él ausente...

Un final muy poco convincente, ¡y qué mentira tan grande!

-Lo comprendo -repuso él, con una irónica sonrisa-. Desde que murió Julián, he visto claramente que tu hermano y yo nos disputamos tu afecto. He tratado de hablarle acerca de esto, pero *él* no me ha dejado. Trato de hablar contigo, y *tú* no me dejas. Por consiguiente, vete a vivir en tu casa, descubre tu propio yo y, cuando creas que puedes portarte como una persona adulta, vuelve a mí.

GAMBITO DE APERTURA

En cuanto me hube instalado en una casita de campo de alquiler, a medio camino entre Clairmont y Greenglenna, me senté a redactar una carta de chantaje dirigida a mi madre. Yo tenía muchas deudas, un hijo, y tenía que pensar también en Carrie. Enormes facturas de almacenes de Nueva York, a cargo de Paul, estaban todavía por pagar; estaban también las cuentas del hospital y de su entierro, y las de mi propio hospital, de cuando nació Jory. Las cartas de crédito no lo resolvían todo. Y no quería aceptar más dinero de Paul. Ya había hecho bastante. Además, quería demostrar que era mejor que mamá, más hábil, más lista... Para ello, sólo tenía que escribir una carta, como había escrito ella a *su* madre después de la muerte de papá. ¿Por qué no pedirle un vil milloncejo? ¿Por qué no? ¡Ella estaba en deuda con nosotros! ¡Su dinero era también nuestro! Y con él podría pagar todas mis deudas, reintegrar a Paul y hacer algo para que Carrie fuese más feliz. Y, si me avergonzaba un poco hacer lo que había hecho ella -en cierto modo-, me disculpaba pensando que también esto era por su culpa. Siendo ella tan rica. ¡Jory no viviría en la indigencia!

Por fin, después de muchos intentos vanos, pergeñé la que consideraba carta perfecta de chantaje:

Querida Mrs. Winslow:

Érase una vez, en Gladstone, Pensilvania, un matrimonio que tenía cuatro hijos a los que todos llamaban los muñecos de Dresde. Ahora, uno de estos muñecos yace en una tumba olvidada y una muñeca no ha crecido como lo hubiese hecho si hubiese tenido luz de sol y aire fresco y el amor de una madre cuando más lo necesitaba.

Ahora, la muñeca bailarina tiene su propio hijito, y *muy poco dinero. Sé, Mrs. Winslow, que no siente usted mucha compasión por los niños capaces de proyectar sombras sobre sus días radiantes; por tanto, iré directamente al grano. La muñeca bailarina* exige *el pago de un millón de dólares, si quiere usted conservar alguno de* sus *millones... o miles de millones. Puede enviar esta cantidad al apartado de correos que le indico, en la seguridad, Mrs. Winslow, de que, si no lo hiciera, llegarán a oídos de Mr. Bartholomew Winslow, abogado, unos relatos de horror que supongo que usted prefiere que no lleguen a su conocimiento.*

Cordialmente suya, la muñeca bailarina, Catherine Dollanganger Marquet

Cada día esperaba que llegase un cheque por correo. Y cada día me sentía más chasqueada. Entonces escribí otra carta, y otra, y otra. Diariamente, durante siete días, deposité una carta en el correo, sintiendo crecer mi furiosa irritación. ¿Qué era un mezquino millón para ella, que tenía tantos? No le pedía mucho. Y, en todo caso, parte de este dinero nos pertenecía.

Por fin, después de aguardar inútilmente durante varios meses y de dejar atrás la Navidad y el Año Nuevo, decidí que ya había esperado bastante. Por lo visto, no quería hacerme caso. Busqué un número en la guía telefónica de Greenglenna y pedí y me dieron hora para visitar a Bartholomew Winslow, abogado.

Corría el mes de febrero y Jory tenía ya tres años. Pasaría la tarde con Henny y Carrie, mientras yo, luciendo mi ropa mejor y peinada a la última moda, me plantaba en el elegante despacho para mirar de frente al marido de mi madre. Por fin le veía de cerca, y, esta vez, él tenía los ojos bien abiertos. Se levantó despacio, con expresión indecisa, como si me hubiese visto alguna vez y no supiese dónde. Recordé aquella noche en que me había deslizado en las grandes habitaciones de mamá, en Foxworth Hall, y encontrado a Bart Winslow dormido en un sillón. Él llevaba un grueso bigote negro, y yo había tenido la audacia de darle un beso mientras dormía. Creyendo que estaba profundamente dormido... ¡cuando por lo visto no había sido así! Me había visto y pensado que era parte de su sueño. Debido a un beso furtivo, del que Chris habría de enterarse más tarde, mi hermano y yo nos habíamos visto empujados por un sendero que habíamos resuelto no seguir jamás. Ahora estábamos pagando el precio..., y era culpa *de ella* que Chris viviese ahora apartado de mí, tratando de negar lo que ella había provocado. Yo no podía aceptar a Paul como marido hasta que ella hubiese pagado... y no sólo en dinero.

Bart, el gallardo esposo de mi madre, sonrió, y entonces me di cuenta de su enorme atractivo. Un destello de reconocimiento pasó por sus oscuros ojos castaños.

-¡Que me aspen si no es Miss Catherine Dahl, la adorable bailarina que me deja sin resuello incluso antes de empezar la danza! Me encanta que necesite un abogado y que me haya elegido a mí, aunque no tengo idea del motivo de su visita.

-¿Me ha visto usted bailar? -le pregunté pasmada.

Porque, si él me había visto, ¡mamá debió de verme también! Y yo, ¡sin enterarme! ¡Sin saberlo! Sentí calor, frío, tristeza, confusión. En alguna parte, en lo más hondo de mi ser, y a pesar de todo el odio que bullía en la superficie, aún sentía un poco de aquel amor que había tenido por ella cuando era joven y confiada.

-Mi esposa es una entusiasta del ballet -siguió diciendo él-. En realidad, a mí no me interesaba mucho cuando ella empezó a llevarme a todas sus actuaciones. Pero pronto aprendí a apreciarlo, sobre todo cuando usted y su marido representaban los primeros papeles. La verdad es que también mi esposa parecía interesarse solamente en el ballet cuando *actuaban* su marido y usted. Llegué a temer que se hubiese encaprichado de su esposo..., que se parece un poco a mí. -Tomó mi mano y la llevó a sus labios, levantando los ojos y sonriendo con la fácil simpatía del hombre convencido de tener a las damas en un puño-. Usted es todavía más hermosa fuera del escenario que dentro de él. Pero, ¿qué está haciendo en esta parte del país?

-Vivo aquí.

Acercó un sillón para que me sentase, tan cerca que pudo observar bien mis piernas al cruzarlas yo. Se sentó en el borde de su mesa y me ofreció un cigarrillo, que yo rehusé. Encendió uno para él y preguntó:

-¿Está usted de vacaciones? ¿Ha venido a visitar a la madre de su esposo?

Comprendí que no sabía lo de Julián.

Mr. Winslow, mi marido murió de las lesiones sufridas en un accidente de automóvil, hace más de tres años. ¿No lo sabía?

Pareció impresionado y un poco confuso.

-No, no lo sabía. Lo lamento mucho. Sírvase aceptar mi tardío pésame. -Suspiró y aplastó su cigarrillo consumido a medias-. Ustedes dos eran sensacionales en el escenario... Es una verdadera lástima. , He visto llorar a mi mujer, de la emoción que ustedes le causaban.

¡Sí! Apuesto a que estaba emocionada. Me encogí de hombros, eludiendo más preguntas, y fui directamente al objeto de mi visita, tendiéndole la póliza de seguro de Julián.

-Él firmó esta póliza poco después de casarnos, y ahora los de la Compañía no quieren pagar, porque se imaginan que él cortó el tubo endovenoso que le alimentaba. Pero, como puede usted ver,

la cláusula del suicidio queda sin efecto al cabo de dos años.

Él se sentó, leyó cuidadosamente el documento y levantó a continuación la cabeza.

-Veré lo que puedo hacer. ¿Necesita usted inmediatamente este dinero?

-¿Quién no necesita dinero, Mr. Winslow, a menos que sea millonario? -Sonreí e incliné la cabeza, como solía hacer mi madre-. Tengo cientos de facturas pendientes y un hijo pequeño al que mantener.

Me preguntó qué edad tenía mi hijo; se lo dije. Pareció intrigado y confuso en más de un sentido, mientras yo le miraba con ojos soñolientos, medio cerrados, ligeramente inclinada la cabeza atrás y hacia un lado, que era la manera en que mi madre miraba antaño a los hombres. Yo sólo tenía quince años cuando le había besado. Él era ahora mucho más guapo. Su rostro maduro era largo y delgado; los huesos de su cara, demasiado salientes; pero tenía una belleza masculina, varonil, realmente sorprendente. Algo había en él que sugería una sensualidad exagerada. Y no era de extrañar que mi madre no me hubiese enviado un cheque. Probablemente, todas mis cartas apremiantes la seguían todavía de un lugar a otro.

Bart Winslow me hizo unas cuantas preguntas más y repitió que vería lo que podía hacer.

-Soy un abogado bastante bueno, cuando mi esposa me deja estar en casa y dedicarme a mi bufete.

-Su esposa es muy rica, ¿verdad?

Esto pareció molestarle.

Supongo que puede decirlo así -respondió, secamente, dándome a entender que no quería hablar del asunto.

Me levanté, disponiéndome a salir.

-Apuesto a que su rica esposa le lleva por ahí como a un perrito mimado, sujeto a una correa incrustada de piedras preciosas, Mr. Winslow. Las mujeres ricas son así. No saben lo que es tener que trabajar para vivir, y me pregunto si *usted* lo sabe.

-¡Por mil diablos! -exclamó él, levantándose de un salto y quedándose plantado, con las piernas separadas-. Si piensa así, ¿por qué ha venido? Búsquese otro abogado, Miss Dahl. No quiero clientes que me insulten y pongan en duda mi competencia.

-No, Mr. Winslow; le necesito *a usted.* Quiero que demuestre que conoce su oficio tan bien como afirma. Tal vez, de este modo podrá también demostrarse a sí mismo que, a fin de cuentas, es algo más que el juguete de una mujer rica.

-Tiene usted cara de ángel, Miss Dahl, ¡pero también la lengua de una víbora! Haré que la Compañía de seguros de su marido pague la indemnización. Les demandaré de conciliación y les amenazaré con entablar un pleito. Apuesto diez contra uno a que pagarán antes de diez días.

-Muy bien -dije-. Avíseme cuando tenga el dinero, pues, en cuanto lo reciba, voy a trasladarme.

-¿Adonde? -preguntó, avanzando un paso y asiéndome de un brazo.

Me eché a reír, mirándole a la cara y poniendo en juego los recursos que tenemos las mujeres para interesar a los hombres.

-Cuando me vaya, se lo haré saber, por si desea usted que mantengamos *el contacto.*

A los diez días, fiel a su palabra, Bartholomew Winslow pasó por la escuela de baile para entregarme el cheque de cien mil dólares.

-¿Sus honorarios? -le pregunté, despidiendo a los chicos y chicas que se habían agrupado a mi alrededor.

Yo llevaba un ceñido traje de ejercicio, y él era todo ojos.

-Cene conmigo el próximo martes, a las ocho. Póngase un traje azul que haga juego con sus ojos. Entonces discutiremos mis honorarios -dijo, y se marchó, sin esperar siquiera mi respuesta.

Cuando se hubo ido, me volví a mirar a los chiquillos que hacían sus ejercicios y, por alguna razón, les miré de arriba abajo, mofándome de su inocencia, que hacía que admirasen tanto a un ser tan lamentable como yo. Me compadecía de ellos y de mí.

-¿Quién era ese hombre que te dio un cheque? -me preguntó Madame Marisha, cuando

terminó la clase.

-Un abogado al que encargué la reclamación del seguro de Julián. Han pagado.

-¡Ah! -exclamó ella, dejándose caer en el viejo sillón giratorio de detrás de su mesa-. Ahora tienes dinero y podrás pagar tus deudas... Supongo que dejarás de trabajar para mí y te irás a otra parte, ¿no?

-Todavía no sé bien lo que voy a hacer. Pero tiene usted que reconocer, Madame, que no nos llevamos muy bien, ¿verdad?

-Tienes demasiadas ideas que no me gustan. ¡Crees saber más que yo! Piensas que, después de trabajar aquí unos meses, ¡podrás largarte y abrir una escuela por tu cuenta! -Sonrió maliciosamente ante mi sobresaltada sorpresa, que confirmaba la verdad de algo que ella sólo presumía-. Conque... ¡también piensas que soy una estúpida! Pero te será difícil encontrar alguien más lista que yo. Leo tu pensamiento, Catherine. No me tienes simpatía, nunca me la has tenido... y, sin embargo, vienes a trabajar conmigo para aprender el negocio, ¿verdad? No me importa. Las academias de danza aparecen y desaparecen, ¡pero la Rosencoff School of Ballet seguirá funcionando siempre! Había pensado dejarla a Julián, pero éste murió, y entonces pensé dejártela a ti cuando me muera... ¡Pero no lo haré *si* te llevas a tu hijo y no puedo enseñarle!

-Usted es libre de hacer lo que quiera, Madame; pero yo voy a llevarme a Jory.

-¿Por qué? ¿Crees que puedes enseñarle tan bien como yo?

-No estoy segura, pero creo que sí. Es posible que mi hijo no quiera ser bailarín -proseguí, prescindiendo de su dura mirada-. Pero, si resuelve serlo, creo que podré ser una buena maestra..., tan buena como cualquiera.

-*¡Si resuelve serlo!* -La frase retumbó como un cañonazo-. ¿Qué puede hacer el hijo de Julián *sino bailar?* Lo lleva en sus huesos, en su cerebro y, sobre todo, en su sangre y en su corazón. *Bailará... ¡o morirá!*

Me levanté para marcharme. Había pretendido ser amable con ella, dejarla intervenir en la vida de Jory pero la ruindad que vi en sus ojos me hizo cambiar de idea. Quería apoderarse de mi hijo y hacer de él lo que había hecho de Julián, alguien que nunca podría realizarse plenamente porque la vida solo le ofrecía un camino.

-No pensaba decirle esto hoy, Madame, pero usted me obliga a hacerlo. Hizo usted creer a Julián que, si no Podía bailar, la vida no sería nada para él. Se habría recobrado de sus roturas y de sus lesiones internas; pero usted dijo que no podría volver a bailar... y él lo oyó. No estaba durmiendo. ¡Y por eso resolvió morir! El mero hecho de que pudiese mover el brazo que tenía libre y sacar las tijeras del bolsillo de la enfermera, demuestra que ya se estaba recobrando, ¡pero sólo pudo ver un árido desierto en el que no existía el ballet! Pues bien, Madame, *¡no va a hacerle lo mismo a mi hijo!* Mi hijo podrá elegir la vida que prefiera... ¡y pido a Dios que *no* sea la del ballet!

-¡Estúpida! -me escupió, levantándose y paseando arriba y abajo, delante de su vieja y arruinada mesa-. ¡No hay nada mejor que la adulación de los admiradores, el sonido de los aplausos estruendosos, el contacto de las rosas en tus brazos! ¡No tardarás en descubrirlo por ti misma! ¿Crees que te llevarás al hijo de mi marido y le tendrás apartado del escenario? *Jory bailará y viviré hasta verle en el escenario, haciendo lo que debe hacer..., ¡o morirá él también!* ¿Quieres jugar a hacer de "mamaíta"? -se burló, torciendo los labios con desdén- y quizá, también, de «buena esposa» de ese médico alto y bien plantado? ¿Y tener otro hijo, esta vez de él? Bueno..., *al diablo contigo, Catherine, si sólo quieres esto de la vida.* -Entonces se interrumpió y estalló en hondos sollozos, que hicieron que, al volver a hablar, su voz fuese grave y ronca, y no aguda y estridente como antes-. Sí, adelante..., cásate con ese médico que te tenía ya chiflada cuando viniste a mí por vez primera, con tus ojitos de niña cándida..., ¡y arruina también su vida!

-¿Que arruine también su vida? -repetí, torpemente.

Ella giró en redondo.

-*¡Tienes algo que te corroe, Catherine! Algo que roe tus entrañas. ¡Algo tan amargo que enciende tus ojos y hace rechinar tus dientes! Conozco a las de tu clase. Arruinas a todos los que se ponen en tu camino, ¡y que Dios proteja al próximo hombre que te ame como te amó mi hijo!*

Inesperadamente, una capa enigmática, invisible, me envolvió para darme el aplomo frío, indiferente, de mi madre. Nunca me había sentido tan invulnerable.

-Gracias por iluminarme, Madame. Adiós, y buena suerte. No volverá a verme, y tampoco a Jory.

Me volví y salí. Dispuesta a no volver.

El martes por la noche, Bart Winslow llamó a la puerta de mi casita. Vestía elegantemente, y yo me había puesto un traje azul; sonrió, satisfecho de que hubiese seguido sus instrucciones. Me llevó a un restaurante chino donde comimos con palillos y todo era negro y rojo.

Eres la mujer mas hermosa que jamás haya visto a excepción de mi esposa -dijo, mientras yo leía mí buenaventura en el envoltorio de un pastelito-: *Cuidado con los actos impulsivos.*

-La mayoría de los hombres no mencionan a sus esposas cuando salen con otra mujer...

Él me interrumpió:

Yo no soy un hombre corriente, Y sólo quería hacerle saber que no es usted la mujer más hermosa que conozco.

Le sonreí afablemente, mirándolo a los ojos. Vi que le irritaba, le atraía y, sobre todo, le intrigaba, y, mientras bailábamos, me di también cuenta de que le excitaba.

-¿Qué es la belleza sin inteligencia? -le pregunté, rozándole la oreja con los labios al ponerme de puntillas-. ¿Qué es una belleza que envejece, que engorda y que ya no es retadora?

-¡Es usted la mujer más endiablada que conozco! -Sus negros ojos echaron chispas-. ¿Cómo se atreve a insinuar que mi esposa es estúpida, vieja y gorda? ¡Parece muy joven, para la edad que tiene!

-También usted lo parece -dije, con una risita burlona, y él se puso colorado-. Pero no se preocupe, señor letrado... No voy a competir con ella, no quiero tener un perrito faldero.

-Señora mía -replicó fríamente-, no lo tendrá, al menos en mí. Pronto me marcharé de aquí para instalar mi bufete en Virginia. La madre de mi esposa está delicada de salud y necesita cuidados. En cuanto haya liquidado usted mi cuenta, despídase de un hombre que, por lo visto, despierta sus peores instintos.

-No me ha dicho el importe de sus honorarios.

-Todavía no lo he fijado.

Ahora sabía yo adonde iba a ir. Volvería a Virginia y viviría cerca de Foxworth Hall.

Ahora podía iniciar mi verdadera venganza.

-Pero Cathy -gimió Carrie, llorosa y trastornada Porque íbamos a separarnos de Paul y de Henny-. ¡No quiero marcharme! ¡Quiero al doctor Paul y a Henny! Ve tú adonde quieras, ¡pero déjame aquí! ¿No ves que el doctor Paul no quiere que nos vayamos? ¿No te importa hacerle daño? ¡Siempre le estás haciendo daño! ¡Yo no quiero hacérselo!

-Yo aprecio muchísimo al doctor Paul, Carrie, y no quiero hacerle daño. Pero hay ciertas cosas que debo hacer, y debo hacerlas ahora. Tú has de estar conmigo y con Jory, Carrie. Paul debe tener la oportunidad de encontrar una esposa, y nosotros somos un estorbo, ¿no lo comprendes?

Se echó atrás y me miró, furiosa.

-¡ Él te quiere a *ti* por esposa, Cathy!

-No me lo ha dicho desde hace mucho, muchísimo tiempo.

-Yo aprecio muchísimo al doctor Paul, Carrie, y hacer otra cosa. *"Él* me dijo que desea que hagas lo que quieras". Te ama demasiado. Si yo estuviese en su lugar, te obligaría a quedarte, sin importarme lo que quisieras hacer.

Entonces rompió en sollozos, echó a correr y cerró de golpe la puerta de su habitación.

Fui a decirle a Paul adonde iba, y el porqué. Su expresión feliz se volvió triste, y una mirada vaga se pintó en sus ojos.

-Sí; siempre sospeché que considerarías necesario volver allí y enfrentarte cara a cara con tu madre. Te vi hacer planes, pero esperaba que me pedirías que fuese contigo.

-Es algo que tengo que hacer yo sola -dije, estrechando ahora sus dos manos-. Compréndelo, y comprende, por favor, que todavía te quiero y siempre te querré.

-Comprendo -respondió simplemente él-. Te deseo suerte, Catherine. Deseo que seas feliz. Deseo que todos tus días sean brillantes y luminosos, y que obtengas todo lo que quieras, tanto si me incluyes como si no me incluyes en tus planes. Cuando me necesites, *si* alguna vez me necesitas, aquí me encontrarás, dispuesto a hacer todo lo que pueda. Siempre te he amado y te he echado en falta... Sólo recuerda que, cuando me necesites, estaré aquí.

No era digna de él. Era demasiado bueno para una mujer como yo.

Yo no quería que Chris o Carrie supiesen a qué parte de Virginia iba a dirigirme. Chris me escribía una o dos veces todas las semanas y yo contestaba todas sus cartas, pero sin decirle una palabra de esto... Ya se enteraría cuando viese el cambio en mi dirección.

Henny nos miraba fijamente, y me pareció ver escrito en sus expresivos ojos castaños: *Tonta, tonta, ¡qué tonta eres al marcharte y abandonar a un hombre bueno!*

Nada mostraba mejor lo tonta que era, que el día soleado en que partí hacia las montañas de Virginia, con mi hermana menor y mi hijo sentados en el asiento delantero a mi lado. Pero tenía que hacerlo..., obligada por mi propio carácter a buscar la venganza en el lugar de nuestro encarcelamiento.

Corría el mes de mayo, y el día siguiente a la fiesta del vigésimo cumpleaños de Carrie, celebrado en ausencia de Chris, Carrie, Jory y yo arrancamos en mi coche, en el paseo al que había bajado Paul a despedirnos. Paul agitó la mano, y, al mirar por el espejo retrovisor, vi que sacaba un pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta. Se enjugó las comisuras de los párpados, sin dejar de agitar la mano.

EL CANTO DE SIRENA DE LAS MONTAÑAS

En el último momento, resolví que no podía arriesgarme a ver a Bart Winslow, ni siquiera para pagarle sus honorarios; por lo cual le envié por correo un cheque de doscientos dólares, que, con razón o sin ella, consideré bastante.

Con Carrie sentada junto a mí y Jory en su falda, me dirigí a las Blue Ridge Mountains. Carrie estaba ahora entusiasmada, una vez emprendido el viaje, y, con sus grandes ojos azules abiertos de par en par, comentaba todo lo que veíamos.

-¡Oh, me encanta viajar! -exclamó, satisfecha.

Cuando a Jory le entró sueño, preparó una yacija para él en el asiento posterior del coche y se quedó a su lado, para asegurarse de que no se caería al suelo.

-¡Qué hermoso es, Cathy! Yo voy a tener al menos seis hijos, o tal vez más. Quiero que la mitad se parezcan a Jory, y la otra mitad a ti y a Chris, y dos o tres a Paul.

-Te quiero, Carrie, y también te compadezco. Estás haciendo planes para *doce* hijos, no para seis.

-No te preocupes -dijo arrellanándose en el asiento para dormir también un poco-. Nadie va a quererme; por consiguiente, sólo podré contar con tus hijos para quererlos.

-No es verdad. Tengo la impresión de que, cuando estemos en nuestra nueva casa, Mrs. Carrie Dollanganger encontrará a su amor. Incluso te apuesto cinco dólares. ¿Aceptas?

Sonrió, pero no aceptó la apuesta.

Rodábamos hacia el Nordeste; empezaba a caer la noche, y Carrie estaba muy callada. Miraba por la ventanilla; después me miró a mí y vi pintarse el miedo en sus grandes ojos azules.

-Cathy, ¿vamos a volver *allí?*

-No, exactamente.

Fue cuanto le dije hasta que encontramos un hotel y resolví pasar allí la noche.

A la mañana siguiente vino una corredora de fincas con quien me había puesto al habla de antemano para llevarnos en su coche a ver las «propiedades en venta». Era una mujer alta y hombruna, que iba de cara al negocio.

-Ustedes necesitan algo sólido, utilitario y no demasiado caro. En este sector abundan las casas ricas. Pero hay algunas más pequeñas, que los ricos solían utilizar para sus huéspedes o para alojar a la servidumbre. Hay una muy bonita, con un lindo jardín.

Nos mostró en primer lugar aquella casita de cinco habitaciones, que me gustó inmediatamente. Creo que también le gustó a Carrie, pero le advertí que no debía mostrarlo. Observé algunos detalles para desorientar a la agente.

-Parece que la chimenea no funciona.

-Claro que sí, y tiene muy buen tiro.

-El horno, ¿va con petróleo o con gas?

-Hace cinco años que instalaron gas natural; el baño ha sido reformado, y también la cocina. Vivía aquí un matrimonio que trabajaba en Foxworth Hall; pero vendieron la casa para marcharse a Florida. Sin embargo, se encontraban perfectamente en ella.

No me cupo duda de que era así. Sólo una casa que había sido muy apreciada podía tener todos aquellos lindos detalles que la hacían excepcional. La compré y firmé todos los documentos, sin intervención de abogados; aunque, como había leído algo sobre estas cosas, hice autenticar el contrato.

-Haré instalar un horno en la pared, con puerta de cristal -dije a Carrie, que era muy aficionada a cocinar..., afortunadamente para mí, pues yo tenía POCO tiempo para ello-. Y pintaremos nosotras mismas todo el interior de la casa, para ahorrar dinero.

Empezaba a darme cuenta de que, después de pagar todas mis deudas y el primer plazo de la compra de la casita, los cien mil dólares no iban a durarme mucho. Pero no me había lanzado a ciegas en esta aventura. Dejando a Carrie y Jory en un motel, visité una maestra de ballet que vendía su escuela para retirarse. Era una mujer rubia, muy bajita, y tenía casi setenta años. Pareció alegrarse de verme, mientras nos estrechábamos la mano y hablábamos del precio que pedía.

-Les vi bailar, a usted y a su marido, y, francamente, Miss Dahl, aunque me encanta que le interese mi escuela, considero que es una lástima que se retire en plena juventud. ¡Yo no habría podido dejar de actuar, a los veintisiete años!

Pero ella no era yo. No tenía ni pasado, ni había tenido una infancia como la mía. Cuando vio que estaba resuelta a cerrar el trato, me dio la lista de sus alumnos.

-La mayoría de ellos pertenecen a familias ricas que viven por aquí, y no creo que uno solo piense dedicarse a la danza como profesional. Vienen para complacer a sus padres, que gustaban de ver a sus niñas en traje de baile durante los recitales. Pero no he encontrado un solo alumno con dotes para la danza.

Los tres dormitorios de nuestra casita eran muy pequeños, pero el cuarto de estar tenía forma de L, era de proporciones aceptables y contaba con una chimenea flanqueada de estantes para libros. El brazo corto de la L podía emplearse como comedor. Carrie y yo empuñamos sendas brochas y, en una semana, pintamos todas las habitaciones de un verde pálido. Con la madera pintada de blanco, el efecto era delicioso. Todo parecía más espacioso. Naturalmente, Carrie quiso añadir unos detalles rojos y purpúreos en «su» habitación.

A las tres semanas habíamos iniciado una nueva pauta de vida; yo daba clases en la academia de ballet, instalada sobre la farmacia local, y Carrie hacía las labores de la casa y casi toda la cocina, sin dejar de vigilar *a* Jory. Siempre que podía, llevaba a Jory a la clase, no sólo para aliviar a Carrie de su responsabilidad, sino también para tenerle cerca de mí. Recordaba lo que había dicho Madame Marisha sobre la conveniencia de que viese, escuchase y captase el sentido de la danza.

Una mañana de domingo, a primeros de junio, me senté junto a una ventana a contemplar las montañas brumosas y azules que nunca cambiaban. La mansión Foxworth seguía siendo la misma. Habría podido hacer retroceder el tiempo y, aquella misma noche, tomar a Jory y Carrie de la mano y llevarlos por los ondulantes senderos desde el apeadero del ferrocarril. Habría sido lo mismo que cuando mamá llevó a sus cuatro hijos a su prisión de esperanza y desesperación, y les dejó allí para ser torturados, azotados, y para pasar hambre. Evoqué una y otra v*ez* todo lo que habíamos pasado: la llave de madera que habíamos confeccionado para escapar de nuestra celda carcelaria; el dinero que habíamos hurtado en *el* magnífico dormitorio de nuestra madre; la noche en que habíamos encontrado un grueso libro sobre placeres sexuales en el cajón de la mesita de noche. Quizá, si no hubiésemos visto nunca aquel libro..., las cosas habrían seguido otro rumbo.

¿En qué estás pensando? -me preguntó Carrie-. ¿Tal vez en que deberíamos ir a visitar al doctor Paul y a Henny? Me gustaría que pensaras esto.

Sabes, Carrie, que esto es imposible ahora. Se acerca la fiesta de final de curso, y los chicos y chicas de mis clases tienen que ensayar todos los días. Los padres pagan por ver esto. Y para poder vanagloriarse ante sus amigos. Pero quizá podríamos invitar a Paul y a Henny a visitarnos.

Carrie lloriqueó un poco, pero, súbitamente, se iluminó su semblante.

-¿No sabes, Cathy? El hombre que vino a instalar el nuevo horno era joven y guapo, y cuando me vio con Jory, me preguntó si era hijo mío. Esto me hizo mucha gracia, y él sonrió también. Se llama Theodore Alexander Rockingham, pero me dijo que le llamase Alex. -Hizo una pausa y me miró, temerosa, pero temblando de esperanza-. Me preguntó si quería salir con él.

-¿Aceptaste?

-No.

-¿Por qué no?

-No lo conozco lo bastante. Dijo que va al *college y* que trabaja a ratos como electricista para ayudarse a pagar sus estudios. Dice que será ingeniero, especializado en electricidad, o quizá pastor protestante... Todavía no lo ha decidido. -Sonrió débilmente, orgullosa y confusa al mismo tiempo-. No parece importarle lo bajita que soy, Cathy.

Su manera de decirlo me hizo sonreír también.

-Carrie... ¡te has puesto colorada! Dices que no conoces a ese chico, y después me vienes con toda clase de detalles. Le invitaremos a comer. Entonces podré ver si es digno de mi hermanita.

-Es que... -balbuceó, enrojeciendo intensamente-. Alex me pidió que fuese con él a su casa, en Maryland, a pasar un fin de semana. Habló de mí a sus padres... Pero, Cathy, ¡no me siento aún con ánimos para conocer a sus padres!

Sus ojos azules parecían llenos de pánico. Entonces comprendí que Carrie debía de haber visto a aquel Penacho muchas, muchas veces, mientras yo daba mis clases de ballet.

Escucha, querida, invita a Alex a comer y deja que vaya solo *a* su casa. Creo que debería conocerle bien, antes de dejar que te marches sola con él.

Ella me miró de una manera extraña y, después, bajó los ojos.

-¿Estarás tú aquí, si viene a comer?

-Pero, bueno, ¡claro que estaré! -Sólo entonces se hizo la luz en mi cerebro. ¡Oh, Dios mío! La estreché en mis brazos-. Mira, querida, pediré a Paul que venga este fin de semana; así, cuando Alex vea que me gustan los hombres maduros, ni siquiera mirará en mi dirección. Además, tú fuiste la primera en verle, y él te vio primero a *ti.* Y no querrá saber nada de una mujer mayor y con un hijo.

Se abrazó a mi cuello, entusiasmada.

-¡Te quiero, Cathy! Alex sabe arreglar hornillos y planchas de vapor. ¡Puede arreglar *cualquier cosa!*

Una semana más tarde, Alex y Paul se sentaron a nuestra mesa. Alex era un joven de simpático aspecto, tenía veintitrés años, y alabó mis dotes culinarias. Me apresuré a decir que Carrie había preparado casi toda la comida.

-*No* -replicó modestamente ella-, Cathy lo ha hecho casi todo. Yo sólo rellené el pollo, dispuse las guarniciones, hice el puré de patata, los panecillos calientes y el pastel de merengue con limón. Cathy hizo todo lo demás.

De pronto, me di cuenta que yo no había hecho más que poner la mesa. Paul me guiñó un ojo para mostrarme que había comprendido.

Cuando Alex se llevó a Carrie al cine, y Jory estuvo acostado con sus muñecos de felpa predilectos, Paul y yo nos sentamos delante de la chimenea como un viejo matrimonio.

-¿Has visto ya a tu madre? -me preguntó él.

-Mi madre y su marido están aquí -expliqué, sin levantar la voz-. Residen en Foxworth Hall. El periódico local da cuenta de todas sus idas y venidas. Parece que mi querida e impertérrita abuela sufrió un ligero ataque; por consiguiente, los Bartholomew Winslow vivirán en familia con ella...,

es decir, hasta que se muera.

Paul guardó silencio durante mucho rato. Estábamos sentados delante del fuego, observando cómo los rojos carbones se convertían en grises cenizas.

-Me gusta lo que has hecho en esta casa -dijo, al fin, Paul-. Es muy- acogedora.

Se levantó y vino a sentarse a mi lado en el sofá. Tiernamente, me atrajo a sus brazos, sin estrecharme, sólo mirándome a los ojos.

-¿Qué significo yo aquí? -murmuró-. ¿O ya no significo nada en parte alguna?

Entonces, le abracé con fuerza. Nunca había dejado de amarle, ni siquiera cuando Julián era mi marido. Al parecer, no había un solo hombre que pudiese dármelo todo.

-Quiero amarte, Catherine, antes de que vuelva Carrie.

Nos despojamos rápidamente de nuestras ropas. Nuestra pasión recíproca no había menguado en todos los años transcurridos desde que nos conocimos íntimamente por primera vez. No me parecía que fuese algo malo. Y menos cuando él murmuró:

-¡Oh, Catherine! Mi único deseo es que seas mía durante toda mi vida, y, cuando muera, poder tenerte como ahora entre mis brazos y que tú me abraces también y me mires como en este instante.

-Muy hermoso y muy poético -le dije-. Pero no cumplirás los cincuenta y dos hasta setiembre. Sé que vivirás hasta los ochenta o los noventa. Y entonces, confío en que nuestra pasión se mantendrá como ahora.

Él meneó la cabeza.

-No quiero vivir hasta los ochenta, a menos que tú estés conmigo y sigas queriéndome. Cuando no me quieras, la vida habrá terminado para mí.

No supe qué decirle. Pero mis brazos hablaron por mí, acercándole para poder besarle una y otra vez. Entonces sonó el teléfono. Levanté perezosamente el auricular y, de pronto, me incorporé de un salto en la cama.

-¡Hola, mi señora Cath-er-ine! -Era Chris-. Una amiga de Henny estaba con ésta cuando llamé a Paul, y la amiga me dio tu número de teléfono. ¿Qué diablos estás haciendo en Virginia, Cathy? Sé que Paul está contigo... y quiera Dios que él pueda hacerte desistir de lo que te propones, sea lo que fuere.

-Paul es mucho más comprensivo que tú. Y tú deberías saber mejor que nadie por qué estoy aquí.

Él lanzó un gruñido de contrariedad.

-Te comprendo, y eso es lo peor. Sé que te vas a perjudicar. Y se trata de mamá. No quiero que la hagas sufrir más de lo que ya está sufriendo, y tú lo sabes. Pero, sobre todo, no quiero que vuelvas a dañarte a ti misma, como lo harás sin duda. Siempre estás huyendo de mí, Cathy; pero, por mucho que corras Y por muy lejos que vayas, yo estaré pisándote los talones, porque te quiero. Siempre que me ocurre algo bueno, te siento a mi lado, asiéndome la mano, queriéndome como yo te quiero, pero negándote a confesarlo, porque Crees que es pecado. Si es pecado, *el infierno sería el cielo para mí, estando contigo.*

Sentí un pánico terrible, me despedí rápidamente y colgué; después, me volví y me acurruqué en los brazos de Paul, confiando en que no adivinase la causa de mi temblor.

En mitad de la noche, mientras Paul dormía en la pequeña habitación que le había destinado, me desperté. Creí haber oído gritar a las montañas: *¡Engendro del diablo!* El viento que venía de los montes silbaba y aullaba y me llamaba perversa, ruin, malvada y todos los demás epítetos con que solía designarme nuestra abuela.

Me levanté y me acerqué a la ventana para mirar los sombríos picachos lejanos. Los mismos picachos que solía mirar tan a menudo desde las ventanas del ático. Y también podía oír, como Cory, el viento que bufaba y gruñía como un lobo que me estuviera buscando para llevarme consigo, como se había llevado a Cory para convertirle en polvo.

Corrí a la habitación de Carrie y me acurruqué a su cama, para protegerla. Porque, como en una pesadilla, tenía la impresión de que el viento la arrastraría a ella antes de alcanzarme a mí.

LOS AGRIDULCES AMORES DE CARRIE

Carrie tenía ahora veinte años; yo tenía veintisiete, y, en noviembre, Chris cumpliría los treinta. Parecía imposible que tuviese esta edad. Pero cuando miraba a mi Jory, me daba cuenta de que el tiempo corría más de prisa al hacerse uno mayor.

El tiempo que antaño discurría despacio pasaba ahora velozmente, ¡ahora que nuestra Carrie se había enamorado de Alex! Se le veía en los ojos azules y en su manera de bailar cuando quitaba el polvo de la habitación, pasaba el aspirador eléctrico, lavaba los platos o proyectaba la comida para el día siguiente. «¿Verdad que es guapo, Cathy?», me preguntaba, y yo le decía que sí, aunque en realidad era un muchacho corriente, de aspecto simpático, de más o menos metro setenta de estatura y cabellos color castaño, que se desgreñaban fácilmente, dándole un aire de perro callejero bastante conmovedor, porque contrastaba con su pulcritud en todo lo demás. Tenía los ojos de color turquesa, y la expresión del hombre que nunca ha tenido un mal pensamiento.

Carrie se estremecía al oír el timbre del teléfono, y estaba radiante porque muchas veces la llamada era para ella. Escribía a Alex largos y apasionados poemas de amor; después, me los daba a leer y los guardaba, sin enviarlos al único que hubiese debido leerlos.

Yo estaba contenta por ella, y también por mí, porque mi academia de ballet marchaba bien, ¡y porque Chris volvería pronto a casa!

-¡Chris está a punto de terminar sus prácticas! ¿No te parece increíble, Carrie?

Ella se echó a reír y vino corriendo hacia mí, como hacía cuando era pequeña, y se arrojó en mis brazos.

-¡Lo sé! -gritó-. ¡Pronto estará reunida toda la familia! Como antes. Cathy, si tengo un hijito rubio y de ojos azules, ¿adivinas cómo voy a llamarle?

No tenía que adivinarlo; lo sabía. Su primogénito, rubio y de ojos azules, se llamaría Cory.

Era delicioso ver a Carrie enamorada. Dejó de hablar de su pequeña estatura *e* incluso empezó a olvidar su sentimiento de inferioridad. Por primera vez en su vida empezó a maquillarse. Tenía, como yo, el cabello naturalmente ondulado, pero hizo que se lo cortasen a la altura de los hombros, donde se rizaba en un alegre remolino.

-¡Mira, Cathy! -exclamó, al volver del salón de belleza, con su nuevo y elegante peinado-. Ahora, mi cabeza no parece tan grande ,¿verdad? ¿Y has advertido lo mucho que he crecido?

Me eché a reír. ¡Llevaba unos zapatos con tacones y suelas de varios centímetros! Pero tenía razón. El cabello más corto hacía que su cabeza pareciese más pequeña.

-¡Oh, Cathy! -exclamó Carrie-. Si Alex no me quisiera, ¡preferiría morir! Quiero ser la mejor esposa posible para él. Tendré su casa tan limpia que no bailarán motas de polvo en los rayos de sol. Todas las noches le prepararé platos suculentos, nada de esas porquerías congeladas que anuncian por televisión. Confeccionaré mi propia ropa y la suya y la de nuestros hijos. Ahorraré montones de dinero, él no dice gran cosa; se queda sentado, mirándome dulcemente, de un modo especial. Por consiguiente, interpreto su mirada más que sus palabras..., pues suele pronunciar muy pocas.

Reí y la *abracé* con fuerza. ¡Deseaba tanto que fuese feliz!

-Los hombres no suelen hablar de amor con tanta libertad como las mujeres, Carrie. Los hay que tratan de inquietarla a una, y esto es señal de que están interesados y de que la cosa puede pasar a mayores. Y la mejor manera de medir este interés es mirándoles a los ojos..., pues los ojos nunca engañan.

Era fácil ver que Alex estaba encandilado con Carrie. Trabajaba a ratos como electricista en un establecimiento de artículos domésticos, mientras seguía cursos de verano en la Universidad; pero pasaba con Carrie todos sus minutos libres. Yo sospechaba que le había pedido o estaba a punto de pedirle que se casara con él.

Una semana más tarde, me desperté de pronto y me encontré con que Carrie estaba sentada ante la ven*tana* de mi habitación, contemplando las sombrías montañas. A diferencia de lo que me ocurría a mí, Carrie no padecía nunca de insomnio. era capaz de dormir durante una tormenta o un tornado, con *el* teléfono sonando a un palmo de sus oídos o con un incendio en la casa de enfrente.

Naturalmente me *alarmé* al verla allí. Me levanté y me acerqué.

¿Te encuentras bien, querida? ¿Cómo no estás durmiendo?

-Quería estar cerca de ti -murmuró, sin apartar la mirada de las montañas lejanas, oscuras y misteriosas en la noche. Nos rodeaban por todos lados, amenazadoras, como siempre-. Esta noche, Alex me ha pedido que me casara con él.

Lo dijo en tono liso y llano, apagado, y yo exclamé:

.¡Maravilloso! Me alegro por ti, Carrie, ¡y por él!

-Me dijo algo más, Cathy. Está resuelto a ser ministro de la Iglesia.

Su voz era ahora doliente, pesarosa, y no lo comprendí en absoluto.

-¿No quieres ser esposa de un pastor? -le pregunté, sintiendo un temor profundo, al ver su expresión remota.

-Los ministros quieren que la gente sea perfecta -explicó, con acento temeroso-, y especialmente sus mujeres. Yo recuerdo todo lo que la abuela solía decir de nosotras. Que éramos engendros del diablo, y malas y pecadoras. Entonces no sabía lo que quería decir, pero recuerdo sus palabras. Siempre estaba diciendo que éramos criaturas ruines, malvadas, y que habría sido mejor que no hubiésemos nacido. ¿Crees tú que no *hubiésemos* debido nacer, Cathy?

Sentí un nudo en la garganta; estaba terriblemente asustada, y tragué saliva para deshacer aquel nudo.

-En primer lugar, Carrie, si Dios no hubiese querido que naciésemos, no nos habría dado la vida.

-Pero... Cathy, Alex quiere una mujer perfecta... y yo *no* lo soy.

-Nadie lo es, Carrie. Absolutamente nadie. Sólo los muertos son perfectos.

-Alex es perfecto. Nunca hizo una mala acción.

-¿Y cómo lo sabes? ¿Crees que te lo diría, si la hubiese hecho?

Su adorable carita estaba envuelta en sombras. Tartamudeando, explicó:

-Parece como si Alex y yo nos conociésemos desde hace mucho, muchísimo tiempo, pero sólo recientemente me ha hablado mucho de él mismo. Yo le había contado muchas cosas; pero nunca le referí nuestro pasado, salvo que el doctor Paul nos tomó bajo su custodia al morir nuestros padres en un accidente de automóvil. Y eso es mentira, Cathy. No somos huérfanos. Nuestra madre está viva.

-Las mentiras no son pecados mortales, Carrie. Todo el mundo dice pequeñas mentiras de vez en cuando.

-Pero no Alex. Alex se ha sentido siempre impulsado hacia Dios y la religión. Cuando era más joven, quería hacerse católico para ser cura. Pero al hacerse mayor y enterarse de que los sacerdotes católicos deben permanecer célibes, desistió de su propósito. Quiere tener una esposa e hijos. Me dijo que nunca había tenido relaciones sexuales con nadie, porque siempre esperó encontrar la chica adecuada para casarse con ella, una mujer perfecta... como yo. Piadosa, como él. Y, *Cathy* -gimió, desconsolada-, *yo no soy perfecta. ¡Yo soy mala!* Como decía siempre nuestra abuela, ¡soy mala y perversa! ¡Tengo malos pensamientos! ¡Odié a aquellas chiquillas ruines que me sacaron al tejado y dijeron que parecía un buho! ¡Deseé que todas se muriesen! Más que a ninguna, ¡odiaba a Sissy Towers! Y ahora, Cathy, ¿sabías que Sissy Towers se ahogó cuando tenía doce años? Nunca te lo escribí, ¡pero pensé que yo tenía la culpa, por odiarla tanto! Odié también a Julián, por haberte arrancado a Paul, ¡y él murió también! Ya ves cómo está la cosa. ¿Cómo puedo contarle todo esto a Alex, y decirle, además, que nuestra madre se casó con un hombre que era tío suyo? Me aborrecería, Cathy. Dejaría de quererme, lo sé. Pensaría que le daría hijos deformes, como yo... ¡Y le quiero tanto!

Me arrodillé junto a su silla y la abracé como lo habría hecho una madre. No sabía qué decir, ni cómo decirlo. Lamenté que Chris no estuviese allí para ayudarme, o Paul, que siempre tenía las palabras adecuadas. Y, recordando esto, recurrí a lo que me había dicho un día y lo repetí a Carrie, aunque sentía una ira terrible contra la abuela que había metido estas locas nociones en la cabeza de una niña de cinco años.

-Querida, querida, yo no sé decir las cosas bien, pero lo intentaré. Quiero que comprendas que lo que para una persona es negro, es blanco para otra. Y nada en este mundo es tan perfecto que tenga una blancura inmaculada, ni tan malo que sea puro negro. Todo lo referente a los seres humanos es una gama de grises, Carrie. Nadie es perfecto, nadie es intachable. Yo tuve antes las mismas dudas que tú ahora.

Sus ojos llorosos se abrieron mucho al oír esto, co*mo* si hubiese creído que yo sí era perfecta.

-Fue nuestro doctor Paul quien me hizo verlas claras, Carrie. Me dijo, hace mucho tiempo, *que* si nuestros padres pecaron al casarse y tener hijos, el pecado fue *suyo* y no nuestro. Dijo que Dios no pretendía *hacernos* pagar por lo que hicieron nuestros padres. Además, su parentesco no era tan próximo, Carrie. ¿Sabes que, en el antiguo Egipto, los faraones sólo permitían que sus hijos e hijas se casaran con una hermana o hermano? Como ves, cada sociedad dicta sus normas; y no olvides jamás que nuestros padres tuvieron cuatro hijos y que ninguno resultó un fenómeno... Por consiguiente, Dios no les castigó, y tampoco a nosotros.

Ella me miró fijamente, con sus grandes ojos azules desesperadamente ansiosa de crecer. Aunque yo no hubiese debido pronunciar nunca, nunca, la palabra «fenómeno».

-Tal vez Dios me castigue a mi, Cathy. No crezco, y eso es un castigo.

Reí forzadamente, y la acerqué más a mi.

-Mira a tu alrededor, Carrie. Hay muchas personas más bajitas que tú. No eres enana, lo sabes muy bien. Y, aunque lo fueses, que no lo eres, tendrías que aceptarlo y sacar el mejor partido de ello, como hacen muchos que se consideran demasiado altos, demasiado gordos, demasiado delgados o algo por el estilo. Tienes una cara hermosa, unos cabellos sensacionales, un cutis perfecto y una figurita adorable. Tu voz es bella y cantarina, y tu inteligencia, brillante; mira la rapidez con que escribes a máquina y lo bien que manejas la taquigrafía y los libros de Paul, y piensa que sabes cocinar dos veces mejor que yo. Eres también mejor ama de casa que yo, y hay que ver cómo confeccionas los vestidos. No los he visto iguales en las tiendas. Sumando todo esto, Carrie, ¿cómo puedes pensar que no eres lo bastante buena para Alex o para otro cualquiera?

-Pero, Cathy -gimió, tercamente empeñada en no dejarse convencer-, tú no le conoces como yo. Pasamos por delante de un cine de categoría X, y dijo que todos los que hacían aquellas cosas eran malvados y pervertidos. Tú y el doctor Paul me dijisteis que el sexo y el hecho de tener hijos eran cosas naturales de la vida; pero yo soy mala, Cathy. Una vez, hice una cosa horrible.

La miré fijamente, pillada por sorpresa. ¿Con quién? Pareció que leyese mi pensamiento, porque sacudió la cabeza, mientras rodaban las lágrimas sobre sus mejillas.

-No... nunca me... me acosté con alguien. Pero hice otras cosas que Alex diría que son malas, *y* que yo hubiese debido saber que eran malas.

-¿Qué fue, querida, esto tan terrible?

Tragó saliva e inclinó la cabeza, avergonzada.

-Fue Julián. Un día en que yo había ido a verte y tú habías salido, él quiso hacer... hacer algo conmigo. Dijo que era divertido y que no era verdadera sexualidad, de esa de la que nacen los niños... Así, pues, hice lo que él quería, y *él* me besó y me dijo que, después de ti, yo era la persona a quien más quería. Yo no sabía que fue tan malo lo que hice.

Tragué saliva, para deshacer el nudo que se había formado en mi garganta; aparté los sedosos cabellos de su frente febril y le enjugué las lágrimas.

-No llores ni te sientas avergonzada, querida. Hay muchas clases de amor y muchas maneras de expresarlo. Tú quieres al doctor Paul, a Jory y a Chris de tres maneras diferentes, y a mí, de otra..., y si Julián te hizo hacer algo que después pensaste que era malo, el pecado fue *suyo,* no tuyo. Y mío también, porque tenía que haberte avisado. Él me había prometido no tocarte nunca, ni inducirte a actos sexuales, y yo le había creído. Pero si lo hiciste, no tienes que avergonzarte más... *y Alex no tiene que saberlo.* Nadie se lo va a decir.

Levantó muy despacio la cabeza, y la luna, que apareció de pronto entre unas nubes negras, brilló en sus ojos torturados.

-Pero *yo* lo sabré. -Rompió a llorar, con histéricos sollozos-. Y lo peor no es esto, Cathy -

chilló-. ¡Lo peor es que me gustaba hacerlo! Me gustaba que él quisiera que lo hiciese..., y procuré disimular el placer que sentía, porque Dios podía estar observándome. ¿Ves ahora por qué Alex no podría comprenderlo? Me odiaría, ¡sé que me odiaría! Y, aunque él no llegue a saberlo nunca, ¡yo me odiaré por haberlo hecho y por haberme gustado!

-Por favor, no llores más. En realidad, lo que hiciste no es tan grave. Olvídate de nuestra abuela, que no paraba de hablar de nuestra mala sangre. Es una fanática, una hipócrita mezquina, incapaz de distinguir el bien del mal. Ella hizo muchas cosas horribles en nombre de la rectitud, y nada en nombre del amor. Tú no eres mala, Carrie. Querías el cariño de Julián, y si aquello os gustó a los dos, fue también algo normal. La gente está hecha de manera que siente el placer sensual y el goce de la sexualidad. Julián hizo mal en pedírtelo, pero eso fue un *pecado* de él, no tuyo.

-Recuerdo muchas cosas que hice sin saberlo tú -murmuró-. Recuerdo cómo nos las ingeniábamos Cory y yo para hablar, sin que Chris y tú os enteraseis. Sabíamos que éramos fruto del diablo. Así lo había dicho nuestra abuela. Y hablábamos de ello. Sabíamos que nos habían encerrado porque éramos tan malos que no podíamos estar con personas mejores que nosotros.

-¡Basta! -grité-. ¡No pienses más en eso! ¡Olvídalo! Salimos de allí, ¿no? Éramos cuatro chiquillos, y no éramos responsables de los actos de nuestros padres. Aquella odiosa vieja trató de destruir nuestra confianza y nuestro amor propio. ¡No dejes que se salga con la suya! Fíjate en Chris y dime: ¿no estás orgullosa de él? ¿No estabas orgullosa de *mí*, cuando me veías bailar en el escenario? Y un día, cuando Alex y tú os hayáis casado, él cambiará de manera de pensar sobre lo que es perverso y lo que no lo es..., de la misma manera que cambié yo. Todavía no conoce las dichas del amor.

Carrie se desprendió de mis brazos y volvió a mirar por la ventana las montañas oscuras y lejanas, y la media luna que surcaba como una nave vikinga el negro piélago de la noche.

-Alex no cambiará -dijo tristemente-. Va a ser pastor. Las personas religiosas creen que todo es malo, lo mismo que nuestra abuela. Cuando me dijo que renunciaba a la idea de ser ingeniero, supe que todo había terminado entre nosotros.

-¡Todas las personas cambian! Mira el mundo que nos rodea, Carrie. Mira las revistas y las películas que van a ver las personas decentes, y los escenarios donde se prodigan los desnudos, y la clase de libros que se publican. No sé si es buena cosa, pero sé que el mundo no permanece estático. Todos cambiamos de un día a otro. Quizá, dentro de veinte años, nuestros hijos se escandalizarán al observar nuestra época, o quizá, sonreirán y dirán que éramos muy cándidos. Nadie sabe cómo cambiará el mundo; pero si el mundo puede cambiar, *también puede hacerlo un hombre llamado Alex.*

-Alex no cambiará. Odia la inmoralidad actual, odia los libros que se publican, las películas sucias y las revistas en las que se ven parejas que hacen cosas malas. Creo que ni siquiera aprueba la manera en que tú bailabas con Julián.

Tuve ganas de *mandar al diablo a Alex y su gazmoñería.* Pero no podía hablar mal del único hombre que había encontrado Carrie para amar.

-Vete a la cama, querida. Duerme y, por la mañana, recuerda que el mundo está lleno de hombres que estarían encantados de casarse con una personita tan linda, tan dulce y tan buena ama de casa como tú. Piensa en lo que siempre nos dice Chris: «Todo ocurre para bien.» Y, si lo tuyo con Alex no da resultado, el tiempo cuidará de que encuentres a otro.

Me lanzó una mirada rápida, llena de desesperación.

-¿Crees que fue para bien que muriese Cory?

Dios mío, ¿cómo contestar a esa pregunta?

-¿Crees que fue para bien que papá se estrellase en la carretera?

-Tú no te acuerdas de eso.

-Sí que me acuerdo. Tengo buena memoria.

-Carrie, nadie es absolutamente perfecto; ni yo, ni tú, ni Chris, ni Alex. Nadie.

-Lo sé -admitió, dirigiéndose a la cama como una niña buena obedeciendo a su madre-. La gente hace cosas malas, y Dios las ve y las castiga más tarde. A veces se vale de una abuela con un

látigo, como el que empleaba la nuestra para pegarnos, a ti y a Chris. No soy tonta, Cathy. Sé que tú y Chris os miráis como nos miramos Alex y yo. Pienso que tú y el doctor Paul fuisteis también amantes, y quizá por eso murió Julián, para castigarte. Pero tú eres de esas mujeres que gustan a los hombres, y yo, no. No sé bailar, y no consigo que todos me quieran. Sólo me quiere mi familia, y Alex. Pero cuando le diga todo esto a Alex, no me amará ni me querrá.

-¡No se lo dirás! -le ordené, severamente.

Permaneció tumbada, con la mirada fija en el techo, hasta que al fin la invadió el sueño. Y yo fui la única que siguió despierta, sufriendo interiormente, todavía pasmada por el efecto que podía causar una vieja en las vidas de tantas personas. Odié a mamá por habernos llevado a Foxworth Hall. Ella sabía cómo era su madre, y, sin embargo, nos llevó allí. Ella conocía a su madre y a su padre mejor que nadie, y, sin embargo, volvió a casarse y nos dejó solos, quedándose ella con el placer y nosotros con la tortura. ¡Y todavía estábamos sufriendo, mientras ella se divertía!

Una diversión que terminaría pronto, porque yo estaba aquí y Bart estaba aquí, y acabaríamos por encontrarnos. En cuanto a mí, no sabría hasta más tarde la manera en que ella había conseguido evitarme hasta entonces.

Me consolaba pensando en cómo sufriría mamá dentro de poco, por lo que nos había hecho sufrir. Dolor por dolor; ella sabría lo que habíamos sentido cuando nos había dejado solos y aborrecidos. No podría resistirlo... no esta vez. Un golpe más le sería fatal. De algún modo, yo sabía esto..., quizá porque me parecía tanto a ella.

-¿De veras te encuentras bien? -pregunté a Carrie, pocos días después-. Comes poco. ¿Qué ha sido de tu apetito?

Estoy bien -me respondió a media voz, con semblante inexpresivo-. Sólo tengo pocas ganas de comer. No te lleves hoy a Jory a tu academia de baile. Déjalo conmigo todo el día. Le encuentro a faltar cuando se va contigo.

Me inquietó dejarla todo el día con Jory, que podía ponerse pesado; y, a pesar de que dijese lo contrario, Carrie parecía encontrarse mal.

-Por favor, Carrie, dime la verdad. Si no estás bien, te llevaré al médico.

-Voy a tener el período -dijo, bajando los ojos-. y siempre siento calambres tres o cuatro días antes d*e* que empiece.

Sólo eran las molestias de la menstruación, y, a su edad, eran más fuertes que a la mía. Me despedí con un beso de mi hijo, que empezó a chillar desaforadamente, porque quería ir conmigo y observar a los que bailaban.

-Quiero oír la música, mamá -protestó Jory, que sabía muy bien lo que quería-. ¡Quiero ver los bailarines!

-Daremos un paseo por el parque. Te meceré en el columpio y jugaremos en la arena -se apresuró a decir Carrie, tomando en brazos a mi hijo y estrechándole sobre su pecho-. Quédate conmigo, Jory. Te quiero tanto, que te añoro cuando estás lejos... ¿No quieres a tu tía Carrie?

Él se sonrió y se *abrazó* a su cuello; sí, Jory quería a todo el mundo.

Fue un día terriblemente largo para mí. Llamé varias veces a Carrie para ver si estaba bien.

-Estoy bien, Cathy. Jory y yo nos hemos divertido mucho en el parque. Ahora voy a echarme un rato a hacer la siesta; no vuelvas a llamar, porque me despertarías.

Dieron las cuatro, hora en que empezaba mi última clase, y mis alumnos de seis y siete años se plantaron en el centro del estudio. Mientras tocaba la música, yo iba contando: *«Un, deux, pliés, un deux, pliés, y* ahora, *un, deux, tendu,* acercaos, *un, deux, tendu,* acercaos.» Entonces, mientras seguía dando mis instrucciones, sentí de pronto que alguien me estaba mirando fijamente. Me volví y vi a un hombre de pie en el fondo del estudio. Era Bart Winslow, ¡el marido de mi madre!

Cuando vio que le había reconocido, avanzó hacia mí a largas zancadas.

-Está usted sensacional en ese ceñido traje púrpura, Miss Dahl. ¿Puede dedicarme unos minutos?

-¡Estoy ocupada! -respondí, molesta de que me pidiese esto, sabiendo que no podía dejar a mis doce pequeños bailarines-. Las clases terminan a las cinco. Si quiere usted sentarse y esperar...

-Me ha costado muchísimo encontrarla, Miss Dahl, a pesar de que estaba tan cerca.

-Mr. Winslow -repuse, fríamente-, si la cantidad que le envié en pago de sus honorarios le pareció insuficiente, podía haberme escrito a mi antigua dirección, y su carta me habría sido remitida.

Él frunció sus oscuras y tupidas cejas.

-No he venido a hablar de mis honorarios, aunque no me pagó usted el precio que tenía yo pensado. -Sonriendo con aplomo, metió una mano debajo de su chaqueta y sacó una carta del bolsillo interior. Me quedé boquiabierta al ver mi propia escritura y los matasellos y notas estampados en un sobre que había seguido a mi madre por toda Europa-. Veo que reconoce esta carta -dijo, escrutando mis cambios de expresión con sus astutos ojos castaños.

-Mire, Mr. Winslow -dije, sumamente aturrullada-, mi hermana no se encuentra bien y está cuidando de mi hijo, que es poco más que un bebé. Además, puede usted ver el trabajo que tengo aquí. ¿No podríamos hablar de esto en otro momento?

-Cuando usted quiera, Miss Dahl. -Hizo una breve reverencia y me tendió una tarjeta profesional-. Pero procure que sea lo antes posible. Tengo que preguntarle muchas cosas... Y no trate de escurrir el bulto. Esta vez la estoy siguiendo de cerca. No pensará que una cena fue bastante, ¿verdad?

Me trastornó tanto saber que tenía aquella carta que, en cuanto se hubo marchado, despedí a mis alumnos y me encerré en mi despacho. Me senté a examinar mi libro de cuentas, sumé las cifras y vi que tenía aún un déficit. Cuando compré la academia, me dijeron que podía contar con cuarenta alumnos, pero no me dijeron que la mayoría de ellos se ausentaban durante el verano y no volvían hasta el otoño. Los mimados niños ricos asistían a las clases en invierno y, durante el verano, sólo acudían los de la clase media, uno o dos días a la semana. Por mucho que estirase el dinero que ganaba, no podía cubrir el costo de la nueva decoración y de la instalación de espejos nuevos detrás de la larga barra.

Cuando miré mi reloj, eran casi las seis; me cambié rápidamente de ropa y corrí hacia mi casita, distante un par de manzanas. Carrie hubiese debido estar en la cocina, preparando la comida, mientras Jory jugaba en el patio vallado. Pero no vi a Jory, ¡y Carrie no estaba en la cocina!

-¡Carrie! -grité-. Ya estoy en casa. ¿Dónde *os* habéis metido?

-Estoy aquí -respondió ella, con voz débil. Fui corriendo a su habitación y la encontré toda- *en* la cama. Me explicó, débilmente, que Jory estaba en casa de nuestra vecina más próxima.

-*En* realidad, Cathy..., no me encuentro bien. He vomitado cuatro o cinco veces, no sé exactamente cuántas . Tengo muchos calambres, y me siento rara.

Toqué su cabeza con la mano y me pareció extrañamente fría, a pesar de que el día era cálido.

-Llamaré a un médico.

En cuanto hube dicho estas palabras, reí amargamente para mis adentros. No había, en aquel pueblo, un solo médico que visitara a domicilio. Corrí de nuevo junto a Carrie y puse un termómetro en su boca. Al ver la cifra, me espanté.

-Voy a buscar a Jory, y después te llevaré al hospital más próximo. Estás a cuarenta grados de temperatura.

Ella asintió distraídamente con la cabeza y se quedó dormida. Corrí *a casa* de la vecina y vi que Jory jugaba muy contento con una niña que sólo tenía un mes más que él.

Mrs. Marquet -dijo Mrs. Tonwsend, mujer muy dulce y cariñosa, de poco más de cuarenta años, que cuidaba de su nietecita-, si Carrie está enferma, deje a Jory conmigo hasta que usted vuelva a casa. Espero que no sea nada grave. Carrie es una niña encantadora. Sin embargo, la vi algo paliducha estos últimos días.

Yo lo había advertido también, y lo había atribuido a que su relación con Alex tomaba mal cariz.

¡Cuan equivocada estaba!

El día siguiente telefoneé a Paul.

-¿Qué pasa, Catherine? -inquirió, percibiendo pánico en mi voz.

Le dije que Carrie estaba enferma, que la había llevado al hospital y que le habían hecho varios análisis, pero no sabían aún lo que tenía.

-¡Tiene muy mal aspecto, Paul! Está perdiendo peso con increíble rapidez. Vomita, no acepta el menor alimento, y también tiene diarrea. No para de llamaros, a ti y a Chris.

-Haré que otro médico me sustituya aquí e iré inmediatamente -dijo él, sin vacilar-. Pero no le digas todavía nada a Chris. Los síntomas que has nombrado son comunes a muchas dolencias poco importantes.

Fiando en esto, no intenté comunicar con Chris, que estaba haciendo un viaje de dos semanas por la Costa Occidental, antes de reanudar *sus* funciones de médico residente. Tres horas más tarde, Paul estaba conmigo en la habitación del hospital, mirando fijamente a Carrie. Ésta sonrió débilmente al verle y le tendió sus flacos bracitos.

-Hola -murmuró, en voz muy baja-. No esperaba verme en una cama de hospital, ¿verdad?

Él la tomó inmediatamente en brazos y empezó a hacerle preguntas. ¿Cuándo y cómo había empezado a encontrarse mal?

-Hace cosa de una semana, empecé a sentirme muy cansada. No se lo dije a Cathy, porque se preocupa demasiado por mí. Después tuve jaqueca y estaba siempre como amodorrada, y vi que tenía grandes moretones, sin saber cómo me los había hecho. Al peinarme, los cabellos me caían a puñados, y entonces empecé a vomitar... y a hacer otras cosas que ya he contado a los médicos. -Su vocecilla susurrante se extinguió-. Quisiera ver a Chris -murmuró al cabo de un rato, antes de cerrar los ojos y quedarse dormida.

Paul había visto ya la hoja clínica de Carrie y hablado con los médicos. Se volvió a mí, con aquella expresión hermética que me llenaba de espanto... por lo que podía significar.

-Tal vez deberías llamar a Chris.

-¡Paul! ¿Quieres decir que...?

-No, no quiero decir esto. Pero si ella quiere verle, será mejor que venga.

Yo estaba en el pasillo, esperando a que los médicos terminasen ciertas pruebas con Carrie. Me habían echado de la habitación. Mientras paseaba arriba y abajo ante la puerta cerrada, le presentí antes de verle. Giré en redondo, conteniendo el aliento, y allí estaba Chris, avanzando por el largo pasillo y cruzándose con las enfermeras cargadas de bacinas y de bandejas de medicamentos, y que se quedaban boquiabiertas al verle en todo su esplendor.

El tiempo volvió atrás y creí ver a papá, a papá como mejor lo recordaba, con sus blancas prendas de tenis. Chris me abrazó y hundió el tostado rostro en mis cabellos. Oí los latidos de su corazón, fuertes y regulares. Sollocé, a punto de verter un torrente de lágrimas.

-Has venido muy de prisa.

Su cara estaba sobre mis cabellos, y su voz sonó ronca:

-Cathy -preguntó, levantando la cabeza y mirándome a los ojos-, ¿qué le pasa a Carrie?

Su pregunta me pasmó, ¡porque él debía saberlo!

-¿No lo adivinas? Es aquel maldito arsénico, ¡estoy segura! ¿Qué otra cosa puede ser? Estuvo bien hasta hace una semana, y entonces enfermó de pronto -Gemí, desalentada-: Ella quiere verte. -Pero, antes de conducirle a la pequeña habitación de Carrie, puse en su mano una nota que había encontrado en el diario comenzado por Carrie el día en que había conocido a Alex-. Chris, Carrie sabía desde hace tiempo que algo andaba mal, pero se lo guardaba. Lee esto y dime lo que piensas.

Mientras él leía, mis ojos permanecieron fijos en su cara.

Queridos Cathy y Chris:

A veces pienso que vosotros dos sois mis verdaderos padres, pero entonces me acuerdo de mamá y papá, y me parece que es como un sueño, que nunca tuvo realidad, y no puedo imaginarme a papá, a menos que tenga una fotografía suya en mi mano... En cambio, recuerdo a Cory tal como era.

Os he ocultado algo. Así, si no escribiera esto, os creeríais culpables. Desde hace mucho tiempo, he tenido la impresión de que moriría pronto y, si antes me importaba, ahora ya no me importa. No puedo ser esposa de un pastor. No habría vivido tanto si vosotros dos, Jory, el doctor

Paul y Henny, no me hubieseis querido tanto. De no ser por vosotros, que me reteníais, habría ido a reunirme con Cory hace mucho tiempo. Todo el mundo tiene alguien especial a quien amar, excepto yo. Todo el mundo tiene algo especial que hacer, excepto yo. Siempre estuve convencida de que nunca me casaría. Sabía que me engañaba cuando hablaba de tener hijos, porque mis caderas son demasiado estrechas, y creo también que soy demasiado menuda para ser una buena esposa. Nunca sería una persona singular, como tú, Cathy, que sabes bailar y puedes tener hijos y oíros muchas cosas. Tampoco puedo ser médico, como Chris. Nunca llegaría a ser gran cosa salvo una entrometida que afligiría a todo el mundo con mis desdichas.

Por consiguiente, ahora mismo, antes de seguir leyendo, debéis prometerme de corazón que no dejaréis que los médicos traten de prolongar mi vida. Dejadme morir, y no lloréis. No os sintáis tristes ni me añoréis, cuando me hayáis enterrado. Nada ha marchado bien, ni he creído que marchase bien, desde que Cory se marchó y me dejó. Lo que más siento es no poder estar aquí cuando Jory baile en el escenario, como hacía Julián. Y ahora debo confesar la verdad: amé a Julián, como amo a Alex. Julián nunca me dijo que era demasiado bajita, y -fue el único que por un breve tiempo, hizo que me sintiese una mujer normal. Aunque aquello era pecado; sé que lo era, Cathy, aunque tú digas que no.

La semana pasada empecé a pensar en la abuela, que siempre nos estaba diciendo que éramos engendros del diablo. Y, cuanto más pensé en ello, más convencida quedé de que ella tenía razón: ¡yo no hubiese debido nacer! ¡Soy mala! Cuando Cory murió, a causa del arsénico que había en los pastelitos azucarados que nos daba la abuela, ¡yo hubiese debido morir también! Vosotros pensabais que no lo sabía, ¿verdad? Creíais, cuando me veíais sentada en el suelo, en un rincón, que no oía ni me enteraba de nada; pero yo veía y oía, aunque entonces no creía que fuese verdad. Ahora lo creo.

Gracias, Cathy, por ser una madre y la mejor de las hermanas para mí. Y gracias, Chris, por haber sustituido a mi padre y sido para mí el mejor hermano, después de Cathy. También doy las gracias al doctor Paul, por quererme a pesar de mi pequeñez. Gracias a todos vosotros, por no haberos avergonzado de que os viesen conmigo, y decidle a Henny que la quiero. Pienso que tal vez Dios no me querrá, si no crezco más; pero entonces pienso en Alex, que dice que Dios ama a todo el mundo, tanto a los pequeños como a los grandes.

Había firmado la carta con un enorme garabato, para compensar su propia pequeñez.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Chris-. Cathy, ¿qué significa esto?

Sólo entonces pude abrir mi bolso y sacar de él una cosa que había encontrado oculta en el rincón más oscuro del armario del cuarto de Carrie. Los ojos azules de Chris parecieron salirse de sus órbitas y perder el color al ver el marbete del frasco de veneno para las ratas y, después, el paquete de pastelitos, de los que sólo quedaba uno. Corrieron lágrimas por sus mejillas, y rompió en sollozos sobre mi hombro.

-¡Dios mío...! Puso el arsénico en los pastelitos para morir igual que Cory, ¿no crees?

Me desprendí de sus brazos y retrocedí unos pasos, sintiendo como si me hubiesen extraído toda la sangre del cuerpo.

-¡Chris! ¡Lee otra vez esa carta! ¿No has advertido que dice que entonces no lo creía y que ahora «lo cree»? ¿Por qué no había de creerlo entonces y si ahora? ¡Ha ocurrido algo! ¡Algo ha pasado que le ha hecho creer que nuestra madre era capaz de envenenarnos!

Él sacudió la cabeza, como atontado, mientras las lágrimas seguían fluyendo de sus ojos.

-Pero, ¿qué puede haber ocurrido para convencerla, si no se había convencido al oír nuestras palabras y al ver morir a Cory?

-¿Cómo puedo saberlo? -grité, desesperada-. ¡Pero los pastelitos fueron rociados con una gran cantidad de arsénico! Paul los ha hecho analizar. Carrie los comió, sabiendo que la matarían. ¿No ves en ello un nuevo asesinato, del cual es también culpable nuestra madre?

¡Carrie no está muerta aún! -gritó Chris-. ¡La salvaremos! No la dejaremos morir. Hablaremos con ella. ¡Le diremos que tiene que aguantar!

Le abracé, temiendo que fuese demasiado tarde, y ansiando desesperadamente que no lo

fuese. Seguíamos abrazados, convertidos nuevamente en padres por nuestro común sufrimiento, cuando Paul salió de la habitación de Carrie. La expresión solemne de su enjuto semblante me lo dijo todo.

-Chris -dijo serenamente Paul-, me alegro de verte. Aunque sea en tan tristes circunstancias.

-Hay esperanza, ¿verdad? -gritó Chris.

-Siempre hay esperanza. Hacemos cuanto podemos. ¡Qué moreno y vigoroso estás! Ve a ver a tu hermana y dale un poco de tu vitalidad. Catherine y yo le hemos dicho ya todo lo que se nos ha ocurrido para hacerle recobrar la voluntad de luchar y de vivir. Pero ella no quiere. Alex está de rodillas junto a su cama, rezando por su vida; pero Carrie mantiene la cabeza vuelta hacia la ventana. No creo que entienda lo que se dice ni lo que se hace. Se ha puesto fuera de nuestro alcance.

Paul y yo seguimos a Chris, que volaba al encuentro de Carrie. Ésta yacía, delgada como un riel, bajo un montón de gruesas mantas, a pesar de que aún era verano. ¡Parecía imposible que hubiese envejecido con tanta rapidez! Las firmes y rosadas redondeces de la juventud habían desaparecido, y su carita aparecía macilenta y descarnada. Sus ojos eran como pozos profundos, que hacían sobresalir los pómulos. Incluso parecía haber menguado de estatura. Chris lanzó una exclamación al verla. Se inclinó para cogerla en brazos, la llamó repetidas veces por su nombre, le acarició los largos cabellos. Para espanto suyo, cientos de hebras de oro quedaron prendidas en sus dedos al retirarlos.

-¡Santo Dios! ¿Qué hacéis por ella?

Cuando se sacudió los cabellos de los dedos, me apresuré a recogerlos de sus manos y guardarlos en Una cajita de plástico. La electricidad estática de la cajita los retuvo. Era una idea idiota, pero no podía dejar que los hermosos cabellos fuesen barridos y arrojados a la basura. También había cabellos sobre la almohada, sobre la colcha y sobre el blanco encaje del camisón. Como en el trance de una pesadilla interminable, fui recogiendo y guardando los largos cabellos, mientras Alex seguía con sus rezos. Incluso cuando le presenté a Chris, sólo se interrumpió lo preciso para saludarle con la cabeza.

-¡Contéstame, Paul! ¿Qué hacéis para salvar a Carrie?

-Todo cuanto podemos -respondió Paul, con voz grave y muy baja, como suele hablar la gente al acercarse la muerte-. Un equipo de médicos muy buenos trabaja sin cesar para salvarla. Pero los glóbulos rojos de su sangre perecen tan rápidamente que no podemos remplazarlos debidamente con las transfusiones.

Tres días con sus noches permanecimos todos nosotros junto a la cama de Carrie, mientras mi vecina se encargaba de Jory. Todos los que la queríamos rezábamos por su vida. Telefoneé a Henny y le dije que fuese a la iglesia y que pidiese a su familia y todos los feligreses que rezasen también por Carrie. Ella nos dio unos golpecitos en el micrófono, que querían decir: «Sí, sí.»

Todos los días llegaban flores a la habitación de Carrie. Yo no miraba quiénes las enviaban. Permanecía sentada junto a Chris o Paul, o entre los dos, y les asía las manos y *rezaba* en silencio. Miraba con disgusto a Alex, al que creía en parte responsable de lo que le sucedía a Carrie. Por fin, no pude aguantarme más; me levanté, agarré a Alex y lo llevé a un rincón.

-Alex, ¿por qué quiso Carrie morir en los días más felices de su vida? ¿Qué te dijo, y qué le dijiste tú?

Él se volvió a mirarme, con su cara pasmada, sin afeitar, transida de dolor.

-¿Que qué le dije? -preguntó.

Tenía los ojos enrojecidos por falta de sueño. Repetí mi pregunta, en un tono aún más duro. Él sacudió la cabeza, como para despejarla, con aire dolido y aturdido, mientras pasaba los dedos por la maraña de sus despeinados mechones castaños.

-Cathy, ¡sabe Dios que hice todo lo posible por convencerla de que la quiero! Pero ella no quería escucharme. Volvía la cara y no decía nada. Le pedí que se casara conmigo y me dijo que sí. Me echó los brazos al cuello y dijo que sí, una y otra vez. Después me dijo: «Oh, Alex, no soy lo bastante buena para ti.» Yo me eché a reír y le dije que era perfecta, que era exactamente lo que yo

necesitaba. ¿Cuál fue mi error, Cathy? ¿Qué le hice, para que se volviese contra mí hasta el punto de no querer mirarme siquiera.

Alex tenía una de esas caras dulces y piadosas que sólo creemos que pueden esculpirse en las imágenes de mármol de los santos. Y al verle allí, tan abrumado de dolor y desgarrado por un amor que se había vuelto contra él, alargué una mano y le consolé lo mejor que pude, porque él amaba a Carrie. La amaba a su manera.

-Siento haberte hablado con dureza, Alex; perdóname. Pero, ¿te confesó algo Carrie?

Sus ojos se nublaron de nuevo.

-Hace una semana, la telefoneé para que nos viésemos, y su voz me pareció extraña, como si hubiese ocurrido algo terrible y no pudiese decir lo que era. Fui a vuestra casa para verla, pero ella no me dejó entrar. ¡Yo la quiero, Cathy! Ella me decía que era demasiado menuda y que tenía la cabeza demasiado grande, pero, a mis ojos, sus proporciones eran normales. Para mí era una linda muñeca que ignoraba su hermosura. Y, si Dios permite que muera, ¡nunca volveré a tener una fe tan firme como antes!

Dicho lo cual, hundió la cara en sus manos y se echó a llorar.

La cuarta noche después de la llegada de Chris, dormitaba yo en la habitación de Carrie. Los otros trataban de dormir un poco para no caer enfermos a su vez, y Alex se había tumbado en una litera del pasillo, cuando oí que Carrie pronunciaba mi nombre. Corrí y me arrodillé junto a su cama, y busqué su manita entre las sábanas. Era una mano ahora huesuda, de piel tan translúcida que podía verse las venas y las arterias.

-Estaba esperando que te despertases, querida -murmuré, con voz ronca-, Alex está en el pasillo, y Chris y Paul están dando unas cabezadas en las habitaciones de los médicos. ¿Quieres que les llame?

-No -murmuró-. Quiero hablar sólo contigo. Voy a morir, Cathy.

Lo dijo tranquilamente, como si no tuviese importancia, como si lo aceptase de buen grado.

-¡No! -protesté enérgicamente-. ¡No vas a morir! ¡Yo no dejaré que te mueras! Te quiero como si fueses hija mía. Y muchas personas te quieren y te necesitan, Carrie. Alex te ama muchísimo y quiere casarse contigo, y ya no será pastor, Carrie, porque le he dicho que esto te inquieta. En realidad, su carrera le importa poco, con tal de que tú vivas y le quieras. Le da igual que seas bajita y que tengáis o no tengáis hijos. Deja que le llame y él te lo contará todo...

-Nooo! -murmuró débilmente-. Tengo que contarte Un secreto- -Su voz era tan leve que parecía llegar de unos ondulados montes muy lejanos-. Vi a una señora en la calle. -Ahora tuve que inclinarme para oírla-. Se parecía tanto a mamá que corrí hacia ella. Le así la mano. Ella la retiró y me miró con ojos fríos y duros. «No te conozco», me dijo. ¡Y era nuestra madre, Cathy! Está casi igual que antes; sólo un poco más vieja. Incluso llevaba aquel collar de perlas con una mariposa de brillantes como cierre, que recuerdo tan bien. Y, Cathy, cuando ni tu propia madre te quiere, ¿quién puede quererte? Ella me miró y me reconoció; lo vi en sus ojos; pero me rechazó, porque sabe que soy mala. Por eso dijo lo que dijo..., que no tenía ningún hijo. Tampoco os quiere a ti y a Chris, Cathy, y todas las madres quieren a sus hijos, a menos que éstos sean malos, perversos..., como nosotros.

-¡Oh, Carrie! ¡No permitas que te haga esto! Te rechaza por amor al dinero... no porque seas mala o perversa. ¡ Tú no has hecho nada malo! A ella sólo le importa el dinero, Carrie. Pero nosotros no la necesitamos. Y menos tú, que tienes a Alex y a Chris, y a Paul y a mí... y también a Jory y Henny. No destroces nuestros corazones, Carrie; lucha, para que los médicos puedan curarte. No te rindas. Jory quiere que vuelva su tía; cada día me pregunta dónde estás. ¿Cómo voy a decirle... que te importa tan poco que no quieres vivir?

-Jory no me necesita -dijo, en el tono que solía emplear cuando era pequeña-. Jory tiene mucha gente que le quiere y cuidará de él... En cambio, Cory me está esperando, Cathy. Ahora mismo le estoy viendo. Mira hacia atrás por encima del hombro; está de pie junto a papá, y ellos me quieren más que nadie.

-Carrie, ¡no digas eso!

-Iré a un sitio muy bonito, Cathy, lleno de flores y de hermosos pájaros, y me siento crecer... Mira, soy casi tan alta como mamá, como siempre deseé ser. Y, cuando llegue allí, nadie dirá que tengo los ojos grandes y asustados como un buho. Nadie me llamará «enana», ni me dirá que use una máquina de estirar... porque seré tan alta como quería ser.

Su voz temblorosa y débil se extinguió. Sus ojos miraron hacia arriba y quedaron abiertos, sin pestañear. Y sus labios quedaron entreabiertos, como si aún tuviesen algo más que decirme. *Dios mío, ¡estaba muerta!*

Mamá había empezado todo esto. Mamá, ¡que salía impune de todo! ¡Indemne! Y rica, rica, ¡rica! Todo lo que tenía que hacer era verter unas lagrimitas al llegar a casa, compadeciéndose de sí misma. ¡Entonces chillé! Sé que chillé. Gemí y quise arrancarme los cabellos y la piel de la cara, porque me parecía demasiado a aquella mujer que tenía que pagar, pagar, pagar... ¡y pagar con creces!

Un cálido día de agosto, enterramos a Carrie en la parcela familiar de los Sheffield, a pocas millas del término de Clairmont. Esta vez no llovía. Ni había nieve en el suelo. Ahora, la muerte había llegado en todas las estaciones, menos el invierno, sin duda reservando ésta para mi regocijo. Cubrimos la tumba de Carrie con aquellas flores coloradas que tanto le gustaban, y también con flores granate. El sol tenía un bello color de azafrán, casi anaranjado, que se tornó bermellón al hundirse en el horizonte y teñir el cielo de un rojo rosado.

Mis pensamientos eran como hojas secas girando en el fuerte viento del odio, mientras permanecía sentada en el duro e incómodo banco de mármol. Después reuní estas hojas secas y las retorcí para formar con ellas un cruel palo de bruja, ¡con el que remover el olvidado brebaje de la venganza!

De los cuatro muñecos de Dresde, sólo quedaban dos. Y *uno de ellos* no haría nada. Había jurado todo lo posible para conservar la vida... incluso a aquellos que no merecían vivir.

No quería dejar a Carrie sola en la noche, la primera noche que pasaría bajo tierra. Tenía que permanecer con ella y consolarla de algún modo desconocido. Eché una mirada al sitio donde dormían también Julia y Scotty, cerca de los padres de Paul y de un hermano mayor que había muerto incluso antes de nacer Amanda. Me pregunté qué estábamos haciendo nosotros, los Foxworth, en la parcela familiar de los Sheffield. ¿Qué significado tenía todo esto?

Si Alex no hubiese intervenido en la vida de Carrie y le hubiese brindado su amor, ¿habría sido mejor para ella? Si Carrie no hubiese visto a mamá en la calle y corrido para alcanzarla, ansiosa de asirle la mano y llamarle mamá, ¿habría sido todo diferente? Sí, *lo* habría sido. ¡Forzosamente! Al verse rechazada por su madre, había ido a comprar el veneno para las ratas, porque se creyó indigna de vivir, ya que su Propia madre la negaba. Y el veneno que había echado en sus pastelitos no había sido una pizca, sino una buena cantidad... ¡de arsénico puro!

Alguien pronunció suavemente mi nombre. Alguien alargó cariñosamente las manos para asirme de los codos y levantarme. Ciñendo mi cintura con su brazo, sosteniéndome, me sacó del cementerio donde yo quería quedarme hasta que saliese el sol.

-Querida -dijo Chris-. Carrie no te necesita ya. Pero hay otro que sí te necesita. Debes olvidar el pasado, Cathy, y tus planes de venganza. Veo la expresión de tu cara y puedo leer tus pensamientos. Te diré mi secreto para encontrar la paz. Quise decírtelo antes de ahora, pero tú te negaste a escucharme. Ahora, *¡tienes que escuchar y creer! Haz* como yo, oblígate a olvidar todo lo que te produce dolor y recuerda únicamente lo que te causa alegría. *Es* el único secreto para una vida feliz, Cathy. Olvidar y perdonar.

Le miré con ojos duros y dije, sarcásticamente:

-Desde luego, te cuesta muy poco perdonar, Christopher... En cuanto a olvidar, ya es otra cosa.

Enrojeció como el sol poniente.

-¡Por favor, Cathy! De las dos cosas, el perdón es la mejor. En cuanto a recordar, sólo recuerdo lo que más me agrada.

-¡No! ¡¡No!

Pero me agarré a él, como se ase a una tabla de salvación el que se encuentra al borde del infierno.

Aunque no estoy segura, creo que vi una mujer vestida de negro, cubiertas la cabeza y la cara con un velo también negro, ocultándose detrás de un árbol al acercarnos nosotros a la carretera y al coche aparcado. Escondiéndose para que no la viésemos. Pero me bastó el breve vistazo para distinguir la sarta de lustrosas perlas que llevaba. Perlas que estaban allí para que una mano fina y blanca las levantase y, fruto de una antigua costumbre, las anudase y desanudase nerviosamente.

Sólo conocía una mujer que hiciese esto..., ¡la mujer perfecta para vestirse de negro y correr a esconderse! *¡Como se escondería siempre!*

Yo cuidaría de que los días que le quedasen de vida fuesen bien negros. Más negros que el alquitrán vertido sobre mis cabellos. Más negros que los sombríos rincones de aquel ático en que nos había encerrado cuando éramos tan jóvenes y temerosos, y estábamos tan necesitados de amor. ¡Más negros que la sima más honda del infierno!

Ya había esperado bastante. Demasiado. Y, aunque Chris estuviese aquí para impedírmelo, ¡no podía evitar que yo hiciese lo que tenía que hacer!

QUINTA PARTE

LA HORA DE LA VENGANZA

La prematura muerte de Carrie dejó un vacío en las vidas de todos los que la queríamos. Ahora, los muñequitos de porcelana eran míos; podía mimarlos y guardarlos. Chris se marchó, para actuar como residente en la Universidad de Virginia, de modo que no estaría muy lejos de mí.

-Quédate, Catherine -me suplicó Paul, cuando le dije que iba a mi lugar de las montañas para reemprender mi vida como maestra de baile-. ¡No vuelvas a dejarme solo! Jory necesita un padre; yo necesito una esposa; él necesita un hombre al que emular. Estoy harto de poder amarte sólo un poco de vez en cuando.

-Más tarde -le dije, con fría determinación, desprendiéndome de sus brazos-. Un día volveré a ti y nos casaremos, pero antes tengo que resolver un asunto que aún está pendiente.

Pronto volví a mi trabajo rutinario, no lejos de la mansión donde vivían los Foxworth. Empecé a hacer planes. Ahora que no tenía a Carrie, Jory era un problema para mí. Se cansaba en la academia de baile y quería jugar con niños de su edad. Le inscribí en un parvulario especial y contraté a una doncella que me ayudase en las labores de la casa y se quedase con Jory cuando yo estaba ausente. Por la noche, yo salía de ronda, buscando, naturalmente, a un hombre en particular. Hasta ahora, él me había eludido; pero, más pronto o más tarde, el destino haría que nos encontrásemos, y entonces... ¡que Dios te ayude, mamá!

El periódico local dedicó un largo artículo a Bartholomew Winslow, cuando abrió éste su bufete de abogado de Hillendale, dejando el de Greenglenna a cargo de un socio más joven. «Dos bufetes», pensé. ¡Hay que ver lo que puede comprarse con dinero! No pensaba ser tan audaz como para abordarle directamente; nuestro encuentro tenía que ser «casual». Dejando a Jory al cuidado de Emma Lindstrom, mientras el niño jugaba en el recinto vallado con otros dos pequeños, me dirigía en mi coche a unos bosques no muy alejados de Foxworth Hall.

Bart Winslow era un hombre muy célebre, y por eso se observaban todos los detalles de su vida; así pude saber, por el susodicho artículo, que tenía la costumbre de correr unas cuantas millas todos los días, antes del desayuno. Y hacía bien, porque le convenía tener fuerte el corazón para enfrentarse con lo que había de ocurrir en un futuro próximo. Durante varios días troté a mi vez por el bosque, empleando senderos sinuosos, llenos de hojas secas y muertas que crujían bajo mis pies. Era setiembre, y hacía un mes que había muerto Carrie. Tristes pensamientos pasaban por mi mente, mientras olía el penetrante aroma de las fogatas y oía el ruido de los leñadores al talar los árboles.

Sonidos y olores que habrían gustado mucho a Carrie... «Pero no temas, Carrie, ¡nos las van a pagar! Yo les haré pagar», pensaba, olvidándome de que Bart Winslow no había tenido nada que ver con ello. Él no era culpable, ¡sólo lo era *ella!* Pero el tiempo pasaba de prisa y yo no llegaba a ninguna parte. ¿Dónde estaba él? No podía recorrer los bares en su busca; habría sido demasiado

vulgar, y mi intención, demasiado evidente. Cuando nos encontrásemos, y algún día nos encontraríamos, él diría cualquier tópico, o lo diría yo, y esto sería el principio... o el final que bullía en mi cabeza desde el día en que había visto a Bartholomew Winslow bailando con mi madre en Nochebuena.

Pero como la vida está llena de sorpresas, no lo encontré en mis correrías por el bosque. Un domingo, al mediodía, estaba yo sentada en un pequeño café, ¡cuando Bart Winslow apareció en la puerta! Miró a su alrededor, me vio sentada junto a la ventana y avanzó en mi dirección, con su terno de abogado que debía de haberle costado una fortuna. Con su cartera en la mano, tenía un aire un poco fanfarrón. Sonreía ampliamente, pero su rostro enjuto y curtido tenía una expresión ligeramente siniestra... o quizás era cosa de mi imaginación.

-¡Vaya, vaya! -dijo lentamente-, que me aspen, no es Catherine Dahl, la mujer que esperaba encontrar desde hace meses. -Dejó su cartera de documentos en el suelo, se sentó delante de mí sin previa invitación y, apoyando los codos en la mesa, me miró con vivo interés-. ¿Dónde diablos se había escondido? -preguntó, acercándose la cartera con el pie.

¡No me he escondido! -dije, sintiéndome nerviosa y confiando en disimularlo.

Se echó a reír, mientras sus ojos oscuros reseguían mi ceñido suéter y mi falda y lo que alcanzaba a ver de un pie que se agitaba nerviosamente. Después, su semblante adquirió una expresión solemne.

-Me enteré por el periódico de la muerte de su hermana. Lo siento mucho. Siempre es dolorosa la muerte de una persona tan joven. Si no es indiscreción, ¿puedo preguntarle de qué murió? ¿De alguna enfermedad? ¿De accidente?

Abrí mucho los ojos. ¿De qué había muerto? ¡Oh! ¡Hubiese podido escribir un libro acerca de esto!

-¿Por qué no se lo pregunta a su esposa? -repliqué secamente.

Pareció sorprendido, y después dijo:

-¿Cómo puede ella saberlo, si no la conoce a usted ni conocía a su hermana? Sin embargo, vi que tenía en la mano el recorte de la página necrológica, y estaba llorando cuando yo se lo quité. Le pedí una explicación, pero ella se levantó y echó a correr escaleras arriba. Y sigue negándose a contestar mis preguntas. En todo caso, ¿quién diablos es usted?

Volví a morder mi bocadillo de jamón, tomate y lechuga, y mastiqué con irritante lentitud, sólo para contemplar su enojo.

-¿Por qué no se lo pregunta *a ella?* -repetí.

-Odio a las personas que contestan las preguntas con otras preguntas -se encrespó. Después, hizo una señal a una camarera pelirroja y, al acercarse ésta, le pidió un bocadillo como el mío-. Veamos -dijo, acercando su silla-, hace algún tiempo estuve en su academia de baile y le mostré las cartas de chantaje que había dirigido a mi esposa.

Metió la mano en un bolsillo y sacó tres cartas que yo había escrito hacía años. A juzgar por su mugriento aspecto y por los muchos sellos y notas de los sobres, debieron seguirla por todo el mundo hasta volver a mi alcance. Él casi gritó al preguntar de nuevo .

-¿Quién diablos es usted?

Le sonreí, con zalamería. La sonrisa de mi madre. Ladeé la cabeza, como hacía ella, y moví una mano para jugar con mi collar de perlas falsas.

-¿De veras tiene que preguntarlo? ¿No lo adivina?

-¡No trate de engatusarme! ¿Quién es usted, en realidad? ¿Cuál es su relación con mi esposa? Sé que se parece a ella, en los cabellos, en los ojos e incluso en algunos de sus modales. Debe de existir algún parentesco.

-Sí. Ha acertado usted.

-Entonces, ¿cómo no nos conocimos antes? ¿Es sobrina de ella? ¿Prima?

Tenía un fuerte magnetismo animal, que casi me asustaba al pensar en el juego que me había propuesto jugar con él. No era un adolescente tímido, capaz de sentirse impresionado por una ex bailarina. Su sombrío atractivo era intenso, casi abrumador. Debía de ser maravilloso como amante.

Comprendí que, si me sumergía en sus ojos y llegaba a acostarme con él, ningún otro hombre podría hacerme suya. Tenía demasiada virilidad, demasiado aplomo. Podía sonreír y mostrarse tranquilo, mientras yo rebullía y sentía deseos de escapar, antes de que él volviese *a* llevarme al camino precisamente buscado por mí hasta aquel instante.

-Vamos -dijo, alargando una mano para detenerme, al levantarme yo para alejarme de allí-, no ponga cara de susto y continúe con el juego que empezó hace ya tiempo. -Levantó las cartas y las sostuvo delante de mis ojos. Aparté la mirada, furiosa conmigo misma-. No vuelva los ojos. Mientras mi mujer y yo estábamos en Europa, llegaron cinco o seis cartas suyas, y ella palidecía al verlas. Tragaba saliva, nerviosamente, lo mismo que usted ahora. Jugueteaba con su collar, igual que juguetea usted ahora con sus abalorios. En dos ocasiones, vi que escribía en el sobre: «Dirección desconocida.» Después, un día, recogí yo el correo y encontré estas tres cartas que usted le había escrito. Las abrí y las leí. -Hizo una pausa y se inclinó hacia delante, de modo que sus labios quedaron a sólo unos centímetros de los míos. Su voz sonó dura y fría, pero dominando perfectamente la irritación que podía sentir-. ¿Qué derecho le asiste, para tratar de coaccionar a mi esposa?

Estoy segura de que palidecí intensamente. Sé que me sentí mareada y débil, deseando solamente huir de allí y de él. Creí escuchar la voz de Chris, que me decía: *Deja que el pasado descanse en paz. Déjale, Cathy. Dios, a su manera, le infligirá el castigo que tu pretendes darle. A su manera y cuando le plazca. El te descargará de esta responsabilidad.*

Ahora tenía la oportunidad de contarlo todo... *¡todo!* ¡Así sabría él con qué mujer se había casado. ¿Por qué no permitir a mi lengua decir la verdad?

-¿Por qué no pregunta a su esposa quién soy yo? ¿Por qué me pregunta a mí, si ella tiene *todas* las respuestas?

Se retrepó en la silla tapizada de plástico con un chillón color naranja, y sacó una pitillera de plata con sus iniciales en brillantes. Tenía que ser un regalo de mi madre..., correspondía exactamente a su estilo. Él me tendió la pitillera. Rehusé con la cabeza. Golpeó una punta del cigarrillo sobre la mesa, y encendió la otra con un mechero de plata, también con incrustaciones de brillantes. Mientras tanto, sus ojos oscuros y entornados seguían fijos en los míos, y yo, como una mosca atrapada en una red de mi propia confección, esperaba que se lanzase sobre mí.

-En todas sus cartas decía usted que necesitaba desesperadamente un millón de dólares -dijo, en voz llana y monótona, echándome a la cara el humo del cigarrillo. Tosí y abaniqué el aire. En todas las paredes había rótulos de NO FUMAR-. ¿Por qué necesita un millón?

Yo observaba el humo; éste formaba remolinos y venía hacia mí, envolviéndome la cabeza y el cuello.

-Mire -dije, tratando de recobrar mi aplomo-, sabe usted que mi marido murió. Yo estaba esperando un hijo y cargada de deudas que no podía pagar; incluso después de cobrar de la Compañía de seguros, con *alguna* ayuda por su parte, me estoy hundiendo. La academia de baile tiene déficit. Tengo un hijo al que mantener; he de comprarle cosas y ahorrar para sus estudios cuando sea mayor. ¡Y su esposa tiene *tantos* millones! Pensé que podría desprenderse de uno.

Sonrió, débil y cínicamente. Expelió unos anillos de humo, haciendo que yo tosiera y me apartase de nuevo.

-¿Por qué pensó una mujer inteligente como usted que mi esposa sería tan generosa como para dar algo a una parienta a la que ni siquiera conoce?

-*¡Pregúnteselo a ella!*

-Ya se lo pregunté. Cogí sus cartas, se las mostré y le pedí que me dijese qué significaba todo esto. Doce veces le he preguntado quién es usted y qué relación tiene con ella. Y siempre me ha contestado que no la conoce, salvo como bailarina a la que ha visto actuar. Ahora quiero una respuesta franca y clara -Para asegurarse de que yo no volvería la cabeza y ocultaría mis ojos, alargó una mano y me sujetó con fuerza la barbilla-. *¿Quién diablos es usted?* ¿Cuál es su relación con mi mujer? ¿Por qué pensó que cedería a su chantaje? ¿Por qué, al recibir sus cartas, se apresuraba ella a sacar un álbum de fotos que tiene siempre guardado en un cajón cerrado o en una

caja fuerte? Un álbum que volvía a ocultar rápidamente cuando yo entraba en la habitación.

-Ella sacaba el álbum... ¿el álbum azul con un águila de oro en la tapa de cuero? -murmuré, asombrada de que hiciese tal cosa.

-Dondequiera que vayamos, se lleva el álbum azul en una de sus maletas cerradas. -Sus ojos oscuros se fruncieron amenazadores-. Ha descrito usted perfectamente el álbum azul y dorado, aunque ahora está viejo y gastado. Mientras mi esposa contempla las fotos, mi suegra lee su manoseada Biblia. A veces, he observado que mi esposa llora al mirar las fotos del álbum azul; supongo que contiene fotografías de su primer marido.

Suspiré profundamente y cerré los ojos. *¡No quería saber que ella era capaz de llorar!*

-Respóndame, Cathy. *¿Quién es usted?*

Sentí que él no soltaría mi barbilla y me tendría así una eternidad si no hablaba y le decía algo, y, por alguna estúpida razón, mentí:

-Henrietta Beech era medio hermana de la esposa de usted. Malcolm Foxworth tuvo unas relaciones extramatrimoniales cuyo fruto fueron tres hijos. Yo soy uno de éstos. Su esposa es medio tía mía.

-¡Ah! -suspiró, soltando mi mentón y retrepándose en su silla, como convencido de que le había dicho la verdad-. Malcolm tuvo amores con Henrietta Beech, y ésta le dio tres hijos ilegítimos. ¡Extraordinaria información! -Soltó una risa burlona-. Jamás pensé que fuese tan picarón, sobre todo después del ataque al corazón que sufrió poco después de casarse mi esposa por primera vez. Es algo muy alentador. -Después volvió a ponerse serio y me dirigió una mirada larga y escrutadora-. ¿Dónde está ahora su madre? Quisiera verla y hablar con ella.

-Murió -dije, escondiendo las manos debajo de la mesa y cruzando los dedos, como una niña tonta y supersticiosa-. Hace mucho tiempo.

-Muy bien, creo haberlo comprendido todo. Tres jóvenes Foxworth ilegítimos trataban de sacar dinero a la familia, haciendo chantaje a mi esposa, ¿eh? .

-¡Se equivoca! Fue cosa mía. Mi hermano y mi hermana nada tuvieron que ver con esto. ¡Y yo sólo pido lo que se nos debe! Cuando escribí esas cartas, estaba en una situación desesperada, y ahora no estoy mucho mejor. Los cien mil dólares del seguro no alcanzaron para mucho. Mi marido había contraído grandes deudas, y estábamos atrasados en el pago del alquiler y en los plazos del coche; además, *debía* las facturas del hospital y del entierro, y también las del hospital donde di a luz. Podría pasarme la noche contándole los problemas de mi academia de baile, porque me engañaron al hacerme pensar que era un negocio próspero.

-¿No lo es?

No, porque la mayoría de los alumnos son niñas ricas que se van de vacaciones dos o tres veces al año y a quienes, por lo demás, importa muy poco la danza. Lo único que pretenden es tener buen aspecto y sentirse agraciadas. Si tuviese una sola alumna realmente buena, daría por bien empleados todos mis esfuerzos. Pero no tengo ninguna, absolutamente ninguna.

Bart tamborileó sobre la mesa con las puntas de los vigorosos dedos, y pareció sumirse en profunda reflexión. Después, encendió otro cigarrillo, no porque le gustase fumar, sino para tener ocupados los nerviosos dedos. Aspiró profundamente el humo y me miró a los ojos.

-Voy a serle absolutamente franco, Catherine Dahl. En primer lugar, no sé si está mintiendo o diciendo la verdad, aunque tiene todo el aspecto de pertenecer al clan de los Foxworth. Segundo: no me gusta que trate de hacer chantaje a mi mujer. Tercero: no me gusta que mi esposa esté triste, hasta el punto de llorar. Y cuarto: estoy muy enamorado de ella, aunque confieso que, a veces, me dan ganas de agarrarla del cuello para hacerle vomitar su pasado. Nunca habla de él; está llena de secretos que jamás escucharé. Y un gran secreto del que no tenía la menor noticia es esa relación amorosa del bueno y piadoso y santurrón Malcolm Neal Foxworth, después de sufrir su ataque al corazón. Sé que quizás había tenido una aventura antes del ataque, pero nada más.

¡Oh! Sabía más cosas que yo. Había disparado un tiro al azar, sin saber que podía dar en el blanco.

Bart Winslow miró a su alrededor. Entraban algunas familias, que sin duda querían comer

temprano, y supongo que él temió que le reconociesen y fuesen con el cuento a su mujer, mi madre.

-Vamos, Cathy, salgamos de aquí -dijo, poniéndose en pie y asiéndome del brazo para que yo hiciese lo propio-. Puede invitarme a tomar una copa en su casa, y después hablaremos y podrá contármelo todo con más detalle.

Llegó el crepúsculo, como si cayese rápidamente un telón sobre los montes, y en seguida se hizo de noche. Habíamos estado mucho rato en aquel café, ahora estábamos en la acera, y él sostuvo mi suéter para que introdujese los brazos en las mangas, aunque el aire era tan fresco que una chaqueta o un abrigo habrían sido más adecuados.

-¿Dónde vive?

Se lo dije y pareció desconcertado.

-Será mejor que no vayamos allí... Demasiada gente podría vernos entrar. -Desde luego, él no sabía entonces que yo había elegido aquella casita porque daba por detrás a una zona boscosa y estaba bastante retirada para que un hombre pudiese entrar y salir disimuladamente-. Mi cara aparece demasiado a menudo en los periódicos -siguió diciendo-, y estoy seguro de que sus vecinos me verían. ¿No podría telefonear a la mujer que cuida de su hijo y pedirle que se quede un rato más?

Hice lo que me pedía, hablando primero con Emma Lindstrom y después con Jory, al que pedí que fuese bueno hasta que su mamá volviese a casa.

El coche de Bart era un «Mercedes» negro y reluciente. Ronroneaba suavemente, como los coches de lujo que había tenido Julián, y era tan pesado que no saltaba ni chirriaba, y se agarraba firmemente al suelo en las curvas de las carreteras de montaña.

-¿Adonde me lleva, Mr. Winslow?

-A un lugar donde podremos hablar y nadie nos verá. -Me miró e hizo un guiño-. Ha estado observando mi perfil. ¿Cómo me clasifica?

Una ola de calor invadió mi cara. Y, al sentir que me ruborizaba, enrojecí aún más y empecé a sudar. Mi vida estaba llena de hombres guapos, pero éste era muy distinto de cuantos había conocido. Un tipo de bandido libertino, que hacía funcionar mis señales de alarma. «¡Ten cuidado con ése!», me advirtió mi intuición, mientras estudiaba su semblante. Todo, incluso su traje caro y de perfecto corte, pregonaba que podía ser tan decidido como yo en conseguir lo que quisiera y cuando quisiera.

-Pues... -dije, alargando la palabra, en burlona imitación de su manera de hablar-, ¡sus ojos me dicen que debo echar a correr y cerrar la puerta con llave!

Volvió a hacer un guiño malicioso y pareció satisfecho.

-Así, cree que soy interesante y un poco peligroso. Muy bien. Ser bello y aburrido es peor que ser feo y atractivo, ¿no le parece?

-No lo sé. Si un hombre es lo bastante inteligente y atractivo, suelo prescindir de su aspecto físico y considerarlo bello a pesar de todo.

-Entonces, es fácil de contentar.

Desvié la mirada y me erguí con afectación.

-En realidad, Mr. Winslow...

-Bart.

-En realidad, Bart, soy difícil de contentar. Tengo tendencia a colocar a los hombres sobre un pedestal imaginándolos perfectos. En cuanto descubro que tienen los pies de barro, mi amor se desvanece en indiferencia.

-No muchas mujeres se conocen tan bien -murmuró-. La mayoría de ellas andan por ahí sin saber lo que son detrás de su fachada. Al menos sé donde estoy. No en un pedestal.

¡Nooo! Nunca *le* pondría yo en un pedestal. Sabía lo Que era: un Don Juan, un mujeriego fogoso y turbulento, capaz de volver loca a una esposa celosa. Ciertamente, mi madre no había necesitado su manual sexual para enseñarle lo que tenía que hacer. Él debía saberlo todo. Detuvo bruscamente el coche y se volvió a mirarme. Incluso en la oscuridad brillaba el blanco de sus ojos. Demasiado viril, demasiado vibrante para un hombre que debería empezar a dar señales de edad

avanzada. Tenía ocho años menos que mi madre. Lo cual quería decir que tenía cuarenta, la edad más atractiva del hombre, y la más vulnerable, porque es cuando empieza a pensar que la juventud terminará pronto. Bart tenía que hacer ahora sus nuevas conquistas, antes de que el dulce y fugaz pájaro de la juventud se alejase volando y llevándose a las jóvenes y lindas mujeres que hubiesen podido ser suyas. Y debía estar cansado de una esposa a la que conocía tan bien, aunque declarase que estaba enamorado de ella. Si no era así, ¿por qué brillaban y me desafiaban sus ojos? *¡Oh, mamá! Dondequiera que estés, ¡híncate de rodillas y reza! ¡Porque no tendré por ti más compasión de la que tú tuviste por nosotros!*

Sin embargo, al calibrarle me di cuenta de que no era un hombre tranquilo y capaz de sacrificio como Paul. No necesitaría seducirle. Él cuidaría de esto cuando creyese llegado el momento. Estaría al acecho, como una pantera negra, hasta conseguir lo que quería, y después se marcharía, me dejaría y todo habría terminado. No iba a poner en peligro la ocasión de heredar muchos millones, ni los placeres que estos millones podían proporcionarle, por una amante casual que se cruzase en su camino. La luz roja centelleó detrás de mis ojos. No te precipites..., haz las cosas bien, porque correrás peligro si te equivocas.

Pero si yo le calibraba a él, él hacía lo propio conmigo. ¿Acaso le recordaba tanto a su esposa que no establecería una verdadera diferencia entre las dos? ¿O era este parecido una ventaja a mi favor? A fin de cuentas, ¿no suelen enamorarse los hombres una y otra vez del mismo tipo de mujer?

Hermosa noche -dijo-. Ésta es mi estación predilecta. El otoño es incluso más apasionado que la Primavera. Demos un paseo, Cathy. Este lugar me produce una extraña melancolía; como si tuviese que correr para alcanzar lo mejor de mi vida, que, hasta ahora, se me ha escabullido.

-Muy poético -dije, mientras nos apeábamos del coche y él me asía la mano.

Echamos a andar, guiando él mis pasos -¡quién lo hubiera dicho!- a lo largo de una vía férrea en el campo. El lugar me parecía conocido. Sin embargo no podía ser. ¡No podía ser la misma vía férrea que nos había llevado a Foxworth Hall hacía quince años, ¡cuando yo tenía doce!

-Bart, no sé nada de usted; pero tengo la extraña impresión de que hemos hecho este camino juntos, antes de ahora, otra noche.

-*Deja vu* -dijo él-. Yo tengo la misma impresión. Como si antaño hubiésemos estado muy enamorados y paseado juntos por esos bosques de allí. Nos sentamos en aquel banco verde, junto a la vía del tren. Hoy me he sentido empujado a traerla aquí, aunque en realidad no sabía adonde iba.

Esto hizo que le mirase a la cara, para saber si hablaba en serio. A juzgar por su expresión pasmada y ligeramente inquieta, pienso, incluso ahora, que era sorprendentemente sincero.

-A mí me gusta reflexionar sobre todas las cosas que se consideran imposibles e improbables -dije-. Quiero que todo lo imposible se haga posible, y que todo lo improbable deje de serlo y se convierta en realidad. Entonces, cuando todo es explicable, deseo que surjan nuevos misterios, de modo que tenga siempre algo inexplicable en lo que pensar.

-¡Ya veo que es romántica!

-¿No lo es usted?

-No lo sé. Solía serlo cuando era chico.

-¿Qué le hizo cambiar?

-No se puede seguir siendo un muchacho lleno de ideas románticas, cuando uno ingresa en la Facultad de Derecho y tiene que enfrentarse con las duras realidades del asesinato, la violación, el robo y el cohecho. Los profesores se encargan de atiborrarle a uno de nociones dogmáticas, para expulsar el romanticismo de su mente. Uno ingresa en la Facultad de Derecho fresco y joven, y sale de ella duro y frío, sabiendo lo que le espera y lo mucho que tendrá que luchar para conseguir algo. Pronto se da cuenta de que no es el mejor, y la competencia es espantosa.

Se volvió y sonrió con saleroso encanto.

-Sin embargo, pienso que usted y yo tenemos muchas cosas en común, Catherine Dahl. También yo sentí esta necesidad de lo misterioso, la necesidad de estar confuso y la necesidad de tener alguien a quien adorar. Así, me enamoré de una heredera de millones, pero estos mismos

millones que ella quería heredar, entorpecieron mi camino. Me desequilibraron y me ajustaron. Sabía que todos pensarían que me casaba con ella por su dinero. Y creo que ella lo pensó también, hasta que la convencí de lo contrario. Me enamoré locamente de ella, antes de saber quién era. En realidad, me parece que creía que era como es usted.

-¿Cómo podía pensar eso? -pregunté, sintiendo que sus revelaciones me producían una gran tensión interior.

-Porque *fue* como usted, Cathy, durante un tiempo, pero entonces heredó los millones y empezó a comprar todo lo que se le antojaba, en una verdadera orgía de compras. Pronto tuvo todo lo que podía desear..., salvo un hijo. Y no podía tenerlo. No puede imaginarse el tiempo que pasamos delante de los escaparates de las tiendas que vendían prendas infantiles, juguetes y muebles para niños. Yo me casé con ella sabiendo que no podía tener hijos, y pensé que no me importaba. Pero pronto empezó a importarme demasiado. Aquellas tiendas de artículos infantiles ejercían también cierta fascinación sobre mí.

El estrecho sendero que seguíamos conducía directamente al banco verde, tendido entre dos de los cuatro viejos postes verdes que sostenían un herrumbroso techo de hojalata. Allí nos sentamos, bajo el aire frío de la montaña, con la luna brillando y las estrellas parpadeando en lo alto; zumbaban los insectos, y la sangre cantaba dentro de mí.

-Esto era un pequeño apeadero, Cathy. -Encendió otro cigarrillo-. Ahora ya no pasan trenes por aquí. Las personas ricas que viven en las cercanías ganaron su pleito contra la Compañía del Ferrocarril e impidieron el paso de los trenes que, tan desconsideradamente, silbaban por la noche y turbaban su descanso. A mí me gustaba oír silbar los trenes por la noche. Pero sólo tenía veintisiete años, y vivía como recién casado en Foxworth Hall. Yacía en la cama junto a mi esposa, con un cisne en la cabecera..., increíble, ¿verdad? Ella se dormía con la cabeza apoyada en mi hombro, o pasábamos toda la noche asidos de la mano. Mi mujer tomaba píldoras soporíferas, y por eso dormía profundamente. Tanto, que nunca oía la música maravillosa que sonaba arriba. Esta me intrigaba, y, cuando se lo dije, ella me respondió que era fruto de mi imaginación. Entonces, un día dejó de sonar, y pensé que ella tenía razón, Que lo había imaginado. Pero cuando cesó la música, la encontré a faltar. Ansiaba oírla de nuevo. Porque había dado cierto encanto al viejo caserón. Yo solía Dormirme y soñar que una niña adorable bailaba allá arriba. Y creía que soñaba en mi esposa cuando ésta era joven. Ella me había dicho que con frecuencia, y como castigo, sus padres la enviaban al estudio emplazado en el ático y la obligaban a quedarse allí durante todo el día, incluso en verano, cuando la temperatura debía de superar allí los treinta y ocho grados. Y también en invierno, cuando el frío era tan intenso que sus dedos se quedaban morados. Decía que entonces pasaba todo el tiempo acurrucada en el suelo, junto a la ventana, llorando porque echaba en falta cosas que sus padres consideraban malas.

-¿Subió usted alguna vez al ático?

-No. Quería hacerlo, pero la puerta al final de la escalera estaba siempre cerrada. Además, todos los áticos son iguales; cuando se ha visto uno, se han visto todos. -Me dirigió una mirada pícara-. Y ahora que le he contado tantas cosas de mí, dígame algo acerca de usted. ¿Dónde nació? ¿Dónde estudió? ¿Por qué se dedicó a la danza? ¿Y por qué no asistió nunca a esos bailes que dan los Foxworth en Nochebuena?

Yo estaba sudando, aunque hacía frío.

-¿Por qué tendría que contárselo? ¿Sólo porque usted me ha contado *un poco* acerca de sí mismo? En realidad, no me ha dicho nada importante. ¿Dónde nació *usted?* ¿Por qué decidió usted hacerse abogado? ¿Cómo conoció a su esposa? ¿Fue en verano, en invierno, y en qué año? ¿Sabía que ella había estado casada, o sólo se enteró después de la boda?

-Es muy curiosa, ¿eh? ¿Qué importa el sitio donde nací? Mi vida fue menos emocionante que la suya. Nací en la pequeña ciudad llamada Greenglenna, en Carolina del Sur. La guerra civil había puesto fin a la prosperidad de mis antepasados, y, al igual que todos los amigos de mi familia, ésta había ido cuesta abajo. Pero esto es una vieja historia, que se ha contado muchas veces. Entonces me casé con una Foxworth, y la prosperidad reinó de nuevo en el Sur. Mi esposa se hizo cargo de

mi casa solariega y, prácticamente, la reconstruyó, la amuebló de nuevo y gastó en ella más dinero que si hubiese comprado una casa nueva. Y, ¿qué hacía yo mientras tanto? No era más que un graduado en Harvard, que daba la vuelta al mundo con su mujer. Saqué muy poco provecho de mi instrucción; me convertí en una mariposa social. He tenido unos cuantos pleitos, y la saqué a usted de un apuro. A propósito, no le cobré los honorarios que pensaba.

-¡Le envié un cheque de doscientos dólares! -protesté, acaloradamente-. Si no fue bastante, por favor, no me lo diga ahora; no tengo otros doscientos dólares para gastar.

-¿He hablado de dinero? El dinero significa poco para mí, ahora que tengo tanto para gastar. En este caso particular, pensaba en otra clase de honorarios.

-¡Oh, vamos, Bart Winslow! Me ha traído al campo. ¿Quiere que hagamos el amor sobre la hierba?

¿Debí pensar que la gran ambición de su vida es hacerle el amor a una exbailarina? Yo no malgasto mi sexo, ni pago facturas de esta manera. ¿Y qué hay de tan atractivo en usted, perrillo faldero de una mujer rica, mimada y mal criada, que puede comprar todo lo que quiere..., incluido un marido más joven que ella? Bueno, lo que más me extraña es que no le pusiese una anilla en la nariz, ¡para hacerle bailar, sentarse y pedir!

Entonces me agarró con fuerza y brutalmente, y apretó sus labios contra los míos con una furia que me hizo daño. Traté de apartarle con mis puños, golpeándole los brazos, mientras pugnaba por apartar mi cabeza de la suya; pero, tanto si la volvía a la derecha o a la izquierda, hacia arriba o hacia abajo, mantenía él sus labios sobre los míos, tratando de separarlos. Entonces, dándome cuenta de que no podía librarme de los brazos de acero que ceñían mi cuerpo, rodeé, contra mi voluntad, su cuello con los míos. Mis dedos indóciles me traicionaron, enredándose en sus tupidos y negros cabellos, y el beso se prolongó y se prolongó, hasta que los dos empezamos a jadear... y él me empujó con tanta brusquedad que a punto estuve de caerme del banco.

-Bueno, pequeña, ¿vas a seguir llamándome perrito faldero? ¿O eres Caperucita Roja, que acaba de encontrarse con el lobo feroz?

-¡Lléveme a casa!

-Te llevaré a casa..., pero no antes de haber disfrutado un poco más de lo que acabas de darme.

Se abalanzó sobre mí para agarrarme de nuevo; pero yo me había repuesto ya, y eché a correr hacia el coche y cogí mi bolso, de modo que, cuando él llegó, había sacado mis tijeras de las uñas y le amenazaba con clavárselas.

Él sonrió, alargó una mano y me arrancó las tijeras.

-Podrías hacerme daño -se burló-. No me gusta que me arañen, salvo en la espalda. Cuando te deje en tu casa, te devolveré tus tijeritas.

Y me las devolvió, cuando estuvimos delante de mi casa.

-Ahora, puedes hacer lo que quieras. Vaciarme los ojos, clavarlas en mi corazón..., lo que prefieras. Tu beso ha sido el principio; pero sigo exigiendo el Pago total.

AGARRAR AL TIGRE POR LA COLA

Pocos días más tarde, una mañana de domingo, hacía yo ejercicio en la barra instalada en mi habitación. Mi hijito trataba de imitarme. Me gustaba mirarle en el espejo que yo había trasladado del armario a la barra.

-¿Bailo? -preguntó Jory.

-Sí, Jory. *¡Estás bailando!*

-¿Lo hago bien?

-Sí, Jory. *¡Eres estupendo!*

Se echó a reír, se abrazó a mis piernas y levantó la cabeza para mirarme a la cara con ese arrobamiento estático que sólo los pequeños pueden expresar. Toda la maravilla de vivir se reflejaba en sus ojos, todo el asombro de aprender algo nuevo cada día.

-¡Te quiero, mamaíta! -Era una declaración que nos hacíamos mutuamente al menos doce

veces al día-. Mary tiene un papá. ¿Por qué no tengo yo un papá?

Esto me dolió de veras.

-No tienes papá, Jory, porque se fue al cielo. Pero quizás, algún día, mamá te traiga un papá nuevo.

Sonrió complacido. El papá tenía grandísima importancia en su mundo, pues todos los niños del parvulario lo tenían..., menos él.

Precisamente entonces oí cerrarse de golpe la puerta de la entrada. Una voz familiar gritó mi nombre.

Chris! Sus pasos sonaron en la casita, mientras yo iba hacia él, con mis ceñidos leotardos azules y mis zapatillas de *pointe*. Nuestras miradas se encontraron. Él me tendió los brazos, sin decir palabra, y yo me arrojé en ellos sin vacilación; pero al buscar mis labios para besarme, sólo encontró mi mejilla. Jory tiraba de sus pantalones grises de franela, para que le levantase en sus vigorosos y varoniles brazos.

-¿Cómo está mi Jory? -preguntó Chris, después de besarle en las redondas y sonrosadas mejillas.

Mi hijo le miró con ojos muy abiertos.

-Tío Chris, ¿eres tú mi papá?

-No -dijo con voz ronca Chris, dejando de nuevo a Jory en el suelo-, pero me gustaría tener un hijo como tú.

Esto hizo que me volviese, incómoda, para que él no pudiese ver mis ojos; después le pregunté qué estaba haciendo aquí, cuando hubiese debido de estar cuidando a sus pacientes.

-Tenía libre este fin de semana, y pensé que podía pasarlo contigo; es decir, si tú me dejas. -Asentí débilmente con la cabeza, pensando en otra persona que podía venir también aquel fin de semana-. Me porté tan bien como residente, que me recompensaron con un fin de semana de vacaciones -me explicó, con una de sus cautivadoras sonrisas.

-¿Tienes noticias de Paul? -le pregunté-. No viene tan a menudo como solía, y tampoco escribe mucho.

-Se fue a otro congreso médico. Pensaba que *te* tenía siempre al corriente -dijo él, recalcando ligeramente el «te».

-Estoy preocupada por Paul, Chris. Es impropio de él no contestar todas mis cartas.

Se echó a reír, se dejó caer en un sillón, y puso a Jory sobre sus rodillas.

-Quizá, querida hermana, has encontrado al fin un hombre que puede dejar de amarte.

Ahora no supe qué decir, ni qué hacer de mis pies y de mis manos. Me senté y me quedé mirando fijamente el suelo, sintiendo la larga y firme mirada con que trataba Chris de leer mis pensamientos. Pero el me preguntaba ya:

-¿Qué estás haciendo en la montaña, Cathy? ¿Qué estás tramando? ¿Pretendes quitarle a nuestra madre su Bart Winslow?

Levanté vivamente la cabeza. Vi sus ojos azules medio cerrados, y sentí una ola de calor brotando de mi corazón.

-No me interrogues como si fuese una niña tonta. Hago lo que debo hacer..., igual que tú.

-Claro. No tenía que preguntártelo, porque lo sé. No se necesita una bola de cristal para leer tu pensamiento. Conozco tus móviles y tus propósitos... ¡Pero deja a Bart Winslow en paz! ¡Él nunca la abandonará por ti! Ella tiene los millones, y tú sólo tienes la juventud. Él puede elegir entre miles de chicas jóvenes; ¿por qué habría de elegirte precisamente a ti?

De momento no dije nada; me limité a responder a su mirada severa con una confiada sonrisa, forzándole a ruborizarse y a volver la cara. Me sentía ruin, cruel y avergonzada.

-Chris -dije al fin-, no discutamos. Seamos amigos y aliados. Tú y yo somos lo único que queda de los cuatro.

Sus ojos azules se suavizaron, mientras me observaban.

-Sólo quería probar -se disculpó-, como siempre. -Miró a su alrededor-. En el hospital comparto una habitación con otro residente. Me gustaría poder vivir aquí, contigo y con Jory. Sería

como en los viejos tiempos.

Sus palabras hicieron que me pusiese rígida.

-Sería un trayecto demasiado largo todas las mañanas, y no podrías acudir en casos de urgencia.

Suspiró.

-Lo sé, pero... ¿y los fines de semana? Tengo un fin de semana libre cada quince días. ¿Sería demasiado engorro para ti?

-Sí, sería demasiado. Tengo que vivir mi propia vida, Christopher.

Vi que se mordía el labio inferior, antes de sonreír forzadamente.

-Está bien, sigue tu camino..., haz lo que tengas que hacer. ¡Sólo le pido a Dios que no tengas que arrepentirte un día!

-¿Quieres hacerme el favor de no hablar más de esto? -Sonreí, me acerqué a él y le abracé con fuerza-. Sé bueno. Acéptame como soy, terca como Carrie. Y ahora, ¿qué quieres para almorzar?

-Todavía no he desayunado.

-Entonces, adelantaré la hora del almuerzo, y éste servirá, además, de desayuno.

Después, el día pasó rápidamente. El domingo por la mañana, Chris se sentó a la mesa, dispuesto a engullir la tortilla de queso que tanto le gustaba. Jory, gracias a Dios, comía de todo. Sin querer, yo pensaba en Chris como un padre para Jory. Me parecía natural tenerle en la mesa, como antaño..., y jugando los dos a ser padres. Haciendo lo que podíamos, lo mejor que podíamos, como cuando éramos niños.

Paseamos por los bosques después del desayuno, siguiendo todos los senderos que conocía de mis carreras por el campo. Jory cabalgaba sobre los hombros de Chris. Contemplábamos el mundo que rodeaba Foxworth Hall, todos los lugares que no habíamos podido visitar cuando estábamos en el tejado o encerrados en el ático. Nos detuvimos y contemplamos la enorme mansión.

-¿Está mamá allí? -preguntó él, con voz tensa y ronca.

-No. He oído decir que está en Texas, en uno de esos balnearios de lujo para mujeres ricas, tratando de perder los siete kilos que le sobran.

Él meneó la cabeza, alarmado.

-¿Quién te lo ha dicho?

-¿Quién te imaginas?

Ahora sacudió violentamente la cabeza, bajó a Jory de sus hombros y le dejó en el suelo.

-¡No juegues con él, Cathy! Le he visto. Es peligroso... Déjale en paz. Vuelve a Paul y cásate con él, si ha de haber siempre un hombre en tu vida. Deja que nuestra madre viva la suya en paz. No vas a creer que ella no sufre, ¿eh? ¿Crees que puede ser feliz, sabiendo lo que hizo? Con todo el dinero del mundo no podría comprar lo que perdió..., *¡nosotros!* Conténtate con esta venganza.

-No es bastante. Quiero enfrentarme con ella y cantarle la verdad en presencia de Bart. Y aunque tú vivas cien años y me supliques de rodillas hasta quedarte sin voz..., ¡seguiré adelante y haré lo que debo hacer!

Chris durmió en la habitación que había sido de Carrie. Hablamos muy poco, aunque él seguía todos mis movimientos con los ojos. Parecía agotado, perdido... y, sobre todo, dolido. Yo tenía ganas de decirle que, cuando hubiese hecho lo que tenía que hacer, volvería con Paul y viviría una vida segura con él, y Jory tendría el padre que necesitaba; pero no se lo dije.

Las noches eran frías en la montaña, incluso en setiembre, cuando aún hacía calor durante el día. En aquel ático casi nos habíamos derretido de calor, y creo que ambos pensábamos en esto, sentados ante el fuego de la chimenea, la noche antes de la partida de Chris. Mi hijo llevaba ya varias horas acostado cuando me levanté, bostecé, estiré los brazos y miré el reloj colocado encima de la repisa del hogar, que marcaba las once.

-Es hora de ir a dormir, Chris. Sobre todo para ti, que tienes que levantarte muy temprano.

Me siguió hasta la habitación de Jory, sin decir Palabra, y ambos contemplamos al niño que dormía de costado, húmedos los negros rizos y arrebolado el semblante. Tenía en sus brazos un caballito de felpa, parecido al de verdad que, según decía, debería yo comprarle cuando tuviese

cuatro años.

-Cuando duerme, se parece más a ti que a Julián -murmuró Chris.

Paul me había dicho lo mismo.

-Buenas noches, Christopher Doll -dije, al detenernos ante la puerta del cuarto de Chris-. Que duermas bien; no dejes que te piquen las chinches.

Esto hizo que su rostro se contrajese de dolor. Se apartó de mí, abrió la puerta y se volvió de nuevo hacia mí.

-Así nos dábamos las buenas noches cuando dormíamos en la misma habitación -recordó, y entró en el cuarto y cerró la puerta.

Cuando me levanté, a las siete de la mañana, Chris se había marchado. Lloré un poco. Jory me miró con ojos muy abiertos, sorprendidos.

-¿Mamá...? -preguntó, temeroso.

-No pasa nada. Mamá añora un poco al tío Chris, Y mamá no irá hoy a trabajar.

No. ¿Por qué había de ir? Hoy sólo habría tres alumnos, y podría enseñarles mañana, cuando la clase estuviera llena.

Mis planes se desarrollaban con demasiada lentitud. Para acelerarlos, pedí a Emma que viniese y cuidase de Jory, mientras iba yo a correr un poco por los bosques.

-No estaré fuera más de una hora. Déjale jugar hasta la hora del almuerzo; entonces estaré ya de vuelta.

Con un traje de *jogging* azul brillante, ribeteado de blanco, me dirigí a los senderos del bosque. Esta Vez seguí un ramal hacia la derecha, por el que no había pasado nunca, y corrí por un sector en que los pinos eran más espesos. El sendero era poco marcado y muy irregular, obligándome a mantener la vista Fija en el suelo, para no tropezar con alguna raíz. Los árboles de montaña que crecían entre los pinos tenían ya los vivos colores del otoño, y eran como fuego entre el verde esmeralda de los pinos y de los abetos. Y era, como me había dicho yo hacía tiempo, la última aventura amorosa y apasionada del año, antes de envejecer éste y morir en las fauces heladas del invierno.

Alguien corría detrás de mí. No me volví a mirar. El seco crujido de las hojas muertas sonaba gratamente en mis oídos, y por esto corrí de prisa, mas de prisa, dejando que el viento jugase con mis cabellos sueltos, mientras la hermosura del día se llevaba mi dolor, mi remordimiento, mi vergüenza y mi sentimiento de culpa, convirtiéndolos en sombras transparentes que se desvanecían bajo el sol.

-¡Para, Cathy! -gritó una fuerte voz de hombre-. ¡Vas demasiado aprisa!

Desde luego, era Bart Winslow. Había tenido que encontrarle, más pronto o más tarde. El destino no podía chasquearme siempre, y mi madre no podía ganar siempre. Miré por encima del hombro y sonreí al verle jadear mientras corría con su elegante traje de *jogging* color tostado de azúcar de arce, con franjas de punto, anaranjadas y amarillas, en los puños, el cuello y la cintura. Dos rayas verticales de los mismos colores bajaban por los lados de los anchos pantalones. Exactamente lo que llevaría un corredor local para ir de ronda.

-Hola, Mr. Winslow -le grité, aumentando mi velocidad-. Si un hombre no puede alcanzar a una mujer, ¡*es que no es hombre!*

Aceptó el reto e imprimió más velocidad a sus largas piernas y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerme en cabeza. Volaba, con mis largos cabellos ondeando al viento. Las ardillas que habían salido en busca de piñones escapaban corriendo del camino. Y yo me reía, sintiéndome tan fuerte, y abrí los brazos e hice unas piruetas, sintiéndome como si estuviese en el escenario representando el mejor papel de mi vida. Entonces, una raíz nudosa que no había visto se enganchó en el tacón de mi zapato deportivo, y caí de bruces. Afortunadamente, las hojas muertas me sirvieron de colchón.

Me levanté inmediatamente y corrí de nuevo, pero mi caída había dado oportunidad a Bart de acercarse un poco. Jadeando, boqueando, demostrando claramente que tenía menos resistencia que yo, a pesar de la ventaja de sus piernas más largas, volvió a gritar:

-¡Detente, Cathy! ¡Ten compasión! ¡Me estás matando! ¡Tengo otras maneras de demostrar que soy un hombre!

¡No me apiadé de él! Tenía que correr más que yo, o no me alcanzaría nunca. Así se lo grité, y seguí corriendo, gozando con el vigor de mis piernas de bailarina, de mis ágiles y largos músculos, y con la destreza alcanzada en el ballet, que hacía que me sintiese como un rayo de luz azul.

Pero en el momento en que esta vanidosa idea pasaba por mi mente, me flaqueó la estúpida rodilla y volví a caer de bruces sobre las hojas muertas. Y esta vez me hice daño, verdadero daño. ¿Me habría fracturado un hueso, dislocado un tobillo o roto un ligamento... otra vez?

Un instante después, Bart estaba a mi lado, hincado de rodillas y dándome la vuelta para poder ver mi cara, antes de preguntarme con gran preocupación:

-¿Te has hecho daño? Estás muy pálida... ¿Dónde te duele?

Yo quería decirle que estaba bien, pues las bailarinas sabíamos caer, salvo cuando no sabíamos que íbamos a caernos... Y, ¿por qué me dolía tanto la rodilla?

La miré, sintiéndome traicionada por una rodilla que siempre me engañaba y me dolía de varias maneras.

-Fue esta estúpida rodilla. Si me doy un golpe en el codo con la puerta de la ducha, me duele la rodilla. Cuando tengo jaqueca, la rodilla me duele también para hacerle compañía a mi cabeza. Una vez me empastaron un diente; el dentista se descuidó, se le escapó la broca y me cortó la encía, y mi rodilla derecha se disparó y le dio en el estómago.

-Bromeas.

-Hablo en serio. ¿No tiene usted alguna peculiaridad en su constitución física?

-Nada de lo que me atreva a hablar ahora. -Sonrió, sus ojos brillaron maliciosamente, y me ayudó a ponerme en pie y palpó mi rodilla, como si entendiese algo de esto-. Parece una rodilla sana, funcional.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque las mías son funcionalmente buenas, y lo conozco por el tacto; aunque si pudiese ver tu rodilla, estaría más seguro.

-Váyase a casa y mire la rodilla funcional de su mujer.

-¿Por qué eres tan antipática conmigo? -Frunció los párpados-. Me sentía contento de haberte encontrado, y te comportas con hostilidad.

-El dolor siempre hace que me sienta hostil. ¿No le pasa a usted lo mismo?

-Yo soy dulce y humilde cuando sufro, lo cual no ocurre muy a menudo. De esta manera le prodigas a uno más atenciones... Y recuerda que fuiste tú quien lanzó el reto, no yo.

-No tenía por qué aceptarlo. Podía haber seguido alegremente su camino y dejar que yo siguiese el mío.

-Ya estamos discutiendo -dijo, contrariado-. Quieres que nos peleemos, cuando yo quiero mostrarme amistoso. Sé buena conmigo. Dime que te alegras de verme. Dime que tengo mejor aspecto que la última vez que nos vimos, y que te parezco atractivo Aunque no pueda correr como el viento, tengo mis trucos.

Apuesto a que sí.

Mi esposa está aún en el balneario, y yo estoy solo desde hace meses, mortalmente aburrido por tener que vivir con una anciana que no puede hablar ni andar, pero que me mira con ceño cada vez que me ve. Una noche, sentado ante el fuego, llegué a desear que se cometiese un asesinato por estos andurriales, a fin de tener un caso interesante, para variar. Es desconsolador para un abogado verse rodeado de gente normal y feliz, sin emociones reprimidas y que puedan estallar súbitamente.

-¡Pues está de suerte, Bart! Tiene delante a una persona llena de rencor agresivo, de odio y de afán de venganza, que estallará un día... ¡Puede contar con ello!

Pensó que estaba bromeando, jugando al gato y el ratón, que es juego propio de hombres y mujeres, y recogió también este reto, sin sospechar en absoluto mis verdaderas intenciones. Me miró largamente, desnudándome de mi traje de zafiro con los ojos sensuales del hombre que esperaba ansiosamente mis favores.

-¿Por qué vino a vivir cerca de mí?

Me eché a reír.

-Es muy vanidoso, ¿eh? Vine a explotar una academia de danza.

-Claro que sí... Podía estar en Nueva York o en su población natal, sea cual fuere; pero vino aquí... ¿Quizá, también, a hacer deportes de invierno?

Sus ojos insinuaron la clase de deporte de invierno, de puertas adentro, en que estaba pensando, por si no me había dado cuenta.

-Sí; me gustan todos los deportes, al aire libre y en lugar cerrado -respondí, cándidamente.

Él rió entre dientes confiadamente, presumiendo, como todos los hombres vanidosos, que se había apuntado un tanto en el único juego de puertas adentro que gusta de jugar un hombre con las mujeres.

-Esa anciana que no puede hablar, ¿se mueve aún Por la casa? -le pregunté.

-Un poco. Es la madre de mi esposa. Y también habla un poco, pero sus palabras son confusas e ininteligibles, salvo para mi mujer.

-La deja usted sola... ¿No es peligroso?

-*No* está sola. Una enfermera particular la acompaña continuamente, y hay varios criados en la casa.

frunció el ceño, como si no le gustasen mis preguntas, pero yo insistí:

-Entonces, ¿por qué se queda usted allí? ¿Por qué no va a divertirse, mientras el gato está lejos?

-Tienes una manera muy cruda de plantear las cosas. Aunque nunca sentí gran aprecio por mi suegra, me da pena su estado actual. Y, como conozco la naturaleza humana, no me fío de que los sirvientes la atiendan como es debido, si no hay en la casa un miembro de la familia que vigile lo que hacen por ella. No puede valerse; no puede levantarse de un sillón sin ayuda, ni bajar de la cama sin que le presten auxilio. Por consiguiente, y hasta que regrese mi esposa, soy el encargado de velar por Mrs. Malcolm Foxworth, para que no la descuiden o maltraten, o la despojen de algo.

Entonces sentí una enorme curiosidad. Quería saber el nombre de pila de mi abuela, pues no lo había oído nunca.

-¿*La* llama usted Mrs. Foxworth?

Él no comprendía mi interés por una anciana y trató de desviar la conversación; pero yo insistí.

-La llamo Olivia -respondió, secamente-. Cuando me casé, traté de no hablar nunca con ella, de olvidar que existía. Pero ahora la llamo por su nombre de pila; creo que le gusta, aunque no estoy seguro. Su cara parece de piedra, fijada en una expresión... helada.

Podía imaginármela, toda ella petrificada, a excepción de sus ojos grises de pedernal. Él me había dicho ya todo lo que quería saber. Ahora podría hacer mis planes..., en cuanto hubiese averiguado un pequeño detalle.

-¿Cuándo regresará su esposa?

-¿Por qué quieres saberlo?

-También yo me siento sola, Bart. Cuando se marcha Emma, sólo quedamos en casa mi hijo y yo. Por eso..., pensé que quizás alguna noche querría venir a cenar con nosotros.

-Iré esta misma noche -respondió él, inmediatamente, brillantes los oscuros ojos.

-Nuestro horario depende de mi hijo. En verano cenamos a las cinco y media; pero, ahora que los días son más cortos, lo hacemos a las cinco.

-Magnífico. Dale de cenar a las cinco y llévalo a la cama. Yo iré a las siete y media, para el aperitivo. Después de cenar, quizá podremos conocernos mejor.

Respondió a mi mirada inquisitiva con grave intensidad, como correspondía a un buen abogado. Después, dado que aquella mirada duraba ya demasiado, ambos nos echamos a reír al mismo tiempo.

-A propósito, Mr. Winslow, si pasa por el bosque de detrás de su casa, podrá llegar a la mía sin que nadie le vea; salvo, naturalmente, que se exhiba demasiado.

Levantó la mano y asintió con la cabeza, como si fuésemos dos conspiradores.

-En todo este asunto, la discreción es la consigna Miss Dahl.

LA ARAÑA Y LA MOSCA

A las siete y media en punto sonó el timbre de la puerta, pulsado por un dedo impaciente, obligándome a abrir a toda prisa para que no se despertase Jory, que había protestado por tener que acostarse temprano.

Si había cuidado yo de acicalarme, lo propio había hecho Bart. Entró en la casa como si fuese ya el amo. Dejaba tras él una ráfaga de loción que olía a pino, y sus cabellos aparecían tan ordenados que pregunté si encubrirían alguna calvicie..., cosa que me propuse averiguar más pronto o más tarde. Tomé su abrigo y lo colgué en el armario del recibidor; después me dirigí al bar y empecé a trajinar allí, mientras él se sentaba ante el fuego que había yo encendido en la chimenea (no había olvidado nada; incluso había puesto una suave música de fondo). Ahora conocía a los hombres lo bastante como para saber lo que más les gustaba. Nada encantaba más a un hombre que ver a una mujer bonita atrafagada por servirle, mimarle y darle de comer y de beber.

-Di lo que prefieres, Bart.

-Whisky escocés.

-¿Con hielo?

-A palo seco.

Observaba todos mis movimientos, deliberadamente eficaces y graciosos. Volviéndole la espalda, mezclé una bebida a base de fruta para mí, reforzándola ligeramente con vodka. Y, con las dos copas de alto pi*e* sobre una bandeja de plata, me acerqué seductoramente a él, inclinándome para ofrecerle una buena vista de mi escote. Me senté delante de él y crucé las piernas, de manera que la larga abertura de mi vestido de color de rosa se abriese y dejase al descubierto una pierna, desde la sandalia plateada hasta medio muslo. Él no podía apartar de ella la mirada.

Disculpe las copas -dije delicadamente, complacida por la expresión de su semblante-. En esta casita falta sitio para colocar todas mis cosas. Casi toda mi cristalería está guardada, y no he sacado casi nada más que los vasos de vino y de agua.

El whisky es whisky, sin que importe la manera de servirlo. ¿Y qué diablos es eso que estás bebiendo tu? preguntó, volviendo la mirada a la acentuada V de mi vestido.

Pues verás, se toma zumo de naranja recién exprimido, se le echa un chorro de limón, un poco de vodka, un poco de aceite de coco, y se le añade un chorrito de jerez. Yo lo llamo Delicia de Doncella.

Después de conversar unos minutos, pasamos a la mesa, no lejos de la chimenea, para comer a la luz de unas velas. Con frecuencia se le caía el tenedor o la cuchara, o yo los dejaba caer, y ambos nos agachábamos para recogerlos, a ver quién llegaba antes. Yo ganaba siempre. Él estaba demasiado distraído para dar con el tenedor o la cuchara, teniendo un escote ante sus narices.

-Este pollo está delicioso -me confesó Bart, después de destruir en diez minutos el fruto de cinco horas de duro trabajo-. Y esto que, por lo general, no me gusta el pollo. ¿Dónde aprendiste a preparar este plato?

Le dije la verdad:

-Me lo enseñó una bailarina rusa, que vino de *tournée*. Ella y su marido fueron huéspedes de Julián y míos, y cocinábamos juntos cuando no estábamos bailando, o de compras, o dando vueltas por la ciudad. Se necesitaban cuatro pollitos para cuatro personas. Ahora ya sabes una fea verdad sobre los bailarines; cuando se trata de comer, no nos andamos con remilgos. Bueno, me refiero a después de la actuación. Antes de ésta, tenemos que comer muy poco.

Él sonrió y se inclinó sobre la mesita plegable. La luz de las velas brillaba en sus ojos, con destellos diabólicos.

-Cathy, dime sinceramente por qué viniste a vivir en este poblacho y por qué te has empeñado en que sea tu amante.

No te halagues -le repliqué, en mi tono más altivo, pensando que me las apañaba muy bien

para parecer fría en mi exterior, cuando por dentro estaba hecha un lío de emociones conflictivas.

Casi como si estuviese entre bastidores llena de miedo, antes de salir a escena. Y esta era la representación más importante de mi vida. Entonces, casi por arte de magia, sentí que *estaba* en el escenario. No tenía que pensar en lo que había de hacer o de decir para hechizarle y hacerle mío para siempre. El libreto había sido escrito hacía mucho tiempo, cuando yo tenía quince años y estaba encerrada allá arriba. Si, *mamá, va a empezar el primer* acto. Escrito por alguien que le conocía bien a través de las respuestas dadas a mis muchas preguntas. ¿Cómo podía fracasar?

Después de comer desafié a Bart a una partida de ajedrez, y aceptó. Me apresuré a sacar el tablero y a despejar la mesa, dejando los platos en el fregadero. Empezamos a montar los dos ejércitos de guerreros medievales.

-He aquí lo que vine a hacer -dijo él, lanzándome una dura mirada-. ¡Jugar al ajedrez! Me duché, me afeité y me puse mi mejor traje... ¡para jugar al ajedrez! -Después, sonrió con zalamería-. Si gano, ¿cuál será el premio?

-Una segunda partida.

-¿Y cuando gane la segunda partida?

-Si ganas las dos, jugaremos después la decisiva. Y no me mires con ese aire de superioridad. Me enseñó a jugar un maestro.

Este era Chris naturalmente.

-Cuando haya ganado la partida decisiva, ¿qué premio tendré? –insistió.

-Podrás irte a tu casa y echarte a dormir, satisfecho de ti mismo.

Deliberadamente, levantó el tablero con sus figuritas de marfil talladas a mano y lo colocó sobre el frigorífico. Asió mi mano y me condujo al cuarto de estar.

-Pon un poco de música, ballerina -pidió, con voz dulce-, y bailemos. No una pieza de fantasía; algo sencillo y romántico.

Yo sólo oía música popular en la radio del coche, para distraerme en los largos trayectos solitarios; en cambio, cuando quería gastarme el dinero en discos, compraba siempre música clásica o de ballet. Sin embargo, hoy había comprado algo especial: The Night was Made for Love. Y, mientras bailábamos en la penumbra del cuarto de estar, sin más luz que la de la chimenea, recordé el ático seco y polvoriento, y a Chris.

-¿Por qué lloras, Cathy? -preguntó suavemente Bart, obligándome a volver la cabeza, de modo que mis lágrimas mojaron su mejilla.

-No lo sé -gemí, y era verdad.

-Claro que lo sabes -dijo él, frotando su suave mejilla contra la mía, mientras seguíamos bailando-. Eres una combinación muy intrigante de niña, vampiresa y ángel.

Lancé una risita breve y amarga.

-Es lo que todos los hombres quieren pensar de las mujeres. Que son niñas que necesitan sus cuidados.... aunque la verdad es que son los hombres quienes son niños en el fondo.

-Entonces, saluda al primer hombre adulto de tu vida.

-¡Tú no eres el primer hombre engreído y porfiado de mi vida!

-Pero seré el último. El más importante..., el único al que nunca olvidarás.

¡Oh! ¿Por qué tenía que decir esto? Chris tenía razón. Éste era un hueso duro de roer.

-Cathy, ¿pensaste realmente que podrías chantajear a mi mujer?

-No, pero quise intentarlo. Soy tonta. Espero demasiado, y después me enfado porque nada sale como yo quisiera. Cuando era jovencita y estaba llena de esperanzas y de aspiraciones, no sabía que tendría que sufrir tan a menudo. Pienso que me endureceré y no volveré a padecer, pero mi frágil concha se rompe y, una vez más, simbólicamente, mi sangre fluye con las lágrimas que vierto. Después, vuelvo a ponerme sobre mí, sigo adelante, me convenzo de que todo tiene una razón y de que la descubriré en algún momento de mi vida. Y, cuando consigo algo que quiero, pido a Dios que dure lo bastante para darme cuenta de que lo tengo, y que no me duela cuando lo pierda, pues no puedo esperar que permanezca. Soy como un buñuelo, siempre horadado en el centro, y ando buscando constantemente el trozo que falta, y es el cuento de nunca acabar...

-No eres sincera contigo misma -repuso Bart, a media voz-. Sabes mejor que nadie lo que te falta, o yo no estaría aquí.

Su voz era tan baja y seductora que apoyé la cabeza sobre su hombro mientras seguíamos bailando.

-Te equivocas, Bart; no sé por qué estás aquí. No sé cómo llenar mis días. Cuando doy lecciones y cuando estoy con mi hijo, me siento vivir; pero cuando él se ha ido a la cama y me quedo sola, no sé qué hacer. Sé que Jory necesita un padre, y, cuando pienso en su padre, me doy cuenta de que siempre hice lo que no debía. Los críticos pregonaban mis grandes facultades..., pero, en mi vida personal, sólo hice disparates; hasta el punto de que mis logros profesionales no me servían para nada.

Dejé de mover los pies, sorbí y traté de ocultar la cara; pero él me obligó a levantarla, enjugó mis lágrimas y me ofreció el pañuelo para que me sonase

Después se hizo el silencio. Un largo, largo silencio. Nuestros ojos se encontraron, y mi corazón empezó a latir más de prisa.

-Tus problemas son tan sencillos, Cathy -empezó a decir él-, que lo único que necesitas es alguien como yo, que necesita alguien como tú. Si Jory necesita un padre, yo necesito un hijo. ¿Ves con qué sencillez se resuelven las cuestiones complicadas?

«Demasiada sencillez», pensé, teniendo él una esposa, y siendo yo lo bastante avisada y cínica para saber que no podía interesarle hasta tal punto.

-Tienes una esposa *a la que amas* -repliqué, con acritud.

Le empujé. No quería conquistarle con demasiada facilidad, sino sólo después de una larga y difícil lucha contra mi madre, y ella no estaba ahora aquí para enterarse.

-Los hombres también mentimos -dijo, lisa y llanamente, con menos animación en sus ojos-. Tengo una esposa y, ocasionalmente, dormimos juntos; pero el fuego se ha apagado ya. No la conozco. Creo que nadie la conoce. Es una caja de secretos, cerrada herméticamente, en la que no me permite mirar. Pero ahora, después de tanto tiempo, ya no me importa. Puede quedarse con sus secretos y sus lágrimas, y con la angustia que la corroe, sea por lo que fuere, y que hace que se levante por la noche y vaya a mirar su maldito álbum azul. Ahora ha engordado, y me ha escrito diciendo que le han hecho en la cara una operación de cirugía plástica y que no la conoceré cuando regrese. ¡Como si la hubiese conocido de veras alguna vez!

Sentí pánico, ¡no me convenía esta indiferencia! ¿Cómo podría romper un matrimonio que ya se estaba derrumbando? ¡Necesitaba lograr mi propósito contra tremendos obstáculos!

-¡Vete a casa! -exclamé, empujándole-. No te conozco lo bastante para escuchar tus problemas..., y no te creo. ¡No me fío de ti!

Se echó a reír, burlón, excitado por mis débiles esfuerzos en alejarle. Su libido se había disparado... Ardía en sus ojos al agarrarme de los brazos y atraerme hacia él.

-¡*Déjate* de historias! Mira cómo te has vestido. Me hiciste venir por una razón. Y aquí estoy, dispuesto a dejarme seducir. En realidad, me sedujiste ya la primera vez que te vi... y por mi vida que tengo la impresión de conocerte desde mucho antes. Conmigo, la partida no termina nunca en tablas. Ganas tú o gano yo, aunque, si nos acostamos juntos, quizá descubriremos, al despertarnos por la mañana, que hemos ganado los dos.

Se encendió la luz roja: *¡Alto! ¡Resiste! ¡Lucha!* Pero no hice nada de eso. Golpeé su pecho con mis pequeños puños, mientras él se reía, me levantaba del suelo y me cargaba sobre su hombro. Con una mano, agarró mis dos piernas para que no pudiese darle patadas, y con la otra, apagó las luces. En la oscuridad, mientras yo seguía pegándole en la espalda me llevó a mi cuarto y me arrojó sobre la colcha. Quise levantarme, ¡pero él fue más rápido! No pude usar la rodilla que tenía preparada. Él percibió que, con mi habilidad de bailarina, podría derrotarle, y por esto se arrojó sobre mí, me asió de la cintura, ¡y ambos caímos al suelo! Abrí la boca para gritar. Él puso la mano sobre mis labios abiertos; después, me sujetó los brazos con su fuerza hercúlea y se sentó sobre mis piernas, haciendo inútiles mis esfuerzos por liberarme.

-Cathy, mi adorable seductora, ¿por qué te has tomado tanto trabajo? Me sedujiste hace

mucho tiempo, *ballerina.* Hasta la semana anterior a Navidad, serás mía. Entonces, volverá mi esposa... y ya no te necesitaré.

Apartó la mano de mi boca, y pensé gritar; pero, en vez de esto, le escupí:

-Al menos, ¡yo no he tenido que comprarte con los millones de mi padre!

Fue el fulminante. Él apretó brutalmente sus labios contra los míos, antes de que me diese cuenta de lo que pasaba. ¡No era esto lo que yo quería! Quería tentarle, inflamarle, hacer que me persiguiese, y sólo ceder después de un largo y empeñado acoso, que mi madre tendría que ver y aguantar, sufriendo horrores, porque nada podría hacer para impedirlo, so pena de que yo lo revelase todo. Y, sin embargo, él se apoderaba de mí despiadadamente, ¡con más brutalidad que Julián en sus peores momentos! Se arrojó salvajemente sobre mí, retorciéndose, mientras me arrancaba el ceñido vestido rosa. Me quedé con sólo mis panties, y pronto tiró de ellos hacia abajo, arrastrando de paso mis zapatillas plateadas.

Apretando brutalmente mis labios con los suyos, me sujetó la mano con tal fuerza que crujieron los nudillos. ¡Tuve que ceder para que no me rompiese los dedos! Todavía no sé cómo se despojó de su ropa, mientras me sujetaba, desnuda, debajo de él. Yo seguía luchando, retorciéndome, esquivándole, tratando de arañarle o de morderle, mientras él me besaba y acariciaba. Pude gritar varias veces; pero también yo respiraba de prisa, fatigosamente, y me encorvaba hacia arriba para desprenderme de él. Pero él lo tomó como una invitación. Me penetró, terminó rápidamente y se apartó, sin darme el menor placer.

-¡Vete! -chillé-. ¡Llamaré a la Policía! Haré que te metan en la cárcel, ¡acusado de violación!

Rió desdeñosamente, me dio unas palmadas en el mentón y se levantó para vestirse.

-¡Oh! -dijo, burlón, imitando mi voz-. ¡Qué miedo me das! -Después, se puso serio-. No estás contenta, ¿verdad? La cosa no ha salido como habías planeado. Pero no te preocupes; volveré mañana por la noche, y quizás entonces estarás dispuesta a complacerme y harás que acceda a complacerte a ti.

-¡Tengo una pistola! -No era verdad-. Y, si te atreves a poner de nuevo los pies en esta casa, ¡eres hombre muerto! Aunque no eres un hombre. ¡Los seres humanos no son tan brutos!

-Mi esposa dice a menudo lo mismo -admitió él, tranquilamente, abrochándose descaradamente el pantalón, sin tener siquiera la delicadeza de volverse de espaldas-. Pero le gusta de todos modos, igual que a ti. Para mañana por la noche puedes preparar *Beef Wellington* con ensalada, y batido de chocolate para postre. Si crees que esto engorda, quemaremos las calorías sobrantes de la manera más agradable posible..., y no me refiero a las carreras por el bosque. -Hizo un guiño, me saludó, puso un pie detrás del otro, para dar media vuelta al estilo militar, y se detuvo en el umbral, mientras yo me sentaba en el suelo y me cubría con los restos de mi vestido-. Hasta mañana. No sé a qué hora llegaré, pero me quedaré a pasar la noche..., es decir, si me tratas bien.

Se marchó, y oí que la puerta de la entrada se cerraba de golpe. *¡Al infierno con él!* Empecé a llorar, pero no compadeciéndome a mí misma. Era un sentimiento de frustración tan enorme, ¡que habría descuartizado a aquel hombre! *¡Beef Wellington!* ¡Lo aderezaría con arsénico!

Una vocecilla tímida sonó detrás de mi puerta.

-Mamaíta..., tengo miedo. ¿Estás llorando, mamaíta?

Me puse rápidamente una bata y le hice entrar; después, le estreché en mis brazos.

-Mamá está bien, querido. Has tenido una pesadilla. Mamá no llora..., ¿lo ves?

Me enjugué las lágrimas, para no contradecirme.

Mientras desayunaba con Jory, llegaron tres docenas de rosas rojas de la floristería, de la variedad de tallo largo. Iban acompañadas de una tarjetita blanca que decía:

Te envío un gran ramo de rosas, Una para cada noche en que tendrás mi corazón.

Sin firma. ¿Y qué diablos iba a hacer yo con tres docenas de rosas, en una casa pequeña como una caja de cerillas? No podía enviarla a una guardería infantil, y el hospital estaba a millas de distancia. Jory decidió lo que había que hacer con ellas.

-¡Oh, mamá, qué bonitas! ¡Son rosas del tío Paul!

Por Jory, guardé las rosas en vez de tirarlas, y las distribuí entre muchos floreros por toda la

casa. Él se puso muy contento, y, cuando le llevé conmigo, a la academia de baile, dijo a todos mis alumnos que su casa estaba llena de rosas..., incluso el cuarto de baño.

Después del almuerzo llevé a Jory al parvulario que tanto le gustaba. Era un colegio Montessori, donde fomentaban sus ganas de aprender apelando a sus sentidos. Ya sabía escribir su nombre, ¡y sólo tenía tres años! «Era como Chris -me dije-, brillante, guapo, inteligente...» ¡Oh! Mi Jory lo tenía todo..., menos un padre. Sus brillantes ojos castaños sentían una curiosidad por todo que habría de durar toda su vida.

-Te quiero, Jory.

-Lo sé, mamá.

Se despidió agitando la mano, mientras yo arrancaba.

Cuando volví a buscarle, vi rubor y turbación en su carita.

-Mamaíta -dijo, en cuanto se hubo sentado a mi lado en el coche-, Johnny Stoneman me ha dicho que su mamá le pegaba si la tocaba... ahí. -Señaló tímidamente mi pecho-. Tú no me pegas cuando yo lo hago.

-Pero tú no me tocas aquí; no lo has hecho desde que eras pequeñín y te di de mamar durante un breve tiempo.

-¿Y me Pegabas entonces? -preguntó, muy preocupado.

-No, claro que no. Los niños muy pequeños tienen que chupar del pecho de su madre, yo no te pegaría nunca por tocarme aquí. Si quieres, puedes probar.

Alargó una manita indecisa, mientras observaba mi cara para ver si me enfadaba. ¡Oh, cuán de prisa aprendían los niños los tabúes! Y, cuando me hubo tocado, sin que le fulminase un rayo, sonrió con alivio.-¡Oh, qué blando es! -Había hecho un agradable descubrimiento, y se abrazó a mi cuello-. Yo también te quiero, mamaíta. Porque tú me quieres incluso cuando soy malo.

-Siempre te querré, Jory. Y, si alguna vez eres malo, trataré de comprenderte.

Sí; no sería como mi abuela..., ni como mi madre. Iba a ser la madre perfecta, y, algún día, también él tendría un padre. ¿Cómo era posible que los niños tan pequeños hablasen ya de pecado, y recibiesen azotes sólo por tocar? ¿Quizá porque esta tierra era tan alta que estaba muy cerca de los ojos de Dios? ¿Por eso vivían todos como hechizados, temerosos, obrando externamente con rectitud, mientras cometían en secreto todos los pecados? *Honrarás a tu padre y a tu madre. Haz a los otros lo que quisieras que te hiciesen a ti. Ojo por ojo.*

Sí..., *ojo por ojo;* por eso estaba yo aquí.

Me detuve a comprar unos sellos antes de llegar a mi casita, y dejé a Jory dormitando en el asiento delantero del coche. *Él* estaba en la oficina de Correos -que no era mayor que mi cuarto de estar--, comprando también sellos. Me sonrió amablemente, como si no hubiera pasado nada entre nosotros la noche anterior. Incluso tuvo la cara dura de seguirme hasta el coche, para preguntarme si me habían gustado las rosas.

-No su clase de rosas -le respondí, subiendo muy tiesa al coche y cerrando la portezuela en sus narices. Se quedó mirándome, sin sonreír; en realidad parecía bastante afligido.

A las cinco y media, un mensajero trajo un paquetito a mi casa. Era un paquete certificado, por lo cual tuve que firmar recibo. Dentro de una caja, había otra más pequeña, y dentro de ésta, un estuche que abrí rápidamente, mientras Jory observaba con los ojos muy abiertos. Sobre un forro de terciopelo negro había una sola rosa, compuesta de muchos diamantes. También había una tarjeta que decía: *Espero que esta clase de rosa te guste más.* Aparté la rosa a un lado, como una chuchería comprada con dinero *de ella*, no de él..., igual que las rosas naturales.

Tuvo la desfachatez de presentarse aquella tarde, a las siete y media, tal como había anunciado. Sin embargo, le hice entrar en seguida y le conduje a la mesa, prescindiendo del aperitivo y de otras nimiedades. Había preparado la mesa incluso con más cuidado que la noche anterior. Había abierto algunos paquetes y sacado mi -mejor mantelería bordada y los platos chapados en plata. De momento, ninguno de los dos habló. Yo había recogido todas sus rosas y las había puesto de nuevo en la caja, al lado de su plato. Y, sobre el plato vacío, estaba el estuche forrado de terciopelo, con la rosa de diamantes en su interior. Me senté y observé su expresión,

mientras él quitaba el estuche del plato con naturalidad, y apartaba la caja de las flores con la misma indiferencia. Entonces, sacó un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta y me lo dio. En él había escrito, con firmes caracteres:

Te amo por razones que no tienen principio ni fin. Te amaba incluso antes de conocerte; por eso mi amor no tiene causa ni motivo. Dime que me vaya, y me iré. Pero antes tienes que saber que, si me rechazas, recordaré toda mi vida un amor que pudo ser nuestro, y que te amaré aún más después de muerto.

Levanté la cabeza y le miré a los ojos, por primera vez desde que había llegado.

-Muy poético, pero hay en ello algo familiar, un poco extraño.

-Lo redacté hace unos minutos; ¿cómo puede sonarte familiar? -Alargó la mano hacia la tapa de plata en forma de cúpula, que cubría ostensiblemente el *Beef* Wellington-. Ya te dije que era abogado, no poeta, y sin duda esto explica que te parezca extraño. En el colegio no me distinguí por la poesía.

-Ya lo veo. -Me interesaba mucho su expresión-. Elizabeth Barrett Browning es muy dulce, pero no es tu tipo.

-Lo hice lo mejor que pude -dijo, con maliciosa sonrisa, lanzándome una mirada desafiante, antes de bajarla hacia la enorme fuente, que contenía un perro caliente y una pequeña porción de alubias en conserva frías.

La incredulidad que se pintó en sus ojos y su expresión pasmada y ofendida me dieron tal satisfacción que casi sentí simpatía por él.

-Estás viendo el plato predilecto de Jory -le dije, regocijándome en su desconcierto-. Es lo mismo que él y yo comimos esta tarde; como nos gustó, pensé que también te gustaría a ti y te guardé un POCO. Como yo he comido ya, *todo* te pertenece; sírvete tu mismo, por favor.

Frunció el ceño, me fulminó con la mirada y mordió furiosamente el perro caliente, que sin duda estaba ya tan frío como las alubias. Pero lo comió todo y bebió su vaso de leche, y, Para Postre, le ofrecí una caja de galletas con formas de animales. Primero miró la caja con otra expresión de pasmado asombro; pero después la abrió, cogió un león y lo decapitó de un mordisco.

Sólo después de comer todas las galletas y de recoger incluso las migajas, se tomó la molestia de mirarme, con tanta altivez que pareció reducirme al tamaño de una hormiga.

-Supongo que eres una de esas despreciables mujeres liberadas que se niegan a hacer cualquier cosa para complacer a un hombre.

-Te equivocas. Sólo me siento liberada con respecto a *algunos* hombres. A otros, puedo adorarles y servirles como una esclava.

-¡Tú me obligaste a hacer lo que hice! -replicó, enérgicamente-. ¿Crees que lo había proyectado así? Quería entablar nuestra relación sobre una base de igualdad. ¿Por qué te pusiste aquel vestido?

-¡ Es la clase de vestido que prefieren todos los machistas!

-Yo no soy machista... ¡y odio esos vestidos!

-¿Te gusta más el que llevo ahora?

Me erguí para que pudiese ver mejor el viejo suéter que me había puesto. Con él llevaba unos descoloridos vaqueros azules y unos zapatos deportivos sucios, y había peinado mis cabellos hacia atrás, anudándolos en un moño de abuelita. Deliberadamente, había dejado unos mechones sueltos, que, en su desaliño, me daban cierto atractivo. Y no me había pintado en absoluto. En cambio, él parecía un figurín.

-Al menos ahora pareces sincera y dispuesta a dejarme la iniciativa. Nada aborrezco tanto como las mujeres que se las dan de fuertes, como tú la noche pasada. Esperaba de ti algo mejor que aquel ligero vestido que lo mostraba todo y me privaba de la satisfacción de descubrirlo por mí mismo. -Frunció las cejas y murmuró-. De un vestido rojo de ramera a unos vaqueros azules. En un solo día, has vuelto a la adolescencia.

-Era un vestido color de rosa, *¡no rojo!* Además, Bart, los hombres fuertes como tú suelen gustar de las mujeres débiles, pasivas y estúpidas, porque, en el fondo, ¡os sentís también débiles y

teméis a las mujeres agresivas!

-Yo no soy débil ni nada parecido, sino un hombre que desea sentirse hombre, y no un mero instrumento para tus fines. En cuanto a las mujeres pasivas, las desprecio tanto como a las agresivas. Pero no me gusta sentirme víctima de una cazadora que me quiere hacer caer en una trampa. ¿Qué diablos pretendes hacerme? ¿Por qué me aborreces tanto? Te envío rosas, diamantes, poesía de imitación, y ni siquiera puedes peinarte y quitarte el brillo de la nariz.

-Me estás viendo tal como soy, y, ahora que lo has visto, puedes marcharte. -Me levanté, me dirigí a la puerta de la entrada y la abrí-. No nos convenimos. Vuelve con tu esposa. Puede quedarse contigo, porque y*o* no te quiero.

Se acercó rápidamente, como disponiéndose a obedecer, pero entonces me tomó en sus brazos y cerró la puerta de una patada.

-Te amo, no sé por qué; pero tengo la impresión d*e* haberte amado siempre.

Le miré a la cara, con incredulidad, mientras él extraía las horquillas de mis cabellos, dejándolos sueltos. Fruto de un largo hábito, los sacudí de manera que se arreglaron por sí solos, y él, sonriendo un poco, me hizo volver la cara en su dirección.

-¿Puedo besar tus labios *naturales?* Son muy hermosos...

Sin esperar que le diese permiso, rozó delicadamente mis labios con los suyos. ¡Deliciosa sensación, la de un beso suave como una pluma! ¿Cómo puede haber mujeres que quieren que se las coman vivas, a bocados furiosos? Yo no soy de ésas; quiero que me toquen como un violín, empezando *pianissimo*, con ritmo lento, e ir *in crescendo* poco a poco. Esperé con ilusión llegar a las cumbres del éxtasis, que sólo podía alcanzar cuando se pronunciaban las palabras adecuadas y se daban los besos adecuados antes de pasar a mayores. Y, si la noche pasada había escatimado él estas cosas, hoy puso en juego toda su habilidad. Esta vez me elevó hasta las estrellas, donde explotamos los dos, fuertemente abrazados, deseosos de repetir el experimento.

Él tenía vello en todo el cuerpo, a diferencia de Julián, que era lampiño, salvo una fina línea de pelitos del ombligo para arriba. Y Julián nunca me había besado los pies, que olían a rosas después del largo baño perfumado que tomaba antes de ponerme mi ropa de trabajo. En cambio, Bart besó los dedos de mis pies, uno a uno, como prólogo de lo que vendría después. Tuve la impresión de que la abuela nos observaba, con sus ojos duros y grises, fulminándonos con ellos. Pero la aparté de mi mente, la eché fuera, y me entregué con todos mis sentidos al hombre que ahora se comportaba como un verdadero amante.

Pero sabía que él no me amaba. Bart me empleaba como sustituta de su esposa, y, cuando ésta regresase, no volvería a verle. Lo sabía, y, sin embargo, tomé y le di cuanto pude hasta que nos quedamos dormidos, en brazos el uno del otro.

Y soñé. Soñé que Julián estaba en la cajita de música que mi Padre me había regalado cuando yo tenía seis años. Daba vueltas y más vueltas, pero no dejaba de mirarme y de acusarme con sus ojos de azabache. Después, le crecía el bigote, y era Paul, que sólo parecía triste. Yo corría para salvarle de la muerte en una caja de música que se había convertido en ataúd..., pero era Chris quien estaba dentro de él con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho..., muerto, muerto. ¡ Chris!

Me desperté y vi que Bart se había marchado y que mi almohada estaba mojada de lágrimas. *Mamá, ¿por qué empezaste todo esto? ¿Por qué?*

Asiendo la manita de mi hijo, le saqué al aire frío de la mañana al dirigirme a mi trabajo. Débil y lejana, oí una voz que me llamaba por mi nombre, y con ella llegó un perfume de rosas de otros tiempos. ¿Por qué no vienes, Paul, y me salvas de mí misma? ¿Por qué me llamas sólo con el pensamiento?

Había terminado el primer acto. El segundo empezaría cuando mi madre supiese que tenía un hijo de Bart... Además, estaba la abuela, que también tenía que pagar. Y, al mirar hacia arriba, me pareció que las montañas sonreían satisfechas. Al fin había respondido a su llamada. A su vengativo y atormentador gemido.

LA ABUELA RECIBE UNA VISITA

Foxworth Hall estaba en el extremo de una calle sin salida; era la mayor y más imponente entre muchas casas grandes y elegantes, y la única que sobresalía a gran altura en la falda de la colina, dominando a las otras como un castillo. Yo iba un día tras otro a contemplarla, mientras hacía mis planes.

Bart y yo no teníamos que escabullirnos furtivamente para encontrarnos. El lugar donde él vivía estaba muy apartado, y nadie podía vernos cuando él entraba en mi casa por la puerta de atrás, que daba a un patio vallado. Detrás de éste, pasaba un camino flanqueado de arbustos y de árboles que lo ocultaban. Otras veces nos encontrábamos en una población lejana, y nuestras expansiones amorosas en una habitación de motel eran furiosas, dulces,-tiernas, eróticas y muy satisfactorias. Pero un día me quedé helada cuando él me dijo, después del almuerzo:

-Ella me ha llamado esta mañana, Cathy. Llegará antes de Navidad.

Muy bien -dije, y seguí comiendo la ensalada y Pensando en el *Beef Wellington* que vendría después.

Él frunció el ceño, y el tenedor se paró a medio camino de su boca.

-Esto quiere decir que no podremos vernos mucho. ¿No lo lamentas?

-Ya encontraremos maneras.

~¡A fe que eres terrible!

-No le des tanta importancia. Todas las mujeres somos monstruos para los hombres, y quizá para nosotras mismas. Somos nuestros peores enemigos. Tú no tienes que divorciarte de ella y perder la oportunidad de heredar una fortuna. Aunque es posible que ella viva más que tú y tenga ocasión de comprar otro marido joven.

-¡A veces eres tan zorra como ella! ¡Ella *no me* compró! ¡Yo la amaba! ¡Y ella me amaba! Yo estaba loco por ella, tan loco como estoy ahora por ti. Cuando la conocí era dulce, encantadora, tenía todo lo que quería en una mujer y en una esposa; pero después cambió. -Se llevó la ensalada a la boca y masticó furiosamente-. Siempre ha sido un misterio..., igual que tú.

-Bart, querido -le dije-, pronto se derrumbarán todas las murallas del misterio.

Prescindió de mi interrupción y siguió hablando:

-Su padre también era un misterio; le mirabas y veías un digno y viejo caballero, pero detrás de esa fachada había un corazón de acero. Yo creía que era su único abogado; pero tenía seis más, y a cada uno de ellos encargaba una tarea especial. La mía era redactar sus testamentos. Los cambió docenas de veces, ora incluyendo un familiar, ora excluyendo a otro, y añadiendo codicilos como un loco, a pesar de que estuvo perfectamente cuerdo hasta el fin. El último codicilo fue el peor.

Desde luego, los niños no contaban para él.

-Entonces, ¿ejercías realmente la profesión de abogado?

Él sonrió amargamente y respondió:

-Claro que sí. Y ahora vuelvo a hacerlo. El hombre necesita hacer algo que sea significativo. ¿Cuántas veces se puede dar la vuelta a Europa sin aburrirse? Siempre viendo las mismas caras, haciendo las mismas cosas, riendo los mismos chistes. La Gente Feliz..., ¡qué risa! Con mucho dinero se compra todo, menos la salud; pero como ya no quedan sueños ni aspiraciones que comprar, al fin uno acaba aburriéndose.

-¿Por qué no te divorcias de ella y das algún sentido a tu vida?

-Ella me ama -respondió, brevemente, con voz dulce.

Así, pues, se quedaba como estaba porque ella le quería. Con esto me obligó a decirle:

-Cuando nos conocimos, me dijiste que la amabas, y ahora dices que no. ¿Cuál es la verdad?

Pensó largo rato antes de responder:

-Sinceramente, *ballerina,* soy ambivalente y rencoroso. La amo y la odio. Pensé que era como tu pareces ser ahora. Por consiguiente, ten la bondad de disimular tu lado malicioso y dominante, que tanto me recuerda a ella, y no trates de hacerme lo que ella me ha hecho. Estás levantando un muro entre nosotros, porque sabes algo que yo ignoro. No me enamoro fácilmente, y ojalá *no me hubiese* enamorado de ti.

De pronto pareció un niño pequeño, caprichoso; como si su perrito predilecto pudiese traicionarle y estropear su vida para siempre. Esto me conmovió, y me aventuré a decir:

-Te juro, Bart, que un día conocerás todos mis secretos y los de ella; pero hasta que llegue este día, dime que me quieres, aunque no sea verdad, porque no me gusta estar contigo si no siento que me amas un poco.

-¿Un poco? Tengo la impresión de haberte amado toda la vida. Incluso cuando te besé por primera vez, me pareció que lo había hecho antes de entonces. ¿Por qué será?

-Karma.

Sonreí al ver su expresión de desconcierto.

Yo tenía que hacer algo, antes de que llegase mi madre. Un día en que no tenía clases y Jory estaba en el parvulario, me dirigí a Foxworth Hall, siguiendo los caminos más disimulados. Al llegar a la puerta de atrás, empleé la vieja llave de madera confeccionada por Chris hacía mucho tiempo. Era un jueves. Toda la servidumbre habría ido a la ciudad. Al contarme Bart su rutina cotidiana, me había dicho también muchas cosas sobre la vida que hacía mi abuela. Sabía que a esta hora la enfermera estaría durmiendo la siesta, porque mi abuela también dormía un rato por la tarde. Ocupaba ésta la misma pequeña habitación, detrás de la biblioteca, en que había estado confinado nuestro abuelo en sus últimos días, mientras nosotros esperábamos arriba que entregase su alma a Dios y que su muerte nos devolviese la libertad.

Crucé las grandes y lujosas estancias, contemplando ávidamente el rico mobiliario, y volví a ver la doble escalera curva que arrancaba de un vestíbulo que, por sus dimensiones, habría podido ser salón de baile. En el sitio de la segunda planta donde se encontraban las dos escaleras había una galería, y, en el otro tramo de escalera que llevaba directamente al ático- Vi el arca enorme donde Chris y yo nos habíamos escondido una vez para observar la fiesta de Navidad que se celebraba en la planta baja. Hacía de esto mucho tiempo, pero me pareció que éste volvía atrás a gran velocidad. Yo tenía doce años y estaba asustada, temerosa de que el gigantesco caserón me devorase si me movía o hablaba en voz alta. Volví a sentir pavor al ver las tres grandes arañas de cristal, suspendidas del techo a doce metros del suelo. Y, como este suelo era de mosaico y adecuado para el baile, di automáticamente unos pasos de danza para ver qué sensación me producía.

Seguí andando de un lado a otro, sin apresurarme, admirando los cuadros, los bustos de mármol, las enormes lámparas y los fabulosos tapices que sólo podían comprar las personas muy ricas, que se mostraban tacañas en otros aspectos. Como mi abuela, que compraba piezas de tafetán para ahorrarse unos pocos dólares, cuando compraba lo mejor para decorar sus habitaciones y tenía millones a su disposición.

Encontré fácilmente la biblioteca. Las lecciones aprendidas en la infancia y en lamentables condiciones no pueden olvidarse nunca. ¡Y qué biblioteca! ¡ Ni la de Clairmont podía jactarse de tener tantos libros hermosos! La fotografía de Bart estaba sobre la majestuosa mesa escritorio que había sido de mi abuelo. Muchas cosas indicaban que Bart empleaba esta habitación como estudio y para hacer compañía a su suegra. Sus zapatillas de color castaño estaban debajo de un cómodo sillón, frente a la enorme chimenea de piedra, con su repisa de seis metros de largo. Unos balcones daban a la terraza, que se abría sobre un bien cuidado jardín con una fuente que derramaba el agua sobre unos peldaños de rocalla que la vertían, a su vez, en un estanque. Un lugar agradable y soleado, donde una persona inválida podía sentarse al abrigo del viento.

Cuando hube satisfecho mi curiosidad, alimentada durante años, busqué la pesada puerta del fondo de la biblioteca. Detrás de esta puerta cerrada estaba la abuela-bruja. Imágenes de ella volvieron a mi memoria. La vi como era aquella noche en que llegamos nosotros, erguida e imponente, firme y vigoroso el grueso cuerpo, duros y crueles los ojos, que nos miraban sin mostrar simpatía ni compasión por unos niños sin padre que tanto habían perdido, y que ni siquiera pudo sonreír para darnos la bienvenida, ni acariciar las lindas y redondas mejillas de los encantadores mellizos de cinco años.

Y volví a verla en la segunda noche, cuando ordenó a nuestra madre que descubriese su espalda y nos mostrase los rojos y sangrantes verdugones que la surcaban. Incluso antes de que

viésemos aquel horror, había agarrado y levantado a Carrie por los pelos, y Cory se había lanzado contra ella, tratando de darle patadas en la pierna con sus zapatitos blancos y de morderla con sus menudos y afilados dientes..., y ella le había hecho rodar por el suelo de una fuerte bofetada. Y esto sólo porque él había tratado de defender a su querida hermanita gemela, que no paraba de chillar. Me vi de nuevo desnuda ante el espejo del dormitorio, y recordé el duro y despiadado castigo, cuando trató ella de quitarme lo que yo más admiraba: mis cabellos. Chris había pasado todo un día tratando de eliminar el alquitrán de mis cabellos y salvarlos de las tijeras. Después, ¡dos semanas sin comida ni leche! *¡Sí!* ¡Se merecía verme de nuevo! Por algo había jurado yo, el día en que me había azotado, que, cuando llegase el momento en que se viese impotente, ¡ sería yo quien levantase el látigo y le quitase la comida de los labios!

¡Ah, qué estupendo sarcasmo! Ella, que debió de gozar al ver muerto a su marido, estaba ahora *en* la cama de éste, aún más indefensa... ¡y sola! Me quité el grueso abrigo de invierno y me senté en el suelo para descalzarme y ponerme las *pointes* blancas de satén. Mis leotardos eran blancos y lo bastante finos como para que se transparentase el color rosado de mi piel. Me solté los cabellos, que cayeron sobre mi espalda como una espesa cascada de oro. Ahora vería y envidiaría los cabellos que el alquitrán no había podido destruir.

¡Prepárate, abuela! ¡Allá voy!

Me acerqué a la puerta sin hacer ruido. La abrí cuidadosamente. Ella estaba en la alta cama de hospital, con los ojos medio cerrados. El sol que entraba por las ventanas caía sobre su cráneo rosado y brillante, porque la calvicie era casi total. ¡Oh! ¡Y qué vieja parecía! Flaca, y mucho más pequeña. ¿Dónde estaba la gigante que yo recordaba? ¿Por qué no llevaba su vestido de tafetán gris, ni amenazaba como antaño? ¿Por qué tenía un aspecto tan lastimoso?

Endurecí mi corazón, desterré toda piedad, porque ella nunca la había tenido por nosotros. Por lo visto, estaba a punto de dormirse; pero, al entrar yo, sus ojos se abrieron poco a poco. Después, pareció que iban a saltar de las órbitas. Me había reconocido. Sus finos labios empezaron a temblar. ¡Tenía miedo! ¡ Aleluya! ¡ Había llegado mi hora! Sin embargo, me detuve, espantada, en el umbral. Había venido a vengarme, ¡y el tiempo se me había anticipado! ¿Por qué no era ya el monstruo que yo recordaba? La hubiese querido así, no como era ahora, una mujer vieja y enferma, con tan pocos cabellos que se le veía el cráneo, y con los que le quedaban recogidos en un Bonito sobre la cabeza y sujetos con una cinta de seda colorada. El lazo le daba un horrible aspecto infantil, y los finos mechones, no más gruesos que mi dedo meñique, formaban al unirse un mísero penacho semejante a un viejo y gastado pincel de acuarelista.

Antaño había medido 1,80 m de estatura y pesado unos cien kilos, y sus grandes senos habían sido como bloques de cemento. Ahora, aquellos senos colgaban como calcetines viejos sobre su hinchado abdomen. Sus brazos eran como palos secos; sus manos, como manojos de cuerdas, y sus dedos, nudosos. Sin embargo, mientras nos mirábamos en absoluto silencio, sin más ruido que el tictac implacable de un pequeño reloj, su antigua y ruin personalidad encendió su semblante para expresarme su reprobación. *Engendro del diablo* -me habría gritado, si hubiese podido-, *¡sal de mi casa! ¡Fuera, -fuera, fuera, hija de Satanás!* Pero no podía decirlo; no podía decir nada.

En cambio, yo podía saludarla amablemente:

-Buenas tardes, *querida abuelita.* ¡Cuánto me alegro de volver a verte! ¿Te acuerdas de mí? Soy Cathy, uno de los nietos a quienes escondiste, a quienes traías diariamente la comida en una cesta... Todos los días, a las seis y media, te plantabas allí, con tu termo de 5 litros de leche y tu termo de un cuarto de sopa tibia... y de sobre, por añadidura. ¿Por qué no podías traernos sopa caliente, al menos una vez ¿La preparabas tibia adrede?

Entré en la habitación y cerré la puerta. Sólo entonces vio ella la varilla de sauce que yo había escondido detrás de la espalda.

Golpeé con indiferencia la palma de mi mano con la varilla.

-Abuelita -dije, suavemente-, ¿recuerdas aquella vez en que azotaste a nuestra madre? ¿Recuerdas cómo la obligaste a descubrirse delante de su padre, y entonces la azotaste, a pesar de que era una mujer mayor? ¿No crees que fue una acción malvada, indecente, ruin?

Sus ojos aterrorizados no perdían de vista la ramita. Una terrible lucha se estaba desarrollando en su cerebro... y yo me *alegraba,* me *alegraba* mucho de que Bart me hubiese dicho que mentalmente no era senil. Sus ojos grises estaban pálidos, acuosos, ribeteados de rojo y tenían unas profundas patas de gallo que parecían cortes que no sangraban. Los finos y torcidos labios se habían encogido hasta quedar en una especie de ojal, del cual irradiaban unas arrugas profundas, que formaban un dibujo de tela de araña bajo la ganchuda nariz. Y, aunque parezca increíble, lucía *el* broche de brillantes en el severo cuello de su blusón amarillo de algodón. Yo nunca la había visto sin aquel broche prendido en el cuello blanco de punto de sus grises vestidos de tafetán.

Abuelita -canturreé-, ¿te acuerdas de los mellizos? Los dulces chiquillos de cinco años a los que atrajiste a esta casa y cuyos nombres no pronunciaste nunca..., como ninguno de los nuestros. Cory murió, « tú lo sabes; pero, ¿te dijo nuestra madre lo de Carrie? Carrie también ha muerto. No creció mucho, porque se vio privada de luz de sol y de aire fresco cuando más los necesitaba. Y también de amor y de seguridad, y, en vez de ser feliz, sufrió un trauma en su carácter. Chris y yo salíamos al tejado para calentarnos al sol, pero los mellizos tenían miedo de la altura. ¿Sabías que nosotros pasábamos muchas horas allá arriba? No lo sabías, ¿verdad?

Se movió un poco, como tratando de hundirse en el fino colchón. Y me regocijé al ver su miedo y al advertir que aún podía moverse un poco. Sus ojos eran ahora como los míos de antaño, espejos que revelaban sus terribles emociones... ¡Y no podía gritar pidiendo auxilio! Estaba a mi merced.

-¿Recuerdas la segunda noche, mi querida y *cariñosa* abuelita? Levantaste a Carrie tirando de sus cabellos; tenías que saber lo mucho que dolía esto, y, sin embargo, lo hiciste. Después, hiciste rodar a Cory por el suelo de una bofetada, cuando sólo trataba de defender a su hermana, y eso también es doloroso. ¡Cuánto lloró Carrie por Cory! Nunca se consoló de su muerte; siempre le echó en falta. Un día conoció a un buen chico, llamado Alex. Se enamoraron e iban a casarse, cuando ella se enteró de que iba a hacerse pastor. Esto la trastornó. ¿Lo ves? *Tú* hiciste que temiésemos a las personas religiosas. Cuando Alex dijo que iba a ser pastor, Carrie se sumió en una depresión desesperada. Había aprendido la lección que tú le enseñaste tan bien. Nos dijiste que nadie puede ser lo bastante perfecto para complacer a Dios. Algo latente en Carrie despertó el día en que se quedó sin fuerzas por la impresión, la depresión y la falta de ánimo para seguir adelante. Ahora, escucha lo que hizo... ¡por tu culpa! ¡Porque tú metiste en su joven cerebro la idea de que había nacido mala y de que seguiría siéndolo por mucho que se esforzara en ser buena. ¡Y te creyó! Cory había muerto. Ella sabía que había muerto a causa del arsénico añadido a los buñuelos azucarados... Por eso, cuando pensó que no podía seguir viviendo en un mundo ansioso de perfección, ¡compró veneno para las ratas. Compró un paquete de doce buñuelos y espolvoreó éstos con el veneno a base de arsénico. Los comió todos menos uno..., e incluso éste mostraba la marca de sus dientes. Ahora, ¡húndete en tu colchón y trata de librarte de una culpa que sólo es tuya! ¡Tú y mi madre la matasteis, igual que matasteis a Cory! ¡Te aborrezco, vieja bruja!

No le dije que aún odiaba más a mi madre. La abuela no nos había querido nunca; por tanto, podía esperarse cualquier cosa de *ella.* Pero nuestra madre, que nos había parido, que nos había cuidado, que nos quería mucho cuando murió papá..., era harina de otro costal, ¡era un caso de horror insoportable! ¡Y su hora llegaría también!

-Sí, abuelita, Carrie ha muerto también, porque quería morir de la misma manera que Cory y estar con él en el cielo.

Sus ojos pestañearon y un ligero temblor agitó la sábana. Sentí una gran satisfacción.

Saqué de detrás de la espalda una cajita que contenía un haz de largos cabellos de Carrie; había pasado horas arreglándolos y cepillándolos, hasta formar un largo y brillante mechón de oro fundido. También había atado un lazo rojo en una de las puntas, y un lazo granate en la otra.

-*Mira, vieja,* son cabellos de Carrie, una pequeña parte de ellos. Tengo otra caja llena de mechones sueltos, porque no pude desprenderme de ellos. Los guardé no sólo para Chris y para mí, sino también para que tú y mi madre pudieseis verlos..., ¡porque las dos matasteis a Carrie, como matasteis a Cory!

¡Oh! Estaba casi loca de ira. La venganza encendía mis ojos, mi genio, y hacía temblar mis manos. Me parecía estar viendo a Carrie, ya a las puertas de la muerte, envejecida de pronto, marchitándose, hasta quedar en un pequeño esqueleto revestido de piel pálida y fláccida, tan translúcida que se le veían todas las venas... Después, el cadáver había tenido que ser encerrado a toda prisa en una caja de hermoso metal, a causa del hedor que desprendía.

Me acerqué más a la cama e hice oscilar el brillante mechón de cabellos con sus alegres lazos, ante sus ojos desorbitados y espantados.

-¿No es un cabello hermoso? ¿Fue alguna vez el tuyo tan hermoso y abundante? ¡*No, yo sé* que no lo fue! Nada podía ser bello en ti, *¡nada!* ¡Ni siquiera cuando eras joven! Por eso estabas tan celosa de la madrastra de tu marido. -Me eché a reír, al ver que se estremecía-. Sí, querida abuelita, sé de ti mucho más de lo que te imaginas. Tu yerno me ha contado todos los secretos de familia que le confió mi madre. Tu marido, Malcolm, estaba enamorado de la segunda y joven esposa de su padre, ¡ diez veces más hermosa y dulce de lo que tú fuiste jamás! Por eso, cuando Alicia tuvo un hijo, sospechaste que aquél hijo era de tu marido, y por eso odiaste a nuestro padre, y por eso le enviaste a buscar, engañándole y haciéndole creer que había encontrado un buen hogar. Y le educaste y le diste lo mejor, para que se aficionase a la buena vida de los ricos y sufriese más cuando le echases de tu casa y no le dejases nada en el testamento. Pero mi padre te burló, ¿no es cierto? Te quitó a tu única hija, a la que también odiabas, porque su padre la amaba más que a ti. Y el medio tío se casó con la media sobrina. Sin embargo, te engañaste en lo tocante a Malcolm y Alicia, ¡pues la madre de mi padre despreciaba a Malcolm! Le rechazó una y otra vez... ¡y el hijo que tuvo no era de tu marido! Aunque lo hubiese sido, ¡si Malcolm se hubiese salido con la suya!

Ahora me miraba con indiferencia, como si el pasado ya no tuviese importancia para ella. Sólo le importaba el presente, y la varilla que yo tenía en la mano.

-Ahora, vieja, voy a decirte algo que tienes que saber. Nunca hubo un hombre mejor que mi padre, ni una mujer más honrada que su madre. Pero no vayas a engañarte y a pensar que heredé las buenas cualidades de Alicia o de mi padre..., ¡porque soy como *tú!* ¡No tengo corazón! ¡No olvido ni perdono! *¡Te odio por haber matado a Cory y a Carrie! ¡Te odio por haber hecho de mí lo que soy!* .

Esto lo dije a gritos, desaforadamente, olvidándome de la enfermera que dormía unas puertas más allá. Hubiese querido darle arsénico a puñados, y sentarme para verla morir y pudrirse ante mis ojos, como había hecho Carrie. Hice unas piruetas en la habitación, para desahogar mis frustraciones, agitando las piernas, haciendo alarde de mi cuerpo joven, y después me detuve y le lancé a la cara:

-En todos los años que nos tuviste encerrados, no pronunciaste nunca nuestros nombres, no miraste una sola vez a Chris, porque era la viva imagen de nuestro padre... y también de tu marido, cuando era joven, antes de que le infundieses tu maldad. *Tú* achacas todo lo malo de los seres humanos a sus almas malvadas, y nada sabes de la verdad. *¡El dinero* es el dios que gobierna en esta casa! ¡ *El dinero* fue el causante de las cosas peores que ocurrieron en ella! Tú te casaste por dinero, ¡y lo sabías! Y la codicia nos trajo aquí, y la codicia nos encerró allá arriba y nos quitó tres años y cuatro meses de nuestras vidas, y nos puso a tu merced, cuando no la tenías para nadie, ni siquiera para tus nietos, tus únicos nietos, que nunca te tocaron, ¿no es cierto? Aunque tratamos de hacerlo al principio, ¿te acuerdas?

Salté sobre la cama y la azoté con el mechón de cabellos de Carrie. Un azote suave que no le dolió, aunque se estremeció al contacto. Entonces tiré los preciosos cabellos de Carrie sobre la mesita de noche e hice chascar la varilla ante sus ojos. Bailé y giré sobre su cama, sobre su cuerpo helado, exhibiendo mi graciosa agilidad y formando con mis largos cabellos un círculo de oro.

-¿Recuerdas cómo castigaste a nuestra madre, antes de que empezásemos a odiarla también? Me' debes esto -dije, esparrancada sobre su cuerpo cubierto-. Me lo debes, además de los latigazos que nos diste a Chris y a mí. Y de otras muchas cosas que permanecen grabadas en mi memoria. ¿No te dije que llegaría un día en que sería yo quien empuñase el látigo y en que habría en la cocina alimentos que no comerías nunca? Pues bien..., *el día ha llegado, abuelita.*

Los ojos grises, hundidos en su cara escuálida, malévolos y firmes, rezumaron odio. Desafiándome a pegarle..., desafiándome ¡a mí!

-¿Qué debo hacer primero? -inquirí como hablando conmigo misma-. ¿Usar el látigo, o el alquitrán caliente sobre tus cabellos? ¿De dónde sacaste el alquitrán, vieja bruja? Siempre me pregunté de dónde lo habrías sacado. ¿Lo tenías planeado de antemano, y sólo esperabas la ocasión para utilizarlo? Ahora voy a confesarte algo que no sabes. Chris no cortó nunca todos mis cabellos; sólo cortó la parte de delante, para engañarte y hacerte creer que me había rapado la cabeza. Debajo de la toalla enrollada en mi cabeza, estaban los largos cabellos que él había salvado. Sí, vieja, el amor salvó mis cabellos de las tijeras. Él me quería lo bastante para pasarse horas y más horas en la tarea de salvar mis cabellos; era, el suyo, un amor que *tú* nunca conociste..., y sólo era mi hermano.

Sonó un ruido ahogado en lo más hondo de su garganta, ¡y entonces lamenté que no pudiese hablar!

-Querida abuelita -la pinché, poniendo los brazos en jarras e inclinándome sobre ella-, ¿por qué no me dices dónde puedo encontrar alquitrán? No he podido hallarlo en parte alguna. No hay ninguna carretera en reparación por estos andurriales. Por consiguiente, supongo que tendré que usar cera derretida. *Tú* pudiste emplearla con el mismo éxito. ¿No se te ocurrió derretir unas cuantas velas? -Sonreí, confiando en dar una expresión amenazadora a mi sonrisa-. ¡Oh, querida abuelita, cómo vamos a *divertirnos* ahora las dos! Y nadie lo sabrá, porque *tú no puedes hablar ni escribir;* lo único que puedes hacer es estar tumbada y sufrir.

En realidad, no me gustaba lo que hacía ni lo que decía. Mi conciencia me miraba desde arriba, avergonzada de verme convertida en una furia con leotardos blancos. Porque una parte de mí estaba allá arriba y, horrorizada, se apiadaba de la anciana que había sufrido dos ataques...; pero otra estaba aquí, sobre la cama. Una Foxworth cruel, despiadada, vengativa, miraba a la vieja con unos ojos azules tan fríos como habían sido los suyos... Y, de pronto, me incliné ferozmente, arranqué las sábanas y la manta que la cubrían y dejé a mi abuela al descubierto. Llevaba una especie de blusón de hospital, abierto y abrochado en la espalda, sin ninguna abertura por delante. Era como un vulgar saco de algodón amarillo, con un absurdo broche de brillantes en el cuello. Sin duda se lo pondrían también en su atuendo funerario.

Desnudarla. Tenía que desnudarla, como había desnudado ella a mamá y a Chris, y también a mí. Tenía que sufrir la humillación de hallarse desnuda, bajo una mirada desdeñosa que la haría encogerse más y más. Implacablemente, agarré el dobladillo de la basta prenda de algodón, y, sin contemplaciones, la subí hasta sus sobacos. Los pliegues ocultaron en parte su cara, motivo por el cual los aparté cuidadosamente, para no perderme nada de los sentimientos que aquélla pudiese revelar. Después contemplé su cuerpo, manifestando el mismo desprecio y el mismo asco que habían expresado sus ojos duros y sus labios partidos cuando yo tenía catorce años y una figura que nunca había visto desnuda.

El cuerpo joven es hermoso..., algo bello y digno de contemplación, con sus curvas suaves y frescas, su piel inmaculada y lisa, su carne firme y tirante... Pero, ¡ay, cuando envejece! Los dos bloques de cemento se habían convertido en fláccidas ubres que le caían hasta la cintura, y los pezones eran grandes y oscuros, manchados y abultados. Las venas azules de los senos se destacaban como finos cordeles envueltos en vainas translúcidas. La blancura pastosa de su piel aparecía pecosa, estriada, arrugada, con marcas dejadas por sus partos, y una larga cicatriz desde el ombligo hasta el casi lampiño monte de Venus mostraba que habría sufrido una histerectomía o una intervención cesárea. Era una cicatriz antigua, más pálida y brillante que la piel blanda, blanca y arrugada que la rodeaba. Sus flacas y largas piernas eran como viejas ramas nudosas de un árbol seco. Suspiré... ¿Llegaría *yo* a ser así algún día?

Sin la menor compasión ni la menor delicadeza, la volví de bruces en el centro de la cama. Y, mientras tanto, farfullaba recordando cómo Chris y yo nos burlábamos de ella diciendo que debía clavarse o pegarse sus vestidos con cola y que, desde luego, nunca se quitaba la ropa interior si no era con las luces apagadas. Su espalda estaba menos estropeada que su parte anterior, aunque las nalgas eran planas, fláccidas y demasiado blancas.

-Ahora voy a azotarte, abuelita -dije, con voz monótona y carente ya de entusiasmo-. Hace mucho tiempo que prometí hacerlo cuando se me presentase la ocasión, ¡y voy a hacerlo ahora!

Y cerrando los ojos, y pidiendo a Dios que me perdonase por lo que iba a hacer, levanté el brazo y descargué con todas mis fuerzas la varilla de sauce sobre sus nalgas desnudas.

Se estremeció. Un sonido brotó de su garganta. Después, pareció sumirse en la inconsciencia. Se relajó tanto que su vejiga empezó a vaciarse. Rompí en sollozos. Corrí al cuarto de baño, busqué jabón y una toalla y papel higiénico para limpiarla. Entonces la lavé y eché polvos de talco sobre el horrible verdugón que le había producido.

La volví sobre la cama, estiré su blusón para cubrirla modestamente, decentemente, y sólo entonces me decidí a comprobar si estaba viva o muerta. Sus ojos grises estaban abiertos y me miraban inexpresivos, mientras las lágrimas surcaban *mi* cara. Después, poco a poco, mientras yo seguía sollozando, ¡ sus ojos empezaron a brillar en muda expresión de triunfo! Sin palabras, ¡me llamaba *cobarde! Sabía* -me decía- *que eres blanda y enclenque, ¡No tienes agallas! Mátame. Vamos, ¡mátame! Te desafío a que lo hagas. ¡Adelante!*

Salté de la cama, corrí a la biblioteca y al salón que había visto antes. En un arrebato de ira, agarré el primer candelabro que se puso a mi alcance y volví junto a ella... ¡Pero no tenía cerillas! Corrí de nuevo a la biblioteca y revolví el escritorio de Bart. Él fumaba; debía de tener cerillas o un encendedor. Encontré un estuche de cerillas de una discoteca local.

Las velas eran de color de marfil, serias, como toda la casa. Ahora había terror en sus ojos acerados.

No quería *perder* aquel mechón de cabellos sujetos con una cinta colorada. Encendí una vela y observé la llama; después, la incliné sobre su cabeza, de manera que la cera fundida cayese gota a gota sobre sus cabellos y su cráneo. Después de seis o siete gotas, no pude aguantar más. Ella tenía razón. Era cobarde; no podía hacerle lo que ella nos había hecho a nosotros. Era una Foxworth por partida doble, pero Dios había alterado el molde, de manera que no me adaptaba a él.

Apagué la vela marfileña, la coloqué de nuevo en el candelabro y salí.

Cuando llegué al salón de baile, me di cuenta de que había olvidado el precioso mechón de cabellos de Carrie. Volví corriendo en su busca. Mi abuela yacía tal como la había dejado, pero había vuelto la cabeza y dos lagrimones brillaban en sus ojos, que miraban fijamente aquel haz de hermosos cabellos de Carrie. ¡Ah! ¡Por fin me había salido del todo con la mía!

Bart pasaba más tiempo en mi casita que -en su gran mansión. Me llenaba de obsequios, y también a mi hijo. Desayunaba, almorzaba y comía con nosotros los días que no iba a su despacho, respecto al cual creía yo que era más una fachada que un verdadero bufete de abogado. Mi academia de baile salía perjudicada de sus atenciones, pero no me importaba. Ahora yo era una entretenida. Cobraba por ser su amante.

Jory estaba entusiasmado con las botitas de cuero que le había regalado Bart.

-¿Eres *tú* mi papá? -preguntó mi hijo, que cumpliría cuatro años en febrero.

-No, pero me gustaría serlo o poder serlo.

Cuando Jory hubo salido al patio, tambaleándose y contemplando con ojos pasmados sus pies calzados con botas de cowboy, Bart se volvió a mí y se dejó caer cansadamente en un sillón.

-Nunca adivinarías lo que ha pasado en nuestra casa. Algún sádico idiota vertió cera en los cabellos de mi suegra. Y ésta tiene un verdugón en las nalgas que no se cicatriza. La enfermera no se lo explica. Pregunté a Olivia si había sido un conocido, alguien de la servidumbre, y pestañeó dos veces, para decir que no. Un solo pestañeo quiere decir que si. ¡Esto me tiene loco! Tiene que haber sido uno de los criados, pero no comprendo que haya alguien tan cruel como para atormentar a una anciana inválida que no puede defenderse ni moverse. Ella se niega a identificar a cualquiera de las personas que le nombro. Yo había prometido a Corine cuidar de ella, y ahora tiene el trasero tan mal herido que ha de yacer de bruces dos o tres horas al día, y hay que volverla durante la noche.

-¡Oh!-suspiré, sintiéndome un poco mareada-. Es horrible... ¿Por qué no cicatriza la herida?

-Su circulación es mala. Por fuerza tiene que serlo ya que no puede moverse con normalidad, ¿no crees? -Después sonrió, radiante, como el sol después de la tormenta-. Pero no te preocupes,

querida. No es tu problema; sólo me afecta a mí... y a ella, naturalmente.

Me tendió los brazos, y me acurruqué en su regazo, y me besó ardientemente antes de llevarme a la habitación. Me tendió en la cama y empezó a desnudarse.

-¡Le retorcería el cuello al diablo que hizo eso! -exclamó.

Yacimos abrazados, escuchando el viento que se confundía con las risas de Jory, que corría detrás del perro de juguete que Bart le había regalado. Empezaban a caer algunos copos de nieve. Comprendí que tenía que levantarme pronto, para que Jory no nos sorprendiese al venir a decirnos que estaba nevando. *No* recordaba otras nevadas, y querría hacer un muñeco de nieve en cuanto ésta cuajase en el suelo. Besé a Bart, suspirando, y me desprendí de su abrazo a regañadientes. Me volví de espalda para ponerme los panties, y él se incorporó sobre un codo.

-Tienes una espalda preciosa -dijo.

Le di las gracias.

-¿Y qué me dices de mi fachada?

Él contestó que no estaba mal. Le tiré un zapato.

-Cathy, ¿por qué no dices que me amas?

Giré en redondo, sorprendida.

-¿Me lo has dicho tú en serio alguna vez? -le repliqué.

-¿Cómo sabes que no lo decía en serio? -preguntó, irritado.

-Voy a decirte cómo lo sé. Cuando se ama, se quiere que la persona amada esté siempre con uno. El mero hecho de que eludas la cuestión del divorcio, es un indicio de lo que te intereso y del lugar que ocupo en tu vida.

-Has sufrido mucho, Cathy, ¿no es cierto? Yo no quiero herirte más. Pero tú juegas conmigo. Lo he sabido siempre. ¿Qué importa si sólo es sexualidad y no amor? ¿Puedes decirme dónde termina aquélla y empieza éste?

Sus palabras se clavaron como un cuchillo en mi corazón, porque, de alguna manera, contra mi voluntad, me había enamorado locamente, estúpidamente, de él.

Según el entusiasta informe de Bart, su esposa había vuelto sorprendentemente joven y hermosa de su largo viaje de rejuvenecimiento.

-Ha perdido diez kilos. ¡Y la estética ha hecho maravillas en su cara! Tiene un aspecto sensacional, ¡maldita sea!, se parece extraordinariamente a ti.

Era fácil ver lo impresionado que estaba por su nueva y rejuvenecida esposa, y, si trataba de debilitar mi excesiva confianza, fingí no darme cuenta. Después afirmó que me necesitaba igual que antes, pero lo dijo en un tono que desmentía sus palabras.

-En Texas ha cambiado, Cathy. Ahora vuelve a ser la de antes, la mujer dulce y amante con quien me casé.

¡Hombres! ¡Qué crédulos eran! Claro que mi madre se mostraba más dulce y cariñosa con él..., ahora que sabía que su marido tenía una amante siempre dispuesta a complacerle, y que esta otra mujer era su propia hija. Tenía que saberlo, porque había cundido el rumor... y ahora todo el mundo lo sabía.

Entonces, ¿por qué estás aquí conmigo, si tu esposa ha vuelto y se parece tanto a mí? ¿Por qué no te vistes y me dices adiós para siempre? Dime que fue algo estupendo mientras duró, pero que ahora ha terminado, y yo te daré las gracias por los buenos ratos que me hiciste pasar y te despediré con un beso.

-Bueno -dijo, arrastrando las sílabas y estrechándome con fuerza-, yo no he dicho que fuese *tan* extraordinaria. Además, tú tienes algo especial. No acierto a definirlo. No puedo comprenderlo. Pero creo que no podría vivir sin ti.

Lo dijo seriamente, brillando en sus ojos la verdad.

Había triunfado, ¡yo había triunfado!

Mi madre y yo nos encontramos un día, por pura casualidad, en la oficina de Correos. Ella me vio y se estremeció. Irguió la adorable cabeza al volverla ligeramente, fingiendo que no me había visto. Me negaría como había negado a Carrie, aunque saltaba a la vista que éramos madre e hija, y

no un par de extrañas. Pero yo no era Carrie. Por consiguiente, la traté como ella me trataba a mí, con indiferencia, como si no fuese alguien especial, ni hubiese de volver a serlo nunca. Pero mientras esperaba con impaciencia que me diesen los sellos, vi que mi madre desviaba la mirada para seguir los movimientos de mi hijito, que tenía que mirarlo todo. Era un chiquillo guapo, gracioso, encantador, que atraía las miradas de la gente, haciendo que ésta se parase para admirarle y acariciarle la cabeza. Jory se movía con un estilo innato, natural y tranquilo, dondequiera que estuviese, porque pensaba que el mundo era suyo y Que todos le querían. Se volvió al sentir la larga mirada de mi madre, y sonrió.

-Hola -le dijo-. Eres muy guapa..., como mi mamá.

¡Oh, las cosas que dicen los niños! En su inocente sabiduría, ven cosas que otros se niegan instintivamente a reconocer. Se acercó, alargó una mano y tocó, atrevidamente, el abrigo de pieles.

-Mi mamá también tiene un abrigo de pieles. Mi mamá es bailarina. ¿Y usted?

Ella suspiró, y yo contuve el aliento. *Mira, mamá, ése es tu nieto al que nunca tendrás en brazos. Nunca le oirás decir tu nombre..., ¡nunca!*

-No -murmuró-, no soy bailarina.

Las lágrimas humedecieron sus ojos.

-Mi mamá puede enseñarte.

-Soy demasiado vieja para aprender -murmuró ella, apartándose un poco. .

-No, no lo eres -dijo Jory, alargando una mano como para asir la de ella y mostrarle el camino.

Pero ella se echó atrás, me lanzó una mirada, enrojeció y hurgó en su bolso, buscando un pañuelo.

•-¿Tienes un niño pequeño con el que yo pueda jugar? -preguntó mi hijo, preocupado al ver sus lágrimas y como si el hecho de tener un hijo compensara el defecto de no saber bailar.

-No -contestó ella, en voz baja y temblorosa-, no tengo ningún niño.

Entonces me acerqué y dije, con voz dura y fría:

-Algunas mujeres no merecen tener hijos. -Pagué los sellos y los metí en mi bolso-. Las mujeres como usted, Mrs. Winslow, prefieren el dinero a tener hijos que puedan estropear su buena vida. Pero el tiempo dirá, más pronto o más tarde, si acertó en su decisión.

Ella se volvió de espaldas y tembló de nuevo, como si todas sus pieles fuesen insuficientes para darle calor. Después salió de la oficina de Correos y se dirigió a su automóvil negro, donde la esperaba el chófer. Y se alejó como una reina, erguida la cabeza, mientras Jory me preguntaba:

-Mamá, ¿por qué no quieres a esa guapa señora? A mí me gusta mucho. Se parece a ti, aunque tú eres más bonita.

No le respondí, aunque tuve en la punta de la lengua algo tan horrible que no habría podido olvidarlo jamás.

Al anochecer de aquel día estaba yo sentada detrás de la ventana, mirando hacia Foxworth Hall y preguntándome qué estarían haciendo Bart y mi madre. Tenía las manos cruzadas sobre el abdomen, que aún estaba plano, pero pronto empezaría a hincharse. Una falta no demostraba nada..., pero yo quería un hijo de Bart, y algunos pequeños detalles me daban el convencimiento de que la criatura estaba en camino. Después me dejé vencer por el desánimo. Él no renunciaría a su mujer y al dinero de ésta para casarse conmigo, y yo tendría otro hijo sin padre. ¡Qué tonta había sido al empezar todo esto! Pero siempre había hecho tonterías.

Entonces vi que un hombre se deslizaba en el bosque y venía hacia mí, y me eché a reír y recobré la confianza. ¡Él me amaba! Me amaba, y... cuando estuviese segura, le anunciaría que iba a ser padre.

Al entrar Bart, entró con él una ráfaga de viento que derribó el jarrón lleno de rosas de la mesa. Me levanté y contemplé los trozos de cristal y los pétalos desparramados en el suelo. ¿Por qué trataba siempre el viento de decirme algo? ¡Algo que yo no quería oír!

LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS

-¡Me dijiste que no había necesidad de tomar precauciones, Cathy!

-No las había. Quiero un hijo tuyo.

-*¿Quieres un hijo mío?* ¿Qué diablos crees que puedo hacer? ¿Casarme contigo?

-No. Actué por mi cuenta. Presumí que querías divertirte conmigo y que, cuando esto hubiese terminado, volverías con tu mujer y te buscarías otra distracción. Pero yo tendría lo que me había propuesto: un hijo tuyo. Ahora ya puedo marcharme. Dame el beso de despedida, Bart, como si esto no hubiese sido más que una de tus pequeñas aventuras extramatrimoniales.

Parecía furioso. Nos hallábamos en mi cuarto de estar, mientras rugía una fuerte ventisca en el exterior. La nieve se arremolinaba hasta la altura de las ventanas, y yo estaba delante de la chimenea, haciendo labor de punto para unos zapatitos infantiles. Me disponía a unir dos puntos cuando Bart me quitó la labor de las manos y la arrojó lejos.

-¡Se van a escapar los puntos! -exclamé, contrariada.

-¿Qué diablos estás tratando de hacerme, Cathy. ¡ Sabes que no puedo casarme contigo! Nunca te mentí diciendo que lo haría. Estás jugando un juego conmigo. -Se interrumpió y se tapó la cara con las manos; después las bajó y dijo, en tono suplicante-: Te amo. Es algo superior a mí. Quiero tenerte siempre cerca, y también a mi hijo. ¿A qué estás jugando ahora?

-Es un juego de mujer. El único que puede jugar una mujer con la seguridad de ganar.

-Escucha -dijo, tratando de recobrar su dominio de la situación-, explícame qué quieres decir, déjate de frases con doble sentido. Nada tiene que cambiar porque mi esposa haya regresado. Tú tendrás siempre un lugar en mi vida.

-¿En tu vida? ¿No sería más exacto decir en los bordes de tu vida?

Por primera vez, percibí humildad en su voz.

-Sé razonable, Cathy. Te amo, pero amo también a mi esposa. A veces no puedo separarte de ella. Como te dije, ha vuelto cambiada, y ahora es como cuando la conocí. Quizá su figura y su cara rejuvenecidas le han devuelto parte de la confianza que había perdido, y por eso se muestra más cariñosa. Sea cual fuere la causa, yo se lo agradezco. Incluso cuando la aborrecía, la amaba. Cuando se mostraba odiosa, trataba de vengarme yendo con otras mujeres, pero seguía *amándola.* Lo único que provocaba fuertes disputas entre nosotros era su negativa a tener un hijo, aunque fuese adoptivo. Naturalmente, ahora es ya demasiado vieja para tenerlo. Por favor, Cathy, *¡quédate! ¡No te vayas!* No te lleves a mi hijo, de modo que nunca vuelva a saber de él... o ella, y de ti.

Puse las cartas sobre la mesa.

-Está bien, me quedaré, con una condición. Sólo si te divorcias de ella y te casas conmigo, tendrás el hijo que siempre has deseado. Si no es así, me marcharé muy lejos, y esto incluye naturalmente a tu hijo. Quizá te escriba para decirte si ha sido niño o niña, o quizá no lo haga. De todos modos, cuando me haya marchado, habremos salido de tu vida para siempre.

Mírale -pensé-, *actúa como si no hubiese un codicilo que impide que su esposa tenga hijos.* ¡La está protegiendo! Lo mismo que Chris, a pesar de lo que sabe. Porque él redactó los testamentos. Tiene que saberlo.

Ahora estaba delante de la chimenea, con un brazo doblado sobre la repisa; después, apoyó la cabeza en el brazo y contempló fijamente el suelo. Tenía la mano libre detrás de la espalda, con los dedos apretados. Sus pensamientos eran tan confusos que yo percibía esta confusión y sentía lástima. Entonces se volvió de cara a mí y me miró a los ojos.

-¡Dios mío! -exclamó, trastornado por su descubrimiento-. Tenías proyectado esto desde el principio, ¿no es cierto? Viniste aquí con este propósito; pero, ¿por qué? ¿Por qué me elegiste a mí? ¿Qué te he hecho yo, Cathy, salvo amarte? Cierto que al principio sólo me impulsó el sexo, y en esto quería que quedase la cosa. Pero se convirtió en algo mucho más importante. Me gusta estar contigo, sentados y charlando, o paseando por el bosque. Me siento bien en tu compañía. Me gusta tu manera de tratarme, cuando me tocas la mejilla al pasar, y me despeinas y me besas en el cuello, y cuando te despiertas y sonríes dulce y tímidamente al verme a tu lado. Me gustan tus hábiles juegos, que me tienen a la espera y me divierten siempre. Siento que tengo diez mujeres en una, y que por esto no puedo vivir sin ti. Pero no puedo abandonar a mi esposa y casarme contigo. ¡Ella me *necesita!*

-Tendrías que haber sido actor, Bart. ¡Tus palabras me dan ganas de llorar!

-¡Vete al diablo si lo tomas tan a la ligera! -rugió-. Me tienes en el potro del tormento, ¡y aprietas las clavijas! ¡No hagas que te odie, arruinando los mejores meses de mi vida!

Dicho lo cual, salió furiosamente de mi casa, y me quedé sola, lamentando mi invencible tendencia a hablar demasiado, porque estaba resuelta a quedarme mientras él me necesitase.

Emma, Jory y yo, pensamos que sería una idea magnífica hacer una excursión a Richmond para las compras de Navidad. Jory no recordaba haber visto nunca a Santa Claus, y se acercó temeroso al hombre de barba blanca y vestido rojo, que le tendió los brazos para animarle. Subió indeciso a las rodillas del Santa Claus del «Thalhimers Department Store» y miró con incredulidad los sonrientes ojos azules, mientras yo tomaba fotos desde todos los ángulos, incluso agachándome para obtener lo que quería.

Después visitamos una tienda de modas, donde mostré un diseño que había hecho de memoria. Escogí el tono exacto de terciopelo verde y el *chiffón* ligeramente más claro para la falda.

-Los tirantes deben ser hileras de piedras de imitación, y recuerden que las tablas flotantes deben llegar hasta el dobladillo.

Mientras Jory y Emma veían una película de Walt Disney, me hice cortar los cabellos y peinarlos de un modo diferente. No cortar las puntas, como solía hacer, sino dejarlos más cortos que nunca. Era un estilo que me caía muy bien, y así debía ser, porque era el mismo peinado que tanto había favorecido a mi madre, quince años atrás.

-¡Oh, mamaíta! -gritó Jory, con desconsuelo. ¡Has perdido tus cabellos! -Empezó a llorar-. Ponte otra vez los cabellos largos. ¡Ahora no pareces mi mamá!

No lo parecía, y este era mi propósito. No quería parecer la misma esta Navidad, esta Navidad especial en que tenía que ser una copia exacta de lo que había sido mi madre la primera vez que la vi bailar con Bart. Ahora, por fin, había llegado mi oportunidad: con un vestido como el suyo, con un peinado como el suyo, con la cara de cuando ella era joven, me enfrentaría con mi madre en su propia casa y en las condiciones elegidas *por mí.* De mujer a mujer... ¡y que ganase la mejor! Ella tenía cuarenta y ocho años, y recientemente, le habían hecho una operación estética en la cara; pero yo sabía que era todavía muy hermosa. Sin embargo, ¡no podría competir con su hija, que era veintiún años más joven! Me eché a reír cuando me miré al espejo después de ponerme el nuevo vestido verde. ¡Oh, sí! Me había transformado en lo que había sido ella, una mujer a quien los hombres no podían resistirse. Tenía su fuerza, su belleza. . y era diez veces más inteligente que ella. ¿Cómo podía derrotarme?

Tres días antes de Navidad, telefoneé a Chris y le pregunté si quería ir conmigo a Richmond. Había olvidado unos cuantos artículos necesarios, y las pequeñas tiendas locales no los tenían.

-Cathy -dijo gravemente él, con voz fría y hostil-, cuando dejes a Bart Winslow, volverás a verme; pero, mientras no lo hagas, ¡ no quiero estar cerca de ti!

-*¡Está bien!* -grité-. *¡Quédate donde estás!* Puedes desentenderte de *nuestra* venganza, ¡pero no voy a renunciar a la mía! Adiós, Christopher Doll, *¡y así te piquen todas las chinches!* -exclamé, y colgué.

Ahora no daba clases de ballet tan a menudo como solía, pero, en la época de los recitales, estaba siempre allí. Mis pequeños alumnos disfrutaban disfrazándose, exhibiéndose ante sus padres, sus abuelos y sus amigos. Estaban deliciosos en sus trajes para *Cascanueces.* Incluso Jory iba a representar dos pequeños papeles, de copo de nieve y de confite.

En mi opinión, no había mejor diversión familiar que asistir, al menos una vez en Nochebuena, a una representación de *Cascanueces.* Y era todavía más maravilloso cuando uno de los graciosos y hábiles chiquillos era mi propio hijo, a quien faltaban aún cincuenta y dos días para cumplir los cuatro años. Su dulzura infantil, al bailar con tanta pasión en el escenario, provocó repetidos aplausos del público, que hasta se puso en pie para aclamar un solo que yo había montado especialmente para él.

Pero lo mejor fue que había hecho prometer a Bart que obligaría a mi madre a asistir a la representación..., y allí estaban los dos; así lo comprobé al atisbar entre los cortinajes y ver, en

primera fila, a Mr. y Mrs. Bartholomew Winslow. Él parecía contento; ella, ceñuda. Esto demostraba que yo ejercía aún algún dominio sobre Bart. Y fue confirmado por un enorme ramo de rosas para la maestra y un gran paquete para el bailarín copo de nieve.

-¿Qué será? -preguntó Jory, con el rostro enrojecido y rezumando dicha por todos sus poros-. ¿Puedo abrirlo ahora?

-En cuanto lleguemos a casa, y mañana por la mañana, Santa Claus te traerá muchos juguetes más.

-¿Por qué?

-Porque te quiere.

-¿Por qué? -preguntó Jory.

-Porque no puede dejar de quererte. Ésa es la razón.

-¡Ah!

Antes de las cinco de la mañana, Jory estaba ya levantado y jugando con el tren eléctrico que Bart le había enviado. Todo el suelo del cuarto de estar hallábase repleto de brillantes envoltorios de regalos de Paul, Henny, Chris, Bart y Santa Claus. Emma le ofreció una caja de dulces de confección casera, que Jory despachó mientras abría los paquetes.

-¡Oh, mamaíta! -exclamó-. Creí que estaría solo sin mis tíos; pero no lo estoy. Me divierto mucho.

Él no se sentía solo; pero yo, sí. Quería que Bart estuviese conmigo, no allí, con ella. Confiaba en que encontraría alguna excusa para ir al *drugstore y* pasar a vernos, a mí y a Jory. Pero lo único que vi de Bart en la mañana de Navidad fue un brazalete de cinco centímetros de ancho, con incrustaciones de diamantes, en una caja con dos docenas de rosas rojas. La tarjeta decía:

«Te amo, *Ballerina.*»

Si alguna mujer se vistió un día con más cuidado del que puse yo aquella noche, debió de ser María Antonieta. Emma se quejó de que aquello no terminaba nunca. Me pinté la cara como si fueran a tomarme un primer plano para la portada de una revista. Emma reprodujo el peinado que había llevado mi madre hacía mucho tiempo.

-Ondúlalo hacia atrás, apartándolo de la cara, Emma; después, recógelo sobre la coronilla en un haz de rizos, y asegúrate de que algunos de ellos cuelguen lo bastante para rozar mis hombros.

Cuando hubo terminado, me quedé boquiabierta al comprobar que era casi una copia exacta de lo que había sido mi madre cuando yo tenía doce años. Mi peinado hacía resaltar mis pómulos, de la misma manera que había hecho resaltar los suyos. Como en un sueño que nunca había esperado que se hiciese realidad, me puse el traje verde, de cuerpo de terciopelo y falda de *chiffon.* Era uno de esos vestidos que nunca pasan de moda. Di unas vueltas delante del espejo y sentí que era mi madre, con su poder para dominar a los hombres, mientras Emma se echaba atrás y me prodigaba sus cumplidos.

Incluso el perfume era el mismo. Almizcleño, con un aroma de jardín oriental. Mis zapatos eran de cintas de plata, con tacones de diez centímetros. Llevaba también un bolso de plata haciendo juego. Lo único que necesitaba ahora eran las joyas de brillantes y esmeraldas que ella había llevado. Pronto las tendría también. Sin duda el destino no permitiría que ella vistiese de verde esta noche. En algún momento de mi vida, el destino debía ponerse de mi parte. Presumí que sería esta noche.

Esta noche daría yo las sorpresas y los golpes. ¡Ella sentiría el dolor de los vencidos! Lástima que Chris no viniese a gozar del final del largo, larguísimo drama, iniciado el día en que nuestro padre murió en la carretera.

Dirigí a mi imagen otra mirada de aprobación, recogí la estola de piel que Bart me había regalado, hice acopio de valor, miré a Jory, que estaba acurrucado de costado y parecía un angelito. Me incliné para besar cariñosamente la redonda y sonrosada mejilla.

-Te quiero, Jory -murmuré.

Él se despertó a medias de su hermoso sueño y me miró fijamente, como si yo formase parte de éste.

-¡Oh, mamaíta, qué bonita estás! -Sus oscuros ojos castaños brillaron de admiración infantil, y me preguntó, con toda seriedad-: ¿Vas a una fiesta? ¿Me traerás un nuevo papá?

Sonreí y le besé de nuevo, y dije que sí, que en cierto modo era así.

-Gracias, querido, por llamarme bonita. Ahora, duerme y ten hermosos sueños. Mañana construiremos un hombre de nieve.

-Trae un papá para que nos ayude.

Sobre la mesa Próxima a la puerta de la entrada había una nota de Paul.

Henny está muy enferma. Es una lástima que no Puedas suspender tus planes para visitarla antes de que sea demasiado tarde. Te deseo suerte, Catherine.

Suspiré, dejé la nota a un lado y tomé la que Henny había adjuntado a aquélla, escrita en papel de alegre color de rosa, con caracteres torcidos a causa del doloroso artritismo de sus dedos.

Mi Hada querida:

Henny es vieja; Henny está cansada; Henny está contenta de tener a su lado al doctor, que es como un hijo para ella, pero está triste porque los otros están lejos. Lo único que necesitas es despedirte de los amores de ayer y dar la bienvenida al nuevo. Mira a tu alrededor y ve quién te necesita más, y no te equivocarás. Olvida a los que te necesitaron ayer.

Dices que tienes otro hijo en tu seno, engendrado por el marido de tu madre. Alégrate en el hijo, aunque el padre siga casado con ella. Perdona a tu madre, aunque se portase mal en el pasado. Nadie es malo del todo, y mucho de lo bueno que tienen sus hijos debió de venirles de ella. Cuando puedas perdonar y olvidar el pasado, volverás a tener paz y amor, y durarán para siempre.

Y si no vuelves a ver a Henny en este mundo, recuerda que Henny te quiso mucho, como a una hija, como a tu hermanita-ángel, con la que espero reunirme pronto en el cielo.

HENNY

Dejé la nota, sintiendo un peso enorme en el pecho, y después, me encogí de hombros. Lo que tuviese que ser, sería. Hacía mucho tiempo que había emprendido este camino, y lo seguiría hasta el fin, pasara lo que pasara.

Era extraño que no soplase el viento cuando salí de casa y me volví para saludar a Emma, que pasaría la noche con Jory. Me había puesto unos chanclos sobre los zapatos de plata, y me dirigí a mi coche. El silencio era absoluto, como si la Naturaleza, en suspenso, tuviese centrada su atención en mí.

Empezaron a caer copos de nieve, ligeros como plumones. Levanté la cabeza para mirar el cielo gris, plomizo como los ojos de mi abuela. Decidida, hice girar la llave de contacto y arranqué en dirección a Foxworth Hall, aunque no había sido invitada a la fiesta. Había disputado con Bart por esta razón.

-¿Por qué no insististe y la obligaste a invitarme?

-Realmente, Cathy, ¿no crees que te pasas de la raya? ¿Podía insultar a mi esposa, pidiéndole que invitase a mi amante a su fiesta? Puedo estar un poco loco, Cathy, pero no ser tan cruel.

La primera Navidad de mi encierro, cuando tenía doce años, había reclinado la cabeza sobre el pecho adolescente de Chris, y deseado ardientemente ser una mujer mayor, con las curvas graciosas de mi madre, una cara tan hermosa como la suya y un atavío tan deslumbrante como el que llevaba ella. Y, sobre todo, había deseado ser dueña de mi propia vida.

A veces, los deseos navideños se hacían realidad.

REVELACIONES

Poco después de las diez, empleé la llave de madera confeccionada por Chris hacía tantos años, para entrar sin ser vista por la puerta trasera de Foxworth Hall. Muchos invitados estaban ya en la casa, y seguían llegando otros. La orquesta tocaba un villancico, que llegaba débilmente a mis oídos. La música era tan suave y llena de añoranza, que me hizo volver a la niñez. Pero ahora estaba sola en territorio enemigo, sin nadie que me apoyase, mientras me deslizaba en silencio por la escalera de atrás, amparándome en las sombras y dispuesta a esconderme rápidamente en caso necesario. Seguí mi ascensión en solitario hasta la gran rotonda central y me detuve cerca de la

estancia donde nos habíamos ocultado Chris y yo para observar otra fiesta de Navidad. Miré hacia abajo y vi a Bart Winslow plantado al lado de su esposa, que lucía un brillante vestido rojo lamé. Bart saludaba con voz fuerte y cálida a los invitados que llegaban, estrechaba manos, besaba mejillas, representaba, en fin, el papel de distinguido anfitrión. Mi madre parecía ocupar un lugar secundario en aquella enorme mansión que pronto sería suya.

Sonriendo amargamente para mis adentros, me introduje en la gran *suite* de habitaciones de mi madre. ¡Retrocedí en el tiempo! ¡Huy, huy! Lancé esta infantil exclamación de sorpresa, de entusiasmo, de desaliento o de frustración, aunque ahora podía disponer de palabras más adecuadas y más exactas.

Esta noche no tenía frustraciones; sólo un alentador sentimiento de justificación. Pasara lo que pasara, ella se lo habría buscado. «Mira -pensé-, todavía está ahí la espléndida cama con el cisne, y la pequeña camita a sus pies.» Miré a mi alrededor y vi que todo era igual, salvo la tela que revestía las paredes. Esta era ahora de un color suave de ciruela, y no de aquel rojo vivo de cereza. Había una percha metálica de pie, de ésas que se emplean para colgar los trajes de los hombres sin que se arruguen, listos para ponérselos. Esto era nuevo. Rápidamente, entré en el cuarto tocador de mi madre. Poniéndome de rodillas, abrí un cajón especial y busqué a tientas un botoncito que había que hacer girar, según una determinada combinación de números, para que se abriese la complicada cerradura. Parecía increíble, pero mi madre usaba todavía los números del día, el mes y el año de su nacimiento. Por lo visto, se había vuelto muy confiada.

A los pocos momentos tenía delante de mí, en el suelo, el gran estuche forrado de terciopelo. Ahora podría ponerme las esmeraldas y los brillantes que ella había lucido en aquella fiesta de Navidad en que Chris y yo habíamos visto por primera vez a Bartholomew Winslow. ¡Cómo *le* habíamos aborrecido entonces, cuando aún queríamos mucho a nuestra madre! Estábamos todavía embargados de dolor por la muerte de nuestro padre, y no queríamos que mamá volviese a casarse... ¡nunca!

Como en un sueño, me puse las joyas de brillantes y esmeraldas, que casaban perfectamente con mi traje verde de terciopelo y *chiffon.* Me miré al espejo, para ver si tenía el mismo aspecto que ella aquella noche. Yo era unos años más joven; pero, sí, me parecía a ella. No exactamente, pero poco menos, y lo bastante para convencer a cualquiera..., porque, ¿cuándo se han visto dos hojas de un mismo árbol que sean idénticas? Volví a dejar el estuche en su sitio, cerré el cajón y lo dejé todo como estaba antes. Salvo que ahora llevaba yo puestas joyas por valor de varios cientos de miles de dólares, y que no me pertenecían. Miré de nuevo mi reloj. Las diez y media. Aún era temprano. Quería hacer mi gran entrada a las doce, como Cenicienta, pero al revés.

Con gran precaución, me deslicé por los largos pasillos hacia el ala norte, y encontré la habitación del fondo con la puerta cerrada. La llave de madera funcionaba todavía. En cambio, mi corazón no parecía funcionar bien dentro de mi pecho. Latía demasiado aprisa, demasiado fuerte, y mi pulso se había disparado. Tenía que conservar la calma, el aplomo; hacerlo todo bien, y no dejarme intimidar por aquel horrible caserón que había estado a punto de destruirnos.

Cuando entré en aquella habitación, con sus dos camas dobles, volví a mi infancia. Los cobertores acolchados, de color del oro, seguían sobre las camas, tirantes, sin una arruga. El aparato de televisión de diez pulgadas estaba aún en el rincón. La casa de muñecas, con sus moradores de porcelana y sus muebles antiguos, confeccionados a escala, esperaban que las manos de Carrie los volviese a la vida. La vieja mecedora que Chris había bajado del ático seguía también allí. *¡Oh! ¡Era como si el tiempo se hubiese detenido y no hubiésemos salido nunca de allí!*

Incluso el infierno seguía en las paredes, horriblemente representado por tres reproducciones de obras maestras. ¡Oh, Dios mío! !No había supuesto que esta habitación me hiciese sentir tan... tan desgarrada por dentro. No podía llorar. Con ello habría estropeado mi maquillaje. Sin embargo, tenía ganas de llorar. Todo lo que había a mi alrededor evocaba los fantasmas de Cory y Carrie, cuando tenían cinco años y reían, o lloraban porque querían salir a la luz del sol, y lo único que podían hacer era empujar diminutos camiones con presunto destino a San Francisco o Los Ángeles. También había vías de ferrocarril que discurrían por todo el suelo de la habitación y por debajo de

los muebles. Pero, ¿adonde llevaban aquellas vías... y las locomotoras y los vagones de carbón? Saqué un pañuelo de mi pequeño bolso de noche y enjugué con él las comisuras de mis párpados. Me agaché para observar el interior de la casa de muñecas. Las doncellas de porcelana estaban trajinando en la cocina; el mayordomo seguía junto a la puerta de la casa, para dar la bienvenida a los invitados que llegaban en un coche tirado por dos caballos..., y, al mirar el cuarto de los niños, ¡vi que la cuna estaba allí! ¡La cuna que faltaba! Durante semanas la habíamos buscado, temerosos de que la abuela descubriese su falta y castigase a Carrie..., ¡y ahora estaba allí, donde debía estar! Pero el niño no estaba en ella, como tampoco estaban los padres en el salón principal. Mr. y Mrs. Parkins y la pequeña Clara eran ahora míos, y nunca volverían a residir en la casa de muñecas.

¿Había sustraído mi abuela la cuna, para poder echarla en falta y preguntar a Carrie dónde estaba, y castigarla al no poder ésta contestarle? ¿Y castigar también a Cory, porque éste correría automáticamente y sin temor en ayuda de su hermana? Una actitud tan cruel y ruin habría sido propia de ella. Pero si había proyectado esto, ¿por qué se había detenido y no había llegado hasta el fin? Reí amargamente para mis adentros. *Había* llegado hasta el fin, pero de una manera mejor, es decir, *peor*. Con veneno. Espolvoreando con arsénico cuatro buñuelos azucarados.

Entonces me sobresalté. Me había parecido oír una risa infantil. Cosa de mi imaginación, naturalmente. Pero, aunque hubiese debido pensarlo mejor, me dirigí *a* la estrecha y alta puerta del fondo, donde empezaba la estrecha, empinada y oscura escalera. Un millón de veces había subido yo aquellos peldaños. En la oscuridad, sin una vela o una linterna. Cuando me hallé en el negro, fantástico y vasto ático, busqué el sitio donde Chris y yo habíamos escondido nuestras velas y cerillas.

Todavía estaban allí. El tiempo *se había* parado en este lugar. Teníamos varias palmatorias, todas ellas de peltre y con una pequeña anilla para sujetarlas. Las habíamos encontrado en un viejo baúl, junto con muchas cajas de velas cortas y gruesas, de tosca confección casera. Siempre habíamos presumido de que habían sido hechas en casa, porque olían a rancio y a viejo al arder.

¡Contuve el aliento! ¡Sí! ¡Todo estaba igual! Las flores de papel colgaban todavía de las vigas, y las flores gigantescas aparecían aún en las paredes. Sólo sus colores habían palidecido, confundiéndose en un gris indistinto; eran fantasmas de flores. Los brillantes botones que habíamos pegado en ellas se habían soltado, y sólo unas cuantas margaritas, tenían cequíes, o piedrecitas brillantes, en su centro. La lombriz purpúrea de Carrie seguía en su sitio, pero también había perdido el color. El caracol epiléptico de Cory no parecía ya una brillante y deformada pelotita, sino más bien una naranja descolorida, blanda, medio podrida. Las señales de ALERTA que Chris y yo habíamos pintado en rojo veíanse todavía, y los columpios pendían aún de las vigas del ático. Cerca del tocadiscos estaba la barra que Chris había confeccionado y clavado después en la pared, para que yo pudiese practicar mis posiciones de ballet. Incluso la ropa que me había quedado pequeña pendía, fláccida, de los clavos, así como los leotardos y las gastadas zapatillas *pointe*, todo desvaído, polvoriento y oliendo a moho.

Como en una pesadilla de la que no pudiese despertar, me encaminé al cuarto de estudio del fondo, a la luz vacilante de una vela. Los fantasmas rebullían inquietos; me seguían recuerdos y espectros, mientras las cosas empezaban a despertar, a bostezar y a murmurar. «No -me dije-, sólo son las tablas flotantes, mis largas alas de *chiffon*... No hay más.» Pero el goteado caballo mecedor se irguió ante mí, espantadizo y amenazador a un mismo tiempo, y llevé una mano a mi garganta para ahogar un grito. La enmohecida carretilla roja parecía moverse, empujada por manos invisibles, y por eso desvié la mirada y la fijé en la pizarra, donde había escrito yo un enigmático mensaje de despedida para aquellos que viniesen aquí en el futuro. ¿Cómo había de pensar entonces que sería yo misma?

«Vivimos en el ático, Christopher, Cory, Carrie y yo... Ahora sólo somos tres.»

Me encogí detrás del pequeño pupitre que había sido de Cory y traté de meter las piernas debajo de él. Quería sumirme en un trance profundo para evocar el espíritu de Cory y que éste me dijese dónde estaba.

Mientras permanecía sentada allí, esperando, el viento empezó a soplar en el exterior,

adquiriendo fuerza, aullando y arremolinando la nieve. Había comenzado otra ventisca, con toda intensidad. Y con la tormenta llegaron unas ráfagas que apagaron mi vela. Se hizo una oscuridad ruidosa, ¡y tuve que echar a correr para salir de allí! ¡Tenía que correr, *de prisa...*, correr, correr, antes de convertirme en uno de *ellos!*

La hora siguiente había sido programada hasta el menor detalle. Cuando el gran reloj de pie empezó a dar las doce, me coloqué en el centro de la galería de la segunda planta. No hice nada espectacular para atraer las miradas en mi dirección; sólo permanecí allí, sintiendo en mi carne el calor de las resplandecientes joyas. Mi madre se volvió ligeramente, en su rojo vestido de lamé, tan alto por delante que le cubría el cuello rodeado por un costoso collar de brillantes. El escote de la espalda compensaba sobradamente la severidad de la parte delantera, hasta el punto de insinuar el arranque de la hendidura entre sus nalgas. Sus rubios cabellos eran aún más cortos de lo acostumbrado, y orlaban su rostro dándole mayor realce. Vista desde donde yo me hallaba, parecía muy joven y muy linda; nadie habría podido imaginar su verdadera edad. Al fin..., sonó la última campanada de las doce.

Algún sexto sentido debió de avisarla, porque volvió despacio la cabeza en mi dirección. Empecé a bajar la escalera. Ella se quedó petrificada. Abrió mucho los ojos, que parecieron más negros, y la mano que sostenía la copa de coctel tembló con tal fuerza que parte del líquido se derramó en el suelo. Bart siguió la dirección de su mirada. Se quedó boquiabierto, como ante una aparición. Y, dado que los anfitriones habían quedado como hipnotizados, todos los invitados se volvieron a mirar hacia el punto donde esperaban sin duda ver aparecer a Santa Claus, y donde sólo estaba yo. Sólo yo, donde había estado mi madre hacía años, llevando un traje como el mío, y ante muchas personas que, estaba segura de ello, se habían encontrado aquí aquel otro día de Navidad, cuando yo tenía doce años. Incluso reconocí a unos cuantos, sin duda más viejos, ¡pero los mismos! ¡Oh, cuánto me alegré de tenerles aquí!

¡Era mi hora triunfal! Moviéndome como sólo podía hacerlo una bailarina, puse toda mi habilidad dramática en la representación de mi papel. Mientras los invitados miraban hacia arriba, claramente subyugados por el retroceso del tiempo, me regocijé al ver la palidez de mi madre. Y también al ver que los ojos de Bart se abrían aún más, y que se echaba hacia atrás, acercándose a su mujer, y avanzaba después hacia mí. Poco a poco, en un silencio mortal, porque había cesado la música, descendí la escalera de la izquierda, imaginándome que era la malvada bruja que había condenado a muerte a Aurora, y que se convertía después en hada hermosa para quitarle a Aurora su príncipe, durante su sueño de cien años. (Fui lo bastante astuta para no pensar en mí como hija de mi madre, presta a destruirla; para convertir la escena en una representación teatral, siendo así que me enfrentaba con la realidad, no con la fantasía, y que podía verterse sangre.)

Deslicé graciosamente mis blancos dedos sobre la barandilla de palisandro, sintiendo flotar mis alas verdes de *chiffon* al bajar cada peldaño y acercarme, lentamente, al sitio donde se hallaban, muy juntos, mi madre y Bart. Ella temblaba de los pies a la cabeza, pero conseguía mantener su aplomo. Creí sorprender un destello de pánico en sus ojos azules de muñeca de Dresde. Me detuve en el penúltimo escalón y, desde allí, le dirigí mi más amable sonrisa. De esta manera, me hallaba en una posición más elevada que todos los demás. A lo cual contribuían mis tacones de diez centímetros y las suelas gruesas de mis zapatos, semejantes a los que había llevado Carrie. De esta manera también, me hallaría a la misma altura de mi madre cuando estuviésemos frente a frente. Podría ver mejor su desconsuelo. Su desesperación. ¡Su hundimiento definitivo!

-¡Feliz Navidad! -exclamé, en voz alta y clara, dirigiéndome a todos y cada uno de los presentes.

Mis palabras resonaron como un toque de trompeta, atrayendo por docenas a los que estaban en otras habitaciones, quizá más por el silencio que se hizo que por mi propia voz.

-Mr. Winslow -dije, invitándole-, venga a bailar conmigo, igual que bailó con mi madre hace quince años, cuando yo tenía sólo doce y estaba oculta allá arriba, y ella llevaba un traje como el que llevo yo ahora.

Bart estaba visiblemente trastornado. La indignación y el pasmo oscurecieron aún más sus

ojos, ¡pero se negó a apartarse del lado de mi madre!

Esto me obligó a continuar. Mientras todos permanecían expectantes, presintiendo revelaciones aún más explosivas, resolví darles lo que querían.

-Permitan que me presente -dije, elevando la voz para que me oyesen bien-. Soy Catherine Leigh Foxworth, hija primogénita de la señora de Bartholomew Winslow, la cual, como deben ustedes recordar, estuvo casada en primeras nupcias con mi padre, Christopher Foxworth. Recordarán también que él era casi tío de mi madre, hermano menor de Malcolm Neal Foxworth, el cual desheredó a su única hija y única heredera, ¡porque había hecho la barbaridad de casarse con el casi hermano de él! Pero hay más: yo tengo también un hermano mayor llamado Christopher, que es ahora médico. Y tuve un hermano y una hermana, mellizos, siete años menores que yo, Cory y Carrie, que están muertos, porque fueron... -Me interrumpí, por alguna razón, y proseguí-: Aquel día de Navidad, de hace quince años, Chris y yo estábamos ocultos en el arca de la rotonda, mientras los mellizos dormían en la habitación del fondo del ala norte. Nuestro lugar de juego estaba en el ático, y nunca bajábamos aquí. Éramos ratones de desván, y nadie nos quiso desde que el dinero empezó a desempeñar un papel.

Y habría seguido contándolo todo, hasta el último detalle, si Bart no se hubiese acercado a mí.

-¡Bravo, Cathy! -exclamó-. Has representado perfectamente tu papel. Te felicito. -Me rodeó los hombros con un brazo, sonrió con su simpatía habitual y se volvió a los invitados, que parecían no saber lo que pensar, ni a quién creer, ni cómo reaccionar-. Señoras, caballeros -dijo-, permítanme presentarles a Catherine Dahl, a quien muchos de ustedes habrán visto en escena cuando bailaba con su marido, Julián Marquet. Y, como acaban de ver, es también una notable actriz. Cathy es pariente lejana de mi esposa, y esto explica su parecido. En realidad, la viuda de Julián Marquet es vecina nuestra, como quizá sabrán ustedes. Como su parecido con mi esposa es tan notable, montamos esta pequeña farsa, para animar y dar un aire diferente a nuestra fiesta.

Me pellizcó furiosamente el brazo, antes de asirme la mano y enlazar mi cintura con el otro, invitándome a bailar.

-Vamos, Cathy, supongo que querrás mostrar tu habilidad de bailarina, después de esta magnífica representación dramática.

La música empezó a tocar, y él me obligó a bailar por la fuerza. Al volver la cabeza, vi que mi madre se apoyaba en una amiga y que tenía tan pálido el semblante que el maquillaje formaba manchas lívidas en su cara. Pero ni aun así podía apartar los ojos de mí, en brazos de su marido.

-¡Zorra desvergonzada! -silbó Bart en mi oído-. ¿Cómo te has atrevido a venir y representar esta comedia? Pensé que te quería. Pero desprecio a las gatas de uñas afiladas. ¡No permitiré que arruines mi vida! ¿Cómo pudiste decir tantas mentiras, pequeña idiota?

-Tú eres el idiota, Bart -repliqué con voz tranquila, aunque sentí un pánico atroz. ¿Qué pasaría si él se negaba a creerme?-. Mírame. ¿Cómo hubiese podido saber que llevaba un traje como éste, si no la hubiese visto con él? ¿Cómo podría saber que fuiste con ella a ver su habitación, si mi hermano Chris no hubiese estado escondido y visto y oído todo lo que hicisteis y dijisteis, en la rotonda de la segunda planta?

Me miró a los ojos, y me pareció un ser extraño, lejano y extraño.

-Sí, querido Bart, *soy* hija de tu esposa, y sé que, si se descubre que ésta tuvo cuatro hijos de su primer matrimonio, tú y ella lo perderéis todo. Todo aquel dinero. Todas vuestras inversiones. Os quitarán todo lo que habéis comprado. Sólo de pensarlo, me dan ganas de llorar.

Seguimos bailando, con su mejilla a varios centímetros de la mía. Él tenía una sonrisa fija en los labios.

-Este vestido que llevas... ¿Cómo averiguaste que ella llevaba uno exactamente igual la primera vez que yo vine a una fiesta en esta casa?

Me eché a reír con falso regocijo.

-Querido Bart, ¡qué tonto eres! ¿Cómo crees que puedo saberlo? Porque la vi con él. Entró en nuestra habitación para que viésemos lo bonita que estaba, y yo envidié sus curvas y la admiración que provocaba en Chris. También iba peinada como yo ahora. Y estas joyas las cogí del

compartimiento secreto del cajón de su tocador.

-Estás mintiendo -dijo él, pero ahora había duda en su voz.

-Conozco la combinación -proseguí, en voz baja-. Corresponde a la fecha de su nacimiento. Ella misma me la dijo cuando yo tenía doce años. Es mi madre. Nos *tuvo* encerrados *en* aquella habitación, en espera de que su padre se muriese y ella pudiese heredarle. Y sabes perfectamente por qué tenía que guardar secreta nuestra existencia. Tú redactaste el testamento, ¿no es cierto? Recuerda cierta noche en que te quedaste dormido en sus habitaciones y soñaste que una jovencita que llevaba un camisón corto de color azul entraba de puntillas y te besaba. Pues no lo soñaste, Bart. Fui yo quien te besó. Entonces tenía quince años, y había ido allí para hurtar algún dinero... ¿Recuerdas que a veces te faltaba dinero? Los dos pensabais que os robaban los criados; pero era Chris quien lo hacía... y aquel día quise hacerlo yo, pero no pude, porque me asusté al encontrarte allí.

-¡Nooo! -replicó él, y suspiró-. *¡No!* ¡Ella no podía hacer eso a sus propios hijos!

-¿Ah, no? Pues lo hizo. Aquella arca grande, junto a la baranda de la galería, tiene en el fondo una tela metálica. Chris y yo podíamos ver muy bien a través de ella. Vimos los reposteros que preparaban los dulces, y los criados vestidos de rojo y de negro, y la fuente que manaba champaña, y los dos grandes cuencos de plata para el ponche. Chris y yo pudimos oler aquellas cosas tan deliciosas, y se nos hacía la boca agua imaginando su sabor. Nuestras comidas eran siempre iguales, y siempre frías o tibias. Los mellizos casi no comían nada. ¿Estuviste en aquella comida del Día de Acción de Gracias, cuando ella se levantó tantas veces de la mesa? ¿Quieres saber la razón? Estaba preparando una bandeja de comida para nosotros, y aprovechando los momentos en que el mayordomo John no estaba en la despensa.

Sacudió la cabeza, como deslumbrado.

-Sí, Bart; la mujer con la que te casaste tenía cuatro hijos, y los mantuvo escondidos durante tres años y casi cinco meses. Nuestro campo de juego estaba en el ático. ¿Jugaste alguna vez en un ático durante el verano? ¿Y en invierno? ¿Crees que era muy agradable? ¿Puedes imaginar lo que sentíamos, esperando año tras año a que un viejo se muriese para poder empezar nosotros a vivir? ¿Te das cuenta del trauma que sufrimos, al ver que a ella le interesaba más el dinero que sus propios hijos? Y los mellizos no crecían. Eran dos enanos de ojos grandes y asustados, y, cuando ella entraba, ¡no les miraba nunca! ¡Fingía no advertir su mal estado de salud!

-¡Por favor, Cathy! Si estás mintiendo, ¡no sigas! ¡No hagas que la odie!

-¿Y por qué no? Se lo merece -seguí diciendo, mientras veía que mi madre se apoyaba en una pared y parecía mareada, a punto de vomitar-. Una vez me tumbé en la cama del cisne, con la camita pequeña a los pies. En el cajón de la mesita de noche había un libro que hablaba de sexualidad, aunque el contenido estaba disimulado por una cubierta en la que *se leía. Cómo crear y dibujar tu labor de punto* o algo por el estilo.

-*Cómo crear los dibujos de tus labores de punto* -me corrigió él, pareciendo tan pálido y mareado como mi madre, aunque seguía sonriendo, con una sonrisa odiosa-. Estás inventando todo esto -dijo, en tono extraño, desprovisto de sinceridad-. La odias porque me quieres para ti sola, y pretendes engañarme y destruirla.

Sonreí y rocé ligeramente su mejilla con mis labios.

-Te diré algo más para convencerte. Nuestra abuela llevaba siempre vestidos de tafetán gris, con cuello de punto, en el que prendía siempre un broche de diamantes con diecisiete piedras. Cada mañana, muy temprano, antes de las seis y media, nos llevaba la comida y la leche en una cesta. Al principio nos alimentó bastante bien; pero gradualmente, a medida que aumentaba su resentimiento, fue empeorando la comida, hasta quedar reducida a bocadillos, mantequilla de cacahuete y mermelada, y, ocasionalmente, pollo frito y ensalada con patatas. Nos dio una larga lista de normas a seguir, entre ellas la prohibición de descorrer las cortinas para que entrase la luz. Año tras año vivimos en una oscura habitación en la que no entraba nunca la luz del sol. No puedes imaginarte lo horrible que puede ser la vida para unos seres encerrados, sin luz, sintiéndose descuidados, rechazados, faltos de amor. Y había otra regla muy difícil de cumplir. Ni siquiera debíamos

mirarnos los unos a los otros, en particular, a los del sexo opuesto.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Bart, y después, suspiró profundamente-. Esto sería muy propio de ella. ¿Y dices que estuvisteis más de tres años encerrados allá arriba?

-Tres años y *casi* cinco meses, y, si esto te parece mucho tiempo, ¿qué crees que debía parecerles a dos niños de cinco años, uno de doce y otro de catorce? Entonces, cinco minutos nos parecían cinco horas, y los días eran como meses, y los meses, como años.

Se había entablado una clara lucha entre la duda y su mentalidad jurídica, que veía todas las implicaciones de mi historia, si ésta era verídica.

-Sé sincera, Cathy, absolutamente sincera. ¿Quieres hacerme creer que tú y tus tres hermanos estuvisteis todo el tiempo encerrados allá arriba, incluso Cuando yo estaba ya aquí?

-Al principio creímos todo lo que ella nos decía, porque la amábamos y confiábamos en ella; era nuestra única esperanza, nuestra salvación. Y queríamos que heredase todo aquel dinero de su padre. Accedimos a permanecer allí arriba hasta que muriese el abuelo, aunque, cuando nuestra madre nos explicó que íbamos a vivir en Foxworth Hall omitió mencionar que seguiríamos escondidos. De momento, creímos que sólo sería cuestión de un par de días, pero después, todo continuó igual. Matábamos el tiempo jugando y rezábamos mucho y dormíamos mucho. Adelgazamos y se debilitó nuestra salud; estábamos mal alimentados, y padecimos hambre durante las dos semanas en que tú y nuestra madre viajasteis por Europa, en vuestra luna de miel. Después fuisteis a Vermont, a visitar a tu hermana, y allí compró nuestra madre una caja de dos libras de caramelos de azúcar de arce. Pero entonces habíamos empezado ya a comer buñuelos con arsénico mezclados en el azúcar en polvo.

Él me dirigió una mirada dura, furiosa, iracunda.

-Sí -dijo-, ella compró una caja de esa clase de caramelos en Vermont. Pero, Cathy, por más que digas, ¡nunca creeré que mi esposa pudo tratar de envenenar a sus propios hijos! -Resiguió mi figura con los ojos, y volvió a mirarme a la cara-. *¡Sí, te pareces a ella! Podrías* ser su hija, lo confieso. Pero decir que Corine sería capaz de matar a sus hijos... ¡no puedo creerlo!

Le empujé con fuerza y me volví.

-*¡Escuchen todos!* -grité-. ¡Soy hija de Corine Foxworth Winslow! Ella *encerró* a sus cuatro hijos en la habitación del fondo del ala derecha. Nuestra abuela estaba en el ajo, y nos dio el ático para jugar. Nosotros lo decoramos con flores de papel, para que los pequeños mellizos se encontrasen más a gusto. Y todo para que nuestra madre pudiese heredar. Nuestra madre nos dijo que *teníamos* que escondernos, para que nuestro abuelo la nombrase en su testamento. Todos ustedes saben cuánto la aborrecía por haberse casado con su casi hermano. Nuestra madre nos convenció de que viviésemos arriba, sin hacer ruido, como ratones de desván, y nosotros accedimos, creyendo que cumpliría su palabra y nos sacaría de allí el día en que muriese su padre. ¡Pero no lo hizo! *¡No lo hizo!* Dejó que sufriésemos allí otros *nueve* meses, ¡después de muerto y enterrado aquél!

Aún tenía más cosas que decir. Pero mi madre chilló:

-*¡Basta!* -Avanzó tambaleándose, extendidos los brazos como si se hubiese quedado ciega-. *¡Mientes!* -gritó-. ¡Es la primera vez que te veo! ¡Sal de mi casa! ¡Márchate inmediatamente, si no quieres que llame a la Policía! *¡Vete, y no vuelvas más!*

Ahora todos la miraban fijamente. Ella, la mujer serena y arrogante, había perdido todo su dominio; estaba temblando, lívido el semblante, queriendo arrancarme los ojos. Creo que nadie la creía ya, y menos al ver que yo era su viva imagen y que sabía demasiadas cosas.

Bart se apartó de mi lado, se acercó a su esposa y murmuró algo en su oído. La abrazó, consolándola, y la besó en la mejilla. Ella se aferró a él desesperadamente, con manos pálidas y temblorosas, suplicándole con sus grandes ojos lacrimosos, de un azul cerúleo..., como los míos, como los de Chris, como los de los mellizos.

-Gracias de nuevo, Cathy, por tu magnífica representación. Acompáñame a la biblioteca y te pagaré lo convenido. -Miró a los invitados, arracimados a nuestro alrededor, y dijo con voz tranquila-: Debo pedirle disculpas; mi esposa ha estado enferma, y esta broma mía ha sido muy

inoportuna. Debí pensarlo mejor, antes de montar esta comedia. Por consiguiente, perdónenme, y que siga la fiesta, diviértanse; coman, beban y alégrense; y quédense todo el tiempo que quieran, pues es posible que Miss Catherine Dahl les tenga reservada alguna nueva sorpresa.

¡Cómo le odié entonces!

Mientras los invitados iban de un lado a otro, murmurando entre ellos y mirándonos, Bart levantó a mi madre en brazos y la llevó a la biblioteca. Ella había engordado algo, pero, en sus brazos, parecía una pluma. Bart me miró por encima del hombro y me hizo ademán de que le siguiese. Obedecí.

Lamenté que Chris no estuviese conmigo, como habría sido su deber. Ahora tendría que enfrentarme yo sola con ella. Me sentía extrañamente aislada, a la defensiva, como si en definitiva fuese Bart a creerla *a ella,* y no a mí, por mucho que yo dijese y por muchas pruebas que le presentase. Y éstas no eran pocas. Podría describirle las flores del ático, el caracol, la lombriz, el misterioso mensaje que había escrito yo en la pizarra, y sobre todo, podría mostrarle la llave de madera.

Bart entró en la biblioteca y depositó cuidadosamente a mi madre en uno de los sillones de cuero. Después, lanzó una orden dirigida a mí.

-Cathy, haz el favor de cerrar la puerta.

¡Sólo entonces me di cuenta de que había alguien más en la biblioteca! Mi abuela estaba sentada en la misma silla de ruedas que antaño había usado su marido. Generalmente, las sillas de ruedas no se distinguen entre sí; pero ésta había sido confeccionada por encargo y era mucho más bonita. Mi abuela llevaba una bata de un gris azulado sobre su blusón de hospital, y cubría sus piernas con una manta. La silla había sido colocada cerca de la chimenea, para que la alcanzase el calor de la fogata de leña. La calva de la anciana brilló al volver ésta la cabeza en mi dirección. Sus ojos grises de pedernal chispeaban maliciosamente.

Una enfermera estaba con ella en la habitación. No perdí tiempo en mirarle la cara.

-Mrs. Mallory -dijo Bart-, tenga la bondad de dejarnos solos.

No era una petición, sino una orden.

-Sí, señor -dijo la enfermera, levantándose en seguida y disponiéndose a salir con la mayor rapidez posible-. Llámeme cuando Mrs. Foxworth quiera que la lleve a la cama, señor -prosiguió, desde la puerta, y desapareció.

Bart parecía a punto de explotar, mientras paseaba arriba y abajo por la estancia; pero ahora parecía no estar sólo furioso contra mí, sino también contra su esposa.

-Muy bien -dijo, en cuanto hubo salido la enfermera-, acabemos con esto de una vez para siempre. Corine, siempre había sospechado que tenías un secreto, un gran secreto. Muchas veces pensé que no me amabas de verdad, pero nunca se me ocurrió que pudieses tener cuatro hijos y que los hubieses escondido en el ático. *¿Por qué?* ¿Por qué no pudiste confiar en mí y decirme la verdad? -Ahora pareció haber perdido su dominio-. ¿Cómo pudiste ser tan egoísta y despiadada, tan brutalmente cruel como para encerrar a tus cuatro hijos y tratar después de envenenarles con arsénico?

Derrumbada en el sillón de cuero castaño, mi madre cerró los ojos. Parecía exangüe.

Preguntó, con voz apagada:

-¿Vas a creerla *a ella,* y no a mí? Sabes que nunca sería capaz de envenenar a nadie, por mucho que tuviese que ganar con ello. ¡Y sabes que no tengo ningún hijo!

Me pasmó ver que Bart me creía a mí y no a ella; pero en seguida sospeché que en realidad no me creía, que estaba empleando un truco de abogado al atacarla, tratando de sorprenderla y quizá arrancarle la verdad. Pero esto no le daría resultado con ella. Mi madre se había adiestrado durante demasiados años como para dejarse pillar por sorpresa.

Avancé y la miré de arriba abajo, y dije, con voz dura:

-¿Por qué no cuentas a Bart lo de Cory, mamá? Dile que una noche entrasteis, tú y tu madre, y le envolvisteis en una manta verde, diciéndonos que le llevabais al hospital. Dile que volviste el día siguiente y nos dijiste que Cory había muerto de pulmonía. ¡Mentira! ¡Todo mentira! Chris bajó a

escondidas la escalera y oyó que el mayordomo, John Amos Jackson, decía a una doncella que la abuela llevaba arsénico al ático para matar los ratones. *¡Pero los ratones que comían aquellos buñuelos azucarados éramos nosotros, madre!* Hicimos la prueba. ¿Recuerdas aquel ratoncito mimado que tenía Cory y al que tú no hacías caso? Le dimos una pizca de buñuelo azucarado, ¡y se murió! Ahora puedes seguir sentada y gritar, ¡y decir que no sabes quién soy yo, ni quién es Chris, ni quiénes fueron Cory y Carrie!

-Nunca la había visto en mi vida -repitió ella, con voz fuerte, irguiéndose en el sillón y mirándome a los ojos-, salvo aquella vez que fuimos a ver el ballet en Nueva York.

Bart frunció los párpados, como sopesándonos a las dos. Después volvió a mirar a su esposa, con ojos aún más fruncidos y astutos.

-¿Cathy -dijo, sin dejar de mirarla a ella-, has hecho unas acusaciones muy graves contra mi esposa. La acusas de asesinato, de asesinato con premeditación. Si fuese verdad, la juzgarían por tal delito. ¿Es eso lo que quieres?

-Sólo quiero que se haga justicia. Pero no, no quiero verla en la cárcel o en la silla eléctrica..., si es que todavía la usan en este Estado.

-Miente -murmuró mi madre-, ¡miente, miente, miente!

Yo venía preparada para acusaciones como ésta y, tranquilamente, saqué de mi bolso fotocopias de los cuatro certificados de nacimiento. Las tendí a Bart, que se acercó a una lámpara para estudiarlos. Cruelmente y con gran satisfacción, sonreí a mi madre.

-Querida mamá, fuiste muy tonta al coser estos certificados de nacimiento en el forro de una de nuestras viejas maletas. Sin ellas, no habría podido mostrar ninguna prueba a tu marido, y, sin duda alguna, éste habría seguido creyéndote, porque, a fin de cuentas, soy actriz y estoy acostumbrada a representar bien mis papeles. Lástima que él no sepa que *tú* eres una actriz aún mejor. Puedes adularle cuanto quieras, mamá, ¡pues tengo la prueba!

Reí furiosamente, con ganas de llorar, porque vi aflorar lágrimas en sus ojos; porque había habido un tiempo en que la había querido mucho, y ahora, a Pesar de la animosidad y el odio que sentía contra ella, todavía centelleaba alguna pavesa de aquel amor innato, y me dolía, sí, ¡me dolía hacerla llorar! Sin embargo lo tenía bien merecido, repetía para mis adentros, una y otra vez.

-Voy a decirte otra cosa, mamá. Carrie me dijo que te había visto en la calle y que tú la habías rechazado... Poco después, se puso tan enferma que murió, ¡y tú contribuiste a su muerte! Y, a no ser por los certificados de nacimiento, te habrías quedado tan campante, porque el Registro Civil de Gladstone, Pensilvania, fue destruido por un incendio hace diez años. ¿Ves lo bueno que fue el destino contigo? Pero tú nunca hiciste las cosas bien. ¿Por qué no quemaste los certificados? ¿Por qué los guardaste...? Conservar las pruebas fue muy importante por tu parte, mi querida madre; pero siempre fuiste descuidada, distraída y caprichosa. Pensabas que, si matabas a tus cuatro hijos, podrías tener otros... Pero tu padre fue más listo, ¿no es verdad?

-*¡Cathy! ¡Siéntate y deja que yo arregle esta cuestión!* -ordenó Bart-. Mi esposa sufrió recientemente una operación quirúrgica, y no consentiré que pongas en peligro su salud. *Ahora, siéntate, ¡si no quieres que te obligue por la fuerza!*

Me senté.

Él miró a mi madre y, después, a la madre de *ésta.*

-Corine, si me has querido alguna vez, si me has amado siquiera un poco, dime: ¿hay algo de verdad en lo que dice esta mujer? ¿Es *hija tuya?*

Mi madre respondió, muy débilmente:

-Sí...

Suspiré. Pensé que oía suspirar toda la casa, y a Bart con ella. Levanté los ojos y Vi que mi abuela me miraba de un modo muy extraño.

-Sí -continuó mi madre, fijos en Bart sus ojos empañados-. No podía decírtelo, Bart. Quería hacerlo, pero temí que me rechazaras si te enterabas de que tenía cuatro hijos y ningún dinero, y yo te quería y te necesitaba tanto... Me devané los sesos tratando de hallar una solución que me permitiese conservaros, a ti y a mis hijos, y también el dinero. -Se irguió, tiesa la espina dorsal y

alzando majestuosamente la cabeza-. ¡Y la encontré! ¡La *encontré!* Tardé muchas semanas en hacer mis planes ¡pero *encontré* la manera!

-Corine -replicó Bart, con voz glacial, mirándola de arriba abajo-, ¡el asesinato no es nunca una solución! Lo único que tenías que hacer era contármelo todo, yo habría encontrado la manera de salvar a tus hijos y tu herencia.

-Pero, ¿no lo ves? -gritó ella, muy excitada-. ¡Yo sola encontré la solución! Te quería; quería a mis hijos, y también el dinero. ¡Pensaba que mi padre me *debía* aquel dinero! -Rió histéricamente, empezando a perder de nuevo su dominio, como si el diablo le pisara los talones y tuviese que hablar de prisa para librarse de su fuego-. Todos pensaban que era una estúpida, una rubia de linda carita y buena figura, pero sin seso. Pues bien, te engañé, madre -dijo a la vieja en la silla de ruedas. Después se volvió al retrato de la pared y gritó-: ¡Y también a ti, Malcolm Foxworth! -Me fulminó con la mirada-. Y a ti también, Catherine. Creías que lo pasabas muy mal, encerrada allá arriba, sin condiscípulas y sin amigos, ¡pero no sabes lo *bien* que estabas, en comparación con todo lo que mi padre me hizo a mí! *Tú,* con todas tus acusaciones, siempre contra mí, *no sabías que no podía dejaros salir.* Aquí abajo, mi padre me ordenaba; haz esto o haz aquello, porque, si no lo haces, no heredarás un penique y, además, ¡le contaré a tu amante que tienes cuatro hijos!

Me quedé boquiabierta. Después, me puse en pie de un salto.

-¿Sabía él de nosotros? ¿Lo sabía el abuelo?

Rió de nuevo, con una risa dura, diamantina.

-Sí, lo sabía, ¡pero yo no se lo dije! El día en que Chris y yo huimos de esta horrible casa, contrató detectives para que nos siguiesen la pista. Después, cuando murió mi marido en aquel accidente, mi abogado me persuadió de que buscase una ayuda. ¡Cómo se regocijó mi padre! ¿No lo ves, Cathy? -dijo, tan de prisa que sus palabras se confundían las unas con las otras-. Él *quería* tenernos, a mí y a mis hijos, ¡en su casa y en un puño! Había proyectado, con mi madre, engañarme y hacerme creer que no sabía que estabais escondidos allá arriba. ¡Pero lo supo siempre! ¡Su plan era teneros encerrados *para el resto de vuestra vida!*

Jadeé y la miré fijamente. Dudaba de ella. ¿Cómo podía confiar en lo que decía ahora, después de todo lo que había hecho?

-¿Y se avino la abuela a seguir su plan? -pregunté, sintiendo como si fuesen a paralizarse todos mis miembros.

-¿Ella? -dijo mamá, lanzando a su madre una dura mirada de desprecio-. Habría hecho cualquier cosa que le dijese él, porque me odiaba; siempre me había odiado; él me quería demasiado cuando yo era pequeña, y le importaban un bledo sus hijos, que eran los predilectos de ella. Y, cuando estuvimos aquí, atrapados en su ratonera, se regocijaba al ver a los hijos de su medio hermano capturados como animales en una jaula, presos hasta el día en que muriesen. Así, mientras estabais allá arriba, jugando a vuestros juegos y decorando el ático, él no paraba de acosarme. «No deberían haber nacido, ¿verdad?», me decía taimadamente, y sugería con astucia que era mejor para vosotros estar muertos que permanecer prisioneros hasta que os hicieseis viejos, o enfermaseis y murieseis. Al principio no creí que hablase en serio. Pero él insistía diariamente en que erais malos, perversos, hijos del mal a los que había que destruir. Yo lloraba, suplicaba, me hincaba de rodillas, y él se echaba a reír. Una noche se encolerizó conmigo. «Estúpida -me dijo-, ¿fuiste lo bastante idiota para pensar que te perdonaría alguna vez el haberte acostado con tu tío, que es el pecado más nefasto, y el haberle dado hijos?» Y, a partir de entonces, siguió increpándome, vociferando a veces. Después empezaba a descargar golpes con su bastón, sin mirar adonde pegaba. Y mi madre permanecía sentada, sonriendo satisfecha. Sin embargo, él dejó pasar varias semanas sin decirme que sabía que estabais allá arriba... y, cuando me lo dijo, yo estaba ya atrapada. -Parecía suplicarme que la creyese que tuviese compasión de ella-. ¿No lo ves? ¡Yo no sabía adonde volverme! No tenía dinero, y pensaba que sus terribles ataques de ira acabarían matándole... Incluso le provocaba, para que se *muriese* pronto... Pero él seguía viviendo, haciéndonos la vida imposible, a mí y a mis hijos. Y cada vez que yo entraba en vuestra habitación, me suplicabais que os dejase salir. *Sobre todo tú, Cathy..., sobre todo tú.*

-¿Y qué más hizo para que nos tuvieses prisioneros -le pregunté, sarcásticamente-, aparte de gritarte, increparte y pegarte con su bastón? Los golpes no debieron de ser muy fuertes, porque él estaba muy débil, y nunca volvimos a ver señales en tu piel, después de la primera azotaina. Eras libre de entrar y salir cuando querías. Habrías podido encontrar una manera de sacarnos de allí sin que él lo supiera. Querías su dinero, ¡y eras capaz de todo para conseguirlo! ¡Querías aquel dinero más que a tus cuatro hijos! Ante mis propios ojos, su cara delicada y magníficamente restaurada adquirió el aspecto envejecido de la de *su* madre. Pareció encogerse y marchitarse ante los largos años que aún tendría que vivir con sus remordimientos. Después alzó locamente la mirada, como buscando un refugio donde esconderse para siempre, no sólo de mí, sino de la furia que veía en los ojos de su marido.

-Cathy -suplicó mi madre-. Sé que me odias, pero...

-Sí, mamá; te odio.

-No lo harías si pudieses comprender... Me reí, secamente, amargamente.

-Querida mamá, nada de lo que digas podrá hacerme comprender.

-Corine -intervino Bart, en tono estéril, como si le hubiesen quitado el corazón-, tu hija tiene razón. Puedes llorar cuanto quieras, decir que tu padre te obligó a envenenar a tus hijos... Pero, ¿cómo puedo creerlo, si recuerdo perfectamente que jamás te miró con malos ojos? Te miraba con amor y con orgullo. Entrabas y salías de casa cuando querías. Tu padre derrochaba su dinero contigo, para que pudieses comprarte vestidos nuevos y todo lo que se te antojase. Y ahora me vienes con esta historia ridícula, diciendo que te torturaba y que te obligaba a matar a tus hijos ocultos. ¡Dios mío! ¡Me das asco!

Los ojos de ella se velaron; sus pálidas y elegantes manos temblaron al subir aleteando de su falda a su garganta, para juguetear con el broche de brillantes que sujetaba su vestido.

-Bart, por favor, debes creerme... Confieso que te mentí en el pasado, que te engañé en lo tocante a mis hijos... Pero ahora te digo la verdad. ¿Por qué no me crees?

Bart estaba plantado sobre sus pies separados, como un marinero apercibido contra un mar encrespado. Apretaba las manos, cruzadas a su espalda.

-¿Qué clase de hombre te imaginas que soy... o que era? -preguntó, amargamente-. Entonces hubieses podido contármelo todo, y lo habría comprendido. Te amaba, Corine. Habría hecho todo lo legalmente posible para desbaratar los planes de tu padre y ayudarte a conseguir tu fortuna, protegiendo al mismo tiempo a tus hijos, de modo que pudiesen tener una vida normal. Yo no soy un monstruo, Corine, y no me casé por tu dinero. ¡Me habría casado contigo aunque no hubieses tenido un centavo!

-¡No habrías podido burlar a mi padre! -gritó ella, poniéndose en pie y empezando a pasear arriba y abajo.

Con su brillante vestido carmesí, mi madre parecía envuelta en una llama, y aquel color daba un tono purpúreo a sus ojos, que nos miraban alternativamente. Por último, cuando yo no podía ya resistir verla en aquel estado, destrozada, enloquecida, perdido todo su aplomo, su mirada se posó en *su* madre, aquella anciana hundida en la silla de ruedas, como si no tuviese huesos. Sus dedos nudosos se movían débilmente sobre la manta, pero sus ojos grises de fanática ardían con un fuego intenso y maligno. Observé cómo chocaban las miradas de madre e hija. Pero aquellos ojos grises no cambiaron, no se ablandaron Por ser viejos, ni por miedo al infierno que, sin duda, aguardaba a la anciana.

Y, para sorpresa mía, mi madre se irguió después el enfrentamiento, vencedora en aquella lucha de voluntades. Empezó a hablar desapasionadamente, como si se refiriese a un problema ajeno. Tuve la impresión de que era una mujer que hablaba a sabiendas que se estaba matando con cada una de sus hirientes palabras, pero que no le importaba, o había dejado de importarle... A fin de cuentas, yo había triunfado, y se volvió precisamente a mí, su juez más severo, al pronunciar su alegato.

-Está bien, Cathy. Sabía que, más pronto o más tarde, tendría que enfrentarme contigo. Sabía que serías *tú* quien me obligaría a decir la verdad. *Tú* parecías ver siempre en mi interior, y no te

gustaba lo que veías, porque yo no era como hubieses querido que fuese. Christopher me quería, confiaba en mí. Pero tú, no. Sin embargo, al principio, cuando murió tu padre, traté de hacer cuanto pude por vosotros. Cuando os pedí que vinieseis aquí y permanecieseis escondidos hasta que recobrase el aprecio de mi padre, os dije lo que creí que era verdad. En realidad, pensaba que sería cuestión de un día, o quizá de dos.

Permanecí inmóvil, mirándola fijamente. Sus ojos me dirigían una súplica muda: *Por caridad, Cathy, ¡debes creerme! Digo la verdad.*

Después dejó de mirarme, y con gran aflicción, se volvió a Bart y habló de su primer encuentro, en la casa de un amigo.

-Yo no quería amarte, Bart, para no meterte en el conflicto en que me hallaba. Quería hablarte de mis hijos y de la amenaza que mi padre significaba para ellos; pero, precisamente cuando iba a hacerlo, la salud de mi padre empeoró y pensé que iba a morir, y por eso guardé silencio. Rezaba para que me comprendieses cuando te lo explicase todo. Fue una estupidez por mi parte, porque los secretos mantenidos demasiado tiempo son después imposibles de explicar. Tú querías casarte conmigo. Mi padre seguía oponiéndose. Mis hijos me suplicaban todos los días que les dejase salir. Y yo, aunque sabía que tenían razón al lamentarse, empecé a sentir resentimiento contra ellos, porque me hostigaban, porque hacían que me sintiese culpable y avergonzada, siendo así que trataba de hacer cuanto podía por ellos. Y era Cathy, siempre Cathy, la que más me atosigaba, aunque yo la colmaba de regalos.

Me dirigió otra mirada larga y atormentada, como si yo la hubiese torturado de un modo inaguantable.

-Cathy -murmuró entonces, y, al volverse a mí de nuevo, se animaron un poco sus ojos lacrimosos y angustiados-, ¡yo hice todo lo que pude! Dije a mis padres que todos vosotros estabais delicados de salud, Cory en particular. Y no les costó creerlo, porque querían pensar que Dios había castigado a mis hijos. Cory se enfriaba continuamente, y tenía alergia. ¿Comprendes ahora mi intención? Quería que todos enfermaseis un poco, para poder sacaros uno a uno de allí y llevaros al hospital, y decir después a mi madre que habíais muerto. Para eso, empleé dosis minúsculas de arsénico, ¡que en modo"alguno podían mataros! Lo único que quería era provocar ligeras indisposiciones, ¡sólo lo preciso para sacaros de vuestro encierro!

Me quedé horrorizada ante tamaña estupidez, que le había hecho concebir un plan tan peligroso. Después pensé que todo era mentira, una excusa para congraciarse con Bart, que la estaba mirando de una manera muy extraña.

Entonces le sonreí, aunque mi dolor era tan grande que a duras penas podía contener las lágrimas.

-Mamá -dije, a media voz, interrumpiendo su discurso-, ¿has olvidado que tu padre estaba muerto cuando empezasteis a darnos los buñuelos azucarados? No tenías por qué engañarle en su tumba.

Dirigió su atormentada mirada a la abuela, cuyos ojos severos e imponentes seguían fijos en su hija.

-¡Sí! -gritó mamá-. ¡Lo sé! De no haber sido por aquel codicilo, ¡nunca habría necesitado el arsénico! Pero mi padre confió nuestro secreto al mayordomo, John, encargándole que vigilara hasta que hubieseis muerto todos. Y, si no lo hacía, mi madre cuidaría de que no heredase los cincuenta mil dólares que le había prometido. ¡Además, estaba mi madre, que quería que John lo heredase todo!

Se hizo un terrible silencio, mientras yo trataba de digerir esto. Según ella, el abuelo lo había sabido todo desde el principio y querido tenernos presos toda la vida. Y, como si este castigo no fuese suficiente, ¡había querido obligarla a matarnos! ¡Oh! ¡Tenía que haber sido aún más malvado de lo que me imaginaba! ¡Inhumano! Entonces, al mirarla y observar sus expectantes ojos azules, y sus manos que trataban de enrollar un invisible hilo de perlas, tuve la seguridad de que mentía. Miré a la abuela y vi que había fruncido el ceño y hacía vanos esfuerzos para hablar. Una furiosa indignación brillaba en sus ojos, como si quisiera negar todo lo que mi madre había dicho. Pero ella

odiaba a mamá.

Debía de querer que yo creyese lo peor... ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo iba yo a descubrir la verdad?

Miré a Bart, que estaba en pie delante de la chimenea, contemplando a su esposa como si no la conociese, espantado por lo que veía ahora.

-Mamá -dije, con voz lisa y llana-, ¿qué hiciste realmente con el cadáver de Cory? Hemos mirado en todos los cementerios próximos y examinado sus registros, y ni un solo niño de ocho años fue enterrado en aquella última semana de octubre de 1960.

Ella tragó saliva y después se estrujó las manos, haciendo centellear sus brillantes y otras joyas.

-No sabía qué hacer con él -murmuró-. Cory murió antes de llegar al hospital. De pronto dejó de respirar, y, cuando miré al asiento de atrás, comprendí que estaba muerto. -Sollozó al recordarlo-. Entonces me odié. Sabía que podían acusarme de asesinato, ¡y yo no había querido matarle! ¡Sólo que enfermase un poco! Por consiguiente, arrojé su cuerpo en una profunda barranca, y lo cubrí con hojas secas, ramas y piedras...

Sus grandes ojos desesperados me suplicaban que la creyese.

Ahora fui yo quien tragó saliva, pensando en Cory arrojado en una negra barranca y abandonado para que se pudriese allí.

-No, mamá; tú no hiciste eso. -Mi voz suave pareció cortar la helada atmósfera de la gran biblioteca-. Antes de bajar, visité la habitación del fondo del ala norte. -Hice una pausa, para conseguir mayor efecto y para que mis palabras sonasen más dramáticas-. Antes de bajar la escalera para enfrentarme contigo, empleé la otra escalera que conduce directamente al ático y, después, la escalerilla secreta del excusado de nuestra cárcel. Chris y yo, habíamos sospechado siempre que había otra manera de llegar al ático, y deducido correctamente que tenía que haber una puerta oculta detrás del gigantesco armario que no podíamos mover, por muy fuerte que lo empujásemos. Mamá..., descubrí una pequeña habitación que nunca habíamos visto. Y persistía en ella un olor especial, como a muerte y podredumbre.

De momento, ella no pudo moverse. Su rostro se había vuelto totalmente inexpresivo. Me miraba con ojos vacíos. Después, empezó a mover las manos y los labios, pero no pudo hablar. Lo intentaba, pero no podía hablar. Bart empezó a decir algo; pero ella se tapó los oídos con las manos, para no oír nada de lo que cualquiera pudiese decir.

De pronto, se abrió la puerta de la biblioteca. Me volví, furiosa.

Mi madre se volvió también, como en una pesadilla, siguiendo la dirección de mi mirada. Chris se detuvo en seco y la miró fijamente. Entonces ella saltó, presa de terrible espanto, y extendió ambos brazos, como para detenerle. ¿Estaría viendo el fantasma de nuestro padre?

-¿Chris...? -preguntó-. Yo no quería hacerlo, Chris, ¡de veras que no quería! ¡No me mires así, Chris! ¡Yo les amaba! No quería darles el arsénico..., ¡pero mi padre me obligó! ¡Decía que nunca debieron haber nacido! Quería convencerme de que eran tan malos que merecían la muerte, ¡y de que era la única manera que tenía yo de reparar el pecado que había cometido al casarme contigo! -Las lágrimas surcaron sus mejillas, y prosiguió, a pesar de que Chris movía la cabeza-: ¡Yo amaba a mis hijos! ¡A *nuestros* hijos! Pero, ¿qué podía hacer? Sólo quería que enfermasen un poco..., sólo lo preciso para poder salvarles. Y nada más, nada más... ¡No me mires así, Chris! ¡Sabes que nunca habría matado a nuestros hijos!

Los ojos azules de Chris adquirieron la frialdad del hielo, mientras seguía mirándola fijamente.

-Entonces, ¿nos diste deliberadamente arsénico? preguntó-. - Nunca llegué a creerlo del todo, cuando huimos de esta casa y tuve tiempo de reflexionar sobre ello. ¡Pero lo hiciste!

Entonces, ella empezó a chillar. En mi vida había oído unos alaridos como aquéllos, que subían y bajaban de tono histéricamente. ¡Parecían los aullidos de un loco! Después, giró sobre sus talones, echó a correr hacia una puerta que yo ignoraba que estuviese allí, la cruzó y desapareció.

-Cathy -dijo Chris, apartando la mirada de la puerta y recorriendo con ella la biblioteca. Entonces advirtió la presencia de Bart y de la abuela-. He venido a buscarte. He recibido malas

noticias. ¡Tenemos que volver inmediatamente a Clairmont!

Antes de que yo pudiese responder, dijo Bart:

-¿Es usted Chris, el hermano mayor de Cathy?

-Sí, desde luego. Y he venido a buscarla. La necesitan en otra parte.

Alargó una mano y me acerqué a él.

-Espere un momento -pidió Bart-. Necesito hacerle unas pocas preguntas. Tengo que saber toda la verdad. La mujer del traje rojo que acaba de salir, ¿es su madre?

Chris me miró antes de responder. Asentí con la cabeza, para indicarle que Bart lo sabía, y sólo entonces contestó, mirando a Bart con cierta hostilidad:

-Sí; es mi madre, y la madre de Cathy, y lo fue de dos mellizos llamados Cory y Carrie.

-¿Y les tuvo encerrados a los cuatro en una habitación durante más de tres años? -preguntó Bart, como si aún se resistiese a creerlo.

-Sí; tres años, cuatro meses y diecisiete días. Una noche se llevó a Cory, y después volvió y nos dijo que había muerto de pulmonía. Y, si quiere más detalles, tendrá que esperar, pues ahora debemos pensar en otras personas. Vamos, Cathy -dijo, tendiéndome de nuevo la mano-¡Tenemos que darnos prisa! -Entonces miró a la abuela y le dirigió una irónica sonrisa-. Feliz Navidad, abuela. Había esperado no volverte a ver jamás, pero ahora me alegro, porque veo que el tiempo se ha vengado por su cuenta. -Se volvió de nuevo a mí-. ¿Dónde está tu abrigo, Cathy? Jory y Mrs. Lindstrom esperan en mi coche.

-¿Por qué? -le pregunté.

De pronto, sentí pánico. ¿Qué sucedía?

-¡No! -terció Bart-. ¡Cathy no puede marcharse! ¡Espera un hijo mío, y quiero que esté aquí conmigo!

Entonces Bart se acercó a mí, me enlazó con sus brazos y me miró amorosamente.

-Has quitado la venda de mis ojos, Cathy. Tenías razón. Yo no fui hecho para una cosa así. Quizá pueda todavía redimirme haciendo algo útil, para variar.

Lancé a la abuela una mirada de triunfo y evité mirar directamente a Chris. Bart rodeó mis hombros con un brazo; salimos de la biblioteca, dejando allí a mi abuela, y cruzamos las otras habitaciones hasta llegar al amplio vestíbulo.

-¡Dios mío, la casa está ardiendo! -gritó Bart, y me empujó hacia Chris-. Llévela fuera y cuide de ella. ¡Yo tengo que encontrar a mi esposa! -Miró furiosamente a su alrededor, gritando-: ¡Corine, Corine!, ¿dónde estás?

Toda aquella multitud se dirigía a la misma salida. Un humo negro bajaba del piso de arriba. Había mujeres que caían y eran pisoteadas. Los alegres invitados a la fiesta sólo pensaban en salir, ¡y ay de aquellos que no tuviesen fuerzas para llegar a la puerta! Frenéticamente, traté de seguir a Bart con la mirada. Vi que cogía el teléfono, sin duda para llamar a los bomberos, y después subió corriendo la escalera de la derecha, ¡hacia el mismo centro del incendio!

-*¡No!* -grité-. ¡No subas, Bart! ¡Te matarás! No lo hagas, Bart. Vuelve.

Creo que debió de oírme, porque vaciló en mitad de la escalera, se volvió y me sonrió, mientras yo agitaba frenéticamente los brazos. Formó las palabras *Te amo* con los labios, y después señaló hacia el Este. No comprendí lo que quería decir. Pero Chris interpretó que nos indicaba otra salida.

Chris y yo, tosiendo y jadeando, cruzamos corriendo otro salón, y entonces tuvimos la suerte de ver el gran comedor..., ¡aunque también estaba lleno de humo!

-Mira aquellos balcones -dijo Chris, empujándome-. Debe de haber una docena de salidas en la planta baja, ¡y todos esos imbéciles corren hacia la puerta principal!

Salimos y llegamos hasta el coche, que reconocí como el de Chris; allí estaba Emma, con Jory en brazos mirando con espanto la mansión en llamas. Chris alargó una mano y cogió un abrigo de viaje, que echó sobre mis hombros; después me rodeó con un brazo, mientras yo me apoyaba en él y lloraba por Bart... ¿Dónde estaba? ¿Por qué no salía?

Oí las sirenas de los bomberos entre las colinas, aullando en la tormentosa noche de viento y

de nieve. Ésta, al caer sobre la casa en llamas, se transformaba en copos rojos, que se fundían inmediatamente. Jory tendió los brazos, porque quería estar conmigo, y yo le estreché en los míos, y Chris nos *abrazó a* los dos.

-No tengas miedo, Cathy -trató de consolarme-. Bart debe conocer todas las salidas.

Entonces vi a mi madre, con su vestido rojo, sujeta por dos hombres. No paraba de chillar, gritando el nombre de su marido... y después el de la abuela.

-¡Mi madre está allí! -gritó-. ¡Y no puede moverse!

Bart estaba en los peldaños de la entrada cuando oyó su voz. Giró en redondo y entró de nuevo en la casa. ¡Oh, Dios mío! ¡Volvía atrás para salvar a mi abuela, que no merecía vivir! Se jugaba la vida, quizá para demostrar que, a fin de cuentas, no era un perrito faldero.

¡Aquí estaba el fuego de mis pesadillas infantiles! ¡Esto era lo que yo había temido siempre más que a nada! La razón de que hubiese insistido en hacer una escala de cuerdas con jirones de sábanas, para poder escapar y llegar al suelo... en caso necesario.

Observar el enorme caserón ardiendo era aún más horrible para mí, al pensar que hubo un tiempo en que deseé que fuese borrado de la faz de la Tierra. El viento soplaba furiosamente, atizando las llamas, que subían y subían, hasta iluminar la noche y encender el cielo. ¡Con qué facilidad ardía la madera vieja, junto con los muebles antiguos y las piezas de valor inestimable, que nunca podrían remplazarse! Si algo se salvaba, gracias a los heroicos bomberos que corrían como locos, conectando mangueras que vomitaban espuma, sería un verdadero milagro. Alguien gritó:

-¡Hay personas atrapadas dentro! ¡Sáquenlas! . Creo que fui yo. Los bomberos trabajaban con rapidez y agilidad sobrehumanas para sacarles de allí, mientras yo gritaba, enloquecida y frenética:

-¡Bart! ¡Yo no quería matarte! Sólo quería que me amases, Bart, ¡no mueras! ¡No mueras, por favor!

Mi madre lo oyó y vino corriendo, mientras Chris me estrechaba con fuerza entre sus brazos.

-*¡Tú!* -chilló, con la expresión aturrullada de los locos-. ¿Crees que Bart te quería? ¿Que se hubiese casado contigo? *¡Eres una estúpida!* Me traicionaste. Como siempre, me has traicionado. Y ahora, ¡Bart morirá por tu culpa!

-No, madre -dijo Chris, apretándome más fuerte, y con voz glacial-. No fue Cathy quien gritó para recordar a tu marido que la abuela se había quedado dentro. *Tú* lo hiciste. Debías saber que no podía entrar de nuevo en la casa y salir con vida de ella. Tal vez has preferido ver a tu marido muerto que casado con tu hija.

Ella le miró. Sus manos se crisparon nerviosamente. Los azules ojos cerúleos estaban ensombrecidos por manchas de tinte negro. Y, mientras Chris y yo la observábamos, se desvaneció la última pizca de claridad y de inteligencia que había en ellos, y ella pareció encogerse.

-Christopher, hijo mío, amor mío, ¡soy tu madre! ¿Ya no me quieres, Christopher? ¿Por qué? ¿Acaso no te traigo todo lo que necesitas y todo lo que me pides? ¿Enciclopedias nuevas, juegos y ropa? ¿Qué te falta? Dímelo, por favor, para que pueda ir a buscarlo y traértelo. Haré cualquier cosa, te lo traeré todo, para compensarte de lo que te falta. Tendrás mil veces más, cuando muera mi padre, y él puede morir el día menos pensado, el momento menos pensado, ¡lo sé! ¡Te juro que no tendrás que estar mucho tiempo aquí! No mucho más, no mucho más, no mucho más...

Y siguió repitiendo lo mismo, hasta que pensé que me pondría a gritar. En vez de ello, me tapé los oídos con las manos y apreté la cabeza contra el pecho de Chris.

Éste hizo una señal a un conductor de ambulancia, y los enfermeros se acercaron cansadamente a mi madre, la cual, al verles, se hizo atrás y echó a correr. La vi tambalearse y caer, al engancharse un tacón en el dobladillo de su largo y brillante vestido rojo, y quedó de bruces sobre la nieve, pataleando, chillando y agitando los puños.

Le pusieron una camisa de fuerza y se la llevaron, mientras seguía gritando que yo la había traicionado, y Chris y yo, fuertemente abrazados, la mirábamos con ojos desorbitados. Volvíamos a sentirnos en la infancia, impotentes para luchar contra el dolor y la vergüenza que llevábamos dentro. Seguí a Chris, mientras éste procuraba ayudar a los que sufrían quemaduras. En realidad, le estorbaba; pero no podía perderle de vista.

El cuerpo de Bart Winslow fue encontrado en la biblioteca, con mi esquelética abuela agarrada a sus brazos..., ambos asfixiados por el humo, no quemados por las llamas. Me acerqué a él, tambaleándome, y aparté la manta verde y le miré a la cara, para convencerme de que la muerte había entrado una vez más en mi vida. Sí, la muerte venía, ¡una y otra vez! Le besé y lloré sobre su pecho rígido. Levanté la cabeza, y él me estaba mirando, atravesándome con su mirada..., desde un lugar donde nunca podría alcanzarle y confesarle que le había amado desde el principio..., desde hacía quince años.

-Por favor, Cathy -dijo Chris, tirando de mí, cuando empecé a sollozar, al desprenderse la mano de Bart de mi apretón-. ¡Tenemos que marcharnos! No hay motivo para que sigamos aquí, cuando todo ha terminado.

Terminado, terminado... Todo había terminado.

Mis ojos siguieron la ambulancia donde iba el cuerpo de Bart... y también el de mi abuela. No lo sentía por ésta, que sólo había sacado de la vida lo que había sembrado en ella.

Me volví a Chris y lloré de nuevo en sus brazos, porque, ¿quién viviría lo bastante para darme el amor que necesitaba? ¿Quién?

Pasaron horas y más horas, mientras Chris me suplicaba que nos marchásemos de aquel lugar que sólo nos había traído desgracias y sufrimiento. ¿Cómo no lo había recordado yo? Tristemente me agaché para recoger trocitos de cartulina que antaño habían sido rojos y amarillos, y otros restos de nuestra decoración del ático, arrastrados por el viento: pétalos arrancados, hojas mustias, desprendidas de sus tallos.

Había amanecido cuando se dominó el incendio. La imponente mansión que había sido Foxworth Hall no era más que un montón de ruinas humeantes. Las ocho chimeneas seguían en pie sobre la firme estructura de ladrillos, y, aunque parezca extraño, permanecía en su sitio la doble escalera que ya no conducía a parte alguna.

Chris quería que nos marchásemos de una vez, pero yo tenía que esperar a que se desvaneciese la última voluta de humo para confundirse con la nada. Era mi saludo, el último saludo a Bartholomew Winslow, al que había visto por primera vez cuando yo tenía doce años. Le había dado mi amor a primera vista. Hasta el punto de que había hecho que Paul se dejase crecer el bigote para que se pareciese a Bart. Y me había casado con Julián porque tenía los ojos oscuros, oscuros como los de Bart... ¡Dios mío! ¿Cómo podría yo vivir, sabiendo que había matado al único hombre al que había querido de verdad?

-Vamos, vamos, Cathy; la abuela ha muerto y no puedo decir que lo sienta, aunque sí lamento lo de Bart. Debió ser nuestra madre quien provocó el incendio. Por lo que dice la Policía, empezó en la habitación del ático, al final de la escalera.

Su voz llegaba hasta mí como viniendo de muy lejos, porque yo me había encerrado en una concha de mi propia confección. Sacudí la cabeza, tratando de aclararla. ¿Quién era yo? ¿Quién era el niño que dormía en brazos de una mujer mayor en el asiento de atrás?

-¿Qué te pasa, Cathy? -inquirió Chris, con impaciencia-. Escucha: ¡Henny ha tenido un fuerte ataque esta noche! Al tratar de auxiliarla, ¡Paul ha sufrido a su vez un ataque al corazón! ¡Nos necesita! ¿Vas a estarte aquí sentada, llorando por un hombre que no te pertenecía, y dejando que se muera el que más ha hecho por nosotros?

La abuela había tenido razón en algunas de las cosas que había dicho. Yo era mala; había nacido mala. ¡Todo había sido por mi culpa! ¡Por mi culpa! Nunca debí venir aquí, nunca debí venir aquí, me repetía una y otra vez, mientras vertía amargas lágrimas por Bart.

COSECHANDO EL FRUTO

De nuevo estábamos en otoño, en el apasionado mes de octubre. Este año, los árboles mostraban los tonos amarillos de las primeras heladas. Yo estaba en la galería de atrás de la gran casa blanca de Paul, desvainando guisantes y vigilando al pequeño Bart, que perseguía a su medio hermano mayor, Jory. Le habíamos puesto el nombre de su padre, porque lo consideramos justo; pero su apellido no era Winslow, sino Sheffield. Yo era ahora esposa de Paul.

Dentro de pocos meses, Jory cumpliría siete años, y, aunque al principio había estado un poco celoso, ahora le encantaba tener un hermano menor que compartiese su vida, alguien en quien podía mandar y a quien podía instruir y proteger. Aunque, ya en su primera infancia, Bart, no estaba dispuesto a aceptar órdenes. Tenía personalidad propia, desde el principio.

-Catherine -llamó Paul, con voz débil.

Dejé rápidamente a un lado el cuenco de guisantes y corrí a su dormitorio, que estaba en la primera planta. Ahora podía estar unas pocas horas al día sentado en un sillón, aunque el día de nuestra boda había estado acostado. La noche de bodas había dormido en mis brazos, y nada más.

Paul había perdido mucho peso; tenía un aspecto macilento. Toda su juventud y vitalidad, que había conservado con tanta gallardía, se habían desvanecido de la noche a la mañana. Sin embargo, cuando me sonreía y me tendía los brazos, me sentía profundamente conmovida.

-Sólo te *he* llamado para ver si estabas aquí. Te ordené que salieses de casa, para variar un poco.

-Hablas demasiado -le advertí-. Ya sabes que sólo puedes hablar un poco.

A él le fastidiaba tener que escuchar sin intervenir en la conversación, pero procuraba resignarse. Sus siguientes palabras me pillaron por sorpresa. Me le quedé mirando, con los ojos y la boca muy abiertos.

-¡No lo habrás dicho en serio, Paul!

Él asintió solemnemente con la cabeza, aguantando mi mirada con sus todavía bellos ojos iridiscentes.

-Catherine, amor mío, desde hace casi tres años has sido una esclava para mí, te has esforzado en hacer felices mis últimos días. Pero nunca me restableceré. Podría vivir así años y años, como tu abuelo, y tú te harías mayor, perdiendo los mejores años de tu vida.

-No echo nada en falta -dije, sintiendo un nudo en la garganta.

Él me sonrió cariñosamente, me tendió los brazos, y yo me acurruqué en su regazo, aunque ahora ya no me estrechaba con fuerza. Me besó, y contuve el aliento. ¡Oh! Ser amada de nuevo... Pero no le dejaría, ¡no!

-Piénsalo, querida. Tus hijos necesitan un padre, un padre como yo no puedo ser ya.

-¡Yo tengo la culpa! -gemí-. Si me hubiese casado contigo mucho antes, en vez de casarme con Julián, podría haberte cuidado y obligado a no trabajar tan duramente día y noche. Y si nosotros tres no hubiésemos entrado en tu vida, Paul, no habrías tenido que esforzarte tanto para ganar dinero y enviar a Chris a la Universidad y pagar mis clases de ballet...

Me tapó la boca con la mano y me dijo que, de no haber sido por nosotros, habría muerto muchos años atrás, por exceso de trabajo.

-Y, si lo piensas bien, te darás cuenta de que también estás prisionera aquí, como lo estuviste en Foxworth Hall, esperando que tu abuelo se muriese. No quiero que Chris y tú lleguéis a odiarme... Por consiguiente, piénsalo y háblalo con él, y después..., decide.

-¡Chris es médico, Paul! ¡Sé que nunca estaría de acuerdo!

-El tiempo pasa de prisa, Catherine; no sólo para mí, sino también para ti y para Chris. Jory tendrá pronto siete años. Cada día lo recordará todo con más claridad. Sabrá que Chris es su tío; en cambio, si os marcháis ahora y os olvidáis de mí, considerará a Chris como su padrastro, no como su tío.

Empecé a llorar.

-¡No! Chris no aceptaría nunca.

-Escúchame, Catherine. ¡No sería pernicioso! Tú no puedes ya tener más hijos. Aunque lamenté muchísimo que tu segundo parto fuese tan difícil, quizá fue en definitiva para bien. Yo me he quedado impotente; no soy un verdadero marido, y no tardarás en enviudar de nuevo. Ya habéis esperado demasiado. Pensad en vosotros, y olvidaos de mí.

Y así, como mamá, Chris y yo habíamos marcado nuestro destino. Y quizás el nuestro no era mejor que el de ella, aunque nunca habíamos tratado de matar a nadie, ni siquiera de empujarla a ella a una locura que la obligaría a estar en una casa de «convalecencia» durante el resto de su vida.

Y, para colmo de ironía, cuando la despojaron de todo lo que había heredado de su padre, esto revertió a su madre. Entonces fue leído el testamento de mi abuela, y toda su fortuna, más lo que quedaba de Foxworth Hall, pertenecía ahora a una mujer recluida en una institución mental, donde sólo podía contemplar las cuatro paredes de su habitación. ¡Oh, mamá! ¡Si hubieses podido ver el futuro, cuando se te ocurrió llevar a tus cuatro hijos a Foxworth Hall! Cargada de millones... y sin poder gastar un centavo. Por nuestra parte, no recibiríamos ni un penique. Cuando muriese nuestra madre, su fortuna sería repartida entre varias instituciones caritativas.

En la primavera del año siguiente estábamos sentados en la orilla del río donde Julia había llevado a Scotty y le había sumergido hasta ahogarle en las nada profundas aguas verdosas, y donde mis hijitos hacían navegar sus barquitos de vela y chapaleaban en una corriente que sólo les llegaba a los tobillos.

-Chris -dije, tartamudeando un poco, confusa y. sin embargo, también contenta-. Paul me hizo el amor la noche pasada, por primera vez. Fuimos tan felices los dos, que tuve que llorar. No fue peligroso, ¿verdad?

Él agachó la cabeza para ocultar su expresión, y el sol arrancó destellos de sus cabellos de oro.

-Me alegro por los dos. Sí, el acto sexual es ahora bastante inofensivo, con tal que no le excites demasiado.

-Lo tomamos con calma.

Así debía ser, después de cuatro ataques cardíacos graves.

-Bien.

Jory empezó a gritar, diciendo que había capturado un pez. ¿Era demasiado pequeño? ¿Tenía que devolverlo también al agua?

-Sí -le gritó Chris-. Es muy pequeñín. Y nosotros no comemos pescados tan menudos; sólo los grandes.

-Bueno -les dije yo-, ya es hora de volver a casa para comer.

Mis dos hijos vinieron corriendo, riendo; se parecían tanto que nadie habría dicho que sólo fuesen hermanos por parte de madre. Hasta entonces, no les habíamos dicho esto. Jory no lo había preguntado, y Bart era demasiado pequeño para hacerlo. Pero cuando lo preguntasen, les diríamos la verdad, por mucho que nos costara.

-Nosotros tenemos dos papás -gritó Jory, arrojándose en los brazos de Chris, mientras yo levantaba a Bart-. No hay nadie más en el colegio que tenga dos papás, como yo, y, cuando se lo digo, no lo entienden... Quizá no se lo explico bien.

-Estoy seguro de que no lo explicas bien -confirmó Chris, sonriendo débilmente.

En el nuevo coche azul de Chris volvimos a la casa grande y blanca a la que tanto debíamos. Como la primera vez que habíamos llegado a ella, vimos a un hombre sentado en la galería de delante, con los pies calzados de blanco apoyados en la balaustrada. Mientras Chris se disponía a llevar a mis hijos a la casa, me acerqué a Paul y sonreí al ver que dormía plácidamente, con una sonrisa feliz plasmada en el rostro. El periódico que había estado leyendo había resbalado de su mano al suelo de la galería.

-Voy a bañar a los chicos -murmuró Chris-, y tú puedes recoger los periódicos, antes de que el viento los lleve a los jardines de nuestros vecinos.

-Hola -saludó, con voz soñolienta-. ¿Lo habéis pasado bien? ¿Habéis pescado algo?

-Jory pescó dos pececillos, pero tuvo que soltarlos. ¿En qué estabas soñando cuando te despertaste? -le pregunté, inclinándome para besarle-. Parecías feliz. ¿Era un sueño libidinoso?

Sonrió de nuevo, aunque un poco reflexivamente.

-Estaba soñando con Julia -relató-. Tenía a Scotty con ella, y ambos me sonreían. Ella me sonrió muy pocas veces después de casarnos, ¿sabes?

-¡Pobre Julia! -exclamé, besándole de nuevo-. Echaba en falta muchas cosas. Te prometo que mis sonrisas compensarán las que ella dejó de ofrecerte.

-Ya lo has hecho. -Alargó una mano para acariciarme la mejilla y los cabellos-. Aquel

domingo en que subisteis los peldaños de esta galería fue una suerte para mí.

-Aquel maldito domingo -le corregí.

Él sonrió.

-Dame diez minutos antes de llamarme para comer. Me gustaría pillar a aquel conductor y decirle que no hay domingos malditos cuando tú vas en su autobús.

Fui a ayudar a Chris con los chicos y, mientras él abrochaba el pijama de Jory, yo ayudaba a Bart Scott Winslow Sheffield a ponerse el suyo amarillo. Comíamos temprano, para poder hacerlo con los niños.

Pasaron los diez minutos y salí para despertar de nuevo a Paul. Tres veces pronuncié su nombre en voz baja y acaricié suavemente su mejilla. Pero él siguió durmiendo. Iba a llamarle de nuevo, ahora más fuerte, cuando emitió un débil sonido, en el que pareció que murmuraba mi nombre. Le miré, temblorosa y asustada. La extraña manera en que lo había pronunciado me llenó de espanto.

-¡Chris! -grité, débilmente-. ¡Ven en seguida y mira a Paul!

Debía de estar en el vestíbulo, enviado por Emma para ver por qué tardaba yo tanto, porque salió inmediatamente de la casa y corrió al lado de Paul. Le levantó una mano para tomarle el pulso; un segundo después, le echó la cabeza atrás y, sujetándole la *nariz,* empezó a hacerle el boca a boca. Al ver que esto no daba resultado, golpeó varias veces su pecho, fuertemente. Yo corrí a la casa y telefoneé pidiendo una ambulancia.

Pero, desde luego, esto tampoco sirvió de nada. Nuestro bienhechor, nuestro salvador, mi marido, había muerto. Chris rodeó mis hombros con un brazo y me atrajo sobre su pecho.

-Se ha ido, Cathy, como quisiera irme yo; mientras dormía, sintiéndose tranquilo y feliz. Una buena muerte para un hombre bueno, sin dolor ni sufrimientos... Y no pongas esa cara, ¡no ha sido por tu culpa!

Nada era nunca por mi culpa. Detrás de mí había una hilera de hombres muertos. Pero yo no era responsable de la muerte de todos ellos, ¿verdad? No, claro que no. Era magnífico que Chris tuviese agallas para subir al coche y sentarse a mi lado, conduciéndolo hacia el Oeste. Arrastrábamos un remolque, con todas nuestras pertenencias, íbamos hacia el Oeste, como los pioneros, en busca de un nuevo futuro y de estilos de vida diferentes. Paul me había dejado todo lo que tenía, incluso su casa familiar. Pero había declarado en su testamento que, si yo quería vender, Amanda tendría el derecho de tanteo.

Por eso se había hecho Amanda con la casa ancestral que siempre había deseado..., aunque me aseguré de que fuese a un alto precio.

En espera *de* tener un rancho propio, construido según nuestras instrucciones, Chris y yo alquilamos una casa en California, con cuatro dormitorios, dos cuartos de baño y un aseo. Además, había otra habitación y otro baño para nuestra doncella, Emma Lindstrom. Mis hijos llamaban papá a mi hermano. Ambos sabían que sus verdaderos padres habían subido al cielo antes de nacer ellos. Hasta ahora, no se han dado cuenta de que Chris es sólo tío suyo. Jory lo olvidó hace ya tiempo. Tal vez los niños olvidan también cuando quieren, y no hacen preguntas que sería molesto responder.

Al menos una vez al año, viajamos al Este para visitar a los amigos, incluidas Madame Marisha y Madame Zolta. Ambas encomian las dotes de bailarín de Jory, y ambas tratan, con abnegado empeño, de hacer también de Bart un bailarín. Pero, hasta ahora, éste sólo ha mostrado afición a la Medicina. Visitamos todas las tumbas de los seres queridos, y les llevamos flores. Siempre purpúreas y rosas para Carrie, y rosas y de otros colores para Paul y Henny. Incluso buscamos la tumba de nuestro padre en Gladstone y le ofrecimos flores en prueba de respeto. Tampoco olvidamos a Julián, ni a Georges. En último lugar, visitamos a mamá. Ésta vive en una casa enorme, que trata inútilmente de parecer hogareña. En general, chilla cuando me ve. Después, se pone en pie de un salto y trata de arrancarme los cabellos. Cuando la sujetan, vuelve su odio contra ella misma, tratando una y otra vez de mutilarse la cara y de librarse para siempre de todo parecido conmigo. Como si no se mirase ya al espejo y éste no le dijese que aquel parecido dejó de existir. El remordimiento le ha dado un aspecto terrible. ¡Con lo hermosa que había sido antaño!

Ahora, los médicos sólo permiten a Chris visitarla durante una hora, mientras yo espero fuera con mis hijos. Él me ha dicho que, si se recupera, no la juzgarán por asesinato, pues Chris y yo negamos que hubiese existido nunca un cuarto hijo, llamado Cory. Ella no confía plenamente en Chris, pues cree que yo ejerzo una malévola influencia sobre él y que, si renuncia a hacerse la loca, tendrá que enfrentarse con una sentencia de muerte. O quizá, y eso es más probable, trata de atormentarme a través de Chris y de la compasión que éste se empeña en sentir por ella. En todo caso ella es el único factor que impide que nuestra relación sea perfecta.

Por eso he renunciado a los sueños de perfección, de fama, de fortuna, de amor eterno y sin mácula, como juegos y juguetes de antaño, y a todas las demás fantasías de mi juventud.

Con frecuencia miro a Chris y me pregunto qué ve en mí. ¿Qué es lo que le ata a mí de una manera tan permanente? También me pregunto por qué no teme por su futuro y por la duración de éste, ya que nunca me distinguí por conservar con vida a mis maridos. Pero él llega a casa tan garboso, sonriendo satisfecho, y se echa en mis brazos, que responden con presteza a su saludo.

-Ven y dame un beso, si me quieres.

Como médico tiene una buena clientela, aunque no demasiado numerosa; por consiguiente, le queda tiempo para cuidar de nuestras dos hectáreas de jardines, con las estatuas de mármol que trajimos de los de Paul. En todo lo posible, hemos reproducido las plantas que él tenía, salvo aquella enredadera que se agarraba y agarraba, y acababa matando.

Emma Lindstrom, cocinera, ama de llaves, amiga, vive con nosotros, como Henny vivía con Paul. Nunca hace preguntas. Somos su única familia, nos es fiel y no se mete en nuestros asuntos.

Pragmático, jovial, siempre optimista, Chris canta cuando trabaja en el jardín. Cuando se afeita por la mañana, tararea alguna tonada de ballet sin nerviosismo, sin añoranza, como si hiciera mucho, mucho tiempo, hubiese sido el hombre que bailaba en la sombra del ático, sin dejarme ver su cara. ¿Sabía desde entonces que, de la misma manera que me ganaba en todos los juegos, vencería también en éste?

¿Cómo no lo había comprendido yo?

¿Quién había cerrado mis ojos?

Debió de ser mamá, que me dijo una vez: «Cásate con un hombre de ojos negros, Cathy. Los ojos negros revelan una gran intensidad en todo.» ¡Qué tontería! Como si los ojos azules careciesen de estabilidad profunda; y ella debía de saber que no era así.

Y yo también debí saberlo. Esto me preocupa, porque ayer subí al ático. En una pequeña alcoba, en uno de los lados, encontré dos camas individuales, lo bastante largas para que dos niños las usasen al convertirse en hombres.

«¡Oh, Dios mío! -pensé-, ¿quién hizo esto?-. Yo nunca encerraría a mis dos hijos, aunque Jory recordase un día que Chris no era su padrastro, sino su tío. No lo haría nunca, aunque él se lo dijese al pequeño Bart. Podía hacer frente a la vergüenza, a las incomodidades, incluso a la publicidad que arruinaría profesionalmente a Chris. Sin embargo..., sin embargo, hoy he comprado una cesta, de ésas que llevan tapas que se abren hacia arriba; igual que la que empleaba la abuela para subirnos la comida.

Así, me acuesto inquieta y permanezco despierta en la cama, temiendo lo peor que hay en mí y luchando por aferrarme a lo mejor. Tengo la impresión, cuando doy vueltas en la cama y me arrimo más al hombre a quien amo, de que puedo oír el viento frío que sopla desde las lejanas montañas envueltas en brumas azules.

Y es que no puedo olvidar el pasado, que proyecta sombras sobre todos mis días y se oculta disimuladamente en los rincones cuando Chris está en casa. Me esfuerzo en ser como él, siempre optimista, siendo así que soy de esas personas que encuentran manchas en el reverso de la moneda más brillante.

Pero... ¡yo no soy como mi madre! Puedo parecerme a ella, pero, en el fondo, ¡soy una mujer digna! Y más fuerte, más resuelta que ella. Lo que hay de mejor en mí triunfará al final. Ya ha triunfado alguna vez..., ¿no es cierto?

FIN